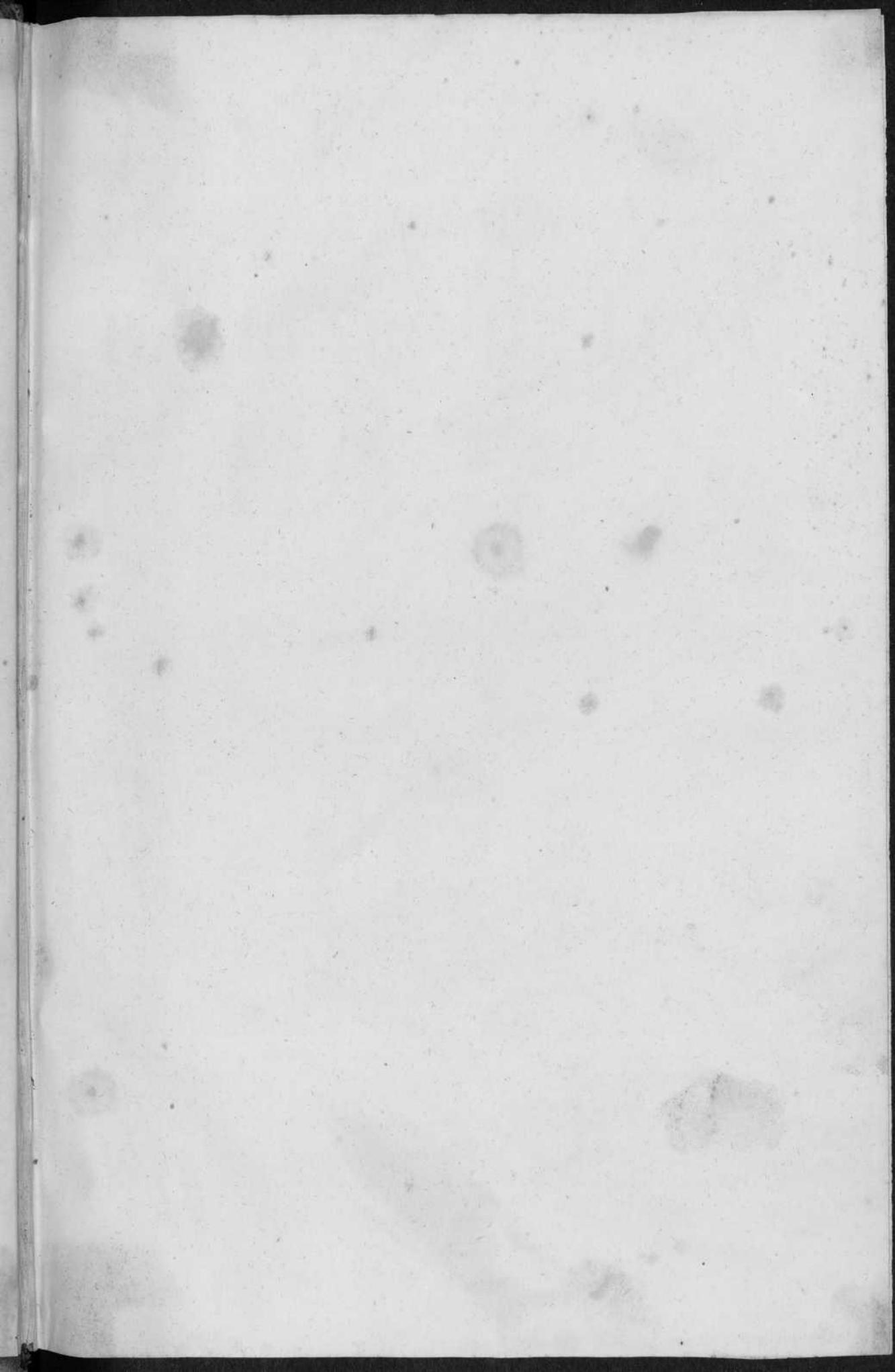
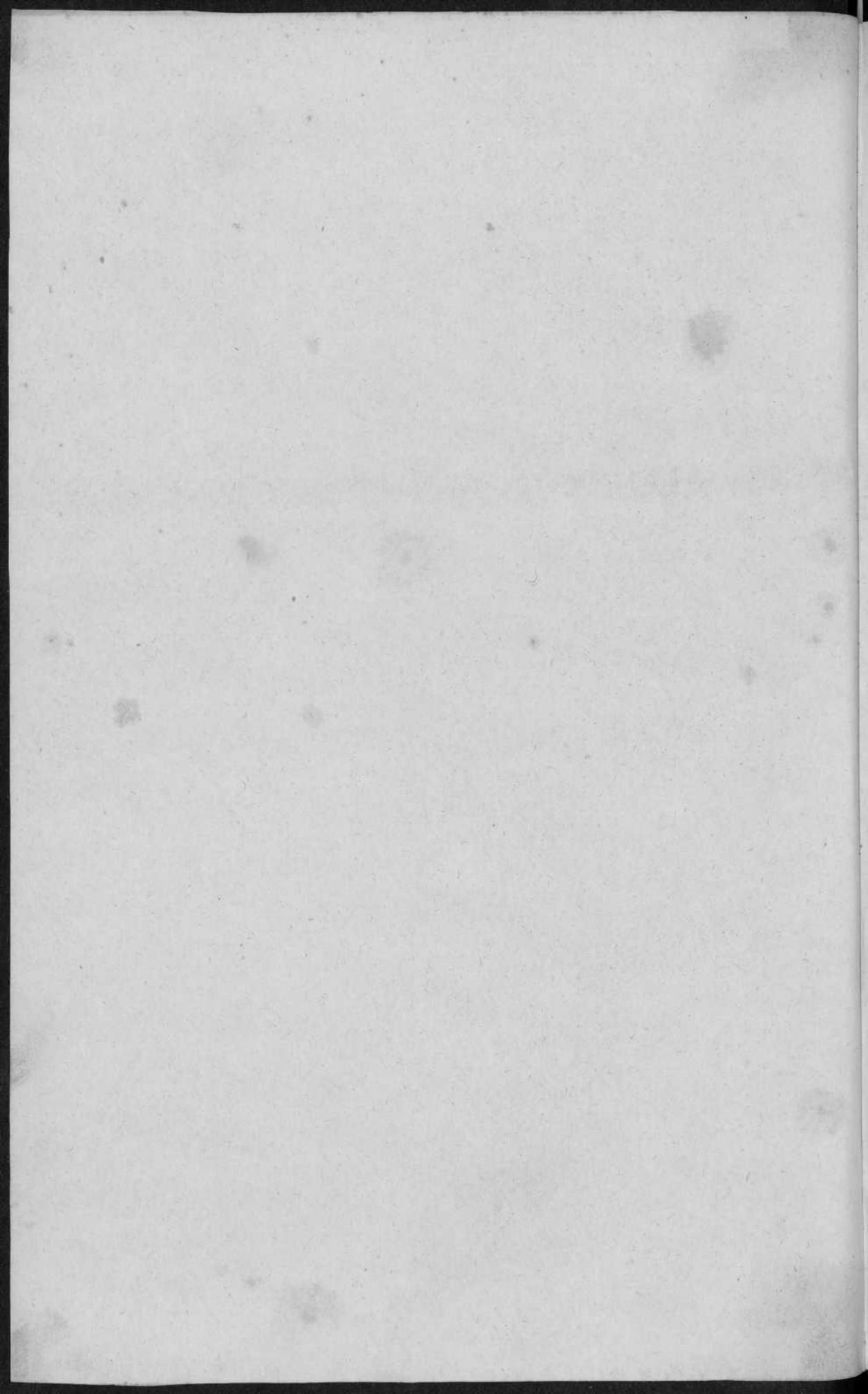
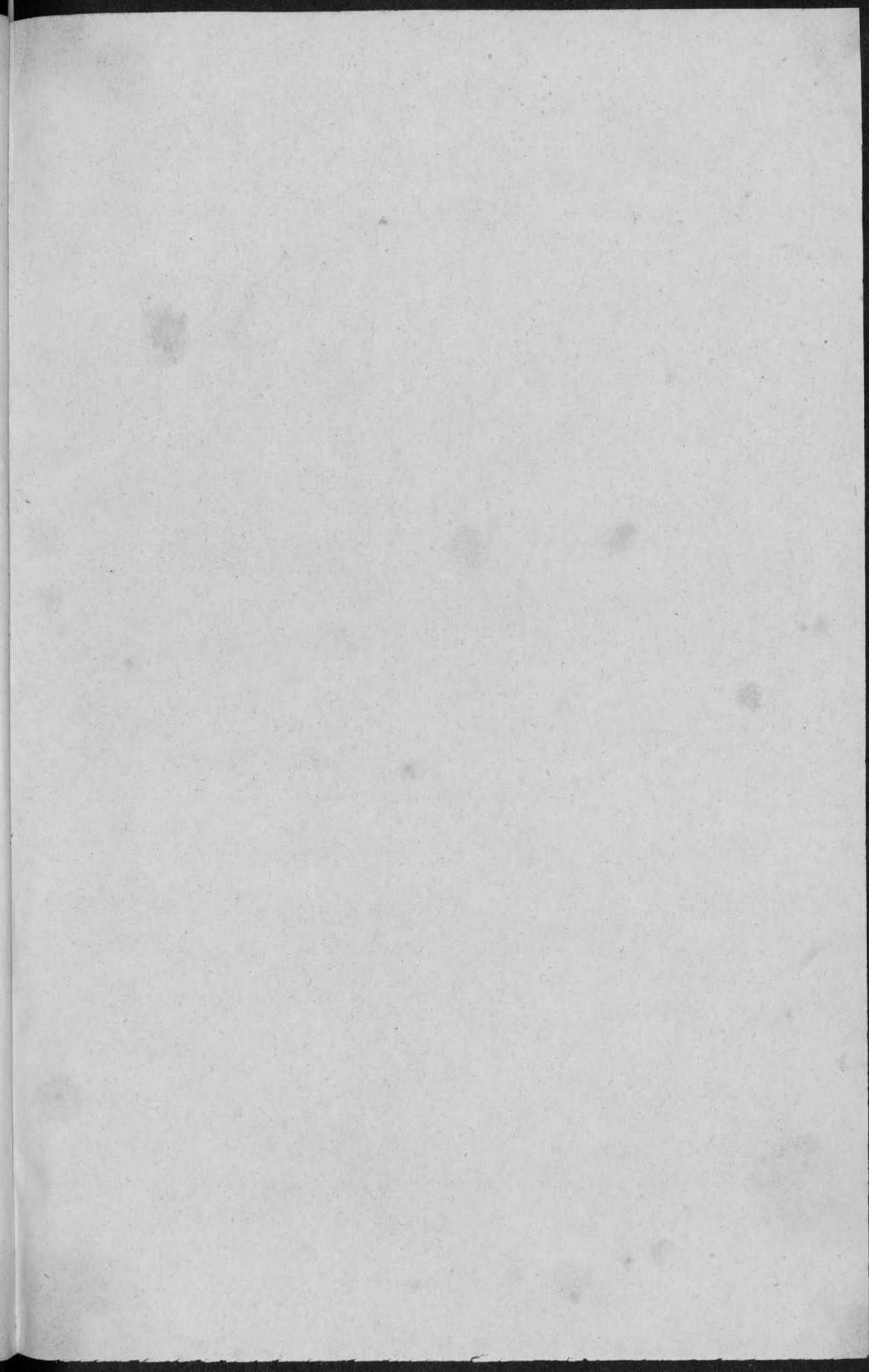


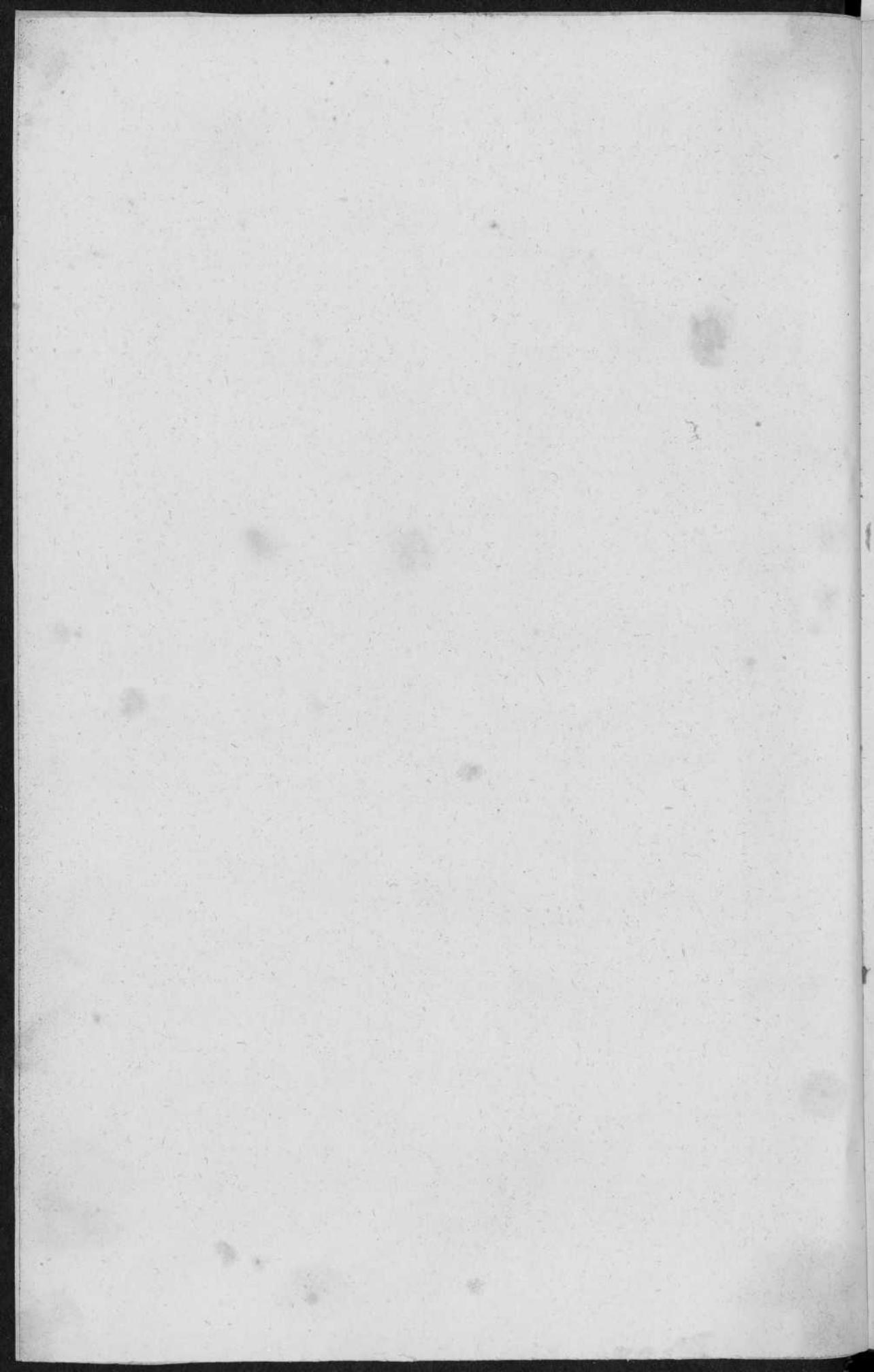
78

13978









BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

MATILDE,

ó

MEMORIAS SACADAS

DE LA

HISTORIA DE LAS CRUZADAS,

POR MADAMA COTTIN.



MADRID:

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Príncipe núm. 4.

1852.



BIBLIOTECA ESCRIPTA DE ESPAÑA Y ROLIO

MATILDE

MEMORIAS SACADAS

DE LA

HISTORIA DE LAS CRUZADAS

POR MADAMA COTTIN



MADRID

IMPRESA DE GARCIA Y ROLIO, EDITORES

CALLE DE S. MARTIN, 13

1822



MATILDE,

6

HISTORIA DE LAS CRUZADAS.

POR MADAMA COTTIN.

CAPITULO PRIMERO.

GRANDE fue el dolor que causó en todas las naciones cristianas, la pérdida de Jerusalén: esta Santa ciudad cayó en poder de Saladino, después de un sitio tan obstinado como sangriento. Guillermo arzobispo de Tiro, se embarcó inmediatamente para Europa, deseando desahogar su dolor en el seno del Sumo Pontífice, y pedirle al mismo tiempo socorros eficaces para sus hermanos del Oriente. Pero Urbano III, herido mortalmente por la flecha nueva, espiró en los brazos de Guillermo; y Gregorio VIII que sucediera á Urbano, convocó otra cruzada. Sus exhortaciones unidas á las del piadoso arzobispo, que recorría á pié la Europa con un crucifijo en la mano, ya rogando ya amenazando con penas eternas para que se alistasen bajo los estandartes de la Cruz, lograron conmover todos los corazones con el entusiasmo de la gloria y de la religion. Los reyes son los primeros á poner en su pecho el signo sagrado de la redencion; levantan sus armas y juran no deponerlas, hasta volver á entrar en aquella Jerusalén tan querida, que era carga de sangre para sus antepasados, donde estaba el sepulcro de Dios; único medio de lavar la mancha que con su pérdida cayera sobre los héroes de la cristiandad.

A la cabeza de tantos soberanos, marchaban Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto de Francia. Rivales entrambos reyes por el sitio y estension de sus estados, lo eran igualmente por su edad y amor á la gloria: ambos eran intrépidos y altivos; de carácter irritable y fogoso, prontos á encenderse á la menor vislumbre de agravio, y sin que jamás pudiesen resolverse á ceder. Felipe Augusto, grande y magnánimo, al mismo tiempo que previsor y sabio, as-

piraba á victorias mas sólidas que brillantes. Ricardo, lleno de candor y lealtad, aunque imprudente y arrebataado, estaba siempre subyugado por sus pasiones: nunca fue capaz de disimular un ultraje, ni reposaba un punto hasta tomar competente satisfaccion de la injuria que le hicieran; y si bien era constante en el odio, era asimismo inalterable en sus amistades. Tal vez este monarca ilustró mas que Felipe sus proezas, atrayendo hácia sí por sus relevantes prendas la admiracion general, de que fue objeto, la compasion por el grande infortunio en que después le sumergiera la perfidia.

El emperador Federico á la cabeza de cincuenta mil hombres, acabados de salir para Palestina, en tanto que Ricardo y Felipe, reunidos aun en las llanuras de Jisors, veian acrecentarse sus huestes de día en día. Las alocuciones, tan vehementes como piadosas, que en todas partes pronunciaba el arzobispo de Tiro manifestando el deplorable estado de los cristianos de Oriente, exaltaron el noble valor de la juventud de ambos reinos; todos acudieron presurosos á unirse á sus ilustres caudillos, los que, ufanos y llenos de justo y noble orgullo, caminaban al frente de su numeroso y valiente ejército, resueltos á combatir valerosamente por la causa de Dios, y á no dejar se mancillase su gloria por el vergonzoso baldon de la fuga, ó el abandono de la Cruz.

No obstante, los dos monarcas se separaron, luego citándose para Mesina. Felipe se embarcó para Génova y Ricardo regresó á Londres; nombró regente del reino, durante su ausencia, á su hermano Juan denominado *Sin Tierra*; y mientras que en Marsella se aprestaba la flota que debia conducirle con sus tropas, Berenguela, su esposa futura, habia llegado á Sicilia, para celebrar en presencia de los ejércitos

reunidos el himeneo que debía unirlos para siempre al monarca inglés.

La tímida y tierna Berenguela, hija de Sancho rey de Navarra, era en verdad poco hermosa; y no de mucho talento: pero en cambio, adornaban tantas virtudes su carácter, y era tan grande el amor que profesaba á Ricardo, que consiguió fijar el corazón de tan voluble monarca, haciendo que la prefiriese á todas sus rivales, y aun á la altiva Alix, hermana de Felipe Augusto, que envano intentó encadenarle á sus piés. Ricardo, seducido un momento, rechazó al fin la mano de una princesa á quien no le era posible estimar; y al menos por esta vez pudo envanecerse la modesta virtud de haber triunfado en el corazón de un gran rey, sobre el esplendor poderoso de la cuna y la belleza.

Pero antes de emprender tan larga y peligrosa jornada, quiso asistir Ricardo al sacrificio de su tierna y menor hermana Matilde; pues era llegado el momento de que pronunciase sus votos. No había vuelto á verla desde su infancia y tal vez no la vería mas; y antes de que muriese para el mundo, ó que él mismo pereciese á manos de los infieles, quiso conocerla, estrecharla en sus brazos y darla el adiós postremo. Mientras que sus capitanes se preparaban á la partida, acompañado de algunos escuderos y del arzobispo de Tiro, se dirigió al monasterio en donde se la encerró á poco de haber nacido, y en el que iba á sepultarse para siempre.

Educada había diez y seis años en aquel albergue piadoso y solitario, sin conversar con otras personas que las vírgenes que le habitaban, tan puras é inocentes como ella, sus pensamientos no se estendian mas allá de los límites de su retiro, ni su corazón anhelaba otros bienes. Sus dias se deslizaban, uniformes y tranquilos sin contarlos; y en su completa inocencia, ignoraba igualmente la existencia del mal, y el mérito de la virtud.

Poco envanecida con su nacimiento y mucho menos con una belleza que no conocia, sin mas que una confusa idea del mundo, cuyo turbulento imperio no había llegado hasta ella y del que la abadesa no le hablaba sino presentándole como un espantoso cúmulo de peligros y tormentos. Matilde bendecía continuamente á Dios, por haberla guiado á tan santa vida, y jamás creyó la existencia de otra felicidad que aquella de que en su morada pacífica disfrutaba; así es que esperaba con ansia el momento de la augusta ceremonia que debía separarla del siglo para siempre.

La llegada de Ricardo, conmueve á todas las habitadoras del sagrado recinto; ábrese al instante las puertas; caen todas las rejas á la sola presencia del monarca y penetran por primera vez las miradas de un hombre, en lo interior del claustro solitario, repitiendo las pacíficas bóvedas el eco del belicoso crujido de las armas. Nadie mas que el arzobispo de Tiro siguió al monarca; y Matilde se apresuró á recibir los cariñosos abrazos de su hermano y la bendición del venerable Guillermo.

La abadesa, seguida de sus religiosas cubiertas con su negro velo, acompañan á la hermosa novicia; y son testigos de la tierna entrevista con Ricardo, contemplando con placer las dulces efusiones del fraternal cariño. Refiere el monarca sus proyectos y habla de su viaje y de Guillermo: y se le ve enternecerse al solo nombre de Jerusalén; recuerda la pérdida de los Santos Lugares, los peligros que arrostran los fieles para penetrar en ellos y las dulzuras que gozan cuando han llegado á conseguirlo. Esta sentida narración despierta en Matilde pensamientos tan nuevos, como piadosos; su devoción tan dulce, toma un carácter ardiente; y admirada, al mismo tiempo que confusa, declara no sin rubor que tomaría gustosa la cruz con su hermano, para visitar la

Tierra Santa, antes de correr la cortina que debía separarla del mundo para siempre.

Poco trabajo costó á Matilde el obtener su petición, pues semejante viaje estaba, en aquella época, considerado como la preparación mas saludable y propia para abrazar el estado monástico: sus compañeras transportadas de alegría, aplaudieron tan heroico proyecto; y envanecidas con el lustre que tan piadosa romería iba á atraer sobre su convento, preparaban de antemano la guirnalda de rosas, que debía adornar las sienes de la hermosa vírgen á su regreso. La abadesa colocó en el blanco hábito de Matilde, la brillante cruz que sellaba su proyecto y la colocaba bajo la inmediata protección de Dios. Después tomándola por la mano, la puso entre las de Ricardo diciéndole:—Vuestra magestad desconoce todo el valor del depósito que le confío, y el tesoro de inocencia y de piedad que encierra el corazón de esta vírgen: defendedla, señor, con vuestro brazo; y vos, padre mio, añadió volviéndose al arzobispo, velad con celo sobre su alma: no es la jóven princesa de Inglaterra la que os recomiendo, es la futura esposa de Dios, título entre todos los suyos, el mas bello.—Pero no por esto, ¡oh Matilde, des entrada al orgullo en tu corazón, procura que una humilde desconfianza, te acompañe siempre: ten presente que no son los títulos augustos, ni las disposiciones mas santas, bastante poderosas á ponernos al abrigo de las tentaciones. No atiendas á las lisonjeras palabras que halagarán tus sentidos, solo para perderte: y haga el santo esposo á quien estás destinada que tus oídos se presten tanto al soplo de su divino espíritu, que nunca puedas entender al ruido que el mundo hará, por do quiera, en derredor tuyo.

Mientras que Matilde escuchaba, con atención profunda, este discurso que hiciera la piadosa abadesa, Ricardo esperaba su conclusion con bastante impaciencia; y al momento que pudo tomar la palabra, contestó con su natural viveza; «que su hermana no tenia riesgo alguno que temer, yendo á su lado.»—Estad cierta, señora, continuó con cabalheresco entusiasmo, de que con el auxilio de Dios y de mi espada, estará tan segura mi hermana en medio de mi campo, como en la soledad de este claustro.

El tono enérgico con que pronunció estas palabras hizo ruborizar el semblante de todas las vírgenes; pero admiradas de su aire marcial, que le daba todo el continente de un héroe, y del noble fuego que centelleaba en sus ojos, ninguna bajó los suyos á tierra.

Llegó por fin el momento de la partida: Matilde se dirigió hácia la puerta exterior del monasterio; y antes de pisar, por la vez primera, sus umbrales, se detiene, vuelve la vista y con sus tímidas miradas parecia preguntar si su valor no era temeridad. Viendo la abadesa el espanto que la dominaba y considerando el abismo que el mundo iba á abrir ante ella, concibió nuevos temores por los peligros que la amenazaban; y con la esperanza de preservar su vida y su inocencia, trató de hacer el último sacrificio entregándola un relicario que llevaba siempre consigo.

—Hija mia, la dice, este te preservará de todo peligro: si la tempestad te sorprendiese, si el temible furor de las pasiones, aun mas temibles que aquella, alguna vez te amenazase, estrecha contra tu corazón este pedazo de la verdadera cruz, y él te salvará ¡Oh! crees prepararte para la fiesta del cielo; mas ten muy presente que vas á viajar por la tierra.

Matilde recibió con gratitud un don tan precioso y le suspendió de su cuello, con ardiente fe. Besó la mano venerable que se le había entregado, y dando el último adiós á sus tímidas hermanas, salió del monasterio; y no pudo oír sin estremecerse, el sonido que hicieran las puertas al cerrarse tras ella.

Volvió sus ojos húmedos hacia el sagrado recinto que abandonaba, sin apartarlos de él hasta que la frondosidad del bosque y la distancia, se le ocultaron enteramente. Oprimióse su corazón al perderle de vista, y su turbación se aumentó al distinguir á lo lejos el inmenso horizonte que tenía delante: entonces acercándose á su hermano y al arzobispo, les preguntó sobresaltada, si había que atravesar tan luengas tierras para llegar á la Palestina. Ricardo sonriéndose de la sencillez de la pregunta, la dijo:— Muchos días y meses transcurrirán, tal vez, antes que pisemos la tierra á cuya conquista vamos. Pero ¿á qué viene ese temor, hermana mía? añadió poniendo la mano en el brillante pomo de su espada; ¿olvidas que este defensor jamás ha de abandonarte?—¿Y olvidas también, prosiguió el arzobispo señalando al cielo, á aquel que allí reside mucho mas poderoso que todos los hombres, cuya misericordia no tiene límites y que se halla presente en todas partes?

Omitiremos la relacion de las diversas emociones que Matilde experimentó, durante tan dilatado viaje: no es fácil adivinar el efecto que causaron la vista del mar, las marciales canciones de los guerreros y los alborozados gritos de los marinos, en el alma de una tímida jóven, á cuyos ojos no habían llegado otras imágenes que las de sus compañeras; y que encerrada en las pacíficas bóvedas de un templo, no había escuchado nunca otros acentos que los melodiosos y devotos cánticos que entonaban las vírgenes del Señor.

Llegó Matilde á Mesina, en donde se reunió con Berenguela: desde el momento que se vieron, una tierna simpatía unió entrambos corazones. Matilde encontraba en ella las inocentes y modestas gracias, que la traían á la memoria las compañeras por quienes suspiraba; y Berenguela cuyo carácter solo respiraba amor y benevolencia, no podía menos de amar á la amable hermana del monarca que en breve iba á ser su esposo.

CAPÍTULO II.

DIVERSAS desavenencias ocurridas entre Ricardo y Felipe Augusto, á causa de la perfidia de Tancredo rey de Sicilia, impidieron que el matrimonio del monarca inglés se verificase en Mesina como tenia proyectado; pero lo realizó en Chipre, despues de la conquista de esta isla; en la cual coronado por las manos de la victoria; dispuso con esplendor la augusta ceremonia.

Jamás se celebró himeneo bajo mas felices auspicios, ni con mayor brillo y magnificencia. Vencedor de Isac, soberano de Chipre, á quien despojó de su reino, consolábase Ricardo de haber diferido por largo tiempo dividir su trono con Berenguela, por el placer que le causaba poder ceñir sus sienes con una nueva corona.

Al eco de este notable triunfo vino el rey de Jerusalén, Guido de Lusñan, á implorar la protección del héroe Ricardo, contra Conrado marqués de Monferrato, que le espulsara de sus mismos dominios y le disputaba hasta la esperanza de volver á poseerlos. Eróle este apoyo tanto mas necesario, cuanto que Felipe Augusto se habia declarado abiertamente en contra suya desde su llegada á Siria, sosteniendo los derechos de Conrado que á la sazón era dueño de Tiro, única ciudad que poseían los cristianos en Palestina. Monferrato habia cerrado á Lusñan las puertas de la ciudad enarbolando la enseña de la rebelion: Ricardo se creia ofendido de Felipe desde su arribo á Sicilia, y animado de cierta emulacion por una gloria que contrapesaba la suya, se felicitó de encontrar una ocasion favorable para ponerse á la cabeza de un partido contrario al rey de Francia. Estimulado por la confianza de Lusñan, movido por sus des-

venturas, vencido con sus ruegos, se obligó solemnemente á protegerle contra todos sus rivales; desde aquel momento unidos ambos por la gratitud y los beneficios, contrajeron estrecha amistad jurándose eterna fe y confraternidad de armas hasta su último suspiro.

Raimundo, príncipe de Antioquia, Bohemundo de Trípoli, Reinaldo de Sidon, Honfroy de Thoron y Leon, príncipe de Armenia fueron con Lusñan á la isla de Chipre á fin de apoyar la demanda de su rey, y á pedir al mismo tiempo, la protección de Ricardo para ellos mismos. El monarca inglés les prometió sostener sus diversas solicitudes, y no abandonar la Siria sin dejarlos en pacífica posesión de sus estados. En premio de tan eminente servicio Lusñan y los demás príncipes se ofrecieron á reconocer al rey de Inglaterra por su señor feudal pagándole tributo como vasallos: pero el noble Ricardo reusó un honor que casi igualaba al beneficio prometido; y todo lo que exigió de ellos, en prueba de su reconocimiento fue, que prolongasen su estancia en Chipre para que asistiendo á la ceremonia de su desposorio, realzasen el brillo de la pompa nupcial con su presencia.

Este dia, para siempre memorable en los anales de la isla, fue anunciado desde la aurora por el sonido de mil instrumentos; la suntuosa iglesia de Santiago, situada entre la puerta de Limiso y la antigua Amatunte, fue adornada con una magnificencia real, las calles estaban cubiertas de flores y los balcones entapizados con ricas y vistosas telas.

Lusñan marchaba á la cabeza de los príncipes sus tributarios: brillaban en su gran manto, teñido con la púrpura de Tiro, los fuegos del záfiro oriental; á corta distancia resplandecía el oro y el acero en las cotas de armas de los barones ingleses: Ricardo les seguía, con cetro y corona, y la hija de Sancho de Navarra cuyo corazón palpitaba tanto tiempo habia por la llegada del fausto momento en que jurando no amar otro que á Ricardo, iba á recibir de este igual juramento, marchaba al lado de su magnánimo esposo. Para que nada faltase á su ventura, pidió á su querida Matilde la acompañase á tan solemne acto; Ricardo lo exigió también, y la jóven novicia se presentó en la augusta ceremonia, cubierta con su largo velo. Entró en la iglesia al lado de Berenguela y vió por la vez primera el aparato de la pompa nupcial y regocijos mundanos, bajo su aspecto mas seductor: el juramento de un eterno amor dirigido á otro objeto que á Dios, sobresaltó su inocencia y las palabras apasionadas de Ricardo y tiernas miradas de su esposa, conmovieron el corazón de la hermosa virgen.

Guido de Lusñan, colocado junto al monarca inglés, fue el único de todos los príncipes que pudo admirar de mas cerca las gracias de Matilde, aunque al través del casto velo, y su vista encendió en el corazón del rey de Jerusalén un violento y repentino fuego: pero el recuerdo de su esposa Sibila y el hábito religioso de la jóven princesa, eran obstáculos que le impedían manifestar sus deseos, ocultando en su seno el vehemente amor que le abrasaba y la profunda herida que nunca debía cicatrizarse.

Ricardo, mas guerrero que amante, atormentado por su sed de gloria, apenas hubo pasado algunos dias en compañía de su esposa, dispuso hacerse á la vela para la Palestina; pero advertido por Lusñan de que las galeras sarracenas cruzaban por aquellas aguas estendiéndose hasta las costas de Siria y del Egipto, y que eran mandadas muchas veces por Malek-Adhel, hermano de Saladino y guerrero el mas temible del Asia que habia jurado el exterminio de todos los monarcas de Europa, se opuso á que su esposa y hermana participasen de sus riesgos. Todos los esfuerzos de los enemigos iban á reunirse contra él; su animoso corazón se anticipaba á recibirlos, y deseando dedicarse esclusivamente á la gloria, quiso

alejar de sí los caros objetos de su ternura. No dudaba que en cuánto llegase á Tolemaida, se enfurecerían los infieles por haberseles escapado la presa de sus manos; entonces dirigiendo ellos todas sus fuerzas contra el real campo, dejarían el mar libre y sería fácil atravesar sin gran peligro; por esto ordenó que el bajel destinado á conducir á Berenguela y Matilde, permaneciera en la isla hasta que hubiese llegado el suyo al puerto de Tolemaida.

Matilde, acostumbrada á la obediencia, se sometió resignada á la voluntad de su hermano, mas la amorosa Berenguela desconsolada por la idea de separarse de un esposo que tanto amaba, se precipitó á sus piés pidiéndole bañada en llanto, como la mayor demostración que podía recibir de su cariño, que la permitiera participar de los peligros á los cuales iba á esponerse.

A pesar de que el monarca se conmovió vivamente con la amorosa pena de la reina, se mantuvo inexorable en su propósito, manifestándola que su presencia y la de Matilde enternecerían su corazón, y debilitando su valor le obligarían, tal vez, á evitar un combate que debía buscar. «Además, prosiguió, esos mismos enemigos que van á dedicarse á perseguirme, os dejarán pasar libremente y solo para mí será peligrosa la travesía.» La jóven reina quiso aun insistir; pero Ricardo, obligado por la resistencia de su esposa, añadió con tono algo severo, que queria ser obedecido. Calló Berenguela y temerosa de haberle desagradado, devoró en silencio su dolor y sus lágrimas.

El rey de Jerusalén y los demás príncipes de su comitiva, se embarcaron con Ricardo: solo quedaron al lado de la reina Holfroy de Thoron, los duques de Northumberland y de Gloucester, Simon de Monfort, conde de Leicester y algunos señores franceses, entre los cuales se distinguían el valiente Adam de Turenna, camarero mayor, Enguerrando de Siena y Joselin de Montmorency, que tan hermoso y esforzado como Reinaldo era ya héroe largo tiempo habia, aunque apenas entrado en la adolescencia. El prometía nueva gloria á su patria por sus hazañas, y nuevo lustre á su nombre, cuya nobleza era tan antigua que no cedía á la de los mismos reyes de su nacion.

Dispuso Ricardo, que el arzobispo de Tiro acompañase á las princesas. «Ellas necesitan, le dijo mirando á la reina, que vos las enseñeis que las mujeres deben servir á Dios con su paciencia y sumision, del mismo modo que nosotros con los combates y el valor.» Berenguela comprendió demasiado el sentido de estas palabras; y contestando con una mirada de resignacion y cariño, hizo que el altanero monarca se compadeciese: quiso acceder al deseo de una esposa tan tierna; pero pareciéndole entonces mas digna de cariño por su dulzura y paciencia, se afirmó en su propósito de no esponerla á los infinitos peligros que iba á buscar.

Gozosa Berenguela de haber obtenido la aprobacion de su esposo, ocultó en su corazón los deseos que la agitaban y los justos temores que laceraban su pecho; y en tanto que pálida, con la vista baja y sin atreverse á derramar una lágrima le acompañaba al puerto, Matilde arrodillada en un retirado aposento de su palacio, se sometía sin quejarse á la voluntad de su hermano y de su rey, rogando por su vida al hijo divino de María.

Impelido el navío del rey por un viento favorable, llegó en breve á las costas del Asia; pero en el momento de aproximarse á tierra, fue atacado por dos galeras enemigas numerosamente tripuladas: lejos de temer, y mucho menos de huir, él mismo provocó el abordage. Brillan los aceros, corre la sangre la mortandad es horrorosa, el valor es igual; los dos partidos atacan, ninguno parece que se defiende. Al fin despues de un terrible y empeñado combate logró

Ricardo echar á pique una galera y apoderarse de la otra, ayudado de Guido de Lusignan que peleó denodadamente á su lado; al dia siguiente, 8 de junio, fondeó en Tolemaida precedido de la victoria y cargado de enemigos despojos. Todo el campo le recibió con las mas vivas demostraciones de entusiasmo, celebrando con juegos y fiestas su arribo triunfal.

No bien habia desembarcado Lusignan cuando recibió la noticia de la muerte de su esposa Sibila; esta pérdida fomentaba la pasion que concibiera en Chipre; pero podia ser muy funesta para sus pretensiones. Sibila, hija de Balduino, habia heredado de este el reino de Jerusalén; y al dar la mano de esposa á Guido, le habia hecho reconocer por rey de aquel imperio. Por muerte de Sibila, recaian los derechos al trono en su segunda hermana, llamada Isabel, esposa de Conrado, marqués de Monferrato, y esta circunstancia daba mayor fuerza á la pretension de este último. Sostenido Lusignan por Ricardo, alegaba que el carácter del rey era indeleble, y que en justicia nadie podia desposeerle de él: los Flamencos, Pisanos y caballeros de san Juan, se declararon en favor de Guido; pero los Alemanes, Genoveses y Templarios, á cuya cabeza estaba Felipe Augusto, apoyaban los derechos de Conrado que encerrado en Tiro y orgulloso de poseer una ciudad en un reino en el cual nada poseia Lusignan, insultaba desde sus elevadas almenas á un rival afligido. Ambos encendían la discordia en el campo de los cruzados, disputándose una corona que dejaran arrebatarse de los infieles; y en tanto Saladino la afirmaba en sus sienas, fortificando mas y mas á Jerusalén contra los futuros ataques de los cristianos.

Ricardo estableció su cuartel al lado del mar, con el objeto de observar todos los movimientos de los sitiados é impedir que recibiesen socorros por mar ó tierra. Al Oriente de la ciudad y frente á la torre mas fuerte llamada la *Torre Maldita*, se veian flotar magistuosamente los estandartes de Felipe Augusto; y en el centro del campo se desplegaban las águilas gloriosas de Alemania. Las tres naciones se distinguían por el color de la cruz que ostentaba en sus enseñas: roja la del imperio de las lises, blanca la de los Germanos y verde la de los Ingleses. Entre estas diversas órtes, ninguna manifestaba mayor fausto y magnificencia que la de Inglaterra; y en tanto que Ricardo se hallaba rodeado de pompa y suntuosidad, Felipe Augusto, mas sencillo y modesto, solo formaba su esplendor en la ilustre y valerosa nobleza que le rodeaba, cuya gloria jamás será borrada por el olvido:

Ricardo clamaba porque se estrechase con vigor el sitio de Tolemaida, cuya rendicion debia dejar abierto el camino de la Santa ciudad; pero el altivo Conrado no queria salir de sus muros ni dar algun auxilio á los Cruzados, sino se le declaraba rey de Jerusalén; Felipe Augusto, fiel á la alianza con él contraída y celoso del imperio que en el campo ejercia Ricardo, así como tambien de los gloriosos laureles que cogiera en Chipre, ya se mantenía pasivo en sus reales, ya daba parciales ataques á los infieles; evitando con el mayor cuidado el comprometerse en un asalto general. Demasiado fiel y leal, Ricardo no podia abandonar á su hermano de armas; pero bastante altivo para tratar de humillarse ante su rival, lejos de procurar atraer á Felipe con razones, le exasperaba con sus invectivas y sarcasmos, fomentando por este medio las discordias que en el campo reinaban. Mil veces estuvieron los partidos próximos á llegar á las manos, y mil veces temieron levantar contra cristianos, aquella misma espada que pocos dias antes para defenderlos se ciñeran. Mientras que en el consejo se intruducia el desórden y los jefes se ultrajaban con injurias, los guerreros que solo habian venido á Palestina para conquistar los Santos

Lugares y no para elegir el rey de Jerusalén, murmuraban sin rebozo de la discordia que tenia su valor encadenado; y mas de una vez entraron por tierras de los Musulmanes, llevándolo todo á sangre y fuego hasta las mismas tiendas de Saladino.

Pero tan funestas disensiones para las armas cristianas, no eran el solo motivo de la tristeza de Ricardo; en cuanto llegara á Palestina envió orden á Chipre para que la reina y Matilde viniesen á reunirse con él: estaba seguro de que seria prontamente obedecido por ambas, y como no llegasen, su tardanza empezaba á infundir en su corazon serios temores. Todos los dias iba á la orilla del mar, deseando divisar el navio que esperaba, pero siempre en vano: Lusñan jamás le abandonó, y participaba de la inquietud y temor de su amigo, tanto mas cuanto que desde la muerte de Sibila su pasion habia tomado el mayor incremento, con la esperanza que se atreviera á concebir. Acababa de recobrar su libertad; Matilde aun no habia perdido la suya y confiaba demasiado en la amistad de Ricardo, para dudar un momento que apoyaria su peticion y seria mediador con Matilde: como esta íntima union solo podia restituírle su reino y satisfacer su amor, nada omitia Lusñan para fomentarla. Ricardo era muy sensible al placer de la amistad, pero deseaba ser amado por su propio mérito; así que, Guído al descubrirle los derechos de su corazon, tuvo una destreza particular para persuadirle que en esta alianza no miraba tanto á las gracias de Matilde, como á estrechar mas y mas sus amistosos vínculos con Ricardo. El rey de Inglaterra franco, sincero y fácil de engañar porque era incapaz de engañar á otro, creyó de buena fe lo que Lusñan le digera, y desde aquel instante creció de tal modo su cariño para con él, que no podia pasar un momento sin estar á su lado. Dormian en una misma tienda, comian juntos, jamás peleó el uno sin el otro contra los Sarracenos y dividian fielmente el botin que recogian.

En las justas de armas se distinguian por los mismos colores, llevaban sobre su escudo la misma divisa; y despues de haberse adiestrado en los torneos, ó teñido en sangre infiel el acero durante el dia, iban por la noche á pasearse junto á la orilla del mar. Contemplando la inmensidad del Océano y del horizonte suspiraban con amargura, bajaban la cabeza, y agoviados con la tristeza de sus pensamientos, guardaban á menudo un sombrío silencio: si la tempestad hacia hervir las ondas, parciales ver entreabiertos los abismos para sumergir en su profundo seno la nave que conducia los objetos mas caros á su corazon; pero si las aguas permanecian tranquilas y el viento favorable rizaba las olas, sus temores cambiaban de naturaleza sin perder nada de su energia. Ricardo cuando no al mar, preguntaba á los infieles por su esposa y hermana.

CAPITULO III.

A la desolada Berenguela nada consolaba; y desde la partida de Ricardo no cesaba de orar derramando lágrimas, figurándose que su esposo habia sido víctima de los Musulmanes. En sus melancólicos ensueños, veíale cargado de cadenas, cubierto de heridas; y durante el dia su imaginacion alarmada, confirmaba los lúgubres presagios; porque el corazon que ama, jamás está tranquilo. En vano el arzobispo de Tiro queria calmar tan viva pena, presentándola tan exagerado sentimiento como una ofensa hecha á Dios: la jóven reina lloraba entonces su culpa, mezclando este llanto con el que motivaba la cruel ausencia de Ricardo. Pero lo que no pudieron lograr las exhortaciones de Guillermo ni el ejemplo de Matilde, lo consiguió la llegada del buque que su esposo enviaba. Apenas escuchó la obtenida victoria contra

los Sarracenos, solo comprendió que el monarca inglés estaba ileso y seguro, y que dentro de poco iba á verle, enjugó repentinamente su llanto, y pasó de la mortal tristeza al colmo de la alegría.

Al escuchar Matilde que el término de su viaje se acercaba, rindió gracias á Dios con tanta sumision como la que mostró al obedecer las anteriores órdenes de su hermano. Bastante piadosa para entregarse demasiado á los sentimientos de alegría ó tristeza, miraba como ofensa hecha á Dios, la desesperacion violenta que dominara á Berenguela al separarse de Ricardo, y cuando la desolada esposa exalaba en su presencia, lamentos que manifestaban su ternura y su pena, la casta virgen, que hasta entonces habia ignorado el influjo que ejercen en el alma las pasiones, se sobresaltaba al escuchar un lenguaje tan desconocido para ella, y aun se creia culpable si daba oídos á los ecos de un amor tan puro como legítimo. Matilde confió sus escrúpulos con el mayor rubor al arzobispo de Tiro; y el venerable Guillermo que en el secreto tribunal de la penitencia, jamás escuchara declaracion tan honesta y sincera, creyó ver humillada á sus piés la Eva celeste al despertarse el mundo, y se propuso no abandonar jamás la direccion de una conciencia, cuya estremada delicadeza anunciaba una nueva santa al universo.

En aquellos tiempos se consideraba la galanteria como un deber y una especie de gloria: pero sin embargo de esto y de estar compuesta la comitiva de Berenguela de los mas nobles y distinguidos caballeros de las córtes de Inglaterra y Francia, ninguno osara jamás dirigir sus homenajes á Matilde; á pesar del brillo de sus encantos, de la seduccion de sus gracias y la espresion de sus hermosos ojos azules, habia en su persona tal aspecto de pureza y modestia que imponia á los deseos, impidiéndoles que naciesen; se mostraba poco á las miradas de los hombres; pero siempre con los ojos bajos, las manos cruzadas sobre el pecho, y medio cubierta con su largo y blanco velo y brillando en toda su persona la primitiva inocencia: á tal vista, todos retrocedian sobrecogidos de religioso respeto, considerándose indignos de aproximarse á ella. La reina la amaba en extremo, y se alligia vivamente al recordar los votos que Matilde debiera pronunciar algun dia; mas ni la soledad del claustro, ni la oscuridad del asilo en que iba á sepultarse, eran á juicio de Berenguela tanta desgracia como la de haber de vivir sin amar. Comprendia que era posible desdeñar una corona, pero no renunciar á un esposo: mas de una vez se determinó á manifestar sus pensamientos á su jóven hermana, pero cuando procuraba despertar su ambicion deslumbrándola con el brillo esplendoroso del trono y con las muchas diademas que varios reyes tendrian á dicha ofrecer á su belleza, huia Matilde ruborizada; mas no por temor de que semejantes pinturas escitaran sus deseos, sino por evitarse la vergüenza que sufría al escucharlas. Entonces Berenguela, atenta á no lastimar tan delicado pudor, la hablaba únicamente de los sentimientos que pueden conmovér legitimamente el corazon de una doncella; como el deseo de ver el regreso del mejor de los hermanos; el dolor de una madre inconsolable por vivir separada del hijo mas querido y por último encarecia la amistad que la unia á Matilde, cuya pérdida dejaria tan inmenso vacío en su corazon, que no podria ocuparle aun el mismo amor de Ricardo. Despues de tan tiernas descripciones, disponia la reina festejos en los que se aunaban la galanteria y la magnificencia, alguna vez asistia á ellos la princesa, pero en vano el siglo ostentaba sus pompas, en vano la naturaleza hacia hablar á sus encantos; la jóven virgen modesta y animosa, desdeñaba los bienes terrenales y atravesaba el mundo ocupada solamente del cielo.

Pasados algunos dias de una navegacion feliz, aun-

que lenta, el navio dió vista á las costas de Asia; mas al divisar ya el puerto de Tolemaida como un pequeño punto en el inmenso horizonte, se levantó un viento fuerte que hizo inútiles los esfuerzos de los marineros, obligando al piloto á que abandonase el timon al furor de las terribles olas, las que impelieron el navio contra los bancos de arena que se estienden por las inmediaciones de Damieta. Viendo un buque enemigo el conflicto de los cristianos, creyó fácil apoderarse de ellos; pero vasallos que debian defender á su reina, y caballeros que combatian por la religion y la belleza, no debian rendirse sino perdiendo la vida. A la cabeza de todos los guerreros se colocó Joselin de Montmorency, el mas jóven y esforzado de todos; con la espada en la mano resistia con tan inaudita intrepidez, que los infieles empe-

zaban á ceder; pero una galera que salió repentinamente del puerto de Damieta, trocó por desgracia la suerte del combate.

En el momento en que los Sarracenos observaron el pabellon negro y amarillo que ondeaba sobre la galera, exclamaron á una voz: ¡Malek-Adhel!!! Malek-Adhel!!! y devolviéndoles este nombre todo el perdido valor, empezaron de nuevo un combate, que iban á abandonar desesperados. En tanto que Montmorency, animado del mas heróico valor se lanzaba en medio de los enemigos sembrando el terror y la muerte por donde pasaba, el arzobispo de Tiro, que acompañaba á Berenguela y Matilde, exclamó arrodillándose: — Humillaos conmigo, señoras; porque ha llegado nuestro último momento; nada hay que pueda resistir á Malek-Adhel.



El arzobispo de Tiro.

CAPÍTULO III

La princesa se prosternó, obediendo al arzobispo, pero Berenguela con lánguida voz y cubierta de lágrimas, dijo: — ¡Oh padre mio! ¿quién es el abominable y horrible Sarraceno, que va á separarme de mi esposo? — Malek-Adhel es hermano del Saladino, y el mas temible de todos los enemigos de los cristianos; yo le he visto con el fuego y el acero, reducir á leves pavesas nuestras poblaciones y campos: sin él no hubiera caído Jerusalén en manos de los infieles; ni se hubiera visto ondear sobre el templo de Cristo los pendones de Saladino.

Apenas concluyera el anciano estas palabras, cuando el tremendo fragor de las armas y el no menos horrible de cadenas que se escuchaba sobre la cubierta, le hicieron conocer la suerte que les esperaba; y animado por el peligro, marchó intrépidamente

para ver si conseguia minorar los males de sus hermanos á fuerza de ruegos; porque el arzobispo era conocido largo tiempo habia, de Malek-Adhel, y estaba persuadido del ascendiente que su mucha sabiduria le daba sobre el alma de aquel guerrero. Entretanto que el venerable Guillermo imploraba la compasion del Sarraceno, las dos desgraciadas princesas se retiraron al punto mas oscuro y retirado de la nave, aguardando en una inconcebibleagonia el momento de verse abatidas con el triste peso de las cadenas. Berenguela afligida con la melancólica idea de verse separada de su esposo, desahogaba su dolor por medio de las lágrimas y los suspiros, llamando á cada instante á Ricardo en su socorro; pero la hermosa Matilde resignada, en medio de su afliccion, estrechaba contra su seno el relicario que le dió la

piadosa abadesa, y de rodillas ante Dios pedía un auxilio que solo esperaba de su mano. De repente se abre la puerta del camarote, y entran en él precipitadamente muchos hombres en traje musulmán: Matilde se apartó con horror y estrechó nuevamente la sagrada reliquia, al tiempo que acercándose á la reina el caudillo de la tropa vencedora, la dijo con respetuoso continente:—Calmad vuestro temor, señora; vos no sois esclava, sereis hospedada en mi palacio, y tratada con todas las consideraciones debidas á vuestro ilustre nacimiento. Yo os juro en nombre del Profeta, que ninguno de vuestra servidumbre arrastrará las cadenas; y en pago de tan leves servicios, solo exijo su palabra de honor de que se detendrán en Damietta, sin intentar fugarse al campo de los Cruzados, antes que Saladino, mi hermano, instruido de vuestro arribo á sus estados, concierte con el rey de Inglaterra vuestro rescate.

Berenguela aceptó con alegría tan generosas condiciones, que la devolvían la esperanza de reunirse á Ricardo; prendada de las nobles maneras y cortesania del árabe, ofreció por los suyos cumplir lo que se la exigía: mas al disponerse para dejar la nave y encaminarse al palacio de su nuevo dueño, le dijo, señalando á Matilde:—Señor, esta jóven doncella es hermana de Ricardo; no me separéis de ella: la dulce melancolía de llorar juntas nuestra desgracia es el único consuelo que nos resta, y tan generoso vencedor no intentará privarnos de él.

Hasta aquel momento no habia visto Malek-Adhel á la princesa de Inglaterra; pero entonces se acercó á ella, presentándola su mano con la mayor gracia y urbanidad: pero Matilde horrorizada, desde que llegó á sus oídos el odioso nombre de Saladino, se retiró del hermano de tan terrible enemigo de Dios, y cubriendo su rostro con el largo velo, dijo temblando y sin levantar la vista, que seguiria á la reina

En cuanto se vieron sobre la cubierta, arrojó Malek-Adhel una mirada investigadora sobre sus ilustres prisioneras: idólatra admirador de la belleza, se detuvo poco á contemplar el rostro de Berenguela, pero al fijar los ojos en el de la hermosa Matilde, al mismo tiempo que alzaba un poco el velo para descender á la chalupa, la dulzura y magestad que unidas resplandecian en su persona, la blancura de su tez, el modesto sonrosado de sus mejillas, sus tímidas miradas fijas en la tierra, el religioso hábito y todo el conjunto de gracias que la adornaban, hicieron grande impresion en el alma de un guerrero que miraba unos atractivos desconocidos en el Asia; y llegó á tal grado la admiracion de Malek-Adhel, que permaneció suspeso y como fuera de sí. Dueño absoluto de las mas célebres belldades del Oriente, que avasallaban su corazon sin conmovele, el fiero árabe tembló por la primera vez de su vida á la vista de una jóven cristiana, que impasible y con sus ojos bajos, ejercia en aquel instante un imperio ilimitado sobre el hermano del soberano de la Siria, del Egipto y de las tres Arabias.

Era demasiado para un vencedor musulman, ser atento con un sexo que Mahoma destinara á la esclavitud, Malek-Adhel ignorante de las creencias de Europa, no participaba del augusto respeto que el religioso hábito inspiraba á los cristianos; y pues habia osado amar á Matilde, debia atreverse tambien á manifestarla su cariño. Dió orden á uno de sus oficiales, para que condujese á Berenguela á la galera; y tomando en sus brazos á la princesa, la trasladó á la chalupa, se sentó á su lado, é hizo ademán de tomar una de sus manos. Horrorizada Matilde con semejante audacia, retrocedió cual si bajo sus pies hubiera mirado abierto el abismo; y levantando la indigna vista hácia el Sarraceno, quedó sorprendida cuando en vez de descubrir en su rostro el horrible



retrato que hacen las Escrituras del comun enemigo, observó un semblante magestuoso y marcial, y una vista que dejaba entrever la sublimidad de un alma generosa. Confusa y asombrada, creyendo que un prestigio infernal la ofuscaba, se arrojó á los piés del ar-

zobispo, que entraba en aquel momento en la chalupa, y ocultando el rostro con su hábito exclamó casi desfallecida.

— ¡Ay padre mio! ¡padre mio!!!

Guillermo conocia la estremada devocion de Ma-

tilde y creyó entrever en la angustia que ella experimentaba, el piadoso sentimiento de verse cautiva y la humillación de depender de un infiel. Se acercó á la princesa, la levantó del suelo y exhortándola á que cobrase ánimo la sostuvo con una mano, llevando la otra á su frente. En seguida dirigiéndose á Malek-Adhel, dijo:— Señor, esta joven que mirais ante vos, pálida y trémula, no pertenece ya al mundo; colocada por su nacimiento al lado del trono de Ricardo, ha descendido del sólo para elevarse mas consagrándose á Dios por votos de eterna castidad: la intermediación de un hombre la considera como una mancha; y jamás caballero cristiano osó mirar con ojos profanos á la esposa del Señor. Permitted, ó noble Malek-Adhel, que confinada en lo interior de vuestro palacio, se halle al abrigo de todas las miradas y pueda permanecer fiel á su ley, habitando sola y oculta hasta que la voluntad del cielo, el gran Ricardo y el ilustre Saladino señalen el instante de su libertad.

Concluido este breve discurso se inclinó Guillermo con el mayor respeto y esperó la respuesta de Malek-Adhel, en tanto que este contemplaba á la princesa cuya hermosura brillaba aun mas por la agitación que la dominaba. Largo rato estuvo el Sarraceno sin romper el silencio, hasta que volviéndose hácia el arzobispo, le dijo:— Pontífice cristiano, son para mí tan estrañas vuestras palabras, que para darlas crédito, necesito la aseveración de la princesa. ¿Será cierto, señora, que vuestros votos sean tales que os obliguen á sepultaros voluntariamente en una eterna oscuridad, privando al mundo de la vista de esos atractivos que asombran y embelesan el alma de los mortales?

Matilde interrumpió al príncipe, y sin mirarle levantó los ojos al cielo y dijo dolorosamente:— ¡Ah! ¡por qué no habré permanecido en el claustro, y no hubiera visto el rostro ni escuchado la voz de un sarraceno! ¡Dios todopoderoso! ¡vos sabeis si mis deseos mas vivos son los de vivir eternamente apartada de los enemigos de vuestro santo nombre!— Vos veis, señor, que no os he engañado.— Sí, replicó el príncipe con arrogancia; veo los efectos de esa religion que vosotros los nazarenos llamais santa, al mismo tiempo que declamais contra nuestra creencia tachándola de perversa y de bárbara, que nunca á mandado á nuestros guerreros vayan á talar vuestras tierras, ni á las bellezas que dejen el mundo y sus placeres para encerrarse vivas en un sepulcro...; pero la princesa es libre y puede vivir en mi alcázar segun mejor la agrade; yo respetaré hasta el mas caprichoso de sus juramentos.

Acabó de hablar Malek-Adhel, y ordenando la colocación de los cristianos en varias celálpas, volvió á entrar en el esquiné y llegó á Damieta con sus prisioneros.

Al desembarcar en el puerto encontraron las princesas dos literas que las esperaban; presentaron un caballo al arzobispo, y los demás caminaban á pié, á escepcion del valeroso Montmorency, que cediendo solamente al excesivo número de enemigos, fue cubierto de gloriosas heridas y llevado al palacio en unas parihuelas, pálido y semivivo.

Durante la marcha, repaaba á Matilde en su imaginación los funestos acontecimientos que la ocurrieran en tan azarosa jornada: temblaba al recordar el temerario arrojó del Sarraceno y al mismo tiempo se reprehendia á sí misma de que no la inspirase el mas repugnante horror. «¿Cómo, decia, no he percibido en su rostro señales de la reprobación eterna? Sin duda la turbación que en mí produjeron sus impías palabras, fue la causa de que yo no observase sus satánicas facciones.» Y en tanto que así reflexionaba, tenia vivos leseos de ver otra vez al jóven árabe.

Malek-Adhel habitaba en Damieta el antiguo palacio de los califas fatimitas: cuantos objetos en él se

veian, daban una clara prueba de la magnificencia de sus primeros poseedores. Los pavimentos eran de mármol; las columnas de jaspe y de granito, siendo aun mayor el lujo que dominaba en los aposentos interiores: infinitas habitaciones sin particular destino; inmensos jardines inmediatos al harem; las centinelas secretas estaban confiadas á los eunucos y las exteriores á guardias, costosa y ricamente vestidos. Pero Malek-Adhel destinó otra habitación para las princesas y los cristianos; porque si bien ignoraba los usos y costumbres de Europa, conocia bastante la incomodidad y disgusto que resultaria á una soberana de vivir entre esclavas, y que tan voluptuosa mansion seria horrible á los ojos del santo arzobispo: hechas estas justas consideraciones, ordenó Malek-Adhel que fuesen servidas por cristianos; permitió á Guillermo que celebrase los misterios de su culto; y que los caballeros que formaban la pequeña corte de Berenguela, entrasen á acompañarla á ciertas horas del dia. Los hermosos y solitarios jardines que rodeaban el palacio estaban contiguos al harem, sin que tuviese un edificio con otro la menor comunicacion, pues entre ambos habia una division de colosales murallas.

El lujo oriental que brillaba en aquella mansion, admiró á Berenguela y escandalizó á la humilde novicia; riquísimos tapices de Persia cubrian los pavimentos, y embalsamaban el aire los mas esquisitos perfumes de la Arabia. En un vasto salon de preciosos jaspes estaban colocados muchos cojines enriquecidos con finos bordados de oro, que rodeaban una fuente en la cual cuatro cupidos de pórvido derrababan el agua mas clara y refrigerante. Las ricas cortinas de gasa y las entreabiertas celosías solo proporcionaban á aquella misteriosa habitación una débil luz, suficiente para recrear la vista, observando en los jardines el blando movimiento de naranjos y rosales, y las bellas ginaldas que formaban los jazmines, entrelazándose caprichosamente con la vid, en torno de las ventanas.

La habitación mas suntuosa se destinó á Berenguela; Matilde eligió la mas modesta; y en medio de las paredes vestidas de jaspe é incrustadas de oro, suspiraba amargamente por la oscuridad y estrechos límites de la mezquina celdilla que habitara en su convento. Guillermo, que detestaba la vana pompa que le rodeaba, y en extremo afligido por la cautividad de los cristianos, eligió para sí el mas retirado aposento del alcázar, sin otro mueble que un grosero lecho y sin otro adorno que una cruz; allí entregado dia y noche á la oración, rogaba incesantemente á Dios por la libertad de sus hermanos cautivos; y solo abandonaba su miserable morada para prodigarles socorros y consuelos.

En cuanto llegaron las princesas al alcázar, las presentaron de parte de Malek-Adhel vistosos canastillos llenos de delicadas frutas y helados de todas especies; pero uniendo al respeto la generosidad, nose presentó ante ellas, y solo encargó les dijese en su nombre, que jamás musulman alguno se internaria en aquel aposento sin su espesa licencia: y que él mismo se sujetaria á esta ley, escepto cuando hubiese de comunicarlas alguna satisfactoria novedad en cuyo caso osaria ser él, el portador de la noticia.

No fue posible á las princesas conciliar el sueño, durante la melancólica noche que sucedió á tan triste dia; el recuerdo de sus desgracias solo alimentaba su acalorada fantasia. Berenguela recordaba solamente á su esposo, regaba con sus lágrimas el solitario lecho, y solo pronunciaba acentos dictados por un amor sin esperanza; pero Matilde humillada ante el supremo juez, le ofrecia sus lágrimas y plegarias y se esforzaba á someterse á su voluntad, diciendo: «¡Oh grandeza infinita! antes que ose quejarme de vuestros soberanos decretos, despedazaré mi cora-

zon; y jamás el frágil vaso de tierra, se levantará contra la mano que le formó: felice yo, pues me habeis prestado los auxilios de vuestra gracia, para que templando la amargura de los días de dolor, impida que me agovie esta prueba cruel.»

A la mañana siguiente se reunieron las princesas en un retirado gabinete, que destinaron para oratorio. Divisábase en el pálido rostro de Matilde, la marcada huella de un dolor resignado; pero en las facciones desfiguradas de Berenguela se observaban las señales de la profunda desolacion que despedazaba su alma. Entró el arzobispo á poco rato en el oratorio, habiendo suspendido su oracion para cumplir con el importante deber de consolar al afligido, digna y augusta prerrogativa de su ministerio, que su ardiente caridad jamás le permitia olvidar. Mas Berenguela se hallaba fuera de sí é incapaz de escuchar sus sabios y consoladores consejos y sin atreverse á confesarlo, sentia en el fondo de su corazon que no era posible se cicatrizase su herida, hasta que legrase reunirse con Ricardo. Descando prever un término á los males que la afligian é informarse al mismo tiempo del carácter de Saladino y de las esperanzas que podia fundar con respecto á la proteccion de su hermano, dijo á Guillermo: — Padre: vos que habeis nacido en el Asia y sois hace treinta años patriarca de Tiro; consejero, amigo de los reyes de Jerusalén, y algunas veces embajador suyo cerca del Soldan, y conocereis, cual nadie, la corte, los usos y caracteres de nuestros enemigos; por consiguiente nadie podrá mejor que vos indicarme los medios de que debo valerme para alcanzar una gracia de la cual depende mi vida. — ¡Ay! exclamó con dolor el prelado, demasiado cierto es que he visto nacer y aumentarse el poder que ha derrocado el trono de Godofredo, y que actualmente amenaza al Asia entera: puedo sin duda, manifestaros los medios de que se ha valido Saladino para llegar á esa cumbre de gloria, donde le vemos colocado. Conozco su corte, su poder, sus intrigas; conozco las virtudes que le adornan y los vicios que le afean: conozco tambien el poderoso ascendiente que sobre el corazon de su hermano ejerce Malek-Adhel, y veo las ventajas que hubieran podido obtener los cristianos, si me hubiesen permitido tratar libremente con este último príncipe, elmas generoso y magnánimo de todos. ¡Ah! si hubiesen los jefes y cristianos de Oriente dado crédito á mis palabras, si hubiesen escuchado mis consejos en vez de destruirse mutuamente con guerras intestinas, si Amaury y Lusignan se hubiesen fiado de mi esperiencia, no hubiera llegado á verse la Tierra Santa en el deplorable estado que hoy la vemos.

Guillermo suspiró dolorosamente, guardó silencio, y despues de una larga pausa comenzó su narracion, que las princesas escucharon con atencion profunda.

CAPITULO IV.

En Damasco, corte de Atabek Nuredino, dijo Guillermo, fue donde se criaron juntos Saladino y Malek-Adhel; á la vista de su padre Ayub que bien ajeno de prever ni desear la futura grandeza de su casa, y fiel á su soberano, de quien era querido y honrado, ya con la espada en la mano conquistándole nuevas coronas, ó retirado en su gobierno de Damasco, se ocupaba esclusivamente en formar de sus hijos dos vasallos tan fieles y leales como él habia sido siempre.

«Saladino no anunció durante su infancia lo que debia llegar á ser con el tiempo: era de un natural indolente y de virtudes pacificas, al paso que Malek-Adhel estaba siempre poseido de espíritu guerrero y respirando combates. Saladino era grave, frio, insensible, austero, muy reflexivo, hablaba poco, huia de los placeres, odiaba el amor y veía con pesar que se

acercaba el instante en que su edad debia obligarle á tomar las armas. Malek-Adhel, por el contrario, era intrépido, impetuoso, franco hasta rayar en indiscreto y escesivamente aficionado á los deleites y pasatiempos de la juventud; así es que obtuvo, á fuerza de súplicas, el permiso de derramar la sangre por su patria, aun antes del tiempo que permite la ley á los musulmanes.»

«Saladino, que solo nació para mandar, permaneció mudo é indeciso en tanto que debió obedecer, pero Malek-Adhel desde niño hizo ver lo que seria toda su vida: guerrero intrépido, amigo sincero, y servidor decidido. A pesar de existir tanta distancia entre el carácter de ambos hermanos, sus corazones estaban estrechamente unidos: jamás se separaron sin pena, ni dejaron de sentir regocijo al reunirse. Esta amistad, cimentada por su respeto á la ley del Corán, se hizo aun mayor por el odio inestinguible hacía los cristianos, por mútuos servicios, y sobre todo por el tiempo. Era aquella tan viva y profunda, que debia ser objeto de nuestra admiracion, si sus efectos no hubieran sido funestos para nosotros, pues no se ha desmentido jamás y parece que cobra nueva fuerza á medida que dura.»

«En Egipto, pelearon por primera vez bajo las órdenes de su tio Shirkuh, enviado por Atabek Nuredino para que espulsara de allí al califa fatimita que dominaba en el Cairo, y substituyera á su autoridad la del califa de Bagdad. Shirkuh entró sin la menor dificultad en un país mal guardado y peor defendido, en el cual un soberano dado á los placeres habia abandonado las riendas del gobierno en manos de los tiranos subalternos. Mas la proximidad del general de Atabek sacó de su vergonzoso letargo á Ledin-Allah, que conociéndose sin los recursos necesarios para hacer frente á tan formidable adversario, empleó sus tesoros para seducirle y le hizo ofrecer, por premio á su traicion, además de la mitad de sus riquezas, la plaza de gran visir, que por la estension de su poder era superior al mismo califa.»

«Shirkuh se deslumbró con tan magnificas promesas y superó la codicia á la fidelidad: prometió á Ledin-Allah sostener sus derechos, y abandonar á su legítimo dueño. Malek-Adhel no pudo contenerse á vista de semejante perfidia, y se atrevió á reprender á su tio tan abominable proceder: Shirkuh ofendido de su audacia le hubiera castigado sin duda á no interponerse Saladino, quien redujo á su hermano á que acompañase á su tio á la audiencia del califa.

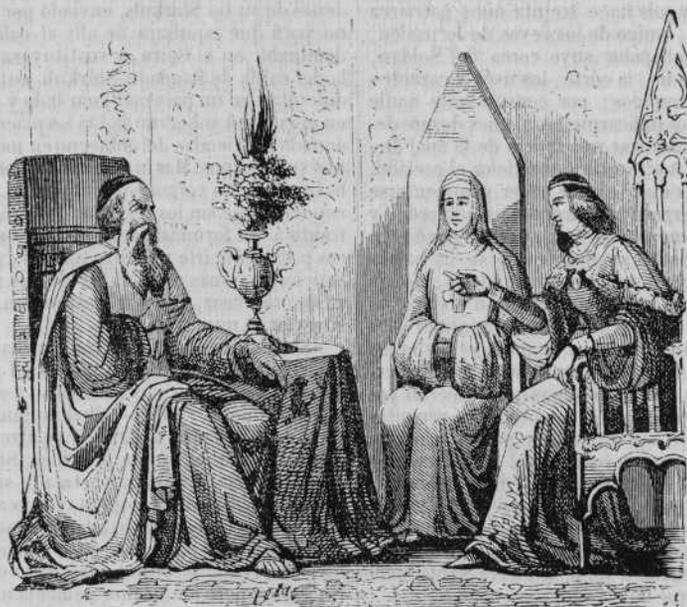
«La brillante pompa de esta corte asombró á los hijos de Ayub, acostumbrados á la sencillez de la de Nuredino; pero los dos hermanos la miraron con ojos bien diferentes. En tanto que el corazon de Malek-Adhel estaba henchido de indignacion por la perfidia de su tio, Saladino sentia nacer en el suyo unos sentimientos de ambicion, hasta entonces en él desconocidos. No por esto llegó á envidiar el engrandecimiento de Shirkuh, porque el segundo puesto de un imperio no era bastante á sacarle de su indolencia; mas creia que la esperanza de no tener quien le dominase, podia hacer de él otro hombre.»

«Poco tardaron en descubrirse estos sentimientos; solo faltaba una ocasion para determinar á Saladino, y esta llegó. Murió Shirkuh, y viéndose Ledin sin su mas firme apoyo, pensó encontrarle en el hijo mayor de Ayub, y le ofreció decididamente la plaza de su tio. El ambicioso Saladino que deseaba elevarse aun mas fingió contentarse y aceptó la proposicion de Ledin, manifestando á Malek-Adhel que habia accedido para contribuir á los designios de Atabek y obrar conforme á sus órdenes. Creyó su hermano lo que Saladino le dijera; pero cuando lejos del Cairo peleaba contra los cristianos, llegó á su noticia que habia muerto Ledin-Allah y que Saladino habia ascendido al trono de los califas y ejercia sin oposicion

la autoridad suprema. No se resolvió Malek-Adhel á creer que su hermano hubiese hecho traicion á Nuredino, ni pensó que hubiese querido engañarle á él mismo. Abandonó el ejército, olvidó sus triunfos y partió á reunirse con su hermano á quien habló con la mayor energía poniéndole delante el oprobio que iba á recaer sobre su familia, la desesperacion del honrado y anciano Ayub, y últimamente le recordó que era deudo de toda su grandeza á aquel contra quien acababa de rebelarse. Jamás puso en olvido Saladino los beneficios de Atabek, y respetaba tanto los blancos cabellos de su padre, como amaba entrañablemente á su hermano Malek-Adel, pero no obstante esto, firme en su trono porque creía que el destino se le habia señalado, no pudo resolverse á abandonarle, á pesar de las súplicas y ruegos de su hermano. Este no pudiendo resolverse á tomar las armas contra su hermano ni contra Nuredino y mucho menos ser tranquilo espectador de la guerra, despues de haber reprendido ágríamente á su hermano, se dirigió contra los cristianos y los hizo temblar aun dentro de los muros de la desgraciada Jerusalén.

«Así es, que Malek-Adhel no queriendo tomar parte alguna en la querrela de Atabek y Saladino, nos convirtió en víctimas de su amistad para con su hermano y de su fidelidad para con su soberano. Omíto el hacer os relacion de los horribles estragos que sus armas han ejecutado en la Tierra Santa. No hay plazas, no hay murallas ni ejércitos que resistan á este célebre guerrero, llamado con justo título el *leon de los combates* y el *rayo de las batallas*; pero Rama y Tiberiades arrasadas; Trípoli y Bethlem cambiadas en miserables ruinas; Tolemaida ganada y Jerusalén perdida para el orbe cristiano, os dicen mucho mas que todas mis palabras, y aun mas que las lágrimas que me hace derramar el recuerdo de semejantes desgracias.

Aquí el arzobispo se detuvo para dar libre curso á sus lágrimas; Matilde le acompañó con las suyas, y hubiera odiado desde aquel momento al infame autor de tantos desastres, si Dios la hubiese dotado de un corazon capaz de aborrecer. — Padre, le dijo con timidez á Guillermo, encuentren en vuestra narracion, cosas que me confunden: ¿cómo es posible que des-



cribais dueño de generosos sentimientos al que arruinó la Tierra Santa? ¿Pueden poseer virtudes los infieles? — Por desgracia del mundo y de la fe, encontrareis en muchos sarracenos, y sobre todo en Malek-Adhel, el desinterés, la sinceridad, la elevacion de alma: pero todas estas virtudes son solamente una brillante corteza, que oculta infinita corrupcion, semejante á los frutos de que hace mencion la Escritura, que deleitan la vista por su hermosura, y dejan en la boca una ceniza amarga y emponzoñada.

Matilde levantó los ojos al cielo al escuchar estas palabras, como para recomendar á la divina misericordia á tan desgraciados seres. — Decidme, padre, añadió la reina; ¿cómo es que Malek-Adhel, á pesar de no haber favorecido la usurpacion de su hermano se halla de gobernador de Damietta?

— Esto es lo que me falta referir; pero V. M. permitirá que deje mi narracion para otro dia; en este momento me tiene fuera de mí la memoria de los

males que nan sufrido mis desgraciados hermanos. ¡Ah, quién podrá cicatrizar sus heridas! *Fue derribada de nuestra cabeza la corona; nuestros dias se han cumplido; ha llegado nuestro fin y todo el honor de la hija de Sion ha huido de ella. ¡Mira, Dios eterno, nuestra afliccion! ¡Mira si hay un dolor igual al nuestro! y no apartes tu oido de los clamores que te dirigimos para que no perezamos en la agonía.*

En los dias siguientes solo acompañó el arzobispo á las princesas á la hora de la oracion; porque aprovechando Malek-Adhel los momentos que su destino le dejaba libres, gustaba de conversar con Guillermo acerca del estado de la Europa y del carácter de los reyes que la gobernaban: el resto del dia le consagraba á visitar heridos y á consolar á los moribundos. Detúvose espresamente junto al lecho de Montmorency, mas para admirar su extraordinario valor que para prodigarle consoladoras palabras; porque este jóven héroe

sumiso á los decretos de Dios, había visto impávido acercarse su último momento, sin suspirar por la gloria de las armas, para la cual había nacido y á la que fue restituido pocos días despues. Sus heridas fueron cicatrizadas, y cuando llegó esta noticia al oído de Malek-Adhel, esperiméntó un verdadero regocijo; pues Montmorency debía su curacion á los solícitos cuidados que por orden espresa de Malek-Adhel, le prodigaron. El héroe sarraceno, noble y generoso, no recordó que había conservado un enemigo, solo sí que había salvado un héroe.

Cuando el arzobispo se halló en disposicion de acompañar á las princesas continuó á ruego de estas su roto discurso, refiriendo las nuevas conquistas de Saladino. Un día se reunieron en el oratorio, y Guillermo prosiguió de esta suerte.

—En tanto que Malek-Adhel destruía nuestras ciudades y campos, se preparaba Nuredino para castigar á su infiel Emir, pero en el momento en que acababa de reunir un numeroso ejército y se avanzaba á marchas dobles hácia el Egipto, le sorprendió la muerte en el camino, destruyendo la suerte de este modo, el único obstáculo que pudiera oponerse á la ambicion de Saladino. Este, como diestro político, se desposó con la viuda de Atabek, y este enlace legitimando en parte la usurpacion, hizo que Malek-Adhel se adhirióse al partido de su hermano, sosteniendo con su invencible brazo el trono del nuevo sultan, que pudiera con semejante apoyo desafiarse el poder de todos los soberanos del Oriente reunidos.

Los dos hermanos celebraron esta reunion con nuevas conquistas, pues se apoderaron de Muhlul, Damasco y Alepo. Solamente Jerusalén pudo resistir á tan terribles enemigos; pero las guerras intestinas que la agitaban, infundian en los cristianos serios temores, porque presagiaban la suerte desgraciada que les esperaba.

«Amaury ya no existía; el infortunado Balduino V apenas le había sobrevivido, y Sibila, su mayor hermana y heredera del trono de Jerusalén, se desposó con Güido de Lusina y le coronó. A pesar de esto existian algunos príncipes que debieran ser sus feudatarios y que no querian reconocerle por rey, y aun Conrado, marqués de Monferrato, sostenido por Raimundo, conde de Trípoli, le disputaba los derechos al trono. Era Conrado temible y fuerte adversario, y tal vez hubiera llevado á cabo su proyecto si fuese menos altanero é inflexible, y si al mismo tiempo hubiera sabido captarse el afecto de todos como Lusina, que ocultando su desmedida ambicion bajo un carácter afable y popular hacia cada momento numerosos partidarios. Por otra parte, Güido era profundo en sus proyectos, constante en sus empresas, impetuoso en sus deseos, pero siempre dueño de sus acciones, y tal cual vez falso y pérfido: porque jamás se detenía á examinar si era ó no lícito lo que trataba de emprender. No obstante era tan diestro en el arte de persuadir, que logró convencer á la mayor parte de que descuidando sus particulares intereses, solo se desvelaba por el bien público; por esta razon obtuvo grandes ventajas sobre su rival, que osaba amenazar á los cristianos dándoles á entender que se coligaría con Saladino, sino obligaban á que Lusina le cediese la corona.

En tan crítica circunstancia me hizo llamar un día el rey de Jerusalén, y me dijo: «Padre mio, si nos encontrásemos en los felices tiempos de la primera cruzada, cuando sumisos los cristianos obedecieran á un solo jefe, cuando se ahogaba con alegría en el fondo del pecho la voz del bien particular y solo se oía la del bien general, seríamos dignos sin duda de sostener la causa del cielo y no temeria yo á nuestros enemigos á pesar de su número y de su valor, evitándome la humillacion de pedirles la paz. Pero

despues de ver corrompidos á los cristianos con las riquezas del Asia; cuando prefieren el oro, los aromas y las delicias del Oriente á la pobreza, á aquella austeridad de costumbres que distinguieran siempre á los vengadores del hijo de María, desde que, en fin, se vieron aparecer sucesivamente los titulos de príncipes de Sidon, marqueses de Tiro, condes de Joppé, barones de Ramla y tantos otros dependientes del rey de Jerusalén, el imperio á causa de tan desgraciada division interior de sus fuerzas, las ha perdido sin quedarle al menos la esperanza de recuperarlas; y sino llegamos á obtener de Saladino una tregua que nos dé lugar á rehacernos y tiempo á que arriben los socorros de Europa, veo con horror que el trono de Godofredo se desploma, y que el sepulcro de Cristo, conquistado á fuerza de sangre y sacrificios, cae para siempre en poder de sus sacrilegos opresores. En tan horrible situacion recorro á vuestras luces y á vuestra sabiduria. Reverenciado por los cristianos, estimado por nuestros enemigos mismos; vos sois quien puede sostener nuestra causa con suceso, partid, pues, venerable Guillermo, partid al campo de Saladino, y habladle; hablád sobre todo á Malek-Adhel, que ejerce sobre el corazon de su hermano un imperio sin límites; y si es cierto lo que en loor suyo publica la fama, nadie como él se apiadará de nuestros infortunios. En punto á las condiciones de la tregua, os dejo en entera libertad: yo sé cuán cara es para vos la gloria de los cristianos, y que en vuestras manos no es posible que se marchite.

Al admitir tan honroso como delicado encargo, me decidí á los ojos de la cristiandad, por el partido de Lusina; y en efecto, no estimaba su carácter, pero le juzgaba mas apto que á Conrado para consolidar la paz en el imperio; además sus derechos eran mas justos y mas sagrados aun, porque había recibido pleito homenaje de todos sus súbditos; en fin, la voz del honor y de la religion me hacian ver como un deber mio el reconocerle como soberano. Consiguiente á esto, me puse á sus órdenes y emprendí mi marcha á Damasco, ciudad en la cual residia entonces Saladino.

Jamás embajador alguno esperiméntó mas honrosa y favorable acogida que la que puedo aseguraros que obtuve en Damasco. El mismo día que llegué fuí admitido en la audiencia del sultan: me recibió en su tienda, en la cual estaban proscriptos el lujo y el fausto, distinguiéndose Saladino de sus súbditos en la mayor sencillez de sus vestidos. Al entrar me honró con una graciosa sonrisa; y adelantándose á recibirme su hermano con un aire de dignidad y franqueza que atrae hácia sí los corazones de cuantos le conocen, me dijo cogiéndome la mano.

—Venerable pontífice, al enviar los cristianos tan respetable persona como vos en calidad de embajador, nos anuncian que tratan de obrar de buena fe y que podemos confiar en su promesa; mi hermano está pronto á escuchar vuestras proposiciones, y yo á sostenerlas cerca de él. Sabemos que con vuestro ejemplo y elocuencia convertís á vuestra religion á muchos prisioneros sarracenos; pero sabemos tambien Saladino y yo que los que permanecen fieles al Profeta son protegidos del mismo modo por vos, y que vuestra caridad á todo se estiende; recibid vos en esta córte los mismos respetuosos homenajes que sin duda se os tributan en Jerusalén; porque aquel que siembra por do quiera los beneficios, en todas partes debe recoger los frutos: un hombre tal como vos, solo debe tener amigos, y yo juro á pesar de la creencia que nos divide, que nadie lo será mas sincero y decidido que Malek-Adhel.

El entusiasmo con que el príncipe pronunció estas palabras, hizo conmovér á los circunstantes, y me llegó tan al alma que me hizo derramar lágrimas. Puede ser, señora, que V. M. estrañe que la modestia no me

haga cerrar los labios y omitir mis elogios; pero el deseo de daros á conocer á Malek-Adhel, me hace referirlos.—Padre mio, dijo Matilde, ¿cómo habeis vuelto de la corte del príncipe sin abrir primero sus ojos á la luz de la fe verdadera?—He intentado mas de una vez, hija mia, hablarle de este importante asunto; pero sin duda no ha llegado el instante señalado por Dios. Yo no dudo que este día llegue, y que un alma tan magnánima no permanecerá eternamente en las tinieblas.—Y ¿no rogais por su conversion algunas veces?—Todos los dias, hija mia; porque la conversion de Malek-Adhel, seria mas útil á la cristiandad que el triunfo en cien batallas; y si la reina lo consiente, cada mañana y cada noche imploraremos á Dios traiga á verdadero camino al príncipe.

La reina dijo que consentia de todo su corazon, y Matilde rogó al arzobispo suspendiese su narracion hasta el otro día, porque habia sonado la hora de la oracion.

El arzobispo se levantó al escuchar estas palabras, para comenzar las santas ceremonias; reunió todos los cristianos cautivos que por su calidad eran admitidos en la habitacion de la reina. Junto al altar estaba arrodillado el anciano duque de Norfolk, encorvado por el terrible peso de los años; solo pedia á Dios bastante vida para lograr morir en el campo cristiano; mas allá se veian desoladas señoras que entre sollozos elevaban sus plegarias y sus manos hacia el cielo, dirigiéndose al único que podia dar fin á su cautiverio: un poco mas lejos estaba el jóven Joselin de Montmorency, pálido, débil aun, alguna vez arrojaba tímidas miradas hacia la hermana de Ricardo. La reina postrada en su reclinatorio sobre almohadones de rico terciopelo, no pensaba mas que en un solo objeto, y al hacer oracion solo podia ocuparse de una sola persona. En tanto arrodillada Matilde sobre el duro mármol, con la confianza que dá una conciencia tranquila, elevaba al cielo sus ruegos por la conversion del príncipe, y tan puras é inocentes plegarias llegaban al sòlo del Eterno mezcladas con las de los ángeles de paz.

CAPITULO V.

No habian transcurrido muchos dias, cuando el arzobispo se dispuso á continuar la historia comenzada, pero en el mismo momento llegó á la habitacion un eunuco negro, que dió á la reina un mensaje de Malek-Adhel, por medio del cual solicitaba permiso para presentarse, porque era portador de importantes noticias.

Al escuchar tales palabras la jóven princesa, se sonrojó y dispuso á salir de la habitacion, mirando fijamente al arzobispo como para leer en sus ojos si debería alejarse ó esperar al príncipe.

—Debeis quedaros, hija mia, dijo el arzobispo despues de haber reflexionado un momento, sentando á Matilde entre la reina y él. Si, debeis quedaros; cualquiera apariencia de desconfianza puede incomodar al príncipe: y el mas seguro medio de contener las almas grandes y generosas es fiarse de ellas. Por otra parte, Malek-Adhel se ha hecho acreedor á nuestra confianza, porque desde nuestro arrivo á Danieta, esta es la primera vez que se atreve á presentarse delante de S. M. y de vos.

Obedeció Matilde y se sentó cubriendo al mismo tiempo su rostro con el velo. Berenguela siempre ocupada de su esposo, no dudó un momento que la importante noticia se referia á algun suceso del rey Ricardo. Iba á hablar de esta idea al arzobispo, pero lo impidió la llegada de Malek-Adhel, que siguió al mensajero.

Avanzó hacia la reina, y despues de saludarla con tanta gracia como respeto, se volvió á mirar á la bella

princesa, y largo rato la estubo contemplando con la mayor emocion. Al fin dirigiéndose al arzobispo le dijo: Venerable padre de los cristianos, no es hoy el primer día de nuestro conocimiento; si son diferentes nuestras creencias, me atrevo á pensar que no lo son nuestras almas; y que al hablar de mí á tan ilustres prisioneras, no me habeis pintado como un señor implacable y un enemigo sin misericordia.

—Las mismas princesas pueden deciros en los términos que me he explicado con respecto á vos.—Señor, interrumpió vivamente Berenguela, el arzobispo solo ha confirmado lo que la fama habia ya hecho llegar á nuestros oidos; sabemos que Malek-Adhel es un verdadero héroe, tan valiente como generoso; siempre vencedor en el campo de batalla, siempre clemente despues de la victoria, y que si sabe rendir con las armas en la mano á los bravos guerreros, cuando depone aquellas, no desoye la súplicas del infortunio. En mí teneis, ¡oh príncipe! una reina desconsolada; que ni os pide el trono, ni llora su pérdida. Lo único que os pide es un esposo, y nadie como vos puede proporcionarle este, pues está en vuestra mano su suerte.

—No, señora; no está en mi mano, respondió el príncipe vivamente conmovido: si el romper vuestras cadenas hubiera estado en mi mano, vuestro cautiverio no hubiera durado hasta aquí. Pero he querido venir á deciros personalmente que mañana despacho un esclavo con plegios para mi hermano Saladino, despues del Profeta el mas grande de los humanos, en los cuales le pido vuestra libertad, y estad segura de que no querrá prolongar vuestros tormentos por mas tiempo: confiad en su carácter bondadoso y en la mucha amistad que me profesa. Pero... ¿podré saber, continuó dirigiéndose á Matilde con visible cortedad, si la hermana de Ricardo participa de la buena opinion que de mí tiene la reina, y si se digna mirarme con ojos favorables?

La tímida Matilde que habia tenido clavada en el suelo la vista desde la entrada del príncipe, la levantó hacia él y dijo:—¿Cómo podré manifestar mi parecer, cuando pienso que carecen de toda virtud los infieles?... porque si es cierto que las poseen, son demasiado ingratos en desconocer al Dios de quien las han recibido.

El príncipe manifestó sorprenderse al escuchar tal respuesta; la osadía del sentido de las palabras y la timidez con que fueron pronunciadas hicieron tal efecto en el alma de Malek-Adhel que no pudo comprenderlas bien, ni contestar á ellas. Creyendo Berenguela que la contestacion de Matilde habia disgustado al príncipe, se apresuró á disculparla.—Perdonad, señor, le dijo, disculpad la temeridad de una doncella que educada lejos del mundo, no conoce otra ley que la de Dios, é ignora totalmente el respeto que se debe á los grandes de la tierra; pero su intencion es laudable y no debeis enojaros por la manera de espresarla.—¡Enojarme! ¡ah! señora, ¡no es posible que pueda incomodarme la princesa de Inglaterra!—Matilde, dijo Guillermo, no ha hecho otra cosa que cumplir con su deber, al manifestar su opinion; porque el Dios que la inspira y á quien está consagrada, no permite que su celo se contenga por frívolas consideraciones. ¿Qué vale el nacimiento, qué valen el rango y los honores para aquel que á todo renuncia por salvarse? Príncipe, este lenguaje no debe sorprenderos, si recordais los esfuerzos que hice en Damasco para atraeros á reconocer al verdadero Dios; tendreis presentes los ardientes votos de mi corazon, y no extrañareis que una mí débil voz á las plegarias que diariamente dirigen las princesas al cielo por vuestra conversion.

—Y ¿es cierto, exclamó Malek-Adhel mirando con ardor á Matilde, que labios tan hermosos pronuncien mi nombre sin repugnancia? Es cierto, señora que á

pesar de mi creencia os tomáis por mí algún interés?

La princesa con la vista baja y sonrojada, contestó con dignidad. — Vuestra creencia me horroriza, y vuestra ceguedad me compadece: el imperio del demonio que se estiende ayudado de vuestro brazo, cedería al de Cristo, si vuestros ojos se abriesen á la luz de la verdadera fe. ¿Puedo yo cansarme de pedir á Dios esta gracia? — ¡Ah, señora! si vuestro Dios es el verdadero, es imposible que resista á vuestra voz y desoiga vuestras plegarias.

La vivacidad del árabe turbó demasiado á la doncella; retiró su mano que Malek-Adhel la cogiera en el entusiasmo de su discurso, se hizo algún tanto atrás, y levantando sus hermosos ojos los fijó en el arzobispo, llenos de inocencia y confusion, y le dijo: — ¿Puedo ya retirarme, padre mio?

Guillermo contestó con un signo afirmativo, y Matilde se alejó: el Sarraceno no se atrevió á detenerla, pero cuando ella hubo salido, exclamó enajenado. — ¿Ha descendido del cielo tan hermosa criatura? porque no es posible que sea humana; no; las huries que el Profeta no reserva en el paraíso, no pueden ser de una tan esplendente belleza. — La belleza de la hija de los reyes, no es belleza profana, respondió el arzobispo con gravedad; su hermosura proviene de su interior, y brilla en su rostro angelical la pureza de su alma: si perdiese su inocencia, sería una hermosura comun. — No, no, interrumpió el príncipe árabe, el amor si fuese posible, la prestaría nuevos encantos. ¡Dichoso, mil veces dichoso aquel que logre verla embellecida por el amor?

Tales palabras llenaron de serios temores al arzobispo, pues manifestaban los deseos del príncipe y los peligros que á Matilde amenazaban; pero la experiencia le hizo ver que en aquel caso era forzoso oponer la astucia á la fuerza. Fingió no haber comprendido al príncipe, y la reina ocupada de su único pensamiento, dijo á Malek-Adhel: — Señor, vos no podeis ignorarlo que pasa en el campo de los Cruzados; ¿se ha dado en estos días alguna batalla? ¿Ha peleado mi esposo? ¿Ha salido ileso el noble y valiente Ricardo?

— Si he de dar crédito á las nuevas que he recibido ultimamente, la discordia que reina en el campo de los cristianos, hará que esta guerra funesta se concluya sin apelar á las armas. Despues de la llegada de Ricardo á Siria no se ha dado combate alguno general, sino varios particulares, en los que vuestro esposo ha hecho brillar su heroico valor y ha adquirido nueva gloria, sin que haya habido cosa que pueda turbar vuestra tranquilidad. Tal vez, señora, podré daros á mi vuelta mas estensas noticias. — Pero... señor, dijo sobresaltada Berenguela, vos vais á Tolemaida y vuestra valiente espada se dirigirá, tal vez contra mi esposo! — No señora; la voluntad de mi hermano Saladino me detiene en Egipto; me encarga va a al Cairo para reunir nuevas tropas, y debo en seguida volver aquí para esperar sus órdenes. Durante mi ausencia vos mandareis en este palacio; serán ciega y obedecidas vuestras órdenes mas pequeñas y solamente exigiré de vos, en favor de nuestros usos que imponen á las mujeres el mas severo y estrecho retiro, que los caballeros de vuestro séquito y servidumbre os visiten pocas veces, y que á ninguno le sea permitida la entrada en los jardines. Esta petición, de ningún modo se entiende con vos, venerable padre; el respeto debido á vuestro carácter, la profunda veneracion que inspiran vuestras virtudes, me obligan á esperar y á recibir vuestras órdenes, mas bien que á imponérselas. Sé que sois el único consuelo que tienen las princesas; no las abandoneis, y que la libertad en que os dejo de jamás perderlas de vista, os convenza de la sinceridad y pureza de mis intenciones.

En seguida salió de la sala, despues de haber ase-

gurado á Berenguela que hablaria en su favor á Saladino.

Apenas se habia alejado el príncipe, cuando Guillermo dijo á la reina: — V. M. debe estremecerse si considera el cúmulo de peligros que amenazan á la jóven princesa. Su belleza á cautivado al jóven Sarraceno; y yo conozco demasiado al infiel; su alma es generosa, pero violentas sus pasiones y habituado como está á satisfacerlas, la misma virtud de Matilde no será bastante poderosa á salvarla, si Dios no acude en su socorro. — Padre mio: exagerais los peligros, yo no encuentro motivo que deba alarmarnos, acaso basta un instante ni un día para hacer que nazca una pasion? No conoce bien Malek-Adhel á mi hermana, él solo á visto su belleza, y aunque la belleza sea bastante, no lo es para hacer que la pasion sea duradera. — Señora, considerad que no estamos en Europa; en donde las mujeres, libres en su eleccion, necesitan tiempo para amar y ser amadas, porque solo pueden formar lazos esclusivos é indisolubles; la felicidad de estos dependen de las virtudes, las cuales son solo descubiertas por el tiempo. Pero en Oriente, las mujeres están sujetas á un dueño que segun su capricho dispone de ellas: las cualidades morales son tenidas por nada; las gracias exteriores son el todo, y para verlas, y enamorarse de ellas, basta el mas pequeño instante. — Y en efecto, ¿creis vos que el príncipe se ha enamorado de Matilde? — Me sorprende que tamaña desgracia no haya sido vista por la penetracion de V. M. — Pero; padre mio, ¿por qué hemos de llamar desgracia á este amor? ¿Ignorais que nada pueda negarse amando? si es verdad que el príncipe ama á mi hermana, con una sola palabra hará caer en mil pedazos nuestras cadenas, y obtendrá de él que se verifique al instante nuestro regreso al campo de los Cruzados. — Mi carácter, replicó con gravedad el arzobispo, me ha preservado siempre de conocer ese frenesí que denominais amor. No obstante en lo que me ha sido permitido observarle en los demás, he llegado á conocer que el hombre dominado por una pasion, desprecia deberes, juramentos, y... nada hay bastante sagrado en la tierra que no consienta en despreciar, para complacer al objeto de su ternura, excepto hacer el sacrificio de esta misma pasion, sacrificando sus deseos. Por esto no dudo que Malek-Adhel conceda todo lo que le sea pedido por la princesa, en cuanto interese á su pasion. Si ella se queda aquí, él romperá nuestras cadenas; pero... ¿Será esto bastante? ¿si no os sigue vuestra ilustre hermana, tendreis suficiente valor para dejarla aquí? — ¡Ah! ¿De qué puede servir á Matilde mi presencia? ¿Pero qué digo! ¿No la sería yo mas útil si fuese á pedir á Ricardo que viniese á librarla con sus fieles guerreros, que estando en su compañía gimiendo inútilmente con ella? Sin duda, padre mio que desconfiais de su virtud, olvidando al mismo tiempo que el magnánimo carácter de Malek-Adhel, segun vos mismo le habeis descrito, no es capaz de una criminal violencia. — Aseguro que no es posible llegue á mas el cariño con que amais á vuestro esposo, pues hace que os decidais á abandonar á vuestra hermana. No desconfio de la virtud de esta, pero al lado de Malek-Adhel, la seduccion será terrible, y jamás habrá experimentado la virtud mas violentos ataques. V. M. sabe bien cuán ardiente amor profesó á la fe de Jesucristo, para suponer que un príncipe mahometano, pueda despertar en mi un loco entusiasmo; pero os aseguro, señora, que ni Felipe Augusto, ni el magnánimo Ricardo, los dos reyes mas poderosos de la cristiandad, poseen en grado tan eminente las virtudes que Malek-Adhel, y el atractivo con que tras sí arrastra los corazones. No obstante, tan brillantes cualidades no son otra cosa que manantiales de corrupcion y solo sirven para desgracia del mundo. Con tal carácter sedujo á una jóven cristiana, nacida entre los brillantes esplendores del tro-

no de Jerusalén, en donde reinó su padre, y murió por ella su Dios: la hija de Amaury y de María, sobrina del emperador de Constantinopla; lúes, célebre en el Oriente por su belleza y valor, con la espada en la mano ha desafiado mil veces la muerte, elevándose sobre las costumbres de todas las de su sexo, de quienes pensaba ser el ornato; habiendo llegado á ser su oprobio, desconociendo los deberes y el pudor de una mujer. ¡Orgullosa heroína! tú que menospreciastes las modestas virtudes de tus compañeras, que te burlabas viéndolas alegres y tranquilas en su oscuro retiro, envanecida con tu superioridad sobre ellas, fuiste harto mas débil en medio de los guerreros ejercicios, acostumbrada al estruendo de los combates y á las miradas de los hombres, que te hicieron aprender á desconocer el rubor y te prepararon á aceptar el amor de un enemigo de Dios, de un sarraceno...—¿Qué decis? ¡Oh cielo! exclamó la reina.—Una cruel verdad, amarga, y cuyo recuerdo despedaza mi corazón todos los días. Pero ya os hablaré detenidamente de tan desgraciada aventura, cuando prosiga la historia de Saladino, y tal vez juzgareis entonces con mas acierto, acerca de lo que se debe esperar y temer del carácter de Malek-Adhel.

Pocos días habian pasado despues de esta conver-

sación, cuando envió la reina un recado al arzobispo, diciéndole, que iba con Matilde á pasear á un bosquecillo de naranjos, inmediato al palacio, y que esperaba fuese á acompañarlas para continuar la narracion de los sucesos de Saladino.

Cubiertas con sus velos y asidas del brazo bajaron las dos hermanas á los jardines, por los cuales se paseaban tranquilas esperando la llegada del arzobispo, cuando de repente un extraño rumor que se dejó oír en lo mas espeso de la maleza, cuya frondosidad se estendia por lo largo del muro, infundió en ellas el mayor desaliento. Berenguela se acerca y repara con sorpresa una puerta secreta abierta y cubierta con el espeso ramaje, y vé salir por ella una esclava trémula y azorada que se arroja á sus piés. Matilde que habia quedado inmóvil, corrió á levantarla; pero la esclava besando fervorosamente el hábito exclamó:—¡Oh querido y santo hábito! ¡Oh cruz santa y resplandeciente! ¡Bendita seas mil veces, virgen digna de llevarla! ¡Al señora! continuó viendo que Matilde deseaba se levantase del suelo, no me toqueis con vuestras castas manos, yo soy una desgraciada sobre la cual pesan los remordimientos de terribles crímenes... si... yo he renegado mi Dios y mi patria, por seguir á este impio lugar á mi real y culpable señora. Seducida por



el mayor de los héroes, sacrificó ella todos sus deberes á una loca pasión, creyendo que reinaria perpetuamente en el corazón de Malek-Adhel, y que dividiría con él el poder del sultán Saladino, pero en lugar de tal gloria, de la felicidad que imaginara, Malek-Adhel acaba de despreciarla. El trata á la hija de Amaury como á la última de las esclavas que compra, y este proceder hace que la desgraciada espere de vergüenza y dolor. Mas de una vez ha querido volver á tomar las armas y abandonar tan abominable morada; pero el amor ataja sus pasos y aun mas lo impide el justo temor de retroceder á su patria, justamente irritada con ella. Otras veces ha empuñado su lanza, desafiando á su amante á mortal duelo; pero él lo ha rehusado, diciendo que no sabe batirse con una mujer, ni puede querer á una mujer que sabe pelear. En fin, señora, cuando supimos que ha-

biais arribado á Damietta, y que aunque prisionera, erais tratada como soberana, pedí permiso á mi señora para arrojarle á vuestros piés implorando vuestro auxilio, y su orgullo impidió que accediese á mi demanda: pero una nueva injuria que ha recibido esta mañana, la ha decidido á romper sus cadenas y poner su suerte en vuestras manos. ¿Podreis, creer, señora, que no satisfecho el árabe orgulloso con poner á la hija de Amaury al nivel con la última de las esclavas de su harém, ni de tratarla en todo de una manera harto injuriosa, trata de entregarla á otro esposo antes de partir para el Cairo? En cuanto salió el principe de vuestro palacio, previno á todas sus odaliscas que iba á elegirlos esposos entre sus favoritos y los magnates de su corte; y tan humillante orden, que debe de ser obedecida solamente por sus esclavas, comprende igualmente á la princesa de Jerusalén.

No pudiendo resistir á tanto oprobio, ha respondido á Malek-Adhel, que su voluntad era separarse del tirano que tan vilipendiosamente la trataba; pero él la ha dicho que al abrazar su creencia se ha constituido en la clase de esclava, y que las leyes del serrallo le prohibían concederle la libertad que deseaba; y que no había alternativa entre el esposo que la designaba ó un eterno cautiverio, obligándola á decidirse para cuando él regresase del Cairo. Malek-Adhel marchó cuando hubo concluido estas palabras y la princesa desesperada se arrojó sobre su puñal para terminar tan miserable existencia, pero yo contuve su brazo. Con mis súplicas y lágrimas continuadas he obtenido el permiso para venir á implorar vuestra protección. Vé pues, me dijo, vé á suplicar á esa reina de Europa, que arroje una mirada compasiva sobre mi infortunio; hazla presente la afrenta de que se ve amenazada la princesa de Jerusalén, sin duda ella será bastante poderosa para evitarme tal ignominia. Inmediatamente, señora, busqué medio de introducirme en vuestro palacio, lo que he logrado por medio de esta puerta oculta y desconocida á todos; por ella se acercará á vos mi señora, disfrazada con mis vestidos; yo os suplico por el santo nombre de nuestro divino Salvador, que jamás desatiende los gemidos de un corazón movido por el arrepentimiento, que arranqueis esta víctima de las manos del cruel sarraceno que tanto la humilla, dignándoos proteger al mismo tiempo su evasión y la mía.

Luego que concluyó de hablar la esclava, inclinó su frente hasta la tierra, y en esta humilde postura aguardó la respuesta de la reina: esta contestó con tanta gracia como dignidad, que aunque también estaba ella misma cautiva como la hija de Amaury, ofrecía favorecer la fuga de esta con toda eficacia, si no obtenía de Malek-Adhel el permiso para que libremente partiese: pero añadió, exijo de la princesa de Jerusalén una promesa; después de tan enorme falta como la suya, debe de conocer que las puertas del mundo se han cerrado para ella, y que entre los cristianos, solamente el asilo de la penitencia es el que puede recibirla.

—Si, señora; contestó la esclava, en un monasterio tratamos de encerrarnos las dos para borrar, si es posible, tan enormes faltas, á costa de rigurosas penitencias y lágrimas de arrepentimiento.—Si tal es vuestra intercecion, repuso la reina, recibid mi real palabra de jamás abandonaros... Pero... decidme: ¿sabéis el motivo que ha tenido el príncipe para adoptar tan extraordinaria conducta, y por qué repentinamente le son odiosas todas sus esclavas?—Un nuevo amor nacido de una mirada... de un instante es la causa. Un amor casto, generoso... igual al que los paladines profesan á sus damas y muy digno de la beldad que le inspira. Por esta causa se ha hecho inaccesible á todo otro deseo el corazón de Malek-Adhel.—¿Y se ignora el nombre de la persona que ha producido tan maravillosa mudanza?—No, señora, pero yo os ruego me dispenseis de pronunciar en este momento un nombre tan ilustre y venerado.

Penetró fácilmente Berenguela lo que trataba de ocultar la esclava, pero no así Matilde, que escuchaba horrorizada la historia de la hija de Amaury: ignoraba la inocencia de la jóven princesa que fuese posible hallar persona que consumase tan horribles crímenes; mas acababa de oír que una cristiana había abandonado su Dios y su patria, que se había entregado á un musulmán, y que incensaba los altares de Satán; y semejantes ideas llenaron su alma de horror, el cual la ocasionó un temblor general que la obligó á apoyarse en un árbol para sostenerse.

—¡Dios mio! dijo la esclava, levantándose con la mayor celeridad, ¿no es el arzobispo de Tiro el que se dirige hácia este sitio? ¡Ah! yo huyo, porque no puedo soportar su presencia. La idea de tener que apa-

recer ante él, arredra y llena de temor á mi señora.—Las palabras del piadoso Guillermo, son dulces y consoladoras, respondió la princesa.—Lo son para vos, señora, que nada tenéis que echaros en cara, pero no son así para las conciencias laceradas por las culpas: ¡ah! las miradas del hombre de bien, son terribles para el criminal.

Al decir esto se retiró, cerrando apresuradamente la puerta secreta, y la reina se adelantó á recibir al arzobispo y le refirió cuanto acababa de oír. Guillermo se sorprendió, y dió gracias al cielo porque había conmovido el corazón de la princesa de Jerusalén.

—Hace mal en temerme, dijo el arzobispo; si es profundo y sincero su arrepentimiento, yo la sostendré contra los terrores que debe causarla la enormidad de su crimen. Y vos, hija mia, vos que aun demostrais en vuestro semblante el terror que os ha ocasionado la desastrosa historia que acabais de oír, creed que la divina providencia hubiera evitado que supieseis semejantes horrores, si el conocimiento de ellos no debiera seros muy útil algun día. Estais sin duda destinada á sufrir dolorosas pruebas, de las cuales vuestra sola inocencia no podrá salvaros; previendo la tierna é infinita sabiduría que os son tanto necesarias las luces de la virtud, acaba de presentar á vuestros ojos la imágen del mal, á fin de que podais contemplar el abismo á donde pueden conducir las pasiones. Venid, venid hija mia; seguid á la reina y oireis la conclusion de la historia de Saladino y las desgracias de vuestros hermanos. Llorareis sin duda los castigos que han sufrido, y llorareis igualmente sus faltas; y podeis aprender con su ejemplo que á nadie le es dado gozar en la tierra tranquilidad y reposo, sino sufrir muchos pesares.

A la vista de un porvenir tan triste, Matilde suspiró profundamente, y agitada por infinitos y confusos temores, que no podía comprender ni definir, se encaminó en silencio hácia el bosque de los naranjos, en el cual el arzobispo continuó la triste narracion de los triunfos obtenidos por los Musulmanes.

CAPITULO VI.

DESPUES de haber conseguido yo una tregua de tres años, gracias á Malek-Adhel, participé tal noticia á Lusinan desde Damasco, haciéndole presente que la generosidad del príncipe sarraceno era tanta, que las condiciones de la tregua no hubieran sido tan ventajosas si el mismo rey de Jerusalén las hubiera propuesto. Malek-Adhel lleno de una generosa confianza, había obligado á Saladino á que se fiese de mi palabra, sin exigir ningun castillo ni cuidadela en rehenes. En el momento que se firmó el tratado, mandó Saladino que se suspendiesen, hasta espirar la tregua, los trabajos de las fortificaciones, que hacia levantar en Rama, al tiempo que el marqués de Tiro, siendo sabedor de tan favorables noticias para su rival, olvidando que lo eran mayores aun para los cristianos, tomó la infame resolucion de destruir por una perfidia, cuanto en pro comun había yo conseguido á fuerza de prudencia. El momento en que se han suspendido las hostilidades, en que va á ser jurada la tregua y á celebrarse la paz, es el que el turbulento marqués elige para armar sus soldados, atacar, destruir y saquear su caravana que caminaba cargada con los tesoros que Saladino remitía á la Mecca y á la Caaba.

En cuanto tal noticia llegara á Damasco, en donde yo aun permanecía, todos sus habitadores prorrumpieron en gritos de horrible furor. El soldan Saladino, no quiso comprender que los intereses de Conrado, eran diametralmente opuestos á los de Lusinan y que el crimen de uno nada tenia que hacer con el otro; solo atendió á su rabia, y decidió que

todos los cristianos fuesen víctimas de su venganza, pues á todos los hacia cómplices en la infamia. En el primer momento de su indignación, mandó que me cargasen de cadenas y me sepultasen en una mazmorra: Malek-Adhel se opuso fuertemente, aunque participaba del resentimiento que cegara á su hermano, porque á este le habia hecho presente el príncipe sarraceno que respondia con su cabeza de la buena fe de los cristianos, así que estaba fuertemente irritado contra ellos. Sin embargo de esto dijo á su hermano con resolución, que la perfidia de los cristianos no autorizaba la suya; que era muy sagrada la persona de un embajador, y que á pesar de que detestaba á todos aquellos cuyos intereses defendia yo, libertaria mi vida de todo riesgo, aunque fuese á costa de derramar la última gota de su sangre. Saladino, respondió á Malek-Adhel.

—Apreció en mucho menos el imperio que poseo, que el amigo que en este momento ha impedido que yo cometa una falta grave: dispon lo que quieras; en tu poder dejo la persona del arzobispo, custódiala como gustes.—Tu pueblo, está indignado, con sobrada razon, contra los temerarios cristianos que osaron atreverse á tantear al tesoro que enviabas al sepulcro del Profeta; así es que no me parece prudente esponer al arzobispo de Tiro, á que camine solo por tus estados. Yo te ruego me permitas que le sirva, acompañándole hasta las puertas de Jerusalén: despues de haber cumplido con este sagrado deber, yo volveré, y tiemblen los infucos que ultrajaron al Profeta, al soldan y violaron la fe de los tratados.—Convengo en ello; pero advierte que quiero absolutamente que dentro de pocos dias nos presentemos delante de Jerusalén y la pongamos sitio. ¡Que esta cimitarra que ahora pongo en tu mano, sea la primera que yo vea brillar sobre sus murallas! —La verás, respondió Malek-Adhel abrazando á su hermano; sabes que jamás tu hermano te ha lisonjeado con falsas promesas.—Lo sé, y leo en tus ojos el esterminio de los cristianos.—Sí, lo están, exclamó el príncipe; y se reparó de su hermaño.

Malek-Adhel fue desgraciadamente muy exacto en cumplir cuanto habia prometido á su hermano. Despues de haberme conducido con el mayor respeto y en medio de los mas cariñosos cuidados, desde Damasco hasta la tierra en que dominaban los cristianos, se volvió á perseguir el ejército de Conrado, que caminaba cargado con los despojos de la caravana: le encontró, le batió y destruyó completamente, haciendo un gran número de prisioneros, entre los que se contaban Raimundo de Tripoli y Reinaldo de Chafillon; mas cuando acababa de obtener tan señalada victoria, oyó hablar de la batalla que se preparaba en Tiberiade. Para mayor desgracia nuestra acude allá; Lusignan desoyó mis consejos y en vez de encerrarse en las murallas de Jerusalén, como la prudencia exigia, mandó abrir las puertas de la ciudad, salió á la cabeza de su ejército y aceptó el combate que se le propusiera. Harto sabida es la relacion de esta famosa y memorable batalla, que abatió casi para siempre, el poder cristiano del Oriente ante la media luna, los Templarios destruidos, privados de la vida la mayor parte de los ilustres caballeros de esta órden insigne, el rey mismo hecho prisionero... mas aun resistia Jerusalén; y no obstante esto los ancianos, las mujeres, los niños, ¿qué otra cosa podian hacer contra un ejército numeroso y triunfante, sino llorar la pérdida de sus jefes y su apoyo? La desolada Sibila se esforzaba en vano para reanimar á los pocos que existian, y en vano clamaba que era preferible morir sobre el sepulcro de Dios defendiéndole que abandonarle en manos de los infieles. Para que nada faltase al azote con que Dios nos humillaba, el hambre empezó á ejercer su horrible imperio en la santa ciudad: no se veian sino rostros cárdenos, li-

vidos... personas que vagaban cual espectros, y que solo revelaban un resto de existencia por sordos gemidos ó para disputar con sus compañeros de infortunio la posesion de los mas viles é inmundos animales para proveer á su sustento. Si, señora; así ocurrió y á nuestros ojos se verificaron las tristes palabras de Jeremias:

«Los ancianos de la hija de Sion, están sentados en el polvo y enmudecen. Se han cubierto la frente con ceniza, y se han ceñido el zaco; las vírgenes de Jerusalén bajan sus ojos hácia la tierra y lloran.»

—¡Hay de mí! ¡cómo podré pintaros, señora, este día de horrible desolacion! Este triste día, en que fue forzoso capitular; día horrible, en que la desdichada Jerusalén abrió sus puertas al soberbio vencedor, y vió temblorosa, levantarse sobre ella el brazo de Malek-Adhel, que enarbolara el primero encima de sus murallas las horrorosas insignias de la media luna!... No obstante, á tan valiente como temible príncipe debemos una capitulacion honrosa y en ella el permiso de pasar á Antioquia con nuestras familias y tesoros. Nos entregó los prisioneros que habia hecho en Tiberiade y pagó de sus propias rentas, el rescate de las cautivos de que no podia disponer: hizo magníficos regalos á las mujeres cuyos esposos habian sucumbido en el combate: dispuso que á su costa y con permiso de Saladino, que parte de los hermanos hospitalarios cuidasen de los heridos hasta su completa curacion. En fin, señora, el príncipe, en estas circunstancias, hizo brillar unas virtudes desconocidas en este siglo. El Oriente asombrado las admiró; los Musulmanes con ellas se envanecian; los cristianos no podian menos de converse y todos le elogiaban y bendecian, siendo en este foco de universal adoracion donde se encendieron las primeras chispas de la pasion desgraciada que ha perdido á la hija de Amaury.

Se hallaba esta princesa á la cabeza del ejército que fue vencido en Tiberiade, á las órdenes de Lusignan; y se halló siempre en el sitio donde mas peligroso era el combate, y esto la hizo avistarse mil veces con Malek-Adhel y aun combatir con él en diversas ocasiones. Resistió largo tiempo, pero sin embargo, obligada á ceder, enseñó al vencedor admirado, que el enemigo que tanto le habia resistido era una mujer, y le siguió á su tienda. Desde este día abandonó su fe la desgraciada y se hizo la primera esclava del príncipe de quien habia sido encarnizada enemiga: de este modo Inés al abandonar las preocupaciones de su sexo, abandonó tambien las virtudes que le son peculiares, y por lo mismo era mas fácil triunfar de su modestia que de su valor.

De aquí siguió, como se comprende fácilmente, que el sentimiento que á Malek-Adhel inspirara la hija de Amaury, no fue aquella ternura que la virtud permite á las mujeres, sino una pasion deseafrenada que no reparó en el escándalo ni pérdida de su fama. ¡Ah! ¡qué podrá esperarse de una doncella que rompe las trabas del pudor austero! Cuanto mas fuertes eran los vínculos de este, con tanta mayor fuerza cae en la desgracia. Inés habituada á obedecer sin réplica á los impetuosos movimientos de su alma, amó al príncipe sarraceno con el mismo amor que habia experimentado por los combates: quiso ser su esposa y Malek-Adhel, aunque la amaba poco, consintió en darla este título.

—Padre mio, dijo Berenguela, ¿consintió en hacer su esposa á una mujer que no amaba?—El título de esposa, entre los Musulmanes, no es tan sagrado como entre los cristianos. Diversas mujeres le tienen y el capricho de su señor, es la ley que las repudia. —¿Es posible, dijo la reina levantando el cielo las manos, que una cristiana se haya humillado á tal punto?—¡Ah, señora! esta locura vergonzosa que ella quiere ocultar bajo el velo del amor, tiene para

Inés un particular atractivo y hasta un grado de gloria, pues quiere con ella manifestar que en nada estima el juicio de los hombres y que no teme el de Dios. Así ha sido como desgraciadamente se ha engañado: creyendo encontrar la gloria en la celebridad, abandonó las tareas domésticas y la apacible sombra del retiro, por la espada y los combates, y así también del modo que se engañan siempre todas aquellas que despreciando el lugar que Dios las ha señalado en el mundo, sustituyen á las virtudes de su sexo las audaces costumbres de los hombres: confunden lo que el cielo ha dividido, y no pertenecen á ninguno de los dos sexos sino para reunir los vicios de entrambos.—Y ¿qué sucedió á Inés, padre mio porque según entiendo no ha conocido muy felices momentos.—No, señora: la pasión que violentamente nos aparta de nuestros deberes, es el camino mas seguro del vicio, y este va seguido de la desgracia. La hija de Amaury ha sufrido toda la pena que merece; pues aunque un musulmán desconozca el precio de las gracias morales é ignore que sin ellas las físicas nada valen, no obstante, ha sido despreciada por su raptor. Sin duda que en el caso de Malek-Adhel, un cristiano hubiera desechado una mujer que se le entregaba sin pudor: aun el árabe dudó un momento y fue mucho para él, porque es tal la superioridad de nuestra religión sobre las demás creencias, que una acción que entre los infieles se reputa como virtud extraordinaria, es un simple deber entre nosotros de modo que en circunstancia semejante, y cuando el deleite lucha con el honor, resistiendo momentáneamente al primero, Malek-Adhel generoso; y oponiéndose un cristiano por un momento á la voz del otro habría sido culpable. Degemos á Inés abandonando á su Dios y á su patria para seguir á un sarraceno, alejándose de las gradas del solio donde se hallaba colocada para encerrarse en un harém, y olvidando su magnífica armadura para adornarse con los miserables atavíos de una esclava... Corramos un velo á tan horrible cuadro; olvidemos sus enormes extravíos, y pues empieza á arrepentirse, no queramos ser mas rectos y severos que Dios, para quien jamás son estériles las lágrimas de un pecador arrepentido.

Amaneció, por fin, el horrible día en que fue necesario abandonar á Jerusalén, los mismos habitantes de la santa ciudad que solicitaban con ansia su libertad, lloraban al salir por haber conseguido sus deseos: con nada podía borrarse de la imaginación de los cristianos, la pérdida de los Santos Lugares. Era un espectáculo tierno y patético el ver como se abrazaban unos á otros, pidiéndose perdón y olvidando el rencor y el odio que á algunos dominara. Elevaban las manos al cielo suspirando dolorosamente, besaban devotamente los muros de los templos que no debían volver á mirar, y permanecían largo rato arrodillados ante la sagrada tumba, pegado el rostro á la tierra que regaban con lágrimas de dolor, considerando que abandonaban el sitio donde espiró el Salvador divino. La reina Sibila cortados los cabellos, cubierta de luto, abría la marcha y guiaba á sus desconsolados vasallos. Saladino al verla se conmovió visiblemente llenándose de profundo dolor; se acercó á ella y la dijo:—Acabo de ser armado caballero por Hugo de Tiberiade, y quiero principiar desde este momento á seguir las leyes de la caballería, otorgándos un don conforme á la costumbre de los nuestros paladines.

No dudó la reina en pedir la libertad de su esposo; mas el diestro sultán, que aguardaba aquella súplica, aparentó que se sorprendía, y fingió aun que accedía á la demanda por respeto á la sagrada promesa que por la orden de caballería habia hecho. Pero su corazón se complacía de haber encontrado tan loable pretexto para dar libertad á Lusñan, pues conocía que este don, generoso al parecer, que otorgaba, pro-

porcionaria indudablemente nuevas divisiones y disturbios entre los cristianos.

En efecto, si Güido hubiera permanecido entre cadenas, los partidos se hubieran reunido en torno de Conrado, y hubiera sido fácil que hiciesen frente á Saladino por la gran ventaja que tienen las tropas dirigidas por un solo jefe; mas en el instante que Lusñan rompió sus momentáneas cadenas, trató de hacer valer sus derechos al reino que acababa de perder. Conrado que se indignara con tal obstinación, le hizo cerrar, con harta crueldad, las puertas de Tiro que era la única ciudad que los cristianos poseían. Entonces los partidos se dividieron mas y mas, el odio mútuo de Lusñan y Monferrato se encendió á tal punto, que eran mas enemigos el uno del otro que del mismo Saladino. Entre tanto mis consejos se menospreciaban, se olvidaba el respetable interés de nuestros hermanos, y se disputaban vergonzosamente un trono que no pudieron defender: el Oriente deslumbrado con la falsa generosidad de Saladino, encomiaba su proceder que elevaba á las nubes, elogiando como admirable una acción que solo era fruto de la política mas sagaz.

En esta época me embarqué yo para Europa, cuando ya se habia verificado la horrible entrada de los Sarracenos en Jerusalén. Vos sabeis, señora, los cuantiosos socorros que obtuve de los soberanos. No satisfechos con abrir el campo al honor, á la gloria, al valor y á la piedad, ellos mismos han venido á dar el ejemplo á sus vasallos. Miradlos que ligeros se dirigen á nuestras destruidas comarcas; no, jamás ardor igual inflamó con mas sagrada llama los ánimos de los anteriores Cruzados; ninguno entonces estuvo mas dispuesto á derramar su sangre para reconquistar la tumba de Dios. ¡Ah! yo espero que ante el magnánimo ejemplo del ilustre Ricardo, del noble Felipe Augusto y demás príncipes cristianos, veremos estinguirse el odio fatal que divide á Güido y á Conrado. Por el interés de la religión abandonan sus reinos y desafian las embravecidas olas, hasta llegar á buscar la muerte en extranjero clima. ¡Oh mi Dios! dijo el arzobispo elevando al cielo sus venerables manos, vos no querreis que caigan destruidas tan sagradas esperanzas y que tan costosos sacrificios sean inútiles: hareis brillar el resplandor del glorioso día, en que los Cruzados despues de adquirir el reposo con su trabajo y por el combate la victoria, vuelvan á entrar en la Jerusalén ya consolada, para hacer resonar por todas partes los ecos de vuestras alabanzas, dictados por un puro reconocimiento y amor; allí purificados por el crisol de la desgracia, adoptarán nuevas costumbres, nuevos sentimientos, y darán notable ejemplo de virtud y sabiduría á las naciones vecinas, que edificadas y conmovidas por tan dichoso cambio, correrán al templo para formar en él un pueblo solo, una sola familia, un culto solo y un solo corazón!...

Hablando así el venerable arzobispo, se penetró tanto de lo que decia, que anhelaba leer con lo futuro la conformación de sus esperanzas. Tan lisonjeras imágenes de felicidad llenaron su pecho de demasiada agitación para que pudiese continuar; cesó de hablar, y sus miradas llenas de fuego, su cabeza elevada hacía el cielo, su fervoroso y meditabundo silencio manifestaban claramente que si los labios enmudecían, oraba el corazón.

Las primeras sombras de la noche comenzaban á enlutar el bosquecillo de los naranjos, dando á la naturaleza el melancólico matiz que tanto favorece á las meditaciones religiosas y á las tiernas ilusiones, cuando el leve sonido de un vestido que rozaba con las hojas, hirió los oídos de Guillermo y de las princesas; tal incidente les sacó de la abstracción en que se encontraban. A poco descubrieron á la entrada del cenado: una esclava que al parecer deseaba y te-

mia acercarse á ellos.—¿Quién sois? dijo el arzobispo, adelantándose algunos pasos.

A esta pregunta se arrodilló la desconocida juntando con la tierra su rostro, y dando unos gemidos que indicaban un sentimiento que la despedazaba el corazón.—¡Desgraciada Inés! ¿sois vos? exclamó Guillermo retrocediendo como horrorizado.—Padre mio..., no os apartéis de mí, no me aterreis por Dios: la muerte está en mi seno y se aproxima el último instante de mi vida.—¡Oh padre mio! exclamó Matilde, apresurados á socorrerla, dice que va á morir, y su alma aun puede salvarse.—¿Es la princesa de Inglaterra la que está delante de mí? añadió Inés. ¿Es la que por mí intercede? Sí, yo la reconozco por su hábito, y aun mas por su maravillosa y fatal belleza. ¡Dios mio! ¿era necesario reducirme á tal extremo de humillacion, precisarme á deber un favor á la que tanto mal me causa?—¿Qué oigo? dijo Matilde; extranjera en este país, cautiva en este palacio, ignorando vuestro nombre y existencia hasta pocas horas hace ¿qué mal puedo causaros? ¿qué podeis reprocharme?—¡Ella lo pregunta! exclamó Inés con dolor; ella que me arrojó del corazón en que reinaba, que me ha arrebatado el cariño de un hombre á quien todo lo he sacrificado, ella en fin, que es la única causa de mi oprobio, de mi desesperacion!—Inés, dijo imperiosamente el arzobispo, vuestro oprobio existe en vuestros sentimientos. ¡Desgraciada! Si vuestro arrepentimiento fuese sincero ¿hariais uso de semejante lenguaje? No; bendeciriais el momento en que alejándoos del objeto de vuestra criminal pasion, habeis recurrido, como por fuerza, á las misericordias del cielo.—¿Qué hablais del cielo? exclamó Inés como fuera de sí, nada hay que me consuele de la pérdida del cariño de Malek-Adhel. Sin él nada hay agradable á mis ojos.—Si tal es vuestro arrepentimiento, dijo Guillermo con severo tono, si permanece vuestra alma bajo el horrible peso de la reprobacion ¿á que habeis venido?

Al llegar á este punto el arzobispo, vió que Inés recuperaba todo su orgullo, el que la hizo exclamar con una voz arrogante:—Yo vengo á buscar un asilo... un recurso contra el ingrato que me repudia; vengo á buscar armas para vengarme y defenderme: vuelváseme mi espada y mi lanza; mi brazo evitará á la princesa de Jerusalén la vergüenza de verse tratada como una vil esclava.—Y ¿con qué derecho esperaba la princesa de Jerusalén ser tratada de otro modo? cuando ella por su conducta se ha humillado hasta el punto de ser la última de su sexo! Alejaos, miserable, volved al palacio del soberbio árabe, humillaos á sus plantas... El dia de vuestra condenacion se acerca... Se apresura... va á sumergiros en los abismos tenebrosos... El cielo, por mi boca, os anuncia su justa y eterna sentencia...—¡Oh! no la pronuncieis, padre mio, exclamó Matilde, podrian vuestros labios articular tan terribles palabras! Muévaos á compasion la desgraciada, que va á espirar sin auxilio y la faltan fuerzas para pedirlole.

La reina tambien se acercó y dijo á Guillermo:—¿No la dirigís algunas palabras mas suaves? ¿No queris hacerla volver hácia Dios?—¿Que si no quiero, decís? contestó el arzobispo enjugándose las lágrimas que recorrían su rostro venerable. ¡Ah! no sabemos el dolor que me causa tal endurecimiento, y con qué placer derramaria toda mi sangre para redimir su pecado; mas ¿qué puedo hacer yo cuando ella se niega al arrepentimiento? ¿Que está en mi mano hacer sino invocar en su favor la infinita gracia del Dios de misericordia?

Aun estaba hablando Guillermo cuando vieron venir precipitada á la esclava que habia hablado horas antes, á las princesas, y dirigiéndose á Inés, la dijo.—Acaban de notar vuestra ausencia, y se os busca por todo el serrallo; aprovechádoime del desórden que

reina, he venido á buscaros para noticiaros el peligro que os amenaza; por fortuna estamos en seguridad, pues el camino es desconocido y el palacio de la reina de Inglaterra es inviolable asilo, en donde no es permitida la entrada á ningun musulman.—Ya veis, señora, dijo Inés, que mi suerte depende de vos: ¿no me concedereis un asilo en vuestro palacio? ¿no me volvereis la libertad? mis armas... la venganza...

El modo que usó para espresar estas palabras estremeció á Matilde, y fue el menos á propósito para obligar á la reina. Viendo Inés que Berenguela se encontraba indecisa añadió:—Conozco que no sé suplicar, señora, pero tened presente que acostumbrada á mandar desde mi cuna, es un lenguaje extraño para mí el de la súplica, y al cual solo recurrí para huir de las cadenas... y solo le hubiera empleado para salvar mi vida.—No puedo resistir á vuestros deseos, dijo Berenguela, no puedo resistir á la esperanza de contribuir á romper vuestras desgraciadas cadenas; venid pues, venid volvereis á ver á los cristianos, llorareis con ellos el aciago dia en que les habeis negado el dulce nombre de hermanos, y por frecuentes actos de arrepentimiento alcanzad de la misericordia de Dios un perdon que os negará la clemencia de los hombres. Yo veré al principe Malek-Adhel cuando vuelva del Cairo, y le pediré el permiso para que os alejeis de aquí...

—No, señora, no; no, le pidais nada, yo os lo suplico; yo quiero huir sin que él lo sepa y sobre todo sin su permiso, que ignore mi suerte, dejadme á mí el cuidado de ella. Por medio de los desiertos sola y á pié, bajo la armadura de un guerrero, es del modo que quiero ir á encontrar un asilo retirado, que solo deberé á vuestra benignidad y á mi valor.

El arzobispo dijo que no era aquella la ocasion de saber si la petición era ó no asequible, y que debia contentarse con aguardar en silencio la suerte que Dios la reservaba, al lado de una generosa bienhechora que consentia en concederle un asilo. Inés no se determinó á replicar á lo dicho por Guillermo, se cubrió con su velo, se apoyó sobre su esclava y siguió á la reina. Como en aquellas habitaciones solo entraban personas de su eleccion, fácilmente se aseguraron de su discrecion en cuanto al momentáneo asilo que concedieran á la hija de Amaury; Matilde cedió su cuarto á Inés, y esta se estableció en él aquella misma noche; y la hermana de Ricardo llena de gozo al verla con comodidad, se retiró á un reducido gabinete, en el cual solo habia dos sillas y un lecho pequeño. Cuando estuvo sola en tan modesto recinto, la memoria de lo que habia comprendido y aun mas de lo que no habia comprendido, vino á fatigar su imaginacion y á despertar en ella nuevos pensamientos, á revelarla que el mundo y el corazón de los hombres estaban llenos de misterios que la eran absolutamente desconocidos. Acusábase á sí misma porque se detenía en quererlos comprender, no siéndola permitido profundizarlos: mas los esfuerzos que hacia para arrojarlos de su mente, servian tan solo para representárselos de nuevo y con mas fuerza. No obstante, diez y seis años de inocencia, vencieron al instante las turbaciones de algunas horas; ofreció á Dios las acostumbradas oraciones, é insensiblemente olvidó los agravios y acusaciones de la hija de Amaury sustituyendo á todos los sentimientos que la dominaron aquel dia, el de una piedad profunda hácia los males que la amenazaban y que eran tanto mas temibles para ella, cuanto menos comprendia la causa; pero la piedad que es un placer para las almas sensibles, la permitió gozar un sosegado sueño, de cuya paz solo disfruta aquel que descansa en la tranquilidad de su conciencia.

CAPITULO VII.

TAN cierto es que una conciencia manchada con crímenes no disfruta la tranquilidad del benigno sueño, pues que la princesa de Jerusalén en lecho mas rico y en dorado aposento, no pudo descansar un instante. Los atroces tormentos del orgullo, los de una conciencia aterrada, impedían que su corazón se refrigerase con los sentimientos de contrición, los cuales son los únicos que pueden hallarse para fortificar al pecador abatido. Irritada con las humillaciones que se veía precisada á cometer y que eran el resultado inmediato de sus faltas, no daba lugar á reflexiones precursoras del arrepentimiento, y si solamente á los remordimientos áridos, sin lágrimas. De esto nacia las mas veces una especie de odio universal que se extendía desde el amante que la ultrajaba, hasta su bienhechora y aun á la virgen inocente, por quien sufría el desprecio. El mayor de sus tormentos llegaba, cuando no podia menos de acusarse á sí misma del vergonzoso estado á que se veía reducida: en vano quería huir del pensamiento de su delito; aquel, con su férrea mano, la oprimía por do quiera. El dolor de su vergüenza se aumentaba por la memoria de su celebridad; y esta necesidad irrevocable que ligaba á su pensamiento y la obligaba á vivir con ella misma, la arrojaba en los mayores excesos de desesperacion, en cuya situacion hubieran sido mas gratas para ella la locura ó la muerte. Si la imagen de Malek-Adhel la distraía de la suya propia, era solamente para presentar á su aterrada vista una nueva desgracia, pues además de verse despreciada por el hombre á quien habia hecho el sacrificio del mundo... de la eternidad, iba á consentir con la mayor violencia, en verse separada de él... Luchaba terriblemente la desgraciada Inés con estas terribles reflexiones, y la noche caminaba deslizándose lentamente, sin que pudiese conciliar el sueño, ni obtener una tregua á su cruel tormento; así que, como maquinalmente, lanzó un agudo grito tan penetrante y doloroso que resonando en los oídos de Matilde la despertó sobresaltada: se arroja del lecho, mira á todas partes... el dia comenzaba á iluminar el horizonte con sus primeros resplandores. Observa, nada descubre, pero escucha unos sordos gemidos hácia el cuarto de Inés, al cual se dirige al momento y la encuentra pálida, demente, gritando en el exceso de su dolor pero sin poder llorar. En cuanto vió á Matilde, exclamó: —¿Qué me quieres? ¿por qué tu angelical aspecto viene á representarme mis crímenes y aumentar el fuego que me devora?—Han llegado á mis oídos vuestros lamentos, y figurándome si esterais enferma he venido á ofreceros mi asistencia. —¿Enferma!.. en efecto lo estoy y mucho: pero yo no aprecio tus cuidados... ¿Creéis tú que ellos podrán aliviarme? ¡Ah! si deseas aliviar los horrosos tormentos á que me has condenado, restitúyeme á Malek-Adhel, vuélveme el corazón que me has arrebatado, dame mi antiguo amante. — ¡Gracias al cielo! contestó Matilde sonrojándose; el corazón de ese infiel no es mio, ni puedo disponer de él. —No, tú no dices verdad; daria mi vida por creerte un momento, pero... escucha; si él llegase á ofrecerte ese corazón, cuya posesion es el mayor bien del mundo, no le aceptes jamás, porque de lo contrario te verás muy pronto reducida al miserable estado en que yo me veo. —Pero ¿no podreis salir de ese horroso estado, que aterra á mi alma? ¿no podeis huir del príncipe? —¿Huir del príncipe! ¿qué dices? ¡Huir de Malek-Adhel! no, es imposible; no puedo arrancarme á las delicias de su cariño. ¡Oh! si te fuera dado saber cuanta felicidad gustaba yo á su lado, olvidando mi patria, mi familia... ¿Te horrorizas Matilde? Este es un lenguaje que jamás llegó á tus oídos, pero... aun no lo sabes todo, no; tú ignoras hasta qué extremo de maldad me ha conducido el amor. He deseado la des-

truccion del imperio de Jesucristo, porque debía elevarse sobre el de mi amante; á este le he deseado que reine sobre todos los soberanos del mundo; trataba de seguirle al ejército para combatir contra mi antigua causa; iba, en fin á levantar la espada contra mi propia sangre y contra el Dios de mis padres... en fin, en este mismo instante en que Guillermo me facilita el camino de la penitencia, en este momento en que me aborrece y abandona mi ingrato esposo, la idea de separarme de él me hace olvidar el mayor mal que pudiera sucederme... y tú bárbara jóven, autora de todos mis males... déjame.

Matilde escuchó temblando este discurso; las expresiones de pasion tan desarregladas la horrorizaban, é incapaz de poder contestar cosa alguna á palabras tan desconocidas para ella, trató de alejarse, sin determinarse á dejar sola á Inés en su infernal delirio. Sin embargo, salió del aposento para llamar á sus criadas, y las envió á la habitacion de Inés para que la asistiesen; y en tanto ella buscó al arzobispo de Tiro, y le notició el infeliz estado en que se hallaba la hija de Amaury. Luego que este prelado comprendió lo que pasaba, vino á las habitaciones de las princesas; despues que se reunieron, Matilde hizo presente á Guillermo cuanto habia oido proferir á Inés.

—Padre, la princesa de Jerusalén está muy enferma; la fiebre la agita; mas su razon se ha extraviado de tal manera que solo habla de los goces de un amor criminal, de las delicias de la impiedad y... Malek-Adhel casi es por ella preferido al mismo Dios. — Deteneos, hija; jamás salgan de vuestra boca palabras semejantes que no debeis tratar de comprender: alejadlas de vuestra imaginacion; id á buscar á la reina, principiad vuestras santas lecturas en su compañía, y no volvais á vuestra estancia sin haberme visto.

Al escuchar estas palabras, se retiró Matilde sin tratar de inquirir qué felicidad pudiera poseer Inés estando entregada al crimen; mas no halló á la reina en su estancia ni en el oratorio y se dirigió al salon de los jaspes, en el cual encontró á Berenguela sentada en unos almohadones y delante de una mesa, en la cual varias esclavas la estaban presentando unos preciosos canastillos de flores. Luego que la reina vió entrar á Matilde, la dijo: —Hermana mia, ya ha llegado el príncipe á Damieta; no tardaremos en verle y en oír de su boca noticias del ejército; mientras llega y deseando distraernos, envia sus esclavas para que nos entretengan con sus habilidades; siéntate junto á mí para que disfrutes de esta diversion.

Matilde se sonrojó al escuchar á Berenguela; latió su corazón con violencia, pero obedeció sin replicar. Empezaron á bailar las esclavas al sonido de los instrumentos orientales; pero como la danza y cánticos que usaban aquellas mujeres ofendia demasiado al delicado pudor de la hermana de Ricardo, apartó los ojos y aun poco despues se acercó al hueco de una ventana: entreabrió una celosía y comenzó á contemplar con el mayor placer el cielo despejado, la natural alfombra del suelo y el encanto general que deramala naturaleza sobre el campo cuando el benéfico rey de los planetas comienza á enrojecer el mundo con sus dorados rayos. Enajenada con tan sublime espectáculo, cedió al deseo de disfrutar de mas cerca tan natural embeleso y bajó á los jardines.

Un claro arroyuelo que sobre fina arena recorria por ambos lados el pie de los rosales y limoneros, fue el sitio que eligió Matilde para pasear; los arbustos iban elevándose gradualmente, hasta que la espesura y robustez de los árboles formaban un hermoso bosque por el cual cruzaba una multitud de senderos que se confundian con el que hasta allí habia seguido la jóven princesa; de suerte que se encontró en un laberinto natural, cuya salida era casi impracticable. Empezó Matilde á vacilar, hasta que decidió tomar la senda que estaba mas cerca de ella; pero la casuali-

dad no la favoreció pues cada vez se iba internando más en el bosque. El sitio era delicioso, los cantos de las aves dulcísimos, las flores embalsamaban el aire con su natural perfume, que envidiaran siempre la mirra y el alóe, y las aguas comunicaban al sitio una suave frescura, que unida á las anteriores circunstancias, formaban de aquel lugar un encantado paraíso.

Cansada ya Matilde, se sentó bajo una galería de jazmines y plátanos: la silenciosa paz que allí reinaba, restableció en el corazón de la princesa la tranquilidad que momentáneamente la abandonara, alejando de su imaginación la impresión dolorosa que habían causado en ella los estravios y sacrílegas palabras de Inés. Pensamientos dulces y suaves sucedieron á los de horror; la hermosura del sitio, no daba lugar á estos, pues allí todos quedaban vencidos por los seductores encantos de la naturaleza. Matilde se entregó á las ilusiones, vagando de una en otra, sin avergonzarse, porque solo se deleitaba en los naturales objetos que la rodeaban.

Las horas transcurrieron con su rapidez habitual, pero á Matilde le parecieron minutos; tal era el placer que en aquel sitio disfrutaba una jóven de diez y seis años, que por la vez primera presenciaba un espectáculo tan delicioso. Llegó el medio día y el príncipe había pasado ya á la estancia de la reina; apesadumbrado por no hallarse allí Matilde, preguntó donde estaba y si le sería permitido visitarla; Berenguela le dijo que sí, pero que ignoraba donde estaba entonces, y sería forzoso fuesen en busca suya; mas como no la hallasen en su aposento, y Guillermo, que no se había separado de Inés, fuese á preguntar por Matilde pues en toda la mañana no había parecido por su estancia, se sobresaltó Berenguela y el arzobispo fijó su vista con desconfianza en el príncipe. Este, preocupado con la imagen de Matilde, no advirtió las sospechas; y en el afán con que por ella preguntaba, se dejaba ver muy claramente lo que sentía en su corazón. Solo recuerda la reina que su hermana estuvo sentada un momento á su lado, pero no sabe á dónde se dirigió despues; y á fuerza de atormentar mucho á su memoria, recordó que había abierto Matilde una de las puertas que daban al jardín; y en cuanto este recuerdo vino á su imaginación, marchó sin detenerse para ir en busca suya. El príncipe, á quien la idea de hallar á Matilde lisonjaba hasta el extremo, se adelantó para llegar antes que nadie al confuso laberinto de sendas, que le eran tan conocidas. Llegó al bosquecillo de jazmines y poco hubo andado cuando divisó entre el ramaje el blanco hábito de la princesa, con cuya vista sintió un inesplicable regocijo. Al escuchar Matilde el ruido de las hojas, se levanta precipitada, reconoce al príncipe, y acudiendo de pronto á su memoria la desgraciada narración que hiciera el arzobispo, de la hija de Amaury, fuera de sí huye de aquel sitio, pidiendo á Dios en lo íntimo de su corazón la librase de tan eminente riesgo, evitando que la alcanzase aquel hijo de Satanás, cuyo brazo destruía el imperio de Jesucristo, al mismo tiempo que con su halagüeño lenguaje seducía á los incautos como sucediera á Inés.

Firme en su pensamiento aceleró el paso cuanto pudo, con el objeto de alejarse de sitio tan encantador; pero ¡vanos esfuerzos! su velocidad solo sirvió para hacer mas patentes sus temores; pues la carrera de una jóven tímida, no podía salvarla mucho tiempo de la persecución de Malek-Adhel, que seguro de alcanzarla, se detuvo para contemplar estasiado aquella belleza, y evitar que avivase el paso. La resistencia que encontraba en Matilde, y que en nadie había hallado, alimentaba la llama que consumía su pecho, y fue la que repentinamente le hizo partir rápido, cual la flecha despedida del arco; la alcanzó y la detuvo por el hábito. Su primer movimiento fue estrecharla entre sus brazos, pero contuvo sus deseos, por

que aunque la belleza sobrehumana de Matilde le seducía, el respeto que inspiraba su dignidad y modesto continente, tuvieron sus impulsos á raya. Combatiendo sus deseos imperiosos, que nunca contuvo, soberano en todo aquel recinto, dueño de emprenderlo todo á su antojo y sabiendo cuan débil es la resistencia de una doncella tímida, aun se determinó apenas á hablarla, porque se penetró de un respeto que solo sintiera al aspecto de su padre, ó en la mezcuita; y tan grande fue su asombro que cayó de rodillas á los pies de la princesa, siendo esta la vez primera que el árabe altivo, dobló la rodilla ante una mujer sin ruborizarse, porque creyó ver ante sí el aspecto de una divinidad.

—¡Oh vos, la dijo, angelica belleza, hija del cielo... vos que superais á todo cuanto he visto de hermoso en toda mi vida! Me habeis abrasado con un fuego demasiado ardiente, que no oso apagar, y temo hablar de él tan inmediato á vos... Vuestro poder no puede estenderse mas, pues disponeis de mi voluntad y hasta de mi vida.

Al escuchar Matilde tan apasionadas palabras, estrechó contra su seno el relicario que la dió la abadesa, y elevando los ojos al cielo, hizo nuevos esfuerzos para huir, pero no lo consintió el príncipe.—¿A dónde quereis ir? la dijo apretando entre sus manos á la bella y delicada de la princesa; ¿por qué tal obstinación en huirme? ¿qué temeis de mí? ¿Me mirais con horror?

Quando Malek-Adhel hablaba así á Matilde, la miraba apasionadamente; pero la ingénuu jóven que desde su infancia estaba acostumbrada á no faltar á la verdad disimulando sus pensamientos, no le dijo que le inspiraba horror, pero sí le dijo apartando la vista:—Dios me manda huir de sus enemigos.—¿Y os mandará por ventura huir igualmente de los que os adoran?—Yo no debo querer á los que le desconocen... —¡Ah! interrumpió el príncipe acercando á sus labios la mano de Matilde, no podrá llegar á tal extremo vuestro desagradecimiento... ¡Oh! sí, yo espero que alguna chispa del fuego que me devora, prenderá en vuestro pecho, y os resolvereis á liberrar al amante que abandona en vuestras manos su suerte y su vida: yo lo juro, señora, ¡jamás la Inglaterra os verá en su seno! moriré mil veces, antes que separarme de vos.

Matilde tembló al escuchar tan terrible juramento, y creyó verse ya arrebatada á su patria, á su familia, á su convento y á la eterna salud que sus votos la aseguraban. Espantada al escuchar los proyectos del Saraceno, arrancó de entre las manos de este la suya que él cogiera, y ocultándola en la ancha manga de su hábito, cubrió su hermosa frente con el velo, asombrada y confusa por las palabras del príncipe, á quien dijo con tono el mas severo:—Estoy destinada á recibir el alto honor de ser una de las esposas de Jesucristo; y para mejor merecer tan glorioso título, he venido de tan remotas tierras á adorar su sagrada tumba: en Inglaterra está el claustro que me espera, y allí solamente me llaman mis votos; retractad, pues, el impío y sacrílego juramento que acabais de pronunciar, volvedme la libertad de que me habeis privado, y Dios tal vez os remunerará, abriendo vuestros ojos á la eterna luz.

Malek-Adhel conoció al ver la firmeza de Matilde, la viva fe y ardiente piedad que caracterizan á los verdaderos cristianos; y puso su esperanza en el tiempo y en las atenciones que pensaba usar con ella, conociendo que uno y otro cambiarían, tal vez, el corazón de la princesa. Queriendo empezar por obedecerla ciegamente no quiso insistir ni importunarla por mas tiempo, contentándose con decirle en tono de sumisión y respeto:—Hija de la inocencia, ¿qué ordenais? ¿qué exigis que yo haga? En adelante seré esclavo de vuestros menores deseos, nada habrá de aquí en adelante que yo no esté pronto á sufrir, por agradaros y obedeceros.

Matilde era muy pura para apreciar en toda su extensión tamaño sacrificio; pero notando por el semblante y acento del príncipe que su promesa era costosa, se estremeció á vista de tal heroísmo, y dirigiéndole una mirada menos severa le dijo con dulzura, aunque algo cortada:—Deseo que me conduzcáis á donde está la reina.

No dejó de notar Malek-Adhel el cambio de Matilde, y persuadido de que sólo la sumisión y reserva, podrían conmover el corazón de la hermosa cristiana, la obedeció en el momento.—Venid por aquí, la dijo, mostrándola un sendero, por este camino vais mas directamente al palacio.

Comenzó á marchar la princesa, siguiendo á Malek-Adhel; empero este volvía muy á menudo la cabeza y la dirigía ardientes miradas, parándose por último y exalando profundos suspiros. Entonces la temerosa Matilde, retrocedió algunos pasos, bajó los ojos al suelo, y se cubrió el rostro con ambas manos para ocultarse á la vista del príncipe; y si bien consiguió su deseo no logró ocultar el pudor que tanto la embellecía y que es el mas interesante atractivo que el cielo concede á la mujer: atractivo que aumenta el amor, al tiempo mismo que inspira el respeto. Apenas consiguió Malek-Adhel, contener su cariño, contemplándola tan hermosa; pero se contuvo, porque en aquel momento la belleza de Matilde se acercaba cuanto es posible en una criatura humana, á la de los seres celestiales. Precipitó el paso para sustraerse á la dura lucha que en aquel momento sostenía, y para no perder un corazón que deseaba ganar con amoroso rendimiento y ciega sumisión: los proyectos para lo futuro le agitaban con harta violencia, ocasionándole visible conmoción; mas la causa de esta le era muy conocida, porque sabía lo que quería y aun lo que aguardaba. Matilde estaba turbadísima porque ignoraba totalmente lo que pasaba en su corazón y sólo podía distinguirlo confusamente, aunque encubierto por el tupido velo que pusiera la inocencia ante los pensamientos de una doncella, para que por él solo distinga lo que la modestia permite que no ignore.

CAPITULO VIII.

OCULTÁRONSE Matilde y el príncipe entre la espesura del frondoso bosque, y bien pronto llegaron á la salida de él, desde la cual vieron venir apresuradamente á la reina que buscaba á su jóven hermana. Matilde se arrojó en los brazos de Berenguela ocultando su rubor; y como la era imposible manifestar lo que con el príncipe la sucedió, por evitarse un nuevo sonrojo, sentía una grave inquietud al verse en la dura precision de ocultar una cosa, por la primera vez en su vida. Sabía la jóven princesa que todo pensamiento que uno no osa manifestar, es un pensamiento reprehensible; y tomando la vergüenza del pudor por el remordimiento de una falta, imaginaba encontrar el castigo en el desconocido embarazo que tenía en presencia del arzobispo. Berenguela hizo algunas preguntas á su hermana; mas todo el interés cedió bien pronto á impulso de otro mucho mas poderoso; no habia podido hablar á Malek-Adhel de Ricardo, porque considerándole dominado por otra idea aquella mañana, creía que tal vez no la hubiera escuchado; pero en esta ocasion no dudó que serian oportunas sus preguntas, así que se acercó al príncipe y bañados en lágrimas sus ojos, le dijo:—¿No podreis, noble Malek-Adhel, decirme alguna cosa de la armada de Tolemaida? ¿Nada tenéis que hablarme de mi esposo? ¡Ah! mi vida consiste en vuestra contestacion.

Iba Malek-Adhel á satisfacer á estas preguntas, mas lo estorbó la presencia de un guerrero que se avanzaba hácia ellos.

—¿Quién es el temerario, señora, dijo el príncipe,

que se atreve á internarse en estos jardines tan á deshora, sin vuestro permiso?—Es Joselin de Montmorency, dijo el arzobispo que le reconoció al punto.—Tan ilustre nombre, ha llegado siempre á mis oídos mezclado con el de todos los reyes de Europa y unido á una reputacion de gloria y valor, á la que pueden aspirar pocos soberanos. Mas este nombre tan grande cual es, y cualquiera que sea el valor del que le lleva, no escusa la presente audacia. Presuntuoso caballero, continuó avanzando hácia Montmorency, ¿ignoras que no te es permitido penetrar en estos jardines sin el permiso de la reina de Inglaterra? Si acaso no te la ha acordado ¿á qué llegas á este sitio? ¿No sabes que tal atrevimiento, merece un gran castigo?—Príncipe, contestó Montmorency con fria dignidad, cuando el rey Ricardo cedió su esposa y hermana á la custodia de todos los caballeros que estamos en Damietta, nos obligamos con solemne juramento á defenderlas hasta derramar la última gota de nuestra sangre; me presenté á la puerta de la cámara de la reina, observé que todos los cristianos estaban sobresaltados porque la princesa Matilde se habia estraviado en el inmenso laberinto de tan vastos jardines, añadieron que estaba espuesta á algun peligro...—¿Qué peligro pudiera amenazarla en estos sitios? interrumpió el príncipe con viveza.—Nada me importa averiguarlo; me bastaba saber que podia existir para volar á su socorro, á despecho de todos los obstáculos, y sin pararme á calcular á lo que me esponia.

Notando Malek-Adhel la nobleza de que estaban llenas las palabras del héroe cristiano, se conmovió, y alargándole afectuosamente su mano, le dijo:—Valiente Montmorency, no temas nada: yo estoy seguro de que jamás la reina de Inglaterra castigará una accion que ella misma admira, pero sabe que yo tambien soy caballero, pues Hugo de Tiberiade me calzó la espuela, y que en sus manos hice el juramento de defender la belleza, la inocencia y el infortunio, á costa de mis dias; no te inquiete la suerte de la princesa de Inglaterra, porque yo vigilo ahora por ella, y sin hacer el menor agravio á tu notorio valor, creo que en las circunstancias presentes, puede serla mi vigilancia muy útil que la tuya. Ahora postrado á los piés de tan celestial doncella, delante de su ilustre hermana, en presencia de este venerable prelado y tuya, la suplico me mire desde este momento como su apoyo y apasionado caballero.—Yo dudo, dijo Montmorency, que á pesar de ser vuestra prisionera, acoja la nieta de tantos reyes por servidor al que actualmente considera como dueño.—No puede hacerlo como cristiana, repuso el arzobispo.—Y menos aun como religiosa. ¡Contemplad ilustre Malek-Adhel, si puede aceptar la proteccion de aquel que tal vez algun dia verterá la sangre de su hermano y mi esposo!—Y si yo os juro, señora, no volver jamás mis armas contra ese esposo querido; si os aseguro yo que velaré cuidadosamente sobre su vida, y que respetaré, en fin al hermano de Matilde del mismo modo que al mio, ¿sentireis aun acceder á mi súplica?

No podia creer Berenguela lo que escuchaba, pues era harto extraño el imaginar que tan formidable brazo como el de Malek-Adhel, no contentándose con respetar la vida de Ricardo, habia de levantarse en defensa de ella, como el príncipe árabe reiterase su promesa, la reina bendijo en la efusion de su reconocimiento, los hierros de su esclavitud puesto que habian servido para enternecer al Sarraceno en favor del rey de Inglaterra.

—Yo no sé, dijo Montmorency á la reina, si tan escelso rey se ofenderia al veros invocar la generosidad del príncipe, en favor suyo. Cualquiera que sea el valor de este ilustre guerrero, ó me engaño demasiado ó Ricardo temerá menos sus armas que su piedad; y todos los caballeros estrañarán hasta el extremo que una reina cristiana tenga menos confianza en



El baron de Montmorency.

su celo, que en la proteccion de su mas grande enemigo.

Matilde acercó sus labios al oido de la reina, y la dijo en voz baja, que la contestacion de Montmorency la parecia llena de nobleza y justicia y aun que debía convencerla; Malek-Adhel percibió estas palabras, y como lo notase la princesa, bajó los ojos para evitar la mirada del príncipe. En tanto Joselin postrado ante Matilde, la contemplaba con el mayor entusiasmo y la daba gracias por haberle favorecido concediendo su aprobacion á las palabras que él digera. Al observar Malek-Adhel este cuadro, horribles sospechas le devoraban, porque imaginaba que Montmorency amaba y era amado por Matilde: mil violentos proyectos asaltaban su viva imaginacion, y todos ellos le aconsejaban á que se deshiciese de rival tan peligroso: el príncipe resolvió castigar á Montmorency, pero como los héroes castigan, de un modo digno de su nobleza.

— Montmorency, le dijo, un alma en la cual tiene su morada el honor, no puede acostumbrarse al ocio y al reposo, permaneciendo lejos del campo de batalla marchad á vuestros reales, yo os dejo en libertad para que presentándoos á vuestros jefes les digais que no les temo, puesto que tengo atrevimiento para dejar que se reuna á ellos un guerrero de vuestra justa nombradía.

Quedó Joselin sorprendido al escuchar las palabras de Malek-Adhel; por una parte no se resolvía á aceptar un beneficio de mano de un infiel, y por otra no queria apartarse de Matilde; así que rehusó el don de su libertad, diciendo que habia jurado á Ricardo no desamparar á las princesas, y solamente en el caso de relevarle de su juramento ellas mismas, dejaria de sostenerle á costa de su vida.

Malek-Adhel preguntó á la reina con viveza si se opondria á que Montmorency fuese á hablar á Ricardo, y Berenguela le contestó que temeria cometer un gran crimen, si no le relevase de un juramento que

privaba á los cristianos de un defensor tan valiente y heroico como Montmorency. Poniendo este en Matilde la poca esperanza que le quedaba, la dijo:—No me despidais, señora, como la reina; este es el galardón, el único premio á que aspira el celo que me anima, con el cual estoy pronto á sacrificar mi vida sin exigir ni una mirada favorable de vuestros hermosos ojos.... — Matilde, exclamó el príncipe arrojándose tambien á los piés de la princesa, os prometo un rendimiento, una obediencia tan pura y tan sin límites como la de Montmorency; tened presente los incalculables derechos que os dará sobre mí el título de vuestro caballero, los bienes que podeis prodigar á vuestros súbditos, á los cristianos todos, á vuestros amigos... á vuestros hermanos...

En tanto que los dos rivales esperaban á los piés de Matilde la respuesta que debía disgustar á alguno de ellos, la hermosa Matilde con la vista baja tenia retratadas en su bello semblante la emocion, la incertidumbre... no sabia que resolver, y desconfiando de sí misma, acudió á pedir socorro á la sabiduria del arzobispo de Tiro.— Oh padre mio! guíadme... aconsejadme lo que debo hacer, le dijo.—Hija mia, respondió Guillermo, el terrible brazo de Montmorency puede ser muy útil y necesario en nuestro campo: y no es permitido detenerle aqui, estando en vuestra mano el dejarle marchar: pero el mismo deber que os manda le releveis de su juramento, os veda con la mayor severidad aceptar el apoyo de un príncipe que, por magnánimo y generoso que sea, es el mas terrible enemigo de vuestro hermano... y de Dios. Mas... ¿para qué podeis necesitar los auxilios de los mortales? Conservad intacta la alta piedad que se alberga en vuestra alma, y á pesar de la debilidad de vuestro sexo y cortos años, os vereis armada de tan irresistible poder que sereis salvada de todo peligro, mucho mejor que si fueseis dueña de todos los socorros humanos.

—Padre mio, dijo Matilde, vuestras palabras son inspiradas por el cielo; las creo, y serán para mí una ley sagrada. Barón de Montmorency, os queda abierto el camino de la gloria; no os detengo mas. Partid al campo cristiano, marchad á derramad vuestra sangre por la sagrada causa, por la causa de Dios, á cuya defensa él mismo os llama: pedid á los cristianos que eleven al cielo piadosos sus plegarias por nuestra libertad, contad á mi hermano nuestros infortunios, pero... decidle al mismo tiempo, añadió con rubor, para que se tranquilice, las virtudes que posee nuestro dueño; esto ningun trabajo os costará, porque hablar de lealtad y de honor, es para los Montmorency hablar su natural idioma.

El valiente Joselin no pudo menos de enternecerse al oír el tono cariñoso con que Matilde le dirigiera estas palabras; inclinó su cabeza para ocultar la agitación que le conmovia y llegó á sus labios la orilla del hábito de la princesa: pero notando él mismo que su turbación se aumentaba por momentos, bajó la visera de su yelmo, y despues de haber saludado á la reina, al príncipe y al arzobispo, se retiró con precipitación.

Luego que marchó Montmorency, permaneció Malek-Adhel pensativo, preocupado; manifestaba no ver otra cosa que aquella que tanto le interesaba. La reina fatigada por este silencio, se sentó sobre un banco de cesped y Matilde se colocó á su lado. Mientras tanto Guillermo meditaba la manera de obtener la libertad de la hija de Amaury; temia interrumpir las meditaciones del príncipe, pero aun temia mas que pasase aquel dia sin ejercitar su caridad, haciendo alguna obra meritoria, y se decidió á hablar al príncipe. Describió á Malek-Adhel los remordimientos de Inés por la culpa cometida; los deseos que ella tenia de espiarla en el fondo de uno de estos asilos en que la austera penitencia hace llorar hasta la muerte: añadió que no creía que el noble Malek-Adhel negase á aquella infeliz criatura el solo medio de salud que la quedaba, habiendo sido culpable solo por él. El príncipe preguntó en dónde se hallaba Inés; y Berenguela, despues de haberle referido lo que ocurriera en aquellos jardines, le rogó tambien diese liberad á la princesa de Jerusalén: á lo que contestó Malek-Adhel:

—Ya que esa princesa ha escogido tan digna y respetable protectora, es libre desde este instante, y vos sois la árbitra señora de su suerte. Sacerdote de los cristianos, dijo al arzobispo, vos sabeis bien si fuí yo quien sedujo á Inés; sin duda alguna era muy bella para que yo no aceptase su cariño, mas de concederla el mio, hubiera deseado en ella otro carácter; porque la especie de gloria que ha llegado á adquirirse la hacia mucho menos amable á mi vista. No, una mujer que he visto yo cubrirse de sangre enemiga en el campo, sin dar muestras de conmovirse, no podia apasionar mi corazón, que jamás había amado y que para amar le era preciso encontrar una belleza tímida, modesta, un objeto virtuoso, puro, capaz de imponerme respeto;... en fin, me faltaba hallar lo único que existe en el mundo, lo que una sola vez se ha presentado á la vista de los hombres, que una palabra tan sola puede reunir y espresar; me faltaba...—¿Qué decidís de la hija de Amaury? interrumpió vivamente el arzobispo.—Os concedo, señora, todos mis derechos, dijo Malek-Adhel á la reina; velad sobre ella y sed su apoyo y su familia, pues acaba de espirar su única hermana. Ha muerto Sibila... ¡Qué oigo! exclamó el arzobispo. ¿No existe Sibila! ¿Qué podrá hacer Lusian faltándole una esposa, en la cual existian sus derechos al trono de Jerusalén?—Me parece, repuso el príncipe sonriendo, que el valor de mi hermano le había privado ya de ellos.

Dicho esto, refirió Malek-Adhel algunos pormenores relativos á la situación de los Cruzados; añadió

que la pérdida de Sibila no había hecho mas sabio á Lusian, porque cada dia formaba mas empeño en que se le mirase como rey de Jerusalén; y que sus pretensiones, aun que apoyadas por Ricardo I, no podian tener buen éxito, porque la division entre Ricardo y Felipe Augusto, había llegado al mayor extremo; y esto daba pábulo para que se acrecentasen las facciones que destrozaban el campo de los cristianos.

Suspiró amargamente Guillermo, cuando escuchaba tales desgracias y aun mas considerando las faltas de sus hermanos; así que, solicitó del príncipe le permitiese dar por escrito ciertos consejos á Montmorency, á fin de ver si lograba restablecer la paz en el campo de los Cruzados. No pudo negarle el Sarraceno su petición, porque le miraba con particular respeto y profunda veneración; y aun al concederle su permiso, se escusó con él por no hacer aun mas, diciéndole:—Podria dejaros partir con Montmorency á vuestro campo, pero conozco demasiado vuestro talento, y el ascendiente que sobre todos los cristianos os dá vuestra sabiduría. De este modo os daba todos los medios para apaciguar esas divisiones, tan útiles al imperio de mi hermano; y esto en cierto modo ¿no sería un acto de perfidia contra él?

El arzobispo no pudo menos de conocer toda la fuerza de este razonamiento, y se abstuvo de pedir mas de lo solicitado: por otra parte veía que rodeaban á Matilde un cúmulo de atroces precipicios, los cuales, presentes siempre en su imaginación, le hicieron no desear separarse de ella. Desde el momento en que la vio acompañado del príncipe, la observó con el mas atento cuidado; y no volvió á ver sobre el amable semblante de la princesa, aquella calma apacible y la dulce serenidad que caracterizaban su hermosa fisonomía. Deseaba con ansia interrogarla, y saber cuanto el príncipe la había dicho; por consiguiente, aprovechando la oportuna ocasion, la hizo una seña para que le siguiese, á la cual obedeció al instante. La reina, que deseaba escribir detalladamente á su esposo las angustias que sufría por tan dilatada ausencia, pidió permiso al príncipe para retirarse. El la contestó con una profunda reverencia, y acompañándola hasta la puerta del palacio sin apartar la vista de Matilde, se retiró á su habitación.

Berenguela corrió á encerrarse en su gabinete, y la princesa se dirigió al oratorio, no sin conmoverse, seguida del arzobispo. Deseaba con ansia desahogar su alma del peso que la oprimía, pero tambien temblaba al revelar las faltas de que á sí propia se acusaba. En el momento que se vio sola con Guillermo, se arrojó á sus piés exclamando entre sollozos:—¿Qué ciego é inconsiderado deseo; oh padre mio! me ha hecho dejar el claustro para conocer lo que no debía ver! ¿Por qué habré llegado á conocer este país para saber que los cristianos cometen crímenes, y que en los sarracenos se encuentran algunas virtudes.—Hija mía, la Providencia se complace algunas veces en adornar á un infiel de las mas brillantes cualidades, para hacer ver al mundo que si en concepto suyo las posee todas, nada, empero, tiene á los ojos de Dios sino posee una fe verdadera. Al mismo tiempo permite algunas veces á los cristianos que incurran en los yerros mas graves, á fin de demostrar el poder y benignidad de esta religión, que siempre tiene pronta la sangre de Jesucristo para redimir con ella los pecados de sus hijos. Pero... hija mia ¿á qué, pues, se dirigen tales preguntas? ¿qué sentís en vuestra alma? Creó á esta agoviada de una agitación penosa, y veo á vuestras mejillas cubrirse de un vivo rubor...—¿Cuál puede ser el pensamiento que hace avergonzar á Matilde?—Padre, contestó la princesa ocultando su rostro con el hábito de Guillermo y sollozando: el Sarraceno me ha sorprendido en los jardines; me ha dicho que me amaba, ha impreso sus labios en mi mano, y en la turbación de

mi espíritu no la retiré al momento y cuando lo hice fue sin horrorizarme.

El arzobispo no demostró la menor severidad, y solo trató, con sabia destreza, de averiguar el verdadero estado del corazón de la joven; y llegó á conocer la reciente emoción, de que era única causa Malek-Adhel. No obstante; á ser cierta la existencia de esta emoción, era ella tan débil que no alarmó á Guillermo; porque encontró suma facilidad en cortar sus progresos, y se ocupó exclusivamente en ocultar á Matilde cuál era la verdadera causa de los sentimientos que experimentaba. El arzobispo quiso que desconociese Matilde la idea de que podía amar á un infiel, porque pensaba que había sentimientos que siempre debe mirar como imposibles la inocencia. Por lo mismo, sin hablarla de los riesgos á que pudiera esponerla la debilidad de su corazón, la puso únicamente de manifiesto los que cercan á una doncella que vive lejos del retiro.

—...Sois demasiado joven, Matilde; sois en extremo hermosa, deplorad unas ventajas personales que el mundo insensato aprecia y admira; pero son tales los daños á que esponen al que las posee, y tantas las ocasiones en que pone de pecar, que la fragilidad humana no puede libertarse sino en el retiro mas inaccesible. Sobre todo, nunca os pese abandonar un mundo que no puede ofrecer otros bienes que vanas ilusiones, otras grandezas que sueños, ni mas placeres que falsedades: un mundo en que la mas viva alegría se trueca súbitamente en amargos pesares, y en que el regocijo que experimentamos por la noche nos causa tedio á la mañana: evitad que esos sentimientos apasionados se apoderen de vuestra alma, aunque oigais continuamente alabar las delicias que proporcionan, porque regularmente pierden al que se deja dominar de ellos; pues el efecto de todo amor puramente humano es el de introducirse sin sentir en el alma, y una vez apoderado de ella, hiere y causa la muerte.

Fortificada el alma de Matilde con tales consejos, hubiera podido esponerse á las tentaciones mas peligrosas y aun encontrarse con el príncipe sin riesgo de sentir el menor embarazo. Retiróse á su aposento mas tranquila que cuando salió de él por la mañana, en el cual no encontró á la hija de Amaury, pues por disposición de Malek-Adhel se la había destinado una habitación inmediata á la de la reina, con orden espresa de no salir de ella sino en su compañía.

Mucho placer recibió Matilde al verse libre de tan enojosa huésped, porque necesitaba de la soledad para reflexionar sobre los acontecimientos de aquel día. Paseábase silenciosa por la estancia meditando en cuanto había oído; detúvose junto al asiento donde pocas horas antes prorumpió Inés en tantas quejas; estremeciéndose al recordar el desorden de aquel corazón despedazado, y aplicando á tan triste historia una parte de las palabras del arzobispo, alzó los ojos al cielo repitiendo muchas veces con acento tierno y dolorido: *porque el efecto de todo amor puramente humano, es el de introducirse sin sentir en el alma; y una vez apoderado de ella hiere y causa la muerte.*

CAPITULO IX.

A tal punto llegó la tiranía que sobre el alma de Malek-Adhel ejercía la imagen de Matilde, que ocupado de este solo pensamiento, le disgustaba de todos los placeres, le perseguía en todas sus ocupaciones, le distraía durante los mas serios negocios, y aun en medio de la noche le quitaba el reposo. Cuando se encontraba conferenciando con sus amigos ó pasando revista á sus tropas, siempre se le notaba taciturno y distraído, exalando profundos suspiros, sin ver ni oír nada de cuanto á su lado pasaba.

Muy á menudo se sentaba en el bosquecillo donde sorprendiera á Matilde; allí se le representaban las

infinitas gracias de la princesa, su incomparable hermosura, y tan lisonjeras ideas exaltaban su imaginación, porque los impetuosos deseos del árabe hacían que latiese con demasiada violencia su corazón. Alguna vez fuera de sí por tan seductores recuerdos, formaba la resolución de sorprender á la bella novicia, arrebatarla, y hacer que de grado ó por fuerza se decidiese á ser suya; pero en el mismo instante la consideraba deshecha en llanto, creía oír sus gemidos, y que, invocando enérgicamente la venganza del cielo, le anonadaba con su odio é indignación: entonces su resolución cambiaba, y se arrepentía de haber pensado afligir á Matilde, porque le era mas fácil morir que causarla una ofensa. Cuanto menor era su resolución mas se acrecentaba su cariño; y no desconocía que la severidad de la hermosa princesa, que levantaba una insuperable barrera ante su amor, era precisamente la circunstancia que la hacía á sus ojos mas amable y hermosa. En efecto; ¿cómo hubiera podido experimentar tan extraordinarios afectos por ella si se hubiese asemejado á las mujeres que hasta entonces había conocido? Sin embargo, á pesar del martirio que este afecto le causaba, era para él en extremo halagüeño, y no le habría trocado por ninguno de los goces de su vida pasada. La honda herida que le aquejaba era su mayor delicia; descansaba en su dolor y se complacía en sus penas. Entretanto se deslizaban rápidamente los días sin que el afligido príncipe recibiese el menor consuelo ni esperanza, sin que lograrse ver á la inocente causa de su tormento. En vano se dirigía á la habitación de la reina de Inglaterra; la princesa jamás se mostraba á su vista; y esto le obligó á que muchas veces preguntase á Berenguela la causa de tan cruel ausencia; pero nunca recibió otra respuesta que «sus votos no la permiten mostrarse á las miradas de los hombres.» Semejante respuesta solo servía para dar incremento á su pasión, y un día que se encontró el príncipe á solas con la reina, dejó aquel que espresase libremente su dolor, é hizo presente á Berenguela, que sin ver á Matilde le era imposible vivir, y que si esta satisfacción se le negaba, se convertiría en implacable tirano el que hasta entonces se había mostrado señor condescendiente y sumiso.

—¿Ignorais, señora, continuó, cuantas gracias os pueden ser concedidas por mediación de la princesa? Si yo me aventurase á deshacer vuestras cadenas sin mandato de Saladino, mi vida corría un riesgo inminente; pero, ¿cuán dichoso me creería yo si Matilde exigiese de mí semejante sacrificio!

Cuando Berenguela escuchó las palabras del príncipe, se estremeció considerando que en ellas divisaba la esperanza de reunirse á su esposo, al mismo tiempo que la religión la impedía dar esperanza á Malek-Adhel. Así que, conmovida se contentó con suspirar en silencio, considerando la insuperable barrera que la religión interponía entre Matilde y el príncipe árabe. El corazón de la reina de Inglaterra, tan predispuesto á sentir los tormentos de un amor desgraciado, espresó con la mayor energía los apasionados sentimientos que la animaban por su esposo Ricardo, y manifestó al príncipe que si su reunion con el esposo que tanto amaba dependía de los ruegos de Matilde, inclinaria á esta á que los dirigiese al príncipe. Satisfecho Malek-Adhel con esta promesa, no quiso insistir mas por aquella vez, y se retiró.

Al instante se trasladó Berenguela á la habitación de Matilde, con la cual encontró al arzobispo. La reina manifestó sin rodeos que su libertad consistía en Matilde, puesto que el generoso Malek-Adhel se daba por satisfecho, para romper sus cadenas, con que le hablase Matilde una sola palabra, porque la amaba con un cariño tan respetuoso, que tal vez no tendría ejemplo aun entre los mas nobles y cristianos caballeros.

Estas palabras hicieron ruborizar á la hermosa virgen; un vivo carmin coloró sus mejillas, y dirigiendo al suelo sus confusas miradas, se reprendió interiormente de haber podido inspirar amor á un hijo de Nohoma. Berengula exclamó contra tan extraordinario exceso de austeridad, y defendió con energía al príncipe diciendo, «que se abstendría de vituperar una conducta muy digna de elogio; porque estando en su arbitrio el abusar, se contentaba con súplicas; y que ningun príncipe mahometano, ni cristiano tal vez sería tan comedido siendo dueño absoluto del objeto de su amor.» Guillermo al escuchar estas palabras dijo:—Y ¿qué esperanzas pueden fundarse en amor tan culpable?—Si mi hermana lograra superar la aversión que el príncipe la inspira, y tuviese resolución para verle una sola vez y pedirle rompiera nuestras cadenas, me persuado que conseguiría nuestra libertad; el príncipe ha jurado no negar gracia alguna á la princesa.—Yo declaro á V. M., dijo Guillermo con tono grave, que si mis desvelos son apreciados por la princesa, y si me sigue honrando con su confianza, no permitiré que se halle á solas con el impío que os mirara apasionadamente á la virgen del Señor: aun os odaría mas, señora, si no me detuviese la santa ignorancia y el respeto de la virgen que ha de consagrarse á Dios.

La reina estaba acostumbrada á no replicar al arzobispo; así que, á su pesar, no trató de continuar persuadiendo á Matilde para que se presentase al príncipe; no obstante, condenaba en secreto la conducta del arzobispo, achacándola mas bien á obstinacion, que á la razonable y verdadera piedad que dominaba á Guillermo.

Como la reina recibió con benevolencia las quejas de Malek-Adhel, éste se lisonjeó con que al fin se decidiera Matilde á abandonar su retiro, por lo que pasó á ver á Berenguela al siguiente dia mucho mas temprano de la hora cotidiana. Cuando encontró fallidas las esperanzas que le lisonjaban, exaló las quejas mas amargas, y aun amenazadoras, añadiendo que en adelante demostraria tanto rigor con sus prisioneras, como ellas usaban con él.—Puesto, añadió con dolorido acento, que no solamente se niega á verme, sino tambien á escuchar las noticias y proposiciones de que soy mensajero, guardaré un profundo silencio, y la haré sufrir el suplicio de no saber nada de las personas que ama, así como ella me le hace á mí sufrir.—¡Ah!, contestó Berenguela sollozando, ¿dónde está vuestra bondad, vuestra justicia? ¿Habeis de castigar en mí las faltas de otra, y ha de estar sujeta mi suerte á las decisiones de mi hermana!—Os lo he dicho, señora, vuestra suerte depende de Matilde: puedo hacer por vos mucho, pero... es indispensable que ella consienta en verme y escucharme.—¡Ah, señor! En tanto que esté á su lado el arzobispo de Tiro, nada podremos adelantar en el favor vuestro.—¿Es, pues, ese prelado el que la previene en contra mia? dijo el príncipe, como herido por un rayo de luz.—Príncipe, Guillermo es sabio, y á su mucha esperiencia reúne una piedad indestructible; sabe que mi hermana ha renunciado al mundo, y que es forzoso que tamaño sacrificio se haga con entera libertad, si ha de ser acepto á los ojos del Señor; y que la persona que haya de consumarle, lo verifique sin ninguna clase de pesar ó recuerdo. Guillermo temerá indudablemente que si la inocente Matilde os escucha frecuentemente, lleve consigo recuerdos demasiado vivos de un enemigo de Dios; recuerdos que la persiguirán hasta en el recinto del claustro.

Conociendo Malek-Adhel que las palabras de la reina tenían bastante fuerza, se separó de ella precipitadamente con objeto de alejar de Damieta á Guillermo. Pero ¿á qué parte le enviará? ¿Le hará permanecer cautivo en otra ciudad? No puede resolverse,

porque el amor le hace apasionado, pero no puede hacerle injusto. ¿Le hara partir al campo de los Cruzados? Si la prudencia se opone á esta determinacion la generosidad la aprueba, y sobre el alma de Malek-Adhel tiene mas fuerza el imperio de la generosidad que el de la prudencia. Por otra parte, si le envia al campamento de los cristianos, puede enojár á su hermano Saladino, y este será un nuevo motivo para defenderle con mas ardor. De este modo se justificaba á sí mismo por una resolucion que pocos dias antes le parecia tan gran crimen, que habia manifestado á Guillermo no ser posible que le dejase partir con los suyos, por oponerse tal determinacion á los intereses de su patria; pero en este momento solo hablaba el amor, y Malek-Adhel prestaba su oído únicamente á tan elocuente lenguaje.

Firme en su propósito, y temiendo que si reflexionaba mas tiempo llegaria á conocer todo el exceso de tan imprudente medida, se apresuró á mandar venir á su presencia á Guillermo.—Venerable Guillermo, le dijo: segun las nuevas recibidas de mi hermano Saladino, creo imposible que la reina de Inglaterra se reuna á Ricardo su esposo, en tanto que los cristianos no se decidan á levantar el sitio de Tolemaida. Yo no sé si el amor de Ricardo le determinará á tal sacrificio; pero vuestra sabiduria logrará, tal vez determinarle, y para facilitarlos los medios necesarios para lograr el fin, rompo en este momento vuestras cadenas, y os permito pasar á los reales de los cristianos, con Montmorency. Instruid al rey de Inglaterra de las disposiciones del sultan Saladino; si accede, no dudo que su ejemplo sea una orden terminante para los demás soberanos, y de aquí resulta que solo en él consiste que tenga término tan cruda y desastrosa guerra; pero si persiste obstinado y prefiere á su esposa la conquista de Tolemaida, decidle que estoy pronto á batirle y que la misma cimitarra que destruyera sus legiones en Tiberiade, podrá tambien arrojarle de las murallas de Tolemaida.

Tan sorprendente discurso dejó mudo al arzobispo. La resolucion del príncipe le parecia tan singular y repentina, que escitó en él terribles sospechas: cruzó las manos sobre el pecho, bajó la cabeza en actitud reflexiva, y se ocupó en meditar silenciosamente sobre los verdaderos motivos que podian haber resuelto al príncipe á enviarle al campo de los Cruzados. Era imposible que nadie hiciese alejar á Ricardo de los muros de Tolemaida; seria esta una accion tan débil, que solo proponerla era una afrenta; y Malek-Adhel no podia desconocer que el rey de Inglaterra, antes que consentir, sufriria mil veces la muerte. De aquí dedujo fácilmente el arzobispo que este era un pretexto para alejarle de Damieta, y á esta deduccion siguió inmediatamente el convencimiento de los motivos que tenia el príncipe árabe para querer que partiese de aquel palacio. Pero ¿cómo le dejaba la libertad de reunirse á los cristianos? ¿no le era mas fácil enviarle prisionero lejos de allí? En esto conoció Guillermo que hasta en los agravios era grande y magnánimo Malek-Adhel. ¡Ah! esta pasion que le determinó á cometer una imprudencia, pero no una crueldad, atemorizó al arzobispo; no tanto por su violencia como por la generosa especie de grandeza con que la acompañaba, y que á sus ojos era el mas negro de todos los artificios que pudiera inspirarle el ángel de las tinieblas, porque era sin duda la mas peligrosa de todas las seducciones... ¡No! jamás abandonará su tímida oveja á tan inminente riesgo; él sostendrá caña tan frágil y la mostrará el camino de perdicion que se abre ante ella.

En tanto que así reflexionaba, estaba Malek-Adhel impaciente, deseando escuchar la respuesta de Guillermo; pero como este permanecía abstraído y taciturno, le instó á que le contestase.—Señor, ¿hareis al magnánimo Ricardo la injuria de creerle capaz de

anteponer el cariño hacia su esposa, y aceptar tan cobarde como vergonzosa retirada? Por librarla vertería toda su sangre; pero por el bien de su religion y de su país, dará la vida de esta misma esposa tan amada: tal es Ricardo... tales son los cristianos; y ahora os declaro yo, que si fuese posible que aceptasen la proposicion que acabais de hacerme oír, emplearia cuanto ascendiente tengo sobre ellos, para hacerles conocer de cuanta vergüenza iban á cubrirse. No, príncipe, no; semejante mision no es propia de un ministro de paz, pues ella no puede surtir otro efecto que renovar una guerra mas cruel; este mensaje es mas propio para un guerrero como Montmorency, el puede... —Anciano, á vos solo es á quien encargo el mensaje, dijo con imperioso tono el príncipe, á vos precisamente y partireis al instante con la pequeña escolta que debe acompañar á Montmorency. Yo daré mis órdenes para que en el camino se os guarden todas las consideraciones á que os hacen acreedor vuestra edad y carácter; pero jamás consentiré que permanezcáis un dia mas en Damieta; así lo quiero, y he de ser obedecido.

El tono absoluto del príncipe quitó del todo la esperanza al arzobispo, y no insistió mas; exhaló un profundo suspiro, y despues de haber hecho una ligera inclinacion se retiró pasando al instante á la habitacion de la princesa de Inglaterra. — ¡Hija mia, la dijo, no me queda mas que un instante para veros! vele Dios sobre vuestra inocencia; poned en él vuestra confianza, porque sois perdida si os abandona; el príncipe que teme mi vigilancia, me aleja de aqui. — ¡Como! padre mio, ¿vais á dejarme? interrumpió Matilde sobrecogida. — Ha llegado el tiempo de las tribulaciones y es necesario sostenerlas dignamente. Las pruebas que Dios os prepara son una señal de amor que solo da á sus elegidos. El Sarraceno ha concebido por vos un amor criminal, y quiere sin duda contaros en el número de sus esposas; á vos; virgen cristiana, hija de reyes, futura esposa de Dios!..... Temblais, hija mia, con la sola idea de tan abominable deseo... No, noble doncella, tened valor, que este, con la ayuda de Dios, puede salvaros; elevad vuestra alma á la altura de vuestro destino, rechazad con horror al Sarraceno que osa amaros, y, yo os lo repito, sabed morir si fuese necesario, porque Dios os mira y abre para vos las puertas del cielo, como merece todo aquel que adquiere la palma gloriosa del martirio.

Las palabras del arzobispo asombraron á la tímida princesa, y creyó verse rodeada de horribles abismos. Se arrojó á los piés del anciano, y, ocultando con su ropa el rostro bañado por el llanto, le dijo: — ¡Padre mio! ¡padre mio! no me abandoneis. — Hija, continuó Guillermo con dulce y compasivo tono, os he dicho ya que el impío mahometano teme mi vigilancia; pero si lucháis con las asechanzas del demonio, será mas grande vuestra gloria y mas completo vuestro triunfo. No obstante, si sentís que vuestras fuerzas se debilitan y que titubea vuestra virtud, solicitedad del príncipe el permiso para hacer un peregrinaje á la costa del gran desierto: allí, entre los vestigios de un derruido monasterio que fue elevado por San Juan Climaco, mora un hijo de Basilio, un piadoso anacoreta, á quien en otro tiempo admiró el mundo rodeado de honores, riquezas y dignidades, y á quien sus profundos conocimientos para penetrar los misterios del cielo y de la tierra, hicieron muy célebre; pero cuanto mas se cubrió de gloria humana, tanto mas conoció su terrible vacío. El vió que el hombre dotado de rara inteligencia, si no es sostenida por Dios, no se eleva sobre los otros hombres sino para caer de mayor altura, y vió igualmente que todo aquello que Dios no llena, es un abismo insondable. Entonces despreció las vanas luces que solo e sirvieran para hacerle ver mas claramente la mi-

seria del hombre, y determinó seguir la que solamente enseña la vida eterna... se retiró al desierto, y hace treinta años que vive solo, consumiendo el tiempo en ayunos, oraciones y en la práctica de la hospitalidad. Acercaos á él, hija mia; buscadle para que sostenga vuestra flaqueza, pedidle os encomiende á Dios en sus oraciones, que saben abrir el camino del cielo...

Aquí llegaba Guillermo, cuando fue interrumpido por la llegada de Berenguela, que habiendo sabido la proximidad de su marcha, venia á enterarse de la causa. El arzobispo la refirió el pretexto de que se servia el príncipe para alejarle de Damieta. — ¡Poderoso Dios! exclamó la reina; ¿es posible que Saladino pida por precio de mi rescate la deshonra de Ricardo? ¿Osa proponer que se levante el sitio de Tolemaida, y solo con esta condicion he de ser libre! ¡Ah! si tal es su voluntad, ya puedo morir, porque jamás volveré á ver á mi esposo. — Al decir esto, cayó sobre un sillón, abandonándose á la mas cruel desesperacion. El arzobispo, condolido de la espantosa situacion en que se hallaba Berenguela, la dijo para consolarla: — No me ha dicho Malek-Adhel que esta proposicion sea positivamente de Saladino. — ¡Ah! continuó Berenguela, antes perderé la vida por mi esposo, ó dejaré de existir lejos de su lado, que consentir en la pérdida de su gloria; pero sepa al menos, añadió sumergida en llanto, que no pereceré sola, pues llevo en mi seno una prenda de su cariño, el heredero de su nombre y de su trono. ¿Será posible que con su desgraciada madre deba perecer tan tierno infante? ¿No tendrán, al fin, piedad de tan inocente víctima?

Cuando Guillermo escuchó esta declaracion de boca de la reina, se inclinó respetuosamente ante ella, y la dijo: — Ilustre y desgraciada reina, no desesperéis de vuestra suerte, que vela sobre vos la providencia divina: y si sabe experimentaros con dolorosas pruebas, no piensa en abandonaros. Creedme, un dia llegará en que volvais á la córte de Inglaterra, y enseñeis á las alegres miradas de vuestros súbditos el real vástago del grande Enrique II. Mientras llega época tan dichosa, animad vuestro abatido espíritu, tened presente que no os es permitido abandonaros á la inútil desesperacion, sin ofender á Dios y aun á vuestro esposo. — Y á vos, Matilde, os recomiendo la reina; nada la negueis, escepto aquello que pueda comprometer vuestra salvacion; sacrificarla todos los bienes terrenales, porque tal abandono de vos misma, que os prescribe la religion, os será recompensado un dia con sobrada usura. Pero no me es posible deciros mas, porque se acerca el momento de mi partida; voy á ver si persuado é Inés á que venga conmigo, pues no la considero salva sino viéndola lejos de aqui. Adios, princesas infortunadas; descuidan sobre vosotras todas las bendiciones del cielo.

Al concluir estas palabras el venerable arzobispo elevó sus manos sobre las cabezas de Berenguela y Matilde, y las bendijo con la mayor efusion, alejándose de ellas con el corazon conmovido por la tristeza y la piedad.

CAPITULO X.

FUE Guillermo en seguida al cuarto de Inés, para proponerla que le acompañase aquel mismo dia, con objeto de dejarla en el sitio que quisiese elegir para comenzar su nueva y penitente vida. — Si temeis, la dijo, aparecer en el campo de los Cruzados, nos detendremos en el monasterio fundado por Santa Elena sobre el monte Carmelo; allí sereis recibida por las vírgenes que, entregadas á las mas austeras prácticas, y exentas de toda mancha, viven en tan grande humildad, que jamás se creerán superiores á vos, ni hablarán de vuestras flaquezas sino para demandar el perdon ante el trono del Todopoderoso.

En tan piadoso retiro, Inés, vestida con el saco, y postrada sobre la ceniza, podeis espiar los errores de vuestra vida pasada y podeis tambien decir con el Profeta; *Señor, alimentadme con el pan de mis lágrimas, y hacédme beber en abundancia el agua de mi llanto.*

A las primeras palabras que profiriera el arzobispo, se estremeció la princesa, y su semblante se cubrió le un vivo carmin; y al concluir fijó sus altivas y lesdeñadas miradas en Guillermo, volviéndolas despues hácia otra parte sin responderle.—Temed, continuó el anciano, que vuestro corazon se endurezca; pues hay otra desgracia mayor, sobre la de ser culpable, cual es la falta de arrepentimiento.—Padre, replicó Inés con visible agitacion, os ruego que me abandonéis, porque... no puedo arrepentirme aun; en mi corazon no hay lugar para otro sentimiento que el de la venganza.—Y bien, Inés: ya que tan sedienta estais de sangre que solo albergais en vuestro pensamiento la rencorosa idea de venganza, no me opongo á vuestros designios. Seguidme al campamento de los héroes de la Cruz; venid, desplegad vuestro valor á la cabeza de nuestras legiones... empuñad las armas... inundaos en sangre de los infieles...—Si... ¡me inundaré en ella! interrumpió con terrible voz; y despues, parándose de repente, añadió con mas moderacion, pero aun no es llegado el tiempo: es necesario esperarle, no puedo seguirlo.—Escuchadme, desgraciada, dijo Guillermo con tono de compasion: han sido tan enormes vuestros crímenes, que si la divina misericordia tuviera limites, no podria yo aseguraros que podian encontrar perdon; pero de una clemencia infinita todo puede esperarse. Aunque sea profundo el abismo de maldad en que nos sumimos, en todas partes nos rodea esta misericordia que ahora teneis cerca de vos; Inés: solo aguarda una palabra de verdadera contricion para volver á admitiros en el número de sus hijos. ¡Oh, Inés! ¡no se conmueve vuestro corazon al considerar tanta bondad? ¡No despedaceis el mio con tan cruel silencio!

La hija de Amaury continuaba callando; el arzobispo se arrodilló, y exclamó con el mayor entusiasmo — ¡Oh Dios mio! ¡dignaos inspirarla compasion para consigo misma! veo que estais inclinado á concederla vuestro perdon, mas... no es esto suficiente: moved su corazon para que ella le implore.

Inés no hablaba, y el arzobispo, perdida toda esperanza, se levantó con la faz venerable cubierta de lágrimas de caridad. Cuando su grande emocion permitió que tomase la palabra, dijo á Inés: — De este modo, permanecerá eternamente el fruto de vuestro crimen en este mundo y en el otro; y en tanto que el recuerdo de él subsista en el mundo que ya no habitaréis, seguiréis vos pensando, gemiréis eternamente en el tenebroso reino por cuyas puertas jamás entrará el perdon.

Estas palabras hicieron estremecer involuntariamente á la princesa de Jerusalén; pero con un ademán de impaciencia significó que habia escuchado bastante. Entonces el desconsolado Guillermo se dirigió hácia la puerta, en cuyo dintel se detuvo, y volvió la cabeza para ver si Inés con alguna palabra, con una sola lágrima explicaba su deseo de obtener aquella gracia que él deseaba se la concediese; pero la inflexible hija de Amaury persistió en su obstinado silencio, y le hizo seña con la mano para que la dejase sola, acompañando esta demostracion con un ademán de orgullo que estinguió toda esperanza en el alma del prelado.— ¡Oh Señor! exclamó: os habeis apartado de ella para siempre. ¡Ah! mi vida hubiera sacrificado contento por salvarla; mas... no ha querido; ó tal vez, Dios mio, habreis permitido que tal endurecimiento sirva de ejemplo á las almas todavia puras, que pudieran alucinarsen con las conse-

cuencias de un sentimiento culpable. Si esta es vuestra voluntad, inclino la cabeza, me someto, y parto.

A poco halló el arzobispo la pequeña caravana que le esperaba en las inmediaciones de la puerta oriental de Damietta, en la cual se contaban muchos cautivos que acababan de obtener su rescate y se habian alistado bajo los pendones de la Cruz á las órdenes del valiente Montmorency, y varios frailes peregrinos que se dirigan á Tiro en busca de bajeles para regresar á Europa. Eran tan rigorosas las órdenes de Malek-Adhel, que todos guardaron con el arzobispo el mas atento respeto, y el mayor cuidado con todos los cristianos. Despues de haber costeadado la playa del Mediterráneo para templar con la suave brisa el ardor de los arenales de Suez, transitaron por varios puntos que, aunque dominados por Saladino, conservaban los stigmas de la opulencia de los cristianos sus antiguos señores, la cual era revelada por un templo arruinado, un demolido altar, ó una Cruz casi deshecha. Al contemplar estas imágenes sepultadas en el cieno, suspiraba dolorosamente el arzobispo, y Montmorency sentia inflamado su pecho de indignacion: aquel rogaba á Dios que permitiese reconquistar tan escogidos pueblos, en tanto que Joselin juraba sobre la cruz de su invicta espada arrancarlos del poder de los impíos Sarracenos. En los puertos se notaban grandes preparativos y se armaban flotas para ir á destruir á los cristianos: el jóven héroe se contenia con dificultad, y se acongojaba al considerar que no era llegado el momento del combate, siendo tal su ardor que, olvidando su posicion, hubiera desnudado el acero para acometer á los destructores del verdadero culto, si el prudente Guillermo no hubiera hecho estar á raya tan bélicos impulsos. Otras veces, dando treguas á estos pensamientos, recordaba las gracias de la princesa de Inglaterra; y no porque el amor que la profesaba fuese igual al que pudiera sentir por otra mujer cualquiera, sino porque la miraba como á una criatura divina, que reunia prendas verdaderamente celestiales y escitaba adoraciones: segun él, solo los puros ángeles se asemejaban á Matilde.

Pasados muchos dias de marcha, y en los cuales caminaron por Gaza, Joppe, Cesarea y Ascalon, distinguieron el monte Carmelo, y en la estensa llanura que le separa de Tolemaida observaron con el mayor regocijo que los pendones de la Cruz ondeaban magistuosamente sobre las tiendas de campaña de los cristianos.

Fue tal el gozo que enajenó los sentidos del arzobispo al contemplar el campamento, que estendió sus brazos y bendijo de lejos á sus queridos hermanos y, despreciando la debilidad que le ocasionaban sus muchos años, redobló el paso, dejando muy atrás la caravana.

Así que los cristianos que estaban avanzados descubrieron varios Musulmanes, y de mas cerca un sacerdote y un guerrero que les observaban con la mayor atencion, les tomaron por infieles disfrazados, y con ánimo de evitar una sorpresa, dieron al campo la señal de alarma y llamaron á la mas próxima gente en su socorro. Todos los Cruzados se pusieron en movimiento, se armaron precipitadamente, y al punto que salian de las trincheras reconocieron al venerable Guillermo, con sus blancos cabellos llenos de polvo y apoyado en su báculo. El primero que le reconoció fue Lusina, y adelantándose á recibirle, exclamó:—Si no me engañan mis ojos, vos, sin duda, sois el ángel de paz enviado por el cielo para restablecerla entre nosotros.

Apenas habia concluido Guido estas palabras, cuando Montmorency estaba á los piés de Felipe Augusto; mas este digno monarca, arrebatado de júbilo, no le permitió arrodillarse y le estrechó entre sus brazos con el mayor cariño, enajenado al ver en Joselin el

mas firme apoyo de su trono. Ricardo, aun mas conmovido, tomó de la mano al arzobispo y le miró atentamente, sin resolverse á hacerle ninguna pregunta. Guillermo, que le comprendió perfectamente, le dijo:—Nada temais, gran principe: pocos dias ha que abandoné á vuestra esposa y hermana, dejándolas llenas de vida y de salud: quedando en Damietta, bajo la proteccion del noble Malek-Adhel.—Y ¿son tratadas como esclavas? decid.—En vuestra córte de la Gran Bretaña no serian tratadas con mas delicadas atenciones, ni recibirian mayores homenajes. Pero.. dejemos para otro lugar los pormenores de su situacion, las causas que á vos me traen y las esplicaciones que deberé haceros: mas antes deseo solicitar de vos una gracia en favor de los soldados musulmanes que nos han servido de escolta; quisiera que les fuese permitida la entrada en Tolemada, pues así se lo he ofrecido en justa recompensa del generoso comportamiento que con nosotros han usado durante el camino.

Fue otorgada la peticion del arzobispo, y multitud de cristianos acompañaron á los Sarracenos hasta las puertas de Tolemada: caminaron tan unidos los Cruzados y Musulmanes, que mas bien se les hubiera tenido por compañeros que por adversarios que habian de apelar á las armas antes de muchos dias.

Todo el campo cristiano recibió extraordinario regocijo al saber la nueva de la llegada del arzobispo y Montmorency. En el primero miraban el iris de la union y de la concordia: los mismos que se odiaban, se dispusieron á olvidar sus rencores, porque era tal la confianza que inspiraba Guillermo, que antes de haberle oido se hallaban dispuestos á creer lo que dijese.

En el momento pidió el arzobispo al rey que se reuniese un consejo general para el siguiente dia, al que ofrecieron asistir todos los jefes. En seguida atravesó el campo en medio de universales aclamaciones, y entró en la tienda de Ricardo para tomar el preciso descanso. Montmorency pasó á la de Felipe Augusto, seguido de gran número de franceses, que repetian sin cesar el nombre de su glorioso y noble compatriota.

En tanto que se acercaba la hora del consejo no estuvo ocioso Guillermo; se dedicó sin cesar á preparar los ánimos á una reconciliacion general, y se informó de los motivos que produjeran tan perniciosas disensiones. Habló á Ricardo con elocuente fuerza, reprochó á Lusñan una tenacidad que podia causar la ruina del imperio, y aun al mismo Felipe Augusto le dijo que su venida al Oriente no debia tener por objeto el nombrar un rey de Jerusalén, sino la reconquista de los Sagrados Lugares. Tuvo tambien una entrevista á solas con el duque de Baviera, que mandaba los Alemanes despues de la muerte de su emperador Federico Barbarroja, que se ahogó bañándose en el rio Cigno. Hizo de su partido al gran maestre de los Templarios Esmengar de Aps, y con palabras muy persuasivas unió los ánimos de Genoveses y Flamencos, de Templarios, y zaballeros de San Juan. Despues de haber facilitado con tal preparacion la ejecucion de su loable proyecto, se retiró á su tienda: pero antes de entregar á un sueño tranquilo sus fatigados párpados, se arrodilló para dar á Dios gracias y pedirle la necesaria elocuencia á fin de conmover el corazon de reyes y principes, deseando que al otro dia se viese consumada la difícil y esencial obra de la reconciliacion de los cristianos.

CAPITULO XI.

PASADAS las horas de la noche, y cuando apenas empezaba la aurora á iluminar el horizonte, ya estaba el arzobispo de Tiro en la gran tienda en que debia celebrarse el consejo. Estaban colocados tres tronos,

de los cuales uno ocupó Ricardo, otro Felipe Augusto, y el tercero permaneció vacío, como destinado al emperador de Alemania. El duque de Baviera tenia colocado su asiento un poco mas abajo; y á competente distancia estaban los electores del imperio; los pares de Francia, los barones ingleses, y los principes de la Iglesia. El cuarto ángulo de la tienda fue destinado á los orientales, y por consiguiente allí estaban colocados los principes de Antioquia y Galilea, y los condes de Jafa y Trípoli: los caballeros del Santo Sepulcro y los del órden Teutónico, á cuyo frente estaban Güido de Lusñan y Conrado de Monferrato. Sentados estos dos rivales á una misma altura, ambos se consideraban ofendidos por una igualdad que estimaban como altamente ofensiva; y presentaban á la noble asamblea el raro espectáculo de dos reyes que se disputaban encarnizadamente la posesion de un trono que estaba en poder de un tercer soberano.

Apenas habian ocupado los reyes sus asientos, cubiertos con la púrpura y con su cetro y corona, cuando poniéndose en pié Guillermo comenzó una arenga, en la cual poseido del mayor fervor, manifestó los perniciosos efectos y resultados de la discordia que dividia los ánimos de los héroes de la Cruz, atribuyéndola á no haber tomado á Tolemada, y en seguida á Jerusalén. Declamó enérgicamente contra los que abandonaban el interés de la santa empresa prefiriendo el de cualquiera ventaja temporal; no olvidando el zaherir ágridamente su orgullo, presentándoles los efectos de sus ridiculas divisiones, que les hacian servir de escarnio y ludibrio ante los Musulmanes.

—Muchas veces, les dijo oí decir á los Sarracenos, hablando de vosotros, que tantos y tan poderosos monarcas habian traído de Occidente sus tropas y sus riquezas para solo formar un campo en su territorio sin determinarse á salir de sus trincheras. Pero no es esto todo, no; en tanto que perdeis un tiempo demasiado precioso en inútiles rencillas, la estacion favorable huye, y Saladino no reposa, reúne tropas, apresta flotas, y en todas partes se ve prepararse á la guerra con toda actividad y con el mas belicoso entusiasmo. Pues si es dueño de tan numerosas fuerzas Saladino, ¿qué espera para caer sobre vosotros y aniquilaros? ¿Qué esperá! Los socorros de un auxiliar harto mas poderoso que sus legiones, y que ya se ve que casi circula por el campo, seguido de la peste, del hambre, de la sed. Cuando veamos brillar el cáncer en el zodiaco, cuando la canícula derrame sobre vosotros su abrasadora influencia, cuando las fuentes queden secas y los frutos caigan secos tambien de los árboles sobre una tierra árida y calcinada; cuando atacados por los pestíferos contagios, no podais soportar las armaduras sobre vuestros dilacerados cuerpos, entonces Saladino, á modo de cometa fulminante, caerá sobre vosotros, ayudado del leon de los combates, del terrible Malek-Adhel, y llevándolo todo á sangre y fuego exterminarán en pocas horas á los nobles caballeros que ciñeran la espada para la defensa del Hijo de María, quedando de aquellos solamente un poco de ceniza y el mayor oprobio; y este campo, en el cual vemos ahora tanto héroe, tanto caballero, tanto soberano ¿qué espectáculo podrá presentar? El de un dilatado osario, que recordará perpétuamente á las venideras generaciones el triunfo de vuestros enemigos y vuestra vergonzosa derrota.

Tan terrible pintura exaltó los ánimos de los concurrentes y les llenó de espanto, al cual siguió un murmullo general. Ricardo y Felipe Augusto, harto conmovidos al escuchar la fatal profecia del arzobispo, y sentidos de que se pudiera dudar de su valor, se levantaron simultáneamente, como movidos de igual impulso, y juran que si deben morir, no morirán sin gloria. Lusñan está conmovido y demuestra el mas vivo dolor, al paso que en el adusto semblante

de Conrado no se nota alteracion de ninguna especie. Inflexible en sus proyectos y lleno de orgullo, porque posee en Palestina una ciudad, se cree superior á los monarcas que le rodean, á los sucesos que se pronostican, y su voluntad permanece inalterable.

Conociendo Guillermo que ha logrado conmovier á su auditorio, y que tal vez será fácil que del terror caigan en el desaliento, trata de reanimar sus esperanzas, y tomando de nuevo la palabra, les manifiesta de un modo el mas dulce y patético los prodigiosos efectos que debía producir una pronta reconciliacion.

—Ahora, continuó, que los Sarracenos os creen presa de vuestras sangrientas querellas, y descansan fiados en este pensamiento; que Saladino permanece en Jerusalén, y Malek-Adhel en Egipto, reunidos, y semejante á un huracan que arrolla y arrastra tras sí cuanto se le opone, caed sobre vuestros enemigos sin perder un instante; que mañana al descender el sol hácia el ocaso se vean tremolar sobre los desmantelados baluartes de Tolemaida los sagrados estandartes de la Cruz.

Animada la elocuencia del arzobispo por tan halagüeñas imágenes, les hizo una vehemente pintura de los triunfos que seguirian al primero; les mostró á los Musulmanes en vergonzosa huida ante los cristianos, y á estos abrirse el camino hasta Jerusalén, haciéndose dueños de la Santa ciudad, aun antes que Malek-Adhel pudiera venir en socorro de su hermano. Abrasado Guillermo con el fuego de un religioso entusiasmo, pinta á los cristianos el bello instante en que deberán abrirse ante ellos las puertas de Sión, y aquel en que deberán sus manos trabajar para reconstruir el santo templo, pudiendo cubrir entonces con palmas triunfales los mismos lugares que el divino Salvador regó para redimirnos con su sangre. La palabra del prelado brilla y se comunica como una chispa eléctrica por los corazones de todos los circunstantes; se oye un solo grito; no hay mas que una voluntad, que es la de combatir. Tal fue el efecto que produjeron las sentidas palabras del arzobispo, que mezclándose los partidarios de Lusñan y Conrado, se reunen como compañeros de armas los que pocos momentos antes se miraban como terribles adversarios.

No obstante esto, el prudente Guillermo no quiso fiar demasiado en un entusiasmo que podia ser momentáneo é hijo de la efervescencia de los primeros instantes de sentimiento; y así, para perfeccionar su obra, trató de asegurarla sobre bases sólidas; y aprovechando las felices disposiciones de la noble asamblea y del ascendiente que él ejercia, solicitó de nuevo la atencion de todos, y les dijo:—Yo tambien deseo que tan esforzados campeones, tan nobles y valientes caudillos que van á derramar su sangre para reconquistar la Santa ciudad, sepan á quien, despues de Dios, deben tributar su homenaje. Dos principes veo delante de mis ojos que pretenden una misma cosa, apoyados ambos por ilustres padrinos, creyéndose con igual derecho, y están mantenidos por una invencible tenacidad. Sé que de derecho pertenece la corona de Jerusalén á Sibila, y que muerta esta sin sucesion, pertenece á su hermana Isabel, esposa de Conrado. Este aparece como el mas inmediato sucesor del trono de Balduino; pero Lusñan, que ha sido consagrado rey por la voluntad unánime de sus pueblos, vive aun: decid oh soberanos que me escuchais; ¿se podrá perder tan augusto carácter de otro modo que con la muerte? ¿Se podrá dar otro nombre que el de usurpador al que le despoje de su cetro? Veo, ilustres monarcas que mis razones os parecen demasiado justas, y que ninguno de vosotros consentirá que Lusñan se cubra de oprobio. No obstante, para que no pierda tampoco Conrado los derechos que su union con Isabel tan legítimamente le ha transmitido, me parece justo que acordeis lo siguiente. En tanto que viva

Lusñan, este será mirado por todos los cristianos como rey de Jerusalén; pero despues de su muerte, aunque tuviese sucesion á favor de un nuevo himeño, el trono pertenecerá á Conrado y á sus sucesores.

Como esta proposicion se acomodaba al gusto general fue bien recibida de todos. Sin embargo, no parece creible que en el alma de tan altivos rivales reinase satisfaccion completa: mas precisados por la voluntad del consejo, y estrechados por sus mas celosos defensores para que espresasen sin rodeos su pensamiento, declararon que aceptaban la proposicion del arzobispo. Entonces todos los reyes y grandes se pusieron en pié, y acercándose á una mesa cubierta de riquísima estofa, sobre la cual estaba abierto el libro de los Evangelios, pusieron sobre él respetuosamente la diestra, y juraron por lo que se contenia en aquel objeto venerado de su culto, cumplir fielmente todas las condiciones que les habian sido propuestas por el arzobispo.

—Para mañana el asalto de Tolemaida, dijo Ricardo luego que se concluyó la ceremonia. —Mañana á Tolemaida, contestó Felipe Augusto.

A estas exclamaciones de ambos soberanos contestaron todos los concurrentes con gritos entusiasmados, que resonando en todo el campo cristiano infundieron tal aliento en los soldados, que fueron á rodear la gran tienda en que el consejo se celebraba, creyendo que se les iba á conducir en aquel mismo instante á la victoria. Luego que se enteraron de que hasta la venidera aurora no debian estar al pié de las murallas de Tolemaida, se ofrecieron todos á no reposar hasta hacerse dueños de ella, contando con la decision que les hacia prever que destrozarian cuantos obstáculos se les opusiesen.

Iba á disolverse el consejo cuando Joselin de Montmorency suplicó que se le escuchase. Todos se sentaron de nuevo y prestaron atento oído á las razones del jóven héroe. —Soberanos y caballeros, dijo: la causa de Dios, por la que vamos á empuñar las armas, es sin duda la mas justa y hermosa de todas las causas. Pero no es poco sagrada para nuestros corazones de caballero, la del infortunio y la inocencia. ¿Quién de nosotros no se llena de horror al contemplar que la reina de Inglaterra gime entre los hierros del cautiverio, y que Malek-Adhel osa demandar en precio á su rescate nuestra vergonzosa huida? ¿Quién no se horrorizará mas todavia al considerar que el mismo príncipe sarraceno, seducido por las gracias de la princesa Matilde atenta al pudor de tan celestial doncella, y la habla á todas horas de su culpable amor? Si hasta aquí ha respetado á la hija de tantos reyes, quién sabe si fatigado por los rigores que sufre... os hago estremecer con solo la imagen de este pensamiento. Señor, continuó dirigiéndose á Ricardo: os suplico que manifesteis á tan respetable asamblea que vuestro deseo es que partamos á socorrer á las ilustres cautivas, luego que nuestro valor nos haya abierto el camino de Damietta. Estoy muy lejos de pretender que todo el ejército abandone sus empresas de la Palestina para emprenderlas en el Egipto: mi anhelo se estiende solamente á que se conceda á los caballeros que han jurado honrar y servir á la hermosura, que se reunan conmigo para libertar á la bella princesa, volviéndola intacta y pura al mismo cielo que la espera, y á los tronos de todo el mundo que la desean.—Si tal es el voto que es preciso haber hecho para seguimos, dijo vivamente Felipe Augusto, ¿qué caballero querrá quedarse en estos lugares? El honor y la belleza es la divisa de todos, y los mismos reyes no conocen otra. Yo juro, por el santo nombre de Dios, que Damietta me verá con vos á sus puertas.—Señor, dijo Ricardo, no es posible que ambos abandonemos el campo; y no creo que V. M. me dispute el derecho de acudir á libertar á mi esposa y herma-

na de los indignos hierros que la oprimen.—Yo creo, repuso Lusián, que sería harto indigno de entrar en Jerusalén, si antes no acudiese á sostener la causa del infortunio. Mi brazo, mi sangre, mi vida son de la princesa Matilde; y confieso francamente que si su mano pudiese costarme mi trono, no dudaría un instante en hacer por ella tan costoso sacrificio.

El rey de Inglaterra estrechó con el mayor afecto la mano de su hermano de armas, como accediendo mudamente á su deseo. Montmorency entonces, resentido hasta lo infinito al ver que Ricardo acogía con benignidad unas pretensiones que él, por modestia, no había manifestado, contestó con bastante altivez:—No es nada razonable la intención de Lusián, porque no puedo creer que él quiera dar lugar á que se diga que estaba á la cabeza del ejército cuando perdió su reino, y no cuando le hubo reconquistado.

Tanto se ofendió Lusián de estas palabras, que hubiera apelado á las armas para vengarse, si no se hubieran interpuesto los dos reyes, ayudados por el arzobispo. Luego que estos aplacaron el resentimiento de ambos campeones, se discutió la proposición de Montmorency, y de comun acuerdo se determinó que despues de tomada Tolemaida se organizase un cuerpo de hasta mil guerreros, bajo el nombre de *Caballeros de la Virgen*, y que irían mandados por Ricardo, siendo su segundo Montmorency; y que no debiendo abandonar Felipe Augusto el mando del ejército al mismo tiempo que Ricardo, se pondrían los nombres de todos los caballeros, excepto el del rey de Francia; en una urna, y de ella por suerte se sacarían los demás que habían de tomar parte en la expedición. Lusián también quedó excluido, porque no debía alejarse del ejército que combatía por reconquistar su trono, é igualmente Conrado, que de suyo soberbio y selvático, no creía que el honor de una dama mereciese el de un combate.

Terminados estos asuntos, se trató de disponer y combinar el plan para asaltar á Tolemaida. Ricardo á la cabeza de sus Ingleses, y sostenido por los caballeros hospitalarios y los Flamencos, debía tomar á cualquier costa la torre del Este; Felipe Augusto prometió tomar la de Nazaret, situada al Mediodía; y Lusián se encargó de atacar la muralla por los puntos mas débiles, para colocar las máquinas de guerra que tiempo había estaban concluidas para batir á Tolemaida: Conrado con amarga sonrisa, se encargó de sostener á Lusián. Para que los sitiados no pudiesen apercibirse de estos aprestos guerreros, se rodeó todo el campo con altas empalizadas. Los soberanos dan sus órdenes respectivas para el asalto, y cada guerrero huye del reposo, y solo piensa en prepararse al combate.

Apenas llegaron los primeros crepúsculos de la noche, cuando Montmorency á la cabeza de mil zapadores, partió, aprovechándose de la oscuridad, á destruir en silencio los antemurales de la ciudad llamados *muros de la barba cana*. Lusián mandó que hiciesen rodar lenta y silenciosamente una gran torre de madera, fuertemente construida y pertrechada toda ella de mortíferas armas, y la mandó asimismo colocar frente á una brecha mal reparada, mientras que varias partidas de Tirios llevaban en hombros gran cantidad de arietes, ballestas y otros instrumentos de guerra que asestar contra las murallas. Todas estas militares maniobras se ejecutaron con el mayor sigilo, y nunca los precursores de la muerte se anunciaron con menos estrépito: todo se preparaba para asaltar á Tolemaida, y en tanto sus habitantes reposaban dulce y tranquilamente, fados en los disturbios que tenían á los cristianos aprisionados en sus propias trincheras, no imaginando que su sueño fuese cortado por la tajante espada del ángel exterminador.

No bien apuntó la aurora por el horizonté cuando

se sobrecogieron los Mulsumanes con el eco de los clarines, el estrépito de las armas y el relinchar de los fogosos corceles. Acuden presurosos los Sarracenos á las murallas y examinan aterrizados el aspecto terrible que presenta la campiña, puesto que minados sus muros por los cimientos debían convertirse muy en breve en inútil defensa. A pesar de esto, animados por la esperanza de interrumpir los trabajos, empezaron á arrojar sobre los zapadores y demás soldados plomo derretido, fuego greguiseo, y todo género de combustibles; hasta que, obligados por una nube de flechas y agudos dardos que les disparaban los sitiadores, tuvieron que desistir de su empresa.

Metchub, que estaba encargado por Saladino de la defensa de esta plaza, alienta á sus soldados y les hace cargar de nuevo y con el mayor ímpetu, á fin de oponer la necesaria resistencia al terrible ataque de los cristianos, y aunque habían caído algunas torres, los fosos estaban cegados con grandes cantidades de fagina y escombros, y tenían abierta brecha por varios sitios, no por eso daban muestra de rendirse los Musulmanes. El valor de Ricardo se aumenta mas, cuanto crece la resistencia de los sitiados: el héroe de Inglaterra anima á sus guerreros, redoblan todos sus esfuerzos, y las máquinas se dirigen á la torre del Este, la que poco despues cae con horrisono estruendo, llevando en pos de sí á sus determinados defensores. Viendo Ricardo que sus esfuerzos no son inútiles, salta por cima de los escombros y se hace dueño del arrabal, aunque le es disputado largo rato el terreno por los Musulmanes, hasta que, convencidos estos de que los cristianos son dueños de todos los puntos principales, huyen llenos de terror á guarecerse en las trincheras interiores. A este tiempo ya estaba Felipe Augusto hecho dueño de la torre de Nazaret, y dejándola suficientemente resguardada, fué á reunirse á Ricardo para disponer que se escalasen los muros de la torre que servía de asilo á los defensores.

En tanto Montmorency acababa de obtener una victoria aun mas brillante; pues dueño del puerto y de las torres que le sirven de defensa, y auxiliado por varios puentes colgantes que hizo arrojar desde lo alto de las máquinas de guerra á las murallas, le restaba un corto número de guerreros que vencer para que quedase por suyo el arrabal del Occidente, logrando por este medio reunirse al resto del ejército; pero poco tardó en conseguirlo. Fuera del brazo de Malek-Adhel, ningún otro puede poner diques al valor del héroe francés. Ya llega al pié de la muralla, que estaba vacilante, merced á los esfuerzos de los soberanos de Francia é Inglaterra; mas pareciéndole al jóven Marte que debe recurrir á los medios mas pronto, acerca al muro por su misma mano una escala, y asalta el primero. Lusián sigue tan heroico ejemplo, pues animados ambos del deseo de sobrepujarse en tan glorioso y memorable dia, desprecian, con una audacia que no conocia igual, los numerosos golpes que de todas partes les asestan: ya toca Montmorency las almenas, y como se considera vencedor no recuerda la multitud de peligros que le amenazan por do quiera; lanza lejos de sí el escudo que defiende su noble cabeza, arranca de la mano de un guerrero que le sigue el estandarte de la Cruz, y muestra á los cristianos la señal de su triunfo. Los Sarracenos hacen tan inútiles como terribles esfuerzos para abatir aquel prodigioso guerrero, pero el héroe no deja que le quiten tan brillante victoria, y defiende su puesto con el mismo ardor con que le obtuvo: pone su pié sobre el baluarte, salta en su recinto, y con la sagrada enseña en una mano y la fulminante espada en la otra, aleja de sí un gran número de infieles, que aterrados están pronto á ceder el puesto.

Al mismo tiempo se rompe la escala que le abriera tan glorioso camino, arrastrando en su caída á los guerreros que seguían á Montmorency, quedando solo este en medio de un enjambre de enemigos, aunque sin desmayar su valor por golpe tan fatal. Llenos de confusión los Sarracenos al contemplar la resistencia de un solo guerrero, le rodean por todas partes, y en tanto que su invicto brazo rechaza por

una parte á los infieles, cae sobre su yelmo un terrible hachazo, que dividiéndole aquella defensa en dos mitades, le deja descubierta la cabeza. Quedan suspensos los Musulmanes al observar en el guerrero tanta juventud como hermosura, y asombrados de hallar tan extraordinario ánimo en tan pocos años, no se determinan á dar muerte á quien con tal respeto miran: pero Metchub les contempla desde un



bata

inmediato torreon, reconoce al héroe, y acude gritando á los suyos:—¿Qué haceis insensatos? ¿por qué dudais en herirle? Si cae á vuestros golpes Montmorency, tal vez se librará Tolemaida y será nuestra la victoria.

En el instante se ve el héroe rodeado de hombres y peligros, pero no de vil temor: y contra tan inmediatos riesgos opone su invencible brazo y su intrépido corazón, apoya su espada contra el muro, y olvidándose de su seguridad personal, solo cuida de defender á toda costa el sagrado estandarte de la Cruz que ondea sobre su heroica cabeza. Al fin, victima de su generoso arrojo empieza su noble sangre á enrojecer las bruñidas armas; pero como el cielo queria conservarle aun en el mundo, para su gloria y ejemplo, le deparó repentinamente un defensor.

A pesar de haber sido rechazado Lusignan varias veces, logra escalar el baluarte, seguido de multitud de guerreros cristianos: repara el terrible trance en que Montmorency se encuentra, y vuela en su auxilio; los soldados que con él escalaron el muro le siguen diligentes, y esparciendo el terror, inmediato precursor de la muerte, libran al heroico Montmorency. En el momento arroja este ilustre caudillo la rota espada, y tomando otra, cubre su cabeza con el casco de uno de los enemigos que abatiera, y á pesar de las heridas que le oprimen, se mezcla de nuevo en el combate. Entretanto Metchub, furioso porque ve escaparse de sus manos la victoria, revuelve contra Lusignan su tremenda ira: le arroja con la mayor presteza y fuerza su aguda jabalina, y esta

atraviesa el pecho del rey de Jerusalén, sin que le sea posible reparar el terrible golpe. La sangre corre á borbollones del pecho del valiente guerrero, vacila sin abandonar su espada, y... cae de rodillas. Entonces Metchub, con insultante sonrisa, le dice: «monarca de Jerusalén, puesto que en este mundo perdiste tu reino, ve á buscarle en el otro.»

Mas en el momento que articulaba Metchub estas palabras estaban ya en poder de los soldados de la Cruz todos los fuertes, y el ejército cristiano recorría las calles de Tolemaida. Ricardo vuela cual el relámpago en socorro de su hermano de armas, le salva y le vengá: despues de destrozár cuanto á su paso se opone, vence á Metchub y le manda cargar de cadenas. En el momento que los Sarracenos ven prisionero á su jefe se rinden y aceptan la capitulación que les propone Felipe Augusto.

Las medias lunas son abatidas, y en el instante las substituyen las Cruces triunfantes sobre las mezquitas, viéndose como ondean orgullosas en el aire las banderas cristianas que el sol quiso dorar con sus postreros rayos para esclarecer mas aun, antes de llegar á su ocaso, la triunfal entrada del valiente ejército en la conquistada ciudad. En seguida los reyes de Francia é Inglaterra, asidos de las manos, marchan á la cabeza de sus tropas á dar gracias al Dios de los ejércitos por tan memorable victoria en la magnífica iglesia de San Juan, consagrada por los infieles al culto de su Profeta, y que en aquel dichoso instante era devuelta á su culto antiguo.

El arzobispo, revestido con los hábitos pontifica-

les, purifica el recinto de la iglesia y de nuevo le consagra, y en el instante los artesonados techos reciben y devuelven magestuosamente los piadosos y regocijados ecos del himno de gracias. Al oírse el nombre de Cristo, todos los héroes se humillan: monarcas, príncipes, caballeros y soldados, todos se postran sin distinción de títulos ni rangos, y confunden sus voces del mismo modo que lo están sus gerarquías ante Dios.

Después que cumplieron tan piadoso deber, se retiraron los vencedores á entregarse al descanso de sus grandes fatigas y gloriosos trabajos, probando el dulce reposo que proporcionan la noche y el silencio.

CAPITULO XII.

LLENO de seguridad Saladino, reposaba confiado en la discordia que dividía los ánimos de los Cruzados, en la gran solidez de las defensas de aquella ciudad, y en el acreditado valor del caudillo y soldados destinados á defenderla. En esta confianza marchó hácia Mosul con parte de su ejército, á fin de defenderle de los ataques que contra este punto dirigía el sultan Emmadin, su antiguo poseedor. Pocos días bastaron para que le venciese, y cuando triunfante y orgulloso caminaba por las orillas del Oronte hácia el pié de las montañas de Galilea, encontró al valiente Metchub, encargado por los prisioneros de Tolemaida. Este desgraciado guerrero, cubierta de ceniza la cabeza y de desesperación el pecho, se prosternó á los piés de su señor, y le dijo:—Quitame la vida, porque tus enemigos me han sorprendido; ellos son ya dueños de la ciudad que confiaste á mis cuidados, y me han obligado á venir á presentarte la capitulación para que la apruebes.

A tan imprevista novedad, no supo Saladino contestar de otro modo que con un silencio y estupor que la hacia semejante á una estátua. No podía creer ni aun comprender lo que se le anunciaba, y mucho menos que hubiesen olvidado sus rencillas los cristianos hasta el punto de unirse en disposición de poder hacer suya en un solo día la ciudad mas importante de Palestina, después de Jerusalén. Luego que volvió en sí algun tanto Saladino, dijo á Metchub:—¿Quién es, pues, el hombre extraordinario que ha tenido en el ánimo de los reyes mas poderío que el interés de su gloria y de su religión? Y ¿cuál ha sido el poderoso brazo que ha podido destruir en un momento las triples murallas con que había yo rodeado á Tolemaida?—Del mismo modo que una sola palabra del Profeta hubiera podido encadenar la tenipestad en los aires, así una palabra del arzobispo de Tiro ha concluido con la discordia que dividía á los cristianos y que los hubiera aniquilado. En cuanto á la repentina caída de Tolemaida, tanta parte ha tenido la elocuencia del arzobispo, como el valor de Ricardo y Felipe Augusto; no obstante que tal vez no hubieran sido bastante poderosos á llevar á cabo tan terrible empresa sin el auxilio de la fulminante espada de Montmorency.—Si yo no estoy dominado por un sueño cruel, tus palabras son falsas; porque en este momento en que hablo se hallan prisioneros en Damietta el arzobispo de Tiro y Joselin de Montmorency.—Lo estaban sin duda, pero Malek-Adhel ha quebrantado sus cadenas y les ha dado una escolta numerosa para acompañarles al través del desierto y ponerlos salvos en el campo de los Cruzados: llegaron á él el 16 de la luna de Rejeb; el 17 estaban reconciliados los cristianos, y el 18 eran dueños de Tolemaida.—¿Sabes lo que haces con decirme semejante cosas, temerario esclavo? ¿Conoces á cuanto te espones cuando vas á despertar en mi corazón tan viles sospechas contra mi hermano?—El cielo me guarde de querer empañar la lealtad de Malek-Adhel, tu mas fiel servidor; pero cuando yo te digo te será confirmado por

los mismos soldados que acompañaron á los prisioneros de tu hermano desde Damietta, y que en recompensa de esta acción son los únicos musulmanes que han quedado libres en Tolemaida, y... aun pudiera decirte mas si estuviéramos solos y no temiera escitar tu indignación.

Entonces Saladino, en extremo agitado, le dijo:—Ven, pues, y háblame á solas, pero advierte que tu cabeza responde de lo que digas, porque no sé si podré perdonar á tu sacrilega lengua, cuando quiere hacerme creer que mi hermano, que el amigo mas caro á mi corazón, es un enemigo á quien debo castigar.

Entonces mandó armar su tienda y se encerró en ella con Metchub. Cuando se vieron solos, se postró ante el sultan, y le habló de este modo:—No, gran príncipe, no, no es tu hermano traidor, pero se halla dominado por un vehemente amor que le tiene como encantado; una doncella cristiana, de tan estremada hermosura que solo es comparable á la de una hurí escapada del paraíso del Profeta, ha fascinado su vista y abatido su corazón: después que la vió el noble Malek-Adhel, ha dejado de ser el que era, ha descuidado el gobierno que pusiste á su cargo, y descuida tambien los intereses de su país y las órdenes de su señor.—Y ¿cuál es el nombre de tan peligrosa beldad; ¿cuál ha sido la mujer que ha podido conmover á tal punto el alma heroica de Malek-Adhel!—La princesa Matilde de Inglaterra, la hermana del rey Ricardo: una jóven de diez y seis años es la que tiene encadenado como á vil esclavo al leon de los combates, al rayo del Oriente; por causa de ella ha despedido con vilipendio todas sus odaliscas; por complacerla ha roto las cadenas del arzobispo y Montmorency, y hará cuanto sea de su agrado, porque ha jurado cumplir hasta el último de los menores deseos de Matilde.—Esa es una insigne falsedad, y yo estoy muy seguro de que jamás hizo Malek-Adhel semejante juramento. Si de tal modo dispusiese de la voluntad de mi hermano la princesa Matilde ¿no le hubiera mandado entregar á los cristianos todas las plazas de que puede disponer? ¿No le hubiera hecho abrazar el Cristianismo y entregarse á mis enemigos? Respóndeme, Metchub, ¿lo ha hecho?—No, sin duda que aun no lo ha hecho; pero tampoco la orgullosa europea ha practicado todavía ninguna diligencia sobre ese punto. Dicen que ella, inflexible y severa, se niega á presentarse ante él, y que todos sus ruegos y plegarias no han podido aun ser recompensados por una mirada benigna, por un palabra favorable; y que si él no ha hecho mas por servirla, es porque la princesa se desdeña de mandarle nada. Pero si, por el contrario, la hermosa depositase su fiereza, si el amor reemplazase á la fria severidad, si ella, por último, pusiese á su corazón tal precio como el sacrificio de patria y religion... Créeme, Soldán, temo mucho por la firmeza de tu hermano.—Nunca vacilaría; tan incapaz es Malek-Adhel de hacerme traición, como lo soy yo de recelar de su fidelidad. Tal vez estará enamorado, porque dicen que las mujeres de Europa poseen en grado eminente el arte de encadenar con fingidos rigores á los mas indomables guerreros; pero... por mas altiva y bella que tu quieras pintarme esa princesa de Inglaterra, por mas tierna y amorosa que puedan hacerla al fin sus atractivos, nunca podrá obtener de mi hermano otro sacrificio que el de su vida, pero jamás el de su honor. Escucha temerario Metchub, si no hubieras derramado por mí tu sangre en diversas batallas, te haria pagar con la vida las sospechas con que has osado herir el acrisolado nombre de mi hermano: pero tranquilízate, que quiero encomendar tu castigo á la clemencia del mismo á quien has osado calumniar. Parte al instante á Damietta, y preséntate á Malek-Adhel; hazle presente tu falta, implora su perdon,

llévale las órdenes que voy á darte para él y observa de qué modo manifiesta su fidelidad para ejecutarlas.

Dicho esto hizo señal á Metchub para que se retirase; pero poco tiempo habia trascurrido, cuando le hizo volver á su presencia y le entregó un pliego para su hermano, signado con el sello real, y le dijo:—Este pliego instruirá á Malek-Adhel de mi voluntad, y estoy persuadido de que no se apartará de ella en nada, en él le ordeno que lleve inmediatamente al Cairo á la reina de Inglaterra, hasta que Ricardo, compadecido del rigoroso cautiverio de su esposa, acepte el precio que yo pondré á su libertad, precio inmenso, porque no me contentaré con menos que la restitucion de Tolemaida. Es indudable que los demás soberanos que ayudaron á conquistarla y que sobre ella tienen iguales derechos, harán una formal oposicion á mi propuesta, y por este medio se encenderá de nuevo una discordia mas cruel que la primera, y contra la cual de nada servirá la elocuencia de Guillermo; y aprovechando yo entonces tan favorable coyuntura caeré sobre mis fieros enemigos. Mientras tanto Malek-Adhel reunirá prontamente sus tropas dispersas, y juntándolas con las que tiene en Damieta y en el Cairo, vendrá á la cabeza de ellas á la montana de Khouroulba, hácia la cual voy á encaminarme ahora para esperarle. Antes de salir de Damieta enviaré á la princesa Matilde á reunirse con el rey su hermano, para lo cual se aprestará un bajel en aquel puerto; y si mi hermano te concede su gracia, serás el encargado de conducir á la princesa al campo de Ricardo. Yo haré prevenir á este rey de tu arribo, y en favor del bien que se le hace, haré tambien que te de un salvo-conducto. Ve, parte y vuela á llevar mis órdenes á Malek-Adhel, y verás por tus mismos ojos si vacila entre una mujer y su hermano.

Después que así habló Saladino, hizo que entregasen á Metchub dos de los mejores camellos é igual número de excelentes caballos árabes tan ligeros que apenas estampaban las huellas en la arena; y en compañía de varios esclavos que le escoltaban partió á cumplir las órdenes de su dueño: antes que la noche tomase plena posesion de su imperio habia Metchub dejado detrás de sí á Sefour, y distinguia confusamente entre las tinieblas la pequeña fortaleza de Ramla á la entrada del desierto.

Peró en tanto que se encamina hácia un lugar que va á llenar de amargura, presentaremos lo que en él sucedió así que hubo partido el arzobispo de Tiro.

Matilde fiel á la palabra que diera, estuvo recogida en su habitacion, resistiendo con igual valor las sugerencias de Berenguela y los deseos que, aunque pequeños, empezaban á nacer en su corazón. Lejos de encontrar un motivo para ser menos austera en la ausencia de Guillermo, creia deber ser mucho mas tímida, porque, privada de sus consejos y apoyo, imaginaba que la mejor guia que podia encontrar faltándola la del arzobispo, era un silencio perpétuo, buscando la soledad de su habitacion; y que tanto su propio interés como su deber la obligaban á cerrar absolutamente los oídos á toda súplica que se dirigiese á hacerla abandonar su retiro. Al fin la tierna Berenguela, cansada de sus reiteradas y vanas solicitudes, y temiendo demasiado que las continuas repulsas de su hermana escitasen el enojo del príncipe sarraceno, y abatida hasta el último extremo, tanto por la duracion de su cautiverio, como por la mortal tristeza que le ocasionaba la dilatada ausencia de su esposo, no pudo hacer frente por mas tiempo á tantos males reunidos y cedió á los rigores de una enfermedad que á los pocos dias empezó á infundir serios temores.

En el momento que llegó á noticia de Matilde tan triste nueva, olvidó sus propios peligros para pensar solo en el de la reina, y ocupó la cabecera de su lecho, sin abandonar aquel puesto de dia ni de noche,

esforzándose continuamente en reanimar el valor de la reina y alentar sus amortiguadas esperanzas. Malek-Adhel por su parte empezó á prodigar á la reina todas las respetuosas atenciones y cuidados imaginables, dedicándose esclusivamente á ver si lograba salvarla: para esto hizo venir de Alejandria á un sabio médico árabe perfectamente iniciado en el conocimiento de las mas saludables plantas del Yemen, cuyo saber le hizo muy célebre en todo el Oriente. Mas todo era inútil; Berenguela desfallecia por instantes, y su decaimiento parecia llegar á su colmo.

Una noche en que la desolada Matilde, que temia una horrible desgracia, velaba al lado del lecho del dolor, se volvió la reina hácia ella anegada en lágrimas y le dijo con lánguida voz, cuan agradecida le estaba por la solicitud de los amorosos cuidados que le habia prodigado;—Pero, añadió, estos cuidados parecia que habian de ser bastante poderosos á conservarme la vida; mas.... ¡debo fallecer!—Hablad, dijo Matilde estrechando contra su conmovido corazón la mano de la reina; hablad y decidme que puedo hacer para salvaros la vida.—Todo lo que yo deseo dijo la reina algun tanto animada, es que veas una sola vez al príncipe... que hables en mi favor á Malek-Adhel, pues no tengo ninguna duda de que depende esclusivamente de tí mi reunion con Ricardo, á despecho de las órdenes que en contrario pueda dar el sultan Saladino. No vacies en alentarme con la esperanza de que tal vez será restituida á mi esposo y... verás renacer mis fuerzas por momentos... yo te deberé mi vida... la de mi hijo y... ¡hermana mia! ¿podrás creerte culpable proporcionandome tantos bienes?—Demasiado lo sería si me negase á tan justa propuesta. Veré al príncipe, me arrojaré á sus piés, imploraré su piedad...—Tenia tú tambien de los males que él sufre, y sin demostrarle cariño, no demuestras tampoco enojo: pídele con dulzura, mirale sin cólera, y él mismo, no lo dudo, te dará gracias porque te dignas pedirle esa merced.

La promesa de Matilde fue un dulce consuelo para el lacerado corazón de la reina. Las esperanzas de Berenguela cobraron vigor, y se amortiguaron algun tanto sus agitaciones. El sueño, que por largo tiempo huiera de sus tristes párpados y que no la fue posible conciliar á pesar de haber empleado todos los medicamentos imaginables, cerró sus ojos aquella noche y surtió en aquel oprimido cuerpo los mismos efectos que la benéfica lluvia en un campo abrasado por el ardiente sol del estío. Cuando la cariñosa Matilde vió á su querida hermana en aquel estado, corrió silenciosamente las cortinas para mitigar la fuerza de la luz de la mañana, y voló á su oratorio, deseando dar gracias al Dios de misericordia por el alivio que empezaba á dar á la desgraciada reina.

El sol llevaba bastante avanzada su carrera, y Berenguela sentia tanto su prodigioso alivio que dejó el lecho y mandó que la acercasen á una ventana, para disfrutar del puro ambiente y la deliciosa vista que proporcionaban los deliciosos y floridos campos del Delta. Matilde, arrodillada junto á ella, rezaba á media voz algunos himnos piadosos, hasta que fue interrumpida por la llegada de una esclava que anunció al príncipe Malek-Adhel, el cual habia llegado al salon de los jaspes para saber el estado de la reina. Al escuchar Berenguela estas palabras, dirigió la vista á su hermana con una de aquellas miradas cuya elocuencia supera muchas veces á la espresion de las palabras; Matilde le estrechó afectuosamente la mano, y con una dulce sonrisa contestó mudamente que iba á cumplir lo prometido.

No vaciló un instante, dirigió sus temerosos pasos al salon de los jaspes, se presentó al príncipe sarraceno con una dignidad afable que da, tal vez, á las mujeres cierta apariencia divina, pues que es debida á la bondad y á la inocencia, dones que son sin duda



los mas celestiales que pueda poseer humana criatura sobre la tierra.

A la vista de un objeto tan vanamente solicitado por tanto tiempo, el príncipe arrojó involuntariamente un grito de alegre sorpresa; duda si es sueño ó realidad, y se encuentra tan conmovido por la inesperada alegría que llena su corazón, que parece que ha sido paralizado el curso de su vida. La noble doncella se detiene en la puerta del salón, é inclinándose su cabeza con modesta dignidad, dice con humilde aspecto: — Vengo, señor, á este lugar en nombre de una reina desgracia, que implora vuestra generosidad... — ¡No acabeis, ángel de hermosura! jamás resuene en vuestros labios que venís á implorarme; órdenes, no ruegos admito de vos. Vedme á vuestros piés pronto á escucharlas... hablad, mandadme, ¡oh absoluta y única soberana de Malek-Adhel! — Señor, deseo que no os humilleis de ese modo delante de mí. — No puedo humillarme postrándome á vuestros piés; antes me llena de orgullo el confesarme sumiso á vuestro irresistible poderío, ¡Oh Matilde! ¿cómo es posible no adoraros? ¿Qué cosa hay mas justa que adorar sobre la tierra lo que hay en ella de mas perfecto y adorable! — Señor, la reina padece mucho todavía, y no me es posible permanecer mucho tiempo fuera de su lado. Dignaos escuchar el justo motivo que á vuestra presencia me guía. Una profunda melancolía ha llegado á alterar su salud de modo que su vida pelagra tanto, que he llegado á temer por sus dias; tiemblo, y preveo el acerbo momento de ver perecer á la esposa de mi hermano, y vos sois el único que puede evitar tan fatal desgracia. La promesa de restituirla á Ricardo puede arrancarla de las funestas puertas de la muerte, y al esperar yo obtener esta gracia del noble corazón de Malek-Adhel, no he tenido en cuenta el poder que pudieran tener mis súplicas, sino la generosidad que poseéis, generosidad de que se hallan muy pocos ejemplos. — No, jamás he probado un encanto semejante... jamás mis oídos disfrutaron de una dulce armonía que á tal punto enajenase y arrebatare mis sentidos. ¿En dónde estoy?... Este no es el mismo palacio... No, no es este el mismo aire que yo respiraba... Todo se cambia cuando la veo! ¡Oh Matilde!... es indudable que no es la tierra el sitio donde vos habitais!!! — Señor, pocos pasos de aquí llora una reina desgraciada su desventura y próxima muerte; vos sois dueño de su vida, y ella... espera vuestra sentencia. — No puedo calcular cual será el resultado de mi condescendencia, pero, sea cual fuese, sereis obedecida. ¿Vos queréis que vuestra hermana sea devuelta á su esposo? Pues lo será: ¿qué mas deseáis? ¿Queréis que para vos conquiste todos los imperios del mundo y los rinda

á vuestros piés? ¿Deseáis que os sacrifique mi vida? — ¡Ah magnánimo príncipe! repuso Matilde con visible emoción ¿para qué tantos beneficios? Uno solo es bastante para que se grabe en mi alma un eterno agradecimiento. Mi familia no podrá jamás olvidar la dicha de que os es deudora, y ya conozco todo el precio de la gracia que me otorgais. — Oh cielo que la has formado, y que sin duda te vanaglorias de lo perfecto de tu obra! ¿es posible que Matilde me bendiga? ¿Qué he hecho yo para merecer tan perfecta felicidad?

Las palabras del príncipe daban tan claros indicios del delirio que poseía su corazón, que la turbada doncella consideró que era tiempo de retirarse; y alejándose algunos pasos, dijo con voz conmovida: — Permitid que me retire, porque en tanto que mi hermana ignora vuestros beneficios, solo disfruto de ellos por mitad. — Id, Matilde, en buen hora, dijo. Pero no dudeis que la felicidad de que va á disfrutar, y aun la que vos espermentais al trasmitirla noticia tan grata, no son iguales á la mia. Matilde, es mio el agradecimiento, y os debo mas de lo que os he otorgado.

La princesa nada contestó, y al llegar á la puerta se volvió hácia el príncipe, y le dijo señalando al corazón: — El reconocimiento permanecerá aquí hasta el fin de mi vida.

Sin esperar contestacion del príncipe, marchó acelerando el paso; y entrando precipitadamente en la estancia de la reina la dijo: — Están cumplidos vuestros deseos; el príncipe os concede la libertad, y podéis partir tan luego como os encontréis restablecida.

Alegre hasta el último extremo Berenguela con esta nueva, levantó al cielo sus manos y le bendijo, dándole gracias por el gran beneficio que acababa de dispensarla; mas temiendo Matilde que su emoción la perjudicase, quiso calmarla recordándola que todo esceso, fuese de pena ó de alegría, era reprehensible á los ojos de Dios. En seguida la aconsejó que se retirase al lecho á reposar un rato: así lo hizo, y gozó muy pronto de un delicioso sueño que en vano trató de conciliar Matilde. El dia habia sido muy ardoroso y la noche no lo era menos: fatigada por el mucho calor, pasó á un gabinete inmediato cuyas ventanas daban vista á los jardines de palacio, á los que se bajaba por una escalera conocida de Matilde; mas á pesar de sus deseos de ir á respirar libremente en sitio tan fresco y grato, temió hallarse sola en él en medio de las tinieblas.

Se sentó junto á una ventana, colocó delante de sí una mesa, abrió la Biblia y quiso leer, pero sus párpados se cerraban involuntariamente; su cabeza es-



taba apoyada sobre la mano, y en tanto que un viento suave y refrigerante movía blandamente las hojas del libro sagrado, dejaba ella vagar involuntariamente su pensamiento por todas las ocurrencias de aquel día, y sobre todas las circunstancias que habían mediado en su conversacion con Malek-Adhel. Si cualquier rumor ó incidente casual la sacaba de sus meditaciones se reprendía por haberse dejado llevar de ellas y volvía á su lectura, firme en su propósito de no dejarla; pero, á su pesar, la acometían de nuevo las mismas ideas, y en la alternativa de su lectura y distraccion, pasó la noche sin poder desechar la imagen que estaba fija en su memoria. Cansada de hacer esfuerzos inútiles, se retiró al lecho; pero apenas había reposado algunas horas, cuando entró una camarera á decirle que la reina deseaba hablarla.

Fue al momento á la habitacion de Berenguela, y la encontró en el oratorio sentada sobre un rico sillón de terciopelo y oro, en frente de su reclinatorio y en compañía de un religioso. Al ver entrar á Matilde, se coloró levemente el rostro de la reina, y la presentó su mano diciéndola que se encontraba muy aliviada, y que su descanso había sido interrumpido solamente por sueños los mas lisonjeros.—Ven, hermana mia; no he querido rezar sola, añadió: ven á rezar conmigo, que el cielo escuchará mejor mis oraciones si me acompañas en ellas.

La triste princesa se avergonzó de tal alabanza; porque no estaba satisfecha de los pensamientos que habían asaltado su imaginacion la noche anterior: dió gracias á la reina porque la había hecho llamar, y empezó su oracion con aquella fe ardiente, con aquel amor sin límites, bálsamo fiel que cicatriza las heridas del alma.

Concluyóse la ceremonia, y Matilde, ya mas tranquila, volvió á encontrar su acostumbrada felicidad.

Cuando las princesas estuvieron solas, rogó la reina á Matilde que se sentara en su sillón, tomó sus dos manos entre las suyas, la miró con cariño, y al ir á hablar se detuvo de repente sin resolverse á ello: en fin, con voz débil y conmovida dijo:—Cuando hablaste ayer al príncipe y te concedió mi libertad, ¿pediste tambien la tuya?—¡La mia! exclamó Matilde sorprendida, ¿y la necesitaba acaso? ¿me han de separar de vos?—¡Ah! bien decia yo, repuso Berenguela; aun subsiste la mayor dificultad, ¿cómo triunfaremos de ella?

Matilde palideció, y llena de terror la preguntó si suponía en el príncipe el deseo culpable de apartarla de su lado.—Alma sencilla y pura, respondió la reina, tus pensamientos y tus acciones consultan solo á la virtud y á la justicia, nunca piensas en el amor.—¡En el amor! dijo la princesa; ya sabeis que he jurado no saber nunca lo que es amor: ¿he de faltar á mi juramento? La reina se sonrió, y despues de una pausa dijo:—Tienes razon, no es posible, y esta promesa bastará sin duda para que cierres tu corazon al amor: por lo que toca á mí, hermana mia, á quien no está vedado el amar, yo no puedo ignorar el objeto que producirá en el alma de Malek-Adhel; este príncipe no te dejará partir, te lo aseguro.—¿Qué oigo? exclamó Matilde, ¿á qué horribles desgracias estoy destinada? ¿qué proyectos forma ese infiel?—Ninguno que te deba hacer temblar, hermana mia, porque si te ama mucho, te respeta aun mucho mas... pero consentir en separarse de ti... ¡ah! no sé si un corazon poseido por el amor tendrá fuerzas para semejante sacrificio.—Ya veo, repuso tristemente Matilde, que será preciso volver á hablar al príncipe otra vez.

Berenguela se opuso á su designio, conociendo que no vencería la resistencia del príncipe, inflaman-

do mas su amor con la pureza y los encantos de las súplicas de Matilde. Yo misma le hablaré, dijo; quizá le convenza de que la barrera que os separa es insuperable; que no hará su felicidad con tu deshonra; y si son infructuosas mis instancias, si desoye mis ruegos, en vano me vuelve la libertad, moriré aquí, Matilde.

CAPITULO XIII.

Al dia siguiente se dió licencia al principe para entrar en el aposento de Berenguela, de donde Matilde no se apartaba un instante: enternecida la reina viendo y oyendo el regocijo que el principe demostraba por su restablecimiento le dijo:—Os debo la vida: en breve lo sabrá Ricardo, la Europa entera, y lo primero que pronuncie el hijo que llevo en mi seno será el nombre de su bienhechor. ¡Oh gran principe! pido á Dios que todas las bendiciones del mundo caigan sobre vuestra cabeza: no os puedo ofrecer mayor recompensa en la tierra.—Pero Dios que es omnipotente, añadió la princesa llena de la mayor turbacion, Dios podrá... aquí se detuvo, y al querer fijar la vista en el principe, bajó los ojos al suelo, humedecidos en llanto. Malek-Adhel miró y no la respondió; estaba demasiado conmovido su corazon para que se pudiera contener si se atrevia á hablar.

Cuando conoció que podia ya dominarse, respondió á la reina que no esperaba mas recompensa por lo que habia hecho por ellas que la felicidad de haberlas salvado y haber agradado á Matilde.

Entonces la reina, temerosa, palpitante y con tímida voz, le dijo.—Yo creo que no me habeis concedido á mí sola la libertad... Mi hermana...—Vuestra hermana no me ha pedido la suya, respondió con viveza el principe.—Porque no lo creia necesario, señor habiais prometido no separarnos nunca.—Pero ¿quereis partir, señora? preguntó Malek-Adhel á Matilde, conteniendo con todo su espíritu la terrible agitacion de su alma, ¿quereis abandonar este alcázar?—Sí, principe, sí, replicó la princesa: mi corazon se marcha lejos de mi nacion: ¡ah! permitidme volver á ella.

A estas palabras el principe perdió el color; sorprendido y pesaroso se alejó precipitadamente de la estancia. Empero, detúvose de repente, volvió á lentos pasos, acercóse á una ventana abierta, y allí apoyado el codo sobre el mármol dejó caer la cabeza sobre su mano, y quedó sumergido en una profunda meditacion. A la otra extremidad de la estancia, la reina y la princesa le miraban y se comunicaban á media voz los temores y las esperanzas que les inspiraba la larga meditacion del principe.

Al fin se dirigió á ellas, con mas tranquilo ademan, y dijo á la reina con voz conmovida, que cuando estuviese en disposicion de partir ya tratarian de la princesa; y si hasta entonces os dignais oirme alguna vez, añadió mirando á Matilde, ya os diré cuales son las razones que me obligan á desear que no se cumpla vuestro deseo; pero sino os conmueven, si quereis abandonarme, si me decís Malek-Adhel sé que morirás de dolor; pero no importa, quiero partir: entonces señora, seréis libre; yo os detendré mas en este sifio, no os volveré á ver ya nunca, sí, nunca. ¿No sabeis que por obedeceros sacrificaría gustoso mi vida?

Empero, á pesar de sus esfuerzos, dos lágrimas furtivas dan á conocer la violencia de su dolor, deslizándose por su vigorosa faz: Matilde las ha visto, y Matilde lora tambien. Agitado aun mas que con su emocion con la que echa de ver en la princesa, Malek-Adhel conoce que si no sale al momento de aquella estancia no podrá contener por mas tiempo una passion tan impetuosa; y sin decir la una palabra, sin mirarla siquiera, sale del aposento. Matilde continua

llorando; pero la reina, besándola en la frente, la dice:—No te desesperes; tu partida es mas fácil de lo que yo creia; ya veo que con lágrimas y ruegos se consigue todo del corazon mas generoso de la tierra.—¿Pero es verdad, hermana mia, que mi partida puede causar su muerte? repuso Matilde enjugando sus lagrimas.—Si continuas tratándole con tanto rigor, respondió Berenguela, quizá su desesperacion le conduzca á tal exceso; pero permitiéndole que te vea de vez en cuando, hablándole con una dulce benevolencia, calmarás sus pesares, le harás participe de la santa paz que reina en tu alma, y si no consigues derramar la luz de la Religion Cristiana en ese corazon tan noble y generoso, á lo menos le persuadirás de que, para un héroe la virtud no debe ser un sacrificio que cuesta la vida.

Matilde adoptó estas razones y consintió en no huir de la presencia del principe. Sin embargo, al tomar una resolucion tan contraria á la mandada observar por el arzobispo, no creyó desobedecerle, porque no estando en la misma posicion, la parecia que su conducta no debía ser la misma.

Discurriendo así, no habia conocido que la enfermedad de Berenguela habia debilitado sus pensamientos, habia abierto su corazon á la piedad, y habia dado ya el único paso que conduce á la ternura; que el aspecto triste y apasionado del principe la habia conmovido, y que de consiguiente no habia cambiado su situacion, pero sí su corazon. Muchas veces la acontecia que mil ideas mundanas turbaban la paz de sus oraciones; parecia entonces que Dios se alejaba de ella, y que la entregaba al eterno enemigo del hombre que inundaba su alma de peligrosas ilusiones y fantasticos terrores. Inquieta y aterrada acudia al llanto y á la penitencia; pero ese llanto, que no era engendrado por el arrepentimiento, no aliviaba su dolor, y en medio de sus crueles penitencias su pensamiento se perdia en sus plácidos ensueños juveniles.

La jóven novicia pasaba muchas noches en ese estado de angustiosa ansiedad interior: no conocia la causa ni el remedio: la reina notó su palidez y su trastorno; pero aquella apasionada esposa, que á todos juzgaba por su corazon, persuadida de que el dolor de la princesa era motivado por la ausencia de Ricardo, solo veia en la tristeza de Matilde el temor de no partir; y Malek-Adhel, que la veia y la contemplaba; se inflamaba cada vez mas; pero callaba porque habia aprendido junto á Matilde lo que hasta entonces habia ignorado; habia aprendido á respetar el pudor. Dichoso con tan ligeros favores aun no se atrevia á hablar de su amor; pero sus ojos, sus acciones, su acento lo revelaban á cada instante.

Ya han pasado muchos dias: Berenguela puede ya partir, y es tiempo de hablar al principe y de saber si Matilde partirá con ella. Mucho teme despedazar el corazon del hombre á quien debe la vida; pero su deber y su interés se lo ordenan, porque, si no consigue lo que desea, está decidida á partir sola; y ¿habia de dejar á Matilde en Damieta sin haber intentado conseguir su libertad?

Por la tarde manda la reina levantar las celosías del salon de jaspe, se sienta con Matilde en unos ricos almohadones cerca de una ventana, desde donde se veian los floridos bosques del Delta, y á lo lejos las siempre agitadas olas de la mar; el principe entra y se coloca á los piés de las princesas. Berenguela guarda silencio, y procura encontrar en su pensamiento los términos dulces y lisonjeros que las mujeres emplean con tanta habilidad para dulcificar los sacrificios que imponen; pero no encuentra expresiones que la satisfagan. Indecisa entre su deber y su debilidad, no sabe que resolver, y cae en éxtasis tan profundo, que no ve lo que pasa en su rededor, de modo que puede decirse que Matilde se halla á solas

con el príncipe. Esta se halla poseída de la mayor turbación, sus labios no hallan palabras que decir, ni su vista objetos sobre que fijarse; sus ojos vagos ven siempre á los de Malek-Adhel clavados en ella: si los vuelve hácia el campo, el príncipe se inclina silenciosamente, y besa entusiasmado la falda de Matilde: esta conoce que no debe permitirlo, pero no se atreve á marcharse temerosa de que adivine el motivo que la obliga á huir; mas tambien le parece que debe avergonzarse mucho si deja conocer que ha notado la secreta temeridad del príncipe: sin embargo, esta penosa situación se prolonga, y ya Matilde no titubea, se levanta y va á alejarse de aquel aposento.

Este movimiento saca á la reina de esa especie de estupor en que está sumergida, detiene á Matilde, y sin atreverse á mirar al príncipe, le dice con acento precipitado: — Señor, ya ha llegado el momento en que puedo fijar el día de mi partida, aprovechándome de vuestros beneficios voy á morir sino me marchó, y no puedo partir sin Matilde.

La reina se detiene, la ha enmudecido el dolor del príncipe: Matilde que estaba levantada, cae á su pesar en el sillón. Malek-Adhel responde con afectada moderación. — Si vuestra hermana lo exige, señora, este será el último día que me vea á su lado; pero en recompensa de mi obediencia pido permiso para hablarla un momento á solas: si despues de lo que la diga persiste en seguíros, no me opondré á su partida: podreis señora, señalar el día.

El príncipe suspira profundamente resignado ya á su suerte. Berenguela le mira sorprendida: pide una respuesta á la princesa, y no recibe ninguna. Matilde queda silenciosa é inmóvil con la cabeza inclinada sobre el pecho, pero la reina se levanta y la dice: — Acabas de oír al príncipe; solo de ti depende nuestra marcha... te dejo con nuestro generoso bienhechor... oye lo que te va á decir: no puedes dispensarte de ello. — ¿En efecto, no puedo? preguntó con temblorosa voz la princesa. — No, repuso con viveza el príncipe, no, no podeis hacerlo; sería una inaudita crueldad: no, no podeis hacerlo cuando os sacrifico mi vida solo por ese corto tiempo.

Estas palabras deciden á Matilde, aparta su mano de las de la reina: Berenguela sale de la estancia, y Malek-Adhel se sienta en su lugar.

¡Largo y penoso silencio! el príncipe teme romperlo, y Matilde lo teme mucho mas; pero aunque Malek-Adhel no la habla, la mira; su vista errante por tantos atractivos no se fija mas que en Matilde; continúa todavia silencioso, pero si no habla no es porque teme hablar, sino porque ha olvidado lo que queria decir; ya no piensa mas que en ver y en amar á Matilde; cuanto la contempla mas se inflama; se acerca, la toca, y su pecho exhala suspiros de fuego: un vivo carmin colora las mejillas de la virgen... ¡cómo sufre! agítase el cendal que cubre su seno: Malek-Adhel lo ve y renace la esperanza en su corazón, aumentase su turbación, sus deseos le extravían; y se atreve á oprimir contra su seno á la virgen hermosa... ¡Desgraciada! el rayo de Dios amenaza á los culpables; pero el pudor aterrado pide auxilio á la religion estremecida, rechaza con horror al audaz Sarraceno, y oculta entre sus manos su rostro bañado en lágrimas.

Al versu llanto Malek-Adhel cae á sus piés, conoce que la ha ofendido, y nunca se lo perdonará. Detiense entonces Matilde, y arrojándole una mirada fria y severa le dice: — No he de oír de vos mas que una palabra, esa palabra ha de ser la orden de mi partida. — ¡Vuestro perdon tiene ese precio! exclamó el príncipe con humilde y apasionado acento. — Si me volveis la libertad, replicó Matilde, prometo olvidar para siempre este momento y no acordarme mas que de vuestros beneficios.

No obstante, el príncipe queda sorprendido, titubea, suspira, mira á Matilde, y no se encuentra con bastante valor para prometer no volverla á ver mas; pero la princesa está impaciente, hace un ademán como para marcharse; al fin se decide Malek-Adhel, estréchase el horizonte de su porvenir, y el presente le aterra: para prolongar algunos minutos el placer de mirar á la que ama va á condenarse á un dolor eterno. — ¡Ah! no os vayais, Matilde, exclama con acento despedazador, voy á obedeceros.

Detiense la princesa, una dulce satisfaccion se pinta en su rostro, alza al cielo su vista, y dice: — ¡Apacibles claustros! ¡felicidad juvenil! al fin os volveré á encontrar... — ¡Ingrata y cruel mujer! la interrumpe el príncipe precipitándose hácia ella y tomando una de sus manos, á pesar de la virgen; vuestra boca bendice el momento en que se va á despedazar mi corazón, y brillan vuestros ojos con el fulgor de la alegría cuando pronuncio el decreto de mi muerte?... y no os compadece mi suerte, y ni siquiera derramáis una lágrima por mi dolor: ¡ay! aunque me tratáis así, un respeto imaginario me detiene; sí, temo ofender á la que me arranca la vida sin tener compasion de mí... No, no partireis, me escuchareis á pesar vuestro.

Entonces obligó á la princesa á sentarse, se arrojó delante de ella, la tomó una mano, puso la otra en el respaldo del sillón, y mirándola lleno de delirio y amor... — Sí, la dijo, me escucharás, te diré la passion que me devora, á qué trasportes estoy encadenado, qué horribles tormentos despedazan mi alma: puesto que no ha mitigado tu desden ni mi respeto ni mi silencio, sabe al fin mi amor, oye su voz; á pesar tuyo, oye sus lamentos, quizá te conmuevas, quizá penetren hasta el fondo de tu corazón.

A estas palabras la princesa vuelve el rostro horrorizada. — ¡Oh! mirame, mírame, repuso con suplicante voz: por piedad mirame, es mas deliciosa una sola mirada tuya que todos los demás placeres de la tierra. — No, no, no puedo prometerlo, no puedo separarme de ti, no puedo obligarme á dejar de verte: esto solo está fuera de los límites de mi obediencia, permíteme que me quede á tu lado, y despues manda, estoy pronto á obedecer. ¿Quiéres volverte á Europa? estoy dispuesto á conducirte allí; ¿quiéres reinar aqui, quíeres un trono?... subirás á él... Señora absoluta de mi destino... ordena á tu esclavo... héme aquí delante de ti, nada te digo... pero bastante espesa mi silencio.

Detiense y tiembla; apasionadas lágrimas deslizanse por sus mejillas y caen abrasadoras sobre las manos de Matilde; ya no la detiene, pero ella no se marcha; no la encadena ya la mano del príncipe, sino su propia voluntad. Malek-Adhel lo conoce, y lleno de esperanza disfruta una suprema felicidad; pero como todos los placeres de este mundo, apenas se detienen un momento; entré la esperanza y el pesar, y se deshacen como el humo; así se deshizo la fugitiva felicidad del príncipe; Matilde ha visto que está libre, y se avergüenza de estar todavia al lado de Malek-Adhel; la virtud, que es lo que mas ama sobre la tierra, la ordena salir de aquel aposento, y la princesa va á obedecerla. Conoce el príncipe su intencion, conoce que en aquel casto y religioso corazón existe una fuerza que él no puede vencer; abatido con este obstáculo ya no habla, ya no se lamenta inútilmente; pero se acerca á Matilde llena el alma de desesperacion y los ojos secos con su abrasador llanto: preséntale un puñal, y la dice: — Bien; ya que quieres apartarte de mí, vete, estás libre, deja para siempre estos lugares; pero antes de alejarte, atraviesale mi pecho con este puñal; por piedad te lo pido, atraviesale, que yo te juro que mas dolor me causará tu partida.

La virgen toma el puñal, cuyo peso dobla su débil mano, y mirando al príncipe con ternura le dice:



—Primero vertería mi sangre. Magnánimo príncipe, ¿por qué os entregáis á tan violentos dolores, á ternuras tan culpables? ¿Cuál es vuestra esperanza? ¿Qué os atreveis á decirme? ¿Puede existir un vínculo entre la hermana de Ricardo y el hermano de Saladino siendo diversas vuestras creencias? Príncipe, ¿os es más fácil morir que ser virtuoso?

Estas palabras dichas con dignidad y dulzura apaciguan la exaltación del príncipe; Matilde conoce que ha conseguido calmarle, y continúa con angélica sonrisa:—Y si apartándoos de todos esos deseos mundanos me dejais seguir la senda que el cielo me ha señalado, ¿qué hombre obtendrá de mí lo que vos obtendreis? ¿qué hombre tendrá más derechos á mi estimación y á mi reconocimiento?—¿Y vuestro amor Matilde? Vuestro amor pertenecerá á otro hombre cuando sea vuestro esposo.—Mi amor no pertenecerá más que á Dios, exclama con piadoso entusiasmo, para él es mi corazón... Noble Malek-Adhel déjame, déjame volver á los brazos de ese Dios, á quien estoy prometida, de ese Dios á quien quizá hubiera abandonado si tú fueras cristiano.

Dice y se detiene aterrada. Malek-Adhel exclama:—Sea quien fuere ese Dios que te inspira, cedo á su ascendiente: mujer incomprensible y sublime, estás libre: dispon, manda, elige tu comitiva: tuyos son mis esclavos todo aquí está sometido á tu voluntad, como yo lo estoy.

Temerosa la virgen de cometer otra debilidad, se apresura á alejarse, pero en el dintel de la puerta se detiene, se vuelve hácia el príncipe, y dice:—A dios, príncipe, recibid mis bendiciones; desde el austero claustro, donde voy á sepultarme, rezaré por vos hasta el fin de mi vida, y si Dios se digna oirme, día llegará en que se unirán nuestros pensamientos, en que concebiremos las mismas esperanzas; si todo nos separa en este mundo, el cielo nos reunirá.

Sin embargo, Metchub acaba de llegar: la nueva de la toma de Tolemaida se ha difundido en Damietta; aterrado el pueblo, ya cree ver á los cristianos en Jerusalén, y corre á sus mezquitas á implorar el socorro de Mahoma. Reúnense los soldados en derredor de palacio, los emires quieren ver á Malek-Adhel, pero este está encerrado y nadie se atreve á turbar su retiro. Mientras que al rededor suyo crece y se aumenta el rumor, él, dando libre campo á sus delirios, ignora todavía la pérdida de Tolemaida.

Pero Metchub pide ver al príncipe, enseña las órdenes del Sultan: á tan sagrado nombre ábrense las puertas, y no resisten los guardias de Malek-Adhel. Adelántase Metchub, el príncipe admira su temeridad; Metchub le presenta las cartas de Saladido, cerradas y selladas con el sello real. A su vista recobra la amistad todos sus derechos. Malek-Adhel besa con respeto el papel que le envía su amado hermano, y pregunta á Metchub en qué sitio ha dejado á Saladino.—En la montaña de Kurutha, responde Metchub; allí te espera con impaciencia, contando solo con la fuerza de tu brazo para rescatar á la soberbia Tolemaida del poder de los cristianos.—¿Cómo! ¡los cristianos son dueños de Tolemaida! exclamó Malek-Adhel lleno de sorpresa.—¿De qué te asombras? repuso atrevidamente Metchub: ¿no has sido tú la causa de ello?—¿Qué te atreves á decir, temerario esclavo? interrumpióle el príncipe lleno de cólera.

Digo que la voz del arzobispo de Tiro y el brazo de Montmorency han conquistado á Tolemaida; tú le has dado libertad, tú has tenido la culpa de todo: yo te he acusado delante de tu hermano, no retractaré mis palabras delante de tí, si crees que son falsas y pérdidas, castígame, mi vida está en tus manos.

Malek-Adhel conoce la justicia de esta réplica, conoce sus yerros, pero teniendo bastantes medios pa-

ra repararlos no teme confesarlos. — Fiel servidor, le dice, no te dañaré tu franqueza y tu celo, tú me has acusado, y yo tambien me acuso; pero si he cometido una falta, puedo rescatarla y devolver la altiva Tolemáida á mi hermano. — No lo dudo y para ello no tienes mas que presentarte ante sus muros; pero ¿cómo rescatarás la sangre de los fieles Musulmanes que perecieron defendiéndola? — Metchub, repuso el príncipe con sombrío ademán, calla, que llenas mi corazón de amargura; bien sé que la sangre derramada pide venganza; por ahora déjame solo, déjame ver qué espacion me pide mi hermano por una falta cuyas consecuencias han sido tan funestas, pero cuya causa es demasiado hermosa para que llege algun día á perder su imperio en mi corazón. ¿Qué dices, ilustre príncipe, exclamó Metchub; un guerrero como tú deja mancillar su gloria con tan insensato amor, y antepones á tu doliente patria una vagamunda nazarena? — Calla, calla, presuntuoso esclavo, replicó con viveza el príncipe; si estimas tu vida deten tu sacrilega lengua, y guárdate de ultrajar en lo mas mínimo á la princesa de Inglaterra.

Salió Metchub pero no obedeció las órdenes del príncipe, porque su alma estaba muy ulcerada.

Malek-Adhel abre las cartas de Saladino, las cuales le confirman que Tolemáida ha sido perdida por haber dado libertad al arzobispo y á Montmorency: conoce que su hermano debia reconvenirle, y ve que nada le dice: ve que han querido llenar el alma del sultan de duda y desconfianza; pero que Saladino nada ha querido escuchar, y en lugar de quejarse de él, implora su socorro y ruega en vez de ordenar. ¿Corresponderá con nuevos agravios á una confianza, á una bondad sin límites? ¿Y no hará nada en favor de un hermano ofendido, que siendo su señor le habla como amigo? Pero debe separarse de Matilde; no volverla á ver mas. El sacrificio es inmenso; pero así lo quiere la princesa: la ha prometido no oponerse á su partida, y cuando Saladino así lo quiere, y el interés de la patria lo prescribe, ¿será mas poderoso el amor que la fe, el deber y la amistad? ¿A qué terribles combates se halla entregado el corazón del joven árabe! Sin embargo, por mas violento que sea el amor, no es siempre mas fuerte que una alma grande; y si nadie llegó á experimentar sus efectos hasta el extremo que Malek-Adhel, tampoco hubo hombre alguno tan capaz de las heróicas resoluciones y de los rasgos de magnanimidad que son superiores á todos, y que subyugan hasta las mismas pasiones. Determinase por fin: jura no oponerse á la partida de Matilde, y la virtud triunfante proclama su mas grande victoria.

Pero en el momento en que el amor queda pospuesto á la amistad, esta promueve una nueva lucha con sus generosos sentimientos: Malek-Adhel es magnánimo, ha tenido valor para consentir en la partida de Matilde; pero no puede resolverse á quebrantar la fe prometida á la reina. Estaba decidido á sacrificarse por su hermano, mas el honor le era aun mas caro que la vida, y el honor exigia no faltar á la palabra dada á Berenguela, no obstante lo terminante de las órdenes de Saladino sobre este punto, y haberlas divulgado sin duda alguna Metchub que las sabia: para desobedecerlas no habia otro medio que el de sublevar á los soldados contra la suprema voluntad del soberano, lo cual no era difícil; pero nunca se aprovechará de la autoridad sin límites que su hermano le ha confiado en el Egipto en perjuicio suyo. Al fin despues de una larga y penosa lucha entre dos deberes imperiosos, exclama: — Mañana dispondré se apreste el bajel que ha de llevar á Matilde á Tolemáida, para que marche al amanecer del día siguiente: yo subiré el rio grande con la reina, y la dejaré libre dueña del palacio de los califas, y despues iré á pedir á Saladino la permita volver con su esposo: mi hermano no

dejará que falte á mi palabra, y no permitirá que su hermano sea perjuro.

En este prolongado combate de los mas nobles y vivos sentimientos pasó la noche sin entregarse un solo instante al reposo. Apenas el sol empieza á deramar sus brillantes rayos sobre la superficie de las aguas, Malek-Adhel suspira, y ve con terror la llegada de un día en que debe hacer tan terribles sacrificios; pero sostenido por la voz de la amistad y de la patria, ármase de resolucion, comunica las órdenes necesarias, para la partida de Matilde, y á fin de evitar una flaqueza que teme y de que se avergüenza, resuelve salir de Damietta sin ver á la princesa, y no volver hasta que haya partido. Habiendo encontrado á Metchub al paso, le dice que al día siguiente marchará con él la princesa, y que le hace responsable con la cabeza de la seguridad de tan ilustre viajera. En seguida le manda entregue una carta á la reina, en la que espone los motivos de su conducta, y que para evitar una sublevacion en Damietta ha determinado retardar por un cortísimo tiempo la ejecucion de su promesa: que dentro de dos dias volverá para conducirla al Cairo, afirmando, bajo su palabra, que despues enviaria una escolta para que la acompañase hasta el campo de los Cruzados.

Tomadas ya todas las disposiciones para el cumplimiento de las órdenes de Saladino, sale de Damietta sin mirar el palacio, ni atreverse á mirar á Matilde: dirigese á Pelusa y Faramia, recorre las diferentes ciudades de la costa que se estienden hácia las bocas del Nilo, reúne en ellas las tropas, y las dispone á marchar, segun le encarga Saladino, hácia las montañas de Kurutha.

CAPITULO XIV.

Los mas lisonjeros sueños habian ocupado la imaginacion de Berenguela en aquella noche que acababa de destruir con tanta crueldad sus esperanzas. Como el día anterior habia sabido por Matilde que al fin el príncipe las permitia partir á las dos, ya pensaba en el día en que saldría de Damietta, y que se acercaba el momento de ver á su esposo. En medio de su alegría se acordó de la princesa de Jerusalén, y para dar á su conciencia tanta satisfaccion como á su corazón, se resolvió á que participase aquella desgraciada de su felicidad, y se dirigió á su habitacion para anunciarla que habia llegado el día en que podia cumplir su promesa de llevarla á su patria.

Hacia tiempo que Inés no veia á la reina; encerrada en su aposento mostraba estar entregada á la penitencia; pero era porque queria evitar la presencia de personas que detestaba y que tenian derecho para despreciarla. Resuelta á no alejarse del príncipe, pagaba á unos espías que la daban cuenta de todo lo que este hacia y de los progresos del amor que profesaba á Matilde. Al oír sus noticias, llenábase su alma de hiel y cólera, y esperaba para ejecutar su venganza que la reina partiese sin ser acompañada de Matilde.

— Si no se marea, decia en un raptó solitario, si el ingrato se atreve á tenerla junto á sí, no disfrutará mucho tiempo de su adorado aspecto, y este puñal le recordará que existe Inés, y que su brazo no se ha olvidado de herir.

Apenas supo la llegada de Metchub quiso verle y hablarle: ganados por sus larguezas sus guardias, le introdujeron secretamente en su estancia, y fue sabedora de las órdenes que estaba encargado de ejecutar.

Apenas salió Metchub de su cuarto cuando entró la reina. Sorprendióse Inés con tan inesperada visita, y no sabia á qué atribuirlo, cuando Berenguela tomó la palabra, y la dijo con dulce sonrisa: — Vengo á cumplir mi promesa: vengo á proponer á Inés que

abandone estos muros, testigos de su afrenta, y que nos siga lejos de los infieles, de sus cadenas y sus ciudades, al campo de los cristianos, donde derrainará sus lágrimas en medio de sus hermanos.— ¡Pues qué! respondió Inés, ¿V. M. ignora que no tiene permiso para partir?— ¡Qué decís, repuso Berenguela turbada. Malek-Adhel dió ayer su palabra á mi hermana.—Es que pocas horas despues de haberla dado llegó Metchub, enviado por Saladino, á anunciar la toma de Tolemaida; y sin duda, señora, esta gran conquista dulcificará las desgracias y los males que os están reservados.— ¡Han tomado á Tolemaida! exclamó la reina, y decís que aun me están reservados mayores males... ¡Qué! ¿se habrá ensangrentado tan gran victoria con alguna gran desgracia quizá? Alguno de nuestros mas valientes soberanos habrá perecido... Felipe Augusto... Queda muda de espanto, y no se atreve á pronunciar otro nombre. Inés prosiguió.— Dicen que ha habido una horrosa carnicería: que su victoria ha costado mucha sangre á los cristianos; pero Metchub no sabe el nombre de las víctimas y no ha hablado de Felipe Augusto: únicamente me ha dicho que Saladino quiere que la princesa Matilde vuelva al campo de los Cruzados, y que V. M. quede en el Cairo en la mas estrecha cautividad, hasta que Ricardo consienta en dar á Tolemaida en precio de vuestro resate.

La desgraciada Berenguela no pudo oír mas, no puede resistir á tantos dolores: siéntese desfallecer, y cae sin movimiento; al verla en ese estado Inés, exclama:— ¡Ahora voy á socorrerla yo: ya no soy la única que padece en este sitio.

Llama á las damas de la reina: al ruido de este acontecimiento acude Matilde, y al ver á su hermana pálida é inanimada, da un grito de dolor: precipítase á ella, oprimela en sus brazos, cúbreala de lágrimas, y procura socorrerla con una actividad y un celo que nadie iguala: al fin consigue que vuelva en sí la desgraciada, por la cual hubiera dado toda su vida.

Abre, por fin, Berenguela sus lánguidos ojos; vé á Matilde arrodillada junto á ella, y detrás la cruel figura de Inés. Al verla recuerda los golpes que acaba de recibir y la mano que los ha dirigido: hace un ademán de horror, y ¡oh Matilde querida! exclama, apártame de aquí: líbrame del aspecto de esa bárbara mujer que parece regocijarse con despedazarme el corazón.

Matilde la mira con sorpresa, y la dice:— ¡Qué oigo, Inés! ¿se queja de vos la reina!— ¡Compadeceo su desgracia, responde con frio desden: porque he dicho á la reina que Saladino la condena á una eterna cautividad, me acusa á mí como si yo hubiera dictado tal decreto.— ¡A una eterna cautividad! interrumpió Matilde asombrada: ¡ah! hermana mia, no lo creais, es imposible, y ni aun entre los infieles se hallan hombres tan malvados para ordenarlo así: confiad en la fe de Malek-Adhel: príncipe tan noble no faltará á su promesa.— Ya está conocido el ascendiente que ejercéis sobre él, repuso Inés con amarga ironía, y todos conocen el premio que le ofrecereis por la libertad de la reina; pero aunque tales me lios sean poderosos, quizá falseen: mucha confianza teneis en ellos; pero el nombre de Saladino es mas poderoso que el vuestro.— Yo solo cuento, respondió Matilde con noble dignidad, con la fe de los juramentos y la fuerza de la virtud: estos apoyos nunca falsean.

Inés la respondió irónicamente, que aquel entusiasmo á nadie engañaria, y que todos conocian los artificios de que se habia valido para seducir al príncipe.

Matilde en lugar de irritarse, miró á Inés con compasion.— Desgraciada, la dijo, tú no sabes los efectos que produce la virtud, y la fuerza que

ejerce:— ¿no llegarás á conocerla nunca? ¿no te infundirá Dios el arrepentimiento?— De lo único que me arrepiento, dijo Inés llena de cólera, es de haberos permitido entrar en este sitio.— No estaré en él mucho tiempo, repuso Matilde con frialdad: la reina se halla ya en estado de ser llevada á su cuarto: os dejamos, Inés: y cuando arrependida volvais á nuestro regazo, os recibiremos siempre con los brazos abiertos.

Dijo, y condujo á la reina á su cuarto. Débil y enferma Berenguela, arrojase sobre su lecho bañada en lágrimas, y pide á voces que el príncipe se digne ir á verla un momento. Asustada Matilde del estado de su hermana, hace llamar al dupue de Lancaster, y le pide que vaya á decir á Malek-Adhel el dolor y los deseos de la reina.

El duque de Lancaster la interrumpe, y... señora, la dice: temo que sea tarde; al venir aquí he sabido que el príncipe iba á salir de Damietta y que habia encargado al terrible Metchub que ejecutase durante su ausencia las órdenes de Saladino: mañana sin falta se embarcará V. A. para Tolemaida.— ¡Oh hermana mia! exclamó la reina, estoy perdida si se marcha Malek-Adhel; anda, corre, obtén mi libertad, ó este sitio será mi sepulcro.— Ya voy, repuso Matilde; voy á arrojarle á los piés del príncipe, y allí me verá morir si no me concede vuestra libertad; conducidme, duque de Lancaster.

Sale del palacio de la reina: atraviesa una antesala llena de guardias: nada teme aquella jóven y tímida virgen; solo vé el peligro de su hermana, y los demás riesgos desaparecen á su vista: si no hay inocencia sin timidez, tampoco hay virtud sin valor, y Matilde tiene un alma que no se amedrenta con tan fútiles terrores. Quiere penetrar en el palacio del príncipe, pero la detienen: dice que tiene, que hablarle, pero acaba de partir, ha salido ya de Damietta. A tan funesta noticia cree que no podrá resistir la reina, palidece, titubea, y no sabe de qué modo salvará á Berenguela.

Metchub, el terrible Metchub, se presenta sin respetar su rango: sin compadecer su dolor la anuncia con aspereza que nada puede cambiar su suerte; que son inútiles las súplicas y el llanto; que mañana mismo partirá; y que la reina será conducida al Cairo, y quedará prisionera hasta que Tolemaida sea devuelta á los Musulmanes.

Estremecese Matilde, la imagen espirante de Berenguela no la permite desechar ningun medio, arrojase á los piés de Metchub, abraza sus rodillas, sí, las abraza, y no se avergüenza de ello, porque la accion mas humilde se trasforma en la accion mas grande cuando la conduce la caridad.— ¡Compadece, exclama, compadece á una reina infeliz que no sobrevivirá á su desgracia: ¿quereis ser la causa de su muerte?

Dice, y su voz espira en sus labios: sorprendido Metchub no comprende cómo se atreve á esperar alguna cosa despues de lo que la ha dicho, y considera como loca á la que se atreve á contrarestar la voluntad del sultan.— ¡Qué me pides, nazarena? dice: ¿Ignoras por ventura que las órdenes del sultan son sagradas para todos sus vasallos, y que nadie se opone á ellas? ¿Sabes que si hubiera pedido tu vida, en este mismo instante hundiria mi puñal en tu corazón? ¿Qué si me pidiese tu cabeza, yo mismo iria á llevársela? Retírate, y prepárate á partir mañana al amanecer, y dá á la mujer de Ricardo este papel que Malek-Adhel me ha dejado al marchar; este papel que contiene las irrevocables órdenes de Saladino.

Aléjase, y Matilde se queda mirando el papel que acaba de darle; una débil esperanza vaga por su corazón: cree que la reina encontrará algun consuelo en la carta de Malek-Adhel.

Viéndola entrar, dijo la reina:—¿Qué te ha dicho el príncipe, hermana mía?

Matilde por única respuesta la presenta el papel que la ha dado Metchub.—¿Qué es esto? pregunta Berenguela tomándole: ¿es la orden de mi libertad?

Abre el papel, y solo ve el fatal decreto: ni las escusas, ni promesas del príncipe calman su desesperación: ¿Matilde va á partir, y ella se queda!—Con que el príncipe no está en Damieta? dice al fin turbios los ojos y oprimido el corazón; ¿con que vas á partir mañana y no estarás aquí cuando él vuelva, y Metchub es el dueño de nuestra suerte?

Nada responde la princesa; pero se arroja á sus brazos anegada en llanto.—¿Por qué lloras? dice la reina, ¡ah! tú te vas á marchar, vas á volver á ver á Ricardo; no llores; deja el llanto para la desventurada esposa que va á morir lejos del objeto de su ternura, para la madre infeliz que no conocerá al fruto de su amor.

Pálida su frente, frios sus miembros, cárdenos sus labios, vaga su mirada, queda la reina sin conocimiento, y Matilde cae en un sillón llena el alma de amargura.

Empero levántase la virgen de repente, y dice á su hermana:—Escuchad, hermana mía, oidme, os aseguro que partireis mañana.

La reina, alzando su lánguida cabeza, la mira sorprendida, y exclama:—¿Qué dices, Matilde?—Qué mañana os pondreis mi vestido, y cubierta con mi velo partireis á Tolemáida en mi lugar: yo me quedaré aquí: bastante recompensada quedo con llevar las cadenas destinadas á vuestras reales manos.

Deteniense angustiada; habló con aquella precipitación que indica que se teme que falte el valor para concluir lo que se está diciendo. Berenguela fija en ella sus ojos llenos de incertidumbre y alegría.—¡Oh milagro de caridad! ¡Oh santa verdadera! exclama: ¿qué te atreves á proponerme? ¿me crees capaz de abusar de una bondad tan heroica, y de abandonarte así á la pasión de un príncipe que te adora, y á la venganza de un sultan irritado?—Aunque me viese rodeada con todas las seducciones de la tierra, interrumpió la princesa con animada voz; aunque un ejército entero me amenazase, mi corazón no se aterraría, porque el Eterno es mi defensor y mi refugio. Hermana mía, no es ahora tiempo de titubear: ya ha llegado el momento de separarnos; mañana ha de partir una de las dos sin remedio; partid vos, id á reunirnos con vuestro esposo, salvad á vuestro hijo: Dios os lo manda tan imperiosamente como me manda á mí que me quede en vuestro lugar.

Llena la reina de reconocimiento, mira con religiosa admiración á la joven y tímida beldad, que por exceso de caridad consiente en esponderse sola, sin otro socorro que Dios, á todas las redes del amor y á la cólera de un gran rey. Conmuévala tan extraordinario valor, y se lisonjea creyendo que la Providencia á conducido á Matilde al Oriente para confundir á los infieles con el brillo y el ejemplo de su alta sabiduría: sabe que el mas bello, el mas sublime privilegio de la virtud, es el de comunicarse al aparecer, y cree que es oponerse á los decretos divinos el impedir que aquella joven sufra las pruebas, por las cuales debe adquirir gloria tan inmortal. Así Berenguela, cediendo á su propia inclinación, se persuade que obedece la voluntad de Dios, y la responde de este modo:

—Cedo á tu proyecto; porque creo cumplir de ese modo la voluntad del cielo. Matilde, tu alma me parece tan hermosa, tan superior á las demás, que me consideraría culpada obrando de otro modo. Partiré, hermana mía, iré á decir á los cristianos que vuelve el tiempo de los milagros, y que el espíritu divino ha bajado á la tierra bajo la forma angélica de una virgen de diez y seis años.

En tanto la noche cubre con su negro velo la superficie de la tierra; las damas que han de acompañar á la princesa hacen los preparativos para la partida; Matilde se aprovecha del silencio y de la oscuridad para encubrir con los anchos pliegues de su hábito las visibles señales del estado de Berenguela: con su toca virginal vela la frente de la esposa apasionada, y cuida de ocultar su rostro, su talle y su seno: llénase de confusión al verse adornada con los magníficos vestidos de la reina; pero ya empieza el sol á derramar sus primeros rayos, despiértanse los marineros, estiende su vela el navío; un sordo rumor anuncia á las princesas que se acerca gente á su cuarto, y que ha llegado la hora de la partida. Berenguela palidece: Matilde acongojada se reanima viendo la debilidad de la reina: oprimela contra su seno: ¡valor! la dice: Dios desde su trono aprueba nuestras acciones; elevad á él vuestro corazón, yo voy á rezar por vos. Al acabar estas palabras corre á su oratorio: cúbrese Berenguela con el velo cuando el duque de Lancaster entra en la estancia seguido de las damas de Matilde y de los guardias del príncipe.

—Vengo á buscar á V. A., la dice: Berenguela silenciosa presenta al duque su mano cubierta con la manga del hábito.

—¿Podré, pregunta el duque, podrá prestar mi homenaje á mi ilustre reina antes de partir?

Berenguela hace una señal negativa como diciendo que la reina no puede recibirle. El duque calla y sostiene los temblorosos pasos de la reina, se dirige con ella hácia el puerto sin atreverse á dirigirla una palabra. Nadie sospecha la piadosa supercheria: la reina sube al navío sin levantarse el velo. Metchub la recibe, se inclina, baja la cabeza y pasa sin hablarla. Los guardias del príncipe se retiran, el aire agita las banderolas flotantes en lo alto de los mástiles, leván el áncora, los marineros rompen las olas del mar con sus ágiles remos, surca el navío las ondas transparentes, deslízase con rapidez por la azulada superficie, y las costas del Egipto desaparecen á su vista.

La reina entretanto encerrada en el estrecho y oscuro asilo que la está destinado, finge estar enferma, y solo permite ser vista por el duque de Lancaster y por sus damas, que en vez de descubrirla, se regocijan de ver libre á su reina, y de saber que van á ponerla en los brazos de su esposo.

CAPITULO XV.

CUANDO Matilde se separó de Berenguela, se retiró á su oratorio, y comenzó á pedir al cielo que cuidase de la seguridad de la reina: Herminia, condesa de Leicester, que era la mas fiel amiga de las princesas, pesarosa por dejar á su soberana entregada á toda la amargura de la desesperación, se atrevió á entrar en el oratorio, donde creía que estaba encerrada. Oyela Matilde, la reconoce, la hace seña de que cierre la puerta, y se descubre: Herminia da un grito sorprendida.—Silencio, la dice Matilde: es necesario que no se sepa este secreto, porque si yo fuese reconocida hoy; podrían enviar un ligero navío y volver á traer aquí á la reina. Semejante desgracia sería la última que sufriría mi infeliz hermana. ¡Ah! condesa de Leicester, no permitáis que entre nadie en este aposento: decid que la reina está enferma, lo creerán fácilmente, y si el príncipe vuelve mañana á Damieta y quiere verme, ya llegará tarde: por lo que toca á mí, Dios mio, confiada en la fuerza de tu invisible mano, mi alma queda libre de todo temor.

Dos dias han pasado desde la partida de la reina, y el príncipe no ha vuelto todavía. Todos en palacio creen que Matilde navega hácia Tolemáida, y la alegría ha vuelto á entrar en el corazón de Inés; pero esta alegría debía de ser tan fugitiva como lo habían

sido las horas de su pasada felicidad: el día amaneció, y se oye el ruido de las armas y de los instrumentos de guerra. Malek-Adhel entra al frente de las tropas que conduce.

Este héroe no quiere perder un día, porque en los momentos de descanso la imagen de Matilde tenía en su corazón un imperio contra el cual no puede resistir: manda que la nave mayor esté preparada al día siguiente para subir el río hasta el Cairo; y envía á pedir á la reina un momento de audiencia.

Herminia se apresura á prevenir á la princesa que Malek-Adhel ha pedido hablar á la reina: estreméciese la virgen; en la turbación en que se halla su espíritu olvida lo que había pensado decirle, y no sabe lo que debe hacer: este aislamiento en que se encuentra la llena de terror. Horrible cosa es para una joven hallarse sin un amigo que la socorra y la aconseje.

Pero confiando en Dios, determina recibir al príncipe en el oratorio, y cubriéndose el rostro con un velo espeso, se postra en el reclinatorio con los ojos fijos en el Hijo divino de María.

Mientras que Matilde calmaba sus terrores por medio de una oración fervorosa, llega el príncipe á palacio, atraviesa el salón de jaspe y el aposento de la reina, sitios donde viera en otro tiempo á Matilde, y en los que gozó de tanta ventura; pero que faltando de ellos entonces, los considera desprovistos de toda esperanza de felicidad y mudos como el sepulcro. Los recuerdos de un bien para siempre perdido llenaban de amargura su alma, volviendo á posesionarse el amor de un corazón de que tan valerosamente fue espelido.

Cuando ve que la condesa se encamina silenciosa al oratorio, pregunta donde le conduce; pero demasiado conmovida Herminia para poder hablar, calla; y bastante agitado él mismo para poder advertir la turbación de su conductora, se abstiene de preguntarla por segunda vez. Llegados al oratorio, abre las puertas Herminia, nombra al príncipe, y Matilde de rodillas con la cabeza cubierta, hace seña para que entre. Engañado Malek-Adhel con los vestidos de la reina, siéntase un poco distante de la que juzgaba por tal, y después de una pausa, dice:—Con placer observo, señora, que vuestra piedad os ha preservado de la desesperación: creedme; mucho me ha costado el afligiros, pero vuestro dolor será pasajero; estad segura de que volveréis á ver muy pronto al objeto de vuestro amor. ¡Ah! vos no estais separada de él para siempre, y vuestro dolor no será eterno.

Al acabar estas palabras el joven árabe no puede detener sus lágrimas.—Pero hablemos solamente de vos, continúa; pensemos en que pueden finalizar vuestros pesares; voy á conducirlos al Cairo, al palacio de los califas, donde estareis tan libre como en este paraje. En un momento reuno mis tropas, parto, veo al sultan, obtengo la orden de vuestra libertad, y os la envío: vos entonces partireis, os reunireis con vuestro esposo, volveréis á ver á aquella á quien he perdido para siempre quizá... ¿La hablareis de mí, señora? ¿se dignará oírme? Decidla que su partida ha llenado mi alma de amargura, decidla que muy pronto las batallas, y sobre todo las penas, me librarán de este resto de vida, anticipada imagen del infierno, como él llena de pesares despedazadores, de dolores infinitos, y como él, cerrada para siempre á la esperanza. ¡Ah! ella no sabe, ni nunca me hubiera atrevido á decirlo lo que la adoraba. Ahora se lo digo á todo lo que me rodea, á todos los objetos que la han visto, á esas murallas silenciosas, á esos bosques solitarios, á toda la naturaleza, y á vos señora; pero nada me responde, todo está desierto, todo silencioso, todo ha muerto desde que Matilde ha partido.

Dice, y cada vez que le aqueja tan desconsoladora

idea, inclina su cabeza, y exhala profundos suspiros. Turbada la princesa, se levanta y deteniendo vigorosamente sus lágrimas, le dice con apagada voz:—Ya no es tiempo de fingir señor... Malek-Adhel ha reconocido su acento; herido el corazón con su sonido, levántase dando un grito terrible, no cree lo que ha oído, no se atreve á creer en lo que ve, no sabe en qué tierra habita, ni si habita en la tierra; párecelle que está en el cielo; y en el desorden de su inflamada imaginación da pasos precipitados, y su alma perdida se sumerge en el delirio del encanto y la dicha. Matilde con los ojos bajos continúa con mas dulzura y humildad:—Señor: la reina iba á morir, era preciso salvarla á todo precio; ha partido disfrazada con mis hábitos, y yo he quedado en su lugar: abridme su prisión: demasiado feliz seré si vivo lejos del mundo, inocente y sin mancha, ignorada de los hombres, y solo conocida de Dios; mi destino será entonces dichoso, y no me quejaré de él. Desde el momento en que empezó á hablar Malek-Adhel se detuvo de repente, sin atreverse á respirar: la miraba con mudo éxtasis sin poder pronunciar una palabra: un regocijo demasiado impetuoso, demasiado súbito acaba de apoderarse de su corazón agitado: conmovido, entregado á un sentimiento vivo y delicioso, indefinible, tormento capaz de arrancar la vida, cree que no podrá resistir á lo que experimenta. Al fin, cayendo de rodillas, y alzando hácia ella sus brazos, exclama:—¿Es posible? ¡oh beldad adorada! ¿es posible que no hayas podido resolverte á darme la muerte? ¿Te has quedado en este paraje para salvar mi vida?—Señor, le interrumpe Matilde, ya os he dicho que solo por la reina me he impuesto tan gran sacrificio. El príncipe la mira lleno de melancolía, de amor y de placer.—En vano quieréis, la dice, esforzarte en quitarme con tus palabras la felicidad que experimento: tu presencia es mas poderosa que ellos: en el momento en que creyendo haberte perdido para siempre te vuelvo á encontrar, ¿me impedirás ser dichoso?—Señor, replicó la princesa con toda la severidad de que pudo revestirse, me lisonjeo de que no abusareis de la distancia que me separa de los míos para hablarme sin cesar de un sentimiento que no puedo escuchar sin ruborizarme, pues, aunque abandonada en la apariencia, Dios y mi valor me quedan: con ellos no estoy sola en el mundo, y nunca me desamparán.—Matilde, contestó Malek-Adhel levantándose y tomándola una mano, que en vano procuraba la virgen retirar: bien puedo ofrecer respetaros eternamente; pero dejar de amaros, ni menos de deciroslo, nunca: desde hoy no quiero poner límites á mi ternura, porque la indispensable necesidad que preside á nuestros destinos obligándoos á permanecer aquí, á pesar vuestro y al mio, dice que jamás permitirá nos separemos, y que siendo nuestra suerte la de vivir juntos nuestro deber ha de ser el de amarnos toda la vida.—¿Qué os atreveis á pensar? exclamó Matilde.—Me atrevió á pensar, continuó, tomándola de la mano y poniéndola sobre su pecho, que á fuerza de cuidados, de amor y de ruegos conseguiré mover vuestro corazón algun día, y consentireis en tomar el nombre de esposa mia.—¿Yo vuestra esposa? interrumpió la princesa retrocediendo un tanto, ¡horrible blasfemia! ¡oh Dios mio, perdonadle, porque no sabe lo que se dice!—Escucha, repuso Adhel, te amo de tal modo y con tal exceso, que no puedes comprenderlo, que no puedes experimentarlo: en este instante tus ejércitos, tu familia, tu Dios, mi mismo hermano, nada son comparados con mi amor, y no podrian impedir que fueses mia. Sin embargo, si quieres, sigue siendo cristiana: yo respetaré tu fe, no pretendo cambiar tus creencias; pero es preciso que me ames, celestial belleza, es preciso que sean míos esa dulce mirada, esas modestas gracias, ese cándido pudor, ese pudor divino que me desespera y que me encan-

ta : nada en el mundo puede contener el arrebatado trasporte de mi alma.

Cae á sus piés. Tanto amor asombra á Matilde; hubiera tenido fuerzas para oponerse á la violencia de la pasion ; pero no á un sentimiento tan tierno : corren sus lágrimas en abundancia , sus ojos pierden su severidad ; nunca esperiméntó tales emociones ; su dulzura la conmueve , pero su estrañeza la asusta , y conoce que tiene necesidad de hallarse sola para preguntar á Dios si son ó no son culpables. — Señor, dice al fin , mañana estaré pronta á partir al Cairo ; pero si es verdad que mis ruegos tienen algun poder con vos , os suplico que me dejeis en este momento. — ¿Así lo queréis? le pregunta el príncipe ; y ella hace una señal afirmativa : entonces se levanta , se dirige á la puerta ; pero al salir se para y dice : — Escuchad, Matilde, ya habeis visto mi desesperacion al entrar en este sitio ; visteis tambien la alegría que he experimentado al reconoceros, los dulces delirios que se apoderaron de mi alma , y con qué valor los he contenido ; tan vivas y tumultuosas agitaciones deben haberos hecho conocer que ninguna pasion ha igualado á la mia ; y así como yo os amo con tal frenesí que no os reconozco igual , pensad tambien que no hay en el mundo un mortal que os ame como yo.

CAPITULO XVI.

Al salir del oratorio de la reina , el mas vivo contento brillaba en la persona de Malek-Adhel : los que le habian visto entrar triste y desconsolado no concebían con qué palabras ha producido Berenguela semejante mudanza : todos formaron mil conjeturas ; pero ninguno penetra la verdad , y el príncipe la oculta en su corazon. Antes de declarar la felicidad que ha tenido en ser engañado quiere examinar su situacion y fijarse en el partido que ha de tomar. La primera y mas irrevocable resolucion es de no separarse nunca de Matilde. Ya sea por que no aprecie bien toda la generosidad de aquella jóven , ó porque sus ojos perspicaces adivinen todos los movimientos del alma , y penetren hasta lo mas secreto , le parece que Matilde jamás se hubiera decidido á permanecer en Damietta si su corazon se opusiera ; del mismo modo que su religion , al amor que le manifiesta. Si aquel puede enternecerse , Malek-Adhel espera que esta sea sacrificada , y ya no duda á vista de un porvenir tan lisonjero.

Partirá al otro dia para el Cairo con la princesa , porque en aquella ciudad , en donde no es conocida , se puede ignorar mas tiempo que no se han ejecutado las órdenes del Sultan ; y por la misma seguridad de Matilde quiere que en el Egipto no se sepa la partida de la reina hasta comunicársela á Saladino , y conseguir que la apruebe. Pondrá á la hermosura que ama una guardia segura ; y mientras vive ignorada y tranquila en el vasto palacio de los califas , marchará á Kurutba , peleará en compañía de su hermano ; y de esta suerte , fiel á todos sus deberes , esperará con mas confianza la felicidad que desea : en un momento comunica todas las órdenes ; ya sus tropas reunidas , teniendo al frente uno de sus mejores oficiales , marchan á Faramia ; allí deben esperar al héroe que promete reunirse á ellas dentro de pocos dias con los valientes soldados que va á buscar al Cairo. La esperanza ha vuelto á su semblante toda su nobleza : levanta su frente altiva ; y la felicidad que le comunica el amor anima sus facciones de tal modo que no causa menos admiracion por su belleza que sorpresa por su alegría.

Entretanto Inés , siempre vigilante y atenta , ha sabido por sus satélites que el príncipe , oprimido de dolor al llegar á Damietta , no ha necesitado mas que una palabra de la reina para consolarse : sabe que

parte al dia siguiente para el Cairo ; que Berenguela debe seguirle ; que sin perder un momento junta allí sus tropas para conducirlas á Siria ; pero Inés sabe tambien que , á pesar de la prontitud de su partida y de la rapidez de su marcha , hay tan importantes noticias que enviar á Saladino , que no puede aguardar á decirselas él mismo , y que antes de acabar el dia uno de sus esclavos encargado de aquellas cartas va á partir para Kurutba. Todas estas noticias la asombran : su espíritu suspicaz conoce que hay en ellas algun misterio , y los zelos la hacen concebir el mismo pensamiento que la generosidad ha inspirado á Matilde. Quiere asegurarse de ello sin mas tardanza : pasa al cuarto de la reina , y pide licencia para verla. Herminia no la permite entrar , y la dice : que su soberana está débil , abatida , enferma , y en estado de no poder hablar á nadie. Inés responde que bien ha tenido fuerzas para conversar con el príncipe , y que bien las tendrá para partir al dia siguiente. A tanta obstinacion , la condesa opone las órdenes de su señora , y la hija de Amaury , convencida de que la engañan , mira á Herminia con ademán colérico y amenazador , como diciéndola que ha penetrado su secreto. Conociendo que sus tentativas serian inútiles , no insiste mas , y se vuelve á su cuarto ardiendo en furor , porque está casi segura de que Matilde no ha partido ; pero la importa saber si Malek-Adhel ha sido cómplice en la dichosa trama , y se sirve para venderle de las riquezas con que él mismo la ha colmado. Todas sus alhajas y sus tesoros son del esclavo encargado de la carta del príncipe : y la carta es suya. Lee lo siguiente.

«Hermano mio , he querido obedecerte ; pero sin duda no debia , pues que tus órdenes no han podido cumplirse. El cielo no ha querido que yo renunciase á la belleza que amo , y no ha querido que faltase al juramento que habia hecho á la reina de volverla á enviar con su esposo. Durante mi ausencia , Metchub , encargado de la ejecucion de tu voluntad suprema , ha sido engañado : no es pues culpable , pero tampoco lo es tu hermano ; y yo espero justificártelo dentro de pocos dias arrojando á los cristianos de Tolemaida , y presentando á tus piés las llaves de aquel baluarte del Oriente.»

¡Ya no hay duda de que está aquí ! exclama Inés ; y su voz trémula , sus mejillas pálidas y lívidas manifiestan la presencia de las furias que destrozan su seno ; pero calla y combina su venganza. El esclavo que está en su presencia se apodera del oro , premio de su traicion , y le pide la carta. — No te la doy , esclavo , le dice : llévate tus riquezas , corre con ellas á buscar un asilo á la córte de Antioquia , que allí no te alcanzará el brazo de Malek-Adhel.

El culpable servidor se apresura á huir para libertar su cabeza de la cólera de un dueño ultrajado , y el príncipe , confiado y tranquilo , cree que vuela á buscar á Saladino.

Luego que se queda sola la hija de Amaury mira al rededor con una cólera reconcentrada : quiere sus armas , que han de vengarla ; y como posee perfectamente el arte de seducir , consigue que uno de sus guardias le entregue el casco , el broquel , la coraza , y sobre todo el puñal que desea con ansia sepultar en el corazon de la víctima. Al ver aquellas armas en su presencia , una alegría cruel se pinta en sus ojos porque está ya segura de que no amanecerá el nuevo dia sino para alumbrar su venganza , y de que Matilde no irá al Cairo con el príncipe.

CAPITULO XVII.

MATILDE ignoraba todavía los proyectos del príncipe ; no sabe si se quedará con ella en el Cairo , ó si querrá que le siga á Siria ; rehusa igualmente estos dos partidos , una prision , por horrible que fuese , con tal

que no pudiesen penetrar en ella las miradas de ningún hombre, la parecía el primero de todos sus bienes, porque la librería del peligro misterioso y seductor que la rodea, la oprime, la aterra, sumerge su alma en la amargura, no la permite disfrutar ningún descanso, y solo se fija en el que la separará de Malek-Adhel. Pero acaba de amanecer; el príncipe entra precipitadamente en las salas donde Herminia de Leicester con las damas de la reina hacían los preparativos para el viaje: dice que viene á buscar á Berenguela, y pide permiso para verla; le muestra el oratorio; y Malek-Adhel se lanza dentro; da parte á Matilde de las razones que le hacen desear que prosiga con su disfraz: ella las escucha, las aprueba, y sin embargo le responde:—¡Oh príncipe! por qué no cumplis la voluntad de Saladino! Había prohibido la partida de la reina, y la reina ha partido ya; pero también había ordenado la mía, y obediéndole, probareis á vuestro hermano que le habeis obedecido en lo que habeis podido. ¡Oh! ¿por qué, aun mas cruel que Saladino, me deteneis aquí, cuando ha dado ya su permiso para que me marche?—Matilde, le responde, qué cruel sois: vuestro corazón es inaccesible á toda emoción, á toda piedad: no pudiendo huir de mí ¿quereis al menos que vuestro odio nos separe? Pero, sea cual fuese la suerte que me reservais, no esperéis ser devuelta á vuestros hermanos: mientras que palpito mi corazón en mi pecho no saldreis de este imperio, sin embargo, consolaos, porque si voy á conducirlos al Cairo, no me quedaré allí con vos; la patria y Saladino me llaman, y apenas os deje en el palacio de los califas volare á los combates.—¡Oh infelices cristianos! exclamó Matilde alzando al cielo su vista: ¡oh hermano mio, querido y valiente Ricardo: ¿ya no te he de volver á ver mas? ¿Quizá estás destinado á caer bajo los golpes de nuestro enemigo?—Matilde, replicó Adhel profundamente afligido, me llamais enemigo vuestro, teméis que vuestro hermano perezca por mi mano; ¡oh, inhumana belleza, pero mas adorada que inhumana! mal conoces mi corazón, si crees que aun en el mismo momento en que pereciera víctima de tus inflexibles rigores, mi último deseo no sería librarte de un pesar, y evitar una lágrima: vive tranquila, Matilde; si tu hermano me ataca, no perecerá él, no; si la sangrienta espada de la muerte está levantada sobre su cuello yo me lanzaré á apartarla, y no caerá su cabeza. Pero, Matilde, añadió arrojándose á sus piés, cuando haya salvado á vuestro hermano á costa de mi vida, cuando no quede del desgraciado que te adora mas que un cuerpo inanimado, frío, tendido en las tumbas, ¿concluirá vuestro desden? ¿no verteréis sobre mi sepulcro una sola lágrima de compasión, una lágrima que no ha podido obtener mi amor ni mi desesperación?

Dice, y levanta los brazos hácia ella en suplicante ademán, llenos los ojos de amor y de tristeza.

Matilde de pié, inclina su frente sobre el respaldo del gran sillón de la reina, y se esfuerza en ocultar de la vista del príncipe las lágrimas arrancadas por tan fúnebres imágenes. Silencioso el príncipe á sus piés esperaba una respuesta, cuando de repente se oye un ruido terrible, y gritos agudos en el vecino aposento; ábrese la puerta con estrépito, y un guerrero armado con un puñal desnudo se lanza hácia la princesa, que sin duda alguna iba á perecer si Malek-Adhel no hubiera querido perecer por ella; no tiene armas para defenderla; solo tiene su vida, y esa la da gustoso y alegre; arrojase al frente de ella, y recibe la herida destinada á Matilde; pero el brazo de Inés, que era fuerte con Matilde, perdió la mitad de su fuerza al herir á Malek-Adhel: la herida es leve, pero la sangre corre. Matilde lo ve; aquella sangre humana que mancha sus vestidos, que en su triste pensamiento se confunde con la idea de la muerte, llena su alma de un inesplicable terror: ya cree que

Malek-Adhel va á espirar, si; lo cree, y cae sin conocimiento.

Empero Herminia ha seguido á Inés; ve el estado de su señora, y acude á socorrerla. Despues de haber puesto á la que ama en los brazos de tan fiel amigo, el príncipe solo piensa en vengarse del temerario guerrero á quien todavía no había reconocido: herido y sin armas arrojase sobre él para echarle á tierra: Inés retrocede algunos pasos y presentándole su puñal, le dice:—Mira, que no soy enemigo tan despreciable.—Miserable Inés, exclamó el príncipe.—Sí, miserable, responde con voz fuerte y amenazadora: miserable porque no ha sabido cumplir su venganza; pero quizá dentro de pocos instantes otros cumplirán mi deseo.

Dice, y sale precipitadamente: el príncipe recomienda á la condesa á Matilde; y sin pensar en su herida, corre detrás de Inés para oponerse á los furiosos desigios que intenta.

Al volver de su profundo desmayo, Matilde se halla en el lecho de la reina. Herminia está junto á ella y gran número de esclavas la rodean, examínelas con vista recelosa, y procura fijar sus ideas; pero se le presentan con tanta agitación y desórden, que su espíritu no puede darla sino imágenes confusas de todo lo que acaba de pasar. Levanta la cabeza, mira en derredor, advierte la sangre que cubre sus vestidos, y al punto se aclaran sus recuerdos.—Decidme, exclama con un sentimiento de horror, decidme si el príncipe ha perecido. Turbada y con los ojos bañados en lágrimas la condesa se acerca y responde que el príncipe vive y pelea en aquel momento. Matilde se asombra, y pregunta qué enemigos le han podido acometer, en una ciudad sometida á sus órdenes?—¡Ah señora! respondió Herminia, esa mujer pérfida que vuestra bondad protegía; esa Inés tan apasionada y terrible ha causado el desórden que reina en el palacio y la sedición que acaba de levantarse en la ciudad. Con la espada en la mano, y la carta del príncipe en la otra, ha ido á decir á los soldados y al pueblo que las órdenes de Saladino han sido despreciadas; que la reina de Inglaterra había partido, y que vos estabais todavía en Damietta: que engañados por vuestros artificios, el sultan, el Egipto y todo el imperio eran juguete de una vil cristiana. Añade que el mismo príncipe, víctima de vuestras seducciones, va á vender á su patria si no os arrancan de su lado. Sus frenéticos gritos conmueven al populacho, y ella le atrae á las puertas del palacio: una cuadrilla furiosa pide vuestra vida, el príncipe se arma y vuela á defenderos...—¡Ah! corred, interrumpe la princesa, corred á decirle que me deje perecer primero que esponerse por mí á nuevos peligros.

El reloj acababa de dar las doce, y Matilde oraba todavía cuando las puertas de su aposento se abrieron y se presentó el duque de Norfolk. Vengo, la dijo, á tranquilizar á vuestra alteza acerca de la sedición que ha escitado contra vos una mujer zelosa. Todo está tranquilo ahora: el príncipe se ha manifestado al pueblo, ha hablado á sus tropas, y para restablecer el órden no ha tenido necesidad de combatir. Inés viendo desvanecidas sus esperanzas, ha desaparecido, y en vano la han buscado en Damietta.—Pero al príncipe, interrumpió Matilde, al príncipe le ha herido peligrosamente; ¿no temen por su vida?—Si no recibe jamás otras heridas mas peligrosas, replicó el duque, la cristiandad podrá llorar mucho tiempo que la mano de Inés no haya sido mas segura.—¡Cielos! ¿qué oigo? exclama la princesa, ¿con que vos queríais que ese héroe hubiera perecido víctima de un asesinato?—Si yo hubiera estado á su lado en aquel instante, hubiera arriesgado por defenderle el resto de la anciana sangre que corre por mis venas; pero no puedo olvidar, ni tampoco vuestra alteza, que el brazo de ese formidable guerrero es el que ha destrui-

do á Jerusalén; que ha estremecido el imperio de Cristo; que se prepara á aniquilarle sin remedio; y que, en fin, no teniendo la verdadera fe mayor enemigo, el día de su muerte será para ella la aurora del mas hermoso día.

Entretanto el príncipe lo ha preparado todo para su partida, su herida no le detiene; pero ahora yendo al Cairo no quiere dejar allí á Matilde: teme por ella los furros supersticiosos de una multitud ciega, no estará tranquilo sino viéndola siempre consigo. ¿Qué importa que la conduzca á las inmediaciones de los cristianos? ¿Qué puede temer? El que ha sido siempre invencible hasta aquel momento, ¿podrá dejar de serlo cuando tenga que defender la belleza que ama? Así pues le seguirá al Cairo á donde va á juntar el resto de sus tropas, y á Siria en donde le esperan los demás soldados.

Sin embargo, como se verá precisado por causa de ella á caminar mas despacio, como sabe que Inés ha seducido al esclavo, y se ha apoderado de la carta que enviaba á Saladino, escribe otra, y añade á todo lo que contenia la primera el pormenor de la perfidia de Inés y de la sublecion de Damietta. Despues, encargándola al mas fiel de sus servidores, va á descansar algunas horas hasta que nazca el día y le permita ir á informar á la princesa de Inglaterra de sus nuevas intenciones. El habia hecho buscar á Inés inútilmente en toda la ciudad, porque se habia ausentado. Al momento que aquella mujer vengativa habia notado que la presencia, las palabras y el ascendiente del príncipe calmaban al pueblo, y restablecian la tranquilidad, habia huido, y cubierta con sus armas, montada en un caballo que habia comprado á precio de oro, seguia sola el camino de Kurutba. Buscando en su imaginacion los medios que la quedaban para perder á su rival y al príncipe ingrato, á quien creia tambien aborrecer, caminaba sepultada en una sombría meditacion, cuando un hombre montado en un ligero camello la alcanza y va á pasar adelante.

Conoce que es el servidor mas fiel de Malek-Adhel «¿A dónde vas?» le dice con voz terrible.

No la responde, y apresura el paso; ella mete espuelas al caballo y se arroja gritando: «dame lo que llevas ó defiende tu vida.»

Empuña él la lanza, le arroja Inés su venablo, y cae muerto el musulman sobre la tierra, víctima de su celo. La inhumana guerrera le arranca el papel que lleva; y segura entonces de poderse vengar, se deleita en la sangre que acaba de derramar, y se goza en los males que prepara á sus enemigos.

Mientras prosigue su camino hácia Kurutba, Malek-Adhel, al lado de Matilde, la espone los motivos que le han hecho mudar de pensamiento y que le determinan conducirla á donde está Saladino: ella le escucha en silencio con la cabeza apoyada en la mano: está conmovida, pero no tanto por lo que la dice, como por la palidez que observa en su rostro, porque es causa de la sangre que ha derramado por ella. Sin embargo, á pesar de su agitacion persiste en querer cumplir su voto. — Señor, le dice, volad á donde os llama vuestro destino; pero dejadme en el Cairo.

La hace presente con mas viveza los peligros á que la espondrá el furor de un pueblo fanático, cuando él se halle ausente y no pueda defenderla; y la pinta las inquietudes de su amor. Con voz austera y grave le contiene diciendo: — Ya veis, señor, cuales son los efectos de un amor culpable, y la manera terrible con que sabe castigar el Eterno los afectos que reprobaba: con vuestra sangre os ha hecho espisar vuestra culpa, si perseverais en ella un día mas, quizá os castigará con la muerte. ¡Ah! no me obligues á llorar, y á llorar eternamente por aquel á quien debo la vida...

Se detiene, porque este recuerdo ha renovado su debilidad. — Pues bien, Matilde, continuad, responde

el príncipe, acabad de hacerme que sienta el no haber perecido á manos de Inés.

La princesa contiene la viva agitacion que le causa este discurso, y para castigarse de lo que experimenta, continua con un tono mucho mas grave: — «Separada hace ya mucho tiempo de los altares de mi Dios, privada del maná celeste que distribuye á sus hijos, sin saber cuando podré volver á entrar en su santuario, queria irme á purificar de las innumerables manchas que he debido contraer en mi mansion forzada con los infieles. A la orilla del mar Rojo hay un monasterio arruinado, en donde un hijo de Basilio, vencedor del mundo, al cual ha despreciado completamente, vive desconocido de los hombres, pero no del Señor, que le alimenta con el pan de sus ángeles. Allí es donde me llama un voto; allí es donde una triste cautiva os pide que la dejeis hacer una peregrinacion

Malek-Adhel la mira con un profundo asombro. — Matilde, la dice, ¿qué os atreveis á proyectar? ¿Conoceis la mínima parte de las dificultades que se oponen á vuestra empresa? ¿Sabéis que despues que llegéis al Cairo tenéis precision de atravesar un desierto abrasador, árido, inmenso, sembrado de soldados indisciplinados, y de Arabes homicidas? — Dios que ve en mi corazon el motivo que me guia, le respondió dirigiendo al cielo miradas de piedad, Dios me defenderá de todos los peligros. Esa Tebaida silvestre que quiero atravesar, solo es un desierto para los incrédulos; para los verdaderos creyentes está poblado por los descendientes de Antonio de Pacomio, y sobre todo por la inmensidad del Dios de Jacob, que no abandona jamás á sus hijos.

Malek-Adhel miró á la princesa con nueva sorpresa, porque no podia creer, que una jóven tan solo hubiera concebido la idea de tan temerario viaje. Si hubiera sabido que la religion no era la única causa de la especie de delirio fanático que la poseia, no la hubiera mirado solamente con sorpresa; pero á vista de la gravedad de su semblante, Dios, que lee en el corazon de los hombres, era el único que podia penetrar lo que pasaba en el de Matilde, y él solo conocia que hubiera mirado ella los peligros del desierto con mas timidez si hubiera tenido menos espanto de aquellos á que la esponia su corazon.

Despues de un momento de silencio la dijo el príncipe: Escuchad, Matilde; aun cuando mi deber no me mandase ir á reunirme con mi hermano sin tardanza, aun cuando estuviera libre para acompañaros, no os permitiria de ningun modo esponeros á los innumerables peligros que os amenazarian en aquellas soledades. — ¡Ah! interrumpió ella con entusiasmo, no os inspirarian ningun temor si supierais como yo que Dios es Todopoderoso: ¡que no pueda yo venceros de que para salvarme no necesito ningun auxilio! y si quisiere que yo perezca, ¿mi vida no es suya? que la recobre; yo se la abandono con alegría.

La fe ardiente que brillaba en el semblante de la vírgen, convenció á Adhel que el momento no era á propósito para disuadirla de su proyecto: resuelto además á oponerse á fuerza abierta si persistia en él, quiso aguardar que llegasen al Cairo para negárselo positivamente, esperando que en este espacio de tiempo, su proyecto se debilitaria por sí mismo. — Escuchad, la dice: mañana al nacer la aurora estarán prontas mis galeras, subiremos juntos el gran rio hasta el Cairo. Allí, mientras yo junto mi ejército, os informareis de los peligros de la empresa que habeis concebido; vereis si lo he exagerado; juzgareis si puedo consentir en permitirlos que os espongais á una muerte cierta, y si no os he dicho exactamente la verdad. Entonces no dudo, Matilde, que renunciareis á vuestro empeño, y que os determinareis al fin á seguirme á la corte de Saladino. Dice, y se retira.

La princesa, lejos de conmovirse por los mismos

temores que él, y conociendo cual es su verdadero peligro, renueva á los piés del Eterno el voto de sepultarse en los desiertos de la Tebaida; jura morir allí primero que volver á ver á Malek-Adhel, y bendice á aquel Dios que hace sentir los efectos de su clemencia al mismo tiempo que los de su severidad; porque, derramando sobre los placeres culpables los afectos desarreglados amargas extraordinarias é insoportables disgustos, obliga por este medio á buscar placeres y afectos esentos de disgustos y amargura.

CAPITULO XVIII.

Al día siguiente por la mañana, apenas el alba comenzaba á blanquear el horizonte y el grito de los marineros á resonar en los aires, cuando la princesa, acompañada del duque de Gloucester, de su fiel Herminia y de algunos oficiales ingleses, pasó á la orilla del Nilo. Salía el sol, un abundante rocío refrescaba la tierra, y el cielo estaba puro y sin nubes: bandadas de pájaros blancos se balanceaban en las copas de los árboles, y su plumaje plateado contrastaba agradablemente con el verde oscuro de las palmeras; millares de tórtolas volaban de un naranjo á otro: el vuelo de los palomos se abatía sobre los arrozales que adornaban la orilla del río, buscando allí su alimento. Entra Matilde en la galera que el príncipe ha mandado adornar para ella; entra él también, y se sienta á su lado sobre una alfombra de Persia á la sombra de un pabellón de tela de oro colgado por dentro con ricas telas de la India. Los perfumes mas raros del Yemen arden al rededor en braseros de palo de rosa, y se mezclan con la fragancia mas suave todavía de los bosques de almendros y de jazmines de Arabia, de las mazorcas de bálsamos, de albaca y de rosales que florecían á lo largo de la ribera. Por entre las cortinas de gasa de plata, Matilde percibe todos los diferentes aspectos de una campaña risueña y fugitiva: recorre aquel Delta, ya famoso bajo el imperio de los Faraones por su rica abundancia y su alegre fertilidad. Allí se reúnen el sicómoro, el tamarindo y el elegante caña fistolo adornado de manojos de flores amarillas semejantes á las del citiso; por encima descuella la copa de la palmera cargada de sus enormes racimos; en todas partes crece la acacia de la flor olorosa; en todas partes las pomar doradas del limonero, cubren las cabañas de los labradores: aquí las anchas hojas del plátano oponen su dilatada sombra á los rayos ardientes del sol; allí reunido en grupos agradables, el granado inmediato al río refleja en él su amarilla verdura y su flor de escarlata, mientras que del seno de las aguas se levanta, rey de las plantas acuáticas, el nufar de erguida cabeza y de ancho cáliz azulado: canales de agua pura y limpia refrescan aquellas deliciosas florestas; y todo el embeleso que causan las aguas corrientes en un clima abrasador, todo el esplendor de la verdura bajo un cielo azul; y en fin, todo el deleite que derrama el aire blando, suave y balsámico, no da sino una débil idea de las delicias que la naturaleza ha esparcido en aquella tierra favorecida que el Nilo fertiliza pródigamente. Entretanto sube á lo mas alto del cielo el astro del día, y lanza sus rayos sobre toda la naturaleza: el céfiro calla, el ramaje está inmóvil, el río duerme, los marineros se tienden oprimidos bajo el peso del calor, y la galera apenas deja su estela en la superficie de las aguas: todos se adormecen, menos Matilde y el príncipe, y solos permanecen agitados cuando todo reposa á su alrededor. Desde por la mañana la princesa tuvo cuidado de cubrirse mas el rostro con los anchos pliegues del velo, y hubiera querido ocultarse toda entera debajo de su hábito. ¡Ah! no hubiera tenido tanto cuidado en hacerlo si hubiera sabido que solamente servía para embellecer-

la, y que la modestia, que es la virtud mas atractiva, es también el adorno mas seductor.

Se ha colocado lo mas lejos que ha podido de Malek-Adhel; tiene la cabeza inclinada hacia atrás, las manos juntas y un poco elevadas, y los ojos fijos en el cielo. A esta especie de actitud aérea, á este largo hábito, á estos velos, cuya sombra favorable temple el resplandor de un cutis de alabastro, el príncipe cree que nunca la ha visto tan hermosa, y conoce que nunca ha estado tan enamorado. La mira y nada pide; la mira y se acerca; no la toca todavía y ya corre la sangre por las venas como un fuego abrasador.

Matilde guarda silencio: piensa en el voto que habia hecho, en la resolución que ha tomado de arriesgarlo todo por alejarse del príncipe, en aquella eterna separación que ha jurado poner entre los dos: y este proyecto que debe hacerla desventurada, va sin duda á hacerla menos severa. Cuando el sacrificio está pronto á cumplirse, siempre se conoce toda la pena que ha de causar, y se advierten menos las razones que le ordenan. Estas se debilitan por el dolor que se experimenta, principalmente por el que se ocasiona; y Matilde, á la idea de las lágrimas del príncipe, ya casi no sabe qué importantes motivos la pudieron determinar á afligir á aquel á quien debe la vida. ¡Ay! todo conspira contra ella: el agradecimiento y la piedad la hablan en favor de Adhel, auxiliadas por todo el poder del amor, el aire deleitoso que respira, y una especie de agitación desconocida que turba su espíritu, y de la cual se admira su inocencia. Suspira, aparta la vista del objeto que está á su lado, y no comprende como puede unirse tanta dulzura á tanto dolor, y tanto tormento á tanta felicidad. El príncipe se acerca poco á poco, y ella sin mirarle no pierde ninguno de sus movimientos ni alteraciones: su presencia tiene algo de contagioso, porque aumenta su turbación: distraída, preocupada, inclinando la cabeza sobre el pecho oprimido, ¡ay! ya no piensa en su Dios: su imaginación no va tan alto ni tan lejos.

El príncipe sin duda lo adivina, porque se atreve á tomarla la mano y estrecharla entre sus labios: Matilde intenta retirarla, pero los esfuerzos solo sirven para manifestar su debilidad.

Ella lo conoce sin poder vencerla, y atormentada al mismo tiempo de pesar, de temor y de amor, se inflama su corazón y su rostro se cubre de lágrimas. Malek-Adhel la ve, y ha creído que ve su triunfo: estrecha á Matilde entre sus brazos, y ella se estremece y le rechaza. En este movimiento se desata la toca virginal que cubre su frente; sus hermosos cabellos rubios se estienden formando doradas ondas sobre la espalda, y el relicario que llevaba en el pecho se desprende y cae al suelo.

Ella lo ve, y al punto se le aparecen sus deberes y sus faltas en toda su plenitud, y la situación en que se halla la horroriza: las tiernas agitaciones desaparecen, y la asalta el pesaroso espanto: ya tiene fuerzas para huir de las seducciones que la rodean, y va á caer algunos pasos bañada en llanto y en una desesperación horrorosa.

En vano el príncipe la habla, porque ya no le escucha; no ve mas que á Dios, que se le presenta como un juez inexorable, pronto á vengar sus leyes violadas y á castigarla para toda la eternidad— «Perdona, exclama en la fuerza de su dolor; perdona, Dios terrible, si he permanecido al lado de tu enemigo... Tú has visto los combates que he sufrido; tú has visto el horror que me ha causado mi fragilidad. ¡Ah! si hubiera podido sacudir este yugo, que me es mas imposible y cruel que la misma muerte, lo hubiera hecho;... pero en vano te he pedido socorros: tú me lo has negado; y privada de tu fuerza ¿qué fuerza podía socorrerme?»

Malek-Adhel la escucha con una mezcla de temor,

de sorpresa y felicidad. Si algunas veces, viendo la agitacion de la princesa, se habia lisonjeado que conseguiria enternecerla, otras muchas su silencio y severidad le habian disipado todas sus esperanzas.

Nunca pudieron su sumision, sus respetos, sus vehementes ruegos lograr una declaracion que hubiera pagado con la vida: parecia que solo queria huir de él, y que no deseaba otra cosa que su partida; pero ahora ¿lo que oye no le asegura? Si ella hubiera permanecido indiferente ¿se acusaria de este modo su flaqueza? Sin embargo, no puede gozar lo que desea viendo lo que sufre Matilde, cuya razon parece que se enajena.

El pesar que la oprime ha descubierto la causa de sus remordimientos, y las palabras que se le escapan no dicen que ella ama, sino porque confiesan una culpa. Pálida, desgredada, anegada en llanto, abandonada al mas violento delirio, no reconoce ni aun el objeto que puede vencer en un alma como la suya sus juramentos y su Dios; y si es verdad que una passion profunda pertenece á los hombres de todos los climas y de todas religiones; si es verdad que no hay preocupaciones que no destruya, ni costumbre que no supere, no debe admirarnos sin duda el ver que un discipulo de Mahomet las olvide por lo que ama, y que Malek-Adhel no pueda ya ser feliz cuando Matilde está afligida. Se acusa de su dolor, y por verla tranquila seria capaz de renunciar á la esperanza de ser amado. Si no osa dejarla en el estado que la ve, tampoco se atreve á acercarse á ella.—«Matilde, la dice con voz sumisa, dignaos escucharme.»—«Eterno! exclama ella con un desórden siempre en aumento, aleja, aleja esta voz que me persigue en todas partes.»—Amada mia, la dice, si mi presencia os affige, yo me alejaré.—«¡Dios mio! continua ella, ¿por qué me le mostraste? ¡qué pacífica vivia yo antes de conocerle! Mi corazon puro como tus cielos, sumiso como tus ángeles, no habia jamás concebido un pensamiento de que hubiese temido tenerle por testigo. ¿Por qué el infiel me sigue á donde quiera que voy? ¿Por qué le encuentro en todas partes? ¿Por qué has permitido que su mano impía osase tocarme sin haberle aniquilado al punto con tu rayo?»—¡Ay! Matilde, replicó tristemente el príncipe, ¿vos invocais así la venganza de vuestro Dios sobre mi cabeza?—«Lo he dicho! exclama la desventurada levantando las manos al cielo: ¿he concebido tan bárbaros deseos? ¡Oh Dios mio, desprecíalos, castigame, pero no me vengas!»

A estas palabras mas suaves Malek-Adhel da algunos pasos hácia la princesa, y la dice: «Matilde, dignaos escucharme: Matilde, si es verdad, si es posible que me amais...»—Al escucharle exclama con un acento lleno de indignacion: «¡Sarraceno! ¿quién te infunde la audacia de suponer que yo te amo?»—Matilde, replica, perdona mi audacia; mi esperanza ha nacido de tu arrepentimiento. Si no tuvieras amor, ¿por qué te habias de arrepentir?—«¡Ah desventurada! interrumpió ella ¿así he descubierto mi oprobio? ¿me he envilecido tanto que ya tenga un infiel el derecho de hacerme avengonzar? ¡Oh corazon, que solo estás lleno de fragilidad, de pobreza y de amargura! dejádotte conmovir por los discursos de un sarraceno, bien has merecido la afrenta de haberlo manifestado!»

Entonces con la cabeza inclinada en su seno, los cabellos esparcidos sobre su velo medio desprendido, con voz humilde, le dice: «¡Oh príncipe! baste el estado de humillacion á que me veis reducida al orgullo del demonio que reina en vos: apartad vuestros ojos de la miseria mia, no me obliguéis á descubrirla mas, y á inquirir en mi alma cosas que no podria ver en ella sin horror. ¡Ah! sí debe conocerse mi afrenta, no es á vos á quien debo confesarla: dejadme llorar lejos de vos; dejadme, volvedme la paz, y desde este mo-

mento reine entre nosotros una separacion eterna. Yo no sé; ¡oh Malek-Adhel! cuánto puede costaros este sacrificio; pero sabed que el hombre no puede hacerlos tan grandes en este mundo, que Dios no tenga todavia en él otras mayores recompensas con que pagárselos.

Pronunciando estas palabras, el rostro de la virgen se anima de un fervor celestial, é inclina humildemente su frente á la tierra en señal de arrepentimiento y de contricion. A vista de esta inocencia que se humilla se apodera de Malek-Adhel un santo respeto. ¡Es tan hermosa, tan noble, tan sublime y tan divina la inocencia humillada!

Despues de un largo silencio la responde agitado profundamente: «Jamás escuché iguales palabras ni sentí semejantes afectos: tú me has conmovido el corazon, y sin duda hay en tí alguna cosa sobrehumana. ¡Oh noble criatura! vive en paz bajo el amparo de ese Dios que sabe dar tanta fuerza y poder á un sexo débil y tímido; yo juro no hablarte mas de un amor que te ofende: moriré por él indudablemente; pero ofenderle es mucho mas terrible que morir.»

Se aleja del pabellon de la princesa, y va á sepultar á lo interior de la galera el profundo dolor que le devora. ¡Oh suerte caprichosa! en el momento que la esperanza de ser amado acaba de entrar en su corazon, es cuando pierde para siempre la de ser feliz. Ignorante de los preceptos de esta religion sublime y severa, que es la única que tiene valor para luchar contra las pasiones y fuerza para vencerlas, Adhel no habia atribuido la frialdad de Matilde sino á la indiferencia, y no dudaba que si lograba enternecerla ya no despreciaria sus votos; pero ahora, á pesar de haberse mostrado tan sensible, la ha visto mas firme que nunca repeler su ternura, y preferir á los regocijos mas seductores del amor la penitencia, la humillacion y la muerte; desecha todas las esperanzas de felicidad que habia concebido hasta aquel dia, y se aparta estremecido de un porvenir que no le presenta ya mas eleccion que una eterna desgracia para él, ó para la que ama.



Luego que llega al Cairo la princesa, se oculta de todos cuidadosamente; no se deja ver sino de algunos cristianos dispersos en aquellos climas, que habiendo sabido su llegada se reúnen con alegría al rededor

de su persona. Les pregunta acerca de los peligros de la peregrinación que medita: son terribles, pero no bastantes para intimidarla, y aquel corazón tan débil en presencia del príncipe vence con una intrepidez sin igual los terrores de la muerte. «Escuchad, hermanos míos, les dice, he hecho un voto que por ningún motivo puedo quebrantar: ¿qué es la vida en comparación! Quiero atravesar este desierto, lo quiero, porque nada temo en el mundo sino á Dios y al pecado: hermanos míos, ¿quién de vosotros me seguirá?»

Todos, respondieron unánimemente, porque una belleza tan seráfica, una piedad tan ferviente, y una resolución tan heroica, no permiten á ninguno de ellos desistir.

—Guardad sobre esto un profundo secreto, añade: haced en silencio los preparativos del viaje, y dentro de pocos días os avisaré el instante y el sitio en donde podré reunirme con vosotros.

Apenas se queda sola cuando entra el duque de Gloucester.—Señora, la dice, dignaos acercaros á esa ventana y mirar á la orilla del Nilo: allí es donde el mas activo é intrépido de los guerreros ha juntado ya su ejército; ved que brillante es y numeroso. ¡Tristes cristianos! con el capitán que le conduce, ¡qué horriblos peligros os amenazan!

Matilde se acerca y distingue al instante el triple penacho del héroe que recorre todas las filas. Baja los ojos, y con voz tímida le dice: ¿Con qué el príncipe se dispone á partir hoy?—No, señora; estos innumerables batallones no son todavía suficientes á su deseo; va á buscar nuevas tropas á Menfis y á Arsinoe, y volverá mañana: el día siguiente está señalado para la partida del ejército y la de vuestra alteza, y esta carta, que el príncipe me ha encargado que os entregue, os instruirá de ella sin duda. La princesa la toma, lee, y un tierno encarnado colora las azucenas de su frente.

Pesaroso Malek-Adhel de haberla ofendido; no se atreve á visitarla: aquel héroe que á su vista se distingue de todos los guerreros que la rodean por la noble osadía de su semblante, que pronto á arrostrar mil muertes parece que ha nacido para mandar el mundo y no conocer ningún temor, se ha contenido sin embargo por no desagradarla, y una mirada severa retiene y hace temblar al que no intimidaría el universo entero. ¿Cómo no ha de enternecerla tanto amor? ¿Cómo no ha de lisonjearla tanto poder? Pero cuanto mas se apodera Malek-Adhel del corazón de Matilde, mas conoce ella la necesidad de huir.

Pasado mañana, la escribe, partiremos juntos; os conduciré á la corte de Saladino, á aquella Jerusalén tan querida á vuestra piedad: si lo exigís, yo no os veré ni os hablaré; me someteré á todos los sacrificios, excepto al de volveros á los cristianos: yo obedeceré todas vuestras órdenes, menos la de dejaros atravesar el desierto.

No; cualquiera que sea la voluntad del príncipe, Matilde será fiel á su promesa, porque se lo ha jurado al Eterno: si faltase á ella, cometería un sacrilegio, y su condenación sería el castigo. Segura de la absoluta adhesión del duque de Gloucester, le da parte de su situación y de su proyecto. Admirado de la grandeza de alma que manifiesta la hermana de su soberano, la pide que le permita participar de la gloria de su empresa.

Consiente en ello, le indica el sitio donde los cristianos reunidos hacen los preparativos del viaje, y añade: decidles que todo esté pronto para esta noche: al acabar el día, despues que Malek-Adhel haya salido del Cairo, vendreis á avisarme; entonces nos reuniremos todos, y bajo los auspicios del mismo Dios iremos á buscar al santo que nos enseñará cómo se atraviesa el mundo sin fragilidades, y cómo se llega al fin sin descaminarse.

El duque de Gloucester obedece: Matilde queda sola, fija sus miradas con un poco mas de ánimo en el héroe que se dispone á pasar el Nilo para ir á Menfis: va á perderle de vista, conoce que quizá será para siempre, y sus ojos se inundan en lágrimas. Si ella halla la muerte en el desierto, dejará la vida sin haberle vuelto á ver, sin haberle desengañado de sus fatales errores, sin haberle dado gracias por todos los beneficios que la ha dispensado. A aquel príncipe magnánimo que los cristianos estiman y veneran á pesar de su ceguera, á aquel príncipe que no tiene igual en el mundo, á aquel príncipe á quien ella debe la vida que va á ofrecer á Dios por espacion de un amor culpable, se atreve casi á amar en aquel momento. Si, se atreve, porque aquel momento es sin duda el último en que sus ojos le verán sobre la tierra. «¡Ah! exclama involuntariamente, mirame, mira mis lágrimas, y ellas te consolarán de todo el mal que voy á causarte.» Lloro, y no puede acabar; llora, se asombra, se aflige y se arrepiente de los movimientos que la agitan ¡Ay! adonde están los tranquilos placeres, los pacíficos regocijos de su adolescencia! ¡Que ha ganado en buscar otros bienes, y qué ha encontrado fuera de su retiro! Densas tinieblas, crueles agitaciones y una infinidad de males, cuyos nombres ni aun conocia si quiera en su primer estado de inocencia.

GAPITULO XIX.

SEPARÁNDOSE por dos días de Matilde, Malek-Adhel estaba lejos de sospechar la fuga que meditaba.

Si se habia sorprendido de que hubiera concebido el proyecto atrevido de atravesar el desierto, le parecia imposible que lo ejecutase; y la idea de que iba aprovecharse de su ausencia para intentar en secreto aquel peligroso viaje, era una idea tan estraña que nunca le habia ocurrido. La menor duda en este particular le hubiera impedido partir, y en el momento en que marchaba á Menfis, si pudiera adivinar la desgracia que le rodean, ¡con qué precipitación retrocederia despreciando por este interés todo sus deberes!

Así que anochece llega el duque de Gloucester á buscarla, y sale con él aparentando ir á la aldea de la Matarea, llamada así porque hay un manantial de agua dulce, famoso por una antigua tradición. Allí fue, dicen, donde se refugió la sacra familia huyendo de la persecucion de Herodes, y en aquella fuente bañaron al hijo de Dios.

Todos creen fácilmente que la devoción de la princesa la llama á un sitio tan sagrado para su fe, y tan célebre por los milagros que allí se verifican, que los mismos Musulmanes le reverencian. En efecto, va y halla con los monges cristianos, á quienes ha avisado, todos sus fieles ingleses que han jurado tambien seguirla al desierto. En una gruta inmediata tienen escondidos dos camellos, tres guías, frutas secas, un poco de harina, y muchos odres de agua fresca, que son los únicos socorros que los cristianos han podido adquirir sin que lo sospechen los Musulmanes.

En fin, la cuadrilla se reúne en la caverna; algunas hachas alumbran apenas su negra profundidad y en este mismo sitio antes de ponerse en camino, quiere Matilde que uno de los sacerdotes de su comitiva celebre el gran misterio; pero no participa de él todavía, porque para juzgarse digna de la celeste víctima que se sacrifica diariamente por el hombre mortal, espera que el Santo del desierto la absuelva de los pecados de que se acusa.

El primer día de marcha, atraviesa la caravana una campiña fértil, en donde el dura, de hojas de caña, levanta su cabeza vigorosa coronada de gruesas espigas; á su lado el alfonsigo silvestre cubre la tier-

ra con sus dilatados ramos; el verde oscuro de sus hojas y la delicada púrpura de sus nacientes racimos contrasta agradablemente con el azul de los cielos; á sus piés el lino dilata sus campos azulados; mas lejos la palmera de la Tebaida ostenta sus hojas en forma de abanicos, y el coombro y el melon dorados están suspendidos á la orilla de los innumerables canales que el rio caudaloso abre en las tierras.

Pero al segundo dia desaparece este risueño aspecto: llegan á la llanura arenosa de Elbakara, cuya estension no presenta sino una playa inmensa y estéril, donde solamente se encuentran en los huecos de las rocas y á la orilla de los torrentes del invierno un poco de verdor, varias acacias que producen la goma arábica, el sen, la madera de escorpion y algunas otras plantas. Las avestruces, los camellos, las gacelas y los tigres habitan las cavernas y saltan por medio de aquellos arenales, donde jamás una sola yerba, ni una sola mata de cesped alegra sus ojos. En vano se busca alguna fuente para apagar la ardiente sed, porque solamente al pié del monte Kaleik se halla un manantial de agua salobre, que es el único donde pueden refrigerarse las bestias feroces y los hombres. Dos ó tres sicómoros le rodean, y encima se perciben algunas grutas de ermitaños abandonadas, á los cuales el exagerado fervor de los primeros siglos del Cristianismo habia conducido á aquella horrorosa soledad.

Caminan todo el dia por medio de aquellos arenosos páramos heridos perpendicularmente por los rayos de un sol abrasador: su resplandor lastima la vista, y su calor es tan terrible que apenas pueden soportarle los hombres mas robustos. La noche no les proporciona ningun alivio, porque entonces, cesa el viento de soplar, y la calma los deja espuestos á las exhalaciones sofocantes de las arenas abrasadas que le sirven de lecho; pero en medio de tantos males no profiere Matilde la menor queja ni sentimiento: lejos de parecerle que paga demasiado cara la salud que va á buscar, deseara que otros tormentos espiesen todavia mejor su fragilidad, y se complaciera de que los dolores mas agudos la despedazasen, si penetrando en lo intimo de su corazon, pudieran destruir el amor que la domina, y que ninguna cosa hasta entonces ha podido siquiera debilitar.

Pero se complace en los males que sufre, y complace dolorosamente los que experimentan sus compañeros de viaje. Mientras están tendidos jadeando sobre una tierra abrasada, la caridad le presta sus fuerzas para socorrerlos: cura las heridas del uno, baña los ojos ensangrentados del otro, alivia á este con palabras, reanima á aquel con oraciones; en fin, por una mezcla de humanidad y de penitencia, se priva de una parte de la porcion de agua que le está destinada, y la reparte ella misma entre los débiles y los enfermos.

Despues de haber vagado todavia dos dias y dos noches en aquellas horrorosas soledades, los viajeros consumidos oyen á lo lejos el ruido de las olas de otro mar que el que acababan de atravesar, y al momento descubren á la estremidad del horizonte la estension de la llanura liquida, cuyas ondulaciones se confunden á aquella distancia con las arenas del desierto. Pero aquel aspecto benéfico reanima el valor de todos y disipa sus fatigas: los estenuados pechos comienzan á respirar un aire mas fresco; se apresuran, corren, llegan, y todos se precipitan en las ondas saludables que les ofrecen tan dulce alivio, y cuya inesplicable delicia solo puede comprender el viajero que acababa de atravesar el desierto. La modesta princesa se espanta, se retira, se sienta á la sombra de una roca, y allí, con los piés desnudos y metidos en el agua, descubre siguiendo la costa el parage por donde el jefe de los israelitas pasó con todo su pueblo por medio de las olas suspendidas, y al Sur

el monte famoso de Oreb y de Siná, donde recibió las tablas de la ley.

Despues de una parada bastante larga, la caravana se reúne y costea las orillas del mar. ¡Cuán hermosas son estas frescas riberas en comparacion el árido desierto! Cubiertas de innumerables mariscos, las plantas marinas entapizan las rocas, y del seno de las aguas se levantan bosques de corales, cuya cabeza de escarlata se une maravillosamente con la fluidez verdosa de las olas de la mar. Pero la triste Matilde permanece indiferente á aquellas gracias de la naturaleza, como lo ha sido á los horrores del desierto. Un pensamiento único la ocupa y la absorbe; escepto el veneno que la mata, y el antidoto que va á buscar, nada puede tener lugar en su imaginacion ni en su corazon, y el placer solo que la causa la vista de aquellas riberas nace de la esperanza de llegar mas pronto al monasterio arruinado en donde el hijo de Basilio debe abrirle el camino de la misericordia y de la salvacion.

Los viajeros pasan el dia entero en buscar algunos vestigios de la habitacion objeto de todos sus deseos, se dipersan acá, y allá, se preguntan, se desanimans y se quejan de no hallar en aquellas vastas soledades: ningun ser viviente que dirija sus pasos inciertos.

Entretanto la princesa camina sola delante, percibe de lejos una roca terrible, cuyo pié descansa en el mar, y una especie de chapitel se levanta encima. Se acerca palpítandola el corazon, y distingue al instante la cruz que la indica la morada del anacoreta. Al verla se reanima su fe y su virtud; llena de confianza en las saludables instrucciones que espera, y no dudando que la libren del poder del infierno, ya se cree salva, y en su ardiente reconocimiento bendice en alta voz el nombre sagrado del Eterno.

Se reúne la pequeña tropa, y con una mano les muestra el signo reverenciado de la redencion y con otra desata su toca, y con los cabellos tendidos, los piés descalzos, los ojos bajos, las manos cruzadas sobre el pecho, y en la actitud del recogimiento y la contricion, se adelanta humildemente á la gruta del ermitaño.

Antes de llegar, anda vagando largo tiempo entre las ruinas de su morada, cuyos recientes escombros, atestiguan mas bien la impiedad de los infieles, que contra las injurias del tiempo. Dos albéchigos silvestres crecen en los escombros, y muchos trozos de columnas corintias con una cruz en medio del capitel cubren un enlosado de granito rojo cubierto de geroglíficos. Pisando aquellos restos antiguos, Matilde llega á la puerta de una iglesia, á cuya altura puede apenas alcanzar la vista; mas allá percibe las tinieblas del santuario, y en el momento en que va á entrar se detiene sobrecogida de un temblor religioso como si no osase penetrar en aquella noche profunda en donde reside la suprema magestad de un Dios; pero de repente oye una voz cuyos sonidos melodiosos la inspiran pensamientos celestiales, y cree que es el Eterno mismo que la llama. Al resplandor de los rayos de la luna que penetran por medio de la cúpula hundida recorre las naves de la iglesia, y percibe en fin al piadoso anacoreta arrodillado sobre las gradas del altar, y cantando alabanzas del Señor en medio de la quietud y el silencio de la noche.

Se postra á sus piés, y baja el rostro hasta el suelo exclamando. ¡Oh anciano venerable! ¡Oh varon santo! El solitario asombrado se desvia. Treinta años hace que habita en aquel desierto, y esta es la segunda vez que hiere sus oidos una voz humana. Se acerca; pero ¡cuál es su sorpresa al ver á una criatura tan jóven y hermosa! ¿Cómo ha tenido fuerza para atravesar tantos desiertos? ¿Quién la ha inspirado e suficiente fervor para ir á buscarle? Pero la rara belleza de la virgen le sugiere al punto otra idea: cree que es Satanás mismo, que bajo aquella figura encan-

tadora, viene á tentar su castidad. Retírate la dice con un terror religioso : ¿qué vienes á buscar aquí? ¿qué me quieres?—¡Oh padre! responde la princesa sin dejar su humilde actitud; no me despidáis, he venido aquí con riesgo de mi vida; he despreciado eminentes peligros para alcanzar de vos los únicos socorros que pueden salvarme; si me los negáis ¿á quién he de recurrir? ¿En dónde encontraré un apoyo contra mi corazón? Yo seré la presa de un Sarraceno, y mi alma inmortal se perderá para siempre.» Estas palabras, y el acento principalmente, persuaden al anciano ermitaño : levanta con bondad á la virgen enajenada : —Te oiré, hija mia, la dice, y por grandes que sean tus culpas, la fe que te ha conducido aquí te salvará; pero sin duda no has venido sola. ¿En dónde están tus compañeros? que vengan y participarán contigo de los débiles socorros que puedo ofreceros.» Se han quedado atrás, responde Matilde, y creo que resuenan sus pasos entre estas ruinas.» El anacoreta sale á recibirlos, los distingue fácilmente con la claridad de la luna, que bajo el cielo puro y sereno de los trópicos arroja una luz mas viva que el sol nebuloso del Septentrion. Enternecido al volver á encontrar hombres despues de haber visto pasar tantos días en la soledad del desierto, saluda gozoso á sus hermanos é implora sobre ellos las bendiciones del Altísimo.

—Ven, augusta virgen, continúa el solitario; y vosotros, hermanos míos, venid tambien á repartir conmigo los únicos frutos que nacen en estas playas; venid á apagar la sed á mi fuente, y despues de descansar un poco me contareis las grandes catástrofes que han agitado el mundo desde los últimos rumores que han llegado aquí. Dice, y entra en su gruta á disponer la frugal cena: enciende una tea del resinoso terebinto, y al punto la llama viva y olorosa alumbra y perfuma lo interior de la estancia: prepara una masa sazónada con el aceite de sésamo, añade albrichigos silvestres, dátiles secos al sol, un panal de miel, algunas nueces de cocos llenas de leche azucarada, y coloca estos manjares encima de una piedra lisa, que es la única mesa que posee, así como la estera grosera que le sirve de lecho es la única silla que puede ofrecerles; y dando todo lo que posee, solo se afije porque no tiene mas que dar.

Los viajeros agoviados de cansancio, se abandonan pronto al sueño: Matilde va á disfrutarle algunas horas en el humilde musgo que le han preparado, y el ermitaño se aprovecha del momento en que ve sus huéspedes dormidos para ir á la ribera del mar á recoger mariscos y huevos de tortuga para la comida de aquel día. Cuando está solo se abstiene de tocar á ninguna criatura dotada de vida; pero la cena de la vispera ha consumido sus escasas provisiones, y su primera obligacion es cuidar de sus hermanos.

Van despues á disponer el altar, donde por la primera vez las súplicas de muchos hombres se reunirán á las suyas y subirán juntas al trono del Omnipotente. La esperanza de aquel instante tan deseado para Matilde la despierta anticipadamente; el anciano del desierto no parece; sale de la gruta para buscarle, y el momento en que sus ojos descubren al Oriente el golfo arábigo se queda deslumbrado con el espectáculo que presenta. Las ricas tintas de púrpura de violeta y de aurora con que resplandece el cielo, medio sumergidas en el mar, reflejan en él sus colores templados. Todo reposa todavia en el silencio, y las aguas agitadas con un ligero temblor parece que esperan con respeto el nacimiento del astro que va á salir de su seno para subir al cielo que tambien le espera. De repente aparece, al principio semejante á un punto luminoso que salta fuera de las aguas; pero al instante se cambia en un globo de rubí resplandeciente que derrama como un rastro de oro trasparente por todo el círculo del horizonte: á su soberbio aspec-

to las puntas de las rocas blanquecinas que coronan la ribera relumbran con chispas infinitas; cada oleada arroja torrentes de oro, y el magnífico autor de tantas maravillas inunda su vasto imperio con su pura luz; y sube á la bóveda celeste con el esplendor y la magestad del rey del universo, de padre de la vida, y de triunfador de las tinieblas y del tiempo. Apoyada en la roca cuyo pié baten las olas incesantemente, Matilde contempla silenciosa la escena magnífica que el mar, la tierra y el cielo reunidos presentan á sus ojos. Astro inmenso, exclama, que pareces inmortal, algun día sin embargo te apagarás, algun día caerás con el mundo.

¡Día terrible! el ángel tocará la trompeta sagrada; las generaciones, sacudiendo el polvo de los sepulcros, se reunirán delante del trono del Eterno, y en su justicia rigorosa Dios pesará las faltas de los hombres. Entonces será forzoso comparecer en su presencia, descubrir las fragilidades y manifestar el corazón... ¡Ah desventurada! será preciso que declares tu amor, ese amor que te consume, y del cual no puede curarte el tremendo pensamiento del juicio final: que confieses que la alegría que espermentas sirviendo á Dios es tan débil que no puede satisfacerte, y que tu corazón que no puede vivir sin alegría, es sobradamente infiel para ir á buscarla en el amor de un Sarraceno, en fin, será forzoso que digas que este Sarraceno te conmueve mas que todas las maravillas del mundo, y que no aspiras ya sino con tibieza á aquel cielo que no debe habitar contigo.

El acento dolorido y penetrante con que pronunció la princesa estas palabras resonó en los oídos del ermitaño; escucha atentamente de donde viene, y se apresura á ir á llevar la paz á la afligida que la pide. «Hija mia, la dice, ¿de dónde nacen las quejas que exhalas? ¿qué ocultos secretos en tu alma agitan de ese modo tu conciencia? ¿Será posible que bajo el exterior de una inocencia celestial albergases los remordimientos del crimen?» «No he cometido ninguno, padre mio, replicó Matilde con un profundo suspiro; pero mi corazón no está puro, porque se complace en su desorden y ama el pecado que Dios le prohíbe. Hoy os hablaré, padre mio; no disfrutaré descanso hasta que no me hayais oído, y espero que no amanecerá el nuevo día sin hallarme reconciliada por vuestro santo ministerio con aquel Dios á quien tanto he ofendido.» «Te escucharé, hija mia, replicó el cenobita; pero aquí están tus compañeros que despiertan; empecemos ofreciendo todos juntos un sacrificio al Eterno. Humíllate, derrama en su presencia ese humilde dolor del pecado, que es para el Señor un sacrificio de un olor infinitamente mas agradable que el del incienso y el de los perfumes.» Este perfume precioso fue el que vió derramado con tanto placer sobre sus piés sagrados por la pecadora, porque jamás ha deshecho un corazón contrito y arrepentido. «¡Ah! continuó Matilde, siguiéndole con la cabeza baja, qué dulce me será al acercarme al sublime misterio derramar en él el llanto de un corazón penetrado del amor divino; pero ¿en dónde se halla esa abundante efusion de lágrimas santas, cuando el corazón ha huido á otra parte? «El solitario la comprende, pero nada la responde; porque no podia aplicar remedio á su mal hasta que conociese su causa y su estension. Continuó caminando en silencio hasta el lugar en que los cristianos habian dormido, y los halla de pié: hermanos míos, les dice, consagramos este día memorable: el altar nos espera, reunamos nuestras oraciones, y alzaudo nuestras voces hasta los cielos, manifiesten que no hay desierto tan árido ni retiro tan solitario en donde el Dios de Jacob no halle hijos fieles y adoradores celosos: todos inclinan la cabeza; entonces se adelanta por medio de los escombros seguido de los cristianos que miran al rededor, y contemplan sin causarse

aquellas columnas rotas y esparcidas, aquellas pilas-tras amontonadas, aquellos vestigios de una magnificencia pasada, aquellos innumerables escombros que pasman la imaginación por su grandeza, y entristecen el alma por su ruina.

—¡Ah! padre mio, exclamó uno de los guerreros, esa nave augusta que subsiste todavía en parte, esas filas de columnas y aquella bóveda tan alta que los ojos no alcanzan á medir su altura, todo eso se destruirá también.» Dice, y del centro del silencio que reina en aquellas vastas ruinas una piedra movida se desprende, cae y le responde. A esta voz de la destrucción todos los asistentes se ponen tristes y taciturnos, el ermitaño se detiene, y levantando los brazos exclama con acento animado: «Antiguamente estuvo de pié este templo, le habitaron piadosos solitarios, cuyos santos himnos se confundían todos los días con los de los ángeles; esta es la gruta á donde Climaco su fundador se retiraba á llorar los crímenes del mundo, y á aplacar en su favor la cólera celeste. Entonces se acercaban á este sitio con un corazón mas puro y una fe mas ardiente; pero el impio no ha hecho mas que presentarse, y todo se ha desplomado. La muerte ha herido á los servidores de Dios; los sagrados cánticos han cesado, y el silencio y la destrucción se han apoderado de este sitio desolado. Dentro de poco tiempo la única voz que resuena entre estas ruinas se extinguirá también: dentro de poco tiempo este cuerpo miserable se convertirá en polvo como esas columnas que yacen tendidas sobre la tierra despues de haber tocado hasta los cielos: dentro de poco tiempo ellas y yo nos disolveremos enteramente, y no quedará de nosotros sino un poco de polvo que irá á mezclarse y perderse con las arenas del desierto. Entonces, si algunos fieles vienen á buscar aquí los venerables restos de este monumento, los buscarán en vano, porque todo habrá desaparecido, y la misma piedad no reconocerá ya el sitio en que derramaba sus lágrimas. Pero entonces, hermanos míos, continuó con entusiasmo profético, yo estaré con vosotros en aquel templo inmortal que no ha sido edificado por las manos de los hombres, á donde no puede acercarse su destrucción é impiedad, á donde jamás cesan los sagrados conciertos de los querubines, á donde nada pasa, ni se muda, ni se acaba, y en donde la felicidad del justo no tiene otro término que aquella eternidad interminable.»

Hablando así, el venerable ermitaño con la cabeza calva, la barba blanca y la frente cargada de palmas evangélicas, parecía en medio de aquellos escombros el ángel precursor de las misericordias en medio de las reliquias del mundo. Entretanto se adelanta y sube al altar, y los cristianos se colocan al rededor: el duque de Gloucester con la cabeza descubierta se arrodilla con sus ingleses junto á un enorme pedazo de granito, del cual empieza á apoderarse el musgo; mas lejos los peregrinos están postrados cerca de una columna rota, y en medio de estos hombres la virgen, única de su sexo, se distingue no tanto por sus hábitos como por su piadosa actitud y su maravillosa hermosura. Bañada en lágrimas ofrece mil veces su corazón á Dios, procura olvidar lo pasado, dejar el porvenir á la Providencia, y ofrecer lo presente al cielo; pero una invencible inclinación la arrastra siempre hácia otros intereses que los suyos; el nombre de Malek-Adhel se mezcla en todas sus oraciones; si las empieza por ella, por él es por donde las concluye, y cuando pide á Dios sus gracias victoriosas, las cuales son tan eficaces como amorosas, y su hermoso rostro se enciende con un encarnado mas vivo, no es entonces por ella por quien ruega. ¡Ah! cuánto mas animadas serian sus oraciones, cuánto mas ardiente fervor la prestaría la gratitud, si supiera lo que pasa en el desierto, si supiera que la amenazan

los beduinos, y mientras pide á Dios la salvación de Malek-Adhel, Malek-Adhel corre á libertarla!

Concluida la augusta ceremonia, el cenovita vuelve á conducir sus huéspedes á la celda, les presenta la comida que ha preparado por la mañana, y no se cansa de preguntarles principalmente sobre lo perteneciente á la propagación de la fé, y al acrecentamiento del reino de Jesucristo. Se informa sobre todo del arzobispo de Tiro, de aquel gran apóstol de la doctrina Evangélica. «Cuando yo dejé el mundo, dice, Guillermo era jóven todavía; pero la superioridad de sus luces y eminentes virtudes, y un celo infatigable por la fe, le habian señalado ya para la segunda dignidad episcopal de Oriente, y la unanimidad de los votos le designaba para el patriarcado de Jerusalén, como el único capaz de desempeñar dignamente este honroso y sublime ministerio. ¿Se le han conferido en efecto?

—Venerable anacoreta, respondió el duque de Gloucester, no profanaré la pureza de esta soledad refiriéndooos todos los escándalos de la córte de Jerusalén: los vicios de sus monarcas, mas bien que el valor de los infieles, han sido los que han acarreado la ruina de aquel poderoso reino. Cuando todavía subsistia, si en lugar de nombrar á un Heraclio, á un monstruo de vicios, para el sitio de Jerusalén, hubieran llamado al virtuoso Guillermo, la santidad de sus costumbres hubiera servido de edificación y de valuarte á los cristianos, y hubieran conocido entonces lo que influye la diferencia de un hombre á otro hombre para la conservación de los imperios. Pero no me dilataré mas sobre este asunto; os diré solamente que el arzobispo de Tiro es siempre el hombre que habeis conocido: durante mucho tiempo solo con la sabiduría de sus consejos ha detenido el trono de Jerusalén que caminaba á su ruina; y cuando la disolución de los cristianos y las armas de los infieles le precipitaron en el abismo, él fue el único que no desesperó. Se despojó de todas sus dignidades, partió y fué á pedir socorro para restablecerle. El es quien ha predicado esta gran cruzada, la mas numerosa de cuantas el Oriente ha recibido en su seno: á su voz innumerables ejércitos venidos del Occidente se aprestan á reconquistar la Judea y á humillar el imperio de la media luna: á su voz se han apagado la discordias que dividieron á nuestros mayores capitanes, y la conquista de Toiemaida mas bien se debe á su elocuencia que al valor de nuestros soldados; todos los días atrae su celo nuevos hijos al Evangelio, y su caridad los sostiene...—Ese es, exclama el ermitaño enajenado, ese es el verdadero descendiente de los primeros evangelistas, el perfecto modelo de los santos, y el hombre con el cual debe envejecerse mas el mundo cristiano.—Anciano, dice la virgen mirándole con admiración, ¿creeis que el mundo os ha olvidado?—Debe hacerlo, hija mia, puesto que yo le he abandonado, respondió prontamente el solitario. ¡Ah! no compareis nunca el cristiano que no evita las tentaciones sino huyéndolas, con el que las resiste y permanece en el mundo para salvarle. Este, lleno de un celo divino, arriesga diariamente su salud por la de sus hermanos; y aquel, poseido de una temerosa desconfianza, cuidando solo de su salvación, no contribuye á la de los demás: el uno se espone sin cesar, combate sin intermision, triunfa continuamente, no cree nunca que ha hecho bastante cuando le queda alguna cosa que hacer, y por la multitud de sus obras y el ardor de su fe, es un ejemplo vivo de edificación y de santidad, que debe granjearle la gratitud y las bendiciones del universo. El otro en su soledad, no teniendo ninguna ocasion de pecar, no debe gloriarse de su templanza; se alimenta del amor de Dios, pero no trabaja por Dios; vive en paz porque vive solo y lejos de los hombres, á quienes es inútil, y debe olvidarle el mundo á quien no ha sabido

servir. Así, cuando llegue el gran día del juicio, el piadoso Guillermo será uno de los primeros escogidos, y Dios le coronará de una doble gloria, de una triple gloria, de una gloria igual al número de los que haya convertido; mientras que la del solitario, humilde y oscura como él, le colocará en la última clase de la mesa de los justos.

—Entonces le dijo la princesa eternecida, teneis razon; en las acciones del arzobispo de Tiro es en donde la Religion Cristiana nos presenta indudablemente el prodigio de su caridad; pero permitidme decir que en las vuestras nos ofrece el de su humildad.

Entretanto llega la noche, y mientras los cristianos hallan entre los escombros de la iglesia un lecho que la fatiga les hace agradable, Matilde pide al ermitaño que tenga á bien escucharla. Muy bien, hija mia, le responde, y la conduce á la entrada de la gruta, desde la cual se descubre el dilatado mar: en aquel momento está en calma, y tan llano, que presenta un espejo puro á las estrellas relucientes del firmamento. La princesa arrodillada medita en silencio, pero todo la admira y conmueve su corazon: ve á sus piés otro cielo unirse al que tiene encima de su cabeza por el color blanquizo del inmenso horizonte; escucha el movimiento continuo de las olas que vienen, se rompen, retroceden, vuelven otra vez, y espiran de nuevo para renacer continuamente. Los tres grandes atributos de la inteligencia suprema, la inmensidad de aquel mar sin límites, la eternidad de aquellas olas perpétuamente movidas, la infinidad de aquella muchedumbre de astros errantes publican la gloria de Dios, y la princesa siente los efectos de estas grandes imágenes, sin que su espíritu se atreva tan solo á contemplarlas. Pero el ermitaño conoce la impresion que experimenta, y la dice: «Hija mia, el que ha hecho todo eso, es el que ha dicho: *En verdad, en verdad, si los hombres callan, las piedras levantarán la voz*: (1) este es el poder: pero tambien ha dicho: *Venid á mi vosotros todos los que estais atormentados y agobiados, y yo os daré descanso*: (2) esta es la bondad. El poder y la bondad es Dios, hija mia, si está lejos de nosotros por la inteligencia, ha querido acercarse por el amor. En efecto, si pensamos en su grandeza, pensamos en nuestra nada; si en su poder, en nuestra fragilidad; si en su soberanía, en nuestra dependencia, si en su justicia, en nuestras culpas; pero cuando pensamos en su amor, podemos pensar en el nuestro, que es el único punto por donde podemos sin temeridad elevarnos y unirnos á Dios; porque, en fin, cuando él nos juzga, nosotros no podemos juzgarle; cuando nos manda; no podemos mandarle; pero cuando nos ama, nosotros podemos amarle. Consagra, pues, tu vida á este único afecto, porque lo mismo que Dios, en cuanto Dios, no puede hacer nada mas ventajoso á tí que amarte: tampoco por tu parte nada puede exigir mas digno de él, ni mas perfecto que tu amor: ama, pues, á tu Dios ante todas cosas, hija mia, porque este amor es el mayor tesoro del corazon del hombre—¡Ay! padre, dijo Matilde agitada, conozco por vuestras palabras, que vuestra vista perspicaz ha descubierto ya en lo interior de mi alma la iniquidad que la oprime.—Si, hija mia, ya conozco la causa de ella, pero ignoro el objeto.—¡Ay! replicó la princesa llorando; ese nombre es mi mayor crimen y lo que mas me cuesta decir: ¡plegue á Dios que esta confesion me sirva al menos de espacion!

Entonces delante del cielo, postrada junto al ermitaño, fijos los ojos en el crucifijo que él tenia en la mano, y animada por la dulzura evangélica del vene-

rable anciano, reveló de este modo los misterios de su corazon.

CAPITULO XX.

Mi hábito os habrá ya instruido, padre mio, del estado que yo debía abrazar: los tronos, las grandezas humanas, todos los títulos en los cuales funda el mundo su esplendor, me parecian despreciables en comparacion de aquel tan glorioso de esposa de Cristo. Desde mi tierna infancia no ambicionaba otro, y por merecerle mejor, quise reunirme á los cristianos que se cruzaban para libertar la ciudad Santa, y venir á adorar el sagrado sepulcro antes que mis últimos votos me hubiesen cerrado para siempre las puertas del mundo. La piadosa consorte de Ricardo fue mi fiel compañera, el mismo navio nos conducia; pero sin duda el cielo, para castigarnos ó para esperimentarnos, nos privó de su auxilio, porque permitió á los infieles que nos acometiesen, nos venciesen y nos redujesen á la esclavitud.—¿Qué, sin miramiento á vuestra clase osaron poner cadenas?—¡Oh padre mio! ¡cuánto menos desgraciada hubiera sido en llevarlas y en verme sepultada en lo profundo de un húmedo calabozo, sin tener otro alimento que un pan grosero empapado en mis lágrimas! Pero ¡ay! recibida en un palacio soberbio, colmada de honores, rodeada de respetos, tratada como soberana...—Y bien, hija mia, ¿de dónde nacen esas lágrimas y esos gemidos? continúa tu confesion, y nombreme ese generoso vencedor, cuyo yugo es tan blando á los cristianos.—¿Qué me pedis, padre? Ese vencedor tan grande, tan terrible, á quien no falta ninguna perfeccion, escepto la luz de la fe; ese héroe soberbio que sabe hacerse igualmente temer, admirar y bendecir por sus enemigos, ese príncipe, digno objeto del afecto de Guillermo, cuya imagen siempre presente en mi imaginacion, reina como soberana en mi alma, y me persigue hasta los piés de ese Dios que está presente... ¡Qué digo! me extravio. Pero no, no tengo mas que decir; ya habeis oido mi secreto y mi crimen. Calla, y oculta con sus manos su rostro brillante de rubor y de hermosura.—Humíllate, hija mia, porque tu crimen es grande en efecto: sin embargo, no pierdas el ánimo, porque aquel que es la luz, la vida y la fuerza de los corazones que le buscan y que le aman, puede volverte á abrir la senda de tu salud, y volverte la perfeccion de tu santo amor; pero esplicate: ese vencedor que encadena á los cristianos, no puede ser sino un musulmán; ¿por qué horroroso milagro, hija cristiana, se ha apoderado un musulmán de tu corazon?—¿Qué diré? desde el primer instante en que le vi concebí nuevos pensamientos, pensamientos que me habian sido desconocidos hasta aquel día: conocí que se podía mirar sin horror á un sarraceno; insensiblemente conocí que podía poseer todas las virtudes; conocí, en fin, que podía ser amado... La costumbre de una vida pura y la presencia del arzobispo de Tiro me detuvieron largo tiempo en el borde del abismo, pero luego que este prelado se separó de mí, yo no sé si un espíritu de ceguedad y de orgullo se apoderó de mi alma, ó si las circunstancias en que me hallaba me obligaron á aproximarme á la seducion; pero obligada á presentarme con frecuencia delante de Malek-Adhel...—¡Malek-Adhel! has dicho, interrumpió el ermitaño temblando. ¡Malek-Adhel, el hermano de Saladino, de aquel tigre de Oriente que devora á todos los cristianos! ¡Malek-Adhel, que tiñó mil veces su mano impia en la sangre de tus hermanos, y cuya temible espada ha dilatado el imperio del infierno!—Cada uno de estos delitos, padre mio, es una sentencia de reprobacion contra mí, pues no han podido impedir que amase á Malek-Adhel. No sabré decir cómo este amor se ha apoderado de mi corazon:

(1) S. Lucas, cap. 19 v. 40.

(2) S. Mateo, cap. 12 v. 18.

me parecía que todo lo que me rodeaba me enseñaba á amarle : las bendiciones con que la reina mi hermana pagaba sus beneficios, las alabanzas que le prodigaban todos nuestros cristianos, sobre todo la secreta complacencia que observaba por él en el corazón de Guillermo, la unanimidad de estos votos me hizo concebir un orgullo que jamás había experimentado por mí, y llenaron mi alma de vanidad y de alegría viendo que todos justificaban mi fragilidad. Imprimía en mi memoria la narracion de todas las acciones magnificas de Malek-Adhel; recogía su innágen en lo mas íntimo de mi pensamiento; y en fin, me acostumbraba á la vista de su amor. Entonces fue cuando mi extravío se aumentó hasta el punto de que en mis horas de soledad Malek-Adhel estaba siempre conmigo : me parecía que se había anudado el curso del tiempo; vivía perdida en el olvido de todas las cosas del mundo, como sino hubiera habido otra criatura sobre la tierra. Sin embargo, me volvía frecuentemente á Dios, y le rogaba que me diese fuerzas, pero no me las daba. Algunos pensamientos que me horrorizaban, entraban con facilidad en mi ánimo y salían con trabajo : en fin, en vez de aquel pan de los ángeles con que yo me alimentaba en otro tiempo, me he visto reducida á comer pan de dolor cubierto con la ceniza de la penitencia y de su mortilidad, y los días de afliccion me han alcanzado.—¡ Ah! replicó el ermitaño, los días de afliccion son el patrimonio del que desobedece; y yo le pregunto con Job ¿cuál es el que se ha opuesto á Dios que se ha encontrado bien? Pero, hija mia, ¿por qué razon te atrevas á continuar amando á Malek-Adhel?—No la sé, ni la conocía : le veía y amaba.—¿Pero era la hermosura de tu amante la que arrebatava tu corazón?—Yo no miraba esa hermosura.—¿Te seducian las imágenes de placeres y de grandezas?—No me venían al pensamiento.—¿Pues en qué pensabas cuando estabas en su compañía?—En amar.—¿Pero no reflexionabas entonces que ese amor es un crimen para el deber y la religion?—Padre mio, en eso reflexionaba sin cesar.—¿Olvidabas que ese hombre estaba sometido al yugo del infierno y al enemigo de tu Dios?—Siempre tenia presente ese horrible pensamiento.—¿Y qué hacías entonces?—Lloraba, y amaba de nuevo.—Pues ese fuego criminal que te devora y te castiga, es una débil imagen del que está reservado á los endurcidos pecadores. ¡ Ah! ¿por qué, infeliz extraviada, has deseado el regocijo de los bienes de este mundo? ¿No sabes que no son sino vanidad : que el que solo beba de esa agua siempre estará sediento; que desaparecerá como un sueño, se desvanecerá como una vision, y que los que la hayan visto se preguntarán ¿á dónde está? en tanto que la memoria de la virtud permanecerá siempre entre los hombres, y estará allá arriba *triumfante para siempre, habiendo combatido por una recompensa eterna?*—¡ Ah, qué os diré! no sé explicaros lo que experimento : es una mezcla de todas las oposiciones, una union de todo lo mas terrible que hay en el infierno, y de lo mas grato que hay en el cielo : me veo arrastrada á lo que me horroriza; veo un abismo, y quisiera caer en él : sufro las ansias de la muerte, y me complazco en mi tormento : he venido rodeada de innumerables peligros para pedir os fuerzas contra Malek-Adhel, y tiemblo que me las deis : en fin, en este momento en que vuestra voz va á anunciarme las venganzas de un Dios irritado, cuando descubro estremecida el tremendo porvenir que yo me preparo, este corazón rebelde, por solo la fuerza del amor, desprecia estos santos temores, y hasta en el tribunal de la penitencia, poseída de la imagen de Malek-Adhel, se pierde, se deshace en ella, y ya no desea otro bien.—¡ Demente, desventurada! exclama el ermitaño.

¡ Ay! la virgen no le escuchaba ya : aniquilada por las fatigas del camino, y mas todavía por lo que pa-

dece su corazón en la lucha contra el amor, la abandonaron las fuerzas y cayó en tierra sin conocimiento. Un sudor frio baña su frente, y las mejillas se le quedan pálidas y heladas : ya no respira. El ermitaño teme que llegue su última hora; se agita y tiembla que espire en aquel estado de reprobacion. ¡ Oh Eterno! dice con acento humilde, ¿no tendreis compasion de la flaqueza de una criatura tan frágil? Esperad á lo menos antes de llamarla á vos, esperad á que esté arrepentida. Corre entonces á la fuente, toma agua en el hueco de las manos, y vuelve corriendo á inundar el rostro de la princesa. Entonces se estremece y se reanima, abre los ojos y exclama : «¿En dónde estoy? ¿He dejado la tierra? ¿No escucho la fatal trompeta que me llama ante el trono de Dios? ¿Voy á ser precipitada para siempre en la morada de las eternas tinieblas?» Arrepíentete, pues, hija mia, tanto por no haber tenido confianza en la misericordia de Dios, como por haberle ofendido con tu culpable amor : esta agua que te ha restituido á la vida te la vuelve de dos maneras, siendo un nuevo bautismo que borre todos tus pecados.

Levántase la jóven, mira alrededor sorprendida, da algunos pasos, y divisando por el lado del Oriente los primeros rayos del sol que rielan en la mar, exclama anmada de un santo enajenamiento : «Un nuevo dia me alumbra, y la esperanza ha vuelto á mi corazón.» Despues, añade : ordenad, padre mio; aquí estoy sumisa á todo lo que me imponais para hacerme merecedora de la caridad divina, que se digna perdonar mis errores.—Es preciso comenzar echando un velo sobre vuestra alma, para que, no teniendo ninguna comunicacion con las criaturas, quede sola con Dios. Despojándose de otro cualquier pensamiento es como se debe entrar en el santuario; y para verificarlo, es forzoso principalmente vivir siempre separada del musulman Malek-Adhel.—No le volveré á ser mas indudablemente, porque en este momento ve aleja del Egipto y va á reunirse con su hermano.—¿Y cómo ha consentido en separarse de vos? ¿Cómo no os ha llevado consigo?—Quería que le acompañase á Siria; pero yo habia hecho voto de dejarle y de venir á buscaros, y como se oponía á mi viaje, he huido sin su consentimiento.—¿Y estás cierta de no volverle á encontrar en el Cairo?—Seguramente, porque hasta que haya vuelto de Menfis no habrá sabido mi partida, y precisado á obedecer las órdenes de Saladino, no habrá esperado mi regreso.—¿Y las órdenes de Saladino le llaman á los combates? ¿Se dirige contra los cristianos?—Creo que sí.—¿Y esa idea no te obliga á aborrecerle?—La virgen se avergonzó, bajó los ojos, y respondió con voz débil y tímida : todavia no.—Con esa disposicion, replicó el ermitaño, si hubieras de encontrar otra vez al principe en el Cairo, quisiera mejor verte espirar en medio de estos desiertos que dejarte volver; pero ya que no está allí, y que está sin duda muy distante el momento de volverle á ver...—Quizá no llegará tampoco, porque espero que el principe me permitirá, durante su ausencia, pasar al campo de los Cruzados : entonces regresaré á Inglaterra en el primer navío, y me sepultaré en el claustro.—Ese es tu mejor destino; pero entretanto procura desterrar de tí la imagen perturbadora del Musulman.—¿Y puedo yo acaso desterrarla?—Haz lo posible, ora, ten fe y lo conseguirás....

Iba á continuar el ermitaño, cuando unos gritos tumultuosos hieren repentinamente su oído, y suspenden la palabra en sus labios. Se pasma y escucha; oye el estrépito de las armas. ¡ Dios mio, exclama, despues de tantos días de paz han de turbar los asesinatos la soledad de estas riberas!—¿Qué es, padre mio, qué es ese ruido espantoso? pregunta la princesa aterrada.—Alguna horda de beduinos homicidas sin duda, que habiendo percibido á lo lejos en el desierto tu pequeña ca-

ravana, habrá venido á sorprenderla durante el sueño. Yo voy corriendo en medio del combate á ofrecer á Dios los restos de mi vida socorriendo á los cristianos: tú, hija mía, escóndete en la profundidad de esta caverna, oculta tu celestial hermosura á unos bandidos impíos que nada respetan.

Dice, y va á salir; pero ya se presentan á la puerta de la gruta muchos Arabes medio desnudos con sable en mano, cubiertos de sangre y arrojando codiciosas miradas á lo interior de la humilde celda. Allí no hay oro ni plata que pueda incitar su avaricia; pero la jóven que miran, vale mucho mas que todos los tesoros: van á asirla; el ermitaño se arroja delante de ella con semblante airado y ojos centellantes; levanta un crucifijo por cima de su cabeza, y lleno del espíritu divino exclama con voz atronadora: ¡Temerarios! deteneos, porque juro por el Dios supremo, por este Dios que está presente, que el primero de vosotros, cuya sacrilega audacia ose tocar á esta vírgen, será aniquilado en el momento. A esta amenaza Matilde añade sus tímidas súplicas, y se defiende con sus ruegos y sus lágrimas. Los beduinos admirados y atónitos se detienen, su ferocidad se amansa y suspenden sus designios: los seres mas débiles, un anciano y una vírgen han vencido su valor; sí, le han vencido, porque aquella debilidad está sostenida por las dos fuerzas mayores con que el cielo armó á la tierra, la inocencia y la religion.

Sin embargo, en el momento en que la cuadrilla inmóvil comenzaba á desterrar la piedad y á proseguir su horroroso intento, se arroja en medio de ella un guerrero terrible con ojos encendidos, cubierto de armas amenazadoras y el brazo cargado de una sangrienta cimitarra: acomete á los Arabes, hace en ellos una espantosa matanza, dispersa, destruye él solo la tropa entera, y la muerte y la victoria le abren camino hasta la princesa. Mas pronto que el rayo la coge, la levanta y la transporta por enmedio de los escombros con un movimiento tan rápido, que el ermitaño la ha perdido ya de vista antes de haber tenido tiempo de formar ninguna idea: distingue solamente á los Arabes huyendo por todas partes perdidos de terror, y haciendo resonar la soledad de la costa con el gran nombre de Malek-Adhel. El ermitaño tiembla por la suerte de la princesa, y llora porque el desierto y los asesinos han perdonado su vida. Entretanto los cuerpos moribundos de los Arabes y de los cristianos no detienen la marcha impetuosa del héroe; no ve sino á Matilde, no piensa sino en su peligro: la pone sobre un soberbio caballo, se coloca detrás de ella, la abraza con una mano, coge con la otra la brida del arrogante animal, y seguido de algunos soldados musulmanes se aleja á todo galope de aquel espectáculo de mortandad.

La turbacion de Matilde llega á lo sumo. La gruta del solitario, el solitario mismo, la sorpresa de los beduinos, los gritos de los combatientes, la vista inopinada de Malek-Adhel le parecen otras tantas ilusiones que la engañan con sus imposturas: ¿pero lo es tambien aquella mano que la estrecha tan tiernamente, y contra la cual palpita su corazon con tanta violencia? Se esfuerza á creerlo, y permanece inmóvil, silenciosa, temiendo que una palabra, un gesto disipen el encanto, y restituyéndola á la verdad la vuelvan á su flaqueza, á su amor, á la presencia de Malek-Adhel: en fin, al terrible peligro de que ha huído en el desierto, y que mas terrible que nunca, vuelve otra vez á amenazarla todavía y arrebatarla quizá todos los medios de salud.

CAPITULO XXI.

ESTABA el sol en la mitad de su carrera cuando el príncipe llegó al pié del Colzum, en donde se detuvo para que Matilde descansase un poco. Una madre ca-

riñosa no cuida á su hijo con una solicitud mas tierna; se inquieta por verla espuesta al ardiente calor del dia, y mira alrededor buscando entre los peñascos alguna concavidad donde resguardarla, y encima de unas rocas abrasadas descubre un bosquecillo de sicómoros y de tamarindos; al instante deja su caballo, y sin separarse de la carga preciosa que tiene siempre abrazada, trepa por la montaña, llega á la sombra, coloca allí á la princesa y se retira á alguna distancia.

Entonces es cuando Matilde vuelve en sí y se acuerda de lo que ha pasado, pero no puede comprender por qué inconcebible prodigio se apareció repentinamente Malek-Adhel para librarla de las manos de los Arabes. ¿Y el ermitaño? ¿qué habrá sido de él? ¿qué habrá pensado de aquel acaecimiento? Pero ¡ay! ¿existe todavía? ¿habrá ido ella solo á interrumpir el silencio de su soledad para llevarle la muerte? Y sus amados y fieles Ingleses, que no ve ninguno á su lado, ¿habrán perecido todos en el combate? ¿Habrán sido, así como el duque de Gloucester, víctimas sacrificadas á su servicio? Mientras la ocupan é inquietan todos estos pensamientos, ve volver al príncipe con la cabeza descubierta, la frente bañada de sudor y de polvo, que trae en las manos su casco lleno de agua fresca y pura. Se le presenta á la princesa; ella le mira con una mezcla de sorpresa de reconocimiento y de embarazo. «Dios mio! esclama, si lo que veo es una ilusion, si hay alguna realidad en los acontecimientos de este dia, ¡que terribles son, y cuanto debo temer sus consecuencias! ¿Cuál será la suerte de aquel venerable solitario, cuál será la de mis fieles cristianos, y la mia, ¡oh Dios mio! cuál será ahora?»—Matilde, responde el príncipe, bebed un poco de agua, que así se calmará la turbacion de vuestro espíritu y os permitirá escuchar con mas tranquilidad lo que voy á deciros. La princesa aplica el labio al vaso de hierro y refresca su pecho comprimido. «A hora continúa Malek-Adhel, esperemos antes de ponernos en camino á que la brisa del mar nos traiga un poco de frescura: yo aprovecharé ese tiempo en reprenderos vuestra imprudencia. ¡Ah! si ella no espusiera mas que mi vida, no os la reprendería.»

Calla, y Matilde se admira de su profunda tristeza: se cubre el rostro con las manos, y responde un poco agitada: ¡Ay! yo esperaba que este viaje no hubiera sido peligroso sino para mí: esperaba principalmente que no lo fuese para vos, y que cuando vuestro hermano os esperaba ninguna consideracion hubiera podido deteneros.—¡Vos la esperabais, Matilde! interrumpió con prontitud: sin duda que os he espresado muy mal mi amor, puesto que pensais que hay alguna cosa mas eficaz que vos en mi alma. ¡Ay! cuando entré en el Cairo, supe vuestra partida, y no pude dudar que caminabais al desierto; ¿pensé en mi hermano, en sus órdenes, en los combates, y en mi gloria? No, Matilde, no pensé sino en vos; seguí vuestros pasos sin escuchar las quejas del pueblo y de mi ejército. Mis valientes soldados querian detenerme, me mostraban la cólera de Saladino; pero ¡qué importa su cólera, qué importa que pida mi cabeza con tal que Matilde se salve! Yo esperaba alcanzaros mas pronto y traerlos otra vez, á pesar vuestro, antes que hubieseis llegado al término de vuestro viaje; pero me he perdido en estos inmensos desiertos, donde no hay señalado ningun camino ¡Ah! Matilde, ¿qué no hubiésemos partido juntos como yo queria! ¿estariamos cerca de las tiendas de Saladino, y no os acusaria todo un pueblo de mi desobediencia! Se detiene, porque no quiere transmitir al alma de Matilde todos los temores que la agitan: no quiere decirle que por seguirla ha usado de violencia; que su ejército indignado, oponiéndose á su partida, queria obligarle á marchar á Siria; que se habían oido algunos gritos amenazadores contra Ma-

tilde; y que habiendo escogido para acompañarle sus mas fieles soldados y sus mas decididos servidores, no tiene todavía una confianza absoluta en su respeto y su celo por la que ama. Matilde le pregunta, ¿cómo habiéndose perdido en el camino, ha podido hallar la gruta del ermitaño? Habiendo llegado á la orilla del mar Rojo, dice, á una gran distancia del monasterio arruinado: para llegar á él he costado siempre por la ribera: en fin, esta mañana á los primeros rayos de la aurora oí el grito de los beduinos, ese grito furioso precursor de los asesinatos: me arrojo hácia aquel lado con el corazón lleno de sobresalto; llego por en medio de las ruinas, y encuentro á vuestros cristianos sorprendidos en el seno del sueño, que son víctimas de los beduinos. El duque de Gloucester, herido mortalmente, me ve, me reconoce, se incorpora, y señalándome la gruta: *salvad á la princesa*, me dice, y cae sin vida. Mando á mis soldados que socorran á vuestros amigos, obedecen, y yo vuelvo á buscaros... ¡Qué horrible espectáculo! ¡Matilde, el ídolo de mi corazón próximo á caer en manos de una horda bárbara! ¡Ah! ¡si hubiera llegado mas tarde, si uno solo de aquellos bandidos agrestes se hubiera atrevido á poner en vos una mano sacrilega!... Matilde, te he vengado; he dado la muerte á todos los que que habian osado mirarte... ¡Débil espacion de audacia tan temeraria!

—¡Oh fiel amigo de mi hermano, noble duque de Gloucester, exclama Matilde llorando, yo he sido la causa de tu muerte, por mí has venido á espirar sin gloria en lo interior de los desiertos!... ¿Y han perido con él todos los cristianos? Yo no veo aquí ninguno. — He dejado con ellos casi todos mis soldados, respondió el príncipe: yo mismo me hubiera quedado á defenderlos si mi primer cuidado no hubiera sido

pensar en vos.» Matilde llora por los desventurados que ha espuesto á la muerte: se acusa de haberlos traído al desierto para abandonarlos allí en su aflicción. «¡Ah! la dice el príncipe, en qué los podía socorrer vuestra presencia? no loreis, Matilde, por el peligro de que os he librado, sino por el que os amenaza: oigo el viento de Mediodía próximo á levantarse; veo al Sur del horizonte columnas de arena y nublados rojizos... Me estremezco, tiemblo ¡oh Matilde! y nunca habia temblado hasta el dia en que os he conocido.» Con la esperanza de evitar el huracan, dirigiéndose hácia el Norte Malek-Adhel deja la montaña y se reúne á sus soldados con Matilde. — Los halla aterrados á vista de las señales infaustas que los cercan: los caballos mas espantados todavía, rendidos, jadeando rehusan andar absolutamente: el príncipe, convencido de que cualquiera tardanza puede ser funesta, se resuelve á huir solo con los camellos; pero los soldados se oponen á ello, no quieren caminar á pié, y por no abandonar sus caballos proponen refugiarse en la cumbre de Colzum; pero Malek-Adhel, que no ve consigo mas que unos veinte hombres, y que sabe que las cavernas de aquellas montañas son la guarida de las bestias feroces y de bandidos intrépidos, no quiere esponer á Matilde á sus insultos, y ordena la partida. La tropa vacila todavía: para alentarla, el príncipe declara que él mismo marchará á pié, y este generoso ejemplo determina á todos los soldados, y no hay ninguno que se atreva á retroceder á vista de las fatigas á que su señor no teme esponerse. Ya está la caravana en camino; guarda un profundo silencio: ninguno osa decir los peligros que prevee ni los temores que experimenta. Malek-Adhel marcha junto al camello que lleva á Matilde, y al cual siguen otros tres cargados de odres llenos de agua, de



una tienda y de provisiones para el camino: siguen los soldados cuyas ceñudas miradas y abatidos semblantes dan visibles muestras de descontento.

Sin embargo se pasa el dia sin accidente, se acerca la noche y los temores cesan; pero los viajeros acaban de entrar en el paso mas peligroso, en el vasto desierto de arena: si al dia siguiente se manifiestan otra vez los precursores del huracan, el peligro será casi irremediable; por lo mismo es forzoso apresurarse á salir de aquel sitio terrible. Los soldados quieren marchar toda la noche, y el príncipe tambien desea apresurar el viaje: pero ¿cómo no ha de proporcionar

á Matilde algunos momentos de descanso? ¿resistirá tan larga fatiga? Está tendida sobre el camello casi sin movimiento, pálida, respirando apenas y próxima á espirar de cansancio. A pesar de las quejas de la tropa, Malek-Adhel ordena que se haga alto: manda colocar su tienda en medio del desierto; tiende su manto sobre la arena, y ruega á Matilde que procure dormir algunas horas. Viéndose obligados á suspender la marcha, los soldados se abandonan al sueño; el príncipe solo; de pié fuera de la tienda, vela temeroso de una sorpresa, y contempla con la mas dolorosa perplejidad aquel lienzo que encierra todo lo que

ana y aquellas arenas inflamadas que amenazan sus días. En este instante todo está en calma, todo tranquilo, la luna alumbraba el suelo desnudo y árido donde la ligera brisa de la noche no halla una yerba que agitar, ni un ramo en donde estremecerse y formar susurro. El silencio reina en el desierto, y solo le interrumpen los rugidos lejanos de los tigres y el grito triste y penetrante del avestruz, que anuncia al parecer que ya se acerca el día de la calamidad, y que se apresuran las desgracias que han de suceder.

Entretanto, Matilde no duerme tranquila, porque turban sus sueños la imagen de los peligros que la rodean, y no son aquellos de que el príncipe la ha hablado los que mas teme: mientras descansa, ¿quién cuida de su inocencia? ¿cuenta pues en la fe y el honor de un musulmán, ó bien en la protección de Dios? Pero conoce que debe confiar en ella menos que antes, porque su amor á Adhel la ha hecho indigna de merecerla. Agitada con este temor no procura ya dormir, y levantándose del lecho entreabre la tienda para asegurarse de lo que pasa. Con la claridad de la luna distingue á todos los soldados dormidos sobre la arena; un solo hombre está en pié á la puerta de la tienda, vuelto de espaldas, y con todo eso no ha tenido necesidad de mirar al triple penacho que sube por cima de su casco para conocer á Malek-Adhel. Deja caer al punto el lienzo que habia levantado, y se pregunta con una especie de vaga inquietud, ¿por qué Malek-Adhel vela solo por ella? Vuelve sin embargo á levantar el lienzo para mirarle otra vez. Estaba siempre en el mismo sitio inmóvil, de pié, y apoyado en su lanza; y sin examinar aun todo lo que teme le parece que debe estar segura, y que sería una injusticia atroz sospechar del honor de Malek-Adhel. Pero acusándose así, se le escapa este nombre: el príncipe se vuelve, ve á Matilde despierta, y corre hácia ella. «Amada mía, la dice, ¿es la inquietud la que turba vuestro sueño?» — Sí, responde ella; pero ahora me parece que ya no debo tenerla. Malek-Adel no entendiendo el verdadero sentido de estas palabras porque solo piensa en los peligros del desierto, y para evitárselo daría su sangre y su vida. — ¡Ay! dice, yo no participo de vuestra seguridad: ¡cuán espantoso y terrible me parece el peligro que os amenaza! Adoraros, perderos y conocer que todo mi valor es inútil para salvaros... Tal es mi situación, tales los tormentos que mi amor me causa; y sin embargo vos no os apiedáis de mí.» La princesa coloca ambas manos sobre su corazón, y levantando los ojos al cielo, dice, ¡Oh Dios mio! ¡ojalá hubiera merecido esta acusación, y no sería yo tan culpable en vuestra presencia! — Pues bien, la dice, si compadécete la horrible amargura que ocupa mi corazón, suavízala, pues, tú puedes hacerlo; si, aun en este momento, si me dices que me amas, yo habré cesado de ser infeliz. — Príncipe, responde Matilde con prudente modestia: este momento en que nos hallamos es el del valor, y no el de la debilidad; de la penitencia, no de la obstinación, de la muerte quizá, y no de culpables amores: el rayo de Dios nos amenaza; no es necesario quizá mas que una palabra, esa palabra que me pedis, para que caiga sobre nosotros... Dejemos, dejemos esta conversacion, abandonemos esos criminales pensamientos, y no pensemos sino en aprovecharnos de la frescura de la noche para alejarnos de aquí. — ¡Habeis dormido tan poco!.. respondió el príncipe con tristeza, que este corto descanso no os habrá dado fuerza para poner os en camino. ¡Ah! respondió ella involuntariamente, no es para soportar la fatiga para lo que temo que me falte. El príncipe quiere responderla, pero ella no lo permite y sale apresuradamente fuera de la tienda. Los soldados despiertan, los camellos vuelven á cargar los camellos, y la caravana se pone otra vez en marcha con el mismo orden que la víspera.

Pero apenas empiezan á iluminar la tierra, los primeros rayos del día, cuando divisan á lo lejos enormes columnas de arena, que corren con prodigiosa rapidez, formando espantosos remolinos. Penetrando las luego el sol parecen verdaderas columnas de fuego, y lo encendido del aire anuncia el terrible viento del Mediodía. A vista de estos fatales presagios las quejas se manifiestan abiertamente; muchos soldados proponen que se arroje la tienda y una parte de las provisiones en medio del desierto para huir con mas celeridad. La tropa entera, alterada por el temor y el fanatismo, da á entender que el cielo no les envía aquellas desgracias sino en castigo de los obsequios extraordinarios que les obligan á prodigar á una cristiana; y aun se atreven á decir que si permanece mas tiempo entre ellos, Mahomet los sepultará á todos entre las arenas. A estas insolentes palabras Malek-Adhel arrebatado de furor saca la espada, y mirando á los soldados con ojos centellantes: «Juro, dice, derribar la cabeza del primero de vosotros que ose pronunciar una sola palabra contra la persona sagrada de la princesa de Inglaterra.» — No vea yo en mi vida la Mecca, respondió uno de los mas revoltosos, si oíjamás á un musulmán tratar de personas sagradas á esos adoradores del Crucificado que abandonan su país para inundar el nuestro. — Miserable, interrumpió el príncipe derribándole á sus plantas y alzando el sable sobre su cabeza; ya has visto tu última hora. — ¡Gran Dios! ¿qué vais á hacer? exclama Matilde: en nombre del cielo y de la tranquilidad de mi vida perdónadle, perdónadle, ó muero al punto. A los acentos de aquella voz querida el príncipe se detuvo de repente, y mirando con indignacion al trémulo musulmán que estaba á sus piés, le dice: vil escoria de la tierra, levántate y da gracias á la princesa, porque solo ella en el mundo podia aplacar mi cólera; pero guárdate de encenderla de nuevo, continuó con voz fuerte y amenazadora, porque declaro por la cabeza del Profeta que no hay ruegos que puedan obligarme á perdonar dos veces. La accion del príncipe, su acento y sus miradas intimidan á todos los soldados; callan, pero con harta dificultad, no tanto por el temor de la muerte, como por una supersticion fanática que los domina en aquel momento.

El día siguiente al medio día, en el momento en que el sol cercado de una nube de púrpura parecia que abarcaba toda la tierra para quemarla con sus rayos, el camello de Matilde tropieza en una de las rocas sembradas en aquel desierto, y en pocos instantes se le hince el pié tan prodigiosamente que no puede caminar. Manda el príncipe que preparen otro, pero entonces estallan de nuevo todos los furros supersticiosos, y los soldados declaran únicamente que no obedecen, porque la desgracia acaecida al camello de Matilde les parece una señal manifiesta de la voluntad del cielo. Nadie puede negarse á creerlo, dicen, sin una horrible impiedad; y como no les quedan mas esperanzas de recobrar la protección del Profeta sino inmolando á la cristiana los mas atrevidos se acercan á ella con intencion de asirla; pero apenas el impetuoso Adhel ha penetrado sus designios, cuando sin considerar la desigualdad del número, se arroja, quita la princesa de encima del camello, la sostiene con un brazo, la defiende con el otro, y hace volar la cabeza del primer revoltoso que osa acercarse. A este espectáculo lanzan los demás gritos horrorosos, vomitan imprecaciones contra la extranjera, á quien su gran príncipe prefiere á sus propios vasallos, y le cercan para arrancarle el objeto de su amor. El interés de Matilde modera el ciego ardor del intrépido guerrero: si estuviera solo, veinte hombres bien armados no intimidarian su valor; pero á causa de ella reflexiona que podrá sucumbir, y entonces ¿quién la librará de la rabia de aquellos viles sediciosos? Se estremece con la idea de los ultrajes

que tendria que sufrir, y decidiéndose inmediatamente, retrocede algunos pasos, dirige su espada al seno de su amada y dice: «Si es forzoso inmolarse a esta virgen yo solo la he de herir; pero al sacar este acero todo ensangrentado de su corazón, yo le sepulto al momento en el mío, y espíro con ella, invocando la venganza del Profeta para que caiga sobre vuestras cabezas criminales; y no creais, miserables, que deje impune la muerte de vuestro príncipe; en el terrible día del juicio compareceis todos cubiertos de esta sangre que me habreis obligado á derramar.» — No, interrumpieron los soldados postrándose á sus pies: nosotros os respetaremos hasta nuestro último suspiro; solo os pedimos que nos entregéis la iníuel que os separa de todos vuestros deberes. Apenas su sangre haya teñido la arena, ponemos nuestros sables á vuestros pies para que dispongais de nuestras vidas según vuestra voluntad. — ¡Oh generoso Adhel! exclama Matilde; no sacrificéis vuestros preciosos días por una desventurada, que no tiene ya sino pocos instantes de vida: conozco que voy á morir, y vuestro sacrificio no me salvará. ¡Ah! os ruego que sepultéis esa espada en mi corazón; ¡Dios mío! dadle valor para hacerlo; esta es mi última súplica. Dice así, y los labios pálidos se cierran, y el conocimiento la abandona. La tropa rebelde se acerca entonces gritando: «Príncipe, nosotros juramos todos morir por vos: subid en un camello, poned al frente de nosotros, y la cristiana sola perecerá. — No perecerá, interrumpió Malek-Adhel con voz terrible, ó yo pereceré con ella: si dais un paso mas hácia nosotros, al instante caemos ambos sin vida sobre la arena. Los soldados des-pavoridos retroceden porque les horroriza la sangre de su príncipe, y les parece que seria para ellos como un fuego devorador que los consumiría en este mundo y en el otro. Los mas furiosos solo se atreven á proponer que dejen al príncipe con la que ama entregado á la cólera celeste que le persigue: otros no pueden resolverse á ello; y se estremece con la idea de abandonar á su jefe, á su dueño, al hermano de su Sultán á una muerte casi cierta, cuando de repente uno de ellos, como poseído de una inspiración divina, les dice: «¿Qué aventuramos? si Mahomet le perdona, Mahomet le salvará; si le deja perecer, será porque le habrá condenado. Estas palabras los deciden y persuaden; dejan al príncipe el camello herido, la tienda, tres odres llenos de agua, algunas frutas secas, se alejan despues lo mas pronto que pueden con los otros tres camellos, y abandonan de este modo al príncipe y la virgen en la inmensidad del desierto.

Matilde está tendida sobre la arena sin movimiento: el príncipe la ve, teme una desgracia mayor, y sin embargo no pierde el ánimo. Vuelve á levantar la tienda con brazo vigoroso; forma con ella un abrigo; coloca la princesa, y gasta una parte del agua que les han dejado en restituirla á la vida; pero hasta que el aire de la noche comienza á refrescar el desierto no se reanima ni abre los párpados moribundos. Su primer clamor es por Adhel. ¿Dónde está? pregunta: ¿se ha salvado? — Está junto á ti, la responde, y lo está para siempre. Matilde levanta la cabeza, fija sus ideas, mira al rededor, no ve mas que al príncipe, y añade con una tristeza profunda: ¿con qué se han ido, y se han ido sin vos? — Me han dejado solo, Matilde, pero no sin valor. No te sobresaltes, amada mia, que aun no se ha perdido enteramente la esperanza. La mitad de mis soldados sigue sin duda nuestros pasos con el resto de tu comitiva. Tengo confianza en ellos, y por lo mismo los elegí para que socorriesen á los cristianos; los que vienen detrás son mis mas fieles amigos, y no me hubieran abandonado. Los esperamos aquí hasta que venga el día, porque temo perder durante la oscuridad de la noche el camino que han de seguir. Si mañana al salir la aurora no han llegado, te llevaré en mis brazos por medio del desierto; el camello, aun-

que está herido, podrá seguirnos, y si antes de la noche podemos llegar al monte Kaleil estamos libres del peligro. Mi pequeña tropa ha de pasar por allí necesariamente para ir al Cairo; allí podemos esperarla; allí hallaremos un manantial de agua, frutas secas, y grutas para librarte del ardiente calor. — ¡Oh Dios mío! exclama la princesa con acento tierno y lamentable: mirad lo que hace por mí; sacrifica por mí su vida, y vos me prohibís amarle. — ¡Ah! replicó él con una tristeza apasionada, ¿podrás creer en un Dios que te prohíbe amarme? no dudes que si tu Dios existe, y es el verdadero Dios, está enternecido de nuestro amor, y no le condena. Ella no le responde, se levanta y sale de la tienda: el firmamento centellea con el fuego de millares de estrellas. — ¿Por qué, le dice, no proseguimos nuestro viaje? ¿No nos presta el cielo bastante claridad para guiarnos? — No, Matilde, la menor equivocación pudiera alejarnos infinito del monte Kaleil y perdernos para siempre: con el día podré divisar los vapores que exhala la cima de aquella alta montaña y acaso las puntas parduseas de las pirámides; y entonces caminaré con toda seguridad. Ahora como la claridad de la luna no me deja percibir sino los objetos inmediatos, y no los que sobresalen en el horizonte, no me presenta ningún punto seguro que pueda indicarme el camino. Matilde no insiste mas; se apoya en la tienda, y contempla dolorosamente la vasta estension del desierto: todos los peligros que la amenazan se convierten en beneficio del amor; porque este ha espuesto al príncipe, por ella ha querido morir, y acaso morirá por su causa. Esta idea la acosa sin cesar, agita su corazón de una manera que la espanta. No atreviéndose á espresar sus temores ni á dirigir libremente sus oraciones al cielo, se arroja de deshecha en lágrimas. El héroe se acerca y la coge de la mano; la muerte que prevee no sirve sino para avivar su pasión, y cuando todo desaparece á sus ojos, cuando ya no hay casi esperanza de vida en su alma, el amor que le domina solo adquiere mayor fuerza. «Matilde, la dice, escuchame; estamos solos en el mundo, y perdidos ambos en la inmensidad de estos desiertos; quizá el sol de mañana nos traerá la muerte y no veremos el fin del día; ¿y habré de abandonar la vida sin haberme unido á ti, amada de mi corazón?» Matilde no escucha mas; se levanta; el Dios que acaba de invocar presta á su semblante una especie de santa magestad; de pie delante del príncipe postrado á sus plantas le dice: «Malek-Adhel, yo os amo: Dios ha recibido en el tribunal de la penitencia esta confesion de mi fragilidad: esta confesion que no os haria sin duda si no la disculpase la muerte que nos amenaza. Si, Malek-Adhel, os amo; y si fuérais cristiano nada habia para mí en el universo comparable á vos: si fuérais cristiano preferiria en vuestra compañía este desierto espantoso á todas las grandezas que los reyes del mundo pudieran ofrecerme: si fuérais cristiano, en fin, hubiera deseado, lo confieso, que Dios me permitiese dirigiros á vos solo estos mismos votos, por los cuales debia unirme á él; pero aunque fuérais cristiano, Adhel, no por eso dejaria de hacer á Dios aquí mismo el solemne juramento de permanecer fiel al honor y no manchar mi vida con ningún delito: ¡que sea corta, pero que sea pura, y si muero mañana, que espíre á lo menos sin remordimientos!» Cuando pronunciaba estas palabras, brillaba el amor en las miradas de la virgen, pero un amor lleno de castidad, que al parecer se habia como cubierto de inocencia para tener derecho de manifestarse. Malek-Adhel, siempre á los pies de Matilde, aunque inflamado y fuera de sí, solo se atreve á dirigirla quejas. «No, la dice, tú no me amas; si me amaras te hubiera enternecido mi llanto; serias sensible á mi tormento, y no me dejarías morir en la desesperación: si me amaras, me preferirias á ti misma, y aunque hubieras de ser culpable querrias serlo por

mí... pero ¿quién te ha dicho, Matilde, que reprobarían tu pasión, y que el amor es un crimen? ¿Quién te ha dicho que serás castigada por olvidarte á tí misma, cuando tu amante muere á tus piés?...» — «¿Quién me lo ha dicho! interrumpió la virgen con entusiasmo; Dios, Dios mismo: Adhel, tu voz es muy poderosa en mi corazón; pero la de Dios muerto por mí le persuade con mas eficacia. Sin duda que no bastan sus preceptos para resistir á tu amor, y esto me da mas gloria, pero bastan para inspirarme fortaleza, y en ella pende mi seguridad.» Hablando de esta suerte la princesa, clavados sus ojos en el cielo, parecía que estaba separada de la tierra, y su semblante tenia una especie de gravedad y pureza que en aquel momento apareció á los ojos de Adhel como el ángel del desierto: está asombrado, conmovido, y exclama con el alma estremecida: «Sin duda dices verdad; Dios se ha revelado á tí, habla por tus inspiraciones, y armada de su fuerza te defiendes: tú eres el templo donde está oculto, su verdad está en tus labios, derrámala en mi corazón, penétrame de su luz, hazme digno de ser tuyo.» — ¡Qué escucho! exclama Matilde juntando las manos con movimiento apasionado: ¡se abrirán tus ojos! ¡Dios en su infinita bondad habrá tocado tu grande alma! ¡Ay! si fuese eso verdad, si fuese posible, tu serías el objeto de mi amor eterno y yo fundaría en tí mi felicidad mas que en todas las cosas del mundo, mas que en todo lo que no fuese tú!!

Así se exhala el fuego que la hermosa tenia oculto en lo íntimo de su corazón. El príncipe á sus piés jura vivir ó morir con ella, y la ruega que se obligue con el mismo juramento. Ella no responde todavía, le coge la mano, la estrecha entre las suyas; y le dice: ¿eres cristiano? — ¡Ah! le responde con una especie de delirio apasionado; ¿qué me preguntas? ¿No eres tú el dueño absoluto de mi voluntad? ¿Sé yo lo que soy? ¿Y puedo en este momento pensar, querer otra cosa que adorarte y ser tu esposa? ¡Ah! dignate nombrarme con este título tan dulce, sí, Matilde mía. — No puedo hasta que me respondas, Malek-Adhel, ¿eres cristiano? — ¡Ay! responde; aun á precio de tu amor no quiero engañarte: Matilde, lo confieso, tu virtud me asombra y creo que hay en tí alguna cosa de divino, pero para decirte que estoy sometido á tu ley, conozco muy poco sus preceptos. Sí me obligan á vender á mi hermano y á tomar las armas contra mi patria, yo la desearía, pero sin duda no me lo ordenaría: la religion que ha formado á Matilde no debe formar pérfidos: todo ha de ser en ella hermoso, sublime como tú: llámame pues tu esposo, Matilde, para que este título me dé mas derechos á las gracias de tu Dios.

Esta idea vence repentinamente á la virgen; espera en efecto abrir mas fácilmente el camino de la salud de Malek-Adhel uniendo sus almas, y se persuade que el nombre de esposo anticipará su conversion. Sin embargo, antes de resolverse invoca al Todopoderoso, le pide auxilios, le manifiesta su corazón, aquel corazón tan puro que no osa ceder al amor sino por la voz de la religion, y que no va á pronunciar el juramento del himeneo sino para tener mas medios de atraer á la luz al héroe mas grande del mundo... ¡Eterno, Eterno! exclama con acento humilde. Esto es todo lo que puede decir, porque la viveza de los sentimientos que la agitan es infinitamente superior al lenguaje de los hombres. El príncipe humildemente postrado delante de ella, pide al Dios que desconoce y que oye invocar que mueva el corazón de Matilde. Durante sus mútuas súplicas derrama la luna su luz apacible y tranquila en toda la estension del desierto; ningun rumor ni sonido interrumpe su silencio: parece que en el seno de aquella calma y de aquella soledad debe Dios escuchar mejor los ruegos del alma que le implora y el alma que le implora oír mejor su voz.

La princesa cree que ha resonado en su corazón, cree que el mismo Dios la manda dedicar su vida entera á la salud del héroe que dos veces ha querido sacrificarle la suya: deja caer su mano sobre la del príncipe, las levanta unidas al cielo, desata luego el relicario que cuelga sobre su pecho, le pone delante de los ojos de Malek-Adhel, y le dice: «Aquí, donde calla toda la naturaleza, donde todas las criaturas guardan silencio, háblale tu solo, Dios mío.» Adhel se estremece; una cosa hay en el ademan y en el acento de la virgen que acaba de asombrarle; es mas que amor porque no ha probado nunca semejantes agitaciones. Matilde adivina lo que experimenta, y exclama: Ahora eres digno de ser mi esposo: juro no tener jamás otro que tú: lo juro á ese Dios que en este momento llena con su inmensidad y su omnipotencia este desierto y tu corazón. Ella se detiene, y Malek-Adhel no puede hablar; está oprimido con una inexplicable felicidad y un sentimiento desconocido. Matilde es suya, Matilde es su esposa; pero invocando á Dios en el desierto, poniéndole por testigo de su augusta union, colocándole entre los dos, la virgen se ha adornado de tanta magestad, que á vista del respeto que inspira, la pasión ya no se atreve á manifestarse, y aun las imágenes de los placeres y del deleite se borran del pensamiento de Malek-Adhel.

CAPITULO XXII.

LA aurora ve aparecer, y el príncipe no verá quizá el fin del nuevo día; ¿pero dejará de bendecirle cuando le empieza llamando á Matilde esposa suya? Este nombre, que pronuncia sin cesar, no sobresalta el pudor de la virgen, porque ha jurado cerrar los ojos á sus dulces atractivos hasta el momento en que Guillermo consagre sus juramentos, y descansen confiadamente en la fe del esposo á quien todo se lo ha prometido, excepto el sacrificio de su inocencia. Lleno de valor y de alegría Malek-Adhel se prepara á partir; se persuade que llegará aquella tarde al monte Kaleil, y esperará allí tranquilamente la caravana que le sigue. Presenta á Matilde algunos dátiles y un poco de agua. «Amada mía, la dice, este es el único banquete nupcial que puedo ofrecerte.» Ella se sonríe melancólicamente, derrama algunas gotas de agua en la arena, y exclama: «Así como esta agua humedece una tierra árida, haced ¡oh Dios mío! que vuestra divina palabra caiga como un rocío saludable en el corazón de mi esposo.» Despues dirigiéndole una mirada casta y tierna, lo presenta el único bien que puede darle, el relicario sobre el cual ha jurado ser suya: ella misma se le prende al pecho, rogándole que no se separe jamás de aquel don de su ternura. El se lo promete, y entonces, satisfecha y llena de confianza quiere Matilde probar á caminar; pero el príncipe no lo consiente porque la lastimarán los pedernales cortantes de que está sembrado el desierto. La coge en sus brazos, se anima con nuevas fuerzas, y ya nada teme. Matilde no participa de su esperanza, pero calla, reclina la cabeza sobre el pecho de Malek-Adhel, cierra los ojos, y cae por grados en una especie de estupor que la hace insensible á cuanto la rodea.

Sin embargo, al cabo de algunas horas la parece que se disminuye el movimiento que la conduce, y un temor vago la hiere el alma y la saca del anonadamiento en que se hallaba. Abre los ojos, mira al príncipe, se espanta de la estrema palidez, y mucho mas de la sangre que le cubre: exclama separándose precipitadamente de sus brazos: «¡Cielos! ¿qué ha sucedido? Adhel mío, esposo mío, dime ¿qué monstruo te ha herido?»

— Querida, sosiégate, porque tus temores me hacen padecer mil veces mas que mi afán: estoy bueno, perfectamente bueno... Así dice, y sin embargo un

sudor frío baña su frente, cae de rodillas, y mirando á Matilde se sonríe y procura tranquilizarla, añadiendo con voz desfallecida. «Estoy bueno, perfectamente bueno.» Pero la sangre corre sin cesar: la fatiga, el calor, la agitación le han roto una vena del pecho, y Matilde, sobresaltada al conocer el motivo de su desgracia, emplea sin esperanza diligencias inútiles, y ruega á Dios que no la permita sobrevivir al que ama. Malek-Adhel ve su dolor y procura aliviarle: «Amada mía, la dice, ya recobro las fuerzas, probemos á caminar otra vez, el monte Kaleil no está lejos.»—No, le responde ella, muramos aquí primero: morir juntos, Adhel, no es la mayor desgracia... ¡Ah! si es fuerza dejarte algún día ¡con qué vehemencia pediría yo al cielo esta muerte que va á unirnos!

De este modo Matilde viendo abrirse la tumba ante sus pies, manifiesta sin rebozo lo que desea, y su tierno corazón se goza en una muerte que la permite manifestar todo su amor; pero cuanto mas se patentiza, mas se reanima en el alma de Malek-Adhel el deseo de vivir. Sostenido por la princesa se vuelve á levantar, y procura descubrir la pelada y parda cumbre del monte Kaleil: llama, implora al cielo y á la tierra; pero nadie responde, y sus gritos perdidos en una vasta llanura ni aun los ecos se los vuelven. Desanimado con este silencio, y mas todavía por el espacio horroroso que le separa del mundo, se acerca á Matilde, se sienta á su lado, se resuelve á morir, y ella inclinada hácia él, con el acento mas tierno le dice: que aquella hora en que se atreve á amarle sin temor, sería la mas dulce de su vida si la prometiese seguirla á la eternidad. El príncipe la mira, y aquella mirada la asegura de que no quiere abandonarla. «Si tú lo consientes, añade ella, dentro de pocos instantes Dios nos recibirá á entrambos en su seno.» Malek-Adhel besa el relicario que ha recibido de Matilde, y la responde: «Quiero seguirte á todas partes y perderme contigo antes que separarme de ti.» La virgen levanta los ojos al cielo con reconocimiento; pone una mano sobre su corazón, y da la otra á su esposo diciendo estas palabras: *para siempre*. El responde lo mismo, se miran y se sonrien de nuevo: poco á poco se les acaban las fuerzas; sus pesados párpados se vuelven á abrir con dificultad; se doblan y se apoyan uno á otro. Comienzan á cubrirlos las tinieblas, el frío de la noche va á helar su sangre, y no verán amanecer el venidero día; han visto el último sol...

Sin embargo, en medio del lúgubre silencio de aquellas soledades inmensas, se oye rumor á lo lejos hacia el Oriente: una repentina alegría renace en el corazón del príncipe, se levanta y presta oído: el rumor se aumenta, y no se atreve á manifestar todavía sus esperanzas, pero escucha con mas atención y distingue los pasos de los camellos, el relincho de un caballo, y luego voces de hombres: da palmadas y exclama: «¡El cielo ha tenido piedad de nosotros: oigo la marcha de una caravana; ya estamos salvados!»—¡Ah! replica la princesa con un débil suspiro, si hubieran tardado algunos momentos mas, ya no tenia desgracias que temer.—¡Oh amada mía! reanimate; con la vida vamos á recobrar la felicidad. Y en tanto que él se adelanta á encontrar la caravana, Matilde le responde: «¿Qué mayor felicidad puedo esperar de la mas larga vida que la de morir contigo?» pero el príncipe apenas la escucha, porque solo piensa en salvarla. Hombres se acercan, Malek-Adhel reconoce á sus guerreros: al ver á su príncipe se sorprenden y se arrojan á sus pies con el rostro contra la tierra. «Mis pérfidos soldados me han vendido, les dice, han levantado el acero contra mí, y me han abandonado en el desierto con la princesa de Inglaterra.» Los fieles servidores del príncipe no responden á estas palabras sino cargando de maldi-

ciones á los autores de un crimen que les horroriza. «Valientes amigos, les dice, señalando á la princesa: salvad á esa ilustre desventurada que iba á morir conmigo: socorredla, pues yo no puedo ayudaros... Se han agotado mis fuerzas, y sin vosotros yo no hubiera visto otra aurora.» Dice, y sus guerreros obedecen: unos colocan á Matilde sobre un camello, otros calman el ardor del pecho del príncipe, dándole leche de una yegua robada á los árabes: en fin, llegan al monte Kaleil, detiéndose allí, y en las grutas abandonadas de los ermitaños Matilde disfruta toda la noche un largo reposo; y el príncipe viéndola fuera de peligro, se determina al fin á entregarse al sueño.

Al día siguiente descubren las puntas de las pirámides y despues las altas torres del Cairo; pero cuanto mas se acercan á la morada de los hombres, Matilde se siente mas oprimida de tristeza, piensa en el vínculo que la une al príncipe y en los obstáculos que los separan: en la guerra funesta que divide el imperio de la media luna de los cristianos, y en la incertidumbre en que está del partido que Malek-Adhel va á tomar entre ellos. ¿Abandonará á su hermano? ¿Desertará de sus banderas por colocarse en las de la Cruz? No se atreve á esperarlo ni casi á desearlo. Sin embargo, si permanece fiel á su patria, está segura de que Ricardo no consentirá jamás en darla por esposo al amigo, al aliado, al defensor de Saladino; y Ricardo tiene sobre ella, como rey y como hermano, derechos sagrados á los cuales no puede sustraerse. De esta manera, en el momento en que acaba de librarse de la muerte, la ocupa el interés solo de su amor; y la idea de las obligaciones que acaso la impondrán en el mundo, á donde entra de nuevo, cierra su corazón al placer de vivir.

Tambien Malek-Adhel está agitado por su parte: el severo honor y la inviolable amistad le imponen leyes casi semejantes á las que la religion prescribe á Matilde, y reconoce con vergüenza que el amor se las ha hecho despreciar mas de una vez, pues en lugar de haber ido á reunirse con su hermano y ganar algunas victorias, olvidó sus deberes y la gloria, abandonó el ejército por seguir al desierto los pasos de la hermosura que ama: y subyugado por su pasión acaba de prometer ser cristiano, sin saber si Saladino le mirará todavía como hermano, y si de permanecer fiel á este, Matilde querría considerarle como su esposo.

Estos tristes pensamientos desvanecen insensiblemente sus esperanzas, y la profunda tristeza de Matilde le manifiesta suficientemente que no se equivoca. Ambos se conocen bastante para osar preguntarse: guardan silencio, y entran en el Cairo sin hablarse de felicidad, ni darse el parabien por haberse salvado de la muerte. Al volver á ver á Malek-Adhel, el pueblo, que segun la noticia de los soldados que habian llegado dos dias antes, le lloraban asesinado por los beduinos; el pueblo que le adora sale de su aflicción, y manifiesta su júbilo con gritos vivos y tumultuosos: al punto sabe por los guerreros que acompañan al príncipe la cobarde perfidia de los que le han vendido, y al instante se precipita de tropel á la morada de aquellos perjuros para maldecirlos y vengar en ellos el atentado de que se han hecho culpables. Malek-Adhel no puede impedir que un pueblo furioso le dé aquellos sangrientos testimonios de amor, ni menos que prorumpa en quejas contra la princesa de Inglaterra. No hay un musulman que no le acuse del desastre de Tolemaida, y de la inacción en que permanece el príncipe. Estas acusaciones son justas, y Malek-Adhel lo conoce: se turba, gime, se indigna, y nunca ha padecido aquella alma heroica semejantes tormentos. Mientras Matilde descansa de sus terribles fatigas, él vela dia y noche al derredor de palacio, porque sabe que sus peligros no

han hecho más que mudar de naturaleza: las bóvedas magníficas que la cubren, no la librarán del ciego furor de un pueblo fanático, más difícil de apaciguar que los ardientes remolinos de arena que el viento del Mediodía levanta en la llanura inmensa del desierto.

CAPITULO XXIII.

Pocos dias habían pasado desde la vuelta del desierto, cuando una mañana se presenta á la puerta del palacio un guerrero cubierto de armas verdes, bajada la visera, solo, sin escudero, montado en una yegua de color de ébano. Traía en el brazo un broquel representando un campo de sinople y un zodiaco de plata en medio del cual había una brújula vuelta hácia el signo de virgo, con este mote al rededor: *Busco á ella sola.*

Pide que le introduzcan al instante á presencia de Malek-Adhel: los ugières del palacio le condujeron por la grande escalera de mármol á un soberbio vestíbulo, en donde le dejaron mientras participaban al príncipe su llegada. Se hallaba entonces con Matilde: sorprendido de lo que le anuncian, pregunta quien es aquel guerrero y el esclavo responde, que á juzgar por las armas y talante se le tendria por cristiano, á ser posible se atreviese á entrar solo en una ciudad enemiga. Malek-Adhel que los conocia bastante para saber que muchos eran capaces de emprenderlo, mandó que le llevasen al instante á su presencia, hizo señas á sus esclavos que se retirasen, y luego que se quedan solos le dice: «Date á conocer ahora; sin duda la ilustre Matilde no te detiene, y de mí, ¿qué puedes temer?»—Todo, si estuviéramos en el campo de batalla, pero nada cuando me entrego á tu generosidad, Malek-Adhel. Montmorency es el que está en tu presencia. Al decir estas palabras se quitó el casco y descubrió aquel noble rostro que manifestaba á un mismo tiempo la calma de un alma heroica y la agitacion de un gran sentimiento. Al conocerle previó Matilde que se iba á mudar su suerte, y el temor mas bien que la sorpresa la arrancó un grito y cubrió su rostro de un vivo encarnado. Malek-Adhel, herido del mismo pensamiento, conoció que se aumentaba tambien su turbacion, advirtiendo en el escudo de Montmorency la persona y la divisa que le manifestaban que Matilde era el único objeto que venia á buscar al Cairo. Despues de haberle mirado un momento con el silencio de una profunda sorpresa, le dijo: «Vencedor de Tolemaida, ¿qué audacia es la tuya, y qué infausito genio te ha conducido á estos muros, en donde tu nombre solo seria una sentencia de muerte de que no podria librarte toda mi autoridad?»—Tambien es á tí solo á quien confio mi nombre y mis designios. Escucha, porque el tiempo es precioso y no puedo apresurarme lo bastante á decirte el motivo que me trae.» Volviendo entonces á la princesa hincó una rodilla en tierra, besó el ribete del hábito, y la rogó que le prestase oido. Matilde le mandó levantar avergonzada, y se dispuso á escucharle, y Joselin, sentado entre ella y el príncipe comenzó de esta manera:—«Al llegar al campo de los Cruzados fue cuando supo Metchub que era la reina de Inglaterra y no la princesa la que habia conducido; pero ya no era tiempo de retenerla, y sa cólera no tuvo límites. Prorumpió en quejas amargas contra vos, príncipe, os acusó de perfidia, y aseguró que vuestra conducta no era tanto el efecto de vuestro amor como el deseo de haceros independiente de Saladino y formar una alianza con los cristianos que os ayudase á subir al trono de Egipto. Esta opinion se acreditó en el campo, y todos los Cruzados se regocijaron: el mismo Ricardo la creyó, y no dudó que la mano de su hermana fuese el premio que pidiérais por reunir vuestras armas á las nuestras. Sin

embargo, la ventaja de semejante union no podia determinarle á mirarla con gusto. Lusñan vió á la princesa en la isla de Chipre, y desde aquel momento perdió su libertad. Cuando Sibila murió abrió su corazón á Ricardo, y Ricardo, que le miraba como á su hermano de armas y á su mayor amigo, le juró que si algun dia su hermana renunciaba á sus votos y consentia en tomar esposo, no tendria jamás otro que él.»

—«¡Temeraria promesa! exclamó impetuosamente Malek-Adhel, no la cumplirá mejor que la de volverle su corona... El trono de Jerusalén y el corazón de Matilde no están sujetos al poder de Ricardo.» A estas palabras se avergonzó la princesa, Montmorency la miró con un poco de sorpresa, ella bajó los ojos, y él añadió entonces con un debil suspiro: «Felipe Augusto y los otros soberanos cruzados reprobaron unánimemente la obstinacion de Ricardo en favor de Lusñan, y declararon que lejos de negaros la princesa Matilde, era necesario ofrecérosla por esposa en el caso de que os conviniérais en uniros á nuestro partido, y que nadie podia decidir su suerte sin haber obtenido su consentimiento. No solamente fui yo de esta opinion, sino que propuse marchar al frente de muchos guerreros á buscar á la princesa Matilde en cualquier lugar de la tierra en que la hubiérais ocultado, para informarnos de sus intenciones y derramar toda nuestra sangre para ejecutarlas. Tuve al punto mil guerreros á mis órdenes, y hubiera tenido doble número, hubiera tenido todo el ejército si el anterior general no se hubiera opuesto á ello. Felipe Augusto pedia que se me nombrase jefe de aquella noble tropa, y Ricardo nos condecoró con el título de caballeros de la Virgen: me encargó, señor, que os ofreciese el precio que pidiérais por el rescate de su hermana, y aun, conmovido por los ruegos de los príncipes confederados, añadió que si era verdad que queriais adoptar la fe de Cristo y reunir vuestras armas á las nuestras, haria que el papa le absolviese del juramento que habia hecho de no dar su hermana sino solo á Lusñan. Y yo, señora, continuó dirigiéndose á Matilde, he aprovechado con alegría la ocasion de venir aquí solo por declararos que mil guerreros y yo no permitiremos jamás que impongan leyes á vuestros sentimientos en nombre de ningun interés político. Manifestadme, señora, vuestra voluntad: ya sea que determinéis retiraros á vivir con las hijas del Carmelo, ó á volver con el rey vuestro hermano; no teneis mas que pronunciar una palabra y al instante mil espadas se levantarán para obedeceros.»

—Sin duda, le dijo Malek-Adhel agitado, la tropa está oculta cerca del Cairo: ¿tú no te habrás arriesgado á entrar con ella en la ciudad?—Estoy solo aquí, respondió Joselin: los valientes guerreros que me han seguido están en donde nadie puede verlos: si nos niegas la princesa solo se presentarán para pelear contra tí.—Si contais solo con vuestro valor para arrancarla de este palacio, replicó Malek-Adhel, debeis confiar demasiado en él porque tengo aqui un inmenso ejército para defenderla.—Dóblale si quieris, exclamó Montmorency, pero quitale á su jefe, y no le teneré: fuera de esto no tengo mas que dos preguntas que hacer. ¿Quieres ser cristiano? y vos, señora, ¿quereis ser libre?

En presencia de un héroe, otro héroe no puede ser débil, y junto á Montmorency, Malek-Adhel sintió que se volvia á encender en su alma con un ardor nuevo el fuego del honor: no titubea y exclama: Yo no puedo ser cristiano, no puedo verder á mi hermano, porque mi gloria me lo prohíbe; pero vos, Matilde, ¿quereis ser libre?

—¡Ah Malek-Adhel! replicó ella con un vivo dolor, negaros á ser cristiano ¿no es mandarme partir? La viveza de esta exclamacion admiró á Montmorency

y le hizo presentir una gran desgracia: replicó con voz un poco alterada: «Seguramente es imposible que vuestra alteza sienta dejar la tierra de los infieles: ¡ah! señora; si supierais con qué ardientes ruegos os llama á su seno la cristiandad entera! Todos los días ofrece sacrificios á Dios por vuestra libertad: por vuestra causa Gilermo ha mezclado muchas veces en el santo misterio sus lágrimas á la divina sangre de Cristo; por vuestra causa la gloria que el rey vuestro hermano adquiere en sus innumerables triunfos no es mas que una gloria imperfecta, y el contento que goza la reina en compañía de su esposo es incompleto; no hay un soberano que no se apresure á ofreceros su trono, ni un caballero, añadido con agitacion, que no gima por no tenerle para ofrecérosle.»—Montmorency, replicó con viveza el príncipe, quizá Matilde no es ya libre para aceptarle. Joselin hizo un movimiento de sorpresa: la princesa se volvió avergonzada; pero durante este momento de silencio se oye un ruido extraño en la pieza inmediata, y parece que se acercan los esclavos: inquieto por Montmorency, Malek-Adhel sale precipitadamente, y el primer objeto que se le presenta es un jóven árabe llamado Kaled; Kaled, uno de sus mas rendidos servidores, y el oficial mas valiente del ejército de Saladino. Pasmado le pregunta por qué ha dejado al sultan. Con semblante triste el árabe le responde que quiere hablarle en secreto, y Malek-Adhel titubea, porque mientras habla á Kaled, teme que algun curioso penetre en el aposento de Matilde, reconozca á Montmorency, y divulgue la noticia de que el vencedor de Tolemaida está en el Cairo. Kaled se acerca y le dice al oído: «Créeme, Malek-Adhel, decidete, porque no tienes que perder un momento: todo el pueblo está en fermentacion. Al atravesar la ciudad para llegar á tu palacio he oido quejarse de que un guerrero cristiano estaba encerrado aqui: nombran á Lusignan, á Ricardo y á Montmorency. Tú sabes que todos tres están igualmente proscritos por tu hermano y por el odio del pueblo, de un momento á otro puede ese pueblo venir, forzar tu guardia, romper las puertas, y su furor es todavia el menor de los peligros que te amenazan: el sultan, añadió con voz mas baja, tu hermano mismo ha proscrito tu cabeza.»

—De todo lo que me dices, replicó Malek-Adhel, esto es lo que mas me sorprende, pero no lo que mas me espanta, porque mi hermano me conocerá algun dia. Ven, Kaled, ven, continuó, y le lleva al aposento de la princesa, bien persuadido de que no era el único interesado en la narracion que iba á escuchar. Apenas se encerraron allí le mandó que se explicase sin temor delante de la ilustre princesa y del valiente y leal caballero que estaban presentes: al nombre de amigo que dió á Kaled, Joselin levantó al momento la visera de su casco, diciendo que nada podía temer de un amigo de Malek-Adhel.

Admirado este de tan noble confianza, juró que no se engañaría, y señalando á su pecho: «este, exclamó, te servirá de escudo si te acometen en mi palacio; pero dejemos protestas inútiles entre gentes que saben bien que lo mas agradable de la vida es perderla con honor, y cuéntame Kaled, qué causa ha podido inflamar la cólera de Saladino contra mí hasta el extremo de ordenar mi muerte.»

A estas palabras la princesa espantada arrojó un grito sin dar al príncipe tiempo para tranquilizarla. Kaled replicó con viveza: «¿Qué causa!... ¿Y tú me lo preguntas, Malek-Adhel? A pesar de las órdenes de tu hermano, no has restituido á los cristianos la reina de Inglaterra? ¿No has retenido en tu compañía á la hermana de Ricardo? y cuando te has hecho culpable de esa desobediencia, cuando el sultan acababa de perdonarte la pérdida de Tolemaida; en fin, en este instante, cuando te espera para pelear ¿por

qué estás aqui?»—No ha recibido el sultan ha mucho tiempo la explicacion de lo que me preguntas? replicó el príncipe: ¿el esclavo que le envié al salir de Damietta no le ha entregado mis cartas, y despues de haberlas leído ¿ha podido quedarle duda acerca de mi fidelidad.—Yo no sé, repuso Kaled, si Saladino ha visto á tu esclavo, porque no me toca penetrar sus augustos secretos; pero lo que puedo asegurarte es, que si ha recibido tu justificacion no le ha apaciguado. Hace algun tiempo que la hija de Amaury se presentó á él y le contó tus perfidias: Saladino rehusó creerla: el respeto que tenia á tu carácter imponia silencio á las sospechas; y necesitaba la evidencia para pensar mal de ti. Pero el dia en que Metchub se presentó en su tienda con los ojos tristes, los vestidos desgarrados, y gritando con voz siniestra, hiriendo su frente contra la tierra, que tú le habias engañado, que tú eras un pérfido, hizo estremecer á todos los que estaban presentes con esta terrible acusacion, y Saladino... ¡Ah! ¿cómo podré yo pintarte la desesperacion y el furor que se apoderaron de su alma? Estuvo abatido un momento, y no lo hubiera estado si Metchub no le hubiera anunciado sino la pérdida de su imperio. Sin embargo, la imagen de su reino desolado, de los estragos que hacian los cristianos, de la caida del Islamismo, reaniman su valor y le determinan á castigar con todo su poder á los traidores que quisieren alzarse contra él. Escuchó la relacion de Metchub; supo que, rebelde á sus órdenes, habias enviado á la reina y detenido á la princesa de Inglaterra; que habiendo partido con ella al Cairo ibas á coronarla allí, y que los cristianos se preparaban á sostenerte en tu nuevo imperio. Entonces tu hermano no puso ya limites á su cólera: cuanto mas dificultad habia tenido en creerte culpable, menos podia disculparte de haberlo sido, y no conocia venganza que no fuese inferior á tu crimen. Aquella misma noche juntó el consejo de los emires, yo fui admitido á él, y estas son las terribles palabras que le oimos: «He amado demasiado á Melek-Adhel; le hubiera preferido á mis vasallos, y quizá á mis hijos, y por eso el Profeta me castiga: el perjurio Adhel, sometido al poder de una mujer, de una cristiana, deserta de nuestro culto, vende á su patria, oscurece el esplendor de su gloria y despedaza el corazon de su hermano: uno solo de estos crímenes mereceria la muerte, ¿qué merecerán pues, todos ellos reunidos?» Los emires conternados guardaron profundo silencio: «No os atreveis á pronunciar, continuó Saladino: vuestra lengua busca en vano un castigo digno de su culpa, porque no le halla; la muerte seria el de un esclavo; pero Malek-Adhel no la teme, y es muy poco para él morir; yo sabré imponerle mayor castigo. Metchub, parte para el Cairo; doce mil hombres te seguirán; con ellos someterás á los vasallos que el traidor Adhel haya arrastrado á la rebelion, con ellos te apoderarás del traidor, si acaso es posible que un brazo mortal encadene su valor. Para someterle emplea todos los medios, porque todos son legitimos contra los perjuros: cargado de cadenas le conducirás á la gran plaza del Cairo, y antes de darle la muerte entregará á su vista á la princesa de Inglaterra al mas vil populacho...» Detente, Kaled, detente, tú blasfemas sin remedio, exclamó repentinamente Malek-Adhel, no, tan negro proyecto no le ha podido concebir Saladino.

—Desde que el sultan te mira como á un pérfido está desconocido, sombrío, desconfiado y devorado de inquietud; sospecha de cuantos le rodean, y ha cesado de creer en la virtud, al desconfiar en la tuya. Se goza en tu dolor, y asegura que todo cuanto tú puedas padecer no igualará á los tormentos que él experimenta: en fin, las últimas órdenes que ha dado á Metchub son de no volver á su presencia si no con tu cabeza en la mano.—¡Oh Saladino!

exclamó el príncipe, es preciso que seas muy desventurado, puesto que te has vuelto tan cruel. Pero, Kaled, dime, ¿sabes si el ejército de Metchub se acerca al Cairo.—Le conduce con tanta celeridad, replicó el árabe, que apenas me habré adelantado dos días. Al momento que dió sus órdenes el sultan olvidé tus faltas, solo vi tu peligro, y quise participar de él. Al punto que salí del consejo de los emires, monté en un caballo, cuya velocidad iguala á la de los vientos, y en menos de dos días llegué á la montaña de

Fhor, y sin embargo, desde lo alto de su cumbre percibí á lo lejos en las llanuras arenosas que circundan á Rama el ejército de Metchub que hacía marchas prodigiosas. Corrí entonces con mas rapidez, de suerte que mi caballo apenas dejaba la huella de sus piés sobre la arena; pero Metchub está animado contra tí de un ardor tan vengativo que no me admiraré que la primera aurora le vea acampar en las orillas del Nilo. Toma, pues, tus precauciones, porque las órdenes del sultan son vigorosas. y Metchub



no las mitigará.—Malek-Adhel, exclamó Montmorency, creeme, acepta nuestra alianza, hazte independiente de un hermano sanguinario: voy á buscar á mis guerreros, los conduciré aquí, te defenderán, y defenderán á la princesa: mil cristianos y tú bastan para poner en fuga el ejército de Metchub.—Noble Montmorency, respondió el príncipe apretándole afectuosamente la mano, te doy gracias, pero no acepto tu proposición: no, jamás verán á Malek-Adhel mandar cristianos contra los Musulmanes. La sentencia que ha dado mi hermano contra mí, es una ligera desgracia que sería horrible merecer. Sin embargo, usaré del brazo de tus guerreros, no para mí, sino para ella, añadió señalando á Matilde; para ella que no puede permanecer en el Cairo sin esponer su vida, y quizá mas que la vida; para ella, de quien es fuerza salvarme á separarme.—¡Oh Malek-Adhel! ¿qué habeis dicho? exclamó la princesa. ¡Oh dulce muerte del desierto! Al fin debía llorarte. Pero apenas se le escaparon estas palabras, se turbó por no haber tenido fuerzas para contenerlas, y algunas lágrimas de vergüenza, se mezclaron á las lágrimas de dolor que cubrían su rostro. Malek-Adel se volvió por no verla; conoció que la pena de Matilde acababa de abatir su resolución; que el amor iba á triunfar de ella tambien; y sin embargo, delante de un testigo como Montmorency, ¡cómo habia de manifestarse débil! Así que no duda ya, y acercándose á ella la toma de la mano, la coloca en la del héroe cristiano, y añade con una profunda agitación: «Conducidla al campo de los Cruzados: á vuestra lealtad, Montmorency, á vuestro valor, á vuestro honor confío el honor y la vida de la esposa de Malek-Adhel.» Josefin retrocede sorprendido, porque sus temores no habian llegado á tanto, y exclama: «¡La hermana de Ricardo, una princesa cristiana, la futura esposa de Cristo será esposa de Malek-Adhel!...» Se detiene; la virgen se levanta entonces, y volviéndose á Montmorency con los ojos bañados en lágrimas, y que pintaban muy bien la tristeza de su alma, la modestia de su carácter y la dignidad de su gerarquía, le dice:

«Montmorency, yo no soy la esposa de Malek-Adhel, porque Malek-Adhel no es todavía cristiano, y solo un cristiano puede obtener mi mano; pero he jurado á este príncipe, y renuevo aquí el juramento de no ser de otro mortal que suya. Si persiste en sus errores, entonces volveré á mis primeros votos, y Dios solo le reemplazará en mi corazón: si el cielo le ilumina, si es cristiano...»—El hermano de Saladin no puede serlo jamás, interrumpió con viveza Kaled. ¿Cómo, gran príncipe, cómo permites tan solo esta suposición?—Escúchame, Kaled, replicó Malek-Adhel: tú has visto mas de una vez el ardor con que he defendido el imperio del Islamismo contra el de Cristo; sabes tambien que mi piedad era reverenciada entre los Musulmanes; pero no sabia yo entonces que una virgen de diez y seis años pudiese ser superior á todas las seducciones, resistir aun á las de su propio corazón, y temer la muerte menos que el oprobio. Yo no sabia, añadió mirando á Joselin, que un mortal poseído de una pasión profunda pudiese encadenar sus deseos, callar sus penas y convertirse en defensor de su rival. Tan heroicas virtudes no pertenecen sino á los cristianos, y la ley de Mahomet no obra semejantes prodigios: confieso que me han conmovido, y si la verdad se halla en alguna parte es en la religion que los produce. Con todo eso, aunque conmovido, no estoy convertido, y nunca adoptaré una creencia, cuyo primer precepto sería hacerme infiel á mi hermano y á mi país. Matilde, vos bajais la vista: Montmorency, tú temes responderme; como sois cristianos no os atreveis á decirme que vuestra ley manda y aprueba este perjurio. ¡Oh Matilde! si yo abandonase todos mis deberes por seguirte, ¿seria digno de poseerte? y si violase todos mis juramentos, ¿mereceria recibir los tuyos? Amadísima, al separarme de tí me separo de todo, menos de la esperanza de volverte á hallar. Ese día llegará, no lo dudes, y para alcanzarle no contaré los obstáculos, los venceré; porque nada hay imposible para Malek-Adhel sino hacerse un traidor y vivir sin tí... y ahora recibe mi despedida, porque es preciso que



dentro de una hora... Se detiene, su lengua no puede acabar la frase, y aparta los ojos segunda vez, porque teme que si vuelve á mirar á Matilde le falte el ánimo para dejarla partir.

CAPITULO XXIV.

No necesitó mucho tiempo el príncipe para reunir á los cristianos que se hallaban en el Cairo: hace que les den armas; les habla él mismo; les encarga que salgan separados de la ciudad, y que se reúnan á una distancia que les indica junto á las ruinas de Heliópolis: allí han de esperarle, y les promete ir á buscarlos con la princesa de Inglaterra y el caballero desconocido, cuyo nombre teme decir aun á los mismos cristianos. En la actividad con que dispone los preparativos, en la prontitud con que se ejecutan sus órdenes, en el modo vivo é impaciente con que apresura la partida, parecía que se ocupaba de su felicidad. ¡Ah! es mucho mas, es de la seguridad de Matilde. Perdido, agitado, vuelve á buscarla. «Todo está dispuesto, la dice; vuestras damas y vuestras literas os esperan; saldréis ocultamente por una de las puertas secretas de palacio, y Kaled os conducirá.—¡Oh Malek-Adhel replicó ella levantándose, me ausento; pero antes de dejaros, no me direis lo que será de vos, y de qué modo os librareis de la cólera de Saladino?—Nada sé, respondió él: una sola idea me ocupa, y no es esa; no me preguntéis nada mas, Matilde, no me habéis, perdonad mi flaqueza; por vuestra propia vida os pido que os alejéis, porque no estoy seguro en un momento de tener valor todavía para dejaros partir... Ven, Montmorency, tú eres el que está aquí en mas peligro, no te dejaré: sígueme, nos iremos á juntar con la princesa al fin del acueducto junto á la montaña de Mokatan. Dice, y se lleva consigo al héroe: á la puerta del palacio encuentran un gentío inmenso dispuesto al parecer á cerrarles el paso: Montmorency ha bajado la visera del casco, Malek-Adhel alza la suya y descubre aquellas facciones magestuosas y la frente erguida donde brilla la nobleza de una alma grande: hace un ademán, manda al pueblo que se aparte, y el pueblo pasmado de su osadía, vencido por su ascendiente, y demasiado tímido para resistir á un héroe, obedece y se aparta al punto. Los dos caballe-

ros pasan despacio por medio de aquella multitud que gime al verse encadenada por el respeto que inspira un heróico valor. Entretanto Malek-Adhel no está sin sobresalto, porque teme por Montmorency, y este no experimenta ninguno porque no teme sino por el príncipe. Apenas se ha alejado un poco, cuando Malek-Adhel le dice: «Acabas de pasar por medio de mil muertes, y tu alma ni aun se ha conmovido.»

El caballero respondió sonriéndose, que acaso el arzobispo de Tiro le diría que habia habido un poco de orgullo en haber pasado por allí tan tranquilamente. El príncipe responde con prontitud: «Te confieso, Montmorency, que si hubiera creído notar que tu valor vacilase por la muerte horrible con que acababa de amenazarte un pueblo furioso, no hubiera creído que estaba segura contigo la inocencia de Matilde; porque el hombre débil á vista de la muerte lo es mucho mas á vista de las pasiones.»—Escucha, respondió el héroe cristiano, sean los que quieran mis secretos sentimientos, confiándome los vínculos que te unen á la princesa, has puesto entre ella y yo una barrera que mis deseos mismos no transpasarán. Si es verdad que fuese yo tan desgraciado que conservase mi amor sin esperanza, le encerrare tan hondamente en mi corazón, que Matilde no le descubrirá y morirá sin pedirla tan solo que me compadezca.

Malek-Adhel, mas enternecido que celoso de un heroísmo al cual conocia bien que no podia llegar, iba á responder cuando percibió la litera de Matilde, y al instante fue á encontrarla con Montmorency. Continúan todos juntos por la orilla del Nilo, y cerca de las ruinas de Heliópolis encuentran á los cristianos que, segun las órdenes del príncipe se habian reunido en aquel sitio. La comitiva se paró, y entonces Malek-Adhel dió á conocer á Montmorency á los cristianos y les mostró su jefe. Todos le reconocieron con respeto y alegría, y despues de haber recibido su juramento, el héroe cristiano se puso al frente de aquella corta tropa, llevando la litera de Matilde á su izquierda y Malek-Adhel á la derecha: luego la condujo á la cadena de montañas que se levanta al Oriente: despues de varias revueltas por medio de los torrentes y caminos escarpados; entró en una garganta tan sombría y silvestre que desde la creación del mundo era la primera vez sin duda que tantos hombres habian

penetrado en ella. Allí esperaban á Montmorency los mil guerreros, que al ver á los cristianos revestidos de armas musulmanes se creyeron sorprendidos y se levantaron para pelear; pero Joselin salió al encuentro y los detuvo.

«No temais nada, les dice: es verdad que os traigo el apoyo mas terrible del imperio de la media Luna; pero viene como amigo, viene solo, abandonándose á nuestro honor con una confianza tan gloriosa para él, como para nosotros: viene á entregarnos al tesoro mas precioso que, despues del sepulcro de Cristo, nos han arrebatado las armas mahometanas; nos vuelve á la princesa de Inglaterra.» Los gritos de alegría interrumpieron estas palabras, todos los caballeros rodearon la litera inclinándose respetuosamente y bajando á tierra la punta de la espada: Montmorency volvió á tomar la palabra: «Despues de haber rendido nuestro primer homenaje á la hermana de uno de nuestros mas grandes reyes, ¿no tributareis el segundo á su libertador, á este héroe cuyas virtudes admira, y cuyo valor teme la cristiandad? á Malek-Adhel en fin.» Este nombre tan heroico y tan temido causó entre los caballeros una agitación tan viva como la que les habia producido el de Matilde; y Malek-Adhel se hubiera enternecido sin duda á los honores que le prodigaron si hubiera podido en semejante momento sentir otra cosa que el dolor de separarse de Matilde. Entretanto que Kaled indicaba á los cristianos el camino que habian de seguir para no encontrarse con el ejército de Metchub, la princesa se retira detrás de una roca cubierta con la sombra de una espesura de limoneros silvestres. El príncipe la sigue; ella intenta pronunciar algunas palabras, la fuerza le falta, su pecho se oprime, y en su desórden inclina la cabeza sobre el pecho de Malek-Adhel: él la estrecha en sus brazos con un ardor apasionado, y la dice: «Júrame, Matilde, que ni la voluntad del rey tu hermano, ni las órdenes mismas del jefe de tu Iglesia podrán obligarte á tomar otro esposo.» — Yo lo juro, respondió ella levantando el rostro anegado en lágrimas; ó de tí ó de Dios. Malek-Adhel la mira y no puede vencerse á sí mismo; en vano busca su valor en lo íntimo de su corazón, porque no halla en él sino su amor; y el héroe al querer pronunciar el último á Dios, solloza, se aparta de ella y exclama: «A dios, Matilde, porque si permaneciese un instante mas, partiría contigo.» Mas pronto que el relámpago salta sobre el caballo, pero los cristianos le detienen: instruidos por Montmorency de su quereña con Saladino, le conjuran á que se reuna á ellos, le prometen todos los honores, todas las felicidades, el derecho de sentarse entre Ricardo y Felipe Augusto, y la mano de Matilde; no hay elocuencia que no emplen para persuadirle: el sentimiento que aboga por ellos en el alma de Malek-Adhel tiene mucha mas todavía: Matilde, que ve al príncipe suspenso, que escucha las instancias de los cristianos, se arrodilla, nada dice, pero sus lágrimas eran sus palabras, y Malek-Adhel las veía.

—Ella ruega, y de él pende satisfacerla: él puede darla lo que ella pide á Dios, puede llenar su corazón de una alegría sin límites, puede ceder, ser cristiano y ser su esposo. Kaled asombrado de su silencio se acerca, y con tono indignado le dice: «¿Vacilas, Adhel?» El se estremece, mira á su amigo, y volviendo al punto la brida al caballo, sin responder á Montmorency, huye con rápida carrera: entonces espira en los labios de la virgen el ruego comenzado, deja caer la cabeza, cierra los ojos y querria no volverlos á abrir jamás, porque ya no ha de ver á Malek-Adhel.

Sin embargo, despues de algunos momentos Montmorency se acerca á ella con ademán respetuoso y la pregunta si quiere partir. — Partamos, le responde; ahora nada tengo que dejar.

Triste y pensativo Joselin la conduce á la litera, ella se cubre el rostro y se mete en lo interior del car-

ruaje; si sus ojos no derraman ya lágrimas, su corazón despedazado las derrama todavía, y con todo eso no pide á Dios que la quite su dolor, porque no quiere separarse de él: su dolor que se junta, se une, se adhiere al recuerdo de Malek-Adhel, es en aquel momento su único consuelo y el bien mas precioso que le queda.

CAPITULO XXV.

LUEGO que vuelve al Cairo, Malek-Adhel no va á gemir á los sitios en donde ya no está Matilde, no piensa en llorarla sino en ir á reunirse á ella. El mundo no tiene bastantes obstáculos para impedirle que recobre la felicidad que acaba de perder, porque los acontecimientos pasan, pero cuando la voluntad permanece firme é invariable, halla por último alguno próspero. Con esta idea recobra todas sus fuerzas, sus ojos apagados vuelven á su vivacidad, y el héroe toma de nuevo posesion de sí mismo. Sin embargo, por mas fiel que permanezca á su hermano no quiere dejarse llevar como un esclavo á su presencia: su alma magnánima puede rendirse á una sumision voluntaria, pero se indigna contra una sumision forzada, y con otras pruebas es con las que quiere vencer á Saladino de su fidelidad. Pronunció una palabra, y al punto las tropas dispersas se reunen al rededor de la ciudad: se abren fosos, se levantan murallas, se forman por todas partes atrincheramientos, porque aunque el príncipe está resuelto á defenderse de Metchub, no quiere atacarle. Jamás poseyó ningún mortal mejor que él todas las cualidades que constituyen un guerrero: á un valor ardiente junta una prudencia consumada: peleando como un soldado, tiene presente que es jefe; y en el momento en que parece que está mas ocupado en enristrar la lanza ó arrojar el venablo, no cesa de conducir y dirigir el ejército, al cual es mas útil todavía por sus luces que por la fuerza de un brazo que no tiene igual.

Al segundo dia, despues de la partida de Matilde, los centinelas colocados en lo alto de las torres del Cairo avisan al príncipe que se ve á lo lejos en la llanura entre nubes de polvo numerosos escuadrones, cuyas lanzas relumbran á los rayos del sol: reúne Malek-Adhel sus tropas y el pueblo en la plaza pública, y les dice: —Saladino me juzga rebelde; pero juro que se engaña, y yo lo probaré: envía á Metchub por mi cabeza, ¿quereis entregarla?

Un grito de horror resuena y las miradas de Malek-Adhel no encuentran sino miradas que le juran que no hay un solo hombre al rededor de él que no esté pronto á darle su vida. Tan vivos testimonios de amor le enternecen, le asombran y le manifiestan la estension del poder de que dispone; pero no estima un poder con el cual pudiera ser dueño del Egipto entero, y que no le ha permitido conservar consigo á Matilde: y si en todos tiempos ha despreciado este héroe un trono usurpado, cuánto mas estrecha y limitada debe de ser ahora aquella ambicion, é insuficiente á los vastos deseos de un corazón que no puede satisfacerse sino con las inmensas felicidades del amor!

Malek-Adhel conoce que oponiendo la fuerza al ejército de su hermano va á dar un ejemplo de rebelion y hacerse culpable, pero está irritado del silencio que Saladino ha guardado con él al mensaje que le envió desde Damietta: está irritado de que una palabra suya no haya tenido mas eficacia en el ánimo de su hermano que todas las acusaciones de Metchub; y quiere en fin no someterse sino cuando haya probado al sultan que hubiera podido adquirir el mando.

Sin embargo, para evitar el derramamiento de sangre musulmana envía un heraldo con proposiciones de paz á Metchub: este se asombra al saber que Malek-Adhel, advertido de su llegada, está ya preparado

á pelear : no comprende como esta noticia ha volado con tanta velocidad; pero bien conoce cuanto aumenta esta circunstancia las dificultades de su empresa. Sorprendido Malek-Adhel hubiera hecho pagar cara su derrota; avisado quedará seguramente victorioso. Este obstáculo anima tambien el resentimiento de Metchub, y presta nueva actividad á sus deseos de venganza : pero á pesar de eso no puede negarse á escuchar las proposiciones del príncipe, porque Saladino podia desaprobar algun día su repulsa. Acompañado de algunos oficiales de su ejército marcha al Cairo, entra en el palacio de Malek-Adhel, y se inclina con el respeto debido al hermano de su soberano: el príncipe le hace seña de que se siente : y despues de un momento de silencio le habló así:—Yo sé que Saladino te envia al Cairo con orden de entregar la princesa de Inglaterra al suplicio mas vergonzoso, y derribar mi cabeza : ninguna de las dos cosas se ejecutará, porque en este momento en que te hablo, la princesa Matilde está muy cerca del rey su hermano, y la disposicion de mis soldados es tal, que si pronuncio una palabra esta noche no existirá ya tu ejército. Créeme, Metchub, vuelve á tomar hoy mismo el camino de Siria: ve á decir á mi hermano lo que has visto; dile que la prudencia no te ha permitido dar una batalla en que no podias verte derrotado sin vergüenza, ni victorioso sin pesadumbre; dile que yo ignoro que los cristianos vencedores de Tolemaida se disponen á atacar á Cesaréa; dile que voy allá, y si él quiere encontrarme, allí es á donde conocerá á su hermano, y será dueño de castigarle.—Yo sé, respondió Metchub, que si tu brazo sostiene á Cesaréa, Cesaréa no se rendirá; pero sin embargo yo no puedo volver á la presencia del sultan sin darle pruebas de mi obediencia y de tu sumision.—¿Y qué pruebas exiges? le pregunta con arrogancia el príncipe.—Que te rindas mi prisionero, y te dejes conducir cautivo á los piés de Saladino.—¿Yo prisionero tuyo? replicó Malek-Adhel con una sonrisa amarga : ¿quieres con una sola palabra hacer lo que no han podido los cristianos con todos sus ejércitos? No, Metchub, seria esa demasiada gloria, y no son tus manos las que pondrán las cadenas á las mias. Has oido mis proposiciones, nada tengo que añadir á ellas; si las desechas vuelve al instante á tu campo, prepárate á la batalla, y veremos antes que muera el día cual queda prisionero.

Por mas ofendido que se sintiese Metchub de la valentía de esta amenaza, se alegró de hallar ocasion para aceptar la batalla: declara al príncipe que estando encargado por el sultan de hacer respetar los derechos y la suprema magestad del trono, perecerá por obedecer, y que va á tomar las armas. Dice, y se retira; pero aun no ha llegado á su campo cuando ya Malek-Adhel ha tomado sus disposiciones para envolver enteramente el ejército enemigo. Con una mirada lo ha notado todo, y en un instante lo ha dispuesto. Apenas empiezan á moverse las tropas de Metchub cuando se ven rodeadas de enemigos, y el intrépido Adhel se arroja á ellas, la visera alzada y la espada en la mano, gritando:

«Amigos, compañeros de mis fatigas, valientes musulmanes, ¿vosotros atentais á mi vida?»

A esta voz tan querida de su corazon, á aquella presencia heróica, á aquella frente que coronó siempre la victoria, todos los soldados de Metchub se desordenan; en vano procura reunirlos, porque ya no le escuchan; unos arrojan las armas, otros huyen, y el mayor número corre á colocarse bajo las banderas de su antiguo general. Metchub queda solo, y aquella noche, como Malek-Adhel se lo habia pronosticado, estaba prisionero en el Cairo, y su ejército habia desaparecido.

Una victoria tan fácil permite al príncipe conceder algunas horas de descanso á sus tropas, y la

aurora del siguiente las ve reunidas alrededor de él en la plaza del Cairo. Manda traer á Metchub, y en presencia de los soldados y del pueblo le dice :

—Lejos de experimentar ningun resentimiento por tu conducta, yo la aplaudo, Metchub, porque obedeciendo á tu señor, has cumplido con tu deber : no quiero privarle por mas tiempo de los servicios de tan fiel vasallo; vuelve á su presencia, que yo te doy la libertad; lleva los soldados que quieran seguirte, pues todos están libres como tu : los vasallos de Saladino jamás serán prisioneros de Malek-Adhel. Sin embargo, del mismo modo que les permito seguirte, tampoco te opondrás á que marchen conmigo á Cesaréa, si lo prefieren; á ellos les toca elegir entre nosotros.

Dice, y Metchub busca en vano un hombre que le consuele de la desercion de todos los demás : no halla uno solo, porque ni uno solo ha titubeado. Lo ve y tiembla de rabia. De este modo aquellos numerosos soldados que trajo para castigar á un rebelde, se han convertido en instrumentos de su triunfo y solamente han servido para realzar su esplendor; y aquel de quien esperaba vengarse, es quien le perdona. Es preciso que vuelva solo con su oprobio por el mismo camino por donde pocos dias antes creia marchar á la victoria.

El príncipe conoce su pena, y procura aliviarla diciéndole : «No te aflijas, Metchub, y no mires en la conducta de tus tropas sino el efecto de su valor. He hablado de pelear, y todas han querido seguirme; pero si hubieras sido tú quien las hubiera mostrado al enemigo, contigo hubieran querido marchar.»

Estas generosas palabras no calman la confusion de Metchub; irritan al contrario su resentimiento, obligándole á la gratitud. Abandona apresuradamente el teatro de su afrenta, y parte con algunos oficiales que, compadecidos de su abandono, consienten en escoltarle. Mientras vuelve á tomar el camino de Kurutha, Malek-Adhel adorado de los soldados que acaba de conquistar, les oye darse la enhorabuena por haber mudado de jefe. En sus activas miradas conoce que la certidumbre de la victoria está unida para ellos á la felicidad de tenerle por dueño, y él recompensa tan lisonjera confianza con el único premio digno de pagarla : da orden para la partida, y marcha á Cesaréa.

Los habitantes de aquella ciudad no veian sin inquietud los preparativos de los cristianos que amenazaban sus muros. Aterrados con el de Tolemaida, miraban la caída de esta ciudad como el anuncio de la suya; y para obtener una capitulacion mas suave, estaban resueltos á someterse á los vencedores luego que se presentasen delante de las murallas. Pero repentinamente se presenta un ejército, y entra el desorden en Cesaréa : gritan y repiten ; ¡son los cristianos! ¡son los cristianos! y el pueblo y los jefes turbados y sobresaltados proponen que se abran las puertas al enemigo. Sin embargo, en el momento en que las cadenas crujen en las manos de los soldados y van á bajar el puente levadizo, se deja ver el estandarte del imperio, y al momento saben que es Malek-Adhel quien avanza, que es el que viene á defender la ciudad, y aquel nombre heróico convierte en otros tantos valientes á los soldados que estaban dispuestos á rendirse. Ya están resueltos á sepultarse bajo de sus muros, y aprecian mucho mas el honor de una muerte gloriosa que la vergüenza de una larga vida : ¡tan cierto es, que la vista del héroe eleva todo lo que le rodea, destierra los terrores pánicos é inspira sublimes sentimientos! El pueblo de Cesaréa sale en tropel por las puertas de la ciudad, y se precipita al encuentro del libertador que viene á salvarle, arrojando gritos de alegría : todos quieren tocar sus vestidos y besar sus manos victoriosas : las bendiciones de que le cubren se elevan hasta el cielo : le llaman apoyo de Cesaréa y salvador del imperio. El alborozo que inspira su presencia lo manifiesta en

los enajenamientos mas afectuosos. Los jefes de la ciudad le entregan las llaves, y parece que son mucho mas venturosos en cederle su gobierno que lo han sido en recibirle. Su primer cuidado es dar descanso á las tropas, el segundo ir á visitar las fortificaciones de la ciudad é informarse de sus medios de defensa; su infatigable actividad al momento ha visto todos los pormenores. Entonces únicamente consiente en retirarse con el pretexto de disfrutar algunas horas de sueño; pero es realmente para ocuparse del interés primero de su corazón, aunque el honor haya triunfado de él.

Llama á Kaled. Kaled, le dice, necesito un amigo que esponga por mí su vida, y á tí es á quien he elegido.—Todos los tuyos me envidiarán esta gloriosa preferencia, responde Kaled, pero ninguno la merecerá mejor que yo: habla; aquí estoy pronto, toda mi sangre es tuya.—Sal esta noche de Cesaréa, marcha al campo de los cristianos, procura penetrar en él, infórmate si la princesa de Inglaterra ha llegado: Kaled, te lo confieso, hasta saber si está en seguridad no se cerrará la herida que su partida ha dejado en mi corazón. ¡Si pudiera verla! pero es imposible, porque no te lo permitirán. Si los cristianos te sorprenden y tratan como espía, si amenazan tus dias, pide que te conduzcan ante la princesa, que ella reconocerá á mi amigo y sabrá impedir que le hagan ningun daño.—Te comprendo, responde Kaled, y te prometo que me conducirán ante la mujer que tú amas: está seguro que no volveré aquí sin haberla visto.

A estas palabras, el príncipe conmovido le estrecha en sus brazos: lleno de respeto Kaled, se inclina y le dice: Ya puedo morir ahora que he recibido la recompensa.

Al acabar estas palabras no espera la respuesta del príncipe: parte, y parte venturoso por haber hallado una ocasion de manifestar su rendimiento á su señor; y Malek-Adhel, viéndose objeto de un celo tan ardiente y tan puro, derrama lágrimas mas tranquilas; y el dulce afecto que la amistad esparce en su alma, aplaca un momento los fuegos devoradores de la pasión. Desde la partida de Matilde ahora goza algunos momentos de sueño tranquilo, y lo debe á la benéfica amistad.

Pero en tanto que el reposo le acompaña, ¡qué confusión reina en la corte de Saladino! ¡qué rabia devora el corazón de Inés! Al volver la encontró Metchub que marchaba al Cairo al frente de una partida numerosa de Mulsumanes á ayudar á la derrota del príncipe, y á gozar del suplicio de su rival; pero al saber que Malek-Adhel ha vencido, y que Matilde está salva, hubiera muerto de dolor y de cólera si Metchub no la hubiera dado la esperanza de poder con una marcha rápida alcanzar y castigar á la princesa de Inglaterra antes que llegase al campo de los Cruzados. Inés no escucha mas; los zelos y la venganza la prestan alas, y seguida de los soldados que manda vuela al camino de Tolemaida. Metchub prosigue la marcha, llega, manifiestan al sultan que su hermano ha levantado altamente el estandarte de la rebelion, que es dueño del Egipto entero; y seducidos por su largueza los doce mil hombres enviados para combatirle, se han pasado á sus banderas: que poco contento de dominar el Africa se dirige á Cesaréa, y que allí ha de concluir su alianza con los cristianos, y desafiar con sus fuerzas reunidas á todas las del imperio Otomano.

Pálido é inmóvil escucha Saladino esta relacion en profundo silencio; pero apenas Metchub cesa de hablar, ya no contiene su furor, y gritos terribles se escapan de su pecho; nunca ha experimentado tales angustias, ni ha sufrido semejantes afrentas: sus mas fieles soldados le han vendido, le han abandonado por el pérfido á quien habia entregado su corazón

y la mitad de su imperio. ¡Desventurado príncipe! despedazado tu corazón por tus mas vivos afectos, tu orgullo y tu amistad no respiran sino venganza, y no es ya sobre los cristianos sobre quien deseas derramarla: los cristianos no son ya los enemigos que temes y aborreces mas, y aun te parece que no tienes otro enemigo en el mundo que Malek-Adhel. Solo de su sangre estás sediento; ya no sientes la caída de Tolemaida, no piensas sino en la resistencia de Cesaréa, y poco te importa que los cristianos triunfen de tu imperio con tal que el indigno amigo que ha osado venderte perezca por tu mano. Saladino sale de su tienda, reúne el ejército, recorre las filas, lanza imprecaciones terribles contra los que no maldigan con él la perfidia de Malek-Adhel y la de las tropas que han abandonado á Metchub. ¡Cesaréa! ¡Cesaréa! exclama, tú serás testigo de una venganza que ha de ser tan terrible como el delito.

Dice, y todo el ejército, enternecido de su dolor y conmovido de su cólera participa de su indignacion: millares de espadas se levantan en los aires, gritos furiosos turban su silencio, y por todas partes se oye resonar: ¡Cesaréa! ¡Cesaréa!

Si, allí encontraremos al traidor: allí es forzoso caminar ahora mismo, exclama el sultan, y al momento se aprestan sus tropas á marchar. Saladino deja el campo, que cuida de poner á cubierto de todo ataque: da á Metchub el mando de la vanguardia del ejército; se pone en el centro; marcha apresuradamente, y no rompe el silencio fatal en que el dolor le sumerge si no es para repetir con voz colérica y formidable ¡Cesaréa! Cesaréa!

CAPITULO XXVI.

El afecto que Matilde habia inspirado y el que ella experimentaba, habia instruido su inocencia en los diferentes lenguajes del amor; y aunque el de Montmorency no se espresaba sino con el silencio, no podia dejar de comprenderle; pero tampoco podia dejar de admirar el valor con que le contenia en los límites del respeto mas profundo. Caminaba triste y pensativo é alguna distancia de la litera, y si le preguntaba le respondia con la mayor brevedad posible.

Una vez solamente, como se hablase de Berenguela y de la alegría que habia experimentado al volver á ver á su esposo, le respondió: ¡Ah! señora, para quien os conoce y os ama ¿puede haber alegría lejos de vos?

Despues de estas pocas palabras, que sonrojaron á la princesa, y á las cuales no dió respuesta, calló, y temiendo haber dicho demasiado, espío su falta hablándola menos todavía.

Entretanto se acercaban á la Palestina, Ascalon y Rama quedaban ya detrás de ellos; y muy pronto las altas colinas que rodean á Tolemaida iban á aparecer á su vista, cuando un destacamento considerable de soldados musulmanes, se presenta á lo lejos. La ventaja del número debia darles una gran confianza; pero si hubieran sabido que Montmorency mandaba á los cristianos, acaso con dobles fuerzas no se hubieran creído todavía bastante fuertes. Joselin viendo á los enemigos cargar sobre él á rienda suelta, duda qué partido tomar: queria, segun su costumbre, salir á su encuentro; pero no puede dejar á la princesa porque á ella principalmente es á quien debe defender. Este héroe, que hasta entonces nunca habia permitido que le acometiesen primero, ni habia calculado el número de sus enemigos sino despues de haberlos vencido, por la primera vez de su vida los cuenta, los espera, y todo el esfuerzo de su ánimo está empleado en contener su valor. Los otros caballeros imitan su ejemplo: colocados al rededor de la princesa se contentan con tomar una actitud defensiva vién-



DROZETA.

LADOCHE.

dolos inmóviles y dispuestos á evitar el combate, los Musulmanes asombrados se preguntan si son en efecto los cristianos. Los creen tales por las armas, pero dudan por su accion, porque desde las largas y furiosas guerras que ocasiona entre estos dos pueblos la posesion del árido terreno de Judea, no han visto todavía á los nobles defensores de Cristo detenerse delante de los leones del Islamismo. Esta especie de espanto de que los Musulmanes los suponen poseidos, les inspira una confianza temeraria. Avanzan con precipitacion, persuadidos que no necesitarán grandes esfuerzos para vencer á un enemigo que está en ademán de temerles; pero de repente el brazo de Montmorency desbarata su primera línea, penetra la segunda y rompe la tercera: sus golpes son tan seguros que á todos alcanzan, y tan rápidos que los Musulmanes caen sin haber conocido la mano que los hiere. Sin embargo, á su rostro altivo, á su sublime valor, el nombre de Montmorency vuela de fila en fila, y este nombre formidable derrama en ellos tal espanto, que solo el de Malek-Adhel podrá volverles el valor. Todos se dispersan, todos huyen, un solo guerrero resiste y combate todavía; no piensa en defenderse ni en atacar, todo su furor parece que se dirige contra la litera que encierra á la princesa. Consigue acercarse y arroja su venablo: el tiro parte, atraviesa la madera de la litera, y va á morir en el brazo de la princesa: la sangre corre, y al verla Montmorency se estremece de furor y se precipita tras el guerrero sacrilego. Este, á quien la multitud de cristianos no habia asombrado, tiembla delante de Montmorency, porque conoce que la muerte le amenaza: oprime los hijares de su cabello, pero ni la velocidad de los vientos, ni la profundidad de los abismos le libran de la cólera del héroe. Entretanto le lleva per mil rodeos, y no amortigua la rapidez de su carrera hasta que están muy lejos de los cristianos Joselin se arroja, hiere con brazo vigoroso; el valor de su adversario le admira, pero triunfa de él al momento, porque nunca la victoria ha hecho esperar á Montmorency. Derriba á su enemigo, levanta el brazo, y va á arrancarle la vida.

—Hiere, Montmorency, exclama con voz sorda el guerrero vencido; sepulta tu puñal en el seno de una mujer.

A este nombre el héroe francés se detiene, duda de lo que oye, porque la fuerza que acaba de oponerle es de un soldado; pero cortando las lazadas que

atan el casco reconoce el semblante y la larga cabellera de una mujer; y aunque advierte que los Musulmanes se reunen y vuelven sobre él, el honor no le permite alejarse antes de haber ofrecido su socorro á la que acaba de derribar. Pero apenas Inés está de pié, vuelve á agarrar la lanza, toma el escudo y renueva el combate. Montmorency para sus golpes y no se los vuelve ya; sin duda menosprecia á la princesa que, abandonando su culto y su patria, pelea por los enemigos de su fe, pero respeta en ella el sexo que ha jurado defender; en tanto los Musulmanes se acercan.

—A mí, vasallos de Saladino, grita Inés, y Montmorency es vuestro.

Dice, y Joselin se ve cercado. Libre entonces del enemigo que la detenia, la hija de Amaury parte á buscar á los cristianos y á saciar su venganza: Montmorency conoce su designio, y tiembla por Matilde: levanta su temible espada, abate, y dispersa la muchedumbre de enemigos que le rodean: necesita pelear contra un ejército; pero su valor es grande. Rompe los batallones musulmanes y se precipita tras de Inés, que, rabiosa al verle otra vez, se vuelve con furor y le dirige golpes terribles. El héroe vacila: si derriba á Inés, escapará de los sarracenos que corren furiosos sobre él, y al punto se reunirá á los cristianos; pero teme menos la muerte que la vergüenza de derramar la sangre de una mujer. Con ánimo tranquilo se sacrifica pues, espera á los Mahometanos y pelea al mismo tiempo contra Inés y contra un ejército. ¿No habrá cumplido su destino, no habrá vivido bastante si puede muriendo salvar á Matilde y á los cristianos? ¿y no escucha á sus antepasados que le gritan desde el centro de sus tumbas: que poco importa la vida como el honor permanezca, y que con el nombre que tiene debe contar perdidos todos los días que no se dedican á la gloria?

Esta heroica resolucion le anima con nuevo ardor; todos se asombran de que el valor de Montmorency haya podido aumentarse todavía, é Inés misma comienza á creer que no tiene igual. Viéndole luchar solo contra millares de enemigos, la desigualdad de número la turba, y experimenta en su alma una cosa que se parece á los remordimientos: lejos de embestirle de nuevo está dispuesta á ponerse á su lado, y lo hubiera hecho si no fuese Montmorency el defensor de Matilde. Entretanto amontona las víctimas: su formidable espada recorre todas las filas;

parece que se multiplica; se halla en todas partes cada musulmán cree que tiene que pelear contra un Montmorency; y durante un momento el ejército entero retrocede en su presencia. Pero los Sarracenos vuelven á embestir; no pueden sufrir el oprobio de huir de un solo guerrero, y le cercan por todas partes. En vano Joselin va sembrando la muerte por todas partes; sus enemigos no se disminuyen. Su cuerpo se cubre al punto de heridas y la coraza se tiñe de sangre; ya debilitado, cae de rodillas, pelea sin cesar, y los prodigios de sus últimas fuerzas sobrepujan todavía á los altos hechos de su gloriosa vida.

Pero hacia ya largo tiempo que los cristianos habían advertido la ausencia de su jefe, y se esparcen por la llanura: al fin descubren á los enemigos, y sin decirse una sola palabra vuelan todos reunidos á su encuentro. La soberbia Inés intenta detenerlos, la derriban y pasan adelante; en la multitud de muertos que pisan procuran hallar los cristianos que ayudaron á Montmorency á vencer, y le ven solo con una rodilla en tierra, derribando todavía á los Musulmanes con su espada, mientras que su caballo, tendido á su lado, parece que no se queja tanto de la muerte como de no poder ser útil á su dueño.

Los Sarracenos, que ya empezaban á no poder sostener los esfuerzos de Montmorency, huyen de la vista de los cristianos, llevándose á Inés consigo: pero ¡ay! ya es demasiado tarde, porque Joselin, anegado en su sangre, cubierto de las sombras de la muerte, deja caer la cabeza y cierra los ojos á la luz. Los cristianos le levantan en brazos; le conducen al pequeño campo en donde sus hermanos defendían á Matilde; allí desatan la armadura, y advierten aterrados que el hierro de una lanza ha quedado entero en su pecho. Uno de sus escuderos examina las heridas y no desespera de curarle si consigue arrancarle el hierro que ha quedado en el seno del héroe. Hace algunos esfuerzos, el dolor reanima los sentidos de Montmorency, y abre los ojos. Todos sus amigos, tristes, abatidos, están al rededor: un poco más lejos Matilde, pálida y desolada, mezcla sus lágrimas al jugo de las plantas que esprime entre sus manos delicadas, y han de servir para la primera cura. Montmorency la ve, y la ruega que se acerque: ella viene con el rostro bañado en lágrimas y estampados en él todos los rasgos de una tristeza profunda; presenta la mano al héroe, que la toma, la acerca á sus labios, profiere algunas palabras con voz baja, y añade en seguida: — Ella sola sabrá mi secreto, no le llevaré todo entero al sepulcro.

El llanto de Matilde se acrecienta; quiere hablar, y solo puede pronunciar con el corazón despedazado. — ¡Oh magnánimo héroe! ¿os habremos de perder?... ¿os costará yo la vida? — ¡Ah! la dice; mi suerte es mucho más benigna de lo que yo esperaba, porque muero en vuestra presencia, y hubiera vivido lejos de vos.

Su escudero le interrumpe, quiere probar á arrancar el hierro de la lanza que puede hacer la herida mortal, pero Montmorency le detiene. — Espera un momento, le dice: mi vida me dejará sin duda con el hierro, y necesito todavía algunos minutos de existencia: entonces baja la voz y dice á la princesa: Ante el trono de la misericordia divina, á donde voy á presentarme, rogaré por la conversión de Malek-Adhel: ¡ojalá sea cristiano! ¡ojalá seas venturosa! estos son mis últimos deseos: algún día se lo direis, derramareis juntos algunas lágrimas á mi memoria, y yo veré vuestra felicidad sin celos, porque no los hay en el cielo.

La princesa enternecida se arrodilla y exclama: — ¡Oh el más generoso de los mortales, si los cristianos os pierden, qué será de su ejército, en donde ya no pelearéis! ¿qué será de mi misma cuando todo el campo desolado me pida cuenta de vuestra vida, me vi-

tupere vuestra muerte, y floreceré todos los días la comenzada obra de la conquista de Jerusalén, que vuestro brazo podía acabar! — Si es verdad que un poco de gloria ha ilustrado mis primeros años; si el honor fue mi ley y la religión mi guía; si muero señora, fiel á todos mis juramentos y al Dios de mis padres, mi memoria no bajará cenmigo enteramente al sepulcro, vivirá en el corazón de los héroes, y acaso en el vuestro. — ¡Siempre! exclama Matilde, colocando la mano de Joselin sobre su corazón, y levantando los ojos al cielo para ponerle por testigo de la sinceridad de sus palabras. — Ahora, responde él, deseo que ningún pesar venga á turbar vuestro hermoso destino, porque os debo mi felicidad con esa sola palabra que el mundo entero me hubiera podido ofrecer sin vos.

Entonces volviéndose á los cristianos que le rodeaban: «Nobles y generosos amigos, les dice, si juzgáis que un desmedido orgullo no dicta mi demanda, levantareis mi sepulcro delante de Tolemaida, de manera que sea forzoso pisarle para llegar al pie de las murallas: acaso los infieles no se atreven á ello. — Te lo juramos, ilustre héroe, exclaman los caballeros con voz unánime: si tenemos la desgracia de perderle, tu tumba, erigida en frente de la soberbia ciudad que has conquistado, le servirá de escudo, y desde ella nos defenderás todavía.

Joselin se sonríe con agradecimiento, y después, poniendo la mano en su pecho, mira á su escudero, y le dice: — ¿No es este el hierro que te inquieta y quieres sacar? — Sí, responde el escudero, y plegue á Dios que mi mano pueda intentarlo sin temblar. — Si no necesitas más que una mano firme, responde su amo, la mía no temblará.

Y arrancando al punto con ánimo el hierro que desgarró su pecho, añade: «Cuando se recibe la muerte defendiendo la inocencia y la religión, no hace daño.»

Pero este esfuerzo repentino y violento hace correr su sangre con nueva abundancia y agota las pocas fuerzas que le quedan: sus labios pálidos pronuncian el último adiós, y se cierran para siempre. Sus ojos no verán ya aquel día manos puro que su corazón; sus manos frías caen sin movimiento; su sangre helada se detiene; las lágrimas del agradecimiento y de la amistad no riegan ya sino un cuerpo inanimado, y el alma de un héroe ha desaparecido.

Después de haber empleado el resto del día en los funerales, al siguiente tomaron los caballeros el camino de Tolemaida, se acercan al campo, y se acercan tristemente, porque si vuelven con la princesa de Inglaterra no traen al que la ha librado; y si Ricardo va á bendecirles por el regreso de su hermana, los gritos de Felipe Augusto van á acosarlos y á preguntarles sin cesar: ¿Qué hebeis hecho de mi héroe?

A poco tiempo distinguen en el campo de los Cruzados la brillante divisa que resplandece en el escudo de los caballeros de la Virgen. Ricardo y Lusignan se precipitan á su encuentro; Felipe Augusto los sigue: Berenguela llora porque la dignidad de su sexo y de su clase no la permite acompañarlos para saber un momento antes si halla otra vez á su hermana: El arzobispo de Tiro, espera con piadosa impaciencia el instante que le informe si es necesario que ofrezca á Dios su resignación por la ausencia de Matilde, ó bendiciones por su regreso.

Enguerrando de Fienes es el primer caballero que encuentran los dos reyes: su semblante triste y abatido les hace estremecer: Ricardo le pregunta, ¿han retenido los infieles á mi hermana? — La princesa de Inglaterra vuelve con nosotros, responde; dentro de pocos instantes estará en los brazos de su hermano. — ¿Cómo? ¿viene con vosotros? exclama Lusignan: ¿habéis sacado esa gloriosa presa de las cadenas

del impio, y el dolor mas profundo está impreso en vuestro semblante?

Enguerrando calló y dirigió á la tierra miradas llenas de tristeza. Los dos reyes asombrados de su silencio le miran tambien, no atreviéndose á preguntar al guerrero acerca de una desgracia, cuya estension presentian sobradamente, puesto que la alegría de la vuelta de Matilde no la hacia olvidar. Entretanto procuraban conjeturar qué suceso era el mas fatal para los cristianos, y no teniendo ya que temer la toma de Jerusalén, pensaron en la muerte de Montmorency. Este temor los hiere á ambos al mismo tiempo, hace palidecer al intrépido Ricardo, y derrama en su alma una sensacion que no conoce, porque se parecia al espanto. Lusinan, envidioso de cualquier gloria que sobrepujase á la suya, debia estar menos conmovido de aquella pérdida, y tuvo ánimo para pronunciar el gran nombre de Montmorency. Enguerrando hincó una rodilla en tierra, y con una mano señaló el ataud que se acercaba, y con la otra al cielo. Ricardo quedó inmóvil: en vano comenzaba á distinguir la litera de su hermana; y no se acercaba porque le faltaba ya en aquel momento el ánimo para ser venturoso; pero viendo á Felipe Augusto exclama: — Ah, señor, debia yo anunciaros con lágrimas la llegada de mi hermana! Seguramente la amo mucho, pero no hubiera pagado por su regreso lo que nos cuesta.

Felipe Augusto repara al mismo tiempo en la jóven Matilde, que se acercaba con lentitud hácia su her-



mano, y un poco mas lejos un ataud cubierto con un paño fenebre en que están las armas de Montmorency. Se turba, se estremece, y su dolor es demasiado vehemente para permitirle saludar á la princesa: olvida que es mujer, no ve que es hermana de Ricardo, no siente mas que la muerte de su amigo, y sin pensar en disculparse va á ocultar en su tienda sus penas y su llanto. Matilde recibe con tristeza los abrazos de su hermano, que no osa estrecharla sino suspirando. El ataud del mayor de los héroes parece que no la sigue sino para borrar las lágrimas de alegría por su regreso. Entra en el campo, llevando tras sí el luto de la muerte, y solo encuentra corazones abatidos y miradas afligidas que no se atreven ni aun á admirar el esplendor de su belleza, viendo á su lado el fin de todo lo que brilla mas sobre la tierra, y todo lo que queda de la gloria.

A media legua de Tolemaida, al pié de una pequeña eminencia, y á la entrada de un bosque de sicómoros, fueron depositados los restos de Montmorency. Cubrieron el sepulcro con los innumerables despojos de su última victoria, que á vista de tantos oriflamas, escudos y armaduras tomadas á los infieles por una sola mano y en un solo combate, los que

mejor sabian que nada habia imposible al valor de Montmorency se asombraban de nuevo, y se preguntaban unos á otros, ¿cómo ha perecido el que así desbarataba ejércitos?

CAPITULO XXVII.

Como Berenguela estuviese impaciente por hablar de su bienhechor, y saber de Matilde si habia permanecido siempre indiferente á su amor é insensible á sus deseos, no tardó en preguntárselo. Apenas pronunció el nombre de Malek-Adhel, cuando la alteracion de la princesa fue sensible, pero calló: la reina insistió, y para lograr la confianza de su hermana la manifestó que su corazon era indulgente, porque se adelantó hasta decirle que le parecia que en su lugar hubiera tenido la misma eleccion. Matilde se avergonzó de que hubiese adivinado sus secretos, y acaso los hubiera confesado todos á la reina si no hubiera temido que pasasen á Ricardo; pero aunque amaba y honraba á su hermano, le tenia demasiado respeto para soportar la idea de que fuese el confidente de su fragilidad. Despues de un largo silencio, con los ojos bajos y el semblante sonrosado, dijo á la reina:

— Desde nuestra partida de Damietta he recibido de Malek-Adhel pruebas de una ternura tan pura, tan delicada, tan rendida, que era preciso que yo tuviese un corazon muy ingrato si no se hubiera enternecido: lo ha estado mucho, pero no sé si lo ha estado demasiado: Guillermo me lo enseñará sin duda, y solo despues de haberle hablado, hermana mia, será cuando pueda estar segura de que mi gratitud no ha sido excesiva, y que puedo hablaros de ella sin avergonzarme.

Al considerar todo lo que tendria que confesar, la virgen empieza á sobresaltarse de lo que ha hecho. ¿Cómo se determinará Matilde á mostrarse á los ojos del arzobispo tan indiferente de lo que era al llegar á Egipto, al que la vió entonces al aspecto de un musulman? ¿Qué dirá cuando sepa que está unida á ese mismo musulman con los vínculos mas afectuosos que el cielo y la tierra han establecido entre los hombres? ¡Ay! cuando Malek-Adhel, postrado á sus piés, la rogaba que fuese suya, ella juzgaba que hacia poco no dando mas que una promesa; pero ahora que es preciso revelarla, comienza á conocer su importancia y temeridad.

Atormentada por esta incertidumbre evita las ocasiones de hallarse sola con Guillermo, y aleja siempre, á pesar de las inquietudes de su conciencia, una conversacion que parece que él busca de continuo! para conseguirlo mejor vive menos retirada, se presenta con mas frecuencia al mundo, y no se aparta casi nunca de la reina.

Desde que Berenguela habia vuelto al campo tenia una córte lucida y numerosa, á donde se honraban de ser admitidos los reyes y los caballeros mas ilustres: allí se presentó Matilde, y desde entonces las bellezas que le adornaban no fueron sino bellezas comunes. Matilde las eclipsó á todas y reunió todos los homenajes.

No era ya aquella virgen severa que se ocultaba de los hombres y huia sus miradas: he dicho el motivo secreto que la alejaba de la soledad, y esta diferencia de conducta produjo la idea de que podria renunciar á la vida monástica: por otra parte el sentimiento que llevaba en el corazon comunicaba á su semblante cierta sensibilidad, y á sus miradas una dulzura, que el respeto que habia inspirado en otro tiempo por la austeridad de sus modales, dió lugar á movimientos mas vivos. Ya no veian en ella una santa destinada para el cielo, sino una mujer criada para felicidad y ornamento del mundo; y en fin, se atrevieron á amarla porque presumieron que podria enternecerse.

El rey de Nápoles, Boemundo de Antioquia, Raimundo de Trípoli, el duque de Atenas, y sobre todos el rey de Jerusalén, se consumían en obsequios para atraer sus miradas. Apenas los trabajos de la guerra los dejaban respirar un momento el campo resonaba al punto con el ruido de los torneos y de las justas, cuyo único objeto era la princesa de Inglaterra; y todos estos nobles rivales no deseaban la victoria sino por recibir por una mano tan bella el premio de su valor y de sus hazañas. Pero en medio de tantos homenajes, Matilde no distinguía á ninguno: indiferente á los placeres de que estaba rodeada, como á los votos que la prodigaban, conservaba por todas partes una tristeza que nada podía disipar, y parecía que no se complacía sino al lado del anciano conde Hugo de Tiberiades. Hugo había estado muchos años prisionero en la corte de Saladino, conocía á Malek-Adhel, su mano había calzado la espuela á este príncipe, y le había armado caballero: Hugo le quería por su valor, su generosidad, y por todas las virtudes que le constituían un príncipe completo. Le debía su libertad, la de su numerosa familia y sus tesoros, que Malek-Adhel había mandado restituírle: así no hablaba de su bienhechor sino con un fuego y un entusiasmo que explica suficientemente el placer que Matilde hallaba en escucharle. La misma causa que la deleitaba en las conversaciones del conde Hugo era la que la obligaba á asistir á casi todos los torneos. Allí repetían con frecuencia el nombre de Malek-Adhel, porque los Sarracenos, acostumbrados á ver de cerca á los cristianos en las escaramuzas, se acercaban á ellos sin temor en los momentos de tregua, y frecuentemente se ejercitaban con ellos también en las justas dadas bajo los muros de Tolemaida: los dos campeones puestos en la liza no llegaban á las manos sino después de haberse arengado uno á otro: el vencido quedaba prisionero de guerra, ó rescatado; y en fin era tal la familiaridad, que los cristianos bailaban muchas veces al son de los instrumentos árabes, y cantaban después para que danzasen los Sarracenos. Esta extrema libertad proporcionaba á la princesa frecuentes ocasiones de hablar á los infieles y las aprovechaba eficazmente con la esperanza de saber noticias de Malek-Adhel; pero sus esperanzas eran siempre vanas, y todos los Musulmanes á quienes preguntaba, menos inquietos que ella por la suerte del príncipe, la ignoraban enteramente.

Entretanto un día en una de las fiestas más lucidas que se habían dado desde su vuelta, se presenta de improviso á la entrada del campo un árabe montado en un caballo soberbio: su presencia es alta y noble, y trae bajada la visera del casco. Propone romper una lanza contra los dos primeros campeones que quieran dispensarle este honor, y no pide por premio de la victoria sino el permiso de saludar á la princesa de Inglaterra, y retirarse después sin ser conocido. Aceptan, ruegan á Matilde que elija entre los cristianos los que han de pelear con el infiel, y un instinto secreto le hace nombrar los guerreros más débiles, y á su voz el príncipe de Galilea y el conde de Jaffa salen á la palestra. El árabe toma su parte del campo, vuelve á ellos, rompe la lanza del primero sin haberse movido, derriba al otro, y se acerca caracolando al balcón en que está sentada Matilde, y donde disimula con trabajo la agitación de su corazón, que palpita á la vista de aquel desconocido, como si presintiese quien era el que le enviaba. Lusñan, de pie á su lado, se indigna de la fácil victoria del árabe y se prepara á su vez, pero la princesa le detiene. — Señor, le dice, las condiciones del combate están cumplidas; sería mudarlas el proponer otra nueva carrera, y el honor no lo permite.

Lusñan se detiene impaciente de verse detenido, y sobre todo de serlo por la princesa, sin embargo, todos los presentes siguen la opinión de Matilde y

deciden que el vencedor debe de obtener el premio de su triunfo. El árabe entrega entonces las riendas de su caballo á los escuderos del campo; después, subiendo las gradas que conducen al balcón de Matilde, pone una rodilla en tierra, se inclina profundamente, besa el ribete de su vestido, y al levantarse la dice en voz baja. — Malek-Adhel ha vencido en el Cairo al ejército de Saladino; ahora está en Cesaréa; él es quien me envía á veros, porque no podía vivir en la incertidumbre en que estaba de vuestra suerte: yo soy Kaled.

A estas palabras la virgen se enrojece y se turba; quiere hablar, le falta la voz, y el árabe está ya muy lejos antes que ella haya vuelto en sí. La alegría de lo que acaba de saber, el pesar de no haber respondido nada, la agitan tan violentamente que se fijan en ella los ojos de todos. La reina se sonríe y la coge de la mano; Ricardo la pregunta: — Hermana mía, ¿os ha dicho ese infiel su nombre? — Si lo hubiera hecho, señor, respondió ella con una confusión inesplicable, y me hubiera encargado el secreto, ¿me sería lícito decirle? — Como tu hermano y tu rey quizá podría exigirlo, respondió Ricardo. — Pero como el caballero más cortés de la tierra no le exigiere, interrumpió con viveza Felipe Augusto; ¿y quién puede admirarse de que la persona más hermosa del mundo reciba los homenajes de todas las naciones del universo!

Ricardo se sonrió, y volviéndose á su hermana, cuyo embarazo se aumentaba más y más, la dijo: — ¿Por que te avergüenzas, Matilde? semejante timidez podía ser conveniente cuando al salir del convento el mundo y los hombres te se presentaron por la primera vez; pero ahora que has atravesado el Océano y los desiertos; que los héroes más grandes han puesto su libertad á tus pies; que nuestros mismos enemigos, vencidos por tus encantos, vienen á ofrecerte sus obsequios hasta en nuestro campo, y que el rey de Francia, viéndote tan bella, disculpa su temeridad, es necesario tener más confianza, y saber sostener mejor las miradas que tan bien sabes atraer.

Este discurso no era á propósito para disminuir la turbación de Matilde; y no pudiendo responder á su hermano dirigió á la reina una mirada espresiva rogándola que se dignase socorrerla. Berenguela la comprendió y se levantó al momento diciendo que iba á retirarse. La princesa la apretó la mano y se apresuró á seguirla. Lusñan pide permiso á Ricardo para acompañarlas á las carrozas que habían de conducir las á Tolemaida: le obtuvo sin trabajo, y presentando al instante el brazo á la princesa, la dijo en voz baja: — Ahora, señora, que las condiciones del combate están cumplidas, ¿no podré sin quebrantar las leyes del honor y sin riesgo de desagradaros, acometer al dichoso incógnito, cuya victoria envidio mucho menos que el interés que parece os ha inspirado? — Señor, respondió la princesa con un poco de gravedad, mi hermano mismo no ha osado decir que yo he manifestado interés; ha hablado solamente de mi turbación: en cuanto al caballero desconocido, si podéis alcanzarle no tengo derecho ninguno para impedirlos que peleis contra él. — Yo le alcanzaré, señora, y triunfaré de él, aunque fuese el mismo Malek-Adhel.

Matilde le miró en ademán de dudar, y él añadió con acento irritado: — Vuestra alteza ¿le cree pues invencible? — No: pero me parece, replicó ella sonriéndose, que hasta hoy esa es la única falta que los cristianos han advertido en él.

Al acabar estas palabras subió á la carroza de la reina. Lusñan quedó solo, reflexionó en el tono en que ella había pronunciado el nombre de Malek-Adhel, y desde aquel momento empezó á temer que la muerte de Montmorency no le había libertado del mas terrible de sus rivales. El amor y la ambición le hacían igualmente desear la mano de Matilde, y con



sus fuerzas reunidas no había exceso á que no pudiesen arrastrarle estas dos pasiones. Ricardo le amaba mucho y le había ofrecido sostener sus derechos; pero esto no bastaba, era necesario que Ricardo le amase hasta el punto de obligar á su hermana á unirse á él, porque entonces haciéndose personalmente interesado en su causa, menospreciaría todos los obstáculos para dar el trono de Jerusalén al que hubiese nombrado hermano suyo. Lusñan conoce que sin esta alianza no tiene ya ningún medio de conquistar su reino, y se estremece con la idea de las proposiciones que han hecho á Malek-Adhel. Han hablado mucho de su amor á Matilde: si es verdad que la ha enternecido; si es verdad que ella le ha desengañado de sus errores, y si fuera su mano lo que pudiese por premio de su conversión y del socorro de sus armas, ¿se la negaría Ricardo? No se disimula que aquella alianza sería inestimable para la cristiandad, pero aniquilaría todas sus esperanzas, y desde entonces no la mira ya sino como la mayor de las desgracias. Devorado de esta manera por sus inquietudes, se paseó melancólico y pensativo á la orilla del mar, descurriendo los medios de ganar á Ricardo, y no desecha ninguno de los que pueden conducirlo á su fin. No habla de su tristeza al rey de Inglaterra: deja á sus miradas el cuidado de pintarla, y aun afecta huir del mundo y sus fiestas para sepultarse en los lugares mas sombríos y retirados. Ricardo se inquieta de aquella mudanza; busca á su hermano de armas, y le vitupera su silencio: mi amigo es desgraciado, le dice, y mi amigo huye de mí. Lusñan suspira y le da á entender que la delicadeza no le permite descubrir su pena al que puede remediarla. El valiente Ricardo exige una confesion sincera, y Lusñan, como vencido por el poder de la amistad, nombra á Matilde y se arroja á los pies del rey.—Ven á mis brazos, hermano mio, exclama Ricardo: ya ha mucho tiempo que mi corazón te había dado este título, y la mano de mi hermana le confirmará.—Augusto monarca, responde Lusñan, vos, cuyo gran corazón es incapaz de flaqueza, ¿penetráis la flaqueza del mio? Os lo debo todo, vos me habeis hecho triunfar de un orgulloso rival: vos me volveis mi reino; pero si á tantos dones no añadís la mano de Matilde, abandonadme, porque la gloria y mi reino no me consolarán de la pérdida de este bien.

A estas palabras Ricardo le interrumpe con una áspera franqueza, reprendiéndole la duda que parecía tener en la sinceridad de su amistad, y se obliga antes

de concluido el año á hacerle dueño de Jerusalén y de Matilde. El corazón de Lusñan se inflama de alegría; recibe el juramento del rey, y sin embargo le dice:—Vos que lo podeis todo, ilustre monarca, ¿podeis disponer del corazón de Matilde?—Si ha permanecido libre, replica Ricardo, ella me dejará dirigirla, y creo estar seguro de que ningún mortal le ha enternecido todavía.—En el alma de una virgen secretos de esta naturaleza están ocultos tan de antemano, replicó Lusñan, que es muy difícil penetrarlos.

Ricardo le prometió conseguirlo, y no creyó prometerle mucho; porque, acostumbrado como estaba á conseguirlo todo, le parecía que al momento que lo mandase, Matilde le descubriría todos sus pensamientos.

El mismo día en que tuvo esta conversacion, hallándose Ricardo solo con la reina y el arzobispo de Tiro en el cuarto de la princesa, la habló en estos términos:

CAPITULO XXVIII.

HERMANA mia, cuando el día de los funerales de Montmorency te ví vestida de luto, aplaudí tu conducta y aprobé que honrases así públicamente la memoria de tu libertador, pero si prolongas mas tiempo esas señales de tristeza, se podía creer que hay mas que gratitud en tu pesadumbre.—Si han de suponerlo, señor, respondió ella, voy á dejarle hoy, y volveré á tomar mis humildes hábitos.—No, no son esos los que debes ponerte, la interrumpió prontamente, y ya ha llegado el momento de explicarme contigo acerca de este punto.—Desde tu llegada al campo he advertido que te presentas en el mundo sin repugnancia, y aun parece que descuidas un poco los piadosos ejercicios que te ocupaban constantemente en otro tiempo. Confieso que esa mudanza me ha hecho concebir la esperanza de verte renunciar á tus votos, no porque yo no respete el estado á que quieres consagrarte, sino porque las virtudes de una niña de tu clase deben brillar en un teatro mas grande, y tus destinos te llaman mucho mas al trono que al retiro. Ya veo aquí una multitud de príncipes que andan solícitos á tu lado, y tu mano es el objeto de todos sus deseos: entre ellos el rey de Jerusalén es de primera clase; pero ni su mérito, ni la amistad que le profeso, parece que te mueven, y tu indiferencia es

igual para con todos: sé que en Damieta no se ha desmentido tu severidad: el arzobispo y la reina me han dicho ambos que las raras y brillantes prendas del príncipe Malek-Adhel no te habían impedido despreciar sus votos con el mas frio desden: ¿es tu corazón inaccesible hermana mía, y no puedes amar á nadie? — ¿Qué, replicó Matilde avergonzada, V. M. afea mi indiferencia? ¿Hubierais aprobado que hubiese sido sensible, al amor de un musulmán? — Si el mérito del hermano de Saladino hubiera producido en ti algun efecto, replicó gravemente Ricardo, me hubiera sorprendido poco, y me hubiera afligido débilmente: seguro de que tu razón y tu piedad hubiera triunfado fácilmente de semejante inclinación, hubiera podido esperar que si un infiel había conseguido conmovier tu corazón, un príncipe cristiano, honrado con mi amistad, presentado, recomendado por mí, lo conseguiría mejor todavía. — Y tal vez se hubieran engañado vuestras esperanzas, respondió Matilde un poco alterada... Ignoro la suerte que el cielo me reserva; pero si fuese posible que llegase á elegir alguna vez, sería muy inútil querer obligarme á que olvidase mi elección. Yo no tengo un corazón que pueda amar dos veces. — Si estuvieras dotada de tanta constancia, replicó el rey sonriéndose, debo dar gracias al cielo de tu indiferencia por Malek-Adhel; porque seguramente por mas ternura que te profese, mejor quisiera verte privada de la vida que enamorada de un musulmán. Pero hálblame con sinceridad, hermana mía, ¿es cierto que entre los príncipes y caballeros que te rodean ninguno te ha parecido bastante amable para inspirarte el deseo de renunciar al claustro? — No, respondió Matilde, ninguno ha producido este efecto. — ¿De ese modo persistes siempre en el designio de consagrarte á Dios?

A esta pregunta la frente de la princesa se cubrió del mas vivo encarnado, bajó los ojos y calló. — Nada me respondes, Matilde, y parece que estás sobrecojida: si no es tu vocación á la vida religiosa la que te aleja del himeneo, ¿cuál puede ser el motivo?

Por única respuesta su hermana enjugó en silencio algunas lágrimas furtivas que se escapaban á su pesar. Entonces el rey añadió: — Conozco que un extraño secreto oprime tu corazón, no pido que tu labio lo confiese, porque respeto el poder de una virgen; pero acostumbrado á confiarte sin reserva al arzobispo que nos escucha, supongo que ya sabe el sentimiento que te agita, y te ruego que le permitas que me lo comuniqué. — Desde el regreso de su Alteza, señor, respondió gravemente Guillermo, no se ha dignado llamarme una sola vez á su presencia, y no conozco mejor que V. M. sus disposiciones interiores. — ¿Qué escucho! exclamó Ricardo sorprendido. ¿Después de un largo destierro entre los infieles la piadosa Matilde no ha tenido nada que decirnos? ¿su primer cuidado al llegar aquí no ha sido ponerse en estado de recibir el pan de la vida? ¡Ella! que en otro tiempo se creía culpable de pasar una semana sin que la absolvieran de faltas de que un ángel no se hubiera avergonzado! — La princesa después de su vuelta, respondió el prelado, ha asistido regularmente á todas nuestras ceremonias, pero no ha participado de ninguna. — ¿Puedo creer lo que decís? interrumpió el rey, ¿cuál es la causa de tan gran mudanza? Tu callas, siempre Matilde, y tus ojos llenos de confusión no se atreven á mirarme; pero esa misma vergüenza y esas lágrimas que corre por tus mejillas me manifestan que ha llegado el instante del arrepentimiento, y que no guardarás mucho tiempo un silencio que, si fuera durable, pudiera hacerme concebir extrañas sospechas. Te dejo con el piadoso Guillermo; hálblale hermana mía, y plegue á Dios que no haya nada que altere la ternura que te he manifestado siempre, y me haga arrepentir de haber consentido en tu viaje á Palestina.

Pronunció estas palabras en tono tan severo, que Matilde se consternó. Berenguela quiso acercarse á ella para consolarla; pero Ricardo no lo permitió, y llevándose á la reina consigo, dejó al arzobispo con Matilde.

Apenas se hallaron solos cuando con voz trémula, y los ojos fijos en la tierra, le dice: — Yo no se, padre mio, qué sospechas ha concebido el rey, no se si vos tambien participais de ellas... — Hija mia, interrumpió Guillermo, ¿qué pretendes con esas palabras? ¿No basta tu silencio, sino que procuras engañarme? pero no esperes conseguirlo: te conozco, he penetrado ese corazón lleno de flaquezas, ese corazón que no me cerrarias sino debiese hallar en él culpa ninguna, ese corazón que ha olvidado á su Dios por entregarse á un idólatra. — Padre mio, le dijo Matilde con gran turbacion, ese idólatra es el que ha remitido la reina á su esposo, el que ha roto mis cadenas y las vuestras, y cuyas virtudes, admiradas en todo el Oriente, lo han sido tambien por los cristianos y por vos mismo. — Sí, hija mia, sé todo eso, respondió el arzobispo; sé quien es Malek-Adhel, y á qué terrible prueba te he dejado espuesta: sin duda para resistir era necesario una virtud heroica, y yo te creía capaz de ella: todos los dias rogaba al Eterno por tí, y esperaba no volverte á ver sino para bendecir tu glorioso triunfo... Dios no ha querido darme tan gran júbilo: no ves, hija mia, las lágrimas que me cuesta mi error, jamás se agotarán. — ¡Oh padre! exclamó la princesa, conmovida hasta el ultimo estremo de las lágrimas que veía correr con abundancia por el rostro venerable del arzobispo: vuestras palabras me atraviesan el alma: sin duda fui culpable; pero si supierais á qué estremos me he visto reducida, si conocierais los peligros de que me ha librado Malek-Adhel, y los sacrificios que ha hecho, quizá la piedad sucedería al desprecio. — Yo no te desprecio, hija mia, porque sé que el Eterno no llama á todas sus criaturas á la victoria; pero á todas abre el campo del arrepentimiento. Si has sido como aquellos que no creen sino por un tiempo, y que se retiran al punto que llega la hora de la tentacion, detesta tu fragilidad: penetrada de un vivo dolor, vuélvete toda á Dios: tu corazón, inflamado con la tempestad de las pasiones, se calmará en su seno, y allí solamente encontrará la paz que busca en vano en el amor de las criaturas.

Matilde se puso de rodillas ante el arzobispo, y cubriendo con ambas manos el rostro, bañado en llanto y encendido de rubor, le dijo: — Padre mio, dignaos escucharme: es tiempo de que el terrible secreto que me mata se desahogue en vuestro seno... Pero ¿de qué palabras me serviré para semejante confesion? ¿Cómo he de decirnos que una promesa solemnemente jurada, unos vínculos secretos, y la obligacion misma me unen á Malek-Adhel?

Dice, é inclina la frente humillada encima de las rodillas del arzobispo. — ¡Dios mio! exclamó él, ¡qué amargura reservais á mi vejez! Esta noble y casta Matilde, esta virgen, modelo de las vírgenes, ha sido presa de un musulmán... — ¡Qué decís, padre mio! interrumpió prontamente la princesa: no soy tan culpable que no pueda todavía ofenderme de vuestra sospecha. En la inmensidad del desierto, en donde había quedado abandonada con Malek-Adhel, en donde acababa de sacrificarme su vida, en donde permanecí sola con él, he amado, he prometido, y estos son mis únicos crímenes. Padre mio, ya no creía ver la tierra de los vivientes: la muerte pesaba sobre mi cabeza; Malek-Adhel espiraba á mi lado, y dándole el nombre de esposo consentía en tomar el de cristiano y en seguirme ante el trono del Eterno... — ¡Dios poderoso, confirmad mi esperanza! exclama Guillermo con acento elevado. Hija mia, todavía puedes mirar al cielo sin avergonzarte. — Padre mio, lo creo, respondió la princesa bajando los ojos. — Humíllate, hija

mia, interrumpió segunda vez el arzobispo, y adora la bondad que le ha salvado.

Matilde se postró, bendiciendo á Dios sin duda; pero bendiciendo tambien á Malek-Adhel, porque creía que debía su salud tanto al respeto del príncipe, como á la fuerza con que la habia armado el Eterno. Sin embargo era demasiado afectuoso este sentimiento para atreverse á manifestarle delante del arzobispo, y para que saliese de los labios de una virgen. Asi pues le guardó entero en su corazon, sin que el pudor mismo la permitiese mirar mas de cerca todo el amor que contenia.

Despues de un momento de silencio, Guillermo le dijo: —Hija mia, repíteme esas palabras extraordinarias. ¿Malek-Adhel ha tomado el nombre de cristiano? —En el momento en que creía morir, padre mio. —¿Y al volver á la vida ha abandonado la luz? —Si hubierais estado con él, padre mio; si vuestra elocuencia le hubiera abierto el manantial de la divina luz; si hubiera podido creer que la fe de Cristo no le obligaría á vender á su patria... Pero yo tímida é ignorante, ¿qué podría decirle? ¡Débil caña, me correspondia edificar tan grande obra! Sin embargo, el Eterno sabe como ha seducido mi corazon, y cuánta fuerza á dado á mi ternura la esperanza de hacerle cristiano. —Si por mis cuidados vieses yo descender y brotar la palabra de vida en el alma de este príncipe, exclamó Guillermo, no pediría á Dios otra gloria ni otro bien que bendecir vuestro himeneo y morir. —Padre mio, dice ella entonces con una tierna confusion: si Malek-Adhel fuera cristiano, ¿me permitiríais amarle? —Te lo permitiría sin duda, replicó con vehemencia y emplearía todo mi celo en obligar á Ricardo á que te lo permitiese tambien. —¿Y por qué sería necesario todo vuestro celo para obligarle? mi hermano solo es enemigo del error, y no de la persona de Malek-Adhel. —Ese príncipe ha excitado frecuentemente la admiracion del rey; pero aunque fuese cristiano, quizá dudaria en prometerle tu mano, porque la tiene casi empeñada... —¿La ha empeñado! interrumpió prontamente la princesa: despues continuó con la tranquilidad que excita la confianza. —Padre mio, esa temeraria promesa me inquieta poco, porque mi corazon á mi sola me pertenece, y nadie tiene derecho á disponer de él; y juro que no será jamás sino de Dios ó de Malek-Adhel. Si Dios habla, obedeceré; pero no obedeceré sino á Dios, porque él solo puede separarme del héroe á quien lo debo todo: los hombres no lo podrán jamás.

El arzobispo la miró sorprendido, porque su acento tenia un carácter de tranquilidad y de seguridad, y probaba una fuerza de resolucion de que no la creía capaz. Sin embargo, acordándose en qué situacion habia resistido á Malek-Adhel, pensó que debía haber en aquella alma grandes medios de resistencia, y que, teniendo para oponer á los acontecimientos, á las cosas y á los hombres el mismo valor que la habia defendido del amor, debian contar que la hallarian inmutable. Despues de una larga pausa, Guillermo le dijo: —Hija mia, con el corazon que tienes y el carácter de Ricardo, si Malek-Adhel no se convierte, el porvenir te acarreará grandes desventuras. —Me acarreará una muy terrible sin duda, replicó ella, si no se convierte; fuera de esta, que le perderia para siempre, puedo soportar todas las demás. —Hija mia, la dice el arzobispo con aquella caridad inflamada que formaba su carácter distintivo, y hacia la cual habia dirigido toda la vivacidad de las pasiones: si en la sinceridad de tu alma concibes alguna esperanza de la conversion del príncipe, no tardes en decirme lo: yo iré, á pesar de todos los obstáculos, á consumir esa grande obra. —Padre mio, es verdad que Malek-Adhel ha rehusado seguirme aquí; pero cuando me ha separado de él en el Cairo, Saladino le amenazaba y estaba resuelto á defenderse; — Malek-Adhel

pelea contra Saladino! exclamó el arzobispo: ¡oh maravilla inesperada! ¡oh Providencia! este es uno de tus milagros. —Padre mio, estaba resuelto á pelear, continuó la princesa, y yo sé que lo ha hecho, que ha sido vencedor, y que ahora está en Cesaréa. —Hija mia, replicó el arzobispo, otro día me dirás cuál es el poder invencible que te instruye de su suerte, y cuando has recibido esta estraña noticia: ahora voy á revelarla á nuestros jefes, porque puede ser útil á sus armas. Harto y aun demasiado tiempo se han aprovechado nuestros enemigos de nuestras disensiones, y tambien es justo que nos aprovechemos de las suyas. —¿Vais á descubrirlo todo al rey? le preguntó Matilde conmovida: ¿tendré que avergonzarme á sus ojos de un afecto que desaprobará sin duda? Sin embargo, padre mio, si juzgais que he merecido este oprobio, consiento en sufrirlo. —No, hija mia, no le mereces, replicó Guillermo mirándola enternecido. Si has tenido algunas fragilidades, tambien has conseguido grandes victorias, y el poder de Dios es fuerte en tu corazon.

Dice, y dejando inmediatamente el aposento, fue á buscar al rey.

CAPITULO XXIX.

Al entrar en el cuarto de Ricardo, el arzobispo le halló con el rey de Jerusalén y el duque de Borgoña, á los cuales hablaba con mucha accion. Al momento que vió á Guillermo, se volvió á él y le dijo que el ejército francés acababa de perder á su jefe, pues Felipe Augusto habia partido á Europa, dejando en su lugar al duque de Borgoña. Ya lo sabia el arzobispo: el rey de Francia le habia confiado el secreto, porque tal era el influjo de su evidente virtud, que los monarcas mas poderosos le consultaban siempre sus negocios, y para conceptuarlos justos, necesitaban que los tuviese por tales el arzobispo. Sin embargo, Ricardo se afligia por la partida de su jóven y brillante rival: temia su ambicion, y sospechaba que fuese capaz de aprovecharse de su ausencia para volver sus armas contra Inglaterra. Guillermo dispuso en estos términos una duda tan injuriosa á la gloria de Felipe.

—Con su valor y su reino pudiera hacer mucho sin duda; pero jamás querrá ninguna cosa que no sea grande y magnánima: suframos, pues, que vaya á apaciguar las turbulencias acaecidas en su dilatado reino, y en vez de acusarle compadezcámosle, porque no verá á Jerusalén. Un nuevo beneficio de la Providencia parece que nos allana el camino, porque los dos leones que la defendian están en guerra. Saladino y Malek-Adhel han dejado de estar unidos; sus ejércitos han peleado en el Cairo, y el del sultan ha sido derrotado. Su hermano victorioso ha venido á encerrarse en Cesaréa, y si hemos de creer en las apariencias, no es para defender de nosotros esta ciudad, sino para defenderla con nosotros contra su hermano.

Estas palabras causaron una viva sorpresa á los dos reyes y al duque, y este exclamó, que ya habia llegado el momento de enviar una embajada á Malek-Adhel y ofrecerle el precio que pidiese para ganarle.

Lusiñan se opuso con viveza á esta opinion. ¿No veis, señores, les dice, que la mano de la princesa Matilde será la primera prenda que pediría? Y es tan importante la alianza con un infiel, que para lograrla sea preciso sacrificarle lo mas precioso que tenemos?

—Si considerais que ese infiel es Malek-Adhel, replicó el de Borgoña, os desafío á que imaginéis otra cosa mas feliz para nuestra causa que vérsela defender; y en cuanto al sacrificio, si oso deciros mi modo de pensar, no creo que haria ninguno la princesa de Inglaterra. —¿Sospechais que mi hermana ha tenido la fragilidad de amar á un musul-

man? exclamó Ricardo con tono irritado.—¿Y lo sería, señor, le dijo el arzobispo, haber reconocido virtudes tan sublimes en Malek-Adhel, y haber deseado atraerle á vuestro partido, abriéndole los ojos á la luz? Y por premio de tan gran conquista si vuestra hermana hubiese prometido su mano...—Mi hermana no ha podido prometerla, interrumpió Ricardo colérico: ella conoce muy bien sus obligaciones y mis derechos para haberse atrevido á empeñar su palabra: yo solo dispongo de ella, y ya he dispuesto: si hubiera persistido en sus primeros votos, no me hubiera puesto entre el cielo y ella; pero ya que los renuncia, Lusian será su esposo, y yo juro que no tendrá otro.

A estas palabras el duque de Borgoña se atrevió á hacer presente al rey cuán funesta podía ser aquella resolución á los cristianos.

—Lo es hasta el extremo, señor, continuó, que si Malek-Adhel se convirtiese, y os pidiese á vuestra hermana, veríais todo el consejo de príncipes, todo el campo reunido, toda la cristiandad rogaros que consintieseis en la mas útil alianza que pueda formar la princesa por los intereses de la fe, y vos no se lo negaríais.—¿Y por qué no se lo negaría el rey? exclamó prontamente Lusian: ¿No tiene á su lado guerreros, cuyo valor es igual al de Malek-Adhel? ¿Y no se puede vencer sin ese musulman? ¿Ah! si el ardor que tengo en mi alma pudiese animar á todo el campo, ¡con qué menosprecio desearíamos los socorros de un infiel, y cómo le mostraríamos que no le necesitamos!—Lusian, le dijo el arzobispo con severidad: ¿no basta la idea de haber perdido un reino para abatir vuestra vanidad, reprimir sus ímpetus y conteneros en la humildad? ¿No basta haber levantado en el campo, por intereses puramente humanos, esa sangrienta querrela que amenaba arruinar la causa del cielo? ¿No basta haberos confirmado en un título y una dignidad que quizá no mereceis, ya que os lo habeis dejado quitar? ¿Por qué habeis de obligar al rey de Inglaterra á cumplir una promesa contraria á los intereses de la fe, que si no le eximieseis de ella en este instante mismo cometeríais una culpa gravísima?—Padre mio, exclamó respetuosamente Ricardo, no traspaseis los límites que os permite vuestro ministerio; y ¿es toca á vos eregiros juez entre Lusian y yo?—Me toca, replicó el arzobispo con tono grave y que infundía respeto; defender la religion contra cualquiera que intente perjudicarla: me toca sostener á la inocencia y á la fragilidad contra cualquiera que se prepare á oprimirlas; y si en público no he faltado nunca al respeto que se debe á las testas coronadas, que son como las imágenes de Dios en la tierra; me toca hablarlos en particular como á hombres llenos por desgracia de debilidades y de errores, y que con demasiada frecuencia desconocen y resisten la voz del Dios que representan. A vos, Ricardo, me atrevo á declarar que si, abusando de vuestro título de monarca y de hermano, tiranizais el corazon de la princesa Matilde, la defenderé de vos; y vos, Lusian, si el interés de una pasión ciega cerrase vuestros ojos á mayores intereses; si apremiando á Ricardo á cumplir la promesa que su imprudente amistad os ha dado, le obligáseis á rehusar una alianza que nos anticipase un dia solamente la restitucion de la ciudad Santa, sabed que mi deber sería declararos para siempre indigno de poseerla, y sabed que yo nunca he faltado á mi deber.

Después que pronunció estas palabras, Guillermo hizo una reverencia á los reyes, y salió.

—¿Qué me importa la temeridad de su celo, ni sus preocupaciones obstinadas! exclamó Lusian: ¡qué me importan sus vanas amenazas y las del consejo reunido! Esto no me intimidaría mucho, y no mudaría nada mis resoluciones si tuviese seguridad de las vuestras, dijo á Ricardo.

Este le respondió con una especie de indignacion: ¿qué desconfías de mi palabra?

Al verle ofendido Lusian se arrojó en sus brazos, y le dijo: perdona á tu hermano y compadécete; juzga de su amor por su falta, y no le castigues por haber dudado de tu fe.

—No hablemos mas de eso, respondió Ricardo; otros intereses nos llaman. Malek-Adhel está en Cesaréa, asegurémonos de sus designios: si son como nos dicen; si es verdad que se ha revelado contra Saladino, haciendo avanzar una parte de nuestras tropas, ellas podrán observar á nuestros enemigos, aprovecharse de su querrela, y abrir el camino de la victoria al resto del ejército.

El duque de Borgoña aprobó esta determinacion; y no habiéndose atrevido á oponerse á ella Lusian, en menos de una hora se reunió el consejo. Ricardo habló el primero; espuso á los príncipes los acacimientos que habian sucedido en el Cairo, y que sabia de boca de Guillermo; y no les ocultó la esperanza que habia de atraer á Malek-Adhel al partido de los cristianos. Quiso añadir en este asunto su opinion; pero no le fue posible, porque la esperanza que acababa de darles derramó en el consejo un júbilo que no podian contener, y todos exclamaban con un sentimiento unánime que no habia precio ninguno que no debiese pagarse por el beneficio de ganar semejante auxiliar. Los obispos principalmente, apoyados por el legado del papa, sostuvieron que la conversion de Malek-Adhel, siendo para el bien de la cristiandad infinitamente mas interesante que la conquista de muchos reinos, cualquiera que se opusiese á que se cumpliesen enteramente las condiciones que exigiese aquel príncipe, seria mirado como criminal ante Dios y ante los hombres.

A este discurso Lusian se levantó colérico, y respondió, que era vergonzoso que los cristianos diesen á entender que fundaban en un infiel el triunfo de la causa sagrada que defendian, consintiendo en comprar á todo precio su socorro: y ¿qué, exclamaba, nos fiamos tan poco en Dios y en nuestro valor que no osamos esperar la victoria si Malek-Adhel no está con nosotros? ¿y estamos de tal manera dejenados que no podamos contar en nuestro ejército héroes que valen tanto como él? Es verdad que ha muerto Montmorency, pero Ricardo vive todavía. Si Felipe Augusto nos abandona, el valeroso duque de Borgoña nos queda; y vos, ilustre conde de San Pablo, vos, Esmengar de Asp, noble jefe de la invencible tropa de los hospitalarios, vos que nunca habeis retrocedido ante el enemigo, ¿no os avergonzáis de ver á los cristianos ensalzar el valor de un infiel sobre el vuestro y conceder á su proteccion lo que rehusarian quizá á vuestro sacrificio? En fin, os pregunto á todos los jóvenes y valientes héroes que habeis jurado defender la hermosura doliente á costa de vuestra vida, ¿si para lograr el singular beneficio de ser mandados por un musulman, permitiéreis que sea victima suya la princesa de Inglaterra?

No pudo concluir, porque de todas partes de la asamblea, los príncipes que aspiraban al himeneo de Matilde se levantaron indignados, exclamando que jamás permitirian que fuese presa de un infiel. Entonces el arzobispo de Tiro hizo seña de que iba á hablar, y el respeto impuso silencio á todos.—Me parece, dijo, que el rey de Inglaterra ha comprendido mal é interpretado peor las intenciones y deseos del partido que en esta asamblea se ha declarado en favor de Malek-Adhel—Ahora, dijo el duque de Borgoña, nuestro primer cuidado ha de ser enviar una parte de nuestras tropas á Cesaréa, para saber cuáles son las verdaderas disposiciones de Malek-Adhel; el segundo debe ser el jefe que las conduzca; y este honor se disputaría sin duda con tenacidad, si fuese posible, en ausencia de Felipe Augusto, disputárselo á Ricardo.

Dice, y repentinamente anuncian las aclamaciones de la asamblea el júbilo que inspira esta ilustre elección.

Lusiñan quiere seguir al rey de Inglaterra á Cesaréa; pero sus deseos encuentran la mas fuerte oposición. Dicen que durante la ausencia de Ricardo, puede el ejército de Saladino atacar el campo, y es forzoso que Lusiñan queda para defenderlo. Guillermo apoya esta opinion, y nunca han tomado los cristianos una determinacion contraria al dictámen de Guillermo.

Envanecido y venturoso con la prueba de estimacion y confianza que acababa de recibir de los príncipes cruzados, Ricardo no quiere tardar un dia mas en mostrarse digno de merecerla. Anuncia que dentro de pocas horas estará lejos de Tolemaida, y va el mismo á elegir al campo los soldados que han de seguirle. Les habla, les comunica sus proyectos, celebra la gloria que lograrán con la conquista de Cesaréa, y les hace entrever la esperanza de que será sostenido en esta empresa por el mismo Malek-Adhel. Dice, y todo el ejército exclama, que ya no hay enemigo que combatir, victoria que no sea segura, ni ciudad en estado de resistir si Malek-Adhel abandona á los Musulmanes. Al ver el júbilo que se derrama por el campo, se diría que las puertas de Jerusalén acababan de abrirse, y que el imperio de Cristo no puede ya caer, puesto que el héroe árabe consiente en sostenerle. Ricardo se asombra del efecto que produce esta noticia.

Las tropas que va á conducir, que acaba de escoger, han manifestado menos confianza y alegría en tenerle por jefe, que en no tener ya á Malek-Adhel por enemigo. Esta idea llena su corazon de amarga envidia, y desde este dia los juramentos que la amistad le habia hecho prestar á Lusiñan, fueron sellados por su odio á Malek-Adhel. Con el corazon irritado vuelve á entrar en su tienda á tomar sus armas. En tanto que la tierna Berenguela las ata por sí misma bañándolas en llanto, él deja escapar palabras amenazadoras contra Malek-Adhel. La reina supone que aquel enojo nace de la inquietud de ser vencido por el príncipe, y esforzándose á tranquilizarle le irrita mas. Le recuerda todos los beneficios de aquel héroe; le pinta las ventajas de los cristianos si pasa á su partido; le dice en fin, que aun cuando permanezca fiel á Saladino, y quede victorioso, ella estará sin inquietud, porque ha prometido respetar los dias de su esposo. A esta palabra el rey hizo un gesto de cólera y de desprecio: ser favorecido por Malek-Adhel le parecia la injuria mas terrible; y no pudiendo contener el ímpetu de su resentimiento respondió á la reina, que si otra vez le oia pronunciar una palabra en favor del príncipe, creeria que no habia estado impunemente en su compañía. Trastornada con lo que oia Berenguela, no halló palabra para justificarse de semejante sospecha, y Ricardo, avergonzado de haberse atrevido á suscitarla, pero demasiado irritado para arrepentirse, pasó al aposento de Matilde, llevando en su alma el pesar de un agravio que era para él un nuevo motivo para aborrecer á Malek-Adhel. Halló á su hermana arrodillada delante de un reclinatorio, sumergida en piadosas meditaciones: levantó la cabeza cuando entró, y se estremeció á vista de aquel guerrero armado que al principio desconoció. El rey se detuvo de pié algunos pasos de ella, y con semblante sombrío la dijo:

— Hermana mia, yo parto en el instante á Cesaréa; voy á sorprender aquella ciudad; y quizá á apoderarme de ella: dicen que el príncipe que la defiende está dispuesto á ayudarnos: dicen, y simduda lo ha sabido por tí el arzobispo de Tiro, que ya en el Cairo ha levantado el estandarte de la rebelion contra Saladino. No examino si el honor aprueba esta conducta, y si la religion debe envanecerse de una con-

quista que se debe al amor, y que no consigue sino por un perjurio: no examino con qué ojos recibirías los votos de un príncipe que solo podria unirse á tí y á nuestra fe violando las leyes de la sangre y de la patria; todo esto me importa poco. Que nos ayude sin condiciones á conquistar á Jerusalén, y sino que permanezca en sus errores, que nosotros sabremos vencer sin él; y yo lidiaré contra su ceguedad con las armas en la mano. Dichoso yo si dándole la muerte libro á los cristianos de su mayor enemigo, y si estimo bastante á mi hermana para estar seguro de que, unida como lo está á su fe, renunciará sin sentimiento á un infiel.

Al acabar estas palabras miró á Matilde con semblante mas benigno, y salió sin esperar respuesta. La desventurada queda sola, llora, y aparta temblando el pensamiento de un porvenir en que pudiera encontrar la horrorosa imagen de su hermano sepultando el hierro mortal en el seno de Malek-Adhel; Malek-Adhel, que por su causa no osaria quizá defenderse. Luego al ruido de las trompetas y de los timbales que anuncian la partida del ejército, se aumentan sus gemidos. El piadoso Guillermo, cuya caridad ve desde lejos las lágrimas de los desgraciados, adviene su dolor y viene á consolarla. Al verle levanta las manos al cielo, y exclama: ¡Padre mio! ¡oh padre mio! y se detiene avergonzada de un amor, cuyo exceso enciende sus mejillas, y que lejos de debilitarse con los obstáculos, parece que con ellos se aumenta. Guillermo ve su desesperacion y, aunque vituperándola, piensa mas todavía en calmarla. La dice que si Malek-Adhel permanece en sus errores, será forzoso olvidarle; pero la dice con mas frecuencia, que si se convierte podrá amarle.

El arzobispo echa un velo sobre todas aquellas palabras de amor: no escucha sino las que interesan á la religion, y que la religion purifica, y las resoluciones de Ricardo son el objeto de algunas conversaciones con Matilde. La promete intentar todo para mudarlas.

El legado del papa y yo no omitiriamos nada para persuadir á tu hermano que será responsable de toda la sangre cristiana que su negacion obligue á derramar. Seria sin duda mas honroso para Malek-Adhel que una pasion humana no determinase su fe; pero cualesquiera que sean los caminos de que Dios se sirve para atraer á sí á los infieles, nosotros debemos adoptarlos y sostenerlos.

De este modo las promesas de Guillermo reaniman las esperanzas de Matilde; y viéndole todos los dias levantar al cielo sus manos venerables para pedirle la conversion del héroe, se atreve á esperar todo de sus oraciones, se pregunta á sí misma ¿cómo ha podido callar tan largo tiempo sus penas al que ha llegado á ser el único consolador de ellas? La princesa se retira del mundo; no se presenta ya en la corte, y ne prefiere á su soledad sino los momentos en que Guillermo consiente en escucharla. Ni aun entonces le habla de su amor, sino de sus esperanzas, porque la severidad del prelado no se prestaria á tiernas confianzas; pero su religion acoge con alegría todo cuanto puede inducirle á creer que se prepara un gran milagro, y su caridad se inflama con la idea de conquistar un nuevo hijo á la Iglesia. Matilde le dice algunas veces.

— Padre mio, Malek-Adhel no se ha parecido á los demás Mahometanos, que todos desprecian y ultrajan á los cristianos, y vos mismo habeis sido testigo de la bondad con que los trata. Si no cree en el sagrado nombre de Cristo, á lo menos le respeta, y nunca ha pronunciado su boca una palabra que haya podido escandalizar mi fe. ¡Ah! no hay duda que si ha rehusado hasta ahora el bautismo, mas bien ha sido por adhesion á su hermano que á Mahomet. Si él juzgase que mi creencia era falsa ó peligrosa, ¿no hubie-

ra intentado quitármela? Al contrario; cuántas veces en los momentos en que mi religión rechazaba mas su amor, se ha admirado claramente de su santidad y de su poder: en fin, si hubiéramos perecido en el desierto, hubiera muerto cristiano... ¡Oh padre mio! está dispuesto á oiros, dispuesto á creeros, y quizá no se necesitan mas que algunas instrucciones vuestras para que la luz de la verdad ilumine su corazón y le inunde por todas partes.

De este modo, sin artificio, y arrastrada por la necesidad de creer lo que desea, la inocente Matilde pone sin cesar á vista del arzobispo las razones que pueden animar sus disposiciones en favor de Malek-Adhel, y dar mas fuerza á sus oraciones dándole mas fe en su éxito. Guillermo, cuya imaginación ardiente, y cuyo corazón abrasado amaba á Dios con una viveza tanto mas apasionada, porque la perfecta austeridad de sus costumbres no le habia permitido nunca amar á otro objeto; albergaba en su alma tanta fe, caridad y amor, que tambien debia albergar en ella mucha esperanza. Inflamado de aquel celo que desprecia el trabajo, y emprende mas de lo que permiten sus fuerzas, no dudaba que algun dia lograria la gloria de conferir el augusto sacramento del bautismo al héroe mas grande del mundo; y si para consumar esta obra de misericordia hubiera sido preciso dar su vida, Guillermo no hubiera vacilado un momento en sacrificarla.

Entretanto pasaban dias y no llegaba ninguna noticia de Ricardo á Tolemaida, y el mismo silencio cubria la suerte de Malek-Adhel. En vano Matilde, despreciando su timidez ordinaria, multiplica las preguntas, que hacen casi adivinar su secreto: permanece siempre en aquella ignorancia que para las almas vivas y tiernas es el peor de los tormentos, porque dando lugar á suponerlo todo, da tambien lugar á temerlo todo. Frecuentemente la encuentran al pié de los altares arrodillada en el mármol, abismada con un profundo recogimiento, sin ver ni oír nada de lo que pasa junto á ella: ninguno se atreve entonces á interrumpirla sino el arzobispo que, conociéndola bien, se acerca y la dice: Hija mia, ¿qué pensamiento te ocupa tanto tiempo y tan enteramente? Piensa bien en ello: si, semejante á los sucesores de Aaron, traes al tabernáculo un fuego extraño; si es solo el amor humano quien te conduce y te detiene aquí; si lejos de cautivar tus memorias las das toda licencia, hija mia, eres siempre una víctima, no ya de la misericordia, sino de la cólera y de la venganza de Dios.»

CAPITULO XXX.

Dos grandes ejércitos se dirigian á Cesaréa: el héroe que la defendia y los combates de que iba á ser testigo, hacian que fuese en aquel momento la ciudad mas importante de Oriente. Mientras por el lado del mar Ricardo acababa de apoderarse de una colina cubierta de árboles, desde donde descubria fácilmente las torres de Cesaréa coronadas de altos chapiteles, Saladino por el lado opuesto acaba de llegar á las murallas de la ciudad y Malek-Adhel, instruido de la venida de su hermano se preparaba á recibirle. Entretanto los cristianos viendo desplegar el numeroso ejército del sultan en la llanura, aprovechan la sombra que les oculta para observar en silencio el partido que toma Malek-Adhel, y asegurar el instante favorable de caer sobre su enemigo. Pero la distancia á que están, solo les permite ver el movimiento general de las tropas sin percibir las acciones particulares; no distinguen á Saladino avanzando colérico á las puertas de la ciudad, ni principalmente á Malek-Adhel viniendo á abrirlas con sumision. Esta muestra de agradecimiento no apacigua al sultan, porque tiene muy presente todavia la sublevacion del Cairo

para atribuirla á otros motivos que al temor. Se asombra sin embargo de la timidez de Malek-Adhel, y por él se avergüenza: perdiendo su virtud ha perdido tambien su valor, se dice á sí mismo y sin dignarse volver los ojos á su hermano, á quien ya no estima, exclama: — Soldados, asid al rebelde, y que vuestras espadas fulminantes le consuman en el fuego de mi cólera con la rapidéz del rayo.

A esta órden cruel su tropas permanecen mudas y consternadas; pero las de Malek-Adhel que lo han oído, se conmueven, al socorro de su jefe, y le arrancan de la vista del sultan. Saladino furioso saca la espada y manda á sus soldados que le sigan: los del principe sin esperar su órden, ni considerar la desigualdad del número, se arrojan con tal impetu que en un momento rechazan á las tropas enemigas, y el soberbio sultan se ve obligado á retroceder. Desde la cumbre de la colina han percibido el combate: ya no dudan que Malek-Adhel está en rebelion declarada, y que ha llegado el momento de reunirse á él, y todos se precipitan, cargan sobre la retaguardia del ejército del sultan, la sorprenden, la dispersan y la destrozan. Viéndose acometido por todas partes, Saladino no puede ahuyentar el espanto que se apodera de su ejército: las filas se replegan y ceden sin pelear: en pocos instantes han hecho los cristianos tantos prisioneros, que casi están recelosos de su número: Ricardo dice al principe de Tarento:

— Tomad mil quinientos hombres, y conducid nuestros prisioneros al campo: anunciad mi victoria, y que nuestros hermanos se regocigen: Malek-Adhel es nuestro, y esta noche el nombre de Cristo será bendecido en Cesaréa. El principe de Tarento obedece; carga de cadenas á los Mahometanos, y vuelve á tomar el camino de Tolemayda. Mientras se aleja, Malek-Adhel ve la derrota de Saladino, la fuga del ejército, y al punto resuenan en su corazón los imperiosos gritos de la sangre y de la patria. No duda obedecerlas; corre con velocidad, atraviesa los escuadrones mas cerrados, busca á su hermano, le halla, y le dice: — Seamos ahora amigos; Saladino: el enemigo está allí que nos lo manda, rechacémosle juntos: despues de la victoria, tendrás sobrado tiempo para ordenar mi muerte.

Dice, y sin esperar que su hermano le responda atraviesa por medio de las filas desordenadas, reúne los soldados, se pone al frente, y en donde quiera que se presenta muda la suerte del combate. Saladino sorprendido y conmovido le sigue con la vista y agitado con una multitud de pensamientos confusos, se pregunta, qué es lo que debe creer, si ha de mirar á Malek-Adhel como á un traidor, ó como al apoyo mas firme de su trono: sumergido en esta incertidumbre no cuida de acometer ni de defenderse: Malek-Adhel rompe el ala derecha de los cristianos, y mientras la derrota; se aprovecha el ala izquierda de aquel momento, y cae toda entera sobre el sultan. En el triple penacho amarillo y negro que ondea sobre el casco le conoce Ricardo, y se arroja á él gritando: seguidme, cristianos, que Saladino es prisionero.

A vista de tan eminente peligro vuelve en sí el sultan, y su temible espada divide por medio el broquel de Ricardo; pero no por eso se detiene el intrépido monarca, arroja los pedazos del broquel, coge con una mano la brida del caballo de Saladino, y con la otra le presenta la punta de la espada; diciéndole: — Ríndete, Saladino. — Ni aun mi cadáver te rendiré, replicó el sultan, porque mi hermano le salvaria de tus manos. — Qué dices de tu hermano le dice Ricardo: tu hermano es nuestro. — Mi hermano es mio, le responde, y grita de pronto con voz terrible: Malek-Adhel, socórreme, que los cristianos son vencedores.

En lo mas vivo de la refriega le oye Malek-Adhel:

corre, vuela, derriba las cimeras rotas, las cotas destrozadas, y Saladino que le ve á su lado, alentado con su invencible apoyo, no se defiende ya: acomete, y el atrevido Ricardo se halla en el mismo peligro á que estaba espuesto el sultan un momento antes; pero no por eso retrocede, porque sabe muy bien que por mas ilustre que sea su corona, no es un título de gloria, sino únicamente una obligacion de alcanzarla, y la ama tanto que la desea todavía aunque sea inseparable de la muerte misma. En este momento el choque de los dos ejércitos separa segunda vez á los dos hermanos; pero Malek-Adhel persigue obstinadamente al guerrero temerario que ha amenazado la vida de Saladino. Ricardo que le ve se separa de los fugitivos que le llevan, y vuelve solo contra el príncipe: comienza entre los dos un combate terrible, corre su sangre, y enrojece las corazas, y admirados de la resistencia que se oponen, redoblan los esfuerzos: cae el caballo de Ricardo; pero este se levanta con tanta prontitud que no se interrumpe el combate. Alza Malek-Adhel la espada y da tan furioso golpe á su adversario en la cabeza, que el casco del rey se parte, y le deja un instante sin sentido,

pero Malek-Adhel en vez de proseguir su victoria, se detiene rápidamente, mira á Ricardo y advierte en su rostro una semejanza que hace palpar su corazon:

—Invencible guerrero, ¿cuáles tu nombre? le dice, porque en tus facciones y en tu valor sospecho que me has de interesar mucho.—Yo soy tu enemigo, respondió el rey con semblante iracundo; si, tu eterno enemigo. Yo triunfaba de tu hermano; la victoria era mia; tú me la has arrancado, me has vencido y no te vengas; no, no hay beneficios que puedan obligarme á olvidar semejantes afrentas.—Pues bien soberbio Ricardo, exclama el príncipe con una profunda agitacion, porque ninguno otro pudiera hablarme de ese modo: si juzgas que debes aborrecerme porque he sido fiel á mi pais, sufriré con dolor el peso de tu odio, pero no me impedirá honrar en tí al mayor rey del mundo, y amarte como al augusto hermano de aquella á quien he consagrado mi vida.—Iba á continuar; pero entonces advirtió que las tropas mahometanas corrian hácia ellos. Al punto da su caballo á Ricardo y le dice con prontitud:—Huye noble monarca, por tu esposa y por tu hermana te



ruego que te resuelvas á huir: contra tantos enemigos todo el esfuerzo de tu valor no te libraría de la muerte, sin ninguna utilidad para tu causa.

El rey lo conoce, y esto le determina. El interés de los cristianos exige que no los abandone, y á él le toca reunir y salvar los restos de su ejército: la obligacion de jefe hace que ceda su valor, y ahora vence el honor al orgullo. Pero al retirarse derrama lágrimas de rabia, y su aborrecimiento á Malek-Adhel se acrecienta mucho mas por la vergüenza de haber huido á su vista, que por el daño que este príncipe ha hecho á los cristianos permaneciendo fiel á Saladino.

Mientras el héroe inglés se junta á sus tropas, las reúne y huye con ellas, Saladino las persigue y degüella desapiadadamente cuantos cristianos alcanza. Malek-Adhel los perdona y solo hace prisioneros, porque la imagen de Matilde que acaba de presentársele en medio de la mortandad se adhiere y une a todos los cristianos: su sangre le horroriza, su brazo no tiene fuerza para derramarla, y no puede mirar como enemigos á los que su amada llama hermanos. Ella se afigirá de su derrota: tal vez odiará á su vencedor, y

con esta idea no puede menos de detestar su victoria. Ahora que todo lo ha sacrificado á la amistad, siente no haberlo sacrificado todo al amor. Abatido, porque la mas imperiosa de las pasiones y el mas santo deber combaten obstinadamente en su corazon, sin penetrar en el porvenir la esperanza de conciliarlos, y sin valor para sacrificar á ninguno de ellos, se detiene tristemente en medio de los cadáveres que cubren la tierra, y aquellos ojos apagados, aquellos labios pálidos, y aquellos corazones que han cesado ya de palpar no escitan su compasion. Le parece benigna su suerte en comparacion de los crueles tormentos que le despedazan: están tranquilos, dice mirando aquella multitud de cadáveres; y á esta idea no piensa en compadecerlos porque han perdido la vida, sino en envidiar la felicidad de no padecer ya.

Entretanto desaparecen todos los enemigos, se restablece la calma, Saladino abandona la persecucion de los cristianos, y vuelve seguido de los estandartes desgarrados y de los oriflamas ensangrentados que les ha cogido. El triste y victorioso Adhel se adelanta hácia su hermano, reúne junto á sí á todos los soldados que le han sostenido en la rebellion del Cairo,



á todos los que abandonaron á Metchub por seguirle, y les dice :

—¿Jurais por Mahomet y su divido Coran obedecer todas mis órdenes? Lo juramos, respondieron.—Imítadme pues, les dice : postraos á los piés de vuestro soberano, y cualquiera que sea el castigo que quiera imponernos sufrámosle, porque le hemos merecido. Hermano mio, continuó poniendo una rodilla en tierra delante de Saladino y presentándole su cimitarra, yo te ofrezco mi cabeza, admite la víctima : tu venganza es justa, pero perdona á todos estos valientes guerreros, apoyos de tu imperio y de tu poder : mi ejemplo solo pudo separarlos de su deber, mi muerte les obligará á abrazarle de nuevo.

Al oír estas palabras se enternece el soberbio sultan, enjuga sorprendido las lágrimas que inundan sus ojos, y no comprende qué agitación desconocida oprimiendo su corazón hace temblar su acento. Sin poder hablar abre los brazos á su hermano, y Malek-Adhel se arroja en ellos.—¡Ah! Saladino, le dice, ¿has podido creer que el amigo de tu infancia ha deseado abandonarte, y ha concebido la idea de venderte?—Ahora lo vería yo mismo y no lo creería, exclama el sultan. ¡Oh Malek-Adhel! si has cometido algunas faltas yo las olvido; ojalá puedas tu olvidar también la venganza con que he querido castigarlas.

Dice así, y estrecha en su corazón á un hermano que ama : este responde á su ternura, y durante algunos momentos pierde la memoria de su amor, ó no se acuerda de él sino para aplaudirse por no haberle obedecido. Conmovido el ejército de su santa y fraternal amistad celebra su reconciliación con gritos de alegría, y por orden de Saladino mismo los soldados de Malek-Adhel se mezclan y confunden con los suyos, con el fin de ignorar siempre cuales fueron los musulmanes que osaron tomar las armas contra él.

Los dos hermanos están igualmente impacientes por hallarse solos : se preguntan y se espican. Saladino escucha la relación de todo lo que ha pasado en Damietta : ve que Malek-Adhel ha querido obedecer; que á pesar de sus órdenes partió la reina, y se quedó la princesa, pero cuando oye que le ha enviado un

esclavo, encargado de comunicarle aquel gran acacimamiento, exclama:—Yo no le he visto: ningún mensaje he recibido de tu parte; y confieso que ese silencio extraordinario que justificaba todas las acusaciones de Metchub, fue la única causa que me obligó á creerlas.

Entonces comprende Malek-Adhel la cólera de su hermano : todas las apariencias le han pintado tan culpable, que él mismo conoce que perdonándole sin oírle, se ha manifestado Saladino muy indulgente. A los ruegos de este, continúa su relación : le refiere las escenas del desierto, y su noble franqueza no oculta que en el momento de morir, las lágrimas de Matilde le habían hecho infiel á Mahomet.—Pero si las seducciones de aquella criatura celestial han alterado mi creencia, añadió, puedo jurarte, que no alterarán mi celo para con mi país, ni mi fidelidad para contigo. Confieso que tiene el amor un poder terrible en mi corazón; pero tu has visto hoy que no debilitaba mi brazo cuando se trataba de defender el honor de tus armas.—Escucha, repuso el sultan : te he oído y no te hallo culpable; si la reina de Inglaterra ha regresado al campo de los Cruzados, solo puedo acusar de ello al artificio de la princesa Matilde; y enviando á esta, me has evitado una crueldad que hubiera deslustrado mi gloria : en fin, defendiendo tu vida contra Metchub, has hecho mas que conservar mi imperio, porque me has conservado á mi amigo : hubiera sido muy grato para mí el perdonarte; pero nada te tengo que perdonar... ¡Qué digo! en el momento mismo en que yo acababa de ordenar tu muerte ¿no has salvado mi ejército y mi vida? No hallo mas que un medio de cumplir contigo, que es darte la hermosura que amas, acepta el trono de Jerusalén, coloca en él contigo á la princesa de Inglaterra que traiga en dote á Tolemaida, y que, satisfechos los Cruzados al ver una reina de su sangre y de su religión reinar en la Judea, se vuelvan al fin á su Europa. Tú permanecerás siempre servidor de Mahomet y amigo de tu hermano : unidos por el cariño, por las opiniones y por la gloria, la santidad de nuestros vínculos servirá de ejemplo á las naciones, y entonces podrá Saladino morir en paz.—Sabia ya que eras tan magnánimo y generoso, responde Malek-Adhel en la efusión de su gratitud, que lo que haces hoy me conmueve, pero no me admira. Saladino, acepto tus dones para que me unan mas estrechamente todavía, si es posible, á tus intereses y á mis deberes; acepto el trono que me ofreces para ser el primero de tus tributarios y darte una nueva prenda de mi fidelidad llamándote mi bienhechor.

El príncipe quería llevar él mismo al campo de los Cruzados las proposiciones de Saladino; pero este se opuso á ello, porque no quiere que su hermano humille la arrogancia mahometana y el orgullo del trono, tomando el título de embajador cerca de los reyes cristianos. Ordena también al que confiere tan eminentemente dignidad, que no se presente en el campo de Tolemaida sino rodeado de aquella pompa oriental, que retardará su marcha sin duda, pero que manifestará mejor la importancia de su misión y la grandeza del soberano que representa.

CAPITULO XXXI.

En tanto que el sultan ordena los preparativos de aquella solemne embajada, tan lentos para Malek-Adhel, aunque los apresura con toda la actividad que puede inspirar el mas violento amor al carácter mas ardiente, la noticia precipitada de la toma de Cesaréa acaba de llegar al campo de los Cruzados.

Cuando el príncipe de Tarento llegó al son de los clarines y trompetas, y rodeado de la multitud de prisioneros que conducía, Matilde estaba sola en su oratorio : oye aquella señal del regreso del ejército,

y produce en su corazón un mortal espanto: va á saber á qué partido se ha agregado Malek-Adhel, de lo cual depende su destino; esta es la sentencia de su vida, y las esperanzas que habia alimentado hasta aquel momento, se disipan para dar lugar al temor. Olvida el amor del príncipe, los juramentos del desierto, en fin, todo lo que puede tranquilizarla, para no acordarse sino del valor con que se ha separado dos veces de ella. Si su imaginación la pinta la impresión que la fe de Cristo hizo en el alma del héroe, solo es para vituperar á esta fe, de que la faltaban aquellas luces vivas y penetrantes que no permiten dudar. Sin embargo, el momento de la acusación se desvaneció al instante con el del arrepentimiento: ella se acusa, se agita, se arrodilla, se vuelve á levantar; con el ruido mas leve se le agolpa la sangre en el corazón, se la ahoga y la abrasa, pero al instante se hiela con el silencio que sigue, y está casi en la agonía. Para saberlo mas pronto, quisiera salir corriendo á recibir al ejército; pero en el mismo instante espantada porque se acerca la noticia, huye al sitio mas retirado de su habitación. Al mismo tiempo una mano bien conocida llama á la puerta; es el arzobispo de Tiro; no sabe si ha de abrir; dos veces se acerca, y dos veces cae sin fuerzas en el asiento. En fin, tranquilizada por su debilidad misma, que no la permite creer que sobreviva á la pérdida de sus esperanzas, se siente con valor para saber la desgracia que ha de acarrear su muerte, y con mano trémula y los ojos bajos abre al arzobispo, semejante á una víctima que se aparta por no leer en la frente de su juez la sentencia que la va á condenar.—Regocijate, hija mia, le dice Guillermo, porque los cristianos son vencedores.

Ella le mira, y ve resplandecer en su frente un apacible contento; vuelve á esperar de nuevo, pero antes de regocijarse, aguarda que el arzobispo le diga alguna cosa mas.—Tu hermano ha vencido á los infieles, añade; en este momento Cesaréa es nuestra.

La virgen no le responde todavía, porque el arzobispo no le ha dicho bajo de qué banderas ha peleado Malek-Adhel. Calla, porque teme mostrar demasiado amor al pronunciar el nombre que ocupa todo su corazón, y que ha de causar solo la alegría ó el dolor de la noticia que acaban de anunciarla; pero á pesar del pudor de su silencio, hallan sus miradas: la incertidumbre, la ansiedad que manifiestan, han revelado al arzobispo que la victoria de los cristianos nada le importa si no la deben á Malek-Adhel. Guillermo vitupera su debilidad, y no quiere participar de ella, sin embargo, puesto que su felicidad pende de una palabra, y esta de él, no la hará esperar; pero queriendo purificar, por decirlo así, el júbilo de Matilde adhiriéndole á la idea de Dios, añade:—Sí, hija mia, Ricardo es dueño de Cesaréa, y el Eterno ha movido el corazón de Malek-Adhel; estas dos conquistas importantes nos muestran su poder y su misericordia, y nos prueban que de él solo proceden todos los bienes, y que él solo debe ser nuestro objeto y nuestra esperanza.

Matilde se echa el velo, porque conoce que el enajenamiento de felicidad que llena su corazón va á brillar en sus ojos, y su modestia se avergüenza de manifestarle.

El arzobispo continua: Cuando el príncipe de Tarento se alejó de Cesaréa, el ejército de Saladino separaba todavía á Malek-Adhel y á Ricardo; pero este vencedor en todas partes se prepara á romper con sus tropas por medio de las del sultan, y no dudaba que al momento que consiguiese reunirse con Malek-Adhel, pelearian de concierto y lograrían poner al sultan en fuga, y enarbolar aquel mismo día en los muros de Cesaréa el estandarte triunfante de la Cruz.—Padre mio, exclamó la princesa, ¿puedo creer lo que oigo? ¿Es posible que Malek-Adhel haya

peleado contra su hermano, y que el amor haya tenido tanto poder en su corazón?—Hija mia, continuó el arzobispo con severidad; si lo ha hecho, guardate de atribuirlo al amor: las pasiones humanas no obran semejantes prodigios, porque su causa es mas sublime; y si he querido anunciarte yo mismo esta milagrosa conversión, ha sido para impedir que tu corazón se extraviasse en una alegría indiscreta, y para advertirte que no se aficionase de tal modo á los bienes que le han prometido que no se resignase absolutamente á perderlos, si Dios queria quitarcelos.

Al punto vuelve á atar Matilde el velo desprendido, retoca su adorno, enjuga la humedad de su llanto, y se presenta en la habitación de la reina con los ojos bajos y el rostro encendido de agitación. Al instante que entra se adelanta el príncipe de Tarento respetuosamente á recibirla, y Berenguela tomándola prontamente la mano, la dice:—Hermana mia, á tí debemos dar gracias por una victoria famosa para siempre en los anales de la cristiandad: sometido á tu imperio el noble Malek-Adhel abraza nuestro culto y nuestro partido, ya corre este rumor en todo el campo; ya no se atribuye sino á tí la gloria de su conversión; y vuestros dos nombres están tan bien unidos en todos los labios que ya no parece posible separarlos.—Sí señora, exclamó el príncipe de Tarento; ayudados de Malek-Adhel volarán de conquista en conquista; la del Oriente entero no será bastante estensa para su ambición, pero solo aspiran á ella para tener derecho de ofrecérsela. Allí os colocarán con el héroe que vos le habeis dado; y allí, soberana de estas inmensas provincias en donde reina ahora el imperio del demonio, derramareis sobre ellas desde lo alto de vuestro trono torrentes de esa luz divina con que el Eterno ha inundado vuestro corazón.—Tan altos destinos, replicó la princesa con extraordinaria turbación, son muy superiores á mis esperanzas...—¿Y qué destinos, qué esperanzas pueden ser superiores á la que vuestra maravillosa hermosura tiene derecho para esperar, interrumpió el príncipe de Tarento con entusiasmo? ¿Qué corazones no abrasaría? ¿Qué imperios no puede conquistar? ¿Dónde hubo jamás armas invencibles? ¡Ah! para verse vencido, para arrojarse á vuestros pies, ofreceros su trono y creer en vuestro Dios, solo le ha faltado á Saladino haberos visto un momento.

Semejantes alabanzas ofenden la humilde modestia de Matilde; con el semblante respetable y serio da á entender al príncipe de Tarento que desea que mude de lenguaje: entonces temiendo haberla agraviado calló; y fue necesario que la reina se lo rogase para que contase á Matilde por qué razon las disposiciones de Malek-Adhel delante de Cesaréa y el combate de sus tropas con las del sultan habian obligado á presumir á los cristianos que favorecia sus proyectos; y escuchándole la inocente Matilde se confirmó en unas esperanzas tan queridas, y que debian desaparecer tan pronto.

El día siguiente se reunió toda la corte en la habitación de la reina de Inglaterra, y allí los reyes de Jerusalén y de Antioquia, los condes de Trípoli y de Jafa, y todos los valientes caballeros que habian permanecido en el campo impacientes de gloria, deliberaban entre sí si irían á reunirse con Ricardo en Cesaréa, con el fin de participar tambien de sus laureles. Los héroes á quienes principalmente inflamaban los encantos de Matilde, se abrasaban por pelear, porque no podían sufrir la idea de que Malek-Adhel ganando solo el honor de la victoria, mereciese solo el premio de ella. Devorado de zelos, de orgullo y de odio, Lusignan exclamó que cualquiera que fuese la conducta de Malek-Adhel, ya permaneciendo fiel á sus leyes, ó ya sosteniendo á los cristianos, y vendiendo por ellos á su patria y á su hermano, era igualmente in-

digno del premio que se atrevía á pedir; y yo no creo, señora, añadió mirando á Matilde, que la nobleza de vuestra sangre y la pureza de vuestra alma os permitan jamás aceptar por esposo á un hombre cuyo culto es horrible á Dios, y cuya conversion seria una perfidia.

Matilde hizo un ademán de sorpresa é indignacion; Berenguela queria responder; pero Guillermo no la dió tiempo para ello.— Señor, qué es lo que os atrevéis á sostener, le dijo? ¿Qué palabras impías acabais de pronunciar? ¿Qué! mirariais como un traidor al que Dios se dignase iluminar, y que detestando á su Profeta por recibir el agua del bautismo...—Perdonad, padre, interrumpió precipitadamente Lusñan: pero aqui se trata del honor y no de la religion; y en este punto permitidme que os diga que me creo mejor juez que vos. Las leyes de la caballeria no son siempre conformes á las de la Iglesia, y muchas veces autorizan las unas la misma accion que las otras reprueban.— El héroe que tal vez ha conocido mejor las santas leyes de la caballeria, replicó la princesa un poco conmovida, el gran Montmorency, pensaba de otro modo que V. M.; si Malek-Adhel hubiera sido cristiano, le hubiera estimado mucho mas que á todos los reyes del universo; al morir rogaba por su conversion, y si esto hubiera sido criminal, su alma noble no se la hubiera pedido á Dios.— Yo no sigo la opinion de nadie para arreglar la mia, replicó con arrogancia el rey de Jerusalén, y sobre todo las últimas ideas de un moribundo, porque es posible que cuando desaparece el mundo y todo va á mudar de aspecto, tambien se mude de opinion; pero estad segura, señora, que si Montmorency viviese todavia seria del mismo dictamen que yo; y que al ver á Malek-Adhel pelear en compania de los cristianos, le miraria como á un traidor que habia deshonrado la gloria de sus armas volviéndolas contra su patria y contra su legítimo soberano: su voz, así como la mia, le declararia cobarde y pérfido á la faz de todo el universo; y mi espada, así como la suya, sabrá sostener estas palabras.

Ofendida Berenguela de la manera con que hablaba del bienhechor que la habia restituido á su esposo, mezcló por la primera vez de su vida un poco de amargura á sus palabras, y respondió que, por mas formidable que fuese su espada, no creia que le espantase mucho al héroe á quien apellidaban con tan justo título *el rayo de la guerra de todo el Oriente*.

Al oír estas palabras, Lusñan reprimió con mucho trabajo la violencia de su indignacion; y sin responder á Berenguela se volvió á Matilde y la dijo:— Confieso que estoy admirado de ver á la reina de Inglaterra profesar sentimientos tan contrarios á los de su ilustre esposo; pero confieso que me admiraria mucho mas si los aprobase V. A.— Señor, replicó la princesa con grave dignidad, si me he honrado siempre pensando como la reina mi hermana, no dejaré de unirle á ella cuando publica claramente su estimacion al héroe que os ha quitado vuestro imperio, y que tal vez os le volverá.

Apenas habia acabado estas palabras, cuando los gritos tumultuosos que resonaban en el campo cortaron la discusion. Al mismo tiempo se abre la puerta y entra Ricardo armado y cubierto de polvo; su semblante era sombrío y feroz, y no se dignó responder á la reina que habia salido precipitadamente á recibirle.— ¡Hermano, hermano mio! exclamó Matilde con voz alterada.

Y miraba con inquietud detrás de él por ver si Malek-Adhel le seguia. Todos los principes y los jefes sorprendidos extraordinariamente le preguntaron la causa de su regreso y de volver á Tolemaida cuando le creían dueño de Cesaréa.— Me han vencido, replicó Ricardo consternado, y jurando en su corazon un odio implacable al que le obligaba á semejante con-

fesion.— Pues acaso, preguntó el principe de Tarento, ha sido rechazado V. M. antes de haber podido reunirse con Malek-Adhel?— ¿Qué hablais de Malek-Adhel, interrumpió precipitadamente Ricardo?. El solo ha sido el que nos ha perdido, el que ha causado nuestra derrota, y arruinado nuestra empresa. Yo habia roto todo el ejército de Saladino, y sus escuadrones desbaratados, sobrecogidos de terror, dispersos en la llanura, no podian huir de los cristianos: corrían por todas partes, y por todas hallaban la esclavitud ó la muerte; y si yo no hubiera tenido que pelear mas que contra el sultan estaria prisionero en Tolemaida, y nosotros dentro de pocos dias tal vez seriamos dueños de Jerusalén; pero Malek-Adhel vino á arrancarme la victoria. Semejante á un astro maléfico se apareció de repente, y cesó el desórden en el ejército enemigo, se reunieron las tropas, vencieron á los cristianos, y por la primera vez de su vida huyó Ricardo... ¡Oh afrenta insupportable! continuó el áltimo monarca hiriéndose la frente con los puños armados de manoplas; ¡oh soberbio Malek-Adhel! tu nombre será mi oprobio: mientras tus ojos estén abiertos á la luz existirá un hombre que podrá decir «he sido obligado á retroceder á Ricardo» y lo que pone el colmo á mi injuria es haber perdido el derecho de quitarte la vida.— Hermano mio, le dijo Lusñan apretándole la mano con vehemencia; ¿por qué lo has perdido? ¿Ha abatido tanto el infortunio tu alma heroica que desconfias de tu valor?— Llevado de mi esfuerzo, respondió Ricardo con su honrada franqueza, iba á caer en manos del ejército entrado de los Musulmanes; Malek-Adhel lo vió y me ha salvado; le debo la libertad y tal vez la vida: ¡fatal obligacion que aumenta la vergüenza de mi oprobio prohibiéndome vengarle!— ¿Y no tienes aquí á tu hermano que perecerá por vengarte? replicó Lusñan con ojos centellantes de ardor y de alegría: ¿y soy yo acaso el único que siente tus ultrajes hasta el punto de pagar con toda mi sangre el honor de lavarlos? ¿No estás rodeado de amigos que te aman, y que todos jurarán conmigo no deponer las armas hasta que la muerte de Malek-Adhel baya librado á tu gloria del único hombre que puede alabarse de haberte visto huir?

Estas palabras dichas con intencion animaron con tal furor el resentimiento de Ricardo, que desapareció su generosidad ordinaria; y abrazando á su hermano de armas le dijo:— Te comprendo, valiente Lusñan, y prometo la mano de mi hermana al vencedor de Malek-Adhel.

Al momento todos los caballeros y los reyes que aspiraban al himeno de la princesa se reunieron al rededor del monarca, y alzando las espadas á un mismo tiempo, juraron la muerte de Malek-Adhel... Pero á vista de aquellos aceros fulminantes destinados á traspasar el corazon que adoraba la desgraciada Matilde, pierde el color, cierra los ojos, y cae en el suelo sin movimiento.

Viéndola desmayada, Berenguela dió un grito y corrió á ella: Ricardo se estremeció, pero no se acercó á su hermana: hizo un ademán y dijo á la reina:— Llamad, señora, á vuestras damas, y que se lleven lejos de aquí á esta criatura; disculpo los temores de una virgen tímida y me lisonjeo en creer que no será otro el motivo de su desmayo. Padre mio, continuó dirigiéndose al arzobispo, os suplico que tengais la bondad de acompañarla, y cuando esté en estado de escucharos, decidla que me habeis asegurado que estima mas su deber que su vida, y que su primer deber es obedecerme: que sepa que si alguna vez sin miramiento á su gloria se atreviese á usar otro lenguaje, la mia no me permitirá sufrirlo.

Antes de seguir á las damas que conducian á Matilde, Guillermo hizo una cortesía respetuosa al rey, y respondió:— Conozco, señor, á la princesa de Inglaterra, he penetrado muchas veces en aquel cora-

zon piadoso y tan sumiso, que no existió otro como él sobre la tierra; no hay sacrificio que no haga á la religion, y no hay ninguno que no haya hecho; y tal vez buscariais en vano al rededor de vos alguno que no pudiese decir otro tanto: respondo pues á V. M. que la conducta de la princesa Matilde honrará siempre á la sangre de que ha nacido.—Que no olvide, replicó el rey con semblante descontento, que para ser digna de ellas es preciso que la debidad que ha manifestado hoy sea la postrera de su vida; porque el que es débil no pertenece á la sangre de Ricardo.

CAPITULO XXXII.

Si un gran infortunio oprime repentinamente y con violencia el corazon, se queda este al principio como aniquilado: no ve, ni oye, ni siente nada; parece que se suspende en él la vida; pero apenas vuelve á recobrar su curso, cuando con ella se precipitan todos los tormentos, le oprimen de troyel, le destrozan y le despedazan por todas partes. Entonces gritamos, nos agitamos, y quisiéramos morir; pero temiendo al exhalar el último suspiro llevar con nosotros nuestra desgracia, deseamos antes librarnos de ella, dejar a en el mundo y morir despues para descansar de haberla sufrido.

Tal era la situacion de la triste Matilde, al recobrar la vida que la entregaba al dolor mas amargo: hubiera llamado á gritos á la muerte para que la librase de él, si hubiera podido soportar la idea de bajar al sepulcro, dejando subsistir en su fuerza el horrible juramento que acababa de escuchar.—¡Oh hermana mia! decia á la reina, déjame salir de aquí; quiero volver á presentarme á Ricardo, á todos los guerreros feroces que le acompañan; quiero arrojarle á sus plantas; todavia tendré fuerza para ello; tal vez les enternecerán mis lágrimas; tal vez les moverán mis ruegos y retractarán el voto sangriento, el juramento impio que amenaza la vida del héroe que ha salvado á tu esposo.—Sí, hija mia, le dice el arzobispo cogiendo las dos manos de la virgen con las suyas; ruega por el que te ha vuelto la libertad y ha perdonado la vida de tu hermano; para esto tienes permiso, porque ese Dios que nos lo ha dado todo, ha hecho que la gratitud sea el primero de nuestros deberes; pero que este afecto, hija mia, sea de aquí en adelante el único que se identifique con la idea de Malek-Adhel.

La princesa solo respondió con un torrente de lágrimas: su corazon estaba muy distante de las palabras del arzobispo, porque el momento en que se teme perder el objeto amado es en el que mas se ama; y viendo amenazada la vida de Malek-Adhel, habia llegado á estimarla tanto, que casi dudaba que Dios mismo tuviese bastante poder para quitarla su amor.

Entonces cubrió el rostro con las manos, y permaneció sepultada en una larga meditacion, durante la cual Berenguela y Guillermo guardaron un profundo silencio. Permanecia así cuando vinieron á decir á la reina que la buscaba Ricardo: Matilde volvió entonces de su meditacion y levantó la cabeza; su rostro estaba mas sereno, su fisonomía mas tranquila, y se advertia que todavia podia sonreirse; cogió la mano de la reina, y la dijo:—Te suplico que me escuches un momento. Padre mio, continuó, yo quisiera acompañar á la reina, echarme á los pies de Ricardo, y rogarle que procediese en esta ocasion como si yo no existiese, ó como sino hubiera existido jamás: ha prometido mi mano al que quite la vida á Malek-Adhel; pero en el momento en que yo me sepulte en las sombras de la muerte, mi mano no pertenece ya á ninguno; y no pudiendo entonces el rey conceder el premio, no tendria ningun juramento que recibir.—Hermana, replicó Berenguela, aguarda todavia algunos dias, porque hoy so-

lo conseguirias irritar la cólera del rey.—Tú me ayudarás á apaciguarla, replicó Matilde, tú que debes la vida de tu esposo á la generosidad de Malek-Adhel.—Lo haré sin duda, dijo la reina, pero temo el efecto de mis tentativas, porque el enojo de Ricardo es terrible; se aumenta y se inflama mas cuando se intenta contenerle; y el proyecto de mudar su voluntad es una temeridad que tal vez no perdonará jamás.—Escucha, Matilde, añadió el arzobispo, no precipites de ese modo tus resoluciones: las pasiones estremadas quieren partidos violentos; pero la sabiduria no exige sino medidas moderadas: permanece tranquila, porque no ha llegado el momento de ver á tu hermano: permanece tranquila, repito, porque no está en peligro la vida de Malek-Adhel. Dentro de los muros de Cesaréa no es fácil que le encuentren nuestros guerreros, y hasta que los cristianos pongan el sitio á esta ciudad, no es posible que cumplan el voto formado contra su vida; pero el sitio no puede principiarse todavia, y entretanto yo hablaré al rey, y haré mas, porque hablaré á Malek-Adhel.—¡Vos, padre mio, exclamó Matilde admirada y sorprendida!—Sí, hija mia, ese es mi deber; si es cierto que han caido en el alma de ese príncipe algunos gérmenes de verdad, Dios me manda descubrirlos: me añade su conducta en Cesaréa, pero no me desalienta. ¡Ay! ya no existen los tiempos venturosos de las repentinas y maravillosas conversiones; para verificarse ahora es necesario un curso mas lento, porque Dios no se digna ya hablar por sí mismo, y los racionios, que son la voz del hombre, deben producir menor efecto que los milagros, que son la voz de Dios. Hija mia, iré á Cesaréa, me presentaré á los infieles y hablaré á Malek-Adhel.—Padre, exclamó la reina, vuestra caridad os extravía, porque los infieles os cargarán de cadenas y tal vez se atreverán todavia á mas.—No se atreverán, replicó Guillermo lleno de divina confianza, porque al que trabaja por el cielo el cielo le protege. Dios ve mis intenciones y las bendecirá: y si permite que mi sangre sea derramada, será para servir de espacion y rescatar del pecado el alma que voy á rendirle. Matilde estaba arrodillada á sus pies y exclamaba:—Dirigid mi voluntad: mandad á mi corazon porque Dios os inspira y estoy pronta á obedecerlos.—Hija mia, replicó con benignidad y sencillez, prométeme que no tomarás ninguna determinacion importante hasta mi regreso.—Lo juro, replicó ella con aquel acento que asegura la inviolabilidad de los juramentos.—Pues bien, confia en la Providencia.

Dice así, y seguido de la reina sale del aposento de Matilde y se dirige á la tienda de Ricardo.—¿Qué hay? le dijo el rey al verle; ¿habeis dispuesto á mi hermana á que obedezca? ¿quedará satisfecho de su determinacion?—Señor, respondió con gravedad el arzobispo, la he prohibido que tome ninguna hasta mi regreso.—¿Y á dónde vais, le preguntó Ricardo sorprendido?—A donde el cielo me manda que vaya á cumplir un deber muy importante, respondió Guillermo: ahora no me explicaré mas; y como la reina está instruida de mi secreto, pido á V. M. que tenga á bien no usar de su derecho, y que la permita que le conserve en el silencio.

Despues que pronunció estas palabras se retiró el arzobispo, dejando á Ricardo con tal sorpresa que igualaba y aun sobrepujaba á su resentimiento. Luego que llegó la noche, lleno de un celo evangélico, salió de la ciudad y tomó el camino de Cesaréa. Vestido sencillamente, despojado de las insignias de su dignidad, con solas sus intenciones, y apoyado en su baston, no siente la fatiga, pues segun la hermosa espresion de Tertuliano, cuando el alma está en el cielo, el cuerpo no siente sus cadenas porque ella se lleva consigo todo el hombre. Camina por medio de las tinieblas alumbrado de su beneficencia: camina solo y no teme: ¿qué puede temer el hombre que no ve en

lo pasado y en lo venidero sino el bien que ha hecho ó el que va á hacer? Mira al rededor pacíficamente y todo lo que le rodea parece que se alegra y le devuelve apacibles recuerdos y afectuosas esperanzas: porque semejante al iris, cuyo arco luminoso atraviesa los aires y descansa al mismo tiempo en las dos estremidades del espacio, con la misma rapidez el corazón del hombre bueno se eleva á Dios, se inunda en su lumbré y la comunica á los mortales, abraza al cielo con su amor, y al mundo con su caridad, y aparece en el universo moral como un lazo brillante, misterioso y sublime, que une al cielo con la tierra y las debilidades con las misericordias, recordando á los hombres cómo se venga Dios y cómo perdona.

CAPITULO XXXIII.

CUANDO la sombra y la frescura comenzaban á descender sobre la tierra y á templar el ardor abrasador que le habia devorado durante el día, Matilde acompañada de sus damas iba muchas veces á respirar á la orilla del mar las emanaciones balsámicas de la noche; otras dirigía su paseo hácia la tumba de Montmorency, y allí conversaba complacida con la sombra de aquel héroe acerca de los últimos deseos que habia formado por Malek-Adhel: invocaba su intercesion para con el Omnipotente, y por ella se atrevia á esperar todo. En aquel lugar sagrado adquiria su melancolía un carácter mas piadoso y tierno, y derramando un llanto mas abundante aliviaba su corazón oprimido. Algunas veces subia á la colina que dominaba el sepulcro y el mar; y descubriendo aquel espacio sin límites, que habia atravesado para ir á buscar tantas pruebas y dolores, volviendo con la imaginacion al asilo solitario en donde habia pasado tantos dias pacíficos, suspiraba y gemía, sin por eso concebir el deseo de no abandonarlos para siempre.

Desde la partida del arzobispo, Matilde habia evitado las ocasiones de hallarse con su hermano, ni Ricardo las habia buscado, porque su ardor guerrero le llamaba á otros objetos: aguardando que el sitio de Cesaréa le proporcionase manifestar su valor, iba á atacar todos los dias los puertos sarracenos; y siempre volvía al campo cargado de despojos. Lusñan le acompañaba constantemente, y ambos coronaban con los mismos laureles sus frentes victoriosas. Envanecidos con sus triunfos, y embriagados con su gloria, no dudaban que presentándose un campo mas estenso á sus hazañas le recorrerian sin obstáculos, y de esta suerte apresuraban con la misma intencion y los mismos deseos los preparativos para el sitio de Cesaréa. Su valor y sus discursos alentaban á todos los soldados, y en presencia de semejantes héroes comenzaba á debilitarse el terror que inspiraba el nombre de Malek-Adhel: los Cruzados inflamados de valor y de esperanza no deliberaron mas, y señalaron el momento en que todas sus fuerzas reunidas irian á atacar á Cesaréa.

La vispera de aquel gran día habia pasado la inquieta Matilde al cuarto de la reina para saber si habia recibido alguna noticia sobre la suerte del arzobispo, y Berenguela no la habia podido comunicar ninguna. Ambas lamentaban juntas aquel silencio y los combates que iban á principiar al día siguiente. La imagen de Ricardo armado contra la ciudad que defendia Malek-Adhel las turbaba igualmente; les parecia que los veían siempre opuestos el uno al otro desafiarse, pelear y despedazarse. La reina temblando por su esposo, y espantada por el valor de su enemigo, rogaba á Dios que salvase á Ricardo, y no se atrevia á pedir mas; y Matilde postrada junto á ella, la decia bañada en lágrimas:—Hermana mía, roguemos por Ricardo, pero roguemos tambien por aquellos que tienen mas necesidad que él todavia de las misericordias del cielo.

Mientras de este modo elevaban al Eterno sus tiernos corazones, se aumentó en el campo el rumor de los instrumentos de guerra, y al punto entró Ricardo en su habitacion con la cabeza desarmada y los ojos radiantes de alegría.—Mujeres, las dijo, ¿per qué llorais cuando nosotros defendemos vuestra fe, y cuando nos corona la victoria? Hoy ha destruido mi brazo millares de sarracenos, y Lusñan ha sobrepujado su valor ordinario. Seguidos de muy pocos soldados vagábamos ambos mas allá de los bosques que rodean la falda del Carmelo, con la esperanza de que la fortuna nos presentaria alguna ocasion de manifestar nuestro valor, y nos ha favorecido mucho mas de lo que esperábamos. Un convoy de armas y de víveres que venia de Jerusalén defendido por tres mil sarracenos, se dirigia á Cesaréa. ¡Qué excelente presa! exclamé mirando á Lusñan. ¿La quieréis? me respondió: voy á dártela, porque es mucho menos que lo que he recibido de tí, puesto me has prometido á tu hermana. Al decir esto se precipita y yo le sigo. Asombrados de nuestra audacia apenas resisten los infieles, abandonan sus tesoros, y yo los persigo y los destrozo enteramente: Lusñan se apodera de sus bienes, y conduciéndolos al campo conduce á él la abundancia; se los entregamos á los soldados, y ahora desean mas, y piden el sitio de Cesaréa: Mañana, mañana mismo marcharemos allá y con nosotros la victoria: la sangre del infiel lavarás mis afrentas... ¡Oh noble hermano mio! interrumpió Matilde arrojándose á sus plantas; entre todas las virtudes que adornan tu alma ¿es posible que no tenga algun lugar la gratitud?—Tierna jóven, continuó el rey con alguna severidad, no olvides que desde el día en que Malek-Adhel, derramó la sangre de los cristianos delante de Cesaréa, debió disiparse toda esperanza de conversion, y que te han prohibido amarle.—¡Ah señor! replicó ella, desde ese día mismo le debo la vida de mi hermano, y sino fuera por su generosidad no abrazaria yo ahora vuestras rodillas. Vuestras órdenes que honro y respeto, ¿podrán impedirme que conserve eternamente la memoria de semejante beneficio?

Conmovero por el afectuoso acento con que habia pronunciado esta respuesta, Ricardo iba á dirigir algunas palabras mas benignas, cuando acompañado de los caballeros mas ilustres, entró Lusñan en el aposento suplicando á la reina que le perdonase si se presentaba sin su permiso, disculpándose con el celo de todos los guerreros en apresurarse á rendir homenaje al leon de Inglaterra. Volvió á contar la victoria del rey; habló de Cesaréa y de Jerusalén, y la imagen de tantas conquistas cuya fama resonaria en toda la Europa inflamó el alma de Ricardo con un ardor que no podia contener; y en aquel momento, no suponiendo que hubiese ninguna cosa superior á su gloria, no se acordó que afligiria á Matilde diciéndola:—Hermana mía, el esplendor de nuestros triunfos recaerá sobre tí: juro que el vencedor de Cesaréa recibirá tu mano sobre las ruinas de aquella ciudad destruida.

Matilde se estremeció, y estuvo para confesar al rey el juramento que la unia á Malek-Adhel, y la irrevocable determinacion en que estaba de abandonar el mundo y pronunciar sus votos en el monasterio del Carmelo; pero acordándose que habia prometido al arzobispo no tomar ninguna resolucion importante antes de su regreso, guardó silencio. La costó infinito, porque temia que el rey le interpretase de una manera favorable á sus proyectos; pero en aquellos tiempos antiguos los juramentos afianzados por el nombre de Dios se tenían por tan sagrados, que era preciso que se vieran reducidos á los mayores apuros para atreverse á eximirse de ellos.

El silencio de Matilde, que infundia la esperanza de que aceptaria por esposo al vencedor de Cesaréa, asombró á la reina, satisfizo á Ricardo, é inflamó las esperanzas y el valor de todos los que aspiraban á su

mano. La promesa de un reino los hubiera dejado mas tranquilos, porque la ambicion, por mas poderosa que sea, no escitará los mismos deseos, ni producirá jamás los mismos prodigios que el amor. Todos los guerreros que rodeaban á la princesa la espresaban suficientemente en sus miradas, que nada les parecia imposible por conseguirla. Sin embargo, Lusignan dijo que el título de vencedor de Cesaréa era un título demasiado vago, puesto que arrojándose todos juntos al asalto de aquella ciudad, mil guerreros podrian merecerle á un tiempo. — Señor, continuó, la mayor hazaña del mundo no es suficiente para el premio con que os dignáis honrarla; para merecerle es necesario una victoria asombrosa y única, que ninguno otro pueda conseguir. — Pues bien interrumpió el duque de Atenas. — No lo habrá ganado aquel cuyo brazo sea el primero que enarbola el estandarte de la Cruz en los muros de Cesaréa?

Hangesto de Coucy, el caballero francés mas valiente despues que murió Montmorency, respondió al duque que haria mayor hazaña todavia aquel que trajese prisionero á Saladino á Tolemaida. — Saladino no es el enemigo mas temible de los cristianos, respondió el altivo Lusignan; no ha sido él quien les ha causado mas daño, ni en el que tienen mas injurias que vengar: no es Saladino el que ha dado el primer golpe á la ciudad de Jerusalén; no ha sido él quien ha deshonrado á una princesa de mi sangre; no ha sido él quien con falaces apariencias ha procurado engañar á los cristianos; no es él en fin, el que ha sonrojado la frente de mi hermano, ni el que dará mas gloria á su vencedor. — Pues bien, interrumpió Ricardo cogiendo la mano de Matilde; yo se la prometo de nuevo al vencedor de Malek-Adhel. — Decid pues al vencedor del héroe que os ha salvado la vida, exclamó la princesa indignada.

Pero al momento la confusion y el espanto se apoderaron de ella. Su secreto, que en presencia de tantos testigos acababa de escaparse de su corazon, la causaba una vergüenza inesplicable; se arrojó en los brazos de la reina, y Berenguela que percibió la cólera que aquellas palabras escitaban en el alma de Ricardo, se apresuró á apaciguarla diciéndole: — Señor, perdonad el exceso del amor fraternal; él ha sido el que ha obligado á Matilde á traspasar su circunspeccion ordinaria, porque la ternura que os profesaba es la que escita su gratitud á Malek-Adhel.

Ricardo se alegró de que la reina hubiese interpretado de aquel modo la exclamacion de Matilde, y aparentó que lo creía para que ninguno tuviese derecho de interpretarla de otro modo. — Hermana mia, la dijo, la amistad que profesas á tu hermano no debe estraviar tu juicio; imítame y cree que cuando prefiero el interés de la patria y de la fe al de la gratitud, tú debes tambien preferirle.

Poco despues la reina dispidió la córte, y Matilde se retiró á su habitacion.

Oprimida de tristeza se arrojó en el lecho; pero apenas se apoderó el sueño de sus sentidos cuando los fantasmas mas horribles volvieron á sumergirla en tormentos insoportables. Creía ver á Malek-Adhel arrastrado por la tierra, dirigirla clamores dolorosos, y mostrándola la sangre que corria abundantemente de sus anchas heridas, vituperarla por haber dejado que se ofreciese un premio por su muerte. Tres veces despierta y procura disipar aquellas fúnebres imágenes, y tres veces se vuelve á dormir y la acometen de nuevo. No es solamente el cadáver ensangrentado del príncipe quien la persigue, es el bárbaro Lusignan hallándole con orgullo; son las heridas de Malek-Adhel que cuenta; es una voz sepulcral que la grita: ¿por qué no hablaste? ¿por qué no confesaste á tu hermano el vínculo que nos unia, y le hubiera respetado, hubiera contenido el brazo que escita á la venganza, y yo no hubiera caido en eternos abismos? A estas

palabras huye el sueño de los párpados de Matilde: sobrecogida de un inconcebible terror y traspasada el alma de angustia se levanta, grita, se espanta mas y mas; porque aunque está despierta la cercan las mismas imágenes, y ahora no le parece ya su sueño un vapor fantástico, efecto de una imaginacion ocupada siempre con el mismo objeto, sino una relacion cierta de la desgracia que la espera. La profunda noche en que se halla le parece la del sepulcro; el silencio que reina al rededor de ella el de la muerte; un sudor frio corre por todos sus miembros... No, no será cómplice de un asesinato; no dejará que crean que su mano ha de ser el premio de la sangre de Malek-Adhel; no, cuando puede salvarle no la detendrá un vano temor; irá á ver á su hermano, tenderá hácia él sus manos suplicantes, y revelará los secretos de su corazon.

Sale de su habitacion, se presenta á los centinelas que guardan la tienda de Ricardo, y les dice que quiere hablar á su hermano. Admiradas de verla á semejante hora, titubean, pero no se atreven sin embargo á negar la entrada á la hermana de su soberano; la advierten únicamente que ya se hallan reunidos en la habitacion del rey los principales jefes del ejército. Apenas los escucha, pasa el umbral de la puerta, entra en el cuarto del rey y se arroja á sus plantas. Se hallaban con él los duques de Baviera y de Borgoña, y el rey de Jerusalén, que sorprendidos al ver á la princesa pálida, trémula, fuera de sí, desgredada, y espresando en sus miradas el espanto que la ha agitado toda la noche, acuden á levantarla, pero ella los rechaza, estrecha las rodillas del rey contra su pecho, y venciendo el temor le dice: — Señor, dignaos escucharme y tener piedad de mi espanto: un sueño horrible ha venido esta noche tres veces á aterrarme con sus lúgubres presagios: me parecia ver á Malek-Adhel tendido en tierra espirando, atravesado de estocadas, precipitado en los abismos eternos, acusándome de su muerte y de su irrevocable condenacion; me gritaba y creo escucharle todavia: Matilde ¿cómo has apresurado mi muerte? Si hubiera aguardado algunos dias, Dios me hubiera salvado tal vez... Señor, vos habeis prometido mi mano á su vencedor, y yo juro un odio mortal á cualquiera que descargue el primer golpe sobre aquella cabeza sagrada... — ¡Qué osas decir, Matilde!... interrumpió Ricardo inflamado de un furor terrible.

Ella no le dió tiempo para acabar, porque levantando la voz y alzando al cielo las manos y las miradas suplicantes: hermano mio, ya no es tiempo de disimular nada, le dijo: Malek-Adhel por salvarme la vida en el desierto me sacrificó la suya: íbamos á morir, y en aquel último momento Dios solo era mi apoyo y mi guia: Malek-Adhel prometia ser cristiano y recibió mis promesas; juré no tener jamás otro esposo.

El esfuerzo que acababa de hacer para pronunciar estas palabras estinguió todas sus fuerzas y cayó á los piés del rey sin voz y descolorida. Lusignan y el duque de Borgoña se apresuraron á socorrerla; pero ella rechazó al primero, y sosteniendo su debilidad en el brazo del otro, trémula y con los ojos bajos, esperó la respuesta del rey. Inmóvil de asombro y de cólera miraba á su hermana sin poder creer lo que veía. Al fin la dijo: — ¡Execrables juramentos! ¡criminal por haberlos hecho! ¡criminal por mantenerlos! ¿Y es á la hermana de Ricardo, á la hija de Enrique II, á la que acabo de escuchar? ¿Es ella la que enamorada de un vil agareno le elige por esposo y se atreve á pedirme que lo apruebe? — No señor, respondió ella con modesta dignidad, no os lo pido; y para no unirse á un infiel, vuestra hermana no necesita de vuestras órdenes. No, Malek-Adhel mahometano no será jamás mi esposo: tal es mi deber, y yo le cumpliré; pero despues de los juramentos que hice al príncipe, mi de-

ber me ordena con mas razon que renuncie á otro cualquier esposo, y que sacrifique mi vida entera á salvarle si puedo de la eterna reprobacion. Señor, yo apelo á vuestra justicia y á vuestra equidad: despues de la confesion que acabo de haceros ¿puedo permitir que prometais mi mano al vencedor de Malek-Adhel?

El rey no respondió, y se sentó cubriéndose el rostro con ambas manos. Lusiñan se acerca á Matilde, y con voz oprimida la dice:—Me habeis partido el corazon; pero si mi desesperacion os importa poco, reparad la de vuestro hermano. Mirad ya desvanecidas aquellas dulces esperanzas de felicidad que embelesaban nuestra amistad y animaban nuestro valor; ¿y por qué? por un vano juramento de que os puede absolver: facilmente el jefe de la Iglesia.—Si podrá, exclamó Ricardo levántandose de repente, porque fue prestado por la debilidad; pero no podrá absolverse del que yo te he hecho; Lusiñan, porque le prestó el honor; y puesto que la imprudencia de mi hermana no disminuye el amor que la profesas, puesto que con sientes en olvidar...—; Ah, qué decis, señor! interrumpió Lusiñan arrojándose á los piés de Matilde; si llevo á poseer algun dia un tesoro tan precioso, ¿de qué podré acordarme sino de bendecir al Eterno por el inestimable beneficio que me dispensará vuestra bondad y su munificencia?

Ricardo tomó al punto la mano de su hermana para unirla á la de Lusiñan; pero Matilde le rechazó con espanto: el rey la dijo entonces con severidad:—Obedece, hermana, porque este es tu único perdon.

Fuera de sí á vista de la cólera de su hermano, la tímida virgen levantaba sus hermosos ojos al duque de Borgoña pidiéndole su proteccion, cuando el duque de Norfolk y capitán de las guardias del rey, se presentó á la puerta diciendo.—V. M. me perdonará sin duda la temeridad que me obliga á interrumpir una conferencia importante, cuando sepa que vengo á noticiarle un acontecimiento que asombra y agita á todo el campo. La vanguardia del ejército, conducida por Adan de Turena, comenzaba ya á desfilar cuando percibimos á lo lejos en la llanura una bandera que ondeaba en los aires, y al punto reconocimos las armas de la media luna; un heraldó se adelanta solo, anunciando que llega una magnífica embajada encargada de proposiciones de paz de parte de Saladino. A vos, señor, es á quien se dirige principalmente, y vengo á recibir vuestras órdenes.

Al oír estas palabras, Ricardo asombrado mira á su hermana que se sonroja, y no puede contener su agitacion. Despues se vuelve al duque de Borgoña y al rey de Jerusalén, y les dice: que no cree poder negarse á escuchar las proposiciones de Saladino. Arrebatado de cólera y de dolor por un contratiempo que desvanecía tal vez sus esperanzas, Lusiñan respondió que cualesquiera que fuesen sus proposiciones las desecharía sin oirlas, si el precio de ellas habia de ser la mano de la princesa de Inglaterra.—Pero yo esperó que V. M. se acordará, replicó con arrogancia el duque de Borgoña, que su voluntad no es una ley para nosotros; que el interés de la fe debe preferirse al de su amor; y en una palabra, que el consejo de los príncipes cruzados es el único que tiene derecho de decidir en este asunto y de responder á Saladino.

El impaciente rey de Jerusalén iba á responder de un modo injurioso, y Ricardo, no menos impaciente, exclamaba que él solo tenia derecho para disponer de su hermana, cuando el duque de Baviera los interrumpió con estas palabras:—¿Es posible que ignorando todavía las proposiciones del sultan se manifeste ya entre nosotros el resentimiento! Esperad á lo menos á saberlas antes de entregaros á esas vanas inquietudes; estimémonos mutuamente lo necesario para creer que el interés de la religion dictará solo nuestra respuesta.

La sabiduría del duque de Baviera prevaleció: Lusiñan, que advirtió que Ricardo mismo se adhería á aquella opinion, no dudó en conformarse á ella, porque conocia muy bien que si insistia mas, se volveria contra él todo el partido prudente del ejército, y que para ganarle no valia tanto la fuerza como la destreza. Por otra parte se acomodaba este último medio tan perfectamente á su espíritu y á su carácter, que no le costó ninguna violencia aprobarle. Ricardo, conmovido de su deferencia y de su fingido desinterés, le apretó la mano diciéndole que nada temiese: despues mandó retirar á Matilde, y volviéndose al duque de Norfolk, le mandó que advirtiese á los príncipes y á los jefes del ejército que el consejo general se reuniría dentro de una hora para escuchar las proposiciones de Saladino.

CAPITULO XXXIV.

¿QUIÉN sería capaz de espresar todas las esperanzas que concibe, y todos los sentimientos que oprimen el corazon de la princesa? Se pregunta á sí misma, cuál puede ser la causa de aquella embajada solemne que envia Saladino á los príncipes cruzados; y al punto pronuncia en voz baja el nombre de Malek-Adhel. ¿Qué embeleso derrama este nombre en las ideas vagas y confusas que se presentan á su imaginacion! Sin embargo, aparta todas las que se fundan en una felicidad completa, y procura no abandonar enteramente su alma á aquellas meditaciones tiernas, á aquellas ilusiones maravillosas que conoce que ya no puede perder sino con la vida.

En medio de estas tumultuosas agitaciones esperaba el regreso del arzobispo, y se afligia por haber faltado á la palabra que le habia dado. La infraccion de un deber se espia siempre con un tormento. No lo ignoraba Matilde, y arrepentida de su culpa, únicamente pedia á Dios que no apoyase la vara de su justicia sobre la herida mas sensible de su corazon, castigándola en Malek Adhel. Mientras llora, teme, espera y se arrepiente, la buena y fiel Herminia de Leicester se presenta y la dice, que entre las gentes de la comitiva del embajador, ha conocido á uno de los mas fieles servidores del príncipe Adhel. Matilde la interrumpe con viveza, preguntándola si le ha hablado.—No señora, respondió Herminia, porque el rey vuestro hermano ha prohibido toda comunicacion entre la comitiva del embajador y los cristianos, hasta que el consejo de los príncipes haya decidido sobre las proposiciones de Saladino.

Herminia se detiene, no atreviéndose por respeto á decir mas si no se lo pregunta la princesa, y Matilde calla, porque la extraordinaria delicadeza de su modestia no la permite preguntar lo que deseaba saber; pero la atencion con que ha escuchado el discurso de Herminia, y sus ojos que aun atiendan, manifiestan suficientemente que no la ofenderán hablándola de Malek-Adhel. La condesa de Leicester comprende su deseo, pero sin manifestárselo la dice:—Aunque son muy secretas todavía las proposiciones del sultan, hablan de ellas en el campo: dicen que su enviado Mahomed está encargado de pedir la mano de V. A. para Malek-Adhel; hace dos horas que le han introducido ante el consejo secreto que se celebra en la habitacion de vuestro hermano, y nada se ha traslucido todavía.

Al oír estas palabras Matilde, aparta la cabeza y oculta con ambas manos su rostro y su agitacion, y la condesa de Leicester permanece de pié junto á ella guardando silencio. De repente se oye el ruido de las trompetas y tambores, y Herminia exclama:—Se concluyó el consejo, y el embajador árabe vuelve sin duda á su tienda.

La princesa no muda de actitud; pero su silencio ha adquirido un carácter religioso, en el cual se

advertir que si suspira y se agita, Dios arregla sus movimientos, y que en medio de las pasiones que inundan su corazón, este pensamiento sublime la ocupa todavía, y sino templara la vivacidad de sus deseos, contiene á lo menos sus extravíos. Herminia advierte aquel amor tan puro y afectuoso, y que la princesa necesita exhalarlo; pero está convencida de que no se atreverá á hacerlo sino solamente en la presencia de Dios, y entonces se retira. Matildese arrodilla y exclama: ¡Oh Dios mío, será Malek-Adhel vuestro! ¡será suya Matilde! No tiene fuerza para decir más, pero todo su destino está comprendido en aquellas palabras. Se arroja entonces en un sitio, y á proporción que se deslizan las horas, se debilita su valor, y la idea de Malek-Adhel se apodera cada vez más de su imaginación y de su corazón. Le ve con sus virtudes, su heroísmo, sus miradas centellantes de esfuerzo y de amor; y ya no contiene su ternura, porque amar á Malek-Adhel es la felicidad suprema, el celestial deleite de los ángeles; amar á Malek-Adhel es la única eternidad que pediría, y la parece que si no lograrse como ella y en su compañía una felicidad sin fin, no tendría Dios mismo poder para hacerla venturosa. Jamás ha concedido tanta libertad á sus sentimientos; son de pasión, y su casto velo está empapado en lágrimas de amor. Un rumor repentino la saca de su meditación y la vuelve en sí; arroja un grito y se oculta temiendo que la vean, conocen el estado en que se halla y los secretos que acaba de sorprender en su corazón. Berenguela entra y exclama:—¿En qué abantamiento te encuentro? ¡Lloras cuando vas á ser dichosa!

Matilde se estremece, levanta la cabeza y la mira asombrada, no atreviéndose á mirarla todavía con júbilo. Berenguela se acerca con el rostro encendido de alegría, y la dice:—Reina de Jerusalén, ven á que yo te salude.—Horroroso título, interrumpió Matilde. Jamás me verán sentada en el trono de Lusitania!—¿Qué decis, hermana? No es Lusitania el que te coloca en él, sino Malek-Adhel.

La princesa pierde el color y tiembla; no puede creer lo que escucha, y aquella felicidad que ha deseado tanto, ahora que la tiene presente, la turba y la confunde. La reina le toma la mano y añade con tono afectuoso:—Parece un prodigio sin duda, pero, hermana mía, tú no sabes que no los hay para el amor, que no experimenta ningún obstáculo, y que es tal su poder, que el hombre que le abriga en su seno parece que camina siempre rodeado de milagros.

Después la mira y se sonríe; pero Matilde no puede reírse todavía, porque su ánimo se halla agitado extraordinariamente: no sabe donde está, porque acaba de presentársele un mundo nuevo que ocupa solo Malek-Adhel, pero ahora que el amor está satisfecho, recobra la inocencia sus derechos y no permite á la princesa que se abandone á la felicidad. La reina admirada de su silencio la dice:—Pero ¿qué! cuando la Providencia muda en tu favor el corazón de los reyes y el curso ordinario de los acontecimientos para unirte al héroe que amas, ¿permaneces suspensa y no la bendices?

Esta palabra escita en Matilde el agradecimiento, y al mismo tiempo la única idea que puede inspirarle vivo y estremado.

—¡Ay, hermana mía! exclama, tú no me has dicho que Malek-Adhel sea cristiano.—Ese punto se ignora todavía, respondió la reina.—Pues no me hables de felicidad, replicó ella con prontitud hasta que se aclarase.

Y derramando un torrente de lágrimas, solo con su dolor manifestó cuanto estimaba el bien que acababan de prometerla. La reina la dijo entonces:—Matilde, esa disposición á desechar la esperanza y á dudar de los favores celestiales, ¿no es una ingratitude para con Dios?—Tal vez lo será, replicó la prin-

cesa enjugándose las lágrimas.—Lee, añadió Berenguela entregándole un papel, y en él verás que tal vez depende de tí mudar la faz de este imperio. Matilde, le tomó, y vió que contenía las proposiciones de Saladino en estos términos:

«En el nombre de Dios único, cuyo reinado no tiene fin, de su profeta Mahomed á quien ha enviado para reformar la única ley verdadera: Nos muy ilustre sultán, defensor de la palabra de verdad, ornamento del estandarte de la fe, rey de los Musulmanes, servidor de las dos ciudades santas la Meca y Medina, Saladino, hijo de Ayub, hacemos saber á los príncipes unidos por la fe de Cristo, que hemos dado al muy sublime y muy noble Malek-Adhel, nuestro hermano, columna de nuestro imperio, el reino de Jerusalén, toda la Judea y muchas ciudades importantes de Siria; pero no pudiendo satisfacerle todos estos vastos estados si la princesa de Inglaterra no reina en ellos, proponemos esta alianza como prenda de una paz eterna entre el Oriente y el Occidente. Consentimos en que una reina cristiana se sienta en el trono de Jerusalén, y que con su presencia y su protección reaníme á su pueblo abatido y mantenga la unión entre los Musulmanes y cristianos; y pedimos únicamente que nos traiga en dote á Tolomaida la soberbia. Con esta condición permitimos que consagre á su culto el templo de la Resurrección, la restituyamos sus monasterios, permitiremos á vuestros peregrinos que visiten la ciudad Santa, y os guardaremos una paz inviolable; pero si despedís á nuestro embajador con la negativa, lejos de temeros iremos á recibirlos, y Dios por su supremo poder nos concederá la victoria. Dos veces se ha sublevado contra nosotros toda la cristiandad, y vosotros no ignoráis cual ha sido el éxito de estas dos empresas. Desde aquel tiempo Dios ha aumentado mucho nuestro poder y ha disminuido el vuestro; hemos conquistado todos vuestros estados; todos los príncipes musulmanes son vasallos nuestros; todos los sultanes son nuestros tributarios, y si mandamos también al califa de Bagdad (á quien Dios colme de bendiciones) que nos traiga tropas, descenderá de su trono sublime para socorrer á nuestra alteza. Decid, pues, si queréis la paz ó la guerra; y si Dios ha resuelto vuestra ruina en sus decretos eternos, venid, que nosotros marcharemos á encontrarlos al frente de todos los diferentes pueblos que componen nuestro imperio, cuyos nombres no cabrían en esta carta, y á quienes no puede contener ni el mar, ni los desiertos, ni ningún obstáculo.

Matilde leyó dos veces este papel con la mayor atención, y luego que concluyó apoyó la cabeza sobre el hombro de la reina, y con voz afligida y triste la dijo:

—¿Sabes lo que ha respondido el consejo á estas proposiciones?—Al principio produjeron una violenta disputa, respondió Berenguela: la mayoría del consejo se decidió á su favor; pero el rey de Jerusalén las ha despreciado con intrépido furor. Ricardo le sostuvo, se acaloró la disputa; y resonaba el consejo, con los gritos, las amenazas y las injurias; no se oía ninguna palabra prudente, y se conocía muy bien que se hallaba ausente el arzobispo de Tiro. El partido más numeroso estaba por el sultán, y en contra suya el partido más violento. Sin embargo, en medio de aquella horrosa agitación, Lusitania calló repentinamente; todos lo repararon y se admiraron. Se acercó á Ricardo, le habló al oído, y después pidió á la asamblea que le escuchase; consintieron todos en ello y guardaron silencio.—Príncipes, dijo, me piden que ceda un reino á Malek-Adhel, y la hermosura cuya mano me había prometido el rey de Inglaterra, que vale mucho más que un reino: sin embargo, por grandes y crueles que sean estos sacrificios, si la religión me manda que los haga, estoy pronto á obe-

decer; pero para resolverme á ello, es preciso que yo esté convencido de que me lo ordena efectivamente, y cómo puede estarlo hasta que Dios lo decida por boca de sus ministros? Pido, pues, que se suspenda la respuesta á las proposiciones de Saladino hasta que el consejo de los obispos, presidido por el legado del papa, decida esta cuestion: si es una ventaja para el Cristianismo abandonar la ciudad de Jerusalén á un príncipe musulman, y si una hija de la sangre real de Inglaterra puede jurar obediencia y sumision á un infiel.

Habia en este discurso de Lusignan una apariencia de moderacion que le atrajo todos los ánimos, y pareció tan prudente y desinteresada su opinion, que el consejo la adoptó unánimemente. Convinieron, pues, en que siendo los obispos los únicos que tenían derecho de decidir en una materia en que estaba comprometida la religion, se pediria á Saladino un plazo y una tregua hasta que diesen su parecer. Y tú debes conocer, hermana mia, que puesto que les han dejado libertad para decidir en este asunto, no dudarán en aceptar una alianza que restituirá á la verdadera fe una parte de su antiguo poder. ¿No han de advertir que desde aquel trono sagrado en donde se sentará la piadosa Matilde, saldrán torrentes de luz que de dia en dia se esparcirán por todo el Oriente?—¡Ah, plegue á Dios que se convierta Malek-Adhel! interrumpió la princesa, no puedo pedir otra cosa ni desear mas. Pero dime, hermana mia, ¿sabes si esta embajada es un efecto de la presencia del arzobispo de Tiro en Cesaréa? si yo creyese que su influjo habia dictado estas proposiciones, no tendria ya ninguna duda ni inquietud, porque estaria segura de las disposiciones de Malek-Adhel.—Nada dicen de Guillermo, respondió la reina, y aun parece que no le habian visto todavía en Cesaréa cuando salió de allí Mahomed. La princesa levantó las manos y los ojos al cielo con tierna y profunda melancolia, y se preguntaba á sí misma en lo íntimo de su corazon, como Dios, que lo puede todo, tardaba en llamar á sí á Malek-Adhel.—Cuando salió del consejo, continuó Berenguela, mi esposo estaba pensativo y silencioso, y no ha desplegado sus lábios una sola vez mientras el duque de Borgoña me referia la agitacion de la asamblea; pero despues que concluyó, se acercó á mí, me entregó estos pliegos, y me mandó que pasase á tu cuarto para comunicártelo, añadiendo que vendria al instante él mismo á hablarte.—¡Dios mio! exclamó Matilde, esta complacencia de Ricardo oculta seguramente algun misterio: ¿será posible que Lusignan haya conseguido á pesar de su lealtad y franqueza, enseñarle á disimular como él! Confieso que el consejo de los obispos reunidos por el artificioso rey de Jerusalén me confunde, y me parece que nada bueno y favorable deben producir las proposiciones de Lusignan. ¿Pero, hermana mia, se atreverá á runirse el consejo sin el arzobispo de Tiro? ¿se atreverá á decidir sin escuchar á Guillermo?—Lusignan pide con instancia que no se le espere, porque teme aquella preocupacion que Guillermo, á pesar de toda su piedad, no ha podido menos de concebir en favor de Malek-Adhel.—¡Eterno! exclama la princesa, cuando la gloria, la antorcha de vuestra Iglesia no ha podido menos de interesarse por este gran príncipe, ¿es tan culpable mi débil corazon por no haber podido resistir?...

Las palabras que iba á añadir se quedaron suspensas en sus labios, porque se abrió la puerta y se presentó Ricardo. Sus miradas eran inquietas y severas; se pasó mucho tiempo en silencio como meditando lo que habia de decir; al fin se detuvo delante de su hermana, que bajó los ojos, y la dijo:

—Matilde, cuando dejé la Europa y abandoné mi reino, fue para venir aquí á quitar el sepulcro de Cristo de manos de los infieles, y restituirsele á los cristianos: en la isla de Chipre conocí á Lusignan, me

enternecieron sus desgracias, juré volverle su corona, y este juramento fue sellado por la fe de amistad y de fraternidad de armas: ¿y qué me proponen en el dia? ¿qué sea perjuro á esta fe santa y sagrada; que abandone á mi amigo y hermano á su desgracia; que consienta en verle despojado de sus derechos, y que yo mismo revista con ellos á un príncipe musulman! Pero aun esto es poco, es necesario rendir á los infieles esta Tolemaida conquistada con tantos trabajos; y finalmente que mi hermana; mi propia sangre, descendiente de la noble raza de los Plantagenets, se una á la de un árabe vagamundo: ¿el honor, el alto honor me permite sufrir semejantes afrentas? ¿qué! ¿se dirá en toda Europa que Ricardo, que ha venido amenazador y terrible, cuya espada era el consuelo de Jerusalén y el espanto del Oriente, se retira vergonzosamente á la primera proposicion de Saladino! ¿y yo lo sufriré!

Se detuvo como oprimido de cólera, y la reina y la princesa guardaron silencio. Despues de una larga pausa añadió: Lo que las instancias de todo el campo no me hubieran obligado á ejecutar, Lusignan lo ha conseguido: su generosidad no le ha permitido que prefiera su interés, ni aun me ha permitido que yo se le defienda; y confieso que si he cedido, ha sido porque se manifestó mejor una generosidad tan heroica. Quiso que el consejo de los obispos determinase una cuestion que hubiera decidido mucho mejor nuestra espada, y he consentido en ello. Matilde, un ejemplo tan sublime no será sin duda inútil para tí, porque te manifestará la diferencia que exige de parte tuya el sacrificio que hemos hecho los dos; te manifestará hasta qué punto se puede ceder cuando lo pide el interés del Estado; te enseñará que si los juramentos pronunciados en nombre de la amistad y del honor han podido ceder á otros deberes mayores, deben ceder mucho mas los que el amor arranca á la debilidad; y te manifestará en fin el único partido que te queda que abrazar, si el consejo de los obispos desecha la alianza propuesta. Acuérdate que teniendo autoridad para hacer que me obedezcan, no he querido usar de ella, que he podido contener el impetuoso movimiento de mi voluntad á sujetar los afectos mas queridos de mi corazon, y que despues de un esfuerzo tan grande sobre mí mismo, sino le imitas, si en vez de mostrarte digna de él, vacilas tan solo un momento en reconocer mi autoridad y en aceptar la eleccion que he hecho para tí, no habrá temeridad mayor ni ingratitude semejante á la tuya.

Calló, Matilde bajó los ojos sin responder. Aunque conmovida por algunas palabras de su hermano y sorprendida de la aparente generosidad de Lusignan, conocia que ningun acontecimiento la infundiria jamás valor ni aun voluntad para aceptar por esposo á otro hombre que Malek-Adhel; pero si tenia bastante firmeza para adherirse invariablemente á esta resolución, no tenia la suficiente para decirsele al rey. Berenguela para quitarla el embarazo de un silencio que comenzaba á desagradar á Ricardo, preguntó á este con voz tímida, si se reuniria pronto el consejo de los obispos, ó si esperaban el regreso de Guillermo.

—Vos, que sabeis á donde ha ido á llevar la palabra de Cristo, la respondió con una especie de amarga ironía, podreis decirnos sin duda si la importancia de su mision le detendrá mucho tiempo; pero como el secreto que habeis prometido no os permite declararos sobre este punto, ha sido preciso determinar á la ventura, y hemos resuelto que si dentro de ocho dias no vuelve Guillermo, se reunirá sin él el consejo de los obispos.

Se detuvo otra vez mirando atentamente á Matilde aguardando respuesta; pero no le dió ninguna, y entonces añadió: tus esperanzas son muy silenciosas, hermana mia, y tal vez hubiera sido conveniente por el

interés de tu gloria que tus temores lo hubieran sido también esta mañana. Has cometido una gran imprudencia dando tu palabra á Malek-Adhel, y mucho mayor confesándolo públicamente; sin embargo, á causa del amor que te profeso, y de tu estremada juventud, puedo perdonarte; pero hermana mía, considera que en la clase en que te hallas todas las miradas se fijan en tí, que no tendrías disculpa otra nueva imprudencia, y que el mundo y yo no te la perdonaríamos jamás.

Salió entonces diciéndola, que desearia se presentase por la noche en el cuarto de la reina. Podia obedecer esta órden aunque la incomodase mucho, y la obedeció. Fue preciso que con el ánimo inquieto y el corazon agitado se resolviese á escuchar todas las conversaciones que ocasionaba la noticia del día, y procurar responder á ellas. Los unos, llenos de admiracion por ella y por Malek-Adhel aplaudian la alianza propuesta y el triunfo de su hermosura; otros, curiosos y malignos procuraban penetrar su secreto; las mujeres la miraban con envidia, Ricardo con indiferencia y Berenguela con tierna compasion. Todos los caballeros que habian solicitado su mano manifestaban su cólera con quejas y amenazas, los obispos, silenciosos y graves, se abstenerian de responder á todas las preguntas relativas á la sentencia que habian de dar, é imponian á su fisonomia la misma reserva que á sus discursos, para que ni aun se pudiera sospechar ni sentir su opinion en un negocio tan árduo. Lusiñan, apoyado en el respaldo del sitial de la princesa, aparentaba estar sumergido en una tristeza profunda, y veia con complacido que su resignacion, su generosidad, su dolor producian el efecto que habia previsto, inspirando en su favor un interés general. Ningun hombre tenia naturalmente menos grandeza de alma que Lusiñan; pero ninguno sabia mejor cuán útil podia ser en ciertas ocasiones, y no era esta la primera vez que magnánimo por artificio, habia calculado que para lograr mucho era preciso aparentar que se cedia todo.

Al día siguiente por la mañana conoció que la mayoría del consejo estaba en contra suya; que persistiendo en desechar toda reconciliacion con Saladino, enajenaba mas y mas los ánimos; que Ricardo solo no le sostendria contra todo el ejército, y finalmente, que el partido mas seguro para su interés era consentir en abandonar todos sus derechos. Haciendo él mismo este sacrificio antes que se le propusiese ó que le ordenase el consejo, adquiria la estimacion de todos los Cruzados, se hacia mas amable á Ricardo, y tal vez moveria el corazon de Matilde. Aun habia mas, porque en aquel consejo de los padres de la fe iba á lograr en su favor el auxilio del tiempo y de la intriga, dos fuerzas de las cuales sabia disponer tan acertadamente, que cuando podia usar de ellas estaba casi seguro de conseguirlo todo.

Pero de todas las cosas de este mundo la que está mas distante del artificio es un corazon sencillo, porque conserva un instinto de rectitud que repele al fraude y no se deja engañar de él. De esta suerte Matilde podia creer muy bien en la generosidad de Lusiñan, pero sin enternecerse, y hasta en la profunda afliccion que manifestaba la inspiraba una repugnancia de que tal vez se arrepentia, pero sin poder vencerla. Inclinado detrás de la silla de la princesa la decia:—¡ Ah señora, si Malek-Adhel me hubiera pedido solamente que le cediese mi reino, y si yo pudiera esperar que un amor como el mio satisficase nuestra ambicion con una palabra vuestra, abandonaria todos mis derechos!— Señor, respondió ella con frialdad y sin mirarle, ¿ cómo os ha de pedir Malek-Adhel que le cedais Jerusalén y mi mano, cuando Jerusalén es suya y mi mano es solo mia?

Al concluir estas palabras, para huir de un amante que detesta, se levanta y se acerca á la reina que

hablaba con el legado del papa; Lusiñan la sigue todavia, y temiendo que suplique á aquel venerable representante del jefe de la Iglesia se acerca y le habla en estos términos:—Guárdesse vuestra eminencia, y huya de esta peligrosa hermosura, porque corre de sus labios una elocuencia irresistible, y el que se atreve á escuchar á la princesa Matilde se espone á no poder obedecer sino á ella.— Señor, vos nos ofendeis á los dos, replicó el legado con gravedad, porque la princesa está tan lejos de preguntarme lo que yo no debo escuchar, como yo lo estaria de responderla si se atreviese á hacerlo.—Y yo añadiré, interrumpió Matilde con algun desabrimiento, que V. M. ha sabido libertarse de esa sumision de que habla, porque en efecto, si bastara escucharme para obedecerme, hace ya mucho tiempo que hubiérais cesado de manifestarme vuestros deseos.

Lusiñan iba á replicar; pero ella no lo permitió, porque impaciente por hallarse sola con sus pensamientos y sus esperanzas, pidió y obtuvo de la reina el permiso de retirarse, y aprovechándose de él, huyó al punto sin dignarse mirar á Lusiñan, que la pedia por favor que le escuchase un momento.

CAPITULO XXXV.

RETIRADA Matilde á lo interior de su oratorio, cuyas ventanas caian hácia las murallas, se abandonaba sin testigos á las esperanzas que se le presentaban y á los sentimientos con que tal vez podria honrarse. Se acordaba avergonzada, pero al fin se acordaba de aquella pompa nupcial que habia coronado el himeneo de Berenguela, y de aquel juramento de un eterno amor pronunciado por la reina con tanto júbilo, y que no asombra ya tanto la inocencia de Matilde. En aquel momento, lanzándose su imaginacion mas allá de los abismos de la muerte, allí volvia á encontrar el amor de Malek-Adhel, y se perdía en éxtasis y felicidades, cuya realidad no pertenece sino al cielo, pero que Dios ha permitido que conciba el hombre para que jamás pueda dudar de que existe el cielo; porque seria su impiedad extraordinaria creer que puede imaginar el hombre mas de lo que ha hecho el Omnipotente.

Hacia ya mas de una hora que estaba sumergida en un torrente de ilusiones inefables, cuando entró la condesa de Leicester, con semblante turbado, á decirle que un árabe desconocido estaba á la puerta y queria que le permitiesen entregarle unas cartas de parte del príncipe Adhel. Habiéndola dicho Matilde que las tomase, añadió que no queria entregarlas sino á su alteza misma.—Pues que entre, replicó prontamente Matilde, que ya es tarde, va á dar la hora en que se cierran las puertas de Tolemaida, y seria perdido ese árabe si le hallase a despues dentro de la ciudad.

Herminia salió y subió al momento con el soldado musulman, que traia la visera bajada y el ademan misterioso: la princesa le preguntó un poco agitada, pero no la respondió. Admirada de aquel silencio y atribuyéndole á la presencia de Herminia, la hizo seña de que se retirase: apenas el musulman se vió solo con ella, cuando se arrojó á sus piés exclamando con una voz que resonó en lo íntimo del corazon de la virgen.—¡ Al fin la vuelvo á ver! ¡ He recobrado á Matilde!— ¡ Oh Dios supremo! interrumpió la princesa enajenada; si es una ilusion que me engaña; sino es él al que escucho; si mi imaginacion agitada se figura lo que no existe, quitadme la vida, pero no me quiteis mi error.

Malek-Adhel no la responde, porque su alteracion le impide hablar: se quita el casco y se manifiesta á los ojos de Matilde, y conoce aquel rostro en donde ha colocado el amor todo su fuego. La sorpresa y el júbilo hieren su corazon, en el pasmo que experimenta

la parece que va á espirar. Al ver tan viva agitacion Malek-Adhel conoce que la suya llega al delirio, y estrecha en su seno la belleza que adora; pero Matilde se estremece y resiste, porque permanece el pudor todavía aun cuando ha huido la razon. En este instante oye la campana del templo inmediato que llama á los cristianos á la oracion, y la virgen espereamenta un terror santo. — Malek-Adhel ¿oyes ese sonido? exclama; esa es la voz de Dios mismo. — ¡Oh Matilde! respondió él con un tono apasionado; oponiendo siempre tu Dios á mi ventura ¿quieres obligarme á que te aborrezca? — ¡Insensato, que has dicho! ¡Obligarte yo á que te aborrezcas! Dios mio, vos sabéis que jamás os he pedido otra gracia que la de su conversion; pero habla Malek-Adhel, dime por qué milagro estas aquí. ¿Es el arzobispo de Tiro el que te envía? ¿Ta ha encontrado en Cesaréa? ¿Han penetrado sus palabras en tu corazon? — Matilde, no sé lo que quieres decirme, replicó el príncipe; no he visto al arzobispo, ni está en Cesaréa, y no ha sido él sino el amor solo el que me ha conducido á tus plantas. Ningun mortal sobre la tierra sabe que estoy aquí; mi hermano mismo lo ignora. Es generoso Saladido, pero altivo, y no hubiera permitido que viniese á sufrir aquí la afrenta de esperar... pero no he podido aguardar lejos de tí la respuesta de que pende mi vida, ni he podido resistir el deseo de verte un momento: disfrazado con la armadura de un simple soldado, sin saberlo Mahomed mismo, he venido en su comitiva mientras el sultan cree que estoy ocupado en visitar á Jafa y Ascalon. — Sabes, le dijo la virgen avergonzada, ¿cuál ha sido la respuesta de los príncipes á las proposiciones de Saladino? — Se, replicó él con impaciencia, que Lusñan, cuya temeraria audacia osa aspirar á tu mano, ha conseguido que el consejo de vuestros obispos decida sobre este asunto: sé que tu hermano se ha declarado contra mí, y que sostiene y protege las presuntuosas esperanzas de Lusñan. Tal vez su ascendiente sobre el ánimo de vuestros obispos dictará su respuesta: tal vez desecharán las proposiciones de Saladino: tal vez, Matilde, te mandarán que hagas traicion á la fe que me has jurado.

Y se detuvo como para contener el dolor terrible que le causaba aquella sola idea. Despues añadió con un tono mas suave:

— Si te lo mandasen, Matilde, dime, ¿qué partido tomarías?

Al oír estas palabras se postró ella ante la imagen de Cristo, y obligándole al príncipe á que la imitase, le respondió:

— En nombre de este objeto de mi inmortal veneracion renuevo el juramento de no ser jamás de otro que de tí. — Matilde, la interrumpió con prontitud, no basta eso: es necesario que jures ser mia. — Quiero serlo, respondió ella; dame tu mano. — Sorprendido y embelesado se la dió Malek-Adhel; ella la tomó, y poniéndola unida con la suya sobre el libro de los Evangelios, añadió con un vivo entusiasmo:

— Estoy pronta á unirme á tí, Malek-Adhel, por toda la vida, por toda la eternidad, y solo espero una palabra: ¿eres de mi Dios?

Turbado, fuera de sí, exclama el príncipe: ¿Qué es lo que me pides, Matilde?

— Mi eterna dicha y la tuya, respondió la virgen mirándole con una espresion angélica: ¿te opondrás á ellas?

Tal vez iba á ceder, y tal vez en el espacio de pocos instantes la religion dos veces victoriosa, iba á emplear para convertir á un infiel la llama de un amor de que acababa de triunfar; pero el ruido de pasos precipitados aterró á la princesa, y apenas habia tenido tiempo Malek-Adhel para volver á ponerse el casco cuando se presentó Herminia. — Señora, la dijo, acaban de cerrar las puertas de la ciudad; el rey de

Jerusalén que rondaba al rededor de las murallas, asegura que ha oido en vuestro cuarto el eco de una voz desconocida, y las guardias que están á la puerta le han asegurado que habia entrado un musulman en vuestra habitacion, y que no habia salido todavía. Entonces ha venido á vuestra puerta, está ahí, y quiere entrar; dice que quiere saber quién es el audaz que se atreve á hablaros á semejante hora, y quebranta de este modola regla que prohíbe á todo musulman permanecer por la noche en Tolemaida.

Malek-Adhel incapaz de contenerse mas, exclamó: pues bien, que se presente; que venga á satisfacer la impaciencia que tengo de derramar su sangre.

Herminia dió un grito de sorpresa al conocer al príncipe.

— ¿Qué haces, Malek-Adhel, exclamó Matilde con una agitacion inexplicable? ¿Quieres perderme con semejante escándalo? ¡Ah! si amas mi gloria, guárdate de darte á conocer, sigue á Herminia que te conducirá fuera de aquí: si encuentras á Lusñan le dirás que ignorabas la ley que prohibia á los musulmanes permanecer durante la noche en Tolemaida; le dirás que te perdona en mi nombre; pero si se arrebata y se atreve á amenazarte, yo juzgaré de tu amor por el silencio que guardes.

El príncipe le apretó la mano con una viveza apasionada, y respondió: Me pides que prefiera tu honor al mio, yo prometo obedecerte, Matilde; y te dejo con este recuerdo: él te dirá lo que debo yo esperar de tí algun dia.

Luego que pronunció estas palabras se aleja, y Herminia le sigue: en la última puerta halla al rey de Jerusalén al frente de sus soldados, que le detiene y le dice:

— Presuntuoso árabe, ¿quién te ha dado la audacia de permanecer en Tolemaida, y principalmente en la habitacion de la princesa de Inglaterra, á semejantes horas? ¿sabes que es un crimen que merece la muerte?

El príncipe respondió con una agitacion, que todos atribuyeron al temor del castigo; soy sarraceno que hace poco tiempo he llegado á las tiendas de Mahomed, é ignoraba la ley establecida en Tolemaida: Malek-Adhel me habia entregado algunas cartas para la princesa Matilde, y he venido á obedecer á mi amo. — ¡Ah! aunque no fuese mas que á causa de ese amo aborrecido, replicó Lusñan furioso, quiero castigarte de manera que le manifieste la suerte que á él mismo le reservo. — No os lo aconsejo, respondió con arrogancia Malek-Adhel; porque el cielo, que encendió en su pecho la llama del valor y le dió un corazon incapaz de temer, pudiera conducirle aquí para enseñaros á vos mismo, en medio de vuestros amigos y vuestros soldados, cómo trata á los que le ofenden con discursos insolentes y pretensiones orgullosas. — Vil sarraceno, interrumpió el rey de Jerusalén temblando de furor, ¿juzgas que sufro pacientemente los insultos de un miserable como tú? Soldados, cargadle de cadenas al momento, sepultadle en un oscuro calabozo hasta que su amo venga á reclamarle. Entonces veremos cómo recibe la respuesta que le preparo, y si esta espada que ciño por el Hijo de María no me venga de ese odioso musulman. — Si te agradan los combates tanto como á él, respondió Malek-Adhel, y si no te aterra la muerte, yo te ofrezco el combate y la muerte: ven ahora mismo: las tinieblas de la noche no te liberrarán, porque á pesar de ella mi espada sabrá encontrar tu corazon. — ¿Acaso piensas, replicó Lusñan con menosprecio, que yo abatiría la magestad real hasta medirme con tan vil enemigo? Mañana á presencia de todo el campo y á vista de Mahomed mismo, un suplicio infame espiará tu temeridad y me vengaré de tus insultos.

— Dice así y manda que le carguen de cadenas: Mas

lek-Adhel echa mano á la espada con un movimiento que descubre á un héroe.

Lusiñan le mira; se asombra, y le dice: — ¿Quién eres tú para intentar defenderte de ese modo?

Si Malek-Adhel no hubiera espuesto mas que su vida, hubiera respondido á Lusiñan acometiéndole, pero no queria publicar el secreto de Matilde. Sin embargo, si se dejaba aprisionar le conocerian inevitablemente y tambien desobedecia á Matilde. En esta alternativa se atrevió á confiarse á su rival. — Escucha, le dijo en voz baja, yo soy Malek-Adhel, y si no encargo á mi espada que te lo manifieste, es para precaver un escándalo que agravaria á aquella á quien hemos sacrificado nuestra vida: segun el uso que hagas del secreto que confio á tu fidelidad, conoceré si eres digno del nombre de caballero y de la estimacion de un rival que te aborrece. — Yo te aborrezco mil veces mas, le respondió Lusiñan con la voz trémula de cólera; y solo mi respeto por la ilustre Matilde podia obligarme al silencio, contener mi cólera y suspender mi venganza. — Por poca prisa que tengas en saciarla; respondió Malek-Adhel, no te la haré esperar; te aguardo mañana al ponerse el sol en el bosque de sicómoros que se estiende por la orilla del mar junto á la puerta de Nazaret, y allí quedará la vida de uno de los dos.

El rey de Jerusalén no le dió mas respuesta que apretarle la mano, y levantando la voz dijo á sus soldados, que quedaba satisfecho de las disculpas de aquel esclavo, que le condujesen fuera de las puertas de la ciudad; y que les mandaba guardar silencio sobre aquella aventura.

Hermínia habia escuchado oculta toda esta escena, y fue á contársela á su señora al momento que vió al príncipe en seguridad. Matilde adivinó fácilmente las palabras que Malek-Adhel habia dicho en secreto á Lusiñan, porque conocia muy bien que la altiva arrogancia de este no hubiera perdonado á un soldado que acababa de insultarle, si este soldado, dándose á sonocer, no hubiera con esta sublime prueba de estimacion obligado á Lusiñan á mostrarse digno de recibirla. Pero tambien estaba segura que ni el uno se habia resuelto á ceder, ni el otro á callar sino con las esperanzas de vengar prontamente sus injurias. No podia pues dudar que se hubiesen provocado al combate, y aunque creia que Malek-Adhel era invencible, la atemorizaba el valor de Lusiñan. Pasó toda la noche discutiendo los medios de evitar el peligro que amenazaba al príncipe, y el miedo y el amor la inspiraron un proyecto que se apresuró á poner en ejecucion. Apenas comenzaba á rayar el dia cuando envió á la habitacion de Ricardo á suplicarle que le permitiese celebrar aquel dia mismo con una fiesta solemne la dichosa tregua que acababa de concluirse entre los dos imperios, que esperaba que la dispensaria la gracia de asistir á ella con los principales jefes del ejército.

Ricardo sorprendido de este mensaje, estuvo para responder negándola el permiso, porque no podia sufrir que su hermana deseara celebrar un acacimiento que le habia desagradado tanto. Sin embargo, como se alegraba de que, mostrándose ella con esplendor, hiciese una especie de abjuración pública de sus primeros votos, creyó que permitiéndola lo que pedia era obligarla con un nuevo lazo á permanecer en el mundo y á someterse á lo que la ordenase algun dia. Mandó pues que la respondiesen, que no solamente aprobaba su proposicion, sino que la encargaba que ostentase en su banquete una pompa suntuosa y una magnificencia real, y que él se encargaba de honrar á los caballeros que tuviesen el honor de asistir á él.

Todos los que se dignó escoger el rey de Inglaterra se tuvieron por dichosos con aquella gloriosa preferencia, y acudieron solícitos á las ricas y soberbias

tiendas que habia mandado levantar la princesa á la orilla del mar. El rey de Jerusalén fue uno de los primeros que se presentaron: iba con la esperanza de poderse evadir hácia el medio dia para ir á pelear con Malek-Adhel en el bosque de sicómoros, fue principalmente con el proyecto de vengarse de Matilde dándole á entender que era dueño de su suerte, puesto que lo era de su secreto; pero antes que tuviese tiempo de manifertárselo, la conducta de la princesa desconcertó todos sus proyectos, y le desengañó, que el temor de que se descubriese el misterio de la vispera no era lo que mas la ocupaba. Los mas ilustres soberanos, los mas valientes caballeros y las bellezas mas amables de Europa y Asia, se habian reunido al rededor de una mesa dilatadísima que presidia la princesa de Inglaterra con una gracia admirable. Al fin de la comida se levantó de repente, y con el rostro encendido y modesto dijo: — Con el permiso del rey mi hermano, pido á todos los caballeros que están presentes que tengan á bien concederme un favor.

Estaba tan tierna y hermosa cuando hablaba de este modo, que no necesitaba seguramente ni su nacimiento real ni la orden de Ricardo para que la obedeciesen. Sin esperar á que el monarca hablase, todos los caballeros se levantaron de comun acuerdo, y prometieron que, cualquiera que fuese la voluntad de Matilde, se someterian á ella ciegamente. Sin embargo, no se atrevia á hablar antes de haber conseguido la aprobacion de Ricardo que por su parte tampoco se atrevia á darla temiendo comprometerse á pesar suyo. Pero imponiéndole las leyes de la caballería la obligacion de no negar cosa alguna á su hermana en una ocasion tan solemne, respondió un poco turbado, que lejos de oponerse á que se le concediese el favor que solicitaba, conocia bastante su reserva y su prudencia, y se obligaba él mismo á satisfacerla en todo cuanto dependiese de su poder. — Puesto que vuestra magestad me permite expresar mi deseo, respondió ella con apacible dignidad, os pido, señor, así como á todos los caballeros que acaban de jurarme obediencia, que me prometais que durante la tregua que acaba de concluirse con Saladino, se depondrán todas las armas ofensivas; que solo se usarán en los torneos y las justas el hierro embotado; y finalmente, que ninguno de vosotros y con ningun pretexto ensangrentará nuestros juegos provocando ó aceptando el combate á muerte, ya sea contra los cristianos ó contra los Musulmanes.

A estas palabras todos los caballeros bajaron la punta de su espada á los pies de Matilde, declarando traidor y desleal al que quebrantase su juramento antes que ella le hubiese absuelto.

El rey de Jerusalén fue uno de los últimos que se acercaron y arrodillándose con pesar, dijo en voz baja á Matilde dándole una mirada de reprobacion. — ¡Ah señora! que penosas haceis que sean para mí vuestras leyes, ¡y qué horror padezco viéndome obligado á obedeceros hoy!

Matilde estaba tan satisfecha del exito que acababa de coronar su esperanza, que en medio de su alegría miró á Lusiñan con mas bondad que acostumbraba, y le respondió en voz baja y misteriosa alargándole la mano: — Se todo lo que os debo, y los derechos que tiene vuestra discrecion á mi agradecimiento.

Lusiñan enajenado con un favor que no habian podido conseguir hasta entonces sus rendidos obsequios y sus ardientes solicitudes, no creia que le debia á la felicidad que disfrutaba Matilde por haber puesto la vida del príncipe en seguridad durante toda la tregua; ventura que llenaba de tal manera su alma que no podia contenerla, y que por ella adquirieron sus miradas mas duizura y mas ternura sus palabras, como si todo lo que la rodeaba fuese Malek-Adhel,

Lusiñan se atrevió á creer que lograria enternecerla manifestándose siempre magnánimo á sus ojos, porque su conducta en el consejo y su moderacion con el príncipe debieron merecer la estimacion de la noble virgen; y estos eran los únicos medios de penetrar en su corazon. De este modo se confirmaba en la resolucion de emplear todo su arte en parecer generoso y en aparentar virtudes que no poseía. ¡Ah! ¡Por qué no empleaba los mismos esfuerzos para conseguirlas, y hubiera logrado mejor éxito con mucho menos trabajo! Porque si la intriga, reuniendo todas sus astucias, puede algunas veces parecerse á la magnimidad, débil apoyo de la virtud, tarde ó temprano se desploma, y con ella el fantasma impostor que habia levantado.

CAPITULO XXXVI.

Ya empezaban á amortiguarse los rayos del dia, cuando Malek-Adhel, recorriendo por tercera vez la orilla oriental del bosque de sicómoros, y no viendo venir á Lusiñan, procuraba en vano adivinar el obstáculo que le detenía; porque al fin, despues del placer de ser preferido por el objeto amado, no le hay mas halagüeño que vengarse de su rival; ¿y cómo podría tardar tiempo en venir á disfrutarle?

Al mismo tiempo ve levantarse una nube de polvo y á Lusiñan que llega agitando á su caballo, que corre á rienda suelta; pero viene sin armas ni broquel; en lugar de su temible espada empuña una lanza con el hierro embotado; trae un sombrero cubierto de plumas en lugar del casco, y á falta de coraza, pendiente de los hombros un manto de púrpura sembrado de flores de oro. Inmóvil de sorpresa Malek-Adhel, le pregunta por qué viene vestido de aquel modo. Lusiñan se lo explica, pero no completamente: dice que Matilde le ha sorprendido diestramente obligándole á prometer que no aceptará ningun combate mientras dure la tregua; pero no le dice que lo ha exigido igualmente de todos los caballeros, y segun las apariencias de su relacion se podía creer que por su interés le ha exigido Matilde aquel juramento. Malek-Adhel le mira con menosprecio y le dice: —Lusiñan, puedo aborrecerte, pero no temerte; vuelve, ve á acompañar á la princesa de Inglaterra, emplea para seducirla todos los artificios que es capaz de sugerirte tu carácter, que yo la conozco bastante y puedo estar tranquilo.

Y se aleja á todo galope, pero sin disfrutar la paz de que habla, porque su corazon está lleno de turbacion y confusion. No puede perdonar á Matilde haber contraido una obligacion con Lusiñan, recibiendo de este una promesa: no puede adivinar la causa de tan estraña conducta, ni se fija un momento en la idea del peligro de que ha querido reservarle. Como está acostumbrado á no encontrar ninguna cosa invencible, no mira la derrota de Lusiñan sino como un pasatiempo, y no puede imaginar que en semejante combate haya temido Matilde por otro que por aquel odioso rival; y está inclinado á creer que si no hubiera tenido algun interés por su vida, no le hubiera impedido que fuese á esponerla. Pero acordándose del candor y de la inocencia de aquella virgen, y particularmente de la agitacion tan tierna que habia manifestado la víspera, se avergüenza de sus sospechas, se consume por ir á sus piés á implorar el perdón de ellas. ¡En su ardiente impaciencia, cómo apresura y devora las horas y los instantes que han de pasar todavía hasta que vuelva á ver á Matilde! ¡Ah! para quitar de su vida todos los dias que le separan de aquel venturoso instante, cederia enajenado todos los que han de seguir. De esta manera no hay para las almas apasionadas mas que un punto en la existencia: fuera de él todo es nada; y para lograrle un solo momento antes, consentirian en abismarse

para siempre en aquella nada que les amenaza despues. ¡Oh sabiduria suprema! ¿cuál seria nuestra suerte si, cesando de velar sobre nosotros, y de decidir de nuestros destinos, nos permitiérais arreglarlos á nuestro gusto y satisfacer todos nuestros vanos deseos? Impaciente por realizar las ilusiones variadas y risueñas de nuestra imaginacion, en vez de esperar largo tiempo, gozaríamos sin dilacion; y como no hay verdaderos y durables goces sino los que se han adquirido por largas esperanzas, pasando en un momento del deseo á la felicidad, pasaríamos en un momento de la felicidad al tedio, y del tedio tal vez á la muerte, que no es tan inhumana como él. De este modo bastaria un dia para devorar nuestra rápida existencia, y algunas veces nos parecería tambien demasiado larga.

Malek-Adhel no vuelve en derechura á Cesaréa. Al separarse de Saladino le dijo que iba á visitar á Ascalon y Jafa, y no quiere enganar á su hermano; pero el tiempo urge, y los dias que ha empleado en ir á Tolemaida y esperar á Lusiñan no le permiten pasar mas allá de Ascalon. Como Jafa es además mucho menos importante, no entra en ella, y vuelve á tomar con rapidez el camino de Cesaréa.

Saladino se apresura á decirle que Mahomed ha vuelto; que los cristianos aceptan la tregua; que parece se inclinan á favor de la alianza propuesta; pero que han dejado su decision al consejo de los obispos.—Y yo no creo, añadió, que debamos ofendernos de ese vano honor que quieren dispensar á sus sacerdotes. El rey de Inglaterra anuncia que va á celebrar esta tregua con juegos magníficos, que serán el ensayo de los que coronarán el himeneo mas brillante de que ha sido testigo el universo. Hermano mio, yo quiero asistir á ellos, quiero gozar el espectáculo de tantos reyes de Europa reunidos en la antigua Asia, y quiero presenciar sus fiestas. Yo no pelearé porque no estoy acostumbrado á sus torneos; pero tú, Malek-Adhel, que eres tan diestro en esa especie de juegos, tú que sabes vencer del mismo modo en todas partes, ¿perderás la ocasion de manifestar á vista de tantos reyes el valor, la destreza y la magnificencia que te han ensalzado tanto en el Oriente?—Te acompañaré seguramente, respondió Malek-Adhel.—Sí hermano mio, ven, continua el sultan, no nos separaremos, porque mi corazon no puede pasarse sin tí, y no hay cosa que no esté pronto á sacrificarte, escepto lo perteneciente á mi culto y á mi país.

El príncipe estrechó en sus brazos al generoso sultan; pero en medio de aquellos afectos fraternales le parecia oír en lo íntimo de su corazon la voz de Matilde que le gritaba: «¿eres cristiano? Mi mano no tiene otro premio.» Y al punto el amor que le tiranizaba, y la luz divina que comenzaba á iluminarle, procuraban apoderarse de toda su alma, pero la amistad desolada, el honor ultrajado y la patria terrible no lo permitian. Agitado con tantas incertidumbres, cuyo tormento no se atrevia á confiar á su mayor amigo: desgraciado por el amor, por la amistad, por la religion, por la patria y la gloria: desgraciado en fin por la reunion de todos los bienes de que se compone la felicidad, Malek-Adhel, consumido de tristeza, de temor y de amargura, conocia que los obstáculos que le separaban de la ventura no podian destruirse sino por un milagro, y ya no sabia á cual Dios pedirle. El sultan, seguido de una córte numerosa, se puso en camino para Tolemaida: marchaban delante cien caballeros montados, adornados con vistosos penachos que el viento agitaba blandamente, y sobre la brillante armadura resplandecia el oro y lápiz-lázuli: cincuenta guardias á pié los precedian con la frente ceñida con ricos turbantes, y vestidos de ropas tálares recamadas de plata y seda, y que conducian los camellos cargados con las tiendas del sul-

tan y con los regalos destinados á la futura reina de Jerusalén.

El austero Saladino se distinguía entre toda la comitiva por su sencillez varonil, y Malek-Adhel por su hermoso semblante y su magnificencia. Iban montados en dos caballos árabes, cuya soberbia cabeza se levantaba con orgullo como si fuesen capaces de apreciar el honor de llevar á tan grandes héroes.

La tercera aurora despues de su partida comenzaba á colorear el cielo con sus nubes de oro y púrpura, cuando percibieron las torres de Tolemaida, el campo de los cristianos y las banderas de la Cruz.

Saladino se detuvo al punto, y mandó colocar las tiendas al pié de una colina de donde descendía á gruesos borbotones un arroyo de agua cristalina que cubrían con su sombra algunos bosquecillos de palmeras y de tamarindos. Envió inmediatamente á prevenir á los príncipes cruzados de su venida, de su intencion de asistir á sus juegos, y del deseo de Malek-Adhel de pelear en ellos con sus caballeros. Todo el campo de los Cruzados se alborotó y se puso en movimiento; todos estaban impacientes por ir á contemplar de cerca la figura del gran Saladino y de Madalek-Adhel, mas grande todavía, y que hasta aquel día el terror de los cristianos deseaba unirse á ellos por los santos vínculos del himeneo. Lusñan lo sintió en el alma, porque preveía los triunfos que le habia de arrebatarse la presencia de Malek-Adhel; y el honor de las justas, cuyos premios pensaba conseguir él solo, no le pareció tan seguro considerando con qué competidor tenia que disputarle. Disimulo sin embargo su tristeza, viendo que el leal Ricardo agradecía la eminente prueba de estimacion que daba Saladino á los cristianos: venia solo, sin ejércitos en medio de sus enemigos, y se entregaba á ellos sin temor y sin condiciones, una confianza tan grande suponía grande generosidad, y Ricardo tenia demasiada elevacion de alma para no conocer y agradecer una accion magnánima. Al momento olvidó todos sus intereses personales para celebrar con viveza y sinceridad la accion de Saladino y de Malek-Adhel, y no dudó pagarles una confianza con otra marchando inmediatamente á sus tiendas.

Al verle llegar sin comitiva ni guardias acompañado únicamente de su valor, el sultan, complacido con una prueba señalada de urbanidad, correspondió á ella lo mejor que pudo; le ofreció helados y sorbetes, y tomándole la mano franca y afectuosamente, le dijo: — Gran rey, la última vez que nos vimos me manifestastes cuán peligroso era tenerte por enemigo, y hoy me manifestas la dicha que se disfrutaria teniéndote por amigo. — ¿No consiente tu corazon en darnos este nombre, ilustre Ricardo? exclamó Malek-Adhel conmovido al distinguir en aquel rostro varonil y altivo la imágen de la hermosura que amaba, ¿y te negarás á añadir á él el de aliado y hermano?

La presencia del príncipe recuerda al instante en el alma de Ricardo su derrota y su cólera, y responde con voz alterada: antes de conocerte jamás habia huido Ricardo; si sabia como se ataca, ignoraba como se retrocede, ¿y quieres que la mano de su hermana te pague la vergüenza de habérselo enseñado? — ¿Qué es lo que dices, noble Ricardo? replicó prontamente el príncipe, ¿qué victoria puede compararse á semejante retirada? ¿No apareciste en medio de nuestro ejército como el leon del desierto que se arroja sobre una caravana, la acomete solo, la dispersa, no cede sino al número, y solo deja su presa despues de haber señalado su paso con los destrozos mas terribles?

La respuesta, el tono y el ademán de Malek-Adhel agradaron á Ricardo, y no pudo libertarse del ascendiente que lograba aquel príncipe sobre todos los que eran admitidos en su presencia, ascendiente que debia á la noble franqueza que coronaba sus demás virtudes, y comunicaba dignidad á todos sus discursos,

y gracia á todas sus acciones. La conversacion fue larga; Ricardo les habló de los vínculos que le unian á la suerte de Lusñan, de la mortal pesadumbre que experimentaríase si el consejo de los obispos le obligaba á abandonar á su amigo y á violar su promesa: no ocultó que sin el juramento, de que dependia su honor, aprobaria con mucho gusto la alianza propuesta, y que fuese su hermana la prenda de la paz de los dos mundos.

Durante esta esplicacion, Malek-Adhel habia tenido que contenerse mas de una vez para no interrumpirle; pero cuando penetró que si el consejo de los obispos no le favorecia, Matilde se veria tal vez obligada á dar la mano á Lusñan, no pudo dejar de decir á Ricardo, que la princesa ya no era libre para empeñar su palabra, porque él la habia recibido en el desierto. — Sé, replicó el rey, la promesa que os ha hecho aquella imprudente; pero sé tambien que el jefe de nuestra Iglesia tiene derecho para absolverla de su cumplimiento, y que no seria cordura que contaseis vos con ella... — Cuento sin embargo hasta morir, interrumpió Malek-Adhel con vehemencia; cuanto con ella como con mi honor, como con el tuyo, y creo que digo bastante.

Ricardo queria replicar, pero le detuvo Saladino: — ¿Por qué os dejáis arrebatarse ambos de ese modo por el fuego de la cólera? les dijo. Dejemos el momento de las borrascas para el momento en que tal vez será forzoso volver á ser enemigos. Despues que haya decidido el consejo de vuestros obispos sabremos si debemos jurarnos guerra á muerte, ó una paz eterna: mostremos entretanto al universo que sabemos con la misma perfeccion estimarnos que combatirnos.

Estas palabras estinguieron todo el espíritu de discordia, y Ricardo y Malek-Adhel apretándose la mano con franca cordialidad, olvidaron su resentimiento. Entretanto se acercaba la hora de abrirse los torneos; Ricardo se lo dijo á Saladino, y le preguntó si iria á honrarlos con su presencia. — Y tú, valiente Malek-Adhel, añadió, ¿no vendrás tambien á ostentar tu valor y á medirme con nosotros? El premio de los juegos le dará mi hermana, y no hay duda que tú querrás conseguirle. — Allá voy, exclamó el príncipe agitando la lanza y con los ojos centelleantes de amor y de gloria. — Reprime por hoy todavía la impetuosidad de tu valor, repuso el rey de Inglaterra: hoy solo serás espectador de nuestros juegos, porque así lo han determinado los jueces del campo; pero mañana le tendrás abierto. — ¿Mañana? replicó el príncipe dolorosamente, y hoy veré quizá coronar á Lusñan; pero no importa, mañana se vengarán muchas injurias.

Entonces preguntó á Ricardo, si podia ver á la princesa Matilde, y entrar en su habitacion. — Esa es una libertad que ningun caballero cristiano se atreveria á tomar, respondió Ricardo, y que no puedo concederte; pero Matilde acompañará á la reina al torneo, y asistirá á las fiestas que se celebrarán despues, y allí podrás verla y hablarla.

Entonces se retiró. Al instante el ruido de los timbales y clarines anunció á Saladino y á su hermano que iban á principiarse las justas, y al momento fueron á asistir á ellas.

CAPITULO XXXVII.

TAN pronto como el sultan se presentó en las barreras del campo, salió Ricardo á recibirle acompañado de todos los caballeros cristianos mas ilustres, y le condujo á un trono elevado en forma de torre que habian preparado para él espresamente. Estaba revestido por dentro de ricas telas con flores de plata, y por fuera los oriflamos bordados de mil colores, adornados con las armas de la media luna, se despleaban magestiosamente en los aires; á poco que el viento le sagitaba parecia que en sus blandas ondu-

laciones se inclinaban de intento hácia las banderas de la Cruz, que ondeaban al rededor, como para confundirse con ellas y dar de este modo un ejemplo de union y de paz, á la religion y á las potencias que representaban.

Saladino se colocó en un asiento muy elevado, y un poco mas abajo Malek-Adhel: en el pecho del héroe mancebo resplandecía un rico vestido empapado tres veces en la púrpura de Tiro, y sobre su casco de bronce un triple penacho blanco se desplegaba por grados y balanceaba en el aire; miraba por todas partes, y no veía todavía á Matilde; iban á principiarse los combates y no podia tomar parte en ellos; estos pensamientos le llenaban de tristeza y su semblante estaba inquieto y pensativo. El señor de Coucy lo advirtió; Coucy, el amigo mas querido de Montmorency, y que hubiera sido su rival de gloria en la corte de Francia, si Montmorency hubiera podido tenerle, adivinó la causa del disgusto de Malek-Adhel, y creyó mitigarle con estas lisonjeras palabras:—Héroe mancebo, tú sientes estar ocioso cuando pelean en tu presencia, perdona que lo hayamos dispuesto así: este es un nuevo homenaje tributado á tu valor, porque hemos temido que si te dejáramos aspirar todos los días á la victoria, no coronaria jamás á ningun cristiano.

Malek-Adhel tenia el ánimo demasiado inquieto para responder á esta cortesania, y ocupado con una sola idea, le dijo á Coucy:—Valiente francés, puesto que no puedo hoy aspirar al premio con que la mano de la princesa Matilde ha de ornar la frente del vencedor, no permitas que le logre Lusignan.—¿Y por qué le haces el honor de estar mas celoso de él que de mí? le preguntó Coucy como ofendido.—Si la princesa hubiera de escoger entre vosotros dos, respondió Malek-Adhel yo te temeria mas; pero las pretensiones de Lusignan alentadas con la aprobacion de Ricardo, se han manifestado á vista de todos, y confieso que desearia que á vista de todos fuesen humilladas.

Entonces Coucy le apretó la mano asegurándole satisfacerle, y oyendo resonar los clarines y timbales añadió:—Ya se abre el campo y la reina de Inglaterra se sienta en aquel balcón que está en frente de tí con la princesa Matilde.

Malek-Adhel se estremeció al ver á Berenguela y detrás de ella á su hermana, á quien acompañaba Lusignan. En el desierto la habia visto sin duda tan hermosa y mas afectuosa; pero jamás se habia presentado á sus ojos con tanto esplendor y magnificencia: su vestido de gasa y de plata estaba igualmente realzado con lazos de rubíes y piedras preciosas cuyo brillo deslumbraba, y sobre la cabeza un tejido delicado de oro y púrpura recogia su rubia cabellera. Enajenado y fuera de sí, Malek-Adhel no veía ya ni los testigos que le rodeaban, ni el campo, ni el universo; se levantó apretando la mano á su hermano, pero sin poder apartar la vista del objeto que le cegaba.—¡Mírala! Saladino.

La hermosura de la princesa sorprendió al sultan, y haciendo un ademán de admiracion respondió á su hermano, que daba gracias al cielo de que la amistad se hubiera anticipado á la justicia.—Si hubiera visto la disculpa de tu debilidad, le dijo, ¿cómo era posible que no te la hubiera perdonado? pero para hacerlo ya sabes que no he necesitado verla.

En aquel momento conoció Berenguela al principe, y le saludó con una viva expresion de agradecimiento y de alegría; Matilde le miró y bajó la vista sonrojada con tanta gracia que aumentó de nuevo su belleza, y que Malek-Adhel no pudo dejar de decir á su hermano:—Saladino, consiento en morir por tí; pero juro que no viviré sin ella.

Suenan de repente los timbales y clarines, abren las barreras, se mezclan los combatientes y principian

los juegos, se ve brillar alternativamente la fuerza, la destreza y el valor: Lusignan animado de un valor sin igual, lidia en los paseos militares, en los combates, en las justas, y lidia victoriosamente. Luego montado en un caballo fogoso, cuya impetuosa impaciencia corresponde á la de su dueño, levanta la lanza y publica el último desafio. Al punto se cruzan todos los aceros, se encuentran y se rompen, brilla el relámpago; salta el fuego, y hombres y caballos caen mezclados sobre la arena. Lusignan y Coucy son los únicos que permanecen de pié: irritados de verse disputar por tanto tiempo una victoria tan apreciable, toman su parte de campo, y vuelven á encontrarse á rienda suelta, inflamados de cólera y orgullo; rompen las lanzas hasta la empuñadura, sacan las espadas, quédanse suspensos todos los espectadores, y Malek-Adhel no puede menos de aplaudir. Sin embargo, los jueces del campo se acercan y les recuerdan que las leyes de los juegos no permiten sino el combate con el acero embotado: los dos fieros rivales renuncian con indignacion á la esperanza de derramar su sangre; pero á falta de la espada se sirven de los pedazos de las lanzas; se juntan, se oprimen, caracolean uno al rededor del otro, y procuran sorprenderse y asirse. Malek-Adhel los sigue con la vista, no pierde ninguno de sus movimientos; alienta con la imaginacion á Coucy, le indica los medios de vencer, se desespera cuando los yerra, y conoce en Lusignan un digno rival suyo. Entretanto el señor de Coucy parece que tiene la ventaja, porque acaba de levantar á su enemigo y derribarle en tierra; se precipita con él; pero en el momento en que va á oprimirle, Lusignan por un movimiento rápido se vuelve á levantar, le hace tropezar, y cae el héroe francés: Malek-Adhel arroja un grito de sentimiento, Lusignan le mira triunfante y orgulloso y prosiguiendo su victoria obliga á Coucy tendido á que confiese su derrota. El campo resuena con las aclamaciones gritando á un mismo tiempo: »honor á Lusignan, honor al rey de Jerusalén.»

Al oír este título, Saladino y su hermano se miran y se sonríen; el primero con ironía, el segundo con amargura, el vencedor pasa ufano al balcón de Matilde, la saluda, y se prepara á recibir por su mano el premio que acaba de lograr; sube las gradas, se arrodilla besa la mano y ella se ve obligada á permitirle y á colocar al rededor de su cuello una magnífica cadena de oro, demostracion brillante de su victoria.

A este espectáculo Malek-Adhel no puede contener su dolor, porque se manifiesta en sus ojos, en su semblante, y le estravía hasta el extremo de juzgar á Matilde culpable. La acusa y la condena, porque hubiera querido que á vista de todo el campo hubiera rehusado coronar á Lusignan: se muere de impaciencia por manifestarla sus quejas; ¿pero cómo ha de hablarla en presencia de tantos testigos? ¿Ignora que espían sus discursos, sus ademanes, y hasta sus miradas?... Casi no pensaria en ello si no se acordase mas que de sí mismo; pero á pesar de su cólera piensa siempre en Matilde, y aun en el momento en que se atreve á vituperarla un agravio, daría todavía mil vidas si las tuviera por evitarla un disgusto. Entretanto llega el momento en que le permitirán acercarse á ella. En un magnifico pabellon levantado por órden de Ricardo en la orilla del mar va á seguir el baile despues de los juegos, y convidan á Saladino y á Malek-Adhel para que asistan; pero el austero sultan lo rehusa, los placeres alegres no le conmueven, porque su vasta ambicion no le permite que se complazca en ellos; se retira y va á su tienda á ocuparse de los grandes intereses de su imperio, y deja á Malek-Adhel que vaya solo al pabellon, en donde le esperan los principes cristianos. Ricardo sale á recibirle y le presenta á Berenguela; se inclina delante de ella, y besa respetuosamente la mano que le presenta. Por

el temor de desagradar á su esposo, se esfuerza á vencer la agitacion que la causa la vista de su libertador, pero no puede dominarla; porque las lágrimas revelan á pesar suyo la vivacidad del agradecimiento que no se atreve á espresar; y con voz alterada le dice:—Ah príncipe, ¿que no pudiera yo devolveros aquí una parte de los beneficios que me habeis hecho!—Señora, respondió, vos sabeis muy bien el que yo vengo á buscar.

Entonces añadió apresuradamente en voz baja y aparentando que se inclinaba para levantarle: noble Malek-Adhel, ojalá fuera yo dueña de disponer de él, que no le esperarais mucho tiempo.

La dió gracias con una mirada llena de gratitud, y se volvió á saludar á Matilde, que estaba casi oculta detrás del asiento de la reina. De pié junto á ella Lusñan, con ademan arrogante y desdenoso parecia que insultaba los homenajes del príncipe; y este, incomodado por hallar siempre aquel odioso rival al lado de Matilde, no pudiendo contener la amargura de su corazon, ni atreviéndose á revelarla, miró á Matilde con tanta severidad y tristeza, que en la agitacion que ella experimentó dejó caer otra vez la mano que habia alzado hácia el príncipe, y una lágrima humedeció sus párpados. Malek-Adhel lo vió, y arrepentido se acusaba ya diciéndose á sí mismo que la sin razon de alligir á Matilde era superior á todas las que él la atribuía; pero al punto le interrumpieron sus reflexiones los sonidos alegres de los instrumentos, anunciando que iba á comenzar el sarao.

Lusñan, como vencedor de las justas, recibia los honores de la funcion; á él le pertenecia principiar la alegre ceremonia y escoger la primera dama, tomó la mano de Matilde, y la condujo en medio de aquel salon inmenso: todas las miradas se fijaron en ellos. Lusñan habia dejado su pesada armadura: una capa corta muy rica pendia de sus hombros: unas espuelas ligeras de oro adornaban su calzado, y su frente desarmada manifestaba un júbilo vivo y magnífico. Su cuerpo flexible y ágil se prestaba con gracia á todos los movimientos de un baile serio, y jamás se habia presentado con tanta superioridad como en aquel momento en que á la gloria del triunfo añadia el placer de estar junto á Matilde, y el mas apreciable todavía de alligir á su rival. Pero sin embargo, su satisfaccion no era pura y completa, porque no podia menos de conocer el disgusto con que la princesa de Inglaterra se prestaba á lo que exigia la etiqueta de las córtes y las órdenes de su hermano. Obligada á aceptar la mano de Lusñan, y á presentarse sola con él en medio de una multitud inmensa de espectadores que los unian en sus aplausos, la profunda melancolia que manifestaban sus miradas, y la languidez de sus movimientos, daban á entender sobradamente que el sitio que ocupaba no era el que su corazon hubiera elegido si hubiera tenido libertad para obedecerle. Sin embargo, la repugnancia que experimentaba no podia alterar sus atractivos ni disminuir sus gracias, porque el baile serio convenia perfectamente á la dignidad de su figura: el abandono que la tristeza derramaba en sus ademanes les comunicaba un nuevo embeleso, y daba á toda su persona aquella gracia divina y moral que nace de lo interior, y adorna la hermosura del cuerpo con la hermosura del alma.

Tres filas de espectadores sentados encima de ricas gradierias, vestidos suntuosamente, el resplandor brillante de las luces, de los dorados, de los cristales tallados en las arañas y columnas, el ruido de los instrumentos músicos, de los timbales y clarines guerreros, la hermosura de las damas, el valor de los caballeros y el esplendor de tantos cetos reunidos, derramaban en aquella asamblea una magnificencia que el mundo no habia visto jamás. ¡Pero qué poco conmueven todos estos vanos y brillantes espectácu-

los a un corazon verdaderamente enamorado! En medio de aquellas grandezas reales Malek-Adhel no pensaba mas que en Matilde; solo atendia á ella, y solo deseaba hablarla un momento: si se envanecia al verla tan hermosa y superior á todas las bellezas del universo, se indignaba de que en el delirio de admiracion que escitaba se atreviesen á mezclar el nombre de Lusñan, y que aquel arrogante soberano lograra por su triunfo el honor de colocarse junto á ella en el banquete magnífico que sucedió á los demás regocijos.

Entretanto cuando principiaron los bailes estrepitosos y alegres despues de las graves y serios, Matilde volvió á sentarse junto á la reina; pero la asamblea manifestó el deseo de que volviese á bailar otra vez y de que Malek-Adhel sustituyese á Lusñan en el honor de acompañarla. El príncipe enajenado corre hácia ella, y la toma la mano: la virgen se levanta; y aquel rostro pálido y melancólico se anima repentinamente con los colores mas vivos y con un júbilo apacible. Lusñan furioso acude y los separa; pero no tan pronto que Matilde no haya tenido tiempo de introducir en la mano del príncipe un billete y una llave. Malek-Adhel confuso del regalo que recibe y de la audacia de Lusñan, permanece inmóvil un momento: Lusñan dice que su triunfo le ha dado el derecho de ser aquel dia el único caballero de la princesa, y que ninguno puede disputarle.—Y si yo tuviere gusto de cederle, añadió en tono amenazador mirando á Malek-Adhel, ¿crees que te lo cederé á tí?

El príncipe tiembla de cólera, y respondiéndole á su amenaza con otra, le dice:—Lusñan, haces bien de usar hoy de tu derecho, porque juro que este es el último dia de tu vida en que te le dejaré disfrutar: mañana podré pelear; mañana para quedar vencedor no harás que tus reyes me manden permanecer ocioso; y veremos mañana y durante el resto de los juegos cual de los dos se sienta al lado de la ilustre Matilde.

Se retira entonces, y no dice mas, porque una confusa é inesplicable alegría inunda de tal manera su corazon, que no deja lugar alguno á la cólera; y si se aleja con tanta prontitud, es porque el misterioso papel y la llave que conserva le prometen bienes que solo disfruta con la imaginacion, y los cuales le oprimen. ¿Se atravesará á creer todo lo que supone? ¿Logrará todo lo que espera? ¿Qué le dirá el papel? Y aquella llave, origen de las esperanzas mas halagüeñas, ¿á dónde le irá á conducir?

Apenas se aleja del campo, mira precipitadamente el billete de la princesa: esta es la primera vez que se presentan á sus ojos los caracteres de aquella mano querida; ¿y qué amante vió jamás sin agitacion la letra de la hermosura que ama? Ya no puede contener su impaciencia, rompe con mano trémula el sello, y lee lo que sigue: «Mañana al rayar la aurora te abrirá esa llave el monumento en donde reposan las cenizas del gran Montmorency, y allí encontrarás á Matilde.»

Malek-Adhel duda si está despierto; ¡una cita! Es demasiado feliz para sospechar que le engañen; pero si fuera menos venturoso tal vez se sorprenderia de la accion de Matilde. En efecto, ¿qué motivo ha podido inspirar á esa tímida doncella el atrevimiento de proponer una cita? ¡Ah! sin duda aquel corazon puro y religioso no ha concebido un pensamiento tan temerario, sino con el designio de hacer un gran bien y cumplir algun deber importante. Ahora ya conoce bastante el mundo para saber que semejante conducta la comprometeria extraordinariamente, y la modesta Matilde teme mucho obrar mal á vista de los hombres y atraerse su censura; pero la piadosa Matilde teme mucho mas todavía obrar mal á los ojos del Eterno y merecer la acusacion de haber antepuesto el respeto humano á las leyes divinas. Por obedecerlas, mas

bien que por obedecer á su amor, se ha determinado á hablar en secreto á Malek-Adhel. Tiene que pedirle grandes sacrificios, que no pueden retardarse un día, y de los cuales depende tal vez la salud eterna de aquel príncipe. A vista de tan grandes consideraciones ha debido olvidar su decoro ordinario, y como ha principiado obedeciendo á su conciencia independientemente de su corazón, permite después á éste que se alegre con los consejos de su conciencia.

Sin embargo, á pesar de la pureza, y aun me atreveré á decir de la santidad de sus intenciones, cuando empieza á rayar el día y se acerca el momento de ir á hablar con Malek-Adhel, se admira y sobresalta su pudor; duda y titubea, y mas bien el deber que el amor la infunde ánimo para partir.

Sale de Tolemaida á la hora en que el sol principia á disipar el rocío; sube en su carroza con sus damas y rodeada de guardias, porque solo vigilada por esta numerosa comitiva la permite Ricardo que salga á respirar el aire á alguna distancia de la ciudad, y aun ha prohibido que jamás dejen acercarse ningun caballero, sea cristiano ó musulman, sin exceptuar á Lusian mismo.

Dirige el paseo á la tumba de Montmorency, llega, para la carroza, y las guardias se colocan en las inmediaciones para no dejar acercarse á ningun indiscreto; las damas de la princesa la acompañan hasta el pié del monumento. ¡Cómo palpita su corazón al pensar que está allí Malek-Adhel, y aquel fúnebre edificio que oculta las cenizas del héroe que ya no existe, oculta tambien al héroe que ama! Se acerca á la puerta y va entrar, pero un estremecimiento universal la sobrecoge y la detiene.

—¡Oh Dios mio! dice arrodillándose, si el amor ha turbado mi corazón y seducido mi conciencia, si es el amor el que me conduce aquí, si es para ver y oír á Malek-Adhel, mas bien que para hacer que su corazón os vea y os siga; finalmente, si en los motivos que me guían descubre vuestra vista penetrante una debilidad, y si he de salir de este sitio con algun arrepentimiento, no permitais pase el umbral de esta puerta: quitadme la vida, que yo la perderé sin quejarme, porque temo infinitamente mas ofenderos que morir.

Esta fervorosa oración vuelve á Matilde toda su fuerza y virtud; sostenida por el brazo de Dios ya nada teme, y conoce que es superior á las debilidades de su corazón: se vuelve entonces á sus damas, y las dice:—Dejadme sola en este sitio algunos instantes, y no turbeis mis meditaciones, porque voy á orar por la prosperidad de la fe y la conversión de los infieles.

Las damas no se admiran de esta órden, porque están acostumbradas á sus largos ejercicios en el cenotafio de Montmorency, cuyas llaves tienen solamente la princesa y el arzobispo de Tiro. Al partir le dejó la suya Guillermo, muy ajeno de sospechar que habia de pasar á manos de Malek-Adhel. Pero Matilde ha creído que debia hacerlo, al abrir la puerta no juzga que Guillermo mismo vituperase aquella accion.

Entra con paso trémulo y se interna en las lúgubres sombras de aquel monumento en donde reposa el mayor de los caballeros franceses. Todo lo interior está colgado de negro, alumbrado dia y noche por una magnífica lámpara de plata, á cuyo pálido resplandor distingue á Malek-Adhel, que apenas la reconoce, se precipita hacia ella. El amor, la alegría y la agitacion le impiden proferir palabras seguidas, pero muestra su júbilo con exclamaciones. Ella con una señal espresiva se apresura á imponerle silencio, y él obedece y calla; pero su corazón manifiesta el delirio de su felicidad en sus miradas y en sus lágrimas. La casta virgen retrocede, baja la vista, y con voz grave le habla de este modo:

DEBES creer Malek-Adhel, que no he venido á este sitio á escuchar tu amor, ni me abandonaré á júbilos afectuosos, porque esto seria profanar los sepulcros, é insultar á la muerte. Las palabras que se pronuncian cerca del féretro deben ser santas, severas y solemnes como él.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras habia manifestado efectivamente Matilde tanta austeridad en su ademan y su fisonomía, que Malek-Adhel se quedó sorprendido. Lo que no habian conseguido las imágenes de la muerte lo produjo al instante el acento de Matilde; y al mismo tiempo que habló se desvanecieron las ideas voluptuosas que se habia atrevido á formar, hasta en aquel sitio de la muerte, y ocupó su lugar un temor respetuoso.—Matilde la dijo, lejos de tí, así como en tu presencia; yo no sé pensar sino únicamente en el amor; los objetos mas tristes no pueden apartar de él mi imaginacion; él es antes que todo lo demás, es el mayor bien...—El mayor bien terrestre interesa muy poco á un alma cristiana. Escúchame, Malek-Adhel; el interés mas urgente que yo puedo tener, el interés de tu salvacion ha sido el único que me ha podido obligar á dar un paso, que para que no fuese el mas temerario, es preciso que sea el mas puro y santo. Mañana se reúne el consejo de los obispos, y no parece todavía el venerable Guillermo; van á decidir de nuestro destino, y tu alma se halla sin embargo todavía en las tinieblas del error. ¿El consejo de los padres de la Iglesia se atreverá á entregarme á un esposo infiel? ¿Y si se atreven, si les obliga á ello la política, me permitirá la religion que consienta yo tambien?—¿Qué dices, Matilde, exclama el príncipe con una sorpresa mezclada de enojo! ¿Te he entendido bien! ¿Si tus obispos acceden á que seas mia, no habré vencido todavía todos los obstáculos, y sufriré el dolor terrible, inesperado de hallar otro obstáculo en tu corazón!—¡Ay! replicó ella, temo mucho, que no le encuen-



tres, porque soy débil: el amor es poderoso, y tú estás muy cerca de Dios en mi alma; pero escucha, Malek-Adhel, escucha el motivo que me ha conduci-

do aquí. Tú no sabes que el arzobispo de Tiro se halla ausente de Tolemaida, ni las obligaciones singulares que debes á este digno prelado: ha dejado la córte y sus grandezas; se ha quitado la mitra y la púrpura, y lo ha hecho solo por tí. Llevado de su caridad, sostenido por su virtud y por su Dios, ha tomado solo el camino de Cesaréa, con el designio de verte, hablarte, y emplear todo el ardor de su elocuencia, para que pruebes la palabra de la verdad.— Cuando yo salí de Cesaréa, replicó el príncipe, aun no habia llegado el arzobispo.—Pues á pesar de eso, añadió Matilde, partió muchos dias antes de aquel, no sé si diga grato ó terrible, en que me sorprendiste en Tolemaida.—¡Ay, amada mía! interrumpió él; no hay mas dias terribles que aquellos en que no te veo.—Pues sin embargo esos dias son los que voy á pedirte, replicó ella con energía y dignidad: Malek-Adhel, el honor, el agradecimiento y nuestro interés mismo te obligan igualmente á abandonar los combates, la victoria, el amor y sus placeres, para ir á saber la suerte de ese desgraciado anciano, que tal vez gime ahora en las cadenas, ó espira en los tormentos, porque tu salud le ha sido mas apreciable que su vida.—¡Cielos! exclama el príncipe: ¿qué es lo que me mandas, Matilde? ¿Quieres que me separe de tí?—En este instante, porque cuando el peligro es eminente, el deber es imperioso, y no ha de perderse un momento.—¡Quieres que me aleje! ¡y en el dia mismo en que he de humillar á Lusignan y triunfar en tu presencia!

—¡Miserable vanidad humana! replicó la princesa, que jamás se sacia de esplendor y de triunfo, y que envaneciendo el alma con bienes perecederos, le impide alimentarse con las eternos. Malek-Adhel ¿qué vale triunfar de Lusignan? ¿No has logrado otros triunfos mil veces mas gloriosos? ¿Y qué fruto has sacado de ellos? pero el triunfo sobre tus propias inclinacio-

nes, el triunfo del deber sobre los mas impetuosos deseos, el triunfo de la virtud sobre la gloria misma, te son todavía desconocidos; y sin embargo duran toda la vida, y aun nos siguen al reino de la muerte. ¿Qué te importa humillar á Lusignan? ¿Vale su caída lo que tú sacrificas? ¿Y no serás mucho mas heroico exaltándote sobre tí mismo que sobre él? Creeme, abandona unos combates cuya victoria tienes segura: consiente tambien, si es preciso, en que Lusignan reciba de mi mano otra nueva corona, y seguro de mi corazon y de mi eterno amor, ve á merecerlos nuevamente volando á donde te llaman la humanidad y la gratitud.

—Pero Matilde, replicó el príncipe, ¿por qué ha de ser preciso que yo parta? ¿Por qué me lo ordenas? No puedo enviar en busca de Guillermo algunos siervos celosos y rendidos en lugar mio?...—¡En lugar tuyo, cuando se trata de ser generoso y magnánimo! interrumpió ella con viveza: no, no permitas creer que eso sea posible; no me permitas creer que cuando se trata de socorrer al infortunio haya otro que lo haga con tanto celo, ni halle en hacerlo tanto placer. Malek-Adhel, si por un milagro de la providencia de Dios, aunque musulman, no escediese á los demás hombres en virtudes, ¿cómo habia yo de disculpar mi amor? No hay ninguno sino tú, cuya bondad infatigable sea capaz de seguir y conocer las huellas del digno arzobispo; y si es verdad, como temo, que los infieles le han cargado de cadenas, no hay ninguno sino tú que tenga poder en el imperio de Saladino para romperlas y abrir los calabozos en donde se halla encerrado. ¡Ah! ¿cuántos derechos nuevos adquieres con semejante conducta á su agradecimiento, á la estimación de los cristianos, y á mi ternura? Y cuando sepa el universo que has abandonado unos vanos triunfos por salvar á un anciano ¿crees que por eso se deslustrará tu gloria? ¿Y cuando te presentes



al consejo de los obispos como libertador de Guillermo, crees que estará menos dispuesto á favorecerte, que si te presentaras en él como vencedor de Lusignan? ¿Y aunque te falten todas estas recompensas humanas, tu conciencia, Dios, y el amor de Matilde te faltarán?...—

Parto, interrumpió el príncipe arrodillándose delante de ella: ¡Oh hija del cielo! tú me presentas un nuevo mundo en donde conozco que hay cosas mas deliciosas que el placer, y en donde la virtud tiene un deleite superior al del amor mismo. Matilde, si no eres una mujer única, si hay otras que se pa-

rezcan á tí en Europa, no me admiro de los homenajes que las tributan y del imperio que ejercen. ¿Cómo no se ha de mirar como una criatura enteramente divina á la hermosura á quien solo se puede complacer á fuerza de gloria y virtudes? ¡Oh felices caballeros cristianos! no celebres vuestro valor; ¡cuán fácil os debe de ser, cuando el mismo objeto que os inflama de amor es el que os inflama de honor!... Si, Matilde, te obedezco y parto; y me has inspirado un sentimiento tan nuevo, que me parece que parto sin aflicción.

—¡Dios mio! exclama la princesa enagenada, ¿qué

tiene esta alma de Malek-Adhel, que es tan sublime aunque no os posee todavía? Todas las virtudes mas heróicas se han criado para permanecer en ella eternamente; no hay sobre la tierra un asilo mas digno de vos; ¿cuando descendereis á ocuparle, Dios mio? Y tú, noble Montnorency, añade postrándose cerca del féretro; tú cuyas cenizas deben conmovirse á vista de un héroe que tanto se parece á tí, multiplica tus ruegos, implora todas las potestades del cielo que pidan contigo la gracia de Malek-Adhel; habla por él, espíritu bienaventurado, como hablabas en el lecho de la muerte; y que tus lágrimas, tus votos y tu sangre sean el vínculo que una y reconcilie con Dios á Malek-Adhel.

A estas palabras el principe se arrodilla tambien junto al sepulero y dice:— Ilustre héroe; tú, cuya vida he adorado, y cuyas cenizas honro: tu, cuya muerte me ha costado lágrimas, y cuya amistad hubiera amado infinito; tú, á quien únicamente podía yo perdonar que aspirase á la mano de Matilde, porque eras el único que me parecia digno de ella; y tú de quien permanece sin duda alguna cosa mas todavía que ese polvo insensible: ¡Oh! desde esa morada desconocida que habitas, dignate mover un corazón; dignate enseñarle como se pueden conciliar el honor, la amistad y el amor.

Después de una larga pausa, Matilde levantándose le respondió con voz mas tranquila: El arzobispo de Tiro te lo enseñará: apresúrate á buscarle; parte al instante mismo sin volver al campo y sin decirselo á Saladino, porque tal vez te detendría y un día de dilacion puede perderlo todo. El consejo de los obispos se reúne mañana, quizá no durará mas de ocho dias, y es preciso que antes de este término busques á Guillermo y le traigas aquí, es preciso que antes de ese término te haya convertido Guillermo ó te haya conmovido á lo menos, porque entonces hablará por tí al consejo; hablará por mí, pedirá nuestra union, y ya sabes que no hay cosa que resista á la elocuencia de Guillermo.— ¡Amada mia! replicó él tristemente, tú me partes el alma, porque no puedo dejarte, ni puedo hacer traición á un hermano que me colma de beneficios. ¡Y qué! ¿para conciliar tantos deberes contrarios, no sería mejor que aceptases un esposo musulman? Yo no lo seré de corazón, Matilde, y adoraré en secreto al mismo Dios que tú.— ¡Ay! replicó la virgen, el Eterno no quiere que le adoren en secreto, y temo que se ofenda de un incienso que no se atreven á dirigirle públicamente... Pero si el arzobispo de Tiro piensa de otro modo, confieso que no tendré dificultad en pensar como él. Parte pues, Malek-Adhel, ve á buscar á Guillermo; te ama, como á un hijo de sus entrañas, dará su sangre por tu salvacion, y esa secreta ternura que tus virtudes han adquirido en su grandeza le dispondrá sin duda á una indulgencia que no tendrán los demás obispos: Guillermo nos sostendrá si tú eres cristiano en tu corazón; tal vez quedará satisfecho; tal vez esperará del tiempo y de mi influjo una conversion mas completa; y en fin, tal vez me ordenará cosas en las cuales no me atreveria yo á consentir sin su aprobacion.— ¡Oh Matilde! interrumpió el principe impetuosamente; dime ¿qué magia inconcebible es esa que derramas en tus discursos? Si á pesar del recato de tu modestia, creo que he comprendido tu corazón; y ahora mi sangre hierve y mi corazón devora las distancias, y aun me parece que estoy impaciente por dejarte.— Adios pues, le dice ella, ve á buscar al amigo de Dios tráeme el permiso de ser dichosa.— ¡Amada mia! la responde estrechándola en su corazón; mi futura esposa, adios: y calla sin poder añadir una palabra. La casta virgen se aparta y retrocede, pero le deja su mano, y apoyando la frente en una de las figuras de mármol que lloran al rededor del féretro, la cubre de verdaderas lágrimas, pero son lágrimas de ternura y

de felicidad; las del principe que riegan su mano, son ardientes y apasionadas; lloran y callan, y jamás reinó el amor con mas entusiasmo é imperio que en los corazones que lloran y callan. ¡Qué lenguaje tiene aquel silencio! ¡Cuánta vida hay junto aquel sepulcro! Piden y esperan largos dias de felicidad, pisan-do aquella ceniza que ya nada pide ni espera; y desde el centro de las sombras de la muerte se escapa de sus labios el juramento del eterno amor. Sin duda al pronunciar este juramento ha descendido un momento á su alma la alegría de los bienaventurados; porque ¿qué es esta si no eterno amor? Corazon humano, así es pues como Dios te ha formado con tus opiniones y tus contrastes, teniendo tantas lágrimas que derramar en el exceso de la dicha, como en el exceso del infortunio; tan débil que cuando le abruma el deleite, en tus quejas y gemidos parece que mueres de angustia, y tan grande, que ninguna cosa de la tierra basta á satisfacerte y que si el cielo todo entero no te ocupa con sus bienes incomprensibles y su eterna inmensidad, siempre espermentas algun vacío.

Matilde se disponia á salir del mausoleo y á volver á Tolemaida con toda la comitiva, para que quedase aquel lugar sagrado en la soledad que necesitaba el principe para salir después, cuando oyó repentinamente ruido en la puerta.— ¿Quién es? preguntó la princesa asustada.— Yo, respondió una voz que conoció inmediatamente á Berenguela; he venido aquí con el rey, y no queremos que permanezcas tanto tiempo encerrada en este sitio.— ¡Dios mio, somos perdidos! dijo esta en voz baja; Ricardo está aquí; si entra y nos vé... ¡Tu sangre derramada...! ¡Oh Malek-Adhel! moriremos juntos.— Calma tu espanto, amada mia, respondió, que yo sabré ocultarme de la vista del rey.

Al decir estas palabras se coloca debajo del paño negro que cubre el féretro de Montnorency: Matilde le cubre la cabeza y experimenta un nuevo terror, pero no le causa el miedo de que la sorprendan; porque al ver á Malek-Adhel en aquella mortaja fúnebre, y como sepultado en las sombras de la muerte, la parece que acaban de separarle del número de los vivientes, y que entre los dos se alza la muerte gritando, que no está lejos el día en que será llamada para cubrirle para siempre con el manto funeral. Agitada con este presentimiento funesto pierde el color, y con mano trémula apenas puede abrir la puerta donde la espera Berenguela. Sorprendida de la estremada alteracion de sus facciones, la pregunta la reina, qué sombrías meditaciones la han trastornado de aquel modo, pero son tantos los temores que turban todavía el alma de la virgen, que no tiene ánimo para responder. Mira á Berenguela y procura sonreírse; pero sus labios no obedecen á sus esfuerzos, y se ve obligada á sentarse para tranquilizar la agitacion de sus sentidos. Ricardo la examina con atención y la dice:— Jamás se ha complacido nadie de esa suerte en los sepulcros, ni ha salido de ellos con tanto dolor y espanto: ¿qué atractivos hallas aquí? ¿qué ideas te agitan?

Se adelanta entonces hacia el mausoleo, y Matilde se estremece, porque ve delante de ella un abismo, y levantarse á su lado la destruccion. Si Malek-Adhel pronuncia una palabra ó deja escapar un suspiro, si el inflexible Ricardo le descubre, nada podrá contener el ímpetu de su cólera; sepultará su espada en el corazón del principe, y los abismos del infierno se abrirán para recibir su presa. ¡Ah! antes que deje consumir su pérdida, está resuelta á arrostrarlo todo: se pondrá delante del héroe que ama, y le servirá de escudo; para que Ricardo llegue á aquel corazón generoso, será preciso que atravesie el de su hermana, y tal vez retrocederá á vista de su propia sangre. Determinada de esta suerte, se levanta, se acerca y es-

eucha, dispuesta á acudir al menor rumor, pero nada oye; todo está sosegado, y Ricardo vuelve á salir al instante con semblante tranquilo, que la manifiesta suficientemente que nada ha descubierto. Sale, cierra, la puerta, toma la llave, y dice á su hermana:— No volverás á entrar aquí, Matilde, porque las impresiones que te causan estas imágenes son demasiado vivas para renovarlas, y tanta tristeza no es conforme á la suerte que te espera. Despidete pues de ese montmento, porque juro que no has de volver á ver los lúgubres objetos que contiene.

Ricardo pronunciando estas palabras, no sabe el dolor que causa á su hermana, ni el fatal presentimiento que confirman; porque sin ser culpable acaba de experimentar la infeliz los terrores del crimen, y sin haber perdido nada, sufre ahora los de la desesperacion. Devora su dolor en silencio, levantando al cielo los ojos bañados en lágrimas, busca allí el único que puede oírle, perdonarla, y prestarla socorros para lo que espera, y consuelos para lo que teme.

CAPITULO XXXIX.

AQUEL día continuaron los juegos, y se abrió el campo del honor para los musulmanes. Saladino fue á ocupar el sitio acostumbrado; pero Malek-Adhel no le acompaña, y todos se admiran y no saben qué pensar de su ausencia. ¿Cómo es posible que en donde hay un triunfo que conseguir un rival que humillar, y un premio que recibir de mano de la princesa de Inglaterra, tarde tanto en parecer Malek-Adhel? Por consideracion á este gran príncipe y á los ruegos de Saladino se suspende algunas horas el abrir el torneo. Mientras esperaban, todos fijan sus miradas en Matilde con el fin de descubrir en su rostro las señales de sus sentimientos secretos; pero ella ha recobrado su seguridad, se ha disipado el terror de sus presentimientos, y satisfecha de la generosidad y rendimiento de Malek-Adhel, está mas próxima á alegrarse que á afligirse por su ausencia.

Lusiñan se acerca á ella, y la dice irónicamente:— Señora, mucho tarda Malek-Adhel en venir á ejecutar sus amenazas, y se apresura muy poco á justificar aquella confianza que ayer no le dejaba dudar que lograria hoy el premio; y si esta seguridad era una gran presuncion por parte suya el menor de sus deberes era venir á disputarle. — Señor, le respondió la princesa con desdenosa dignidad, Malek-Adhel es demasiado conocido para que sea permitido pensar mal de él, y la recompensa que merece tan noble carácter es estar seguros que cuando no cumple un deber comun, es porque está cumpliendo otro mayor.

Al decir esto se retira, y Lusiñan se queda confundido; se acerca á Ricardo y le pregunta si está cierto de que su hermana no ha recibido ningun mensaje ni visita de Malek-Adhel, y el rey lo afirma. Sin embargo, Lusiñan duda todavía, porque el amor celoso es penetrante, y se acuerda del día en que el príncipe entró en el cuarto de Matilde sin saberlo Ricardo. Pero sale de sus sombrías reflexiones con el ruido de los tímpanos y clarines que anuncian que ha espirado el tiempo designado para esperar á Malek-Adhel, y que los jueces del campo han abierto las barreras. La gloria brilla, corren los guerreros, y en aquel día de reunion los musulmanes se mezclan con los cristianos, y el combate es mas vivo y encarnizado que la víspera. Los Sarracenos logran la ventaja sobre algunos cristianos: Kaled derriba á los caballeros mas valientes, pero Lusiñan le vence, y queda al fin superior á todos: la mano de la princesa le corona segunda vez, y lo mismo el día siguiente y los restantes. Entretanto todos los espíritus están en fermentacion; Saladino principia á impacientarse por la ausencia de su hermano sin poder adivinar la

causa. Abandonar todas sus victorias á su rival, alejarse del teatro en donde se decide de su destino y del objeto amado de su corazón, parecen cosas tan estrañas al sultan, que se sobresalta su amistad con solo tratar de adivinarlas; conoce á Malek-Adhel, la impetuosidad de su valor, y la violencia de sus pasiones; sabe que en el mundo no hay abstáculo capaz de contenerle; ¿Se habrá perdido Malek-Adhel para él y para el mundo? Mientras despedaza su corazón fraternal este terrible pensamiento, y que por órden suya vuelan por todas partes sus emisarios á buscar al príncipe, el tiempo huye, y se acerca el día en que el consejo de los obispos ha de pronunciar la sentencia que decida de los destinos del mundo. El secreto mas profundo oculta sus discusiones, y aquellos padres venerables á ninguno han dejado penetrar á qué lado se inclinará su santa balanza. En vano Lusiñan ha procurado descubrirlo; en vano para adquirir entre ellos algunos partidarios ha removido sordamente todas las intrigas; en vano les ha recordado frecuentemente que á él le deben la augusta comision que les ha encargado la cristiandad; porque no consigue sorprender su religion, ni alterar la rectitud de sus juicios; y cuanto mas conocen la importancia del cargo con que les han honrado, y la confianza que han tenido en sus luces, tanto mas quieren manifestarse dignos de ella. No tratan solamente del interés político de los dos imperios, sino de la causa del cielo; son árbitros de la fe, trabajan por Dios, y esta grande idea que los sublima tanto, los ha despojado de toda debilidad humana. Lusiñan se admira y se halla tambien engañado en sus esperanzas. Proponiendo este consejo habia calculado bien todo el poder que tiene el disimulo y la lisonja en el espíritu de los hombres, y no se habia engañado; pero aquellos hombres eran cristianos, y habia olvidado que los cristianos animados del verdadero espíritu de su ley divina son mas que hombres.



URABAMA.

RECUENTO.

Sin embargo, no se desanima porque sabe que el arzobispo de Nazaret y el obispo de Belen detestan á los infieles; que son despues de Guillermo los padres mas elocuentes de la iglesia, y cree que puede contar con ellos. Bien quisiera que Ricardo emplease su crédito con los obispos del reino para alejarlos de todo espíritu de conciliacion; pero no se atreve á proponerle que los seduzca, porque respeta demasiado el carácter de Ricardo para insinuarle semejantes medios, y teme tambien alterar su amistad dándole motivo para sospechar que él los ha usado. Sin embargo saca partido de la áspera franqueza del rey, y sabe hacerle

declarar públicamente en muchas ocasiones, que le favorecería el consejo decidiéndose por la negativa, y aun consigue de su amistad que apesure el fin de aquella asamblea, porque teme que si Guillermo se presenta en ella, atraiga todos los pareceres en favor de Malek-Adhel, y un presentimiento confuso le dice que Guillermo está pronto á llegar. En fin, amanece el día en que ha de pronunciarse la decision, en que la tregua va á mudarse en paz ó en guerra, y en que Matilde va á saber su suerte; dentro de doce horas no tendrá ya esperanzas que alimentar ni mudanzas que temer; dentro de doce horas todo se habrá concluido para ella. Aquel terrible día pasa como los anteriores en un lúgubre silencio, sin que ninguna voz la revele ni la instruya de la suerte de Malek-Adhel ni del arzobispo; y su fisonomía descubre el secreto de su alma agitada. Si se atreviera, se arrepentiría de haber exigido del príncipe que fuese á buscar á Guillermo, pero su intencion era demasiado pura para que la condenase aun á costa de su desgracia. Procura resignar su alma y vencer el dolor como ha vencido el placer, pero esta victoria es mas difícil, y no se logra en un momento: de esta suerte aun en medio de la oracion la distrae muchas veces el amor, la domina, y sin pensarlo exclama. — ¡Oh soberano bien mio! ¿quién romperá mis cadenas y me dará alas para volar á tí? ¿Hasta cuando diferirás volverme la alegría, y sacarme del espantoso vacío en que me hallo? Apresúrate, porque sufro con dolor el peso de tu ausencia, y te amo de tal manera, que mi corazón se pierde en tí, y ya no puedo apeteer otro bien.

Pero apenas ha escuchado los acentos apasionados que exala, se avergüenza, se humilla y los retracta. Entretanto, á proporcion que se debilitan sus esperanzas, conoce que se aumenta su amor, y jamás ha sido tan vehemente como en aquel día en que tal vez recibirá la órden de abandonarle. ¿Qué diferentes especies de tristezas afligen su alma! El premio reservado para el último combate, el premio mas precioso de todos es el retrato de Matilde misma. ¿Se verá reducida á la afrenta de entregársele á Lusñan? ¡Ay! cuando consintió en que se hiciese, pensaba que tendría otro dueño.

Berenguela la sorprende en el tumulto de estas diversas agitaciones, y con el pretexto de conducirla al torneo, viene á compadecerla y á participar de su tormento. Matilde con los cabellos y vestido desordenado se sienta junto á la reina, llora y calla. Aunque se acerca la hora de la fiesta, no puede resolverse á insultar á su propio dolor adornándose con brillantez y magnificencia. Aleja las manos de sus doncellas y baña en lágrimas amargas la diadema de piedras preciosas con que van á adornar su frente. En vano el impaciente Ricardo le envía recado para que se apresure, porque escucha con indiferencia la noticia de su enfado, y solo tiembla por ver llegar el fin del día. La parece que le retardará retrasando el principio de los juegos, y como la esperan para comenzarlos, está resuelta á presentarse lo mas tarde que pueda. Pero llega el fatal momento en que ya le faltan los pretestos; es fuerza partir, y no tiene aquel atrevimiento que resiste abiertamente, porque solo le produce la pasion, y la tímida virgen no tiene tanta como ternura. La llevan como una victima al paraje de pompa y de suntuosidad en donde todos los corazones la esperan. ¡Ay! en una ciase mas oscura pudiera ocultar en silencio sus agitaciones y sus lágrimas; pero es preciso que las suyas se espongan á toda la claridad del día, y á vista de todos los que la rodean. ¡Cuánto se aumenta aquel mudo dolor que encierra en su pecho con los sonidos belicosos de los instrumentos de alegría y de victoria! ¡Con qué amargura aparta la vista de todos los rostros en donde brilla la satisfacción, el placer y las dulces esperanzas,

mas alagüeñas todavía que el placer! Apoya el codo en el balcon, rechina suavemente en su mano la cabeza, y sin atender á los combatientes que la miran sin cesar, fija sus ojos constantemente en el camino de Cesaréa, que es ahora el único paraje de la tierra de donde puede recibir algun contento ó esperanza.

Hasta este día no habia peleado Saladino; acostumbrado á los golpes homicidas de las batallas, no lo estaba á los ejercicios bizarros y guerreros de la caballería europea; y no habia querido comprometer su dignidad en una lucha cuya derrota era una afrenta, y el triunfo un pasatiempo. Sin embargo, viendo á sus capitanes mas valientes vencidos siempre por Lusñan, á este rey presuntuoso que se atreve á tomar en su presencia el título de rey de Jerusalén, dueño de todos los premios, y próximo á apoderarse aquel día del retrato de la princesa destinada al himeneo de Malek-Adhel: no puede contener mas tiempo su indignacion y su cólera, y desde lo alto del trono se levanta y exclama: — Esperame, rey de Jerusalén, que todavía no eres vencedor, y tal vez me toca á mí hacerte perder los derechos del premio de este día, como al reino con cuyo título te adornas.

Lusñan, embriagado en sus triunfos, mira al sultan con orgullosa ironía, y le dice:

Ven, soberbio sultan, que estoy ufano con tu desafío; ven, apresúrate, que el ruido de tu caída será como el precursor de la de tu trono y del fin de tu usurpacion.

Saladino tiembla de cólera al ver tanta arrogancia, y se precipita en el campo. Llegan á las manos; jamás tanta animosidad y furor inflamaron dos enemigos: la punta enbotada de su espada obedece mal á su resentimiento, y en su defecto quisiera que la violencia de los golpes supliese por el daño que no puede hacer. Todos los espectadores estan pasmados y miran en silencio aquella lucha terrible, Matilde misma presta toda su atencion, no se atreve á inclinarse á Saladino, aquel gran enemigo de Dios, que le ha inspirado tanto horror en otro tiempo; pero está muy cierta de que se inclina contra Lusñan, porque todo el esfuerzo de su valor y la sumision de su fe no pueden determinarla á desear que sea poseedor de su retrato. Durante mucho tiempo está igual el combate y la victoria; pero Lusñan acostumbrado á esta especie de juegos, conoce todos los ardidés y el arte de economizar las fuerzas. Saladino solo sabe descargar golpes mortales; y como en este género de luchas ninguno puede serlo, agota sus fuerzas sin fruto, y conoce sorprendido que pierde el vigor sin haber conseguido la menor ventaja. Lusñan se aprovecha de la imprudencia de su enemigo; gira al rededor, le provoca, le irrita, evita todos sus golpes, se los vuelve repetidos sin cesar; espera, acecha el instante favorable, le hiere por el lado derecho cuando Saladino le cree al izquierdo, y en el momento en que el sultan levanta el brazo para oprimirle con todo el peso de su espada, Lusñan le vuelve la espalda, pasa repentinamente detras de él, le ase con destreza, le levanta por medio del cuerpo, le arroja en tierra, y exclama, así «caerá el usurpador.»

Una lanzada tan admirable arrebató toda la asamblea, que se enagena de entusiasmo: Lusñan va á ser coronado, cuando de repente exclama la princesa en voz alta:

«Aquí está ya el vengador.»

Apenas acaba estas palabras se arroja en los brazos de Berenguela, y Malek-Adhel, cubierto de sudor y de polvo, sobre un caballo bañado en espuma, llega como un rayo, se arroja de un salto por cima de la barrera, se presenta á vista de todos, y mira horrorizado á su hermano tendido delante de Lusñan. Este, desesperado por aquella repentina aparicion, cuyas resultas prevé, disimula su despecho, y con sem-

blante desdeñoso le dice:—Vienes ya tarde para disputarme la victoria.—Vengo bastante pronto para arrancártela, responde el héroe? Saladino, consuélate, que vas á quedar vengado.

Y en aquel momento, irritado de la vergüenza de un hermano que ama, piensa mas en él que en Matilde, y pelea mas bien por labar su afrenta que por lograr el premio de la victoria. Se arroja impetuosamente, saltan relámpagos de su mano terrible; acesa, persigue á su enemigo con tal valor, que Lusñan atónito y perdido de la prontitud y rapidez de sus golpes, se turba, vacila y va á caer sin haber peleado. Malek-Adhel advierte su desórden, se detiene y le dice:—Recóbrate, Lusñan, porque para triunfar de tí no necesito sorprenderte.

Al oír estas palabras resuenan por todas partes las aclamaciones; los cristianos olvidan que es un musulman al que aplauden, y á vista de tanta magnanimidad la religion consiente callar un momento. Lusñan, testigo del triunfo que acaba de obtener el carácter de su rival, conociendo que su valor le reserva otro nuevo, que para dos victorias no ha necesitado mas que un momento, y que una gloria tan brillante va á oscurecer todos sus triunfos; Lusñan ya no se aconseja sino de su desesperacion, y se abandona á su rabia: si no puede vencer, quisiera morir, porque la muerte horrible y sangrienta es á sus ojos un objeto menos espantoso que Malek-Adhel coronado por mano de Matilde. No teniendo ya nada que conservar, se atreve á acometer á su rival, y lo hace con tanta violencia y furor, que si Malek-Adhel pudiera pasmarse lo estaria en aquel momento. Jamás esperiménto semejante resistencia; resuenan sus armas con los golpes que recibe, y Lusñan, le obliga á retroceder; pero entonces no le abandona tampoco su superioridad:—Lusñan, le dice, tu derrota no es un pasatiempo; creí que solo tenia que pelear contra un rival; pero tú realzas mi gloria manifestándome que voy á vencer á un héroe.

Apenas pronuncia estas palabras, cuando semejante al rayo, que vuela y todo lo consume y destroza, se precipita sobre Lusñan y le derriba á sus piés.—Acaba, le dice aquel triste monarca, y quitame la vida como me has quitado ya mi honor, mi reino y el corazon de Matilde.—Lusñan, replica el héroe con bondad alargándole la mano: ¿un instante de desgracia ha de oscurecer ocho dias de triunfos? ¿Y no puedes perdonarme que te quite un premio, que tú mismo has quitado á mi hermano y á todos los que han osado medirse contigo?—¿Y qué me importan los triunfos pasados, exclamó dolorosamente Lusñan: ¿impidirán que Matilde crea que solo se deben á tu ausencia? Soberbio musulman, ¿qué fatalidad estraña te ha traído hoy á este sitio y te ha arrojado en medio de mi gloria para oscurecerla y arrancarme con ella el retrato de la ilustre Matilde?—El retrato de Matilde es el premio del combate, y no lo he recibido todavía! interrumpió Malek-Adhel: y al punto con la misma viveza con que ha derribado á su rival corre á los piés de la princesa: ella le ve, se enciende, y despues de haberlo visto le mira de nuevo, y en sus miradas espresa todo su corazon, sus inquietudes, sus esperanzas y su amor; y aunque no ha pronunciado una sola palabra, jamás ha estado Malek-Adhel tan seguro de ser amado. ¿Con qué delicia rodean los brazos de la virgen el cuello del héroe para colocarle la cadena de que pende su retrato! ¿Con qué voluptuosa lentitud la ata! ¿Cuán feliz y envidada está con poder otorgarle aquel don á vista de tantas naciones reunidas! ¿Cuán bien conoce que ha merecido mas todavía! ¿Y cuántos atractivos añade á su hermosura la tierna esperanza de poderle conceder algun dia todo lo que merece! Se concibe la union de la pureza y del amor, pero en el cielo solamente; y los ojos de Matilde parece que se le han

arrebatado al cielo. Postrado á sus piés Malek-Adhel se aprovecha del momento en que ella se inclina para levantarle, y la dice misteriosamente: Guillermo estará aquí mañana, pero antes de que llegue te pido que me escuches una palabra, una sola palabra en el sepulcro de Montmorency.

Apenas habia pronunciado este nombre cuando se acerca Ricardo y le interrumpe, y el resto de los espectadores separa á los dos amantes. Todos preguntaban á Malek-Adhel el motivo de su ausencia, pero nada contestaba; sin embargo; en su semblante inquieto y receloso no se veia brillar la alegría de su triunfo. Saladino retirado en su tienda, manda luego llamar á su hermano, y Malek-Adhel obedece y se retira. Lusñan sombrío, silencioso y quebrantado todavía de la caída, dirige feroces miradas á la tierra, y permanece solo y retirado. El ardiente Ricardo no disimula el descontento que experimenta, porque el desdoro de su hermano de armas le interesa sensiblemente; le ha excitado el recuerdo del suyo, y no puede sufrir la idea de formar alianza con el que los ha humillado á entrambos. Una especie de consternacion reina en aquella noble asamblea; todos parece que están agitados con tristes presentimientos, y el corazon de Matilde no es el que se halla mas tranquilo. Malek-Adhel le ha dicho que Guillermo llega el dia siguiente, y el consejo de los obispos va á concluirse aquella noche: es preciso que lo impida, que anuncie abiertamente el regreso del arzobispo: sí, es preciso que lo haga, cualquiera que sean las disposiciones del consejo. Si son favorables al príncipe, necesita la aprobacion de Guillermo para admitirlas, y si son contrarias, necesita su presencia para moderarlas.—Hermano, le dice á Ricardo, el arzobispo llegará aquí mañana, y yo creo que la dignidad que obtiene en la Iglesia, y la alta reputacion de sabiduría que goza, no permitirá al consejo de los obispos decidir sin que esté presente, cuando no hay que esperarle sino un dia.

Al oír estas palabras se levanta repentinamente Lusñan lleno de cólera, y Ricardo pregunta con severidad á su hermana cómo puede asegurar que Guillermo llegará el dia siguiente á Tolemaida.—El príncipe me lo ha dicho, replicó ella avergonzada; sin duda le habrá encontrado en alguna parte.

Lusñan con los ojos cubiertos de melancólica tristeza, dice á Ricardo:
¿Permitirá V. M. que se disuelva el consejo de los obispos?

Antes que el rey de Inglaterra tuviese tiempo de responder, los duques de Borgoña, de Austria y de Baviera, y todos los príncipes y jefes del ejército, exclamaron unánimemente, que era de rigorosa justicia enviar á prevenir al consejo de los obispos la vuelta de Guillermo. Lusñan quiso responder, pero no se lo permitieron.—¿Hermano mio! dijo entonces la princesa con respetuosa benignidad: ¿no os parece que no puede ser perfectamente justa y equitativa una sentencia si no está sancionada por la prudencia de Guillermo? Ella ha dirigido hasta hoy mis pensamientos y mis acciones; ¿y me ha de abandonar en la época mas importante de mi vida? Permitid, hermano mio, que vayan á instruir al consejo de los obispos de la próxima llegada de Guillermo.—Envia tú si quieres, replicó Ricardo con indignacion, porque ese negocio te interesa mas que á mí, y me ha causado demasiados disgustos hasta hoy para no sentir muchas veces haberme mezclado en él en la menor cosa.

La princesa no esperaba un consentimiento mas cortesano, y se apresuró á enviar á uno de sus pajes á que advirtiese al legado del papa lo que pasaba. A pocos instantes se abrieron las puertas, y se presentaron todos los prelados.—Padres ¿habeis, pues, diferido vuestra decision? preguntó Ricardo.—La próxi-

ma llegada de Guillermo y el deseo de la princesa no han parecido razones tan poderosas, respondió el obispo de Nazaret, que una sola hubiera sido suficiente para suspender nuestra decision hasta el día de mañana.

Durante estas palabras, el legado miraba á la princesa con una mezcla de compasion y de enternecimiento; y hallándose aquella noche junto á ella no pudo dejar de decirla en voz baja: —Ay hija mia! ¿qué es lo que has hecho?

Y se detuvo de repente. La virgen se turbó y le miró esperando que concluyese la idea; pero él bajó los ojos para impedir que la penetrase. Entonces procuró ella contener la extraordinaria agitacion que le habian causado las pocas palabras que acaba de pronunciar el legado, y le respondió con voz alterada. «Lo que he hecho, me parece que es mi deber; y espero que Dios no me castigará por eso.»

CAPITULO XL.

CUANDO Malek-Adhel se separó de Matilde no dudaba que accederia á su súplica, y que la aurora del día siguiente los veria reunidos en el sepulcro de Montmorency; pero la princesa al encerrarse en su habitacion trajo consigo las crueles ansiedades de la incertidumbre, y en toda aquella noche cerró sus párpados el sueño. Las palabras de Malek-Adhel resonaban en su corazon, que las acogia tiernamente. ¿Podia negar una entrevista de pocos momentos á un héroe que tal vez seria desde el día siguiente dueño de su destino? ¿que muchas veces habia espuesto por ella su vida, y habia salvado la de Ricardo? ¿que por sus infinitos beneficios y heroicos sacrificios le habian impuesto tales obligaciones, que, á pesar de que su gratitud se hubiera convertido en pasion, la parecia que no era bastante viva, ni la satisfacía suficientemente?

—Iré sin duda á buscarle, se decia con vehemencia como para sofocar una reprension secreta que nacia en lo interior de su alma: se lo he prometido, y nada le negaré de cuanto me permiten que le conceda la religion y la virtud. Y cuando va á manecer un día tan importante para mí, y cuando tal vez vacilando todavía en la necesidad mis exhortaciones y mi auxilio para sostenerle en ella, ¿no es el deber mismo el que me prescribe que vaya á verle? Pero al pronunciar esta palabra *deber*, la princesa la articula con debilidad como si hubiera conocido que no era aquel su sitio. Además, añadió, ¿no será preciso que yo conozca las disposiciones de Guillermo y el efecto que han producido sus discursos en el corazon del principe para inquirir cuál será su opinion en el consejo de los obispos, y procurar mudarla sino habia de sernos favorable? Entonces, absteniéndose de mas largas reflexiones, abrazó este partido, resolvió ir al día siguiente al sepulcro de Montmorency, y entretanto se tendió en su lecho para gozar algunas horas de descanso. Pero ¿cómo habia de descansar la inocente virgen con un proyecto culpable? ¿cómo habia de cerrar el sueño unos ojos que volvian á abrir sin cesar las serdas inquietudes de una conciencia agitada? En el momento en que vamos á dormir, y en que empiezan á debilitarse los esfuerzos que hemos hecho para engañarnos á nosotros mismos, nos ocurre una idea, y de ella otras infinitas que no son ya efecto de un error que amamos, sino de la verdad que recobra todos sus derechos al punto que la voluntad ha abandonado el error. Matilde no puede libertarse de este poder: turbada y descontenta deja repentinamente el lecho en donde no puede hallar la paz; se viste de prisa, atraviesa el oratorio, abre las ventanas del balcon, se pasea por él en silencio, y todo yace en sosiego: no oye mas ruido que el de las olas del mar que

se estrellan contra las rocas de la ribera. ¡Siempre agitadas tambien! dice, pero no tanto como yo. Despues de una pausa añade: ¡Oh Dios mio! ¡guíadme, porque juro que no deseo que el amor triunfe de vos.

Sigue paseándose todavía; pero una disposicion mas religiosa la inspira mejores sentimientos. Cuando, á pesar del pudor y del decoro, dice, me atrevi á dar una cita á Malek-Adhel, me pareció que obedecia á la voz de Dios, y que enviándole á socorrer al arzobispo de Tiro; le enviaba á que buscase la luz y la salvacion. Yo sola podia determinarle á aquel sacrificio: no tenia otro medio de verificar su conversion, porque solo podian conseguirla las diligencias de Guillermo; y no debia perder un momento, puesto que en el término de diez dias era preciso que hallase al arzobispo se convirtiese y le trajese aquí antes que concluyese el consejo, de modo que Guillermo, seguro de sus santas disposiciones, emplease toda su elocuencia en favor nuestro. ¿Pero qué tengo que decirle hoy? ¿qué motivo importante me obliga á dar este paso? Su deseo. ¡Ay Dios mio! esto era bastante para mí; pero no lo es para vos. Si Guillermo le ha convertido, sabré un poco mas tarde esta merced de vuestra misericordia; pero á lo menos sin tener que avergonzarme del modo con que la he sabido; y si ha perseverado en sus errores, si han sido infructuosas las instrucciones del arzobispo ¿qué esperanza he de tener en las mias? ¡Insensata! ¿Te infundiria el amor tanta presuncion que osases creer que tú lograrías, cuando aquel manantial de elocuencia y de santidad corriese en vano? Y aunque supiese que la sabiduría de Guillermo va á oponerse á los deseos de mi corazon, y tuviese la culpable voluntad de disuadirle, ¿puedo yo creer que lo conseguiria? ¿Es Guillermo un hombre débil capaz de abandonar el sendero de la justicia de Dios por intereses humanos? ¿No estoy tambien convencida que si llega hoy pasará al consejo sin hablarme ni verme? Y si no puedo esperar nada de la debilidad de Guillermo, ¿no debo temerlo todo de la mia? ¿Ignoro que el que ama el peligro perecerá en él? ¡Ah! puesto que no es necesaria esta cita, seria criminal, y cualquiera que sea mi destino, es preciso ya esperarle y someterme á él... ¡Dios mio! impon silencio á la voz de Malek-Adhel, que grita en mi corazon, y acepta mi sacrificio.

Al concluir estas palabras se arrodilla, apoya la frente en la barandilla de hierro del balcon, y la baña en llanto, y durante mucho tiempo los sollozos que arroja su pecho son el único lenguaje de su dolor. Al fin dice, comenzando este día sufriendo el yugo del mas acerbó deber, ¿no es un medio de que el cielo sea mas favorable á mis deseos? Tal vez se enternecerá del esfuerzo que hago por agradarle; tal vez me lo recompensará moviendo el corazon de Malek-Adhel... ¡Qué dulce obligacion la de sufrir por él! ¡Oh divino hijo de María! si su salvacion ha de ser á precio de mi felicidad terrestre, privame de todo lo que esperaba en este día; porque bien puedo renunciar á todos los bienes de este mundo por otros mayores bienes.

Calla; y ahora ya podrá dormir, porque no reposará con un pensamiento culpable. Pero en medio de tantas irresoluciones se ha pasado la noche, y en el momento en que la princesa tristemente satisfecha de su determinacion, iba á entrar en su aposento, las estrellas que se apagan y el horizonte que blanquea, detiene sus pasos y alteran un poco las disposiciones de su espíritu. ¡Ay! dice con una profunda ternura; en este instante parte sin duda, y no sospecha la cruel sentencia que he dado contra él, ni cree que mi corazon sea capaz de un valor tan inhumano: parte, espera, me aguarda en la morada de la muerte, va á contar todos los instantes, á acusarme á padecer... ¡Oh Dios mio! ¿en dónde están tus misericordias? ¿Es posible que me ordenes que haga padecer

á Malek-Adhel? No, yo exagero sin duda tus rigores. Aislada, sin apoyo, sin consejo, por evitar una culpa voy á cometer otra mayor. ¡Dios de bondad y de amor! ¿la hay mas horrible á tus ojos que la de hacer padecer á quien amamos?... Si Guillermo estuviera conmigo, su corazon menos duro y cruel que el mio, me permitiría partir para ir á consolar al alligido que se queja... ¡Ay! ¿qué osas suponer, criatura llena de error y de miseria? ¿No te diría primero, que el que trata con su debilidad trata con la muerte? ¿Puedes dudar de la órden que te daría? No, no puedes dudar; pues no dudes en tu resolucion.

Al concluir estas palabras huye de la claridad del dia que la turba y desola; no quiere que la progresion de la luz la revelen las angustias que parten el corazon de Malek-Adhel y la vana esperanza en que se consume. ¡Ah! ¿quién podría decir cuál de los dos es mas digno de compasion en aquel momento? ¿quién podría decir cuál padece mas, si el que impone la pena, ó el que la sufre?

A pesar de la oscuridad que reina en el sitio donde se ha encerrado, ha contado con mucha exactitud todos los instantes para no saber que debe estar muy entrado el dia; entonces sale de su retiro porque ha pasado la hora de su debilidad y ya no corre ningun peligro. Impaciente por saber si ha llegado Guillermo, pasa al cuarto de la reina, que la estrecha en sus brazos, y la dice:—Hermana mia, un presentimiento feliz me asegura que han pasado los dias de tristeza, y que en este va á comenzar para tí una vida enteramente dichosa.—Ser dichosa es mucho, replicó la virgen, pero mas que eso le he pedido á Dios.—Yo me atrevo á creer, contestó la reina, que te concederá todo lo que hayas pedido. Todo es próspero para tí desde ayer: Malek-Adhel aparece repentinamente para lograr el último premio y la victoria mas brillante; y esta mañana acaba de llegar el arzobispo de Tiro para determinar el consejo segun tus deseos.—¿Está aquí el arzobispo, preguntó prontamente Matilde?—Desde cuándo? ¿te ha visto? ¿le has hablado?—Hace cosa de una hora que ha entrado en Tolemaida, respondió la reina, y desde entonces está conferenciando secretamente con el legado.

Al oír esta noticia, la princesa espermentó tal palpitacion en su corazon y tal temblor en sus rodillas, que se vió obligada á apoyarse en la pared para sostenerse. Acudió Berenguela, la hizo sentar, y la dijo mirándola con inquietud:—Yo no dudo seguramente que este dia tenga un fin venturoso; pero si sucede lo contrario y es fuerza separarte del príncipe, no podrás...—Para una corta peregrinacion, replicó la virgen, creo que tendria valor; pero para siempre, para siempre... Movié la cabeza, levantó los ojos al cielo y derramó un diluvio de lágrimas. En este instante abren la puerta y entra un paje á anunciar que llega el arzobispo de Tiro: Matilde fuera de sí se levanta para huir, conociendo que no tenia fuerzas para sufrir el exceso de felicidad ó de infortunio que iba á unirse á su destino; pero antes que pudiese dar un paso se presentó Ricardo seguido del piadoso Guillermo, y al punto, conteniendo su agitacion, los saludó bajando los ojos y se sentó en silencio sin atreverse ni aun á indagar en la fisonomía del arzobispo lo que habia de temer ó esperar.—¡Padre mio! exclamó la reina, al fin nos volvemos á ver; ¿qué acaecimiento ha prolongado tanto tiempo vuestra ausencia? ¿y que destino feliz os vuelve á traer?—Me cogieron los infieles, respondió el arzobispo con tono tranquilo y grave; preso en Jafa, en donde mandaba Metchub, por órden suya me cargaron de cadenas y sepultaron en un calabozo. A pesar de la tregua que suspensa toda ostilidad, no pudiendo el vengativo Metchub perdonarme la parte que suponía que habia yo tenido en la toma de Tolemaida, se aprovechó de la autoridad suprema que ejercia en Jafa para ordenar mi muerte.

Ya disponian los preparativos, porque solo me quedaba un dia de vida, y le veía concluir sin quejarme, sometido y resignado. ¿No podia yo decir, he combato, he cumplido mi carrera, y he guardado la fe? Pero en medio de la noche que yo miraba como la última, oigo romper las puertas de mi prision, creo que quieren apresurar la hora de mi muerte, y salgo á recibir a... ¿Pero qué veo? un guerrero vuela á mi socorro y rompe mis cadenas; un libertador...

Al oír estas palabras arrojó la virgen un grito de gratitud y de júbilo.

—¿Y quién era ese libertador? preguntó con prontitud Ricardo.

El corazon de la princesa acababa de adivinarlo, porque era efectivamente Malek-Adhel el que habia restituido á Guillermo la libertad y la vida.

—Yo no sé, añadió el arzobispo, qué milagro de la Providencia le condujo á donde yo estaba, cuando todo contribuía á detenerle aquí; no ha querido de ningun modo explicarse en esta materia.

Esta conducta contiene estraños misterios, replicó Ricardo con disgusto; y es muy difícil imaginar cómo Malek-Adhel ha llegado donde estabais tan á propósito, cuando aquí nadie mas que mi hermana y la reina sabian el motivo de vuestra ausencia.—Es verdad que son misterios, respondió el arzobispo, pero misterios de virtud y de generosidad que me guardaré de profundizar por respeto á la mano que solo quiere derramar beneficios ocultándose.—¡Padre mio! replicó Ricardo en tono vivo y colérico: estais preocupado muy particularmente en favor de Malek-Adhel; todo lo que hace, todo lo que le pertenece, lo disculpais ó lo aprobais siempre, y no sé si hay motivo para temer que esa preocupacion altere alguna cosa la integridad de vuestra opinion en la sentencia que se va á pronunciar.—Señor, replicó el arzobispo, no pretendo negarlo: amo á Malek-Adhel, he concebido por él un afecto verdaderamente paternal; seria una ley que me impondrian sus virtudes si no fuera un deber de mi gratitud: diré en el consejo de los obispos lo mismo que aquí, todo lo bien que pienso de ese gran príncipe. ¿Y por qué lo he de ocultar? ¿Hay acaso precision de ser injusto para sostener los derechos de la religion? ¿Y el corazon que los conoce mejor, no es mas equitativo? No tengo permiso de comunicar á V. M. mis ideas ni mis designios; pero me atrevo á creer que la vista penetrante del cielo, á quien nada se oculta, quedará satisfecha de su pureza.

Ricardo respondió un poco sonrojado, que estaba muy distante de haber sospechado de su rectitud.—Aunque hubiérais sospechado respondió Guillermo, no tengo motivo para quejarme. Soy hombre; todos los hombres son frágiles: por donde quiera que pasan, la debilidad é imperfeccion manifiestan que han pasado; y puestos que están sujetos al error, deben estar sujetos á la sospecha.—¡Oh venerable padre, exclamó la virgen en el entusiasmo de su corazon! vos solo sois como el cordero sin mancha, superior á la corrupcion y á la censura del mundo.—Modera ese enajenamiento, hija mia, dijo Guillermo, ó resérvale para objetos mas sublimes: ninguno es puro y sin mancha sobre la tierra, y todos llevan consigo su pecado; pero no nos quejemos porque en esto consiste nuestra gloria, puesto que nos liberta de él nuestra fortaleza:

La reina tomó entonces la palabra, y preguntó á Guillermo con voz tímida, si entre los elogios que tributaria á Malek-Adhel, hablaria de su docilidad en escucharle. Esta pregunta, que tanto interesaba á Matilde, porque de ella dependia su suerte, trastornó su alma y la mirada que dió á Guillermo se lo manifestó: apartó la vista por no verla, y respondió á la reina que satisfaciendo su curiosidad la manifestaria su opinion, y que su deber no se lo permitia: me retiró ahora mismo, añadió, por no esponerme mas á

instancias mudas que no puedo dejar de conocer, ni debo escuchar.

Al decir estas palabras se retira; pero en las arrugas de su frente venerable la princesa ha percibido la señal de una terrible agitacion y de un combate interior; ¿con el afecto que profesa á Malek-Adhel, si ha de hablar en su favor, por qué no habia de estar tranquilo?

¡Al concebir esta idea, cómo palpita de dolor su corazón! ¡cómo acumula en algunos minutos de su vida todos los tormentos de una vida entera! Pálida, inmóvil, los ojos fijos en la tierra, nada ve ya sino sus temores; y en aquel momento mira con igual indiferencia la amistad de la reina y el descontento de Ricardo; sin embargo, al mirarla no puede este dejar de enternecerse; se sienta á su lado, la coge la mano y la halla fría y húmeda.

—Hermana mía, la dice, querida Matilde, ¿cómo te permite tu piedad estimar tanto las cosas perecedoras?

Con voz débil é inarticulada le responde: no pienso en este momento en cosas perecedoras.

El rey la mira sorprendido, y se para meditando; Berenguela de pié permanece tambien en silencio, pero se oye un rumor sordo, se abre la puerta y entra apresurado un paje diciendo:—Señor, el príncipe Malek-Adhel se ha presentado en la habitación de la princesa de Inglaterra pidiendo permiso para verla, pero el rey de Jerusalén se opone y jura que no entrará sin una órden espresa de V. M. El príncipe furioso ha sacado la espada, Lusñan ha hecho lo mismo, y va á correr su sangre si V. M. no viene á apaciguar esta terrible querrela.

Al oír estas palabras mira Ricardo á su hermana, que ya no era la misma, porque su rostro pálido se habia animado con un encarnado vivo, y su mano, que tenia el rey todavía, se abrasaba de calor.—¡Estraña criatura! dijo levantándose, ¿cómo era posible sospechar que un exterior tan tímido y apacible ocultase tantas pasiones? Señora, continuó dirigiéndose á la reina, haced que se retire esta niña, porque no se halla en estado de que la vean.

Apenas salió se levantó Matilde diciendo: Tiene razon el rey, no me hallo en estado de ser vista; ninguno debe mirarme; ninguno puede darme alivio, auxilios ni fortaleza.—Entra en la alcoba de mi oratorio, la dijo la reina, y allí hallarás al consolador que necesitas, y por entre las cortinas que le separan de esta pieza, puedes tambien escuchar lo que pase aqui.

Matilde se retiró, y las voces confusas de muchas personas, entre las cuales distinguia las de Malek-Adhel y las de Lusñan, la obligaron á precipitar su fuga. Al entrar en la alcoba del oratorio se postró ante la imagen de Cristo moribundo, y repitió muchas veces con fervoroso corazón estas palabras que estaban escritas debajo: *Padre mio, si es posible, haced que pase lejos de mí este calor; mas no hagais mi voluntad, sino la vuestra.* Pero estas palabras, aunque aplicadas perfectamente á su situacion, espiraron en sus labios, y ya no atendió ni pensó en otra cosa sino en lo que hablaban cerca de ella.

CAPITULO XLI.

BERENGUELA mudó su silla y se sentó de espaldas junto á la cortina que ocultaba á la princesa, para que pudiera oír mejor todo lo que se iba á decidir acerca de su suerte. Malek-Adhel fue el primero que se acercó á la reina, y con voz conmovida la rogó encarecidamente que fuese aquel día su protectora, y le libertase de un insoportable tormento que oprimia su corazón desde que habia empezado á amanecer; porque aquel día tan importante para él, desti-

nado á ser el mas hermoso de su vida, habia amanecido en medio de los presagios mas funestos.—Me parecia, la dice, que la ilustre Matilde habia desaparecido de la tierra, yo se la pedia á todo el universo, y solo me respondia el horrible silencio de la muerte. ¡Ah, señora! ¿dedidme, qué es de ella? ¿decidme, qué mano envidiosa me la ha arrebatado?

Berenguela, que no le comprendia, le respondió un poco sorprendida, que nada desagradable le habia sucedido á la princesa. Malek-Adhel no podia creerlo: hizo que le repitiese muchas veces que estaba libre, y que ningun accidente habia alterado su salud. Siempre que le repitió esta pregunta le contestó con la misma complacencia; y al fin; despues que se convenció de que eran infundados sus temores, dijo con mucha turbacion que ya no tenia mas que pedirla, que estaba contento y tranquilo, y se sentó á su lado mas agitado ó infeliz que antes.—Vos, señor, dijo entonces Lusñan dirigiéndose á Ricardo, confesareis que si alguna cosa puede aumentar la sublime reputacion de bondad que se ha granjeado la princesa de Inglaterra, seria la condescendencia con que acaba de responder á tan extraordinarias preguntas.

Mientras hablaba, obserbaba Ricardo á Malek-Adhel sentado en el mismo sitio en donde habia visto á su hermana un momento antes. Pálido, inmóvil como ella, absorto igualmente en una sola idea que le impedia ver ni oír, y admirado de una semejanza tan notable, no pudo menos de exclamar: No, ¡yo no he visto jamás un amor semejante! Esta exclamacion hizo estremecer á todos los que la escucharon, y Matilde no perdió una palabra de todo cuanto pasaba. Lusñan ofendido, preguntó al rey de qué amor hablaba.—¡Ah, hermano, replicó Ricardo apretándole la mano; confieso que si no hubiera sido por tí me hubiera enternecido.—¡Dios mio! exclamó en voz baja Matilde detrás de la cortina, y acordándose entonces de que Dios solo la veia: en vuestras manos está el corazón de los reyes, y si ves queis, Ricardo profesará á Malek-Adhel el afecto que profesa á Lusñan.—Señor, respondió gravemente el rey de Jerusalén, conozco que ya no debo fundar mis esperanzas sino en la justicia y en la religion del consejo.—¿Y mi justicia, mi religion, y principalmente mis juramentos, replicó Ricardo colérico, en nada los reputais?—Lusñan, satisfecho con haberle agraviado, le dijo con fingido enojo: ¿Y qué me importa que los juramentos, de V. M. sean inviolables si ya no los apoya vuestra amistad?—Esta es la primera palabra de descontento que ha pasado entre nosotros, exclamó Ricardo; juremos que será la última.

Entonces se arrojó Lusñan en los brazos del rey, y mientras estaban abrazados, Berenguela se inclinó á Malek-Adhel, y le dijo en voz baja, que pasaria de buena gana muchos dias de esclavitud por verle en aquel momento en el lugar de Lusñan.—¡Ay! replicó él; ayer todavía hubiera envidiado tan vivos testimonios de afecto; pero hoy no puede ocupar mi alma sino un solo deseo: ver á Matilde un momento y hablarla una palabra...—Decidmela á mí, interrumpió la reina, que yo os aseguro que no dejaré de saberla.—No, señora, respondió Malek-Adhel, ella sola debe oirla.

Berenguela, despues de mirar si la observaba su esposo, hizo una seña con la mano señalando á la cortina que los separaba de la alcoba del oratorio, añadiendo en voz muy baja y con mucha prontitud:—Pues bien, yo me apartaré, y ella sola os escuchará.

El príncipe la comprendió y se estremeció su corazón de esperanza y de júbilo: miró á la reina con tanta gratitud, que la pareció que de aquel mismo modo le debió mirar á él el día en que la permitió volver á reunirse á su esposo. Este recuerdo apaci-



guó al instante la especie de remordimientos que la causaba su desobediencia á las órdenes de Ricardo; porque si la sumision conyugal es un deber sagrado, ¿no lo es tambien el que manda satisfacer las deudas del agradecimiento?

En aquel instante Malek-Adhel no cederia su asiento por el trono de Felipe Augusto ni por ningun otro del universo. Inclina la cabeza al lado de la alcoba, permanece mucho tiempo en silencio, y mientras los dos reyes, creyéndole sumergido en una profunda meditacion, conversan entre sí paseándose por el salon, Malek-Adhel aprovecha el momento en que se hallan mas distantes para pronunciar en voz baja estas palabras: —¿Oyes mi dolor, Matilde? ¿Escuchas mis súplicas?

Al punto distingue el movimiento de la mano que agitaba la cortina; pero como entonces volvan hácia aquel lado los dos reyes calló y ocultó con ambas manos las tiernas esperanzas que brillaban en su frente. Apenas se alejaron de nuevo añadió:—Te he esperado inútilmente esta mañana, cuando era tan importante que nos viésemos, porque si ya no tienes tiempo de hablar al arzobispo, somos perdidos para siempre.—Dios mio, exclamó Matilde en una oracion silenciosa; despedazándome el corazon por obedecerlos, ¿habré cometido una culpa, me castigareis por ella?—Sin duda, dijo Ricardo abriendo una ventana que daba á la gran plaza de los hospitalarios en donde se celebraba la asamblea de los obispos; sin duda se ha concluido el consejo, porque se encaminan aqui todos los prelados, y delante de ellos el legado y el arzobispo de Tiro, que vienen á comunicarnos el resultado de su conferencia.—¡Ya está mi suerte decidida! exclamó Lusiñan.—Y tambien la mia, interrumpió Malek-Adhel.

Las mismas palabras repetidas por Matilde fueron á espirar en el seno del Dios á quien invocaba. Entraron el legado y el arzobispo.—Señor, dijo el primero dirigiéndose al rey de Inglaterra; ayer tarde se inclinaba el consejo á dar un esposo musulman á vuestra augusta hermana, y esta hubiera sido nuestra decision si no nos hubieran obligado á suspenderla; pero hoy la elocuente y profunda sabiduria de Guillermo ha mudado todas las opiniones, y hemos pronuncia-

do una denegacion absoluta, á menos que dentro de tres dias no consienta Malek-Adhel en recibir el bautismo, y jure no tomar ya las armas contra nosotros.—Juro ahora mismo que nada de eso será, exclamó con prontitud el príncipe: ¿juzgais acaso que necesito tres dias para decidirme á no cometer una perfidia?—¿Y lo seria no tomar las armas contra nosotros, preguntó el arzobispo de Tiro? Solo esto os piden los cristianos.—De esta suerte, interrumpió con viveza Ricardo, no aceptais á mi hermana con las condiciones que os ofrecemos.—Lo que no acepto únicamente es hacer traicion á la amistad de Saladino, replicó el príncipe; y esa hermosura ilustre que reúne todas las perfecciones, no debia de ser el premio de una accion tan vil. ¡Yo habia de aceptar tan vergonzosas proposiciones! No, jamás, y antes se unirán las olas que bañan esta ribera á los mares del desierto, que yo levante una mano sacrilega contra mi pais y mi hermano.

Se volvió á sentar sin poder continuar, y con una agitacion inesplicable.—Respetable pontífice, dijo entonces Lusiñan á Guillermo; ¡cuán superior sois al resto de los hombres! ¡y cuán indignos son de penetrar la asombrosa rectitud de vuestro corazon! A vos debo pues la vida, á vos, cuya influencia en el espíritu del consejo me atreví á temer.—Señor, replicó Guillermo con triste gravedad; en eso no he servido á ninguna criatura humana, ni he escuchado ningun interés; el celo de la religion ha abierto solamente mis labios; en esta gran causa no he mirado mas que á Dios y á sus derechos, y no he debido mirar otra cosa.—Confieso que ayer era contraria mi opinion á la del arzobispo, dijo el legado; y procediendo de este modo creia que me conformaba á las disposiciones de la santidad apostólica; porque sabia lo que habian favorecido á Malek-Adhel las cartas que habia escrito á Clemente y á Alejandro III. Mientras continuaba su discurso, Malek-Adhel distraido con un interés mas urgente recobró su actitud meditabunda, y aprovechándose del ruido que habia en la sala para espresar sin que le oyesen los vínculos en que dependia su vida, se inclinó hácia la cortina y dijo:—¿Te acuerdas, Matilde, del juramento que hiciste en el desierto? Escepto el sacrifi-

cio de tu inocencia y de tu fe, te obligaste á no negarme cosa alguna, y ya ha llegado el momento de cumplirme tu promesa: es preciso que nos veamos mañana en el mausoleo de Montmorency; ahora mismo voy á sepultarme allí y permaneceré hasta que vayas, y si no vas, algún día encontrarán junto á las cenizas de un héroe las de Malek-Adhel.

La trémula Matilde se acerca de rodillas junto á la cortina; aplica á ella su rostro; el príncipe cree sentir su aliento, y la dijo:—Matilde, ¿me dejarás morir y violarás tu juramento?—No, respondió ella con una voz tan débil, que solo el corazón de Malek-Adhel podía estar seguro de que habia hablado.

Iba á bendecirla indudablemente, y calló al ver que se acercaba Guillermo. Se detuvo este delante de la reina, y la dice:—¿En dónde hallaré á la princesa? Dicen que está en vuestro cuarto: ¿puedo entrar? Necesito verla, hablarla y disponer su angélica piedad á que me escuche.—Padre mio, replicó Berenguela, esperad algunos momentos; ¿por qué os apresurais tanto? ¿por qué quereis arrebatarla el único bien que disfruta todavía? ¡Ay! debe durarla tan poco...—Cuando explique las causas á la princesa, replicó Guillermo, suplico á V. M. que tenga á bien escucharlas: verá si el interés y la pureza de la religion permitian que aceptásemos la alianza que nos han propuesto; verá si no era esponer la debilidad de una jóven, entregándola á un esposo musulman, á que vacilase algun día en la verdadera fe, quedando todos nosotros de ese modo responsables de su suerte eterna.—No padre mio, no debisteis temerlo, respondió Malek-Adhel, porque sabiais cuales han sido mis promesas; pero vuestro inflexible celo no os ha permitido ceder.—El celo, cuyo objeto es Dios, no puede ceder, exclamó el arzobispo; y cuando peleamos por él, por mas que cueste, es preciso saber vencer: hijo mio, ninguno es cristiano cuando teme manifestarse tal; ninguno es cristiano cuando prefiere al cielo la opinion de los hombres, los intereses humanos y las amistades de la tierra.

Malek-Adhel replicó en voz baja é inclinando la cabeza de modo que lo oyese Matilde.—Padre mio, me habeis hecho hoy mas daño que pudieran hacerme todos los hombres juntos, y sin embargo, á ninguno estimo tanto como á vos, y espero que ni uno ni otro nos separaremos del mundo sin habernos reconciliado.

Entonces se adelantó hácia Ricardo, y le dijo con un poco de arrogancia:—Señor, soy dos veces desgraciado, por la sentencia que acaban de pronunciar, y por el júbilo que os causa. Me parece que si hubierais manifestado algun sentimiento por mi tristeza hubiera sido para mi menos amarga; pero conozco suficientemente que todo se ha conjurado aqui contra mí y que debo colocar en otra parte mis esperanzas... Os dejo, señor, voy á reunirme con mi hermano, y á comunicarle la respuesta de vuestros obispos; preveo que esta noticia va á encender de nuevo la guerra, y mas sangrienta y homicida que nunca, á menos que algun acacimiento fan feliz como imprevisto no aleje esta calamidad.

Todos los presentes se admiraron de la moderacion de Malek-Adhel y de la tranquilidad de su dolor.

Lusiñan creyó percibir algun sentido oculto y misterioso en algunas de sus palabras; sospechó que antes de retirarse hallaria tal vez algun medio de escribir á Matilde é inclinarla á su partido. Para destruir su proyecto resolvió no perder al príncipe de vista, y con el pretexto de honrarle propuso á los mas ilustres jefes de los Cruzados que le acompañasen hasta las últimas barreras del campo.

Ricardo aprovechó con gusto la ocasion de rendir esta especie de homenaje á un príncipe que estimaba; y al acompañarle se esplicó con mucha cortesania, ponderándole lo que hubiera estimado su alianza si

la diferencia de religion, y principalmente la fe de sus primeros juramentos, no le hubieran impuesto la obligacion de rechazarla.

Malek-Adhel convencido en lo interior de su alma de que se verificaria aquella alianza, se manifestó muy agradecido á la benevolencia del rey, y ambos se separaron con todas las muestras de cordialidad y de afecto.

Apenas llegó el príncipe á las tiendas de Saladino cuando le llamó á parte y le dijo:—¿Sabes con qué condiciones consentian los cristianos en darme á la hermana de Ricardo?—Sin duda que con las que he propuesto, respondió el sultan.—No, las han desechado; y si no abrazo su culto y abandono tu partido, no me conceden á la que amo.—Pues bien, estoy seguro de que la has dejado, exclamó el sultan.—No, no la he dejado, replicó su hermano.—¿Qué dices, Malek-Adhel? repuso el sultan admirado, ¿un vil amor te haria que fueses pérfido? ¿es un enemigo el que tengo en mi presencia!—No pronuncies semejantes palabras, interrumpió el príncipe, porque mancharian tus labios, y tú conoces que las desmiente tu corazón. Soy tu hermano, Saladino; ¿cómo quieres que pueda jamás ser enemigo tuyo? Escucha, ya no hay que deliberar, porque la negativa de los cristianos es irrevocable: tú vas á partir sin duda, y yo no te acompaño, porque me quedo aqui; no temas que los cristianos, sorprendiéndome en sus tierras despues del rompimiento de la tregua, me traten como enemigo; tengo en este paraje un asilo sagrado, cuyo secreto no puedo revelarte, pero donde los cristianos no irán á buscarme. Sin embargo, no tardaré en ir á reunirme contigo; espérame en Cesaréa: solo te pido tres dias para llevarte mi esposa.—¿Tu esposa! exclamó Saladino con una profunda admiracion.—La misma; su corazón es mio, lo son sus juramentos, y estoy seguro de que no los violará. Ya no hay obstáculo que pueda detenerme, y yo te respondo del éxito de mi empresa. Llévate todos los guerreros, porque me son inútiles, solo Kaled se quedará conmigo; conozco su amistad y su valor, y no necesito mas.—Intrépido guerrero, tu confianza me la inspira á mí tambien, le dice el sultan: el que nada teme debe triunfar de todo; apresúrate á conducir á mi córte á la reina de Jerusalén; dichoso dia aquel en que la salude con este nombre, y ponga en su cabeza la corona que te cedo!—¿Este es el hombre que me proponian que abandonase, exclamó Malek-Adhel arrojándose en los brazos de su hermano.

El sultan le tuvo abrazado largo tiempo, y despues se separaron. Saladino volvió á tomar con su numerosa comitiva el camino de Cesaréa; y Malek-Adhel, acompañado del fiel Kaled, se adelantó hácia la orilla del mar á un paraje en donde las ásperas rocas formaban un hueco profundo. En aquellas concavidades sombrías mandó ocultarse á su amigo; dejó paciendo sobre la montaña vecina dos caballos árabes, que criados por su propia mano, obedecian á sus señas y acudian á su voz, y despues volvió á encerrarse en el sepulcro de Montmorency.

Allí abatida su grande alma con los dolores y tormentos de la pasion, conoció que ya no tenia fuerza para vivir sin felicidad: en frente del héroe muerto por Matilde, juró tambien morir por ella y sepultar para siempre en aquel sitio sus desgracias y su amor, á menos que la misma princesa no fuese á sacarle de él.

CAPITULO XLII.

Ovó Matilde que Malek-Adhel se habia alejado y salió inmediatamente de la alcoba del oratorio para ir á escuchar al arzobispo en el gabinete de la reina. Allí procuró meditar, pero no pudo conseguirlo; porque

la amargura, la confusion y el espanto se mezclaban en todas sus ideas, y los deberes enteramente contradictorios la exigian imperiosamente la misma obediencia. Por una parte Malek-Adhel, que jura morir en el féretro de Montmorency si no va á buscarle allí; por otra parte el escándalo de una cita secreta con el musulman, á quien toda la Iglesia la ha prohibido amar; ya se la presentaba aquel juramento solemne pronunciado en el desierto que el príncipe acaba de recordarla, y que no puede violar sin perfidia; ya la religion amenazadora que reclama juramentos mas santos, y la absuelve por su autoridad suprema de todos los que la son contrarios. ¿Qué hará Matilde en esta situacion? ¿Consultará al arzobispo? Pero si este la prohibiese que fuera á librar á Malek-Adhel de la muerte, conoce que no le obedecería: ¿y entonces no es mejor no consultarle? ¡Oh cuántos abismos la presenta el porvenir! por todas partes culpas ó dolores, y en ninguna la dicha ó la paz: en fin, es tan tremendo aquel porvenir, que su terrible situacion presente se disipa y desaparece. Distraida en lo que prevee, olvida lo que experimenta, y los acontecimientos que la aguardan cautivan de tal manera todas las potencias de su alma, que aquel que acaba de separarla de Malek-Adhel no fija ni un momento su atencion. ¡Estraña prueba de los estrechos limites de nuestras facultades! pues cuando un violento dolor se apodera de nuestra alma, la desorganiza, la despedaza y la devora con mortales tormentos; pero si se apodera de ella otro dolor mas violento todavía, olvida al punto el primero; y aunque permanece no le siente, porque está en el alma suspenso y sin accion. De esta suerte Matilde, que pocas horas hace estaba próxima á morir por el temor de la desgracia que la amenazaba, entonces, que era la muerte y aun mas todavía la que la hiere, no la siente ya. A cada momento se aumentaba aquella confusion de dolores, y manifestaba en las mirabas una especie de delirio que hizo estremecer al arzobispo cuando se acercó á ella. Se sentó á su lado, la tomó la mano, y permaneció un momento sin hablar, porque padecía infinito, y en aquel dia le habia costado mucha pena cumplir con su deber. Al fin, con una voz llena de unción, y mirándola con afectuosa compasion, la dijo:—Hija mia, ¿te hallas en estado de escucharme?—Sí, padre, le respondió con los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil.—Hija mia, es preciso que aceptes este cáliz de amargura que Dios te envía; es preciso que le aceptes con resignacion, y aun con agradecimiento, porque tan grandes pruebas solo son la herencia de pocos escogidos, y Dios no concede á todas sus criaturas la gloria de hacerle tan grandes sacrificios.—Padre, replicó la virgen, ya ha recibido el de mi felicidad, y no me quejo; pero si le agrada mi sumision, que acepte el sacrificio de mi vida.—No, hija mia, no te ha pedido sino el de tu felicidad, y te ha dejado la vida para que sientas y renueves todos los dias tu sacrificio: solo una virtud semejante puede alcanzarnos una recompensa sin fin; pero talvez es digna de merecerla. Escúchame, porque debo darte cuenta de los motivos que me han decidido, de los esfuerzos que he hecho para convertir á Malek-Adhel á la fe de Cristo, y de su inutilidad.—¿Y es preciso tambien resignarse á esa terrible desgracia? interrumpió prontamente Matilde mirando al cielo con despecho.—Durante el curso de mi larga vida, replicó Guillermo con un tono de paciencia y de benignidad, he visto muchos acaecimientos, muchos desastres, calamidades sin número y espantosos infortunios; pero no he conocido una sola situacion en que fuese permitido no resignarse á la voluntad de Dios.—Pero, replicó la princesa con mucha turbacion, ¿consiste todo en saber resignarse? ¿No hay situaciones en que es preciso hacer mas? ¿No hay momentos en que Dios y la conciencia parece

que han cesado de estar de acuerdo, y en que esa luz que nos dió para que le conociésemos parece que nos prohíbe obedecerle?—Puede ser que haya alguna, replicó Guillermo mirándola con una compasion mezclada de tristeza; ¿pero cómo puedes saberlo? Una ceguedad tan criminal no fue jamás sino la consecuencia de grandes culpas, y el castigo mas terrible que Dios pudo imponerlas.—¡Dios mio, soy muy culpable! exclamó la virgen. ¡Ay! ¿qué me queda que perder cuando he perdido la vista de Dios, y ya no escucha mi oído la voz de su justicia?

Iba á explicarse mas y dejar correr el torrente de sus dolores, cuando se presentó la reina. Al punto volvió á ocultar en su alma esta confesion, que era superior á los auxilios de la amistad, porque al concedérsela el cielo como el mas puro y suave de sus bienes, no quiso que bastase á todos sobre la tierra, y se reservó el remedio de nuestros mas penetrantes dolores para manifestarnos que poseyendo en él alguna cosa mas perfecta que la amistad, podia todavía consolarnos cuando ella no alcanzaba conseguirlo.—Padre, dijo la reina al entrar; aprovechándome de vuestro permiso, vengo á escuchar la relacion y la esplicacion que vais á hacer á mi hermana.

Si el piadoso Guillermo hubiera sido capaz de un sentimiento de impaciencia ó de enojo, le hubiera experimentado en aquel momento, porque conocia lo importante que debia ser la confesion que acababa de perder, y la dificultad que tal vez hallaria de conseguirla segunda vez del corazón de Matilde. Sin embargo, como estaba acostumbrado á ver en el curso de los menores acaecimientos una coordinacion de la Providencia, se sometió á esta, y aun creyó que si Dios habia permitido que se interrumpiese aquella confesion, era porque reservaba un momento mas favorable para concluirla. Berenguela se colocó junto á la princesa, y despues de un momento de silencio las dijo el arzobispo:—Cuando sali de Tolemáida me dirigí en derechura á Cesaréa; pero el príncipe no estaba allí, segun me informaron algunos oficiales subalternos que no me conocian. Creyeron que era yo un peregrino que se aprovechaba de la tregua para recorrer la Siria, y me dijeron que Malek-Adhel habia ido á visitar á Asealon y á Jafa. Le seguí á aquella ciudad, y ya no estaba: marché á Jafa, pero no habia ido allí. Perdí entonces sus huellas, y fui reconocido por Metchub, que me mandó prender y pronunció la sentencia de mi muerte, como os he dicho esta mañana. Tambien os he contado que por una casualidad milagrosa fue á libertarme Malek-Adhel el mismo dia que yo habia de morir; pero no era esta la primera vez que me volvia la libertad y me salvaba la vida; porque ya en Damasco y en Egipto como en Jafa, si no hubiera sido por él hubiera gemido en las cadenas ó espirado en los tormentos. Parece que este príncipe generoso ha sido echado en medio de mi destino para preservarme de todos los peligros, y enseñarme sin duda de este modo que mi primer deber es sacrificar mi vida á su salvacion. Pero no ha llegado todavía el momento del triunfo; porque tal vez quiere Dios que una conversion tan santa tenga otras causas que un amor humano; y tal vez no aceptará el arrepentimiento de aquella alma sino cuando su magestad divina sea el único motivo. De cualquier modo, hija mia, debes estar muy cierta que ya no necesitas las nuevas obligaciones que acababa de contraer para sostener dignamente los intereses de la fe; pero confieso que el agradecimiento enardece tambien el fervor de mi celo, y no sé si, aunque soy indigno servidor de Dios, se dignaba animarme algunas veces con su espíritu cuando hablaba á Malek-Adhel. Jamás encontré mi lengua semejantes palabras ni espresiones: le ví conmovirse cuando le pintaba los milagros de esta religion omnipotente, que predicada en su origen por doce pobres pescadores, se ha extendido por

todo el universo, ha sometido á los filósofos mostrándoles la vanidad de su ciencia, y á los Césares arrebatándoles su divinidad; de esa religion que ha poblado las cortés y los desiertos de hombres tan generosos, de vírgenes tan puras, de mártires tan heroicos, y ha revelado al mundo virtudes desconocidas de la antigüedad. ¡Ah! entonces se conmovió particularmente el corazón de Malek-Adhel; no pudo conocer sin adorarla esta ley que nos dice: *Ama á tus enemigos, haz bien á los que te aborrecen, ruega por los que te ultrajan y persiguen*. Tan divinos procelos no pertenecen sino á los cristianos, y tan afectuosas palabras solo han podido salir de la boca de un Dios. Malek-Adhel lo ha conocido; ha conocido que la caridad y el amor no estaban sino en nosotros, y que la caridad y el amor hacian mas venturosos y justos que todas esas sectas orgullosas, cuyos vanos y pomposos discursos mueven mucho menos que estas solas palabras: *si tu hermano peca contra ti siete veces al dia, y si vuelve á ti siete veces al dia diciendome arrepiento, perdónale*. En fin, aquel gran príncipe ha conocido que en la religion que produce en nosotros mas virtudes, debía hallarse la verdad. — ¡Oh padre mio! exclamó Matilde: si lo ha conocido, olvidó mis lágrimas y mis dolores; y si Malek-Adhel es cristiano, cualquiera que sea nuestra suerte sobre la tierra, yo puedo ser venturosa.

—Ay, hija mia, ¿y qué vale la persuasion sobre las obras? Cuanto mas se ha ilustrado Malek-Adhel es mas culpable, y yo no sé donde hallará perdon el que habiendo visto la luz no ha querido seguirla. ¡Cuánto he hecho para convertirle á Dios! Tal vez en el ardor que me arrebatava traspasé los límites de mi ministerio, y le prometí lo que el cielo no hubiera ratificado; pero en fin, consentia en que no pelease contra su país, hija mia; me arrojé á sus piés regué sus manos con mis lágrimas para que reconociese abiertamente el nombre del Eterno. No quiso, porque le parecia que tomando el nombre de cristiano tomaba el de enemigo de Saladino; sin embargo, prometia dejarte la entera libertad de tu culto y adorar en secreto el mismo Dios que tú. Pero si le adorara en efecto; hubiera temido que lo supiese el mundo? ¿Se hubiera contenido por el simple temor de ofender á su hermano? Y puesto que no le adoraba, ¿debía yo, fundado en la fe de una vana promesa, consentir en que un infiel reinase pacíficamente en Jerusalén? ¿Debía empeñar á los cristianos á que le entregasen esta Tolemada conquistada á precio de tanta sangre, y uniendote á él esponerte, hija mia, á espantosos peligros?... Porque una vez unida á ese Sarraceno, cegada por sus virtudes, seducida por tu amor y obligada á obedecerle, ¿cuál hubiera sido tu suerte? ¿Tienes la vanidad de creer que cuando en medio de los ejemplos mas santos es tan difícil guardar la pureza de la fe, hubieras tú permanecido fiel á ella en una situacion en que sucumbiria la virtud de los santos, y aun la de los ángeles? ¿Y qué hubiera sido de tí si algun dia Malek-Adhel subyugado por el ascendiente de Saladino, que es muy terrible ciertamente, puesto que le ha impedido seguir las luces que le habian conmovido, y recibir tu mano que desea con tanto ardor; si algun dia, repito, arrastrado por Saladino comenzase de nuevo á perseguir á los cristianos y á derramar la sangre de tus hermanos..... ¿qué partido hubieras adoptado entre tu esposo y tu Dios?

—Padre mio, respondió Matilde con voz débil y dolorida; basta, estaba segura de que no me permitiriais ofrecer mis promesas á un musulman, y me atrevo á responderos, añadió poniendo la mano sobre su corazón, que si yo hubiera sido única árbitra de mí misma, hubiera sentenciado como vos — Si tal es tu virtud, replicó el arzobispo enternecido; si hay en tu alma la fuerza necesaria para tan heroicas re-

soluciones, ¿por qué no te sostiene ese celo? ¿Y cómo te muestras tan abatida?

En efecto la princesa acababa de recostarse en el respaldo del sitial, aniquilada por las agitaciones, los dolores, la lucha de la religion y el amor, lo presente y lo venidero destrozaban su corazón, conocia que iba á exhalar la vida, y espermentaba una especie de júbilo confuso, de que fuese la muerte á libertarla de las incertidumbres de su situacion.

Permaneció muchas horas en este estado de debilidad, en que su único tormento era conocer que no se habia concluido todavía enteramente. Sin embargo, los cuidados que la prodigaron tan crueles como afectuosos, la volvieran despues toda la vivacidad de sus angustias; y recuperando la vida recuperó tambien con ella el recuerdo de sus juramentos, la imposibilidad de faltar á ellos, y la vergüenza de cumplirlos.

Cuando empezaron á caer sobre la tierra las primeras sombras de la noche, entró Matilde en su habitacion. Ya habia fijado su voluntad y decretado su designio: resuelta está á ir al dia siguiente al sepulcro en donde la espera Malek-Adhel; pero tambien está resuelta á confiárselo al arzobispo. No ha querido explicarse delante de la reina; pero aquella noche misma quiere ver á Guillermo y manifestarle su corazón, manda que le avisen, pero no viene, y empieza á temer que tendrá que resolverse por sí misma; espera todavía, y manda que no cierren su cuarto; al fin oye que abren la puerta, pero no es el arzobispo, si no Ricardo, el que se presenta.

—Hermana, la dice; estoy satisfecho de tí; este dia ha sido tempestuoso, pero gracias á la fortaleza que te ha concedido el cielo has hecho un gran sacrificio; gracias á ella harás mas todavía, y solo para manifestarte lo que te queda que hacer he venido á hablar contigo. Ya no se trata ahora de que te sometas á Dios, sino de que le sirvas. La guerra va á comenzar de nuevo: Saladino furioso por nuestra denegacion caerá sobre nosotros con todo el poder de sus armas, y Malek-Adhel, mas furioso todavía, le prestará su invencible brazo. La esperanza de acercarse á tí aumentará su valor; es forzoso pues no dejarle esperanza, pero es preciso principalmente inspirar nuevo celo á nuestras tropas, y tú sola puedes hacerlo. Todos nuestros soldados de Europa suspiran por su patria, y comienzan á quejarse de los peligros á que estan espuestos, y de las fatigas que sufren para colocar á un cristiano de Asia sobre el trono de Jerusalén. Pero si tienen la certidumbre de colocar con él á una princesa de mi sangre, los verás llenos de un ardor intrépido correr como héroes á encontrar á los Sarracenos, rechazarlos, vencerlos y llevarte triunfante á aquel reino en donde nació el árbol de la Cruz, y en donde por tus cuidados volverá á levantar su abatida copa y dilatará sus innumerables ramas hasta los últimos límites del universo. Ya ves, hermana mia, que para decidirte al himeneo de Lusñan, solo el interés de la religion debe bastar, y solo de él me valgo; tambien conoces que no hay un momento que perder, que dentro de pocos dias hay que marchar á Cesaréa, á Jafa y á Ascalon para abrimos el camino de Jerusalén, y que no puedo concederte mas de tres dias para que te prepares á los augustos vínculos que te pide toda la cristiandad.

Al concluir estas palabras, la princesa hizo un gesto de espanto, y una palidez mortal cubrió su rostro; miró un momento á su hermano como no pudiendo creer lo que escuchaba, y despues bajó los ojos á la tierra sin responder. Ricardo la dijo entonces: —Guardando semejante silencio, me autoriza sin duda á que le interprete como lo exige la sabiduria de mis designios y la ley de tu deber; tal vez el pudor de tu sexo no te permite pronunciar este consentimiento, pero con tal que obedezcas quedaré

satisfecho. Presentándome como amigo y como cristiano, creo que te habré convencido suficientemente de la necesidad de tu sumisión para no verme jamás obligado á manifestarme como hermano irritado y como rey absoluto; sin embargo, tú conoces la autoridad que me dan estos títulos y los derechos que me conceden sobre tí; tambien sabes que las debilidades del corazón no se le permiten á una mujer de tu clase, y que cuando nos hallamos inmediatos al trono, las razones de estado deben reprimir todas las inclinaciones secretas; en fin, hermana mia, tú no habrás olvidado ciertamente las estrechas obligaciones que te ha impuesto la estremada condescendencia que he observado para contigo; si las desconoces y difieres un día obedecerme, no tendrás ninguna disculpa á mis ojos, á los del mundo, y tal vez á los tuyos.

A estas palabras la princesa se avergonzó, miró á su hermano sorprendida, y despues de un largo silencio, le dijo con voz mas tranquila y firme.—Si dentro de tres dias se ha de fijar mi suerte, doy gracias á vuestra magestad de que me lo haya prevenido, y le aseguro que voy á prepararme á ella.—Tú eres ciertamente mi hermana, replicó Ricardo apretándola la mano, y en tu valor reconozco mi sangre.—Señor, interrumpió ella, en semejantes momentos necesito recogimiento y soledad: ¿tendrá vuestra magestad la bondad de entregarme solamente por un día la llave del mausoleo de Montmorency? Porque junto á los sepulcros nos hacemos superiores á las debilidades y nos resolvemos á los grandes sacrificios.—Ahí la tienes, hermana, replicó Ricardo; pero que sea esta la última vez que tengas necesidad de ir allí á buscar auxilio, porque la esposa de Lusignan debe hallar los suficientes solo en su virtud.

Si Matilde hubiera tenido otro medio de libertar al principe de la muerte, que pidiendo aquella llave á Ricardo, seguramente le hubiera empleado; y al recibirla por un artificio dudaba tomarla, si el nombre de esposa de Lusignan no hubiera disipado todos sus escrúpulos. Ricardo se levantó entonces, y la dijo:—Te dejo entregada á tus reflexiones, á tu piedad y á tu prudencia; si quieres escucharla recibirás de ella mejores consejos que de la vista de aquellos monumentos de muerte, que solo sirven para acalorar mas una imaginacion demasiado exaltada.

Matilde se inclinó y calló, y él añadió:—Y espero que mañana sufrirás sin dificultad la visita del venturoso Lusignan. ¡—Mañana! exclamó ella: vuestra Magestad me habia prometido tres dias...—Dentro de tres dias en efecto formarás con él vínculos indisolubles; pero entretanto es preciso tambien que escuches su pasion y su júbilo.

Matilde respondió con indiferencia, que preferia no escucharlos; pero que á pesar de eso, recibiria sin quejarse á todas las personas que el rey tuviese á bien conducir á su habitacion. Entonces creyó que su hermano iba á dejarla, y como estaba impaciente por hallarse sola, se levantó para saludarle. Conoció su deseo, lo manifestó sonriéndose, y al momento de salir la dijo:—Habla mañana con el arzobispo de Tiro, y te confirmará en tus buenas disposiciones: no te espondrá razones mas poderosas que yo, pero tal vez su elocuencia te las hará percibir mejor.—¿Juzgais, señor, preguntó con prontitud Matilde, que aprobará el arzobispo el matrimonio que vuestra magestad me propone?—¿Y puedes dudarlo? ¿No has visto la conducta que ha observado hoy? ¿Acaso vacila cuando se trata de los intereses de la fe? A pesar de su preocupacion en favor de Malek-Adhel, él solo ha hablado contra este principe; y á pesar de la que tiene contra Lusignan, él será el que reconcilie todos los ánimos y á tí tambien en favor de este monarca, y el que te determinará á un enlace que mira como indispensable y sagrado, puesto que es ventajoso á los cristianos.

Se salió despues que concluyó estas palabras, y se quedó sola Matilde.—No; el arzobispo no entrará en mi aposento: no escucharé ninguna palabra en favor de Lusignan... Espantoso himeneo, jamás encenderé tus horribles antorchas... ¡No les basta separarme de Malek-Adhel, sino que quieren entregarme á su mas cruel enemigo!... No veré á Guillermo, no... no quiero que me impida salvar á Malek-Adhel... Intentando apretar demasiado las cadenas de mi esclavitud, las han roto, y mañana... Si, añadió con entereza, y como respondiendo á su conciencia; mañana iré á verlo sin consultar á ningun amigo, sin que pueda impedirmelo ninguna autoridad.

Entonces llama á Herminia, la manda que cierre las puertas, y que no permita entrar á nadie, ni aun al arzobispo de Tiro; y ordena que al romper el día esté puesta la carroza para ir al sepulcro de Montmorency. Herminia obedece y se retira. La princesa se recuesta medio vestida, y cae en un estado que ni es el de la vigilia ni el del sueño, en el cual no se piensa ya aunque se padezca todavia, y en que parece que solo se ha conservado de la vida la sensacion de los dolores.

CAPITULO XLIII.

Al rayar el día se presentó Herminia en el cuarto de su señora á decirle que la aguardaban los criados y la carroza. Matilde despertó de su penoso letargo, se levantó y fijó sus ideas: la primera que le ocurrió fue la de su deber, y se detuvo; la segunda la del himeneo de Lusignan, y partió.

Rueda rápidamente la carroza, llega, y la virgen descende enagenada, porque cuanto mas conoce en lo interior de su alma que obra contra sus principios, mas se apresura temiendo que no la detengan. Abre la puerta y entra sin dirigir á Dios ni una sola súplica, como la última vez que fue á aquel sitio; camina con pasos precipitados y trémulos, y se halla su espíritu tan turbado, que omite todas las precauciones, y al entrar se olvida de cerrar la puerta. Malek-Adhel no piensa en ello; ¿puede acaso pensar en otra cosa que en Matilde? Corre á ella, y abraza sus rodillas.—Déjame, le dice fuera de sí, déjame: pero no puede sostenerse, se dobla, y se sienta en el féretro. ¡Dios mio! dice, aquí todo debia estar tranquilo: la paz habita en los sepulcros. ¡Ah! cuándo habitará en mi corazón!... ¿Por qué me has llorado, Malek-Adhel? ¿qué me quieres? ¿qué nuevo dolor debo probar? ¿qué nuevo combate debo sufrir? Habla, manifiesta tus proyectos; ya es tiempo de que me los comuniqués y de que todo finalice.—Matilde, respondió el principe sorprendido y temeroso: jamás te he visto en semejante estado: jamás han manifestado tus ojos tan vivas ansias: ¿qué es lo que te agita? ¿no podrás tranquilizarte un poco para escucharme?—¿Tú me preguntas qué me agita, replicó la princesa, y estoy aquí! ¡y á pesar de mi hermano, de mi deber y de mi Dios! ¡y ayer toda la cristiandad separó mi corazón del corazón del hombre que amo! ¡y ensangrentado y despedazado como estaba me ordenó pocas horas despues que se le entregase al hombre que aborrezco!... ¡Desposarme dentro de tres dias con Lusignan, esto es lo que manda Ricardo, lo que acaso manda tambien el cielo!... Tiranía horrible contra la cual se indigna mi alma... Pero para librarme de ella, ¿que puedo hacer sino venir á implorar tu auxilio? ¡medio vergonzoso que cubrirá mi nombre con una mancha indeleble!... Pero no es esto solo: tú te hallas en una tierra en donde te cerca la muerte: si te descubren, un rival sanguinario empleará toda su eficacia para perderte, y te perderá tal vez.... Estoy contigo, que eres el enemigo de los míos; contigo á quien detesta mi patria, contigo que no has querido reconocer á mi Dios; estoy aquí por mi voluntad,

permanezco por mi flaqueza; mi conciencia clama, se indigna, no la escucho ya, ó no la escucho sino para que me despedace sin fruto. Esta es mi situación, Malek-Adhel; ¡y me preguntas lo que me ígita! ¡Y quieres que recobre la tranquilidad para escucharte!—No, exclama el príncipe con prontitud; ahora no te pido tranquilidad, sino resolución: amada mía, no deliberemos mas: llegó el momento, todo está preparado, es forzoso huir; es preciso que mañana mismo estes conmigo en la corte de Saladino.—

—¡Temerario, qué dices! interrumpió la princesa espantada.—Escucha, la dice, para deliberar no te hablaré ni del himeneo á que quizá te verás obligada, ni de mi horrible desesperación, ni de mi espantosa venganza, no te recordará mas que tus juramentos: excepto el sacrificio de tu inocencia, tú me juraste no negarme ninguno; estas fueron tus palabras en el desierto. Pues bien, Matilde, yo no te pido que me sacrifiques tu inocencia, sino que te libres de la autoridad de tus tiranos! sígueme, nos reuniremos con mi hermano, y su corte será tu asilo. Allí viviras en un palacio reservado para tí sola, te ocultarás en él de la vista de todos, ni yo mismo entraré sino cuando tú lo permitas. Sabrá todo el Oriente que no hay nada igual á mi inviolable respeto y á tu angélica pureza; impondré silencio á mis deseos y á mis súplicas: para rogar que te reúnas conmigo en Jerusalén aguardaré á que tu hermano se apacigüe, y á que tu Dios lo consienta. En aquel retiro en donde has de habitar, solote acompañarán cristianos; ejercerás allí tu culto con entera libertad, y si alguna vez te dignas admitirme en tu presencia, asistiré á todas tus ceremonias, y trataré de rendir mi corazón á tu fe.—

¡Ah! Si hubieras querido reconocerla efectivamente, interrumpió Matilde bañada en llanto, estaríamos unidos ahora; en vez de avergonzarme de mi ternura me gloriaría de ella, y en tu compañía, lejos de temer las miradas de Ricardo, de los cristianos y de Dios, los tomaría por testigos de mi felicidad.—Tú no lo ignoras, Matilde, exclamó con prontitud el príncipe; Saladino detesta tu culto, ha jurado aniquilarle, y todos los que tienen el nombre de cristianos son sus enemigos: ¿debía yo tomar el nombre de enemigo suyo, y debía serlo? Porque en fin, tomando el nombre de cristiano hubiera querido sostenerle, y reconociendo á tu Dios, hubiera querido defenderle. ¿Defenderle! ¿Y contra quién? ¿Acaso en esta guerra, que Saladino volverá á comenzar con nuevo furor, no peleará yo? ¿Permanecería tranquilo y ocioso entre esos dos ejércitos, en los cuales hubiera visto en el uno á mi esposa y á mi Dios, y en el otro á mi patria y á mi hermano? ¿A qué parte hubiera yo inclinado mis votos? Señálame, si puedes juramentos, que no sean sacrílegos y horribles, y los pronuncio al momento. ¡Pero te estremeces! bastánte te he dicho; escúchame pues ahora: si tú me sigues, si por esta ruidosa determinación te pronuncias contra el consejo de los obispos, este consejo que ha sido arrastrado por Guillermo, volverá á su primer parecer, te permitirá tomar el esposo musulmán que has escogido; tus cristianos, cansados de la guerra, aprovecharán con júbilo esta ocasión de aceptar la paz que se estenderá sobre los dos imperios; se detendrá la sangre humana que está pronta á correr de nuevo, subirás al trono de Jerusalén, serás dueña mas que yo de aquel dilatado imperio, los cristianos reinarán verdaderamente en la ciudad santa, yo les entregaré mi corazón, tú dispondrás de él como soberana, adoraré todo lo que tu adores, y tal vez algún día todos estos pueblos y mi hermano mismo, ganados por tus virtudes, me permitirán que crea en el Dios que te las ha concedido.... Matilde, (añadió sacando del pecho el relicario que le había dado en el desierto): si tú no me juras por este objeto de tu veneración ser fiel á tus juramentos, y se-

guirme á la corte de Saladino, yo soy el que voy á jurar por él no vivir mas si lo rehusas.

Enajenada, fuera de sí, sorprendida por las razones del príncipe, y especialmente por esta última amenaza, la virgen exclama estrechando al crucifijo entre sus manos trémulas: Dios mio, vos mismo habláis; vos sois quien me manda seguirle.—Pues bien, interrumpió él con prontitud como si temiese que se retractara; escucha lo que debes hacer: vuélvete á Tolemaida, guarda un profundo secreto para con todos sin exceptuar á nadie, ni á la reina, ni al arzobispo. Mañana al rayar el día subirás en tu carroza, mandarás que te conduzcan á la orilla del mar, llegarás hasta las primeras rocas del Carmelo, y antes de pasarlas estarás salva. No me preguntes los medios que tengo, porque son seguros, y referirtelos sería inútil, y nos haría malgastar un tiempo precioso: aléjate ahora, no nos espongamos al tiempo de lograr nuestro intento á ser descubiertos.—Malek-Adhel, escucha una palabra todavía, le dice la princesa.—No, ni una sola palabra, replicó él, todo está dicho y concluido: parte, Matilde, y no olvides que si mañana faltas á tu promesa, mañana mismo me verás llegar solo á Tolemaida para buscar en ella la vida del indigno Lusñan, de tu hermano tal vez, y morir cubierto de heridas en medio de tus cristianos.

Hablando de esta manera la sostenía en sus brazos y la llevaba hácia la puerta para evitar que alguna nueva reflexion viniese todavía á oponerse á sus esperanzas. Llegaban ya cerca del umbral, y la princesa iba á salir, cuando se abrió la puerta de repente, y se presentó el arzobispo de Tiro. Los vió, los conoció, y arrojó un grito terrible: Matilde no pensó entonces sino en el peligro del príncipe, y corriendo hácia Guillermo le dice con voz oprimida:—Conteneos, padre mio; una palabra sola puede perderle; venid, salgamos de aquí, porque mis guardias asustadas con el ruido que han oído vendrán á sorprenderle.

Al decir estas palabras saca al arzobispo, cierra cuidadosamente la puerta, y en el mismo momento, así como lo habia previsto, ve á sus guardias que, habiendo oído el grito de Guillermo, acudian á su socorro.—No es nada, les dice esforzándose á manifestar tranquilidad; el arzobispo de Tiro al entrar en el mausoleo de Montmorency creyó que me habia sucedido alguna desgracia; pero se ha equivocado, añadió mirándole atentamente, porque no me ha sucedido ninguna.

Guillermo la comprendió y levantó los ojos al cielo con agradecimiento. Sin embargo, aunque la habia tranquilizado por el momento presente, aquella cita misteriosa, aquella secreta inteligencia con el príncipe le causaban vivas inquietudes por lo venidero; la veía á punto de perderse, y conocia que ya era tiempo de contenerla; pero para que sus palabras fuesen mas eficaces antes de amenazarla con la cólera divina, quiso manifestarla sus terribles efectos. Todavía es temprano, la dijo: quisiera que antes de llegar á Tolemaida tuviera vuestra alteza la bondad de descender conmigo á una de esas cabañas colocadas al pié de la colina.—Consiento en ello, padre mio, respondió ella; pero ¿por qué motivo lo deseais?—Quiero, respondió, que veas tú misma una vez lo que yo veo todos los días: quiero que midas tú misma la profundidad del abismo á donde sepultan las pasiones, y el castigo que Dios reserva á los culpados que las obedecen.

La princesa comprendió esta reprension, se sometió á sus órdenes, y se preparó en silencio al dolor que iba á sufrir. Durante el camino no pudo hablar una palabra al arzobispo, porque no atreviéndose á confiarle los pensamientos que la ocupaban, la era todavía mas imposible distraerse en otra cosa; y Guillermo se abstenia de interrumpir un silencio que

creía causado por el arrepentimiento y la vergüenza, y que miraba como la mejor disposición para el espectáculo que iba á presentarla.

A poca distancia de la cabaña se apeó con la princesa, y la condujo á un cercado rodeado de una fila de limoneros silvestres; en medio había una habitación miserica en donde todo respiraba la tristeza y la miseria; sentada sobre un banco delante de la puerta una anciana hilaba al torno; y junto á ella dos muchachas de doce á trece años tejian cestas de juncos.

Al ver al arzobispo le saludaron respetuosamente, las contestó con algunas palabras afectuosas, y pasó adelante: Matilde, con el corazon palpitando y los ojos bajos, le seguia en silencio. Se acercaron á una gruta oscura que formaban varias rocas en el extremo del cercado, cubiertas con la sombra de algunos abetos esparcidos. De repente oye Matilde gritos, se la oprime el corazon, y la parece que conoce aquella voz; luego distingue una mujer pálida, desgredada, tendida sobre la tierra, que se golpeaba el seno, arrojando lúgubres gemidos. — ¡Oh padre mio! exclamó la virgen asiéndose al brazo del arzobispo; la conozco, es ella, es Inés. — En los dias de su honestidad, replicó Guillermo mirando á Matilde con severidad, Inés fue tambien hermosa; era arrogante, era la gloria de nuestras armas, y el orgullo de su familia, pero un amor culpable triunfó de todos sus deberes, y unas facciones desfiguradas, una hermosura ajada, un desprecio general, una profunda miseria, una razon enajenada, y por consecuencia un crimen sin arrepentimiento, y una reprobacion eterna, estos son los frutos de una debilidad, y todo lo que queda de Inés.

En este momento le interrumpió aquella desgraciada, que con voz aguda y lastimera hacia resonar el viento con el nombre de Malek-Adhel. — ¡Ay padre! dijo Matilde espantada, huyamos de este sitio terrible, bastante he visto ya. — No has visto bastante todavía, replicó Guillermo acercándola hácia la insensata, que tendida en la tierra no cesaba de repetir: ¡Malek-Adhel! ¡Malek-Adhel! tú conoces todo el crimen, es preciso que conozcas todo el castigo, y la manera terrible con que venga el Eterno sus leyes ultrajadas.

La débil y trémula Matilde se acercó á la roca que cubria á Inés, apoyó en la piedra su frente humillada, y escuchó con atencion las palabras que pronunciaba aquella deplorable victima. — ¡Malek-Adhel exclamaba, cuándo cesaré de verte rodar en ese abismo sin fondo? Un Dios impio le ha abierto por su mano... No era bastante para sacrificar su odio mi suplicio, sino que me castiga con el tuyo...

Admirado de lo que acababa de oír, Guillermo comprende al punto que para un corazon apasionado el mal mas temible es el que padece el objeto que ama; y apresurándose á poner el interés del amor al amor mismo, se inclina hácia Matilde, y la dice: Ya ves, hija mia, que las venganzas de Dios no son ciegas, porque su vista penetrante descubre el paraje mas sensible del corazon, y por allí le hiere. Cuando llegue el dia en que el Redentor aparezca en medio de los mundos arruinados, realizará con esta pecadora el suplicio que la parece que sufre ahora; verá á su raptor sumergido en un abismo de tormentos eternos, de que ella será eternamente testigo... — ¡Padre mio! interrumpió la princesa eruzando las manos; ¿no es ese demasiado rigor? ¿Será posible que el Dios de la misericordia la imponga eternamente un castigo tan horroroso? — Hija mia, si desde el seno de su morada pronunciase una palabra de arrepentimiento, aun podria salvarse... — ¡Malek-Adhel exclamó impetuosamente Inés: ¡Dios implacable! y tú, detestable Matilde, ¿cuándo cesareis de despedazar mi corazon?... ¡Gotea sangre, y yo no puedo

derramar la de mi rival!... ¡yo no puedo oír la arrojar gritos como los míos!... ¡Malek-Adhel! apresúrate á precipitarla conmigo; haz que olvide á su Dios, y que yo vea su dolor y sus mortales tormentos.... — Padre mio, salvadme, exclamó Matilde aterrada. — No, no la salveis, no la salveis, interrumpió Inés al punto levantándose precipitadamente: he oído su voz, aquella voz que me mata, aquella voz que ha penetrado en el corazon de Malek-Adhel; no la salveis, que quiero buscarla, despedazarla como me despedaza, y perseguirla como me persigue.

Se detiene, se turban de nuevo sus ideas, se la aparecen otras imágenes, y la destrozan otros remordimientos. Se presenta ante sus ojos la sombra ensangrentada de Montmorency defendiendo á Matilde de su furor, salvándola, y cayendo asesinado; pero luego vuelve la idea de Malek-Adhel, y oscurece todas las demás. — Ahí está, dice, me llama; la destruccion le acompaña, la veo; pero me llama, le sigo, y me consume la destruccion... Cede, cede, Matilde, añade con voz furiosa, y la destruccion te consumirá... — Ven ahora, dice el arzobispo reanimando á la virgen, no quiero que permanezcas mas tiempo á vista de tantas miserias, porque no resistirás tus fuerzas; y al sacarla añade: ¡Ay, hija mia! ¡cuán grande es nuestra fragilidad! ¡Qué poca confianza debemos tener en nuestras propias fuerzas, pues basta un momento para precipitarnos de la gloria celeste á las tinieblas de los tormentos.

Matilde nada responde, y el arzobispo continua: — Hija mia, la seduccion de un hombre ha causado la ruina de Inés, tú no lo ignoras; ¡y con ese hombre te he encontrado esta mañana!

Matilde nada responde. — ¿Y en qué paraje te he encontrado? añade. ¿A qué paraje te ha conducido la ceguedad del amor? ¡Junto á un féretro! ¡Como si nadie te pudiera reprender sino su silencio! ¡Y qué! ¿no te decia nada aquel silencio? ¿Es muda la muerte para tí? Y si al mismo tiempo que menospreciabas á aquella muerte tremenda te hubiera herido, si hubieras espirado junto á Malek-Adhel con las palabras de amor en los labios y en el corazon, ¿á dónde estarias ahora?

Matilde nada responde, y entonces creyó el arzobispo que estaba demasiado sobrecogida; la hizo sentar en la cabaña encima de un banco medio roto, y mandó á la anciana que la trajese un vaso de agua fresca. La anciana la miraba con curiosidad, y preguntó al arzobispo si aquella jóven se hallaba tambien enferma, y si se quedaria con la otra.

Guillermo la respondió que no. — Me alegró mucho, replicó la anciana, porque no podria cuidar de dos. Por el dia está bastante tranquila; pero cuando llega la noche parece que están con ellas los diablos, es una verdadera condenada: el médico que vuestra caridad ha enviado aquí no espera conseguir nada; pero á pesar de eso viene todos los dias. — Buena mujer, la dice el arzobispo, aunque os dé mucho trabajo, y exija mucho cuidado el estado en que se halla, no omitais ninguno; asistidla, porque no os faltará la recompensa. — ¡Ah! exclamó la anciana, ya me habeis pagado con bastante generosidad... — Y sobre todo, interrumpió Guillermo con prontitud, no olvideis mi espreso encargo; si manifiesta la menor apariencia de razon, á cualquiera hora que sea del dia ó la noche, enviadme á avisar inmediatamente.

La anciana le prometió que lo haria, y el arzobispo volviendo á tomar el brazo de la princesa, la sostuvo, y salió con ella de aquella mansion de amargura y de dolor. Subieron juntos á la carroza que los esperaba, y volvieron á seguir el camino de Tolemaida.

Matilde con los ojos bajos, y siempre meditando profundamente, no había pronunciado una palabra desde que se separaron de Inés; el arzobispo inquieto con tan largo y triste silencio, procuró sacarla de él

diciéndola con un tono mas benigno:—¿No tienes curiosidad de saber desde qué tiempo se halla reducida Inés á este último grado de infortunio y de oprobio?

Matilde levantó los ojos, y con un débil movimiento de cabeza le dió á entender que escucharía su relacion con interés. Entonces la dijo:—Huyendo Inés de Damieta fue á refugiarse á donde se hallaba Saladino, y contribuyó mucho á inflamar su cólera contra Malek-Adhel: ella fue la que persiguiéndote sin cesar acometió á los caballeros que te conducian al campo; ella fue la que entregó Montmorency á un ejército entero de Sarracenos; ella fue el asesino de aquel héroe, y ella la que atropellada por los cristianos, quedó casi sin vida en el campo de batalla. Despues disfrazada de esclavo musulman siguió á Malek-Adhel á Cesaréa; pero Malek-Adhel no quiso verla, y sabiendo á poco tiempo la embajada enviada cerca de los cristianos para pedir tu mano, sus fuerzas no pudieron resistir á tantas fatigas, pesadumbres y afrentas; y perdió el juicio. No te diré el estado en que la hallé en mi último viaje á Cesaréa, porque confieso que me avergonzaria de manifestar á qué grado de humillacion precipitó el crimen á la hija de los reyes... Pedí que me la entregasen, y la mandé conducir á esta cabaña para suministrarla con mas facilidad los socorros de que puedo disponer; pero hasta ahora todos han sido infructuosos, porque nada entiende y á nadie conoce: ha sido inútil que yo me acercase á ella y le hablase, porque Malek-Adhel ocupa solo su imaginacion. ¡Malek-Adhel! el autor de su miseria, hija mia. Piensa bien esto.

Matilde, que durante su relacion habia levantado la cabeza para oirle mejor, la volvió á dejar caer sobre el pecho al punto que concluyó el arzobispo. Esperó algunos momentos su respuesta; pero viendo que no le daba ninguna, añadió: ¿No tienes nada que decirme, hija mia?—Padre mio, replicó ella, no puedo hacerlo todavía; reina una agitacion extraordinaria en mi corazon, y mi alma se halla cruelmente oprimida; pero dentro de dos dias á esta misma hora sé un paraje á donde me vereis: allí manifestaré todo mi corazon, lloraré mis locos amores, y tal vez os dignareis derramar sobre mí el rocío de la gracia celestial.

Calla entonces, y el arzobispo no insiste mas; pero discurre en su imaginacion cuál es el paraje en donde ha de verla; dentro de dos dias le ha dicho! y precisamente dentro de dos dias ha mandado Ricardo que se una á Lusinan: está seguro de que ella no lo ignora, porque Ricardo se lo ha dicho; ¿será posible que consienta en contraer aquel vínculo?—Hija mia, la dice, ya sabes que dentro de dos dias te ha mandado Ricardo que des la mano á Lusinan; ¿estás dispuesta á obedecerle?—Y vos, padre mio, interrumpió ella con prontitud, ¿estais dispuesto á mandarme obedecer?

Pero sin esperar su respuesta, añadió dirigiendo hácia él las manos suplicantes:—Os ruego que no me preguntéis mas, porque ya está fijada mi suerte: lo está, padre mio, me atrevo á asegurarlo, porque hay almas tan magnánimas, que todo puede esperarse de ellas: sin embargo, padre mio, estas palabras *ya está fijada mi suerte* no os deben sobresaltar; es verdad que lo está; pero Dios no se ofenderá de ella, ni la reprobará mi deber.

Al acabar de decir estas palabras, la carroza entraba en Tolemaida. Guillermo se despidió encargándola que meditase sobre lo que habia visto, y que no olvidase que si Dios habia colocado todas las pruebas y los sacrificios en este mundo, habia colocado fuera de él la recompensa.

La princesa besó la mano del arzobispo, y corrió á lo último de su habitacion para ocultar de la vista de todos la terrible agitacion que habian derramado en su corazon los sucesos de aquella mañana.

No bien habia gozado Matilde algunas horas de soledad, cuando llegaron á avisarla de parte de Ricardo que se preparase á recibir aquella mañana misma su visita y la del rey de Jerusalén.

—¡Van á venir, decia, y es preciso ahora disimular! Disimular es la lengua del mundo: ¿no podré hablarla una vez antes de abandonarle? Mañana cesaré de vivir en él, y mañana ya no tendré nada que ocultar ni que desear. ¡Dios mio! fortificad mi alma, sostened mi valor; yo no desconfío sino de mí, estoy segura de Malek-Adhel, porque no necesito para salvarme mas que de su generosidad, y su generosidad es tal ¡oh Dios mio! que me atrevo á decir sin temor de desagradaros que todo vuestro poder no la aumentaria.

Al concluir estas palabras se sentó Matilde delante de una mesa y se puso á escribir. En su abatimiento, en las lágrimas que derramaban sus ojos, y principalmente en su profunda resignacion, se hubiera dicho que dictaba su voluntad postrera y sagrada, que no se escribe sino á la sombra de la muerte.

Estaba ocupada en esto todavía, cuando Ricardo entró con Lusinan; al punto ocultó en su pecho el papel y saludó á los dos reyes con semblante grave y serio. Ricardo habia visto el movimiento de su hermana, y su primera palabra fue pedirle que le entregase el papel.—Ruego á V. M. que no lo exija hoy. le respondió con mucha dignidad, porque le protesto que no saldrá de mis manos sino para pasar á las suyas. El semblante de Matilde engañó á Ricardo mismo: no la pidió segunda vez lo que se negaba á concederle, y se contentó con decirle que estaba seguro de que evitaria cualquiera determinacion injuriosa á su gloria, y todo pensamiento opuesto á la pureza del vínculo que iba á contraer.—¡Ah señora! interrumpió Lusinan arrojándose á sus piés; ¿lograré tanta felicidad? ¿Será posible que hayais consentido en ser mia? No, mi presuncion no se atreva á concebir semejante esperanza, á menos que vos misma no me permitais que me atreva á creerlo.—¡Es preciso que os hayais atrevido, señor, puesto que estais aquí! respondió Matilde con indiferencia; porque si estuvierais cierto de una repulsa no hubierais venido á escucharla. Hermano mio, añadió, vos me habeis dado dos dias para prepararme á mi suerte, y no os pido mas; pero durante este corto intervalo ¿no podré estar sola?

Lusinan se anticipó para evitar la respuesta del rey. Estareis libre, señora; estareis sola, la dijo, no quiero oponerme á vuestros deseos, y durante estos dos mortales dias, que aun me separan del mas hermoso de mi vida, no volveré á presentaros aquí, porque mas quiero privarme de esta dicha que deberla solamente á vuestra obediencia.

Se retiró, y entonces tomó Ricardo la palabra; y en un tono ofendido y absoluto: Hermana, la dijo, ya me cansan tus respuestas vagas y tus eternos misterios: desde que volviste al campo, los cristianos se han empleado mucho mas en tus amores que en la causa que los ha sacado de sus hogares y de su familia. ¡Acaso la mitad de la Europa no ha venido á traer la guerra al Asia sino para ser testigo de las incertidumbres y flaquezas de tu corazon! No; ya es tiempo de que todo esto concluya, y de que otros pensamientos alimenten el alma y las esperanzas de nuestros guerreros. Despues que un himeneo tan sabio y útil haya fijado tu destino, solo pensaremos en proseguir nuestras heroicas é importantes empresas: pasado mañana arderán las antorchas de tu himeneo, y al dia siguiente tu esposo marchará conmigo á Cesaréa. La sitiaremos, la conquistaremos. Lusinan triunfará de Malek-Adhel, y con esta victoria te vencerá de que era mas digno que aquel principe de

la felicidad que ha conseguido. Ya has oído mis órdenes y sabes tu destino: nada absolutamente podrá varíarle, y si me pides una hora de detención, la pedirás en vano. Amo indudablemente tu ventura, pero no tanto como la gloria de nuestras armas y el feliz éxito de nuestros proyectos, porque el interés particular debe ceder al de nuestros hermanos; ni las frívolas consideraciones han de retardar los combates: prepárate y obedece; no por eso dejarás de ser esposa de Lusíñan dentro de dos días. Y se retiró sin esperar respuesta. Matilde no se asustó con esta amenaza, porque antes de escucharla estaba ya decidida, y nada pudo alterar la cólera del rey. Durante todo el día mostró en sus facciones y en sus ademanes una tristeza profunda, porque había desterrado de su corazón toda esperanza de felicidad; pero no se advertía ninguna agitación, pues habiendo conocido su deber estaba resuelta á cumplirle.

Por la noche ordena que dispongan la carroza por la mañana, y después se queda sola y exclama: Dios mio, ¿nadie he podido consultar, porque había pro-

metido el secreto; pero para cumplir todós mis juramentos y no separarme de mi deber, espero que no necesitaré mas que de vuestro poder y de vuestro auxilio.

Apenas raya la aurora cuando Matilde sale de Tolemáida por la puerta de Nazaret, y manda que la conduzcan á la orilla del mar: un largo velo blanco cubre su cabeza y su cuerpo hasta la cintura. Su rostro pálido y sus mejillas muestran también el vestigio de las lágrimas, pero su semblante tranquilo y sus ojos fijos en el cielo tienen una dulzura y resignación que muestran el objeto á donde se encamina, y parece que anuncian que habiendo entregado su alma á Dios, la ha llenado de aquella confianza que nada teme y lo espera todo.

Sin embargo, en el momento en que percibe las primeras rocas del Carmelo, un ligero encarnado se mezcla en su rostro á la blancura de las azucenas, pone una mano sobre el corazón, como para detener en él su fortaleza y su voluntad; la carroza se adelanta, y al punto de lo interior de las rocas se arrojan



dos guerreros armados de todas armas, dando terribles gritos, y corren hácia la princesa: sus guardias quieren defenderla, pero al mostrarse Malek-Adhel todos los brazos quedan inmóviles; Matilde les dice entonces: cristianos no intenteis una vana resistencia contra un príncipe invencible, y sabed que si Malek-Adhel se halla en este sitio, es porque yo no he querido conceder sino á él solo el derecho de libertarme de la autoridad tiránica que quiere forzar mis votos á pesar mio. Príncipe, añadió volviéndose hácia él, había jurado venir á este sitio, y ya estoy aquí: había jurado ir contigo, y estoy pronta á seguirte; pero acuérdate también de tu promesa. ¿En ese asilo adonde voy á retirarme prodré vivir en una profunda soledad, oculta de la vista de todos, y aun de la tuya, y ejercer allí mi culto en una entera libertad?—Sí, señora, interrumpió el príncipe; renueve ese juramento á la faz del cielo y de todos sus cristianos: serás obedecida y reverenciada en la corte de Saladido tanto ó mas todavía que en la de tu hermano; tratemos solo de marchar allá.—Escucha una palabra, replicó Matilde: ¿me permitirás que elija yo misma el paraje de mi retiro?—Sobrado tiempo tendremos para eso, señora, le respondió un poco alterado, luego que llegemos á Cesurá.—No, Malek-Adhel, le contestó; aquí mismo quiero estar libre para fijar mi elección.—Lo estás, señora, ¿á dónde quieres que te conduzca?—Allí arriba, replicó ella señalándole con la mano la montaña del Carmelo; á aquel santo monasterio, porque allí solamente podré vivir en un profundo retiro, oculta de la vista de todos, y aun de la tuya, y ejercer mi culto en una en-

tera libertad:—¡Matilde, exclama él con un violento enojo, tú me has engañado!—No, yo no te he engañado, interrumpió ella prontamente, porque te prefiero á todas las criaturas de la tierra; y si ellas solas mediaran entre los dos, me verías abandonarlo todo por seguirte; pero la mano que me separa de tu amor es mas fuerte que la de los hombres y de los reyes... Escúchame un solo momento, añade arrojándose en la carroza; escúchame ¡oh tú único mortal á quien he amado! siguiéndote en medio de los infieles, imprimo á mi carácter una mancha indeleble y me hago un objeto de menosprecio y de horror para todos los míos, ¿y perder la gloria de este modo, no es lo mismo que perder la inocencia?... Y tú sabes Malek-Adhel, que esta inocencia es el único bien que me ha reservado, y el único que he preferido á ti... Sin embargo, en este momento consiento en abandonártelo todo para debértelo todo; consiento en dejarte árbitro de mi suerte para que si es pacífica sobre la tierra y bienaventurada en la eternidad, pueda dividir entre Dios y tú mis bendiciones y mi agradecimiento. Si me conduces al asilo sagrado que te indico, allí viviré honrada de los hombres, en paz con el cielo, y segura de mi salvación: si me conduces á la corte del Sultan, la ignominia me seguirá, y el terrible recuerdo de mi culpa me obligará á vivir devorada por los remordimientos, y á morir tal vez impenitente. Esta es la elección que necesito hacer, y tú eres quien la ha de pronunciar; yo pongo en tus manos mi vida, mi honor, y toda una eternidad: decide, pues, Malek-Adhel, y mira si quieres que te siga.

Al concluir estas palabras, aquella hermosura las-

timera, bañada en llanto, postrada, con los brazos levantados, y manifestando en sus miradas todo el amor de la tierra y la piedad del cielo, espera sin temblar la respuesta de Malek-Adhel, por que está convencida que solo hay una para el hombre á quien se ha dejado derecho de darla.

El príncipe nada dice; pero hace mas: sube á la carroza, se acerca á Matilde, la levanta, se sienta á su lado, coge las riendas de los caballos y los dirige él mismo hácia el monasterio. La virgen enternecida no tiene palabras para tanto agradecimiento, rechina la cabeza sobre el hombro del héroe, y llora. Temblando se atreve á estrechar aquel brazo invencible que podía separarla de sus deberes, y que va á restituirla á Dios. A pesar del dolor que debilita aquel movimiento, ha sido producido por tanto amor, que penetra el alma de Malek-Adhel; huye de ella la amargura, y el dolor se calma, porque jamás le han amado tanto; lo conoce en los ojos de Matilde, se lo debe á su sacrificio, y no gime ni se queja de él porque ya se le ha pagado.

Tal vez no lograron jamás el deber y la virtud un triunfo mas admirable: Matilde, piadosa y sumisa á la voz del Eterno, sacrifica su felicidad y su amor, Malek-Adhel, generoso y magnánimo á la voz de la que ama, abandona sus esperanzas y sus deseos; ambos son sin embargo libres, se adoran, pudieran vivir siempre juntos, ¡y van á separarse! ¡á separarse tal vez para siempre! Ambos conciben esta idea, ambos ven este porvenir, y á pesar de eso, ¿quien se atreverá á decir que aun en este momento no son venturosos? Para encontrar en el corazón la fuerza de renunciar á la pasión mas ardiente, es preciso que hallemos en él alguna cosa que tenga mas poder que ella, y sea superior á sus deleites: la pasión es muy fuerte seguramente, y sus placeres son deliciosos, pero son placeres de la tierra y el que los sacrifica concibe que hay otros mas maravillosos de lo contrario: ¿cómo los habia de sacrificar?

La carroza sube al Carmelo, las damas de la princesa admiradas y atónitas acompañan á su señora, todas decididas igualmente á sepultarse en su retiro. Siguen las guardias, y el amigo de Malek-Adhel cierra la comitiva. A poco rato por entre las rocas y el espeso ramaje de los cedros se percibe el antiguo edificio levantado por Santa Elena (1) Malek-Adhel pierde el color y se turba, y Matilde reprime los suspiros; entonces la dice: —Te he obedecido y no me arrepiento, porque no poseo los medios de oponerme á tu voluntad; pero ¿cómo calmarás mi sobresalto? Este convento está en tierra de cristianos y bajo su dominio; te sacaran de él... —No, le responde, no lo temas; adoptando el partido mas generoso has adoptado también el mas seguro, porque aquí la religion me defenderá mejor de los cristianos que tus altas murallas, y acaso tu valor. En este lugar sagrado una simple verja de madera contendría el ejército de los Cruzados y la cólera de mi hermano, porque esta santa casa es la de Dios mismo, y violar la entrada de ella sería un sacrilegio. —Tranquilízame mas, añadió él: tal vez en la exaltacion de tu piedad creerás necesario sacrificarte tu misma; tal vez creerás que no puede verificarse mi conversion sino por un gran sacrificio. —Sin duda lo creo así, interrumpió ella; ¿pero no acabamos de hacerle hoy? —Prométeme pues, replicó él, que no harás otro, y que no te obligarás con esos vínculos terribles é indisolubles hasta que yo te haya dado el consentimiento... Quizá te le daré algun dia, amada Matilde, añadió mirándola

atentamente. Se ha encendido la guerra, y Saladino me llama; pero conozco que mi brazo será ahora débil contra tus hermanos; no economizaré tanto mi sangre como la suya, y hay un acontecimiento que pudiera obligarme á desear que renunciases al mundo.

La virgen le comprende y se deshace en lágrimas. Todas las especies de melancolía que pueden agitar el corazón oprimieron el suyo: junto á la idea de la muerte de Malek-Adhel, se colocaba la de la misericordia de Dios; pero aquella misericordia divina que se pierde en los misterios de lo infinito, y que es el júbilo mas apacible de una alma piadosa, la consuela y no la alegra, porque en la religion todo es grave hasta la felicidad. Bañada en llanto, Matilde se inclina á aquel á quien habia llamado esposo en el desierto, y no puede decirle mas que estas palabras: —Creeme, el que ha preferido un gran deber á los vanos placeres de la vida está muy seguro de no perecer todo entero con ella.

Entretanto el camino se estrecha mas, y lo escarpado de las rocas y la espesura de los zarzales y cambronerías no permitian á la carroza que pasase mas adelante; se apeó entonces la princesa, y dijo á sus guardias.

Os pido que me acompañeis hasta el monasterio, porque quiero que me veais entrar dentro; quiero que veais cerrar despues las verjas, para que cuando volvais al campo podais decir á mi hermano, qué autoridad es la que he preferido á la suya, y por qué dueño le he dejado, vosotras, añadió dirigiéndose á sus damas, y vosotras, si tenéis intencion de venir á llorar conmigo, podeis seguirme; pero de lo contrario evitar un cansancio inútil, y no os alejéis mas.

Al oír estas palabras todas se arrojaron á sus piés, y besando el ribete de su vestido la pidieron permiso de no separarse de ella jamás. Conmovida por aquel deseo las tiende los brazos exclamando: —Oremos aquí y en el cielo. —Entonces se vuelve á Melek-Adhel, le coge la mano y se la aprieta en silencio, porque no hay otro lenguaje que el del silencio para semejante despedida. —No, la dice, no esperes que me separe de tí mientras pueda verte todavía algunos minutos. —Fuera de sí le responde: huye apresuradamente, porque te hallas en tierra enemiga, te veo rodeado de infinitos peligros. —Matilde, exclama él impetuosamente, ¿no puedes amarme lo suficiente para olvidarlos? Ven, añadió estrechándola en sus brazos; ven, que quiero todavía una vez evitarte el cansancio de un camino pedregoso devorado por el ardor del sol... ¡oh dias del desierto en que me llamé su esposo! ¡Dias venturosos en que íbamos á morir juntos, podía yo creer entonces que habia de ser tan grande mi desventura que os llamase felices!.. Entonces no queria alejarse de mí; despreciaba la vida por su amor; su Dios no la mandaba que nos separásemos. ¡Ah, Matilde, cómo se ha mudado tu corazón! — ¡Dios mio! exclama ella, ¡vos que sabeis todos los auxilios que me habeis dispensado desde mi regreso al campo, dignaos decirle si todo el esfuerzo de vuestra autoridad ha podido mudar mi corazón, y si tengo valor en este momento para olvidarle! Conozco que vos me acusais porque no me le ha inspirado vuestro temor y mi deber sino solamente el interés del amor. ¡Oh Malek-Adhel! si mi crimen hubiese recaído solo sobre mí, quizá hubiera amado mi crimen; quizá por ser tuya hubiera consentido en perder mi alma; pero para salvar la tuya ¡oh dueño absoluto de mi vida! he debido abandonararte.

Oyéndola hablar de este modo Malek-Adhel la estrecha apasionadamente en su pecho; pero en aquel momento se aclara la selva, se presenta descubierto el monasterio, cuya entrada señala una humilde Cruz, y se oye á lo lejos el sonido de la campana mezclado con el de los santos cánticos. A su aspecto la

(1) En la cima del Carmelo se ven las ruinas de un antiguo edificio, inclinadas visiblemente hácia las celdas de los carmelitas, y el autor del *Teatro de la Ciudad Santa* asegura que era un monasterio de monjas, edificado por Santa Elena, madre de Constantino.

virgen, sobrecogida de un piadoso terror, se separa precipitadamente de los brazos de Malek-Adhel.— ¡Dios mio! exclama; yo no debo acercarme de este modo al sitio en donde habeis establecido vuestra morada. Perdonad, ¡ay! perdonad mi delirio y dignaos purificar mi corazon!

Al decir estas palabras se arrodilla al pié de la Cruz, y las damas y los guardias hacen lo mismo; Malek-Adhel y su amigo son los únicos que permanecen de pié; Matilde lo ve y suspira.— ¡Oh divino Redentor! dice en voz baja, conozco que para concederme el mejor de vuestros beneficios me pedis el sacrificio mayor y no es este el de renunciar a mi esposo, sino el de renunciar á mi cariño... ¡Ay! mi corazon consiente en hacérosle; ¿pero bastará todo vuestro poder para ayudarme á consumarle?

Se levanta entonces, se apoya contra la Cruz, mira á Malek-Adhel, y añade con tono mas grave.— No permitiré que te acerques mas; no pondrás el pié en el recinto sagrado donde los cristianos solos tienen derecho á entrar. Adios, aquí es preciso despedirnos para mucho tiempo... ¡Oh santa víctima que habeis salvado al mundo! dignaos tambien salvar á este hombre, á vos le entrego y le confío... Malek-Adhel, escucha su voz; haz que el amor la introduzca en tu corazon... ¡Ah! continuó mostrándole el cementerio que iba atravesar; aquí acaba el amor, y con él todas las felicidades de la tierra; pero acuérdate que nos han prometido otras felicidades, acuérdate que hay un paraje en donde no se padece, en donde se ana siempre, y que allí va á esperarte Matilde.

Al decir estas palabras huye del héroe y corre á la puerta del convento: él la obedece y no la sigue, pero se atreve á subir las gradas de la Cruz para mirarla mas tiempo. Al momento de entrar en el claustro la princesa se detiene y vuelve de nuevo los ojos á Malek-Adhel; le ve abrazar con ambas manos el signo de la redención, y la parece que Dios la ha escuchado. ¡Oh Cristo! consuma tu obra.

Entonces tendió una mano hácia el príncipe, le señala á su corazon, le señala al cielo, y se oculta al punto dentro de las verjas impenetrables del monasterio.

Al perderla de vista creyó Malek-Adhel que se habia aniquilado el universo; se arrodilla oprimido delante de la Cruz, y no piensa ya sino en morir en el sitio en que acaba de separarse de Matilde, pero Kaled no se lo permite, y se acerca diciendo.— ¡Olvidas que en la tierra en que nos hallamos cada momento que pasa puede perdernos?— Huye Kaled, exclama el príncipe, huye á ese mundo desierto que no quiero volver á ver jamás, mi vida está aquí, y no quiero separarme de mi vida.— Si tú permaneces, replicó con indiferencia Kaled, yo permanezco contigo; y si perieres juro seguirte, dispon ahora de mi vida, pues tú eres dueño de ella; y se sienta tranquilamente á su lado.

Malek-Adhel le mira, sabe que Kaled jamás ha jurado en vano; ve que ha tomado su partido, y al instante se resuelve. Se levanta, le aprieta la mano y exclama:— Partamos ahora que ya está Matilde en seguridad, y tratemos de salvar á mi amigo.

Al concluir estas palabras echa á andar; Kaled va delante, llaman los caballos que pacen errantes en la montaña, acuden al momento, saltan encima los dos guerreros, y huyen precipitadamente. Ya no es el Carmelo mas que una masa confusa, y el convento perdido en el horizonte solo está presente en la imaginacion del héroe. A pocas horas llega á Cesaréa, en donde le esperaba Saladino impaciente, porque los cuidados de la guerra le llamaban á otra parte, y no queria sin embargo abandonar aquella ciudad importante hasta haber confiado á su hermano la defensa de ella.— ¡Malek-Adhel! le dice; no te pregunto por qué vienes solo, pues debemos tratar ahora de

otros negocios mas importantes que los del amor. Voy á fortificar á Ascalon para que sostenga un sitio; pero sin duda es una precaucion inútil, porque no le emprenderán los cristianos hasta rendir á Cesaréa, y yo te dejo en esta ciudad. Cesaréa es por consiguiente invencible, y los enemigos no irán á buscarme.

CAPITULO XLV.

ACERCÁBASE el sol á su ocaso, cuando los guardias de la princesa volvieron á entrar en Tolemaida, y hallaron conmovido todo el campo, á Lusignan desesperado á Ricardo poseido de la cólera mas violenta, y á la reina y al arzobispo atormentados de mortales inquietudes. Por la mañana habia causado admiracion la larga ausencia de Matilde, y despues desasosiego. Cerca del medio dia entró Berenguela en la habitacion de su hermana, y habiendo hallado encima de una mesa un billete con sobrescrito para el rey, le cogió al instante; pero no atreviéndose á entregarle por sí misma á Ricardo, mandó que avisasen al arzobispo que fuese á verla, y le presentó el billete para que se le entregase á Ricardo. Al tomarle suspiró Guillermo, no pudo ya dudar de que Matilde habia partido voluntariamente, y que hasta para con él habia usado de disimulacion. Esta idea despedazaba su corazon, porque sabia que no le ocultaba su conducta cuando era pura: ¿qué podia pensar de una jóven é imprudente virgen que le negaba su confianza, despreciaba sus consejos, descansaba en sus propias luces y se valia de artificios?... ¡Ah! no camina de este modo la virtud. Sin embargo, antes de condenarla quiere saber lo que escribe al rey, y si entonces debe condenarla, sabrá á lo menos si puede salvarla todavia de la asechanza en que ha caído.

Al momento pasa al cuarto del rey, y cruzando las manos sobre el pecho, bajando los ojos y guardando profundo silencio, le entrega la carta de Matilde. Al momento exclama Ricardo tambien.— ¡Con qué ha partido voluntariamente! ¡oh Matilde, Matilde, cómo nos has engañado!

El billete no contenia mas que estas pocas palabras:

«Dejo á Tolemaida por libarme de una autoridad tiránica y de un himeneo horrible á mis ojos: conozeo demasiado á mi hermano para pedirle ahora que me perdone, ni espero que lo haga tan pronto, despues de una determinacion que parecerá sin duda temeraria; pero estoy segura del perdon del cielo, porque mis intenciones son puras, y el cielo penetra todo mi corazon.»— ¡Tiene razon, exclama Ricardo: no la perdonaré jamás, y advirtiéndole que el arzobispo iba á responderle, añadió: que no tenia disculpa semejante conducta, y que cualquiera que intentase justificarla seria en su concepto tan culpable como su hermana.

Entonces se retiró inflamado de cólera, y mandó que saliesen tropas por todas partes en su busca. Se quedó solo Guillermo, volvió á tomar el billete, y leyéndole con la caridad que le era comun, tranquilizó un poco sus temores la frase con que concluia. Puesto que sus intenciones son puras, decia para sí, y que está confiada en la misericordia del cielo, tambien puedo yo perdonarla, y creer que no se ha ausentado con tanto sigilo por ocultar su culpa.

Entretanto pasó el dia sin que las tropas de Ricardo pudiesen adquirir ningun indicio acerca de la suerte de la princesa, cuando la presencia de sus guardias y su carroza, que volvia sola, causaron una sorpresa general. Al momento se difundió por todo el campo la noticia de su entrevista con Malek-Adhel, y produjo varios partidos. El mas numeroso admiraba la virtud y firmeza de la tierna virgen, que hallándose en libertad para reinar con el príncipe que amaba en

un dilatado imperio, había preferido las tinieblas del retiro y de la penitencia á un poder y á una felicidad que reprobaba la religion. Pero los amigos de Ricardo y de Lusñan la censuraban, porque solo había sabido vencer su inclinación á un infiel, y no resolverse á un himeneo que la pedía toda la cristiandad.

En fin, indignado el rey de Inglaterra del desorden que había escitado en todo el campo aquella noticia, y del influjo que ejercía una mujer en el alma de tantos guerreros, declaró que una resolución rigurosa terminaría aquella confusion, y que el día siguiente, usando de los derechos que su nacimiento le daba sobre su hermana, iría al convento mismo á donde se había retirado, y la obligaría á dar la mano á Lusñan.

—No, interrumpió Guillermo, eso sería anteponer los derechos de la sangre á los de Dios; sería un insulto á la Magestad Suprema, y una profanación que yo no permitiré jamás: sin embargo, lo que pido y lo que exijo tambien es que la suerte de la princesa Matilde cese al fin de ser el primer interés que nos ocupa. Guerreros nobles y valientes, ya es tiempo de que olvideis la belleza y la existencia de esa virgen. ¿Acaso os habeis ceñido por ella la espada? ¿Habeis atravesado los mares por conseguirla? ¿No temeis que indignado de vuestro abandono el Hijo de María os entregue á vuestra debilidad, y os niegue sus auxilios? Dejad á la hermana de Ricardo, dejadla que se sepulte lejos del mundo: ¡pluguiera al cielo que no se hubiera presentado en él jamás! ¡oh vosotros magnánimos héroes, que habeis acudido de todas partes del mundo cristiano para conquistar la Ciudad Santa! elevad vuestra alma á la sublimidad de vuestra empresa, no mireis mas que este objeto, no os agiteis sino con esta esperanza, presentaos delante de Cesaréa y conquistadla por vuestro esfuerzo. Malek-Adhel la defiende. ¿Y qué os importa? ¿Si encontráis mayores obstáculos no adquirireis tambien mas gloria? Marchad pues, corred á donde Dios os llama; pensad solo en servirle á él, y no olvideis que somos criminales cuando queremos unir los intereses de la tierra á los del cielo.

Habló de esta manera, y los resentimientos se apaciguan, los espíritus se persuaden, y renace la piedad en todos los corazones. El enojo de Ricardo y el amor de Lusñan son los únicos que resisten todavía; á ambos les parece que mientras Matilde se halle libre subsistirán las esperanzas de Malek-Adhel, y enardecerán su valor. Lusñan particularmente insiste en este punto; pero Guillermo responde que era fácil aquietar aquellos temores, y que sin forzar á la princesa á que se uniese á él, había un medio seguro de desvanecer las esperanzas de Malek-Adhel.—Pues que le abrace, exclamó con prontitud Ricardo, y que sin mas tardanza pronuncie sus votos y renuncie al mundo, á donde solo se ha presentado á derramar la confusion y la discordia... Olvidala, Lusñan, puesto que desprecia tu mano; ya no es digna de tus penas.—Padre, mientras nosotros marchamos mañana á Cesaréa, id vos á ver esa criatura rebelde, y llevadla las últimas órdenes de un hermano ofendido: decidla que si dentro de ocho dias no se consagra á Dios, irá yo mismo y la obligaré á que sea esposa de mi amigo.

Llegó á tal punto la cólera de Ricardo al pronunciar estas palabras, que hubiera sido una imprudencia procurar sosegarle é imposible conseguirlo. Guillermo le hizo una reverencia en silencio, y se disolvió la asamblea.

La guerra iba á ser sangrienta, el campo no era un paraje seguro, y podían asaltar á Tolemaida. Los infieles habían respetado siempre el convento del Carmelo, y Ricardo cuidadoso por Berenguela, juzgó que en ninguna parte estaria mas libre de riesgos que en aquel asilo. Aquella misma noche se despidió de la reina, la confió al arzobispo, y encargó á entram-

bos que empleasen toda su influencia con Matilde para disponerla á que le obedeciese.

Al presentarse Matilde á las santas hijas del Carmelo, y al pedirles un asilo en su compañía, creyó que no debía ocultarlas ni su nombre ni su calidad; pero esta confesion lejos de envanecer su semblante ni sus palabras, aumentó la humildad de ellas.—No mireis en mí, las decia, á la hermana de un poderoso monarca, sino á una desventurada que viene á purificar su corazon con vuestros ejemplos, y á llorar sus culpas al pié de vuestros altares. Mis delitos fueron grandes sin duda: pero es mayor mi arrepentimiento, y este es el único titulo por el cual aspiro ser admitida entre vosotras.

Su dulzura, su modestia, y principalmente la contrición de sus miradas, conmovieron en favor suyo á aquellas humildes reclusas, á quienes no había deslumbrado su régia cuna. En aquel austero retiro no se conocia mas rey que Dios, mas reino que el cielo, ni mas tiempo que la eternidad: allí no se oia el estruendo del mundo; el movimiento de las pasiones no agitaba ningun corazon, y todo era allí exacto, tranquilo y silencioso. Las reglas de la orden no permitian pronunciar una sola palabra que perteneciese á otros intereses que á los del porvenir y de la penitencia, y la guerra que resonaba al pié del Carmelo hubiera permanecido ignorada de esta mansion de paz, si el arzobispo de Tiro no hubiera contado á aquellas piadosas vírgenes las desgracias de Sion, para que sus oraciones intercediesen con el Omnipotente en favor de los cristianos. Si el puro espíritu del Evangelio que reinaba entre ellas las hubiera permitido experimentar el orgullo, tal vez le hubieran sentido viendo que aquel mundo á quien nada pedian, y del cual se habian separado enteramente, recurria á ellas en sus calamidades, y que á pesar de la pobreza y oscuridad á que se habian reducido, eran mas ricas que él con sus pompas y sus glorias, puesto que ellas conservaban todavía bienes que darle, y él no tenia ninguno que ofrecerlas.

Matilde no se admiró de ver llegar al arzobispo, porque le conocia bastante para estar segura de que su caridad no la desampararía, y deseaba con impaciencia revelarle todo su corazon; pero la presencia de la reina la sorprendió y llenó de turbacion.

Si su primer movimiento fue de júbilo, porque preveía que Berenguela pronunciaría el nombre Malek-Adhel, el segundo fue de temor, porque conoció que aquella indulgente amistad que perdona todas las faltas, debilitaría tal vez la eficacia de su arrepentimiento. Entretanto al entrar en el austro claustro, antes de hablarla Guillermo, se dirigió de este modo á las reclusas.—Hermanas mías, los grandes de la tierra se refugian con vosotras; saciados de vanidad y de dolores vienen á buscar aquí tranquilidad y consuelos, y se arrojan en vuestros brazos cuando se ha agotado el júbilo de su corazon, y sus placeres se han convertido en duelo. Una gran reina os pide oraciones por su esposo; una princesa jóven quiere que la enseñeis á amar á Dios sobre todas las cosas; y yo, hermanas mías vengo á unir mis oraciones á las vuestras para que la derrota de los infieles vuelva á la antigua Sion su culto, sus templos, sus honores, sus hijos y su gloria.

A la voz del arzobispo el casto rebaño obedece, y las dóciles vírgenes comienzan sus sagrados cánticos. Matilde las escuchaba; Matilde postrada junto á ellas se estremece al ver todas aquellas almas angélicas elevarse á Dios para pedirle la destruccion de los Musulmanes, porque es lo mismo que pedirle la de Malek-Adhel. Cuanto mas imposible la parecia que el Eterno negase ninguna cosa á tan piadosas almas y tan fervientes oraciones, tanto mas repelia los sentimientos religiosos, á los cuales atribuía tanto poder; y tal vez no estuvo nunca tan distante de Dios

como en aquellos momentos en que, rodeada de torrentes de incienso, de cánticos divinos y de imágenes sagradas, le parecía que aquellos perfumes, aquellas voces y aquellos ángeles la repetían que no podía ser digna del cielo sino pedía también la muerte de Malek-Adhel.

Luego que se concluyó la ceremonia y el arzobispo se halló solo con Matilde, la habló en estos términos:—Hija mía, ¿cuándo has venido á este sitio habrás sin duda formado resolución de no abandonarle jamás?

A esta pregunta la princesa se avergonzó y bajó los ojos en silencio. Guillermo continuó:—Si me hubieras confiado tus proyectos hubiera sido tu fuga mas decente, porque te hubiera acompañado yo mismo, y hubiera sabido el mundo que yo conocía tus designios y aprobaba tu repulsa. Si, hija mía, la apruebo, porque despues de la preferencia que has manifestado por Malek-Adhel, el haber acogido los deseos de otro hombre hubiera sido faltar á ese pudor delicado, que es el primer deber de tu sexo; pero faltarias mucho mas conservando una libertad que daría á entender que estabas adherida al mundo todavía por tus esperanzas y tus deseos. Has amado, hija mía, has amado infinito, y un amor apasionado es siempre una culpa. Debiste saber que Dios no permite que nos aficemos con tanta ternura á las criaturas que perecen, ni que corramos con tanto ardor tras una felicidad puramente humana. Tú eras culpable y debias ser castigada, pero has sido dichosa, y mil veces dichosa por haberlo sido en la tierra. Para espiar las debilidades de tu corazón, Dios te ha separado para siempre del objeto de ellas; y aun ha colocado entre vosotros una barrera tan inespugnable, que la esperanza de traspasarla solo puede concebir la pasión mas delirante. Hija de los reyes, ¿querrás dar motivo al mundo para pensar que el amor de un hombre tiene mas autoridad sobre tí que las órdenes de la Iglesia? ¿Qué los montes de cadáveres, los arroyos de sangre cristiana que va á derramar ese ciego musulman, no pueden obligarte á abandonarle? Desechada por ese infiel, ¿no puedes tambien desecharle? ningún poder tienes en su alma, y aun estás aficionada á él; porque si no fuera así, ¿cómo lo habias de estar al mundo todavía?

La mira entonces y calla. Durante su discurso el rostro de la princesa, unas veces pálido y abatido, y otras inanimado y encendido, habia espresado las diversas agitaciones de su alma; la vergüenza y la vanidad; el arrepentimiento y el amor se habian pintado en él igualmente. Cuando el arzobispo dejó de hablar inclinó ella el rostro, le cubrió con ambas manos, y despues de algunos minutos de recogimiento le dijo:—Padre mio, vos sabeis la paz profunda en que he pasado diez y seis años de mi vida, y que apenas he cumplido los diez y siete cuando todas las agitaciones y ansiedades que puede experimentar el corazón han despedazado ya el mio; ¡y en medio de esta turbacion me mandais que vuelva á mis primeros votos! ¡Oh padre mio! bien puede mi labio pronunciarlos, pero penetrar en lo interior de mi alma y ved si depende de mí abrazarlos con las mismas disposiciones.—No, hija mía, deben haberse mudado, y no es ya una paz de dulzura y de ignorancia la que vas á disfrutar, sino una paz de penitencia y de arrepentimiento.—¡Ay! interrumpió ella, he padecido tanto en el mundo, que no es para mí sino un objeto de espanto, y comenzaré á morir para él antes que llegue el dia de abandonarle para siempre; pero, padre mio, dignaos escucharne y sabreis la promesa que me detiene todavía. Si vuestra voz me exime de ella, todo ha finalizado entre el mundo y yo: huirá de mí, desaparecerá á mis ojos, me dejará aquí sepultada en el ataud arrastrando mi corazón, mis recuerdos y mi vida sobre el polvo de los sepulcros; me dejará aquí olvidada de todas las criaturas; por-

que cuando desaparecemos de su vista, muy pronto nos olvida.

Entonces principió Matilde á contar á Guillermo lo que habia pasado desde el dia en que habia partido para Cesaréa: le dijo la serie de circunstancias difíciles, de acaecimientos inesperados, y en fin, el enlace de promesas que la habian puesto en la situación en que se hallaba ahora.

Luego que concluyó, el arzobispo, que la habia escuchado con una profunda atención, y muchas veces con enternecimiento, la respondió:—Hija mía, necesito valor para reprenderte, porque estoy mas conmovido de lo que puede decirse al ver que has hecho por mí lo que no hubiera podido conseguir solo el amor. Pero cuanto mayor es mi gratitud, tanto mejor debo satisfacerla mostrándome firme y riguroso con tus errores. Por salvarme de la muerte te has espuesto á caer en el pecado, y esta era una de las culpas que el orgullo erige en virtudes, y que repele el espíritu de Dios; porque nos enseña que la muerte no es un mal, puesto que solo es el principio de la vida; pero el pecado es un mal terrible: porque es el principio de la muerte.

Ahora te ha exigido Malek-Adhel la promesa de no tomar el velo sin su consentimiento: Malek-Adhel durante algunos momentos ha podido disponer de tu suerte, ha podido llevarte consigo, ser dueño de tu eternidad, y sin embargo, ha abandonado todos esos terrestres placeres, únicos bienes que conoce, por entregarte al Dios que desconoce... ¿Qué cosas tan estranas pasan en el corazón de este infiel! Tú has contraído con él obligaciones inmensas que solo Dios puede satisfacer... Las satisfará... Mas, hija mía, echemos un velo sobre lo que no tenemos permiso para ver todavía, y entretanto disponte al yugo de esta casa; porque, ó yo me engaño mucho, ó aquí será tu última morada.

Matilde obedece; se despoja de sus magníficos vestidos, para volver á ponerse los humildes hábitos de las hijas de Carmelo. Sometida á sus reglas sigue todos sus ejercicios, sufre las mismas austeridades, se une á las mismas oraciones, y no separa su corazón de sus votos sino cuando las oye pedir al Señor la entera destruccion de los infieles. En aquel sitio de penitencia, en donde parece que se aprende á desprenderse de los tiernos pensamientos, conoce que todo se los escita de nuevo; mortifica su cuerpo, compara á sus tormentos los del desierto, y los echa menos, aunque mas dolorosos: si del seno de la paz, de la unión y del amor que reina en el monasterio, se suscita un movimiento de odio dirigido contra Malek-Adhel, este mismo odio no hace mas que aumentar su ternura: en fin, cuando se pasea por el cementerio, en donde se estinguen todas las esperanzas, allí es donde las suyas se reaniman, y en el centro de los sepulcros busca todavía la unión que su corazón desea sin cesar.

Otros nuevos motivos vienen luego á apoyar la firmeza de Berenguela y á prestar apariencias mas culpables á la debilidad de su hermana: las avisan que los cristianos han puesto sitio á Cesaréa y se preparan á dar el asalto; pero que la ciudad, defendida por Malek-Adhel, resistirá sin duda, ó no se entregará sino despues de una mortandad horrible. A esta noticia la reina entregada enteramente á su amor, olvida su agradecimiento, y ya no ve en Malek-Adhel sino un enemigo formidable que amenaza á la vida de su esposo. El arzobispo no cesa de repetir que si los Cruzados son rechazados de los muros de Cesaréa, esta derrota les arrebatara para siempre la esperanza de entrar en Jerusalén. Las religiosas se espantan; las campanas del convento suenan, y vuelven á comenzar las oraciones con un fervor mas ardiente; y Matilde, la desgraciada Matilde, siempre bañada en llanto sin saber por quién le derrama, siempre postrada al pié

de los altares sin saber por quién ora, incierta de lo que debe pedir, pero segura de que no puede pedir cosa que no la acarree un nuevo dolor, pasa los días y las noches sin atreverse á dirigir una sola súplica á aquel Dios á quien implora incesantemente.

CAPITULO XLVI.

CESARÉA, fuerte por sus anchos y profundos fosos, sus altas murallas, su dilatada ciudadela, su numerosa guarnición, y principalmente por el héroe que la defendía, veía sin inquietud prepararse á sitiarse el ejército entero de los Cruzados. Desde los primeros días Ricardo y Lusñan, animados ambos de un ardor que casi rayaba en furor, circundaron la plaza desde una ribera á otra; sus zapadores saltaron en los fosos para minar los muros, al mismo tiempo que sus arqueros arrojaban flechas contra los sitiados, los cuales usando de sus máquinas de guerra desde lo alto de las murallas, destruían á los minadores y oprimían á los enemigos con piedras y con flechas. Alentados por la presencia de Malek-Adhel, y creyendo que todo era posible á su valor bajo las órdenes de semejante capitán, deseaban hacer salidas para concluir mas pronto aquella guerra desastrosa, pero Malek-Adhel lo rehusaba obstinadamente. Fiel á su hermano, había resuelto defender á Cesaréa, pero cumpliendo su deber deseaba el amante de Matilde economizar la sangre cristiana y salvar á los vasallos de Saladino sin atacar á los de Ricardo.

Esta disposición daba á su conducta una especie de timidez que aientaba el valor de los sitiadores: los asaltos eran de día en día mas terribles; Lusñan espuesto á todos los golpes, presente á todos los peligros, instaba y solicitaba sus tropas, aplicaba él mismo las escalas, y era el primero que subía, al asalto. De concierto con Ricardo habían minado una parte de las murallas del lado del Oriente; el intrépido Lusñan se adelanta al frente de sus soldados, y, á pesar de las flechas que llueven sobre él, pone fuego por su propia mano á los puntales. A poco tiempo se hunde el muro estrepitosamente en el foso; pero los Sarracenos habían previsto aquel accidente, y tenían detrás de aquella grande abertura una cantidad enorme de madera que encendieron al instante; los cristianos que suben á la brecha se hallan con una barrera de fuego, y se detienen atónitos. Sin embargo, arrastrados por Lusñan iban á traspasarla y á embestir, cuando se les presenta de repente Malek-Adhel. Su formidable aspecto sus miradas centelleantes y su voz terrible los espanta mucho mas que las llamas que les oponían. En vano Ricardo los reúne, en vano Lusñan se queda solo en la brecha y los anima con su ejemplo: porque la presencia de Malek-Adhel, armado de su espada y dispuesto á acometerlos, les ha infundido un terror insuperable: corren precipitadamente á su campo para refugiarse en él, y el rey de Jerusalén abandonado de sus soldados se ve obligado á seguirlos y á ir á ocultar á su tienda su cólera y su afrenta.

Pero en vez de perder el valor reanima el de sus tropas; las obliga á avergonzarse de su temor, y le prometen no retroceder jamás. Entonces con un celo infatigable pasa las noches haciendo que construyan nuevas máquinas, y las experimenta durante el día; envía á las montañas inmediatas á buscar piedras de que carece el terreno de Cesaréa, y manda llenar con ellas los fosos; en fin, no omite ninguna diligencia, ni le desanima ningún trabajo; halla en Ricardo un compañero de armas, y unidos con un nuevo vínculo por las fatigas de que ambos participan, después de haber preparado todos los instrumentos homicidas que han de arruinar á Cesaréa, ordenan ambos á todo el ejército el asalto general para el día siguiente.

Al ruido de los timbales y trompetas, de los gritos de los soldados y del estrépito de las máquinas de guerra, acometen por todas partes á la ciudad. Lusñan, Ricardo y el duque de Borgoña reúnen sus esfuerzos contra la torre mas fuerte; mientras los zapadores minan los cimientos desde el centro de aquella gran máquina que conduce á los tres, y los libra de las flechas enemigas, arrojan al muro ganchos de hierro y le conmueven con largos arietes; en fin, cediendo al ataque, se hunde y arruina. Envanecidos por el buen éxito y seguros de la victoria, corren los cristianos á aquel paraje para entrar en la ciudad; pero las llamas los detienen otra vez, una cantidad inmensa de paja y de heno ardiendo sirve de muralla á los infieles, y ciega á los cristianos. Suspenden estos sus golpes y no retroceden, porque esperan á que se consuman aquellas materias combustibles para pasar libremente; pero apenas se ha disipado el humo cuando descubren al otro lado un nuevo muro que se ha levantado, un muro de picas, lanzas y espadas no menos homicida que el fuego, y mucho mas impenetrable. En vano procuran avanzar, porque los Musulmanes inmóviles los rechazan sin acometerlos. Ricardo mismo á vista de aquella nueva muralla, construida con tanta habilidad que no se perciben mas que las lanzas que la forman y no los hombres que la sostienen, el intrépido Ricardo se conmueve y se detiene asombrado. — Hermano, le dice á Lusñan, arrojándonos contra ese muro extraordinario corremos á una muerte cierta; pero ¿juzgas que le podemos desbaratar y abrir paso de este modo á los cristianos que nos siguen? — No lo sé, respondió Lusñan furioso con aquel nuevo obstáculo; pero ha llegado el momento de que yo desprezice los consejos de la prudencia, y en que solo desee la victoria ó la muerte: retira, hermano, porque si yo perezco, tú podrás á lo menos sobre mi cuerpo morir. Incendiar á Cesaréa y arrancar la vida á mi odioso rival. — Si otro que tú me hubiera dicho que me retirase, gritó Ricardo con ojos encendidos, esa hubiera sido su última palabra: vamos, hermano, y perezcamos juntos. — Cristianos, exclama Lusñan, no os intimide ese muro, porque detrás están las palmas del martirio y el sepulcro de vuestro Dios, y yo voy á enseñaros como se destruye.

Al acabar estas palabras se arroja, y los cristianos le siguen; pero de repente aquel muro que antes estaba inmóvil, sin variar de aspecto, se adelanta con una velocidad prodigiosa. Los cristianos á vista de aquella multitud de agudos aceros que les amenazan y se mueven como por encanto, se derriban unos á otros y caen mezclados en los fosos. La derrota es general; á pesar de los esfuerzos de un valor incomparable, arrastran á Lusñan los fugitivos; el duque de Borgoña, ayudado de los franceses, resiste todavía, y no se retira hasta que pierde enteramente las esperanzas. Ricardo desde la brecha en donde peleaba salta al otro lado del foso, y allí se detiene inmóvil, sin poder determinarse á abandonar su presa; y devorándola con la vista, olvida que está solo, que ya han vuelto al campo todos los cristianos, y arrebatado por aquel valor que le adquirió el renombre de corazón de león, armado de su espada va á renovar el combate. Los Musulmanes le conocen mas bien por su valor que por sus armas; dejan entonces la actitud amenazadora, y corren á él para cargarle de cadenas, gritando: es el rey, es el rey. — ¿Es el rey? interrumpió una voz muy conocida de Ricardo. ¡El rey solo y á pié! llevadle un caballo.

A oír esta orden obedecen los Sarracenos: presentan á Ricardo un caballo arrogante, y se retiran á la ciudad, en donde Malek-Adhel se dedica á reparar las murallas destruidas; y Ricardo, avergonzado de su derrota y cargado de un nuevo beneficio, se encamina lentamente al campo sin saber él mismo si es el

odio ó el agradecimiento el que mas domina su corazón.

Todo el campo yace sumergido en la tristeza; las tropas están desalentadas, y un negro pesar devora el alma de Lusñan. De pié en medio de su tienda, apoyado en su larga lanza, con la cota de armas rota y cubierta de sangre, medita en silencio vastos proyectos; y no pudiendo alcanzar la victoria por su valor, procura buscar un medio de conseguirla. Oculta en lo interior de su alma los sombríos designios que le agitan, y se guarda bien de comunicárselos á Ricardo porque este detesta el artificio; ni aun para entrar en Jerusalén le emplearía, y reina en su corazón así como en el de todos los cristianos, una lealtad que no le permitía desear un triunfo debiéndole á la perfidia.

Al llegar Ricardo á la tienda de Lusñan le toma este la mano, y le dice: —Sería inútil, hermano mío, intentar otro nuevo asalto, porque si la victoria no reanima á nuestras tropas, pereceremos sin pelear delante los muros de Cesaréa. Créeme, Ricardo, dirijamos nuestras armas á otra parte, y veamos si Saladino es mas fácil de vencer que Malek-Adhel. En tanto que este nos cree ocupados en reparar nuestras desgracias, esta noche misma al frente de nuestras mejores tropas avanza hácia Cesaréa; si necesitas mi brazo, iré á reunirme contigo, y si no, permaneceré aquí con la esperanza de que Malek-Adhel, cansado de su inacción y de la nuestra, hará al fin alguna salida en la cual podré encontrarle, pelear con él, y quizá vencerle.

Al decir estas palabras manifestaban los ojos de Lusñan un furor sombrío, como le excita la venganza en las almas rencorosas. Ricardo aprueba su proyecto, le comunica á los principales jefes, y todos le aplauden. Entonces el rey de Inglaterra divide el ejército; se lleva la mitad, y deja la otra bajo el mando de Lusñan, y ordena que durante su ausencia: todos los principes que están sometidos á sus órdenes queden á la de su amigo. Nadie disputa á Lusñan la gloriosa muestra de honor que recibe; y el valor intrépido que ha manifestado en los asaltos obliga á que le acepten con júbilo por jefe supremo de todo el campo.

A pesar de las precauciones de Ricardo nada se escapa á la vista penetrante de Malek-Adhel: sabe que una parte del ejército se aleja del campo, y se interna en los montes que cercan á Cesaréa, pero ignora qué jefe la conduce y qué camino toma: varios rumores le hacen creer que se retira á Tolemaida: pudiera tal vez aclarar este misterio que le admira haciendo una salida, y por varios rodeos que conoce perfectamente sorprender el ejército y conseguir una fácil victoria; pero no estima esta tanto como le irrita el combate. Le horroriza la sangre de los cristianos porque son hermanos de Matilde, y una especie de voz profética grita en lo interior de su corazón, que no está lejos el momento en que lo serán suyos.

Los Cruzados encerrados en su campo han cesado en sus ataques, y Malek-Adhel prosigue en paz sus trabajos. Reedifica la torre derribada, repara las brechas y da nueva solidez á las murallas vacilantes. Mientras se admira de los pocos obstáculos que oponen los enemigos á la defensa, que prepara los Musulmanes que se hallan en los fosos de la ciudad afirmando los cimientos de los muros, sorprenden á un soldado que los observaba con atención, le prenden y le conducen á la presencia de Malek-Adhel; y á vista de aquel principe se turba, pierde el color y oculta con ambas manos las lágrimas, que en vano procura contener. —Malek-Adhel admirado le dice: si el temor es el que te agita de esa manera y temes el castigo que mereces por haberte acercado á nuestras murallas á espiar nuestros trabajos, ¿tan poco cono-

ces á tu juez que no puedas esperar en su clemencia? —¡Ah! porque conozco á ese juez magnánimo, responde el soldado con voz interrumpida y dándose golpes en el pecho, no puedo perdonarme mi perfidia. —; Tu perfidia! ¿cuál es? espícale, porque una confesion sincera puede remediarlo todo. —¡Ah! continuó el guerrero con una espresion mas viva de dolor; hay algunas que no pueden repararse, y tal vez en este momento en que os hablo todo lo habeis perdido. —¿Qué es lo que quieres decir, exclamó prontamente el principe? ¿qué he perdido, qué es lo que me ha arrebatado tu perfidia? —No puedo decirlo sino á vos, replicó el soldado trémulo y confuso.

Malek-Adhel hizo una señal y todos los testigos se retiraron. Se quedan solos, y el extranjero se arroja á las plantas del principe. —¡Ay! le dice, soy indigno de vivir, os he vendido y he vendido á la princesa Matilde; á estas horas os acusa sin duda, porque no habeis evitado su desgracia... —Cristiano, interrumpió el principe, ¿qué es lo que dices de Matilde y de su desgracia? habla, acelera tus palabras, porque tu silencio me causa la muerte. —Señor, apartar de mí vuestra cólera, y no veais sino mi arrepentimiento... —No me hables de tu arrepentimiento ni de mi cólera, exclama impetuosamente el principe; no me hables mas que de Matilde, y no te detenga ya el temor, porque, por grande que sea tu delito, tienes seguro el perdón. —Noble principe, continuó el soldado con un poco mas de ánimo, prestad pues atención á lo que voy á contaros; y plegue al cielo que no sea demasiado tarde. Ignoro si vuestra penetración, á la cual nada se escapa, ha conocido la ausencia de Ricardo y las intenciones de Lusñan.

Malek-Adhel, cuyo corazón principiaba á concebir horribles sospechas, le dice: —He percibido que una parte del ejército se separaba del campo; pero ignoro el motivo y deseo que me lo espíques al momento. —El extranjero replicó: la misma noche del día en que rechazasteis á los cristianos con tanta destreza, Ricardo al frente de sus mejores tropas se dirigió á Ascalon con la esperanza de sorprender á Saladino y vengar en él nuestra derrota. Se ausentó dejando á Lusñan dueño del campo y jefe de todos los soberanos; pero apenas este se vió libre para disponer de la autoridad que le habia trasmitido la ausencia de Ricardo, dice al consejo reunido, que la intencion del rey de Inglaterra antes de marchar á Ascalon era dirigirse al Carmelo: allí me espera, añadió, para darme una esposa que amo, reanimar con esta augusta union el valor de nuestras tropas desoladas, y vengarnos de Malek-Adhel. Todos le creyeron, y seguido de unos cuantos soldados deja el campo, toma el camino del Carmelo, y ninguno se opone á su partida. Yo, que estaba hace mucho tiempo al servicio del rey de Inglaterra, quiero asegurarme si está en efecto con su hermana, y sigo á Lusñan... Pero señor, qué os diré? todos los discursos del rey de Jerusalén no eran mas que un tejido horrible de falsedades, y su conducta una perfidia. Habia alejado de intento á Ricardo, y favorecido de la autoridad que ejercia sobre los cristianos, los habia engañado. Señor, yo he visto á ese rey sacrilego violar el santo retiro y derribar las verjas sagradas: he visto á la princesa de Inglaterra pálida y trémula llevada como una esclava á su presencia; pero, sin compadecerla y sin remordimiento por su traición, ha mandado adornar la iglesia; han encendido las antorchas del himeneo, y ha jurado que no pasará un día mas sin que sea suya la princesa. Sin embargo, en medio de los guerreros que acompañan á Lusñan, una de las damas de la princesa, la fiel Herminia, me reconoce, corre á mí, me entrega un papel y me dice: si mañana está en manos del principe Malek-Adhel este billete, cuenta con que te recompensará con un empleo distinguido. Apenas acababa de pronunciar

estas palabras, cuando habiendo percibido á Lusian, que entraba por el otro lado del corredor en donde me hablaba, se sobrecogió de temor y huyó precipitadamente; pero Lusian lo vió todo, se acercó á mí y me dijo: dame al papel que has escondido en el pecho, y toma este bolsillo. Señor, confieso, continuó el soldado aumentando sus sollozos, que cedi á una vil tentacion: las promesas de la princesa podian ser quiméricas: el oro de Lusian estaba ante mis ojos; me deslumbró y cedi: entregué el papel; pero desde aquel momento despedazado de remordimientos, no pude ser testigo del sacrificio que se iba á consumir, parti aquella noche misma en secreto, y el arrepentimiento me trajo á Cesaréa. Esperaba que me prendiesen y condujesen á vuestra presencia para decirlos la desgracia de la princesa, ya que no he podido entregaros su billete...

—Y dime, interrumpió el príncipe con voz trémula y agitado violentamente: dime el día que ha señalado Lusian para consumir su horrible delito— Señor, respondió el soldado, hoy era el día señalado por Lusian; pero puede ser que el estado y las súplicas de la princesa hayan conseguido dilatarlo hasta mañana...—Mañana iré á verla, exclamó impetuosamente el príncipe: iría hoy si no fuera indispensable para el buen éxito de mis designios permanecer en Cesaréa hasta la noche para que no me vean los cristianos.

Apenas comienza á derramarse la oscuridad sobre el universo, cuando Malek-Adhel manda llamar á Mohamed y Kaled, sus mas fieles servidores, y dice al primero:— Escucha Mohamed: algunos intereses muy urgentes me llaman fuera de Cesaréa, y durante los dos dias que estaré ausente mandarás en mi lugar; no tengas cuidado, porque estoy seguro de que no te acometerán: Ricardo y Lusian han dejado el campo de los cristianos, y estos en su ausencia no se atreverán á embestir. Tú, Kaled, reúne treinta de mis mas valientes soldados, y sígueme en la peligrosa empresa en que voy á empenarme: Kaled, si hallamos al enemigo en cualquiera número que sea, no retrocederemos; apresúrate, amigo, porque un momento puede perderlo todo.

Mohamed y Kaled, persuadidos de que el soldado extranjero ha descubierto al príncipe alguna marcha secreta de los cristianos, se alegran porque le ven al fin decidido á pelear contra ellos. Ambos sabian muy bien que hasta entonces solo el amor habia contenido el valor del héroe, y se lisonjean entonces de que ha vencido el amor. En el momento que consiste en marchar contra el enemigo, están seguros de que la victoria no abandonará ya sus banderas, y llenos de esta esperanza, ambos ejecutan con regocijo las órdenes que acaban de recibir.

CAPITULO XLVII.

Al salir de Cesaréa, Malek-Adhel dió un largo rodeo para llegar á los bosques que dominaban el campo de los Cruzados. Debía necesariamente atravesarlos para ir al Carmelo, y el deseo de que no le detuviesen en su marcha le inspiró una prudencia que no hubiera empleado para salvar su vida. Al rayar el dia llegó al remate de la colina, desde donde se percibia la cumbre soberbia del Carmelo bosquejada en el inmenso mar. A este aspecto no es dueño de sí mismo; el temor y el dolor se apoderan de su alma; oprime los hijares de su caballo, cuya velocidad desafiaría á los vientos, le siguen con trabajo sus soldados, y Kaled, el receloso Kaled, viéndole tomar con semejante movimiento el camino del Carmelo, comienza á concebir los mas fatales sobresaltos. Continúa siguiendo á su amo, pero casi no duda ya que le ha abandonado la razon, y que el amor es la única cau-

sa de una accion que habia atribuido á motivos mucho mas gloriosos.

A alguna distancia del monasterio detiene Malek-Adhel repentinamente el caballo, y le dice á Kaled. —¿Sabes que está aquí Lusian?—¿Es á él solo al que vienes á buscar? le preguntó su amigo con severidad.—Vengo á buscarle y á castigarle, exclamó el príncipe; pero vengo principalmente á libertar á Matilde de su tiranía y de su odioso amor. Ven, sígueme, y nada debe detenernos.—Te obedezco, replicó Kaled con tristeza, porque las reconvencciones serian ahora inútiles; pero si hubiera sabido tu designio, no hubieras salido de Cesaréa sino hollando mi cuerpo ensangrentado. ¡Ah desventurado príncipe! plegue al cielo que tu imprudencia no te cueste mas que la vida.

Malek-Adhel no le escucha, entra con sus soldados en el patio solitario del convento, en donde todo yace en silencio; está cerrada la puerta principal, manda el príncipe que la derriben, y saltan las rejas en pedazos; con la espada desnuda entra en la santa casa llamando á voces á Lusian y á Matilde. Nadie le responde, porque están desiertos los largos corredores; escucha, y oye cánticos que cree son los de himeneo; y corre precipitadamente al sitio de donde vienen; atraviesa un patio interior cubierto de yerbas silvestres, y detrás de aquellos edificios góticos, la iglesia con el alto campanario y las vidrieras de colores se presentan á sus ojos; sube las gradas del templo, y por medio de la puerta entreabierta ve el pavimento cubierto de flores, innumerables antorchas, cuya luz oscurecen las nubes del incienso; al arzobispo de Tiro revestido con sus magníficos ornamentos, y junto á él la virgen á quien ama postrada delante del altar. Como no conoce el culto de los cristianos, le parece que una ceremonia tan augusta no debe ser sino la del himeneo; aunque no percibe á Lusian, no duda que esté allí, y mostrándose de repente con las armas y los soldados, grita con una voz que resuena en todas las bóvedas de la iglesia.—¡Ven acá, Lusian, á disputármela si te atreves!

Y derribando cuanto se opone á su paso sin respeto á la Magestad del Dios supremo, cuya presencia ocupa el templo santo, arranca á Matilde llorosa del altar á que está abrazada. A su terrible aspecto se interrumpen los sagrados conciertos, y siguen los gritos del terror; como una bandada de aves tímidas huyen las vírgenes desconcertadas, se entran en el coro, se precipitan al santuario y se refugian detrás del altar. Sin embargo, antes de alejarse el formidable guerrero, busca con la vista á Lusian y le insulta con las palabras.—¡Oh pérfido rey, exclama! ¿en dónde te ocultas? ¿tú que te has atrevido á ofenderme, no te atreves á pelear conmigo?

Pero Matilde está en sus brazos sin conocimiento, ya no piensa sino en salvarla, huye corriendo con ella, y sus guerreros apenas pueden seguirle. En la falda del monte Carmelo se detiene junto á una fuente, y baña con agua pura la frente helada de su querida, exclamando fuera de sí:—Dios de los cristianos vuélveme la vida, y la mía es tuya.

Apenas concluye estas palabras cuando Matilde suspira y se reanima.—¿En dónde estoy? dice: ¿por qué todas las potencias de mi alma se estreman de alegría?... ¿Va á abrirse el sagrado ático? ¡Oh Malek-Adhel! ¿estás tu aquí para entrar conmigo?

Al escuchar estas palabras tan tiernas, á las cuales las constantes ideas de Dios mezclan tanta inocencia, Malek-Adhel embriagado de una felicidad desconocida, se abandona sin violencia á las vivas y profundas sensaciones que le agitan. Arrodillado delante de Matilde, la contempla y la adora, no ve sino á ella, ha olvidado los demás pensamientos, porque se halla en uno de aquellos momentos de éxtasis en que se adivina el cielo... ¡Ah! si una felicidad semejante



podiera ser durable, si lo fuera, no querríamos ya abandonar la tierra; pero cuando la experimentamos, tocamos sin duda al término de la vida, porque sería igualmente superior á las fuerzas humanas sostener su prolongacion ni sobrevivir á su pérdida.

Kaled seguido de sus soldados llega é interrumpe el rapto celestial en que se halla sumegido el héroe. — Temerario príncipe, le dice, ¿cómo te atreves á descansar en este suelo funesto en donde los enemigos y las asechanzas te rodean?

Estas palabras recuerdan á Malek-Adhel todos los peligros de su situacion; imagina que Matilde participa de ellos, y tiembla: se levanta, desaparece su ventura, y la reemplaza un sombrío terror, porque teme ser sorprendido por el ejército entero de los cristianos, y está bien persuadido de que entonces todo el esfuerzo de su valor le haría solo perder la vida con honor, y no salvar á la que ama. A la idea de verla un momento entre los brazos de Lusignan, tiembla su alma y experimenta por la primera vez el terror de la muerte. Poseído ahora de la debilidad, si oye el ruido de las hojas que los caballos huellan, al punto cree distinguir á lo lejos la marcha del enemigo; cuando las largas sombras de la noche descenden sobre la tierra y la pueblan de imágenes fantásticas, en todas partes cree ver un cristiano, sorprender un espía, y divisar á las tropas formadas en batalla; en fin, hasta en el silbido de los vientos que encorban la copa de los antiguos pinos y de los sicómoros, hiere su oído el sonido de los instrumentos de guerra y de los gritos precursores de los combates. Abandonado al terror, camina en silencio sin atreverse ni aun á hablar á Matilde. Pero ella volviendo poco á poco de su espanto, le pregunta por qué ha violado su asilo y su promesa de dejarla vivir allí en paz.

— Y tú, la responde él con sombría y feroz, ¿por qué me has engañado diciéndome que los cristianos le respetarian? ¿por qué se ha atrevido á entrar en él Lusignan? ¿por qué te ha obligado á aparecer en su presencia? Si hubiera tardado un dia mas, ¿no hubieras sido su esposa? — ¿Qué es lo que dices, Malek-Adhel? le preguntó la princesa con una admiracion extraordinaria. Desde que salí de Tolemaida no he vuelto á ver á Lusignan; y si he de creer al arzobispo de Tiro, mi hermano ha renunciado á un himeneo que aborrezco y me deja libertad para consagrarme á Dios.

Estas pocas palabras fueron un rayo de luz para el

príncipe porque conoció que le habian engañado; y aunque previó al instante las fatales consecuencias de aquella perfidia, su primer movimiento fue de júbilo. — A lo menos, exclamó, es mía; y sus labios no han pronunciado otros votos que los de nuestro amor. De esa suerte, ¿el extranjero que me ha dicho que ha acompañado á Lusignan á tu claustro, que ha sido testigo de tu desesperacion, y que ha recibido de manos de Herminia un billete en que me mandabas ir á socorrerte; ese extranjero ha sido un impostor? — Seguramente, respondió Matilde. — Dios eterno! continuó el príncipe: ¿es posible que el perjurio se vista de esta suerte los colores de la verdad? Pero qué digo! no ha sido la sutileza del traidor la que me ha seducido, sino mi propio corazon; del mismo modo hubiera sido juguete de la asechanza mas grosera. Al punto que me habló de tí, solo en tí he pensado, y tu nombre, como un talisman encantado, me ha sumergido en la ceguedad, ha amortiguado toda mi prudencia para que el amor obrase solamente... ¡Oh amada mia! añadió con un espanto que le helaba hasta el interior del alma, no seas tú á lo menos víctima de mi credulidad: los cristianos orgullosos con su traicion querrán coger el fruto de ella; sin duda nos esperan en estos bosques, y yo no puedo llevarte á Cesaréa con seguridad, ¿pero cómo he de conducirte á otra parte? ¿cómo he de sufrir la vergonzosa afrenta de abandonar la ciudad que habia jurado defender? Caerá, y yo solo seré la causa! ¡Oh Saladíno! ¿qué dirás de tu hermano? ¡Oh Matilde! niégame tu amor, que no le merezco, porque por él he vendido mi deber y mi patria.

Se detiene entonces, y no se atreve á proseguir el camino por medio de aquellos bosques, en donde está seguro que le sorprenderán los cristianos. Llama á Kaled, y le manifiesta el horror de su situacion. Kaled baja la cabeza consternado, porque conoce lo mismo que el príncipe toda la imposibilidad de volver á Cesaréa; está persuadido tambien que el ejército de los cristianos los espera á alguna distancia, y adelantarse hácia aquel lado es ir á dar en sus espadas; y perder la vida en un combate desigual. La fuga es el único recurso que les queda; ¿pero cómo se ha de resolver á dar semejante consejo á su dueño? ¿Qué pensará todo el Oriente de semejante desercion? Sin embargo, tampoco puede determinarse á verle prisionero de los cristianos. En medio de estas incertidumbres le ocurre repentinamente una

idea, y le reanima un vislumbre de esperanza.

— Señor, le dice, si no me engaña la memoria, podemos salvar todavía la vida y el honor. Al lado opuesto del campo de los cristianos, al occidente de Cesaréa enfrente de la puerta de Omar, hay una dilatada escavacion que por caminos subterráneos va á desembocar á una multitud de rocas colocadas en los confines de la llanura arenosa de Jafa. Desde que los cristianos perdieron todas las ciudades marítimas de la Siria, se halla abandonado aquel camino tenebroso; pero me acuerdo de haberle recorrido todo entero, cuando ocupado en tu gobierno de Alepo, Saladino á ruego tuyo me confió el de Cesaréa. — ¿Es preciso rodear mucho para llegar á él? le preguntó el príncipe. — Kaled respondió, que apenas alcanzaria todo el dia siguiente. — Pues bien, guíanos y caminemos de prisa, le dijo Malek-Adhel, porque este es el único partido que nos queda.

Entonces el príncipe y sus soldados dejaron el camino que seguian, y se apartaron hácia el Sur, atravesaron los dilatados bosques que se estienden á lo lejos hácia el interior del país, abriéndose paso por medio de las rocas, de las ramas desgajadas y de los árboles derribados. Al rayar el dia llegaron á los confines occidentales de aquellas soledades tenebrosas, y Malek-Adhel, volviendo á hallar la llanura y la claridad, no teniendo ya la sorpresa, nada temia en el mundo. Mientras Kaled se aparta un momento á buscar algunos comestibles en las cabañas de los labradores que percibia á corta distancia, el príncipe quiere que descanse Matilde, la sienta sobre una porcion de ramas de helecho cortadas de prisa, se coloca á su lado, y la dice: — Querida mia, los males que los cristianos han querido causarme caerán sobre ellos mismos, y cuando sepan que estás en mi palacio en lugar de verme en sus cadenas, sufrirán el castigo que merecen.

La princesa suspira y calla. — ¿Y qué, Matilde, continua el príncipe impaciente, suspiras por tu retiro, y sientes estar conmigo? Cuando tu voluntad es pura, ¿no te oíré bendecir el error que nos une, y jamás, jamás hablará el amor solo en tu corazón?

Matilde se vuelve hácia él y le mira con una ternura que se podian extinguir las lágrimas del arrepentimiento. — ¡Ah! responde ella, no me pidas que sea mas culpable: ¿puedo acaso disimular el júbilo de mi cobarde corazón? Toda la noche, mientras atravesábamos en silencio ese augusto y sombrío bosque, pensaba en volver á mi convento; pero no podia sino pidiendo á uno de vosotros que espusiese por mí su vida; me parecia que no debía desearlo á tanto precio, y hallando por todas partes un obstáculo, en todas hallaba un placer... — ¡Oh cristiana sin fortaleza y sin fe! tu corazón inflamado de amor no gusta mas que de los bienes perecederos, y veria con espanto el camino que la restituyese á Dios.

Al decir estas palabras oculta con las manos su vergüenza, su amor y sus lágrimas. — Malek-Adhel exclama enajenado: ¡Oh delicias de mi vida! ya no temo nada, porque soy venturoso; estamos juntos, y tenemos asegurada para siempre una existencia de consuelo. — No hables de consuelo, replicó la virgen fuera de sí, no hables jamás de él, porque no se ha hecho para nosotros. ¡Temerario has violado el templo del Señor; yo me hallo alegre en tu compañía, y hemos de ser venturosos!... No, el alma manchada con semejantes culpas no puede serlo, porque cuanto mas se aficiona á esta falsa felicidad que ama, tanto mas se hunde en su miseria... ¡Dios mio! veo vuestro rayo suspendido sobre nuestras cabezas pronto á estallar: ¡Ah! no sacrificéis mas que una víctima; que toda mi sangre derramada rescate la de Malek-Adhel; perdonadle, perdonadle.

Cuando hablaba de esta suerte, los remordimientos agitaban el alma de la tímida hermosura, y ten-

dia sus brazos hácia el príncipe como para preservarle de la cólera divina. Pero vuelve Kaled, los interrumpe, les presenta algunos alimentos, y les dice: — Apresuremonos, porque es necesario llegar á la abertura del subterráneo antes de la noche para que yo pueda distinguirla y reconocerla.

Malek-Adhel conoce la prudencia del consejo de su amigo, y resuelto á no ceder ya al placer de escuchar á Matilde hasta el momento en que la vea segura en su palacio de Cesaréa, la entrega al cuidado de Kaled, y siguiéndola de lejos apresuraba con toda su autoridad la rapidez de la marcha. Durante el dia atraviesan las vastas llanuras que separan á Rama de Cesaréa, y llegan antes de anoecer á las rocas que Kaled indica, como la entrada de la caverna. Allí se detiene Malek-Adhel un momento indeciso; desde aquel sitio percibe al Poniente á Jafa, en donde manda Metchub, y un poco mas cerca hácia el Norte á su querida Cesaréa, á donde está resuelto á ir; pero duda si Matilde estará con mas seguridad en Jafa, ¿una ciudad sitiada, espuesta á todos los horrores de la guerra, es un asilo bastante seguro y tranquilo para conducir á él á la que ama?; pero no está mas seguro de defenderla? ¿no es invencible peleando por Matilde? ¿y sabiendo que la tiene detrás podrá ser derribado? Por otra parte Metchub manda en Jafa, y es enemigo de Matilde. Esta reflexion le decide. — No, exclama, no la dejaré; sobrados males nos oprimen, no añadamos el de una separacion inútil.

Al decir estas palabras coge la mano de su querida, y entrando juntos por una abertura espaciosa, pero oscura y profunda, y cuyo camino parece que se precipita en las entrañas de la tierra Keled marcha delante con los soldados, que llevan antorchas de paja encendidas; el príncipe sostiene los pasos trémulos de Matilde, y se internan en todos los horrores de aquellas eternas tinieblas. Algunas veces la bóveda de la gruta se baja hasta tal punto, que casi es necesario andar á rastra por la tierra húmeda, y deslizarse por entre las rocas, mas adelante encuentran puntas agudas y con la vista miden á su lado negros precipicios en donde caen las piedras desprendidas, rodando sin cesar en aquellas profundidades sin limites. En algunos momentos, cuando la llama de la paja arroja un resplandor mas vivo, y permite distinguir lo interior de aquellas inmensas cavernas, ven que están erizadas de cristales transparentes, y entapizadas de una prodigiosa multitud de aves nocturnas, cuyas innumerables generaciones quizá no han visto la luz del dia desde la creacion del mundo. Aquel camino penoso y horrible se prolonga siempre: á pesar de sus esfuerzos, Malek-Adhel no puede evitar el cansancio de Matilde; no se aparta de ella, y muchas veces prueba á llevarla; pero no se lo permite siempre la dificultad del camino. Su hábito de sayal no la liberta de la aspereza de las rocas que hieren su piel delicada, y teniendo que abrazarse á ellas para asegurar sus pasos, su aspereza tosca y punzante la despedaza las manos. Al ver lo que padece está el príncipe para perder el valor, y aun le pierde porque Kaled cree un momento que ha perdido el camino, y retrocediendo sin cesar por un desfiladero tortuoso, exclama que aquel subterráneo, en otro tiempo derecho, y de un acceso cómodo, se ha convertido en un laberinto interminable.

A estas palabras, Matilde aniquilada de cansancio, se queda sin fuerza sobre la roca por donde camina á rastra, y el príncipe sobrecogido de una mortal desesperacion, la abraza, y está tentado un momento para arrojarle con ella en los profundos abismos que los cercan; pero al punto la firmeza de su alma le sugiere otra idea: se levanta, y camina por una parte con algunos soldados, mientras los otros se dirigen por la opuesta, y de este modo consigue por último descubrir la verdadera salida. Entonces vuelve

á buscar á Matilde en la roca que la ha dejado, y el cabo de pocas horas un aire más fresco les anuncia, que llegan al fin, y que van á entrar otra vez al mundo. Les parece también que una luz débil penetra por entre las hendiduras de las rocas; Kaled apaga las antorchas, y al momento los alumbró la claridad de la luna que penetra en el subterráneo por en medio de la espesura de zarzas y de inmensas capas de yedra pendientes á la entrada de la caverna. Saca Kaled el sable, rompe aquel débil obstáculo, corta los flexibles ramajes, y se presenta á sus ojos Cesaréa. Reconoce la puerta de Omar y la centinela, ve ondear en las murallas y las mezquitas las banderas amarillas y negras, y distingue al Norte en la llanura el campo de los cristianos y los estandartes de la Cruz. Todo estaba allí sosegado tranquilo como en la ciudad; el fiel Kaled se estremece de alegría porque su señor está libre, y también el honor musulmán.—Mahomet ha velado por tí, le dice al príncipe: en favor de tus antiguos servicios ha perdonado tu imprudencia.

Malek-Adhel alza los ojos al cielo, y da gracias al Dios que ha salvado á Matilde; la coge en brazos y la conduce á la puerta de Omar. Al nombrar á Malek-Adhel se abre al momento; varios soldados vestidos de Sarracenos cercan al príncipe, que se juzga en medio de los suyos.—En fin, exclama estrechando á la princesa en su pecho, los cristianos serán víctima de su perfidia: Matilde está fuera de su poder, y ya no me la robará Lusñan.

Al concluir estas palabras las tropas que le rodean se arrojan repentinamente sobre él, le quitan la espada, y le separan de Matilde. En un momento Kaled y todos los soldados que le acompañan se ven cargados de cadenas: la sorpresa ni aun les permite intentar una resistencia inútil; y Malek-Adhel no sabe si está despierto, ó si le oprime algún sueño espantoso.—¡Prodigio infernal! exclama: ¿en dónde estoy?—En poder de los cristianos, en el de Lusñan, responde este abriéndose paso por entre sus soldados: Cesaréa y Matilde son mías, y tú eres mi prisionero.

Malek-Adhel, sobrecogido de una horrible sorpresa, permanece inmóvil y fuera de sí; un sudor frío baña sus miembros, y arroja al rededor miradas amenazadoras, terribles y desesperadas. El mismo ha conducido á la que adora á los brazos de su rival, y ha dejado tomar á Cesaréa, la ciudad que Saladino había confiado á su celo, y que había jurado defender hasta el último suspiro. Ya no puede sobrevivir á tantos males: los remordimientos que despedazan su corazón imponen silencio á los gemidos del amor desolado, y la afrenta de su debilidad abate la arrogancia de su espíritu: baja la frente humillada, ya no tiene fuerza ni valor, no sacude sus cadenas, y camina en melancólico silencio á la torre á donde Lusñan ha mandado á sus soldados conducirla.

CAPITULO XLVIII.

En el momento que Matilde vió á Malek-Adhel cargado de cadenas cayó sin conocimiento: la llevaron en este estado al palacio que habitaba Lusñan, y á pesar de los infinitos socorros que la prodigaron pasó una gran parte de la noche antes que recobrase la vida. ¡Pero qué instante tan terrible para ella fue aquel en que abrió los ojos y supo que Malek-Adhel estaba encerrado en una estrecha prision, y que Lusñan era árbitro de su suerte, de Cesaréa y de ella misma! Al oír tan horrosas noticias se cubre la cabeza con el hábito para ocultarse de la luz, porque aborrece el día que nace con tantas aflicciones: su corazón se despedaza sin poder sus ojos derramar ni una lágrima, y permanece la misera sin movimiento perdida en su dolor, y sin más pensamiento que este

que dirige al cielo.—¡Oh Dios mío! ¿medis acaso por la estension de mis culpas la de mi castigo!

Infinitas doncellas desconocidas la rodean, pero ella ni las mira ni las habla: de repente se abre la puerta y se presenta Lusñan, manda que le dejen solo con Matilde, y al punto le obedecen. La princesa tiembla, pero se pone de pié, le mira con una dignidad grave que impone respeto, y él baja los ojos. Aquella alma orgullosa que en la embriaguez del triunfo no temió insultar á un rival encadenado, se estremece ahora á vista del enojo de una joven tierna, y no sabe cómo ha de tener fuerza suficiente para soportar sus reprensiones y resistir á sus ruegos. Pero ella no le suplica todavía, porque á pesar de su humildad no se puede resolver á invilecerse hasta ese extremo, y sin mudar de actitud, sin mirar á Lusñan y sin dar un paso hácia él con voz severa le dice:—No hay duda de que sois vos, Lusñan, el dueño de Cesaréa, porque al ver las manos de un héroe cargadas de cadenas, debía yo estar segura de que no era mi hermano el que mandaba en la ciudad.—Señora, respondió él, los cristianos me deben una gran victoria: ¿es posible que la piadosa Matilde no se regocije con la victoria de los cristianos?—Me regocijaria en efecto, replicó ella, si no amase más su honor que su triunfo, y si vos no se lo hubierais adquirido por una traicion.—Señora, nuestros enemigos no hablarían de otra suerte, interrumpió Lusñan ofendido.—Así os hablaría Ricardo si estuviera presente, le respondió con arrogancia, porque su alma magnánima desprecia hasta la apariencia de una perfidia, y su hermana tiene á mucho honor pensar como él: ¿hubiera permitido aquel gran monarca que vuestra mano se atreviese á encadenar las de su libertador, las del mayor héroe del mundo?—Señora, interrumpió Lusñan con violenta agitacion, vos tenéis una justa idea del ascendiente que ejercéis sobre mi alma, cuando en mi presencia no teméis hablar de esa suerte de un rival cuya vida está en mi arbitrio.—Señor, replicó ella con gravedad y resolucion; haciendo á Malek-Adhel la justicia que se le debe ¿qué puedo temer de vos? ¿No os abatis demasiado, asegurando que yo soy quien os impide cometer una horrible vileza?—¡Ah señora! casi no tenéis idea del indomable amor que me devora, si juzgais que otra autoridad que la vuestra pudiera contener el furor de unos zelos reprimidos durante tanto tiempo.

Hablando de esta suerte arrojaba á la princesa unas miradas tan ardientes, que se espanto un momento. Estaba sola con un amante apasionado, y tal vez atrevido, que mandaba en el palacio y en toda la ciudad; pero conocía que la conciencia de la virtud y de la idea de Dios son dos grandes fuerzas, y que ambas las poseía. Tranquilizada de este modo le dijo:—Nos habláis siempre como si aquí mandarais solo, ¿pero no tienen derecho ni poder los príncipes cruzados? ¿Si os han ayudado en vuestros triunfos, no deben disponer como vos de los prisioneros?—No, replicó imperiosamente el rey de Jerusalén; ninguno otro que yo es dueño de Cesaréa, porque yo solo he dirigido el sitio y solo he asegurado el triunfo; y para dejarme la entera disposicion de una conquista que no deben sino á mí, los príncipes cruzados no necesitaban seguramente que al partir Ricardo me hubiera revestido con la autoridad suprema.—De esa suerte replicó la princesa mirándole atentamente, puesto que sois vos solo el que ha asegurado el buen éxito de esta empresa, también sois vos solo el que envió á Malek-Adhel aquel esclavo cargado de imposturas, que instruido por vos en el arte de engañar, ha obligado al príncipe á la más temeraria accion, y si los Sarracenos han violado el sagrado asilo á donde yo me había retirado, vos solo habeis sido la causa.—¿Me haceis señora, responsable de ese crimen? la

preguntó con viveza Lusñan. — ¿Y quién ha cometido sino vos ese horroroso crimen? replicó la princesa con mas viveza todavía: ¿no habeis sido vos el que le habeis concebido? Y preguntó, ¿quién es mas culpable, el musulman que ha dado el golpe, ó el cristiano que le ha dirigido?

Al oír estas palabras Lusñan se queda sobrecogido, porque si las reconvencciones de Matilde son amargas, no son injustas, y si le irritan mucho mas, es porque no puede responder á ellas. Sin duda sentía remordimientos en lo interior de su alma; pero el orgullo y los zelos los convertian en furor, y no sacaba otro fruto del sentimiento de sus injusticias que la voluntad de persistir en ellas. La idea de que Matilde no estimaba tanto las palmas que adornaban su frente, como las cadenas que oprimian las manos del príncipe, irritaba su alma hasta el extremo de hacerle capaz de las resoluciones mas desesperadas, porque el amor y la admiracion de la princesa pertenecian á Malek-Adhel, al mismo tiempo que él no conseguía sino su desprecio y su odio. En esta situación ¿qué habia de hacer mas que sacar partido de las circunstancias en que se hallaba, para obligar á la princesa á que le diese su mano? No quiere esperar el regreso de Ricardo, porque prevé que no ha de aprobar todo lo que ha hecho, y que tal vez descubriendo que es el inventor de tantas intrigas, le negará su amistad; y por lo mismo es fuerza que sus artificios suplan por todo, y le hayan asegurado el éxito de sus deseos antes de que llegue el momento de que le perjudiquen en el ánimo de Ricardo.

Después de haber revuelto estas ideas en su imaginación se decide á no omitir cosa alguna para forzar á la princesa al himeneo que desea, puesto que no puede adquirir su corazón, la obligará á lo menos á que le dé la mano; porque si deja pasar esta ocasion está seguro de que no hallará jamás otra tan favorable; y el convencimiento de sus delitos le alienta para pasar mas adelante. Se acerca á Matilde con el semblante agitado, los ojos inflamados y sombríos, y con voz conmovida y trémula la dice: — Matilde, os amo con una violencia que me es imposible explicar; os juro por Dios vivo que habeis de ser mia á cualquier precio, y antes de abandonar este bien, abandonaré la vida.

Este juramento espanta á la princesa, quiere huir y él la detiene. — No, Matilde, no huirás de mí: sobrado tiempo he contenido mi pasión en los límites de un respeto inviolable; y cuando vuestro hermano os quería unir conmigo y toda la cristiandad confirmaba este himeneo, he sufrido vuestro desden sin quejarme. Puesto que nada he conseguido tratándoos como soberana, quizá lograré mas hablándoos como dueño: y os declaro que para obligaros á ser mia emplearé todo mi poder.

Al oír la princesa estas palabras le responde indignada: — Cuando Ricardo os confió el suyo, sin duda no creía que husariais de él para oprimir la debilidad: ¡Oh Lusñan! he vivido mucho tiempo entre los infieles, pero á ninguno he conocido capaz de la infamia con que en mi presencia acaba el rey de Jerusalén de deshonrar su carácter. — Matilde, no os engañaré, interrumpió imperiosamente Lusñan; cuanto mas desden me mostráis, mas me afirmáis en mis proyectos; ya que nunca he poseído vuestro corazón, y ya que me negáis vuestra estimación, ¿qué me queda que perder? vuestra persona. Pues bien, juro que no la perderé, Matilde; juro por el Dios que rige el universo que si hoy mismo no sois mia, esta noche perderá la vida mi rival. — ¡Horrible blasfemia! exclama la virgen aterrada. ¡Dios mio! ¿prestáis vuestro nombre para semejantes juramentos? — Decidete, Matilde, continúa Lusñan cogiéndola la mano con una violenta agitación; ¿quiereis ser mi esposa? — Jamás, contestó ella; la muerte misma de Malek-Adhel

me espantaria menos que ese himeneo; y estoy segura que me bendecirá por no haber vacilado en la elección. — Bien, replicó él con una amarga é insensible cólera; voy á ordenar su muerte con tanto mayor júbilo, cuanto morirá en su ceguedad, y estareis separados por toda la eternidad.

A esta terrible idea la princesa conoce que se la hiela la sangre: una densa niebla cubre sus ojos: pálida y trémula permanece en silencio, y no se atreve á dar un paso como si se hallara cercada de abismos. La fe no la permitía dudar que muriendo Malek-Adhel en sus errores seria condenado á una reprobacion cierta: quizá la muerte del héroe á quien amaba le hubiera parecido menos horrorosa que el himeneo de Lusñan. ¿Pero habia cosa mas horrorosa que su eterna desgracia? Jamás despedazó su corazón tan cruel angustia, porque no sabe lo que desea, ni sabe qué resolver. Sin embargo, al fin exclama: — No, jamás permitirán los príncipes cruzados que se cometa un crimen tan abominable: se sublevarán contra esa iniquidad, se sublevarán contra tí, Lusñan; yo llamaré á mis ingleses, llamaré al gran Alberto de Austria, al duque de Borgoña, cuya lealtad tan conocida ha merecido la confianza del monarca de los franceses. — Ni vuestros ingleses, ni Alberto de Austria, ni el duque de Borgoña, ni el mismo Felipe Augusto salvarán á Malek-Adhel; porque nadie dicta aquí órdenes sino yo. — Cuando mandes un crimen los cristianos no te obedecerán, y los nobles jefes del ejército sabrán impedir que manilleis su causa con un crimen. — Tal vez lo harán, Matilde, la replicó con una violencia profunda: tal vez creerán que su honor les obliga á defender la vida de su mayor enemigo; pero yo puedo hacerle perecer en secreto y aun librarle de toda sospecha.

En el tono con que pronunció estas palabras creyó la princesa que escuchaba la sentencia de Malek-Adhel; entonces con voz que imponia respeto, con semblante magestuoso y una mirada celeste, le dice á Lusñan. — ¿Y aunque la justicia humana os absolviere, no os espanta la justicia divina? ¿olvidáis que sino dais cuenta de vuestro crimen á los hombres, se la habeis de dar á Dios? — Lo sé, Matilde, replicó Lusñan arrojándose á sus piés; conozco mis culpas y el castigo que me espera; pero los remordimientos y el temor son inferiores á los deseos de que seas mia y al horror de que seas de otro: en fin en este momento, perdido por la devoradora pasión que me consume, no puedo vacilar entre vos y la eternidad.

Unas palabras tan impías disiparon todas las esperanzas de la virgen: le quedaba una sin embargo, pero débil y confusa, que era la de Malek-Adhel y decidir su conversion por el temor de que no diera su mano á Lusñan. Entonces con gravedad desdeñosa le dice al rey. — Vuestra criminal demencia me inspiraría quizá mas compasion que odio, sino me viera reducida en la estraordinaria miseria de tener que escoger entre la salvacion de un héroe y vuestra mano... Pero antes de tomar la última resolucion es preciso que yo vea á Malek-Adhel. — No le vereis, señora, exclamó Lusñan con altivez; conozco sobradamente el poder de las pasiones y el corazón de mi rival para permitir esa conversacion, antes que veros mia se dejaria instruir, y consentiria quizá en recibir el bautismo para lograr que le dejaseis morir. No, no me espondré á que la elocuencia de vuestro corazón abra el suyo á la verdad... No, añadió dando algunos pasos para salir; despreciadme para que muera en su obstinacion, y que mis zelos se vean libres de todo temor hasta en el inmenso porvenir.

Al oír estas palabras no escucha ya Matilde sino su desesperacion, corre hácia Lusñan, se arroja á sus piés y exclama: — ¡Oh príncipe cruel! si no respetas á un héroe ni tienes ninguna piedad de mi dolor, ténla de tí mismo: ¿á dónde corres desdichado?

á tu pérdida eterna: vas á bañarte en la sangre inocente y vas á asesinar á un hombre sin defensa. Cristiano acuérdate de tu Dios; no son esas sus lecciones.

En aquel movimiento impetuoso se la había desprendido el velo, y los cabellos esparcidos, la actitud suplicante y la expresion divina de sus miradas, añadía un poder sobrenatural á sus palabras. Lusñan enajenado se detiene y la dice. — ¡Ah belleza celestial! pídemme mi sangre, mi vida: pídemme mas aun, porque todo lo puedo por tí, escepto renunciar á tu mano.

La princesa bajó los ojos llorando, y siempre postrada, á pesar de los esfuerzos que hacia Lusñan por levantarla, le dijo: — No, no me apartaré de vuestros piés hasta que me hayais escuchado, y moriré aqui mismo si me negais lo que solicito: Escuchad, Lusñan, confieso que habeis perdido mi estimacion; pero podeis recobrarla y elevarla á un grado que toque en la admiracion; podeis llegar á ser para mi un objeto de veneracion; y merecer mi profundo respeto y mi eterna gratitud. Si la pasion os ha degradado un momento, triunfando de ella superais todas vuestras hazañas, y un esfuerzo tan sublime puede remediarlo todo. ¡Oh Lusñan! rompé con estas manos mismas, que riego con mi llanto, las cadenas de un héroe: haced que escuche de vuestro labio la órden de su libertad: viendo que sois tan magnánimo y generoso, os temeré mas sin duda, y se verá obligado á admiraros. Conozco, Lusñan, que os pido heroismo; pero no ignorais cuánto le admira el alma de Matilde, y no querreis manifestarla que creyéndoos capaz de él ha esperado demasiado de vos.

Aquella hermosura doliente calla entonces; pero mira á Lusñan y ruega todavía con sus lágrimas despues que ha dejado de hablar. El altivo monarca se conmueve, su rostro soberbio se entenece, y aquella voz le admira, le penetra, y mira á Matilde... ¡Ah! si hubiera advertido en sus ojos la menor esperanza de ser amado, seria generoso: si ella le hubiera dirigido una palabra mas tierna, mandaria abrir la prision de Malek-Adhel; pero la virgen no sabe fingir, promete á Lusñan su admiracion y su gratitud, pero no le promete su cariño. Entonces muda de proyecto, pide perdon á Matilde, atribuye á su pasion la temeridad de las amenazas que ha pronunciado, la promete todo lo que desea; pero ella no está segura, porque advierte en el tono de Lusñan una cosa que la inquieta, y el favor que la concede la sobresalta mas que los ímpetus de su cólera. Helada por un temor, cuyo motivo no se atreve á manifestar, guardaba silencio, cuando lo interrumpió un capitán de Lusñan diciendo: — Señor, al oír la noticia de la prision de Malek-Adhel, todos los principes cruzados han dejado sus tiendas, han venido inmediatamente á este palacio, preguntan por vos, y quieren saber la suerte que destinais á ese ilustre cautivo. Apresúrese V. M. porque reina entre ellos mucha agitacion.

Al oír estas palabras se estremece Lusñan, toma el casco y la lanza, y se prepara á salir. — Señor, le dice la princesa dirigiendo á él las manos suplicantes, acordaos de vuestras promesas.

Con una sonrisa amarga respondió: — Estad tranquila, señora; y la hizo temblar hablándola de esta suerte.

Luego que se quedó sola se arrodilló: ¿y qué podía hacer si no la quedaba otro recurso? Los hombres la abandonaban y la engañaban sin duda, pero aquel que no abandona ni engaña, cuyo poder sobrepuja al de todos los hombres, la escuchaba todavía; y llorando en su seno no se quejaba la infeliz, porque conservando su inocencia había conservado los bienes inseparables de ella, la confianza y la resignacion.

CAPITULO XLIX.

ARROJADA una flecha á un sitio señalado por el impostor, cuyos artificios acababan de alejar al príncipe, instruyó al rey de Jerusalén que el éxito había correspondido á su esperanza, y podia intentar nuevas empresas. Entonces reúne el ejército, le dice que Malek-Adhel no está ya en la ciudad, y propone dar el asalto. A esta noticia empiezan á moverse todas las tropas, quieren aprovecharse de la ausencia del héroe, y colocan al rededor de las murallas algunas máquinas de una invencion tan nueva como espantosa: nunca han amenazado tantas fuerzas á la ciudad, y ya no la defiende Malek-Adhel. Sin embargo, antes de que principiara el combate, Lusñan envia un heraldo á los muros para pedir una entrevista á Mohamed, y este la acepta. — El rey le dice: Mohamed, he venido yo mismo á declararte que ya no te queda otro partido que tomar sino entregarme la ciudad inmediatamente, y que si lo rehusas, haré que corten la cabeza á tu señor. Sabe que tengo prisionero á Malek-Adhel, á quien he sorprendido esta noche al salir de las murallas. Te pido á Cesaréa por su rescate, y no te concedo mas que una hora de término para decidirte.

Luego que dice estas palabras se retira. Mohamed, fuera de sí, manda que se presente ante el consejo de los emires el impostor que ha engañado al príncipe, el cual confirma todo lo que Lusñan acaba de decirle. Juzga que los cristianos instruidos de la salida del príncipe le habrán sin duda sorprendido; no duda ya de su desgracia, y para salvar la vida de su señor abre las puertas de la ciudad á sus enemigos. Los cristianos asombrados de una victoria tan fácil preguntan la causa á Lusñan, que finge ignorarla, ó la atribuye á la cobardía de los Musulmanes. Sin embargo, su primer cuidado al entrar en la ciudad es mandar sepultar á Mohamed en un oscuro calabozo, y ordena despues que todo quede sosegado y tranquilo; que las banderas de la media luna permanezcan en lo alto de las mezquitas, y que las centinelas de las murallas se pongan el vestido musulman. Unas precauciones tan estrañas y un triunfo tan fácil admiran á los cristianos: el noble duque de Borgoña, no pudiendo tolerar la apariencia de una traicion, exige que Lusñan esplique su conducta, pero este lo rehusa con altivez. — ¿Con qué derecho, le dice, interrogais á vuestro jefe? ¿No habeis jurado obedecerme? ¿No estais bajo mis órdenes? ¿De qué os quejais? ¿He vendido nuestra causa? ¿No somos dueños de Cesaréa? ¿Ha costado la sangre de ningun cristiano?

Estas palabras imponen silencio al duque, porque sabe efectivamente que ha prometido mirar á Lusñan como al jefe del ejército; y cuando Cesaréa es suya, la sospecha sola de que aquella conquista se ha conseguido por un fraude no es suficiente motivo para eximirle de su juramento; pero declara que no entrará en la ciudad hasta que Lusñan dé cuenta al ejército de los medios que ha empleado para apoderarse de ella; y seguido de sus franceses se retira al campo, y rehusa abandonar las tiendas. Pero al momento sabe que, alucinado con engañosas apariencias, creyendo Malek-Adhel volver entre los suyos, ha entrado en la ciudad, y que Lusñan le ha mandado prender y cargar de vergonzosas cadenas. Al punto vuela el leal guerrero á socorrer á un héroe, entra en Cesaréa, habla al duque de Baviera, al duque de Austria y á todos los principes cruzados, y les pregunta si obligarán á Lusñan á que se esplique sobre la suerte que destina á Malek-Adhel. Todos quieren lo mismo, y se encaminan al palacio del rey, y á ellos se presenta Lusñan despues que sale del cuarto de Matilde. Con semblante audaz y soberbio entra en la sala en que se hallan reunidos, les pre-

gunta la causa y las esplicaciones que exigen. El duque de Borgoña toma la palabra, y le vitupera el haber mandado prender á un guerrero sin defensa.

—Debisteis, le dice, pelear contra él, y no sorprenderle.—Ricardo, que me ha conferido la autoridad de que dispongo, respondió Lusñan con tranquilidad, Ricardo sabrá á su tiempo los motivos, y á ninguno otro daré cuenta de ellos.—Señor, continuó protamente el duque, nosotros somos todos cristianos, la afrenta de uno recaerá sobre los demás y el honor me prescribe que os pregunte acerca de lo que pudiera mancillarle: responded, pues, qué pensais hacer de Malek-Adhel.—¿Y qué hariais vos, replicó Lusñan con mayor prontitud, si yo os dejara árbitro de su suerte?—Abriría al punto su prision, y le pondría en libertad.—Ese puede muy bien ser el deseo de un caballero, continuó con indiferencia Lusñan, pero no es el deber de un jefe.

Volviéndose entonces á los príncipes cruzados, en un discurso estudiado, pero elocente y persuasivo, les demostró cuan interesante era para ellos que no pelease Malek-Adhel hasta el fin de la guerra.

—No quiera Dios, dijo, que tenga yo el designio de atentar contra su vida: si algun enemigo se atreviese á acometerle, yo derramaria en su defensa mi sangre; pero amo mucho la de los cristianos para restituir la libertad al vencedor de Jerusalén.

Se apoyó en razones tan eficaces y consideraciones tan poderosas; pintó con colores tan vivos todos los males que habia causado Malek-Adhel á los cristianos, y el terror que les inspira su nombre; manifestó con tanta claridad que Saladino perderia la mitad de sus fuerzas no teniéndole ya al frente de sus ejércitos; probó con tal evidencia que cuando ha faltado aquel héroe los Cruzados han conseguido siempre la victoria, que nadie los habia vencido jamás sino él; y finalmente, que dependia tal vez de su separacion el buen éxito de su heroica empresa, que el duque de Borgoña mismo principió á dudar si la generosidad de que habia querido usar seria contraria al interés general.

Cuando Lusñan advirtió que vacilaban todos los ánimos y que aprobaban su opinion, añadió con tono mas modesto:—Príncipe, cualquiera que sea la importancia de las razones que acabo de esponeros, mi resolucion está muy lejos de ser irrevocable. Cuando Ricardo vuelva á recobrar el mando, y ya no sea yo responsable de la suerte del ejército, quizá mi corazón pedirá tambien gracia para Malek-Adhel; pero Ricardo es el único que puede decidir de su suerte. Acabo de enviar al campo de Ascalon el parte noticiando á aquel gran monarca la toma de Cesaréa y la situacion en que nos hallamos, y su respuesta será nuestra ley. Entretanto Malek-Adhel será conducido á Tolemaida, porque Cesaréa está muy inmediato al teatro de la guerra; Tolemaida, mas tranquila y segura, cuidará mejor de su vida, de la cual no responderia yo en Cesaréa.

Prevaleció el dictámen de Lusñan; y se disiparon todas las sospechas; juzgaron tambien que disponiendo de la autoridad suprema, habia manifestado en sus respuestas alguna deferencia al duque de Borgoña, y quedaron complacidos. Como todos sabian que Malek-Adhel era su rival, aplaudieron el modo con que habia hablado de él, y aquella moderacion desvaneció las preocupaciones adversas que su conducta equívoca habia escitado en el ánimo de los príncipes cruzados.

Aquella noche misma partió Malek-Adhel acompañado de una fuerte escolta á Tolemaida.

Al dia siguiente supo Matilde su partida; se acuerda de la mirada siniestra de Lusñan, la turban horribles pensamientos, y en la vehemencia de su dolor llama á su socorro al arzobispo de Tiro. ¡Ay! ¡en dónde está aquel corazón compasivo, en el cual hubiera podido

ella depositar todos sus temores? ¿A dónde está aquel hombre piadoso, á quien Lusñan no se hubiera atrevido á separar de ella? ¿En dónde está! Salvándola, y aun hace mas todavía, porque salva á Malek-Adhel.

No habia seguido á los raptos de Matilde el dia que la habian arrebatado del monasterio, porque debia dedicar sus primeros cuidados, sus cuidados paternales á las piadosas vírgines á quienes habia llenado de confusion y espanto aquel acaecimiento. Trató primero de tranquilizarlas y orar con ellas, y luego que la paz volvió á reinar en aquel asilo, con el baston en la mano se puso en camino para ir á socorrer á Matilde. En la falda del Carmelo, en la espesura del bosque halló algunos guerreros cristianos que marchaban á Cesaréa; los detuvo, les preguntó á donde iban, qué hacia el ejército, y si se sabia á qué paraje habia conducido Malek-Adhel á la princesa de Inglaterra.

—Padre mio, le responde uno de los soldados, los cristianos son dueños de Cesaréa, en donde manda Lusñan: la princesa de Inglaterra está en su palacio, y nosotros venimos de conducir á Malek-Adhel á los calabozos de Tolemaida.

El venerable Guillermo, se quedó atónito, le tiemblan las rodillas y se sienta en el tronco de un antiguo pino: los guerreros prosiguen su camino y se queda solo.

—¡Dios mio! os doy gracias, porque Cesaréa es de los cristianos y la princesa se halla en seguridad; pero Malek-Adhel gime en un calabozo. A esta idea el buen arzobispo no puede contener el llanto, y al considerar que Malek-Adhel es desgraciado, olvida sus injusticias, sus errores, su sacrilegio, y solo se acuerda de sus beneficios. No reflexiona mas ni examina lo que debe hacer; vuelve á coger el báculo y se dirige á Tolemaida.

En las puertas de la ciudad le dicen que un populacho ciego y furioso intenta dirigirse á la prision para quitar la vida á Malek-Adhel: un poco mas lejos oye decir que han escitado aquel motin los emisarios secretos de Lusñan, y tiembla que digan la verdad. ¡Dios mio! exclama, no permitais que un designio tan culpable haya penetrado en el alma de un cristiano. Camina de priesa y llega á la prision, cuya entrada está prohibida á todos por órdenes severas; pero para aquellos hombres de paz y de amor que no viven sobre la tierra sino para aliviar los males de sus hermanos, están siempre abiertas las puertas del dolor, y donde quiera que gime y padece un desgraciado, tienen siempre derecho para entrar. Conducido por el mismo carcelero, descende el arzobispo á un profundo calabozo en donde reina una melancolica oscuridad; oye suspiros comprimidos... conoce la voz y se le oprime el corazón.

—¡Dios mio! dice, ¿sois vos el que le ha conducido á este sitio? ¿Habeis encargado á la desgracia que le revele vuestro nombre?

A estos acentos el príncipe se levanta precipitadamente, chocan las cadenas unas con otras con un estruendo horrible, y el arzobispo se estremece al escucharlo.

—Malek-Adhel exclama: ¡Guillermo! ¡es Guillermo el que oigo!—Hijo mio, le responde arrojándose en sus brazos y bañando en llanto el rostro del príncipe; hijo mio, Dios te librá. —Pero no me volveré el honor, interrumpió Malek-Adhel con un grito doloroso; he perdido el honor, padre mio; ¡habia sobre la tierra una desgracia mayor que la de perder á Matilde!—Hijo mio, Dios puede volverte mas que lo que has perdido, porque nuestros bienes son muy pobres en comparacion de sus riquezas.—No, interrumpió de nuevo el príncipe, ya no hay para mí un momento de paz ni de esperanza; he vendido á mi hermano; he abandonado la ciudad que me habia confiado, me ha sorprendido un traidor y me ha car-

gado de cadenas como á un vil esclavo; me han sepultado en este calabozo y tendido sobre esa paja, en donde voy á morir.—No morirás aquí, no morirás, exclamó el arzobispo con energía; llegó el tiempo de satisfacer mis deudas, y vas á salir de este sitio.—¿Qué intentas, padre mio, y que dirá Lusignan cuando ya no encuentre su presa, cuando haya huido su esclavo?—¿Y qué te importa? tú vas á salir de aquí.—¿Pero sabéis que si salgo será para unir-me á Saladino, vengarle y restituirle á Cesaréa?—¿Por qué me lo dices, exclama prontamente el arzobispo, si yo no te lo había preguntado?—Padre mio, replicó el príncipe apretándole ambas manos con las suyas, mejor quiero morir aquí que engañaros: y ahora que vais á salvar á un enemigo ¿quereis todavía volverme la libertad?—¿Dios mio! dice el arzobispo; ¿no es él quien me ha salvado la vida en Damasco y en Jafa? ¿No es él quien ha roto mis cadenas en Damietta? ¿No es él quien me ha vuelto siempre á enviar con los cristianos, en donde yo hablaba sin cesar contra él y contra su pueblo? ¿Quisiérais que vuestros enemigos fueran mas generosos que vuestros hijos? No, no perjudico vuestra causa por este acto de caridad; porque vuestra fe divina se ha establecido mucho mejor por la virtud que por las conquistas, y vos habeis movido y convertido mas corazones por el amor que por la cólera. Vos sois, Señor, todo indulgencia y ternura; vos sois quien me manda salvarle; no, no soy yo, Malek-Adhel, es él quien te libra, y esta idea tal vez contendrá tus golpes.

Entonces desata sus cadenas, le coge la mano y le dice:—Ven, hijo mio, ven, que yo conozco todos los rodeos de estas tristes moradas. Dios ha permitido que las hubiera ya visitado para que supiese el modo de salvarte.

Entonces marchan juntos por caminos estrechos y tenebrosos, y á pesar de la oscuridad que reina en aquellos parajes de aflicción, los conoce Guillermo perfectamente para poder estraviarse. El príncipe le sigue con el corazon agitado por un poder desconocido, porque lo que oye y experimenta le excita pensamientos nuevos, y las palabras del arzobispo le parecen llenas de verdad. Pero antes de creerlas, y aun de escucharlas, quiere lavar la afrenta que ha recibido, reconquistar á Cesaréa y pelear contra Lusignan; porque para someter el orgullo y aborrecer la venganza, no es bastante cristiano todavía.

—Hijo mio, dice el arzobispo deteniéndose delante de una gran puerta formada de gruesas barras de hierro, por entre las cuales entran con trabajo algunos débiles rayos de claridad, yo hubiera venido por aquí á buscarle, pero mi brazo es demasiado débil para vencer este peso enorme; tal vez tú podrás.

Malek-Adhel sacude la puerta inmensa, y los cerrojos y las cadenas caen hechas pedazos.—¿Dios mio, exclama el arzobispo, la fuerza de ese brazo va á volverse contra vos!—Padre mio, respondió el príncipe arrodillándose á sus piés; tened compasion de mi y dejadme partir, porque hay en vos una cosa que me asombra, que me hace titubear en mis deberes, que me persuade con mas eficacia que el honor... No me detengais mas... Pronto os volveré quizá á llamar, pronto necesitaré de vuestra misericordia... Aborrezco la vida; estoy para siempre separado de Matilde, y no pudiendo vivir para ella, me será dulce morir junto á vos.

El arzobispo siente correr sus lágrimas, pone las manos sobre la cabeza del príncipe postrado á sus plantas: y le dice:—Yo te bendigo, hijo mio, y plegue al Eterno bendecirte como yo; plegue al Eterno crearte una nueva inteligencia, un nuevo espíritu, olvidar los errores pasados é impedir que vuelvan á tu corazon, y hacer que conozcas á aquel, cuya mano ha creado la tierra y medido los cielos, porque tu salvacion se acerca y será revelada su justicia.

Guardaron ambos silencio largo rato; Guillermo fue el primero que tomó la palabra, y dijo al príncipe:—Esta puerta da á las murallas de Tolemaida; ya estás fuera de la ciudad, intérnate en el bosque de sicómoros que la rodea, permanece allí hasta la noche, y aprovéchate de su oscuridad para atravesar la llanura; huye de tus enemigos; pero en cualquier paraje á donde vayas no huirás de Dios, que te observa y no te olvidará su providencia.—Padre mio, le dijo el príncipe, ¿no venis vos tambien? ¿os quedais en esta prision? ¿quereis cargar con mis cadenas? ¿se atreverán los cristianos á castigaros por mi fuga?—No, hijo mio, no lo temas, respondió Guillermo: un exceso de prudencia les pudo obligar á detenerte cautivo para quitarte los medios de pelear; pero á los nobles hijos de Cristo les complace mucho mas la generosidad que la prudencia: no habrá ninguno que no se regocije al saber que te hallas en libertad, ninguno que no me dé gracias por habértela devuelto.—¿Oh padre mio, qué pueblo sería ese, si fuera como decís! ¡pero qué Dios será el que ha formado una alma como la vuestra y la de Matilde!... Matilde, añadió bañado en lágrimas; ¡padre mio, ya no la veré mas!

El arzobispo respondió con severidad.—Temerario; tú creiste arrebatarla á Dios; creiste que la fuerza de tu brazo podia luchar contra el Eterno: mira como se ha burlado de tu audacia... Matilde va á volver á él, hijo mio, porque es un bien suyo; es forzoso no pensar ya en ella.—Pronto dejaré de acordarme, añadió él, pronto podrá abandonar el mundo, porque ya no estará en él Malek-Adhel para llorarla... Decidla que la vuelvo sus promesas, que yo mismo la pido que se consagre al cielo; ella entenderá este ruego y sabrá que es mi última despedida.

Dominando entonces toda la agitacion que le causaba esta idea, se levantó, estrechó la mano del arzobispo contra su corazon, y le dijo:—Quedad con Dios, padre mio; si muero antes de volver á veros, prometedme que ireis á llorar sobre mis cenizas, y que rogareis á vuestro Dios por mí.

Y sin esperar respuesta pasó el umbral de la puerta y se internó en el bosque. Guillermo permanece todavía algunos momentos en el mismo sitio, sigue con la vista aquel á quien cuenta ya su esperanza en el número de sus hijos; y luego que desaparece levanta las manos al cielo y le dirige estas palabras de Isaías:—¿Oh Eterno! sirve de sombra en medio del día; oculta á los que persigue el acero, y no descubras á los que van errantes.

Habiendo dicho esto se levanta, empuja la enorme puerta y se vuelve tranquilamente por el mismo camino. Entra en el calabozo, se sienta en el sitio de Malek-Adhel, levanta espantado las cadenas con que le habian cargado, pide á Dios que perdone á los que oprimen á sus enemigos, y espera en silencio la suerte que le aguarda.

Oye repentinamente gritos tumultuosos, la puerta se abre con estrépito, y ve al populacho armado con espadas y antorchas, y al carcelero delante gritando:—Han roto los cerrojos, han despreciado mis palabras y piden la sangre del Sarraceno.

Entra precipitadamente la multitud y se ilumina el oscuro calabozo: buscan al héroe, pero no está allí, ha desaparecido; el hombre de Dios ocupa su lugar, tranquilo y sereno como el ángel de los desgraciados. Sobrecogidos de sorpresa y respeto se detienen los revoltosos.

—¿Qué quereis, qué pedis? les dice Guillermo.—Al Sarraceno, exclaman por todas partes; al que ha asesinado á nuestras mujeres, á nuestros hermanos, á nuestros hijos.—Pues no está aquí, responde el arzobispo; he tomado yo su pecado sobre mi cabeza; y me he cargado con su iniquidad. Mirad, pues, si por ella necesitais sangre, y podeis derramar la mia.

A estas palabras la agitacion sucede á la cólera; las manos de aquel pueblo furioso empiezan á temblar, y las espadas caen á los piés del augusto anciano.

Pero una voz grita de nuevo:—¿Quién le ha liberado, quién ha roto sus cadenas?—¿Quién? continuó Guillermo con entusiasmo: *El que me ha enviado para curar las heridas del infortunio, para publicar á los cautivos la libertad, y á los prisioneros la abertura de la prision.*

Al decir estas palabras, la muchedumbre cree que Dios acaba de hablar por su boca: ninguno conoce la secreta salida por donde ha huido el príncipe, y el mismo carcelero la ignora: es preciso, pues, que el Eterno haya prestado su fuerza á un brazo mortal; y que haya conducido al arzobispo en aquel acontecimiento. ¿Por qué ha de dudarlo? Y cuando el santo está en su presencia ¿cómo se han de admirar del milagro?

Guillermo convierte al instante á todos aquellos corazones furiosos en corazones arrepentidos. Despues de apaciguar su furor les obliga á avergonzarse de él, é inspira el amor y la caridad en los que desean sangre y venganza. Quieren sacarle en triunfo fuera de la prision, pero no lo permite; les manda guardar silencio, porque no quiere que se sepa á qué exceso han podido arrebatare los cristianos, ni que se descubra la mano que los ha dirigido á Cesaréa: es para advertir á Lusignan lo que ha hecho, para escitar sus remordimientos, perdonarle, y despues de haberle escusado un crimen, evitarle tambien la afrenta de que se descubra.

CAPITULO L.

MIENTRAS Guillermo libra á Malek-Adhel, ofrece por él su sangre, y piensa solo en salvar la gloria de Lusignan, escribia á este Ricardo desde el campo de Ascalon.

«Algunos rumores injuriosos se han esparcido contra tí; no quiero creerlos, porque mi hermano puede ser acusado, pero no culpable; sin embargo, ¿cómo ha permitido que se cargase de cadenas á un héroe que me ha salvado dos veces la vida? ¿Lusignan manda, y Malek-Adhel no es libre? Hermano mio, me persuado que para cumplir tu deber no habrás esperado mi respuesta, y que en el momento que te escribo, Malek-Adhel marcha á buscar á su hermano, y que tu te adelantarás á reunirte conmigo, y á pelear contra él.»

En medio de los bosques que atraviesa en silencio Malek-Adhel, encuentra algunos guerreros; se estremece porque está sin armas, y conoce que son cristianos: sí, son cristianos, pero son franceses y amigos. El jefe corre á encontrarle con la cabeza descubierta, el príncipe ve al duque de Borgoña, y ya no teme ninguna traicion.—Héroe desventurado, te vengo buscando, le dice el duque: despues que te alejaron de Cesaréa, mil temores agitaron mi corazón. Quería seguirte, mas Lusignan me ha prohibido salir del campo, y por desgracia habia yo jurado obedecerle hasta el regreso de Ricardo; pero la princesa Matilde, venciendo su reserva ordinaria, me llamó ayer aparte y me dijo: Guardémonos de sospechar de Lusignan; pero el libertador de mi hermano está en medio de un pueblo enemigo, y ningun caballero cuida de su vida. Estas palabras me parecieron una orden, y esta debía ser superior á las de Lusignan; porque cualquiera caballero debe sus primeros juramentos á la hermosa, y sus primeros auxilios á la inocencia. Acompañado de algunos de mis valientes franceses volé á Tolemáida, y ya no estabas: hablaban de prodigio y de sedicion; pero el nombre de Guillermo, que mezclaban en toda esta historia, me aseguraba de tu vida. Sin embargo, queria saber á qué paraje te encaminabas para proteger tu fuga: he pre-

sumido que irias á reunirte con tu hermano, porque este era el camino del honor, y debia ser el tuyo. Me he dirigido hácia Ascalon, te he encontrado, y estoy satisfecho. Aquí tienes un caballo y armas; ven, noble guerrero, vuelve á recobrar tu puesto en el ejército de Saladino, que yo me dirijo á decir á la princesa Matilde que está ejecutada su voluntad, y corro á esperarte en los campos de Ascalon—Sí, allí me volveré á juntar contigo, responde el príncipe con un profundo enternecimiento; pero puesto que aunque me hallo vencido, no te parezco indigno de llevar tu espada, dame tambien tu casco, y dignate recibir el mio, pues viéndole en tu cabeza reconoceré al que le lleva, y en medio de los combates, de su tumulto y de su mortandad, podré respetar á mi bienhechor.

Al decir estas palabras se abrazan los dos héroes con mútua y afectuosa estimacion, suspiran por ser enemigos, y se separan para siempre.

Llega Malek-Adhel á los muros de Ascalon, entra en la ciudad en donde reina la consternacion, porque la toma de Cesaréa ha derramado el duelo y el espanto; atraviesa las calles silenciosas, y aquel pueblo, tan alegre al verle en otro tiempo, le mira y enmudece; entra en el palacio de su hermano, y al punto Saladino exclama:—Oh Malek-Adhel! cuando yo te confié á Cesaréa no creí volver á verte de este modo.

El héroe de pié, con los ojos bajos, y en la actitud mas humilde, le responde:—Soy culpable, Saladino; he deshonrado el nombre glorioso de los Ayubitas, y ya no soy digno de que me llames hermano. Todo lo he vendido, mi deber y mis juramentos; Lusignan manda en Cesaréa, y es dueño de los muros que habias confiado á mi fidelidad. ¿Lusignan!...

Se detuvo porque le faltaban palabras para expresar lo que sentia. El rostro severo del sultan se serenó un poco.

—Cuéntame, le dijo, por qué extraño prodigio has permitido á Lusignan que ocupe tu puesto.

Malek-Adhel toma la palabra, y le refiere sus debilidades y sus faltas: lejos de procurar disculparse, el pesar que experimenta no le permite justificarse, y tal como se vé á sus propios ojos, así se muestra á los del sultan.

—Saladino le dice: algunos testigos de tu conducta, víctima de tu imprudencia, me habian hecho ya la misma relacion; pero no te habian pintado tan culpable. Mohamed y Kaled, que están aquí lamentando tus errores, no los juzgaban sin disculpa.—¿Están aquí Moamed y Kaled! exclama el príncipe, y se disipa un momento el ceño de su frente: ¡viven! ¡están libres! ¡ha, bendito sea el ángel que los ha librado! él acaba de restituir la alegría á mi corazón que la habia perdido para siempre.—Príncipe, hemos padecido mucho, le dijeron los dos musulmanes; pero seriamos ingratos si no confesáramos libremente que, exceptuando solo Lusignan, todos los cristianos se han manifestado muy humanos y generosos; todos los príncipes cruzados han dejado libres á sus cautivos; y en cuanto á nosotros, aunque la mano que ha roto nuestras cadenas se ha ocultado cuidadosamente, sabemos que debemos nuestra libertad á los ruegos de la princesa de Inglaterra.

Malek-Adhel baja los ojos, y para espiar sus faltas quisiera prohibir á su corazón que se conmoviese al escuchar aquel nombre. Saladino le mira y le dice:—¿Y qué es lo que resuelves? ¿qué satisfacion ofreces á tu patria?—Malek-Adhel responde: llama á tu presencia á los jefes del ejército, Mohamed les referirá nuestras desgracias y mis delitos; oirás su parecer, y pronunciarás mi sentencia.

El sultan consiente en ello, sube al trono, y se colocan al redor los emires y los jefes del ejército. Malek-Adhel rehusa sentarse, quiere permanecer de pié, y en su frente humillada manifiesta cierta arro-

gancia, que anunciaba al parecer que no le había oprimido la desdicha sino para manifestar que no podía abatirle. Mohamed principia su relacion, cuenta los dos asaltos de los cristianos, y las dos victorias del príncipe, los artificios del impostor enviado por Lusinan, y la partida de Malek-Adhel. — ¡Cuál fue mi sorpresa, continúa, y mi dolor cuando al día siguiente de aquella fatal partida ví á Cesaréa amenazada por todas partes! Los habitantes llamaban á Malek-Adhel, y bajo la proteccion de este heróico nombre se creían invencibles; pero al saber que ya no estaba allí, se abatió su valor en el momento; se apoderó de ellos la desesperacion, y la desolacion general llegó á un esceso que no pueden pintar mis débiles expresiones. Los guerreros arrojaban las armas y corrían á las mezquitas á implorar á Mahomet; las mujeres con los cabellos esparcidos y estrechando sus hijos en el seno, gritaban y sollozaban con violencia: por todas partes se oían resonar gritos y gemidos; por todas partes los tristes Musulmanes dándose golpes en el pecho repetían: ya podemos morir, porque nos ha abandonado, y somos perdidos, perdidos para siempre.

La firmeza de Malek-Adhel no resiste al oír los males que ha causado y las lágrimas que ha hecho derramar; se cubre el rostro con ambas manos, y de lo interior de su pecho salen gritos comprimidos que manifiestan el agudo pesar de su alma. Mohamed observa su dolor, y quiere detenerse; pero se lo impide diciéndole:—Continúa, que la verdad es la que debe castigarme, pinta mis delitos con las lágrimas de los desventurados por mi causa, para que sean indelebiles, y para que su recuerdo permanezca siempre tan presente y vivo en mi corazón.

Mohamed obedece, y continúa diciendo cómo fue engañado por Lusinan, y cómo las perfidias de aquel rey le impidieron ejecutar la resolucion en que estaba de sepultarse bajo los muros de Cesaréa antes que rendirse. Despues de haber interrogado al esclavo impostor, los emires juzgaron como yo, que en el momento que los cristianos habian conseguido que el príncipe cayese en su asechanza, se habrian apoderado de su víctima. Entonces les hice presente el amor que Saladino profesaba á su hermano, y les pregunté si no estaban ciertos que cumpliríamos nuestro deber entregando á Cesaréa por salvarle. Los emires guardaron silencio, porque estaban irritados contra el príncipe, y no le perdonaban que los hubiese sacrificado á su amor. ¿Y qué, exclamé yo, un momento de debilidad os ha de hacer olvidar sus servicios pasados y sus innumerables hazañas? Príncipe, estas palabras, recordándoles vuestra gloria, les decidió en vuestro favor; consintieron en capitular, y cuando volvió Lusinan á buscar la respuesta le entregué las llaves de la ciudad con la condicion de que seria libre, así como todos los habitantes de Cesaréa. Lo prometió el traidor; pero su primer cuidado fue mandar que me sepultasen en un calaboso. ¡Ay! en medio de las cadenas en que gemía supe todavía nuevas desgracias; me dijeron que Lusinan, seguro de que volveriais á Cesaréa, no habia querido aventurar la vida de sus soldados acometiéndose á viva fuerza; supe que para engañaros habia mandado encender fuegos en el campo que dejaba; que en nuestras murallas ondeaban las mismas banderas, y que habia disfrazado sus centinelas con los vestidos de nuestros soldados... Todas sus astucias se lograron; vos mismo fuisteis á entregaros... Ignoro sin embargo si ha cumplido alguna de sus promesas, y le debéis á él la libertad.

Saladino se levantó entonces, y todos guardaron un profundo silencio. — Nada importa saber, exclamó el sultan, á quién debes la libertad, porque no por eso son menos sagradas las obligaciones que has contraído con tu país: habla ahora, Malek-Adhel, y dime cuál

es tu designio. — Escucha, responde su hermano: despues de aquella noche fatal que ví mis manos cargadas de cadenas, la princesa de Inglaterra en poder de Lusinan, Cesaréa conquistada, mancillada mi gloria, y vendido mi hermano, me hubiera dado la muerte sin duda, si la esperanza de vengarte no me hubiera dejado un gran deber que cumplir. — De esa suerte, replicó el sultan, ¿el héroe va á triunfar de un vil amor, á subir de nuevo al lugar de donde ha caído, y á conducir otra vez mis ejércitos á la victoria? — Saladino, replicó el príncipe, no me oprimas de ese modo con tu clemencia: amo tanto tus intereses que no puedo permitir que no te hagas justicia á tí mismo; y en la situacion en que me hallo, conozco que tu rigor me consolaria mas bien que tus bondades; deja, déjame ocultar mi afrenta en las últimas filas de tus soldados: ¡dichoso yo si me permiten con ellos, de cuya fidelidad jamás se ha sospechado, y cuyo honor se halla ileso todavía! — Emires, soldados, pueblo, todos los que estais aquí presentes, exclama Saladino dirigiéndose al numeroso auditorio que le escuchaba: si se levanta de entre vosotros una sola voz que condene á Malek-Adhel, y le juzgue indigno de volver á tomar el mando del ejército, juro imponer silencio á la amistad, y no escuchar mas que la justicia.

A estas palabras la asamblea responde al sultan con una aclamacion unánime: por aquellos rostros varoniles y soberbios corrían por todas partes lágrimas de enternecimiento, y todos los labios repetían estas palabras: ¡viva Malek-Adhel, el glorioso hermano de nuestro sultan! Mientras le acompaña la victoria, la amistad le una á Saladino, y sea objeto de nuestro amor, permanecerá al frente de nosotros, y permanecerá siempre.

Malek-Adhel no puede contener su agitacion, y se arroja en los brazos de su hermano. ¡Ah! le dice, conozco que es delicioso verse amado de esta suerte, y lo conozco cuando tan afectuosos testimonios de amor me separan para siempre de lo que fue objeto de mis mas queridas esperanzas.

Se detiene, y de lo interior de su alma dirige á Matilde un eterno adios: entonces levantando la soberbia frente, en donde empieza á brillar de nuevo el fuego de la gloria, exclama:—Hermano mio; y vosotros, generosos amigos, en el momento en que acabo de venderos os volveis á entregar en mis manos... acepto vuestra confianza porque ahora soy digno de ella; el sacrificio que acabo de haceros en mi corazón me lo asegura.

Se retiran los dos hermanos, y conciertan juntos el plan de una batalla. Están seguros de que los cristianos en la embriaguez de su triunfo no la rehusarán, y será terrible y decisiva. Dentro de pocos días el destino de las batallas manifestará al mundo cuál de los dos imperios ha caído, y si el Oriente sometido ha de doblar la rodilla bajo el estandarte del Profeta, ó las banderas de la Cruz.

CAPITULO LI.

DELANTE de Guillermo corre la voladora fama, llega antes que él á Cesaréa, publica la libertad de Malek-Adhel, pero no la mano á quien la debe; porque este secreto permanece todavía sepultado en el seno de la caridad. A las primeras palabras de esta noticia penetra Lusinan todo el misterio, y adivina quién es el hombre que ha despreciado sus órdenes; el hombre que revestido de una autoridad superior á la de los reyes ha podido solo superar la suya; pero sabe también que aquel mismo hombre, que solo trabaja por el cielo, se desdena de recibir en la tierra el premio de sus obras, y se le verá recoger á otro sin dignarse reclamar sus derechos. El audaz Lusinan osa atribuirse los méritos de Guillermo, y espárce en el ejército, que como soberano no le permitia la pru-

dencia restituir la libertad á Malek-Adhel; pero que como caballero, su generosidad á encargado al arzobispo que le librarse en secreto. Todo el campo se sorprende, y muchos dudan de esta accion; pero todos los cristianos capaces de ejecutarla, que son muchos, se esfuerzan á creerlo. Entretanto llega el arzobispo, sabe lo que publican, guarda silencio, y se va al cuarto de Lusian. Este monarca, arrogante y soberbio hasta entonces, á vista de Guillermo se turba y sobresalta: confiesa sus delitos, no con ese espíritu de contricion que indica el verdadero arrepentimiento, sino con aquel espíritu de orgullo que desde la altura en que domina sobre los débiles, se abate repentinamente á las súplicas mas sumisas delante de aquel que tiene poder para humillarle. Confiesa que una indomable pasion le conduce á grandes extravios, y manifiesta á Guillermo que hubiera perdido sin recurso la estimacion de los Cruzados si no hubiera aprovechado aquella ocasion de recobrarla. Procura probar que por los intereses de la fe era preciso ocultar las faltas del menor cristiano, y con mas razon las del jefe del ejército; y finalmente emplea toda su elocuencia en persuadir á Guillermo que él mismo se halla interesado en confirmar á las tropas que efectivamente debe Malek-Adhel su libertad al soberano que las manda.

Al oír estas palabras le detiene el arzobispo.—Basta, Lusian, no prosigais, le dice: imitando á mi divino Maestro puedo ser abogado de los pecadores, pero no lo seré jamás del pecado. Padre, exclamó Lusian, ¿no puedo yo borrar el mio?

Y entonces con extraordinaria vehemencia le cuenta los vastos proyectos que concibe: al escucharle no hay cosa que no deba esperarse de su valor; todos los Sarracenos no podrán resistir en su presencia, va á conquistar todos sus reinos, señala ya como espacion de sus culpas las provincias que su brazo ha de restituir al imperio de Cristo, y se dilata en todos estos pormenores con orgullosa complacencia. El arzobispo le escucha hasta el fin sin interrumpirle; pero luego que calla le responde con gravedad:—¿Es posible, Lusian, que la memoria de haber perdido un reino no baste á humillar la vanidad de vuestro corazón, contener sus impetus y manteneros en la humildad y en una prudente modestia? Al menor triunfo, sin reparar en los medios con que le habeis conseguido, se exalta vuestro orgullo, y cree que puede intentarlo todo. ¿Qué camino habeis elegido ¡oh rey cristiano! para recuperar vuestro trono? El artificio y la traicion. Sin embargo, no descubriré vuestra afrenta, pero observaré todos vuestros pasos. Respetando, como debo, vuestra sangre y la púrpura que os habeis revestido, sabré volver á sumergir todas esas grandezas en la nada, si usais de ellas para dañar, y mostrar el hombre todo entero si fuese todavía criminal.

Lusian devora la violenta indignacion que espere. Aparentando que se humilla, procura discurrir medios para alejar el testigo que va á perseguirle, el justo que puede aterrarle; con mortal inquietud ve al arzobispo entrar en el cuarto de Matilde y hablar con los príncipes cruzados; porque teme siempre que se divulgue el secreto y se conozca su afrenta. Llega luego al campo el duque de Borgoña, y se acrecientan sus temores, porque de todos los príncipes que le rodean no hay ninguno cuyo carácter le incomode tanto. En efecto, al saber que dicen en Cesarea que de orden de Lusian han restituido la libertad á Malek-Adhel, el duque de Borgoña, que en esto mismo advierte un nuevo engaño, está casi para levantarse contra él. Pero cuando añaden que Guillermo no desmiente aquella asercion, mira como un deber callar tambien; porque si la cosa es cierta, debe de respetar la conducta de Lusian, y si no lo es, el silencio de Guillermo.

En las llanuras de Ascalon no tarda en saber Ricardo que Malek-Adhel está ya con su hermano, que ha vuelto á tomar el mando de los ejércitos, y que los Sarracenos se aprestan á presentar batalla. Al punto ordena á Lusian que se reuna á él con todas sus fuerzas: le espresa la satisfaccion que le ha causado su conducta, y añade que Matilde no puede volver al monasterio, de donde pueden sacarla segunda vez los Sarracenos, ni quedarse en una ciudad que Malek-Adhel ha jurado reconquistar. Es preciso que Lusian la conduzca al campo de Ascalon para protegerla con todas las fuerzas cristianas.

Lusian participa al ejército y á la princesa las órdenes de Ricardo. El ejército obedece contento, y Matilde se resigna á todo; parte, y no se separa de ella el arzobispo.

Ricardo recibe á su hermano de armas con todos los testimonios mas vivos de afecto, porque no ha dudado ni un solo momento que fuese el verdadero libertador de Malek-Adhel; se envanece al fin celebrando el valor de su amigo al mismo tiempo que ensalza sus virtudes, y así lo manifiesta en presencia de su hermana. Lusian se avergüenza; Matilde calla, porque ha prometido no revelar las verdades que sabe, y jamás pronunciará su labio que Lusian ha concebido el designio de dar la muerte á un rival desarmado. Con semblante indiferente y serio escucha los discursos de Ricardo: en vano cree moverla, y mas en vano todavía espera atemorizarla; porque la que ha experimentado todas las desgracias y ha renunciado á todos los bienes, de nada puede temblar. Ahora que ha sabido por el arzobispo de Tiro que Malek-Adhel está en libertad, que su alma está llena de conversion, y que la permite que se consagre á Dios, nada la detiene ya en el mundo, y solo aspira á dejarle. Así se lo declara á Ricardo, que se irrita, porque la nueva gloria de Lusian le habia infundido otras esperanzas: la virgen baja los ojos con respeto, pero sin agitacion. Admirado de su tranquilidad la pregunta sino teme su cólera.—Temo por vos sus efectos, señor, le responde; pero por mí no temo nada: está ya fijada mi suerte, que solo la muerte puede mudar; y esta no me causa temor.

Ricardo se asombra de la firmeza que se oculta bajo de tanta benignidad; comienza á sentirse vencido por un ascendiente superior, y observando la profunda resignacion pintada en las facciones de Matilde, está inclinado á creer que el alma que anima aquel hermoso rostro se ha remontado ya hácia otro mundo, y que aquella tierna virgen no rehusa ser una reina sobre la tierra sino porque se siente llamada á ser una santa en el cielo.

Lusian no se atreve ya á manifestar sus deseos: conocia mal las virtudes cristianas que distinguen tan eminentemente á la princesa, y temia que solicitándola con demasiada vehemencia la obligase á decir lo que él tenia tanto interés en ocultar. Pero callando de esta suerte mueve á todos los que ignoran el secreto de su silencio; compadecen su amor; aplauden su respeto, y se admiran que Matilde permanezca indiferente á tan nobles procederes. Ella oye estas acusaciones, y no la asombran ni la afligen: satisfecha con la aprobacion del arzobispo, que ha penetrado sus pensamientos, no se agravia ni sobresalta de que la acriminen; porque ya no está en el mundo, y todas sus censuras y elogios, percederos como él, no pueden conover á la que disgustada de todo lo que acaba, ha confiado sus esperanzas y ha entregado su destino á aquella eternidad que no concluye nunca.

Solo habian pasado dos dias despues que se hallaba reunido el ejército, y Ricardo habia vuelto á tomar el mando general, cuando supieron que los escuadrones sarracenos salian fuera de las puertas de Ascalon. Conocieron que aquella era la señal de la batalla,

y se prepararon á pelear. Todos los caballeros se revisten con las armas mas fuertes, y Matilde con manos trémulas ata la coraza de su hermano; tal vez es este el último servicio que le hace, y todavía derrama lágrimas por este temor, despues de haber derramado tantas por temores quizá mucho mas crueles.

El rey de Jerusalén en su tienda, solo con su escudero, le confia sus penas. Aquel escudero que habia sido en otro tiempo musulman, llevado de una codicia vil, mas bien que de una verdadera fe, habia entrado hacia ya muchos años al servicio de Lusñan; está dispuesto á obedecer todo lo que le mande, aunque sea un crimen, y Lusñan medita uno. — Escucha, le dice: en este día memorable no tengo mas que una esperanza, ni en esta batalla terrible mas que un objeto, que es pelear contra Malek-Adhel: quiero que me dé la muerte, pero no quiero que me sobreviva. Has de estar siempre junto á mí; si me alejo con él nos seguirás; si logro la victoria, permanecerás tranquilo; pero si caigo ó muero cuento con tu fidelidad, y te repito que no permitas que me sobreviva.

El escudero se lo promete, y entonces Lusñan se tranquiliza, y ya no teme la contingencia de un combate en donde solo tiene que temer la muerte. Un miércoles cuatro de octubre salió del campo de Ascalon el ejército entero de los Cruzados para ir al encuentro de Saladino. (1) y se desplegó en la llanura desde el rio Belus hasta el mar. El rey de Inglaterra, delante del cual llevaban el libro de los Evangelios, cubierto de tela de seda y sosteniéndole por los ángulos cuatro oficiales, ocupaba la izquierda hacia el rio con los ingleses y hospitalarios; el marqués de Montferrat mandaba la derecha teniendo á sus órdenes los venecianos y los lembardos; Lusñan estaba en el centro con el Landgrave de Turingia, los franceses y los pisanos; Gerardo Biderford, gran maestro de los Templarios, el duque de Güeldre y los catalanes formaban el cuerpo de reserva; y habian dejado para guardar el campo á Gofredo de Lusñan, hermano del rey, y á Jacobo de Avesnes. Los arzobispos de Pisa, de Cantorbery, y de Rávena, de Besanzon y de Nazaret, y los obispos de Beauvais, de Salysbury, de Tolemaida y de Belen peleaban tambien armados con casco y coraza.

— Admirando Ricardo la fuerza de aquel gran ejército, exclamó en su entusiasmo: ¿qué poder humano nos resistirá? ¡Oh Dios! sed neutral, y la victoria es nuestra.

Ambos ejércitos avanzan de una y otra parte con igual ardor: llegan al frente; en pocos instantes se disminuye el intervalo que los separa, y al momento desaparece enteramente. Bajan las viseras, enristran las lanzas, y los caballos se precipitan; cristianos y musulmanes todos se estremecen; se chocan los escudos, se cruzan las espadas, se entrelazan los pies, se tropiezan los venablos; los dos ejércitos están de tal manera confundidos y mezclados uno con otro, que no se distinguen los Sarracenos de los Cruzados, y las garzotas de los cascos de estos parece que están colocadas en los de los árabes. En el centro del tumultuoso choque se levanta un espeso torbellino de polvo que cubre los combatientes, oscurece el aire, sube hasta las nubes, y las pacíficas colinas resuenan con el estruendo de las armas, los gritos de la victoria y los gemidos de la muerte.

La espada de Lusñan devora los infieles, y hace en ellos una carnicería espantosa; nada le detiene ni resiste, porque no encuentra á Malek-Adhel. Mientras triunfa en el centro, Ricardo triunfa tambien en la izquierda; pero en la derecha Saladino rechaza

al marqués de Montferrat: sin embargo, los cristianos, vencedores en dos puntos, tienen la ventaja y prosiguen la victoria con una impetuosidad sin ejemplo cuando un grito horrendo lanzado de la retaguardia de su ejército los detiene de repente, los obliga á mirar hacia atrás, y les manifiesta que se ha aparecido Malek-Adhel. Al momento retroceden, y en todas partes descubren los vestigios de aquel terrible guerrero; las cimbras rotas, las cotas de armas despedazadas y ensangrentadas, los estandartes rodando por la tierra, las anchas y profundas heridas de los moribundos; todo les dice que ha pasado por allí la espada de Malek-Adhel. Al punto le divisan recorriendo el vasto campo de batalla, llevando su valor á donde quiera que los cristianos son vencedores; renacen los combates en todas partes, en todas partes triunfa, y por la habilidad de sus planes, en todas partes se ven los cristianos cercados de enemigos. Lusñan furioso y desesperado, viendo que se halla próximo á perder una victoria tan magnífica, se sacrifica por la salud de los suyos. Llama á grandes gritos á su indomable rival, y espera alejándose del combate dar tiempo á los cristianos para que recobren su superioridad: prevé sin duda que perecerá en aquella lucha terrible; pero está seguro de que tambien perecerá con él Malek-Adhel; esta idea casi le hace amar la muerte. El héroe oye el desafío de Lusñan, y tiembla de furor, pero no le responde: el rey de Jerusalén admirado de aquel silencio oprime los hijares de su caballo y alcanza á Malek-Adhel; pero este se aparta y aleja del único cristiano cuya sangre derramaría con placer, porque se ha propuesto evitar toda querrela particular á fin de no abandonar el campo de batalla antes de la victoria; y aunque le cueste mucho quiere permanecer fiel á su deber. Pero poco solícito en defender una vida que aborrece, rechazando á los cristianos no se guarda de sus golpes, y espera interiormente que su muerte espíará el daño que no puede menos de causarles.

Entretanto Lusñan se encarniza en perseguirle, y siempre detrás de él, le oprime con los términos mas injuriosos: el soberbio guerrero devora largo tiempo en silencio aquellos ultrajes, pero al fin ya no puede contener su cólera; en el furor que le anima está bien seguro de que no necesitará mas que un momento para purgar la tierra de un rival que detesta, y no tiene el orgullo de creer que un instante de ausencia pueda acarrear la derrota del ejército. — Ven, le dice á Lusñan, apresurémonos á extinguir en nuestra sangre el odio recíproco que nos devora.

El rey de Jerusalén le sigue, pero no solo, porque su escudero no ha olvidado sus órdenes.

Malek-Adhel se detiene á alguna distancia del ejército detrás de una porcion de rocas que los ocultan de la vista de todos: arroja lejos el escudo, y dice: — Creeme, Lusñan; no usemos de estos vanos medios de defensa que retardarán nuestra derrota; y al contrario, ace'remos el instante en que el uno de nosotros cese de aborrecer al otro.

Lusñan le imita, deja el escudo, saca la espada y principia el combate. La horrible muerte oye los golpes de aquellos intrépidos guerreros, vuela, llega y se sonrie al ver las grandes víctimas que van á caer bajo su imperio. Jamás ha manifestado Lusñan tanto valor ni ha tenido tantas esperanzas, porque Malek-Adhel está herido. A la indiferencia con que este héroe defendía su vida en el campo de batalla, debian muchos cristianos el honor de haber derramado su sangre, y la que pierde debilita el vigor de su brazo. Pero su valor suple por las fuerzas que le faltan, y asiendo la espada con ambas manos descarga con ella tan furioso golpe en la cabeza de su rival, que este titubea: el casco hendido por la mitad cae en tierra, y cubre sus ojos un diluvio de sangre. Viendo Malek-Adhel que se ha quedado con la cabeza descu-

(1) La disposicion de esta batalla es toda histórica, y las palabras con que concluye las dijo verdaderamente Ricardo en aquella ocasion.

bierta, arroja tambien su casco, y para volver á empezar el combate, espera que su adversario se halle en estado de defenderse; pero apenas Lusñan recobra los sentidos cuando se arroja al príncipe, le mete la espada por una advertura de la coraza con un movimiento tan rápido, que el héroe, que no le esperaba, no tuvo tiempo para parar el golpe. Al punto de su ancha herida salta la sangre á gruesos borbotones. — ¡Ay Matilde, exclama, si la derramase por vengarte y no te affigiera mi muerte, cuánto la amaría! — Affigirla replicó Lusñan; está seguro que se complacerá de ella con nosotros.

Dice, y rodaba les golpes, pero ninguno alcanza al príncipe, que recobra la ventaja y hiere en el costado á su rival. Entonces Lusñan procura mas bien defenderse que atacar, evita al príncipe, da vueltas al rededor, le cansa y fatiga, conociendo que como está herido, no necesita mas que prolongar el combate para estar seguro de la victoria. Pero Malek-Adhel,

indignado de que la lucha sea tan igual, é incierta todavía la victoria, y que el hombre que mas aborrece sea el que le resista mas; y finalmente, deseando terminar el combate ó morir, deja la espada, saca el puñal, y se precipita sobre Lusñan para sepultársele en el corazon; forcejan, se enlazan, se atacan, se rechazan, y vence por fin el príncipe. Coge y estrecha á su adversario entre los brazos con tanta fuerza, que Lusñan pierde la respiracion y el movimiento; vacila y va á medir la tierra. Malek-Adhel se arroja con él, levanta el puñal para herirle... — ¡Oh héroe, escúchame! le dice Lusñan con voz moribunda. — Malek-Adhel se detiene á escucharle, pero el rey de Jerusalén pierde el conocimiento antes de concluir su súplica. El príncipe vacila en dar un golpe inútil á un enemigo casi muerto: mientras vacila, el escudero de Lusñan que ha visto caer á su amo, le cree sin vida, y fiel á su promesa, se precipita sobre el héroe y le mete la espada en la garganta. Malek-Adhel sor-



prendido se vuelve para vengarse; pero debilitado y aniquilado por sus numerosas heridas cae exánime; cierra los ojos á la luz, pronuncia todavía con labios pálidos y moribundos el nombre de Matilde, pierde el movimiento y el calor, y queda tendido sobre la tierra que baña con su sangre.

El escudero mismo de Lusñan horrorizado de aquel espectáculo, no puede creer que haya sido víctima suya un guerrero tan célebre; el espanto se apodera de su alma, y si va no teme el brazo, le estremece la sombra de Malek-Adhel. Desea alejarse de aquel sitio espantoso, pero quiere llevarse el cuerpo de su amo, y sus fuerzas son insuficientes. Percibe en lo escarpado de las rocas un pastor que aterrado se hallaba refugiado allí, mientras á su lado las cabras pacían sossegadamente la tierna yerba y el ramaje de los arbolillos; le llama y le obliga á que baje á ayudarle á trasportar al campo el cuerpo de Lusñan. En el camino encuentran algunos cristianos fugitivos. — ¡Qué se ha perdido la batalla! exclama el escudero. — Lusñan ha desaparecido, respondieron, y Saladino y Malek-Adhel son vencedores. — ¡Malek-Adhel! continúa el escudero, Malek-Adhel ha muerto; acaba de espirar á los golpes de Lusñan, de mi amo que llevamos aquí cubierto de heridas.

Los cristianos no se atreven á creer lo que oyen; repiten estas palabras extraordinarias: «Malek-Adhel acaba de espirar.»

De boca en boca vuelan hasta el centro del ejército, y al momento los Musulmanes y los cristianos se

detienen sobrecogidos, y los primeros se golpean el pecho y se arrojan en tierra desesperados. Los cristianos mismos no pueden dejar de conmovirse; sin embargo, recobran el valor y se aprovechan del espanto de los infieles para vencerlos. Saladino victorioso hasta aquel instante, Saladino siempre dueño de si mismo en los peligros mas eminentes, Saladino á quien las flechas mas agudas y los males mas crueles ni aun hacen que mude de color, ahora ya no pueden dominar el dolor que experimenta; la muerte de su hermano le ha sobrecogido con tal violencia, que durante un momento olvida su imperio y su gloria para no pensar sino en lo que pierde. Le rechazan y le vencen; se retira á Ascalon, y va á ocultar en los muros de aquella ciudad su profunda desesperacion y las reliquias de su poderoso ejército.

CAPITULO LII.

Los cristianos dueños del campo de batalla cantaban el himno de la victoria, mientras el cuerpo de Lusñan acababa de llegar al campamento. Le conducen á su tienda, y su escudero, mas pálido y mas desfigurado que él, porque el crimen comunica á la fisonomía un carácter mas horroroso que el de la muerte misma, le seguia temblando. Gofredo de Lusñan al ver á su hermano pálido y sin movimiento, acude con todos los socorros de la medicina y de la Iglesia. El arzobispo de Tiro se sienta junto al lecho del moribundo con el fin de aprovechar el primer instante

de conocimiento para restituirle á lo menos al cielo, ya que no sea posible restituirle la vida. Matilde viniendo su repugnancia entra tambien en la tienda, y sus manos delicadas se ocupan incesantemente en esprimir el zumo de las yerbas y escoger los simples de que se compone el aparato de las heridas. Los cirujanos de Europa se admiran de la profundidad de las de Lusitan : — ¡ Se conocen los golpes de Malek-Adhel ! exclama el escudero.

A estas palabras la princesa suspende su obra, mira al escudero y le dice con voz muy conmovida : — ¿ Ha sido Malek-Adhel el que ha herido á tu amo ? — Sí señora, responde ; pero mi amo ha sido el que ha muerto á Malek-Adhel. — ¡ Ha muerto á Malek-Adhel ! repite la virgen dejando caer las yerbas que tenia en la mano.

No puede hablar mas palabra, porque se entorpecen sus miembros, se le hiela la sangre, se le empaña la vista y se queda de pié, pálida, inmóvil como si la hubiera abandonado la vida. Sorprendido el arzobispo de la noticia que oye y de sus funestas resultas, acude á Matilde ; se esfuerza á decirle algunas palabras, pero en vano, porque él mismo se halla oprimido de dolor. Matilde ya no siente nada ; sus ojos fijos y secos no derraman ninguna lágrima, y sus labios cárdenos y helados parece que no han de abrirse jamás. Viéndola el arzobispo en aquel estado, recobra fuerzas para consolarla ; pero sus palabras, en vez de penetrar el corazón de la princesa, ni aun hieren sus oídos. Permanece en la misma actitud, y Guillermo, sobresaltado por ella, se sobresalta infinitamente mucho mas por el príncipe ; y le dice al escudero : — ¿ No hay ningún recurso ? ¿ Se ha perdido absolutamente Malek-Adhel ? — ¡ Perdido para siempre, para siempre, para siempre, para siempre ! exclama la virgen con una voz sorda y lastimera, y con una mirada que parece que se sumerge en las profundidades inmensas de la eternidad.

El arzobispo, á quien han enternecido mucho mas estas palabras, porque comprende su sentido y conoce que no es la muerte de Malek-Adhel la que le causa la desesperacion de su dolor : — Amigo, continua con prontitud : respóndeme la verdad ; ¿ le has dejado sin esperanza ? El escudero sobrecogido en presencia del arzobispo, y lastimado del estado de la princesa, imagina que siente en su seno serpientes que le devoran, y sus labios no pueden pronunciar una palabra. El perspicaz Guillermo, acostumbrado á penetrar en las conciencias, advierte en su frente pálida la señal de los remordimientos ; prevee un misterio horroroso y quiere descubrirle al momento : « Ven, sígueme, le dice. » El culpable no se atreve á resistir á su mandato ; el arzobispo le conduce á una tienda inmediata, manda trasportar allí á la princesa, y apenas los tres se quedan solos, se dirige de este modo al pecador que tiembla á sus piés : — Habla, descubre lo que sabes y el tenebroso secreto que ocultas. — ¡ Perdon, perdon ! exclama el escudero como creyendo que Guillermo habia adivinado el crimen que ya sabia el cielo. — Tú nos has engañado, continuó el arzobispo ; Malek-Adhel vive todavía.

Estas fueron las primeras palabras que oyó la princesa ; tiembla repentinamente, mira al rededor fuera de sí, y arrojándose á los piés del escudero abraza sus rodillas con manos trémulas, y grita sollozando : ¡ Ah ! dime, apresúrate á decirme que Malek-Adhel vive todavía. — ¡ Qué desgraciado soy, responde el escudero enajenado ! porque no puedo á costa de toda mi sangre rescatar mi crimen y volver la vida á ese príncipe. — Matilde tiembla, su terror la desengaña y la revela qué sangre es la que mancha las manos que toca ; y con un grito lamentable se aparta del asesino diciendo : tú eres, tú, quien le ha dado la muerte. El culpado se arroja juntando el rostro con la tierra, y confiesa su delito : Guillermo le escucha aterrado, y llora por un atentado tan abominable :



pero al momento, escitándole otras ideas el estado de la princesa, á quien parecia que la confesion del escudero habia enajenado el juicio, se acerca á ella, la levanta en brazos, y la dice : — Recobrad el áni-

mo, hija mia, que tal vez aun no se ha perdido todo, porque el brazo de los asesinos es siempre trémulo, sus golpes mal seguros, y rara vez aciertan al corazón de los héroes. — ¡ Ah ! si aun tiene una sombra de

vida, exclama Matilde, yo la descubriré al punto.

Y con esta esperanza se la reanima la sangre y se colora ligeramente su frente abatida.—Si Malek-Adhel no existe, añade; si tantas virtudes debían ser castigadas ¡oh Eterno! ¿en dónde está la justicia y tu verdad?—Hija mía, interrumpió prontamente el arzobispo; muere de dolor, pero no blasfemes.—Partamos, padre mio, le dice la princesa, partamos sin dilación: el asesino nos guiará por los vestigios sangrientos por donde ha venido.—Partamos, dice el arzobispo tan inflamado por la caridad, como Matilde misma podía estarlo por el amor.

La noche no los detiene, porque la luna brilla y los alumbraba desde lo alto del cielo. Guillermo coge bálsamo y simples propios para las heridas, y superando su ancianidad, sigue de cerca la carrera rápida de la princesa. Los remordimientos parece que dan alas al asesino, y á pesar de los rodeos que se ven obligados á dar para no encontrarse con los cristianos que vuelven al campo, la caridad, el amor y el arrepentimiento les comunican tal ligereza, que llegan muy pronto á las rocas que cubren con su sombra el cuerpo de Malek-Adhel. Al percibirle se estremece el asesino sin poder acercarse; aparta la vista de aquella sangre que clama contra él; se queda inmóvil, y su lengua pegada al paladar no puede pronunciar una palabra. Matilde mira al rededor, hiere su vista el resplandor que reflejan los rayos de la luna en las armas de un guerrero, se precipita y arrodilla junto á él, separa sus cabellos, le reconoce, se inclina sobre aquella frente manchada de sangre y polvo, pone una mano trémula sobre su corazón, y permanece algunos minutos en aquel estado terrible de agitación, en el cual nos sentimos como suspensos entre la inmortal felicidad y la eterna desesperación. Un movimiento, un soplo van á decidir su suerte; espera con los ojos fijos y la respiración suspendida: parecía que no quería volver á principiar la vida sino con su esposo. De repente una vislumbre de alegría recorre y penetra todo su ser, y con voz aguda y llena de esperanza exclama, viendo llegar al arzobispo.—¡Padre mio! su corazón palpita todavía, el cielo está justificado.

Al punto desgarra el velo para atar todas las heridas del príncipe; sus manos parece que se multiplican; jamás se han aplicado tantos socorros con mayor prontitud; jamás tuvo tanta fuerza un cuerpo tan delicado. Levanta la cabeza del héroe, la estrecha en su seno; la inunda en llanto, y calienta con su puro aliento los labios pálidos y helados que la muerte iba á cerrar para siempre. Un débil suspiro se exala del pecho del héroe:—¡Dios mio! exclama Matilde con un fervor exaltado; no os imploro por mi amor, no os pido nada para mí, apoderaos vos solo de su corazón, y que vuelva solamente á ver la luz para conoceros; sed vos, sed su único pensamiento.

Mientras ella ruega, el arzobispo aplica sobre las profundas heridas del príncipe un vendaje, de cuya inutilidad está bien convencido. Cumplido este deber piensa en otro mayor, al pié de las rocas ha oído murmurar un arroyo, y va á llenar el casco ensangrentado de agua saludable.—¡Oh venerable santo! le dice la princesa; orad, orad, que Dios no os negará la salvación de esta alma.—Guillermo rocia la frente del héroe con el agua, á la cual la misericordia del cielo ha permitido comunicar una virtud divina. En aquel momento los rayos de la luna caen perpendicularmente sobre el rostro de Malek-Adhel; Matilde le ve entreabrir los ojos y mover los labios procurando hablar.—¡Padre mio! dice ella al arzobispo tendiendo la mano hácia él: acercaos, habladle vos, que no es á mí á quien debe oír.—Guillermo se inclina al príncipe y le dice: hijo mio, hijo mio, Dios te espera, Dios te llama.

A este acento Malek-Adhel entreabre los párpados,

y con una voz tan débil, que sin el silencio de la noche y la atención de los que le escuchan no se hubiera podido percibir, le dice: ¡padre mio, habeis vuelto! Vos no habeis abandonado á vuestro hijo.

Con una viveza apasionada exclama la virgen: ¡Dios mio! ¡Dios mio! yo os bendigo.—¡Qué voz! dice él procurando incorporarse; ¡qué voz viene á rodear mi muerte de delicias!—Hijo mio, responde el piadoso Guillermo, consagra á otros pensamientos los pocos instantes que te quedan, porque pueden alcanzarte una vida y una felicidad sin término.—¿Con ella? padre mio, dijo estrechando la mano de Matilde en su mano lánguida.

En aquel momento no tiene valor Guillermo para ser riguroso, y espera que un Dios infinitamente amoroso aceptará una conversión producida por el amor.—Si hijo mio, con ella, respondió, si tus últimos afectos son para Dios.

Entonces se apresura á derramar sobre el príncipe el agua santa del bautismo; pronuncia las palabras sagradas; y haciéndole que abrace el signo de la redención:—Adora, le dice, los rayos de este sol que se ha apagado en la cruz por alumbrarte, y ten esperanza de salvación; porque este Salvador tiene infinitamente mas poder para alcanzártela, que tiene para quitártela todos tus errores.

A estas palabras el príncipe deja la mano de Matilde para abrazar la cruz; y al punto la luz divina y la abundante vida que la sigue descendiendo á torrentes á su espíritu; ama y cree.—Celeste claridad, dice, te he visto, y ya no puedo perderte; fe, esperanza, amor, á vosotros me entrego... Adios, Matilde, que voy á esperarte.—La virgen baña en llanto el rostro de su esposo, pero sus lágrimas son de dulzura, porque ahora está cierta de volverle á encontrar, y cuando la eternidad bienaventurada está toda entera en su presencia, la muerte que los va á separar no es mas que una ausencia de pocos dias.—Amigo, exclama ella en una especie de delirio estático; se tú bienaventurado primero, que yo te amo mucho para sentirlo.—El arzobispo reúne las manos de los dos, y con voz tierna y grave les dice: «esposos cristianos, sed el uno del otro para siempre. Malek-Adhel, ve á recibir el premio de tu bautismo; sube al cielo á preparar la felicidad de tu esposa, mientras sus lágrimas espían aquí bajo tus errores.»

El héroe solo tiene fuerza para elevar sus ojos hácia el cielo que le muestran, pero los cierra al punto, y su alma vuela al seno de Dios, que acaba de conquistarla.

Matilde contempla en silencio mudo aquella frente pálida y soberbia que vuelve á caer para siempre sobre la tierra; pero ya no espera ni ruega: cuando esperaba é imploraba un milagro era por la salvación de su esposo; pero ahora que la ha conseguido, no se atreve á esperar otro milagro, ni á pedir á Dios que por una felicidad precedera interrumpa segunda vez el curso de sus leyes. Guillermo está conmovido de tristeza, y conoce que debe estarlo mas todavía de agradecimiento; sus labios intentan pronunciar bendiciones y exhalan suspiros.—¡Oh Dios! exclama, santificad el dolor de esta virgen, haced que se regocije del bien que la habeis hecho, sin llorar por el bien que la habeis quitado.... Hija de Cristo, por tus dolores acaba Dios la penitencia de tu esposo, y por tus lágrimas acepta su arrepentimiento: no te quejes pues de tus dolores ni de tus lágrimas; no quieres padecer por él?... Después de un largo silencio añade: eleva tus miradas á ese espacio inmenso, allí está tu esposo.—¡Oh padre mio! aquí está tambien, dice, mostrando el cuerpo frio y livido á que estaba abrazada.—Hija mía, es preciso restituir ese despojo mortal á la tierra que le reclama.—No, responde ella, no se le restituiré jamás; ya no me separo de él. ¡Oh esposo mio! juro no abandonar-

te; ¿no me han separado de tí bastante mientras vivas? ¿que temen ahora? ¿me envidian todavía el placer que disfruto, viendo tus ojos apagados, tus labios yertos, y cercada contigo de las sombras de la muerte? Este bien es el único que me resta: ¿por qué quiere robármele su crueldad?—Hija mía, la dice Guillermo, ha pocas horas que decías, si se salva no me quejaré; se ha salvado, y murmuras todavía.—No, yo no murmuro, responde bañando en llanto el cuerpo inanimado que estrecha en su pecho; al contrario, me regocijo, adoro las misericordias de Dios y las bendigo; pero jamás, no, jamás me separaré de Malek-Adhel; le seguiré á todas partes: yo sola colocaré el paño funeral sobre su frente descolorida.—Desventurada! no lo has hecho ya otra vez...

No puede acabar porque la ahogan los sollozos; deja caer la cabeza encima de aquel pecho que ya no palpita, y parece que participa de su muerte. Guillermo se siente demasiado débil para sufrir aquel espectáculo; la piedad es el único afecto que le une á la tierra, y los males ajenos han abatido algunas veces su valor. Se aparta, se aleja y se apoya en el tronco de una antigua palmera, y en la amargura de su alma repite estas palabras de los profetas!—¿Cómo has caído, sol de los cielos; hijo del día? tú que hollabas las naciones estás abatido hasta la tierra. ¡Ah! fuesen mis ojos una fuente de lágrimas para llorar día y noche al herido de muerte.

La luna desde lo alto de los cielos alumbraba aquel lúgubre y solemne espectáculo; hiere igualmente al asesino, que tendido en tierra arroja los gritos del remordimiento junto al cadáver de su víctima; á la belleza angélica, amor y esperanza del mundo, del mundo que va á abandonar para sepultar en una tumba su amor y sus esperanzas; y por entre las largas hojas de la palmera sus pálidos rayos caen también sobre aquel hombre venerable, envejecido en la caridad, amado de Dios y de los infelices, que no ha gozado sino de los bienes que ha dado, ni ha conocido mas penas que las que ha visto padecer; y que por la larga costumbre de hacer bien, le hace todos los días, sin tener ni aun necesidad de pensar en la recompensa que le aguarda.

En medio de aquel profundo y melancólico silencio, que solo interrumpen los gemidos del crimen, los suspiros del dolor y las exclamaciones de la piedad, se oye el relincho de algunos caballos; luego se presentan varios hombres, y el arzobispo reconoce el vestido musulmán; tiembla por Matilde, y corre hácia ella; los infelices lo advierten y le detienen:—Cristiano, le dicen, ¿qué haces aquí? ¿eres tú el que ha quitado la vida á Malek-Adhel?—Al contrario, creo que yo se la he dado, responde con tranquilidad.

La princesa oye el ruido, se levanta estremecida, y colocándose delante del cuerpo de su esposo:—Hombres, no os acerqueis, exclama, no me le quiteis.

Uno de los sarracenos se separa de los demás, y corre diciendo:—La conozco, es la princesa de Inglaterra. aquí ha de estar mi señor.—No te lo entregaré, Kaled, le dice Matilde aterrada y fuera de sí: tú fuiste su amigo, pero no importa, no te lo entregaré.

Kaled distingue el cadáver del héroe, y se arroja en tierra.—¡Oh señor mio! exclama; ¡oh señor mio! ¡Debia volverte á ver de esa manera!—Kaled, interrumpió la princesa, tu señor ha muerto siendo mi esposo, y quiero morir junto á él. Kaled responde: nosotros hemos venido con peligro de vuestras vidas á buscar estos preciosos restos para restituírselos á Saladino, á quien pertenecen.—No pertenecen sino á mí, exclama Matilde, y si tú me llevas á mi esposo, yo te seguire, Kaled, hasta el fin del mundo; te seguiré á pié pidiéndote á mi esposo.

Al acabar estas palabras vuelve á inclinarse, y estrecha en su corazón la mano helada de Malek-Adhel. Tanta pena y amor penetran el alma de Kaled: se acuerda además lo que la amó su señor, y juzga que no puede honrar mejor su memoria que obedeciendo á la hermosura que adoró.—Hemos jurado á Saladino entregarle el cadáver de su hermano, la dice, y lo cumpliremos; pero ven con nosotros, ilustre cristiana, que el sultán movido de tus lágrimas respetará en tí á la viuda de Malek-Adhel, y no te separará del objeto de tu amor.—Sí, iré sin duda á pedirle, respondió prontamente; y vos, padre mio, quedaos con Dios; volvedos con los cristianos, y dejadme cumplir mi deber siguiendo el cuerpo de mi esposo.—Hija mía, replica el piadoso Guillermo, no me separo de tí.

Los Musulmanes forman una camilla, y colocan en ella llorando el cadáver de Malek-Adhel; la virgen camina á su lado en silencio, y cubierto el rostro con el velo; el arzobispo sigue de lejos la comitiva repitiendo en voz baja, y con intervalos regulares, estos versículos de los augustos himnos de la muerte:

«Mis años corren con rapidez, y camino por una senda por la cual no volveré jamás; pasaron mis días y declinaron como la sombra; se desvanecieron mis pensamientos y se disiparon mis esperanzas; yo digo al sepulcro, tú serás mi padre, y á los gusanos, vosotros seréis mi madre y mis hermanas. El sepulcro se ha ensanchado, ha abierto su boca inmensurable, y caerá en ella el mundo con su magnificencia, su multitud, su pompa, y todos los que se regocijan en él.»

Al rayar el día llega el fúnebre convoy á los muros de Ascalon; abren las puertas, acude el pueblo, gime, y le acompaña por las calles que atraviesa para llegar á palacio. Por todas partes se oyen elogios y gemidos: los soldados sollozan, y detienen en el umbral del palacio el cuerpo que adoraban; se postran alrededor ocultando el rostro con la tierra.—¡Oh príncipe magnánimo! exclaman: has muerto; pero tu memoria está gravada en nuestros corazones; has muerto y todas las virtudes van á sepultarse contigo: la justicia, la generosidad, la buena fe se desvanecerán contigo, y después de tí las crueldades y los robos volverán á aparecer en el mundo desolado. El cielo ha perdido su luz, el mundo su mas hermoso ornamento, el imperio su defensor, y Saladino su único amigo.

Entretanto entra el fúnebre cortejo en el gran salón del palacio, y el sultán le recibe con la frente cubierta de ceniza, y reprimiendo trabajosamente la violencia de su dolor.—¡Oh hermano mio! dice abrazando aquel cuerpo inanimado; ¡hermano mio! ¡mi único amigo! ¿eres tú?... ¡Ay, cómo soportaré sin tí el peso de mi imperio!

La virgen se levanta entonces el velo, y con los cabellos esparcidos, los vestidos desgarrados, y la magestad de la desgracia impresa en la frente, se postra á los piés del sultán, y exclama:—Poderoso monarca, de todos los bienes que estaba destinada á poseer sobre la tierra, solo me queda ese cadáver, yo te ruego encarecidamente que no me le quiteis...—¡Qué me pides! interrumpió Saladino con extraordinaria turbación.—Te pido á á mi esposo, replicó ella; antes de morir ha abrazado mi fe; antes de morir ha recibido mis juramentos, y los ha llevado consigo. ¡Ah! permite que yo pase junto á su féretro estos pocos días de una triste vida; dame de Malek-Adhel todo lo que resta de él sobre la tierra. Noble Saladino, escucha los clamores de una infeliz desolada.—¿eres realmente esposa de mi hermano? la pregunta el sultán levantándola con bondad.

El arzobispo se adelanta entonces, y dice:—Malek-Adhel ha muerto cristiano, y esposo de Matilde.—Guillermo, yo sé que tu labio jamás ha pronun-

ciado una mentira, le dice el sultan; y si cualquiera otro que tú me hubiera dicho esas palabras, rehusaría creerlas... ¡Malek-Adhel ha muerto cristiano!... ¡Oh belleza fatal! tú que me has quitado un hermano durante su vida, que has causado su pérdida, y que me le arrebatas todavía despues de su muerte, conserva pues á tu esposo ya que su última promesa fue para tí.—Ahora, dijo ella volviéndose á echar el velo sobre el rostro, ya no tengo nada mas que pedir al mundo, y voy á despedirme de él eternamente.—Viuda de Malek-Adhel, la pregunta el sultan, ¿qué paraje eliges para depositar estos restos sagrados?—Me seguirán, le responde, al monasterio del Carmelo, á aquel retiro eterno á donde voy á sepultarme, mas dichosa que lo que yo esperaba, porque viviré allí junto á mi esposo.—Noble sultan, le dice Guillermo, concede algunos dias de tregua á los cristianos para que puedan ejecutar tranquilamente esta pompa solemne.

Saladino lo concedió, el arzobispo partió para ir á anunciar á los cristianos todo lo que habian perdido, y lo que faltaba que hacer; y dejó á Matilde hasta su regreso en el palacio del hermano de su esposo. Preparan para ella un espacioso salon, colgado de negro, en donde noche y dia junto al féretro de Malek-Adhel llora y exclama: paz, paz á tus cenizas, esposo mio; y si es posible, paz, paz tambien á mi alma. ¡Oh alma mia! ¿por qué te sientes oprimida de tan mortal tristeza? ¿y por qué permaneces sumergida en el abatimiento? El que tú amas ha dejado de derramar lágrimas, y mientras que tu debilidad le llama en este mundo, disfruta inefables placeres en el seno de la dicha suprema, á la cual le habia Dios predestinado por su divina misericordia.

CAPITULO LIII.

La gran batalla de Ascalon solo habia dado la victoria á los cristianos; pero no la habia acompañado la alegría, y al entrar en las tiendas se sorprendió Guillermo de hallar en vez de exclamaciones del triunfo, el silencio de la consternacion. Ciertas palabras que se le habian escapado al culpable escudero, habian excitado sospechas sobre la conducta del rey de Jerusalén acerca de la manera con que habia muerto Malek-Adhel. Ricardo solo rehusaba creerlo, pero los demás jefes, á quienes no cegaba la preocupacion, descubrian sobradamente todas las pruebas que confirmaban aquella acusacion; y humillados por la afrenta que un asesinato tan odioso iba á derramar en sus nombres y sus hazañas, se acordaban gimiendo del rumor que esparcira su victoria en el universo, porque no podia resonar en él sino con el del crimen.

Habia además entre los Cruzados almas muy sublimes, y caballeros muy nobles para que Malek-Adhel no tuviese allí muchos admiradores y amigos. No podian menos de llorar su muerte, y no se atrevian, porque la religion se agravaria tal vez si manifestaban públicamente su dolor; pero ocultándole no podia disimularle su rostro, y aquellos cuya tristeza era menos viva, se sentian, sin embargo, conmovidos por la muerte de Malek-Adhel. Habia caido el formidable enemigo de la fe, y esta debia sin duda regocijarse; pero el orgullo del nombre le habia á aquel, cuyas virtudes sublimes habian elevado tanto la dignidad del hombre; y al verle seguir á Montmorency á la tumba, les parecia á los cristianos y á los Musulmanes que habiendo quedado sin héroes el universo, no merecia ya que procurasen distinguirse en él por hazañas que no habia de recompensar la estimacion de aquellos hombres extraordinarios.

El regreso de Guillermo interrumpe el melancólico silencio del campo. Ahora que saben que Malek-Adhel ha muerto cristiano, manifiestan libremente la

comprimida tristeza; ahora que es á un cristiano al que lloran, no se contentan ya con derramar lágrimas, sino que por todas partes resuenan los gemidos. Los Musulmanes mismos manifiestan una afliccion menos viva; porque si se desconsuelan por lo que han perdido, los cristianos sienten lo que hubieran podido ganar. Los primeros padecen por el mal que han recibido, y los segundos por el que han causado.—¡Ah! exclaman los Cruzados manifestándose mutuamente el dolor que experimentan; ¡qué ciega precipitacion nos incitaba á destruir al que debia salvarnos! ¡Ay! hubiéramos tenido algunos dias de paciencia todavía, y se cumplia la palabra; se volvía á levantar Sion de sus ruinas, y Malek-Adhel mismo hubiera colocado la primera piedra del nuevo templo: sostenido por aquel brazo invencible, el brazo del infierno mismo no le hubiera movido; pero ahora ¿cuáles serán nuestras esperanzas? La sangre inocente ha manchado nuestra causa: Lusiñan la ha derramado, Lusiñan es culpable: ¡Ay! alcemos nuestras voces; lloremos el pecado cometido por uno de nuestros hermanos; y tú, Eterno, castíganos, pero hasta en tu cólera acuérdate que castigas á tus hijos; porque ¿quién podrá resistir á tu cólera?

Tales son los lamentos que resuenan en todo el campo, repitiendo con horror el nombre de Lusiñan. Guillermo los escucha y no los contiene; Ricardo le llama aparte y le dice:—¡Padre mio, acusan á Lusiñan del delito mas abominable, y vos guardais silencio! ¡Si vuestra caridad no le ha defendido, le juzgais sin duda culpable! ¡Oh padre mio! ¿será posible que Lusiñan, que mi amigo?...—No le llameis ya vuestro amigo, interrumpió el arzobispo, porque no es digno de serlo.—¡Qué decís! exclama Ricardo estremecido; ¿será Lusiñan un asesino?—Malek-Adhel ha muerto asesinado, continuó el apostol de Cristo con un profundo dolor; y Lusiñan es el que ha ordenado el crimen.—A estas palabras el rey de Inglaterra pálido y fuera de sí se arroja sin fuerzas sobre un sitial—¡Inaudita maldad! exclama; el que yo llamaba hermano mio, el que yo estrechaba en mi pecho... ¡ha vendido el honor, y vive todavía!—Sí, replicó el arzobispo, vive todavía para su mayor suplicio, porque á lo menos esperaba no sobrevivir á su crimen, y queria preceder á su rival en la tumba.—Entonces explica las órdenes de Lusiñan, y su caridad busca razones para que no parezca tan culpable; pero el inflexible honor no lo permite, y Ricardo casi se indigna de la indulgencia de Guillermo.—¡Padre! exclama, no hay perdón, no hay perdón, porque el asesino no le merece; perseguido en todas partes por la venganza divina, tambien ha de serlo por los hombres, y no debemos tener misericordia con los crímenes, con los cuales no espero que la tenga el cielo... Yo rompo, abjuro para siempre todos los vínculos que me unian á Lusiñan; voy á publicar mi odio tan libremente como publicaba en otro tiempo mi amistad, porque Ricardo no soportaria que se le atribuyese tan solo un resto de piedad por un asesino.—Dice, y va por todo el campo derramando la amargura de su alma indignada; todos los cristianos participan de ella, y no se halla ninguno que disculpe á Lusiñan, ni uno solo que no le condene. Estos clamores corren, vuelan de un extremo á otro del campo, y Lusiñan solo despertará para oírlos. La pérdida de la sangre le tiene todavía sin movimiento, pero han respondido de su vida; vivirá pues, mientras la tierra ha bebido la sangre del inocente: ¡vivirá, y Malek-Adhel no existe! pero este, muerto en paz con Dios, ha recibido ya la inmortal corona, y Lusiñan no volverá á abrir sus ojos á la luz sino para saber su crimen, para verle conocido del mundo entero, para experimentar su afrenta y sus remordimientos, para perder á un tiempo á Ma-

tilde, al honor, la amistad de Ricardo, el trono de Jerusalén y la estimación del universo. Solo recobrará la vida para su castigo, y tal vez para arrepentirse, porque no le pertenece al hombre poner límites á las misericordias del cielo.

Entretanto en lo alto de Cesareá resuenan las campanas fúnebres: Tolemáida anuncia en sus torres las palabras de la muerte, y Conrado mismo quiere que su soberbia Tiro rinda igual homenaje al héroe cristiano. Todo es luto y tristeza en la costa en donde mandan los cristianos; todo también es luto y tristeza en las costas donde domina todavía Saladino; y los dos mundos reunidos gimen un momento juntos bajo el peso de la misma desgracia.

Los cristianos van á esperar los preciosos restos que ha permitido entregarles Saladino, cerca de Ascalon, á la entrada de un camino que va derecho al Carmelo: allí levantan una Cruz, porque bajo de su sombra sagrada quieren recibir las cenizas de Malek-Adhel.

A poco tiempo sale de las puertas de Ascalon, y se acerca el acompañamiento funeral. Dos carrozas cerradas, colgadas de negro, ruedan lentamente sobre la arena; la primera contiene lo que queda de los hombres mas grandes sobre la tierra, cuando Dios les ha negado su aliento; en la segunda una víctima voluntaria, muerta para el mundo, como el esposo á quien sigue, va á acabar su carrera en aquel día; y estos dos ferretos caminan á la misma tumba, igualmente mudos, y tan ocultos de la vista de los hombres, que ni aun les permite saber en cual de ellos lloran todavía.

Saladino á pié con el rostro pálido, el semblante austero y los vestidos desgarrados, se acerca á los cristianos y les dice: — Os entrego el que se ha entregado á vosotros, pero es preciso que me entreguéis su asesino. — Ricardo, tomando la palabra por todos los cristianos, le responde: — Nosotros aborrecemos como tú al asesino de tu hermano y de nuestro hermano, pero no pertenece sino á Dios poner la mano sobre la cabeza de los reyes; porque estas grandes potestades solo se juzgan en aquel gran tribunal; sin embargo, vive tranquilo que será castigada la maldad, y no quedará sin venganza la sangre del justo; porque Eusébio, detestado de todos los hombres, abandonado de los suyos, padecerá mas que privado de vida; vivirá sin honor... — *Semejante al espíritu inmundo que ha salido del hombre*, añadió el arzobispo, *pasándose por los parajes áridos, buscando reposo sin encontrarle.*

Después de un corto silencio el sultan respondió: — Si es así, estoy satisfecho. — Luego añadió con un largo y sordo gemido, señalando á una de las carrozas: — Ahí está tomadle, ya que entre vuestros muertos ha escogido su morada.

Dice, y su grande alma casi oprimida de dolor se reanima con nuevo valor. Hace una seña á su pueblo para que abandonen á los cristianos el féretro de Malek-Adhel; pero los Sarracenos no pueden resolverse á ello; se arrojan debajo de las ruedas de la carroza, se arrastran por la tierra, abrazan el cadáver de su héroe, y arrojan gritos lamentables. Saladino les hace otra seña, y le obedecen. Los Musulmanes retroceden, dejan solo el ataúd, y los cristianos se adelantan y le rodean: es suyo, le depositan al pié de la Cruz que le ha conquistado, y al mismo tiempo celebran los sacerdotes aquella gran victoria principiando los himnos de la muerte.

Cumplido este deber, las dos carrozas guiadas por los cristianos vuelven á continuar el camino á su última morada: entretanto el arzobispo de Tiro se acerca á Saladino, y le dice: — ¿No vienes á ver los honores que todos estos reyes y pueblos van á tributar á tu hermano? — No, replicó el sultan, no puedo asistir á vuestras ceremonias, porque tengo otra fe;

pero todos los vasallos míos que quieran presenciarnos, pueden seguirte, y volverán á decirme si vuestras pompas han sido dignas de la mayor conquista que me habeis hecho jamás.

Habiendo hablado de esta suerte se retira. Algunos Musulmanes le siguen, pero el mayor número quiere ser testigo del entierro de su príncipe, y se mezclan con los cristianos; escuchan los cantos fúnebres que resuenan en los aires, los pueblos acuden de todas partes, y le rantan la voz; las sagradas oraciones suben hasta el cielo; y estos esfuerzos, estas súplicas de la Iglesia, repetidas de colina en colina, llegan hasta Saladino, y le manifiestan los últimos clamores por los cuales aquella santa Madre concluye la felicidad y la conquista de sus hijos.

El arzobispo de Tiro es el unico que se atreve á levantar el velo funeral que cubre á la virgen sin mancha, al cordero que va á inmolarse; ninguno sino él contempla aquel dolor augusto y resignado, ni escucha los acentos de sus labios piadosos, que por única queja y por único lamento solo dejan escapar estas palabras: — *Mi alma está triste hasta la muerte; veled y orad conmigo.* — ¡Oh hija de Cristo! responde Guillermo mezclando el llanto con las espresiones; repite también estas otras palabras de tu divino Maestro: — *En el mundo tendrás aflicción; pero ten ánimo que yo he vencido al mundo.*

Luego que el lúgubre acompañamiento llega á la cumbre del Carmelo, de aquel sitio reverenciado, en donde el mayor de los profetas arrebatado en un carro flamigero fue conducido al seno de los ángeles, y pasó de la vida á la eternidad sin experimentar las tinieblas de la muerte; los reyes con hachas de cera en la mano, la cabeza descubierta y los piés descalzos entraron con respeto en el recinto sagrado. Los cristianos los siguen y detienen á los Musulmanes, que se quedan detrás; el arzobispo de Tiro los ve y llora por ellos; se acuerda que en otro tiempo en el desierto, *Habiendo Jesús visto una gran multitud al rededor de él se conmovió de piedad, porque estaban como ovejas sin pastor.* — ¡Oh! exclama con entusiasmo; *toda carne verá hoy la salud de Dios.* Venid, venid también. — ¡Padre! ¿qué es lo que hacéis, le dijeron; ¡pisarán este sitio los infieles! — Guillermo responde con un acento lleno de vehemencia é inspiración señalando el féretro del héroe: — *Un gran milagro se ha hecho, y Dios ha visitado á su pueblo; dejarle finalizar, porque aquel que es bastante poderoso para hacer que de esas piedras mismas nazcan hijos á Abraham, podrá también llamar así á estos.* — Dice de esta suerte, y hablan con él la esperanza, la caridad y la fe, y entran los Musulmanes.

Las hijas del Carmelo, avisadas por Guillermo, habían adornado la humilde sencillez de su iglesia con toda la pompa con que acostumbraban á adornarse los reyes de la tierra. Saben que el héroe que violó su asilo, movido por Dios, va á reposar entre ellas y á pedir después de su muerte las oraciones de aquellas á quienes ofendió durante su vida. Estas almas alimentadas del espíritu de su Maestro celestial, de amor, y de misericordia, habían olvidado ya su injuria, y no se acuerdan de ella en aquel momento sino para conseguir su perdón; y gracias á sus intercesiones, las cenizas de Malek-Adhel al entrar por las bóvedas de aquel templo que habían profanado, entraron en paz con Dios.

Sin embargo, excepto el arzobispo de Tiro y los obispos de Belén y de Tolemáida, ninguna mirada mortal había penetrado en lo interior del claustro; ni había percibido siquiera la sombra del casto hábito de las vírgenes que le habitan. Retiradas en lo interior del santuario, en el vasto coro, en donde ellas solas tienen derecho de entrar, dos grandes cortinas colgadas á cierta distancia una de otra las separa de

los hombres y las ocultan de la vista de todos. De esta suerte la piedad anticipándose á los derechos de la muerte, parece que desde aquella tierra miserable en donde está todavía, las ha trasportado ya á un mundo mejor, invisible, desconocido al resto de los humanos, en donde Dios solo habita con ellas.

La real virgen á quien han recibido en lo interior de uno de los patios del monasterio, no ha adquirido todavía el derecho de sentarse á su lado: oculta sin embargo, pero menos que ellas, le han señalado su sitio en el intervalo de las dos cortinas, entre su santuario y los hombres, y por decirlo así, en los límites que la separan del mundo.

La bóveda del templo está iluminada con el pálido resplandor de las antorchas fúnebres; ramas de pino y de ciprés cubren el pavimento; en cada columna hay una inscripción que habla de muerte; varias figuras de mármol pintan las espresiones mudas del dolor, y el corazón de todos los asistentes manifiesta su vehemente dolor con los sollozos. En medio de aquellas demostraciones de duelo y de muerte, el altar solo conserva su esplendor y magnificencia, como para decir á los hombres que él solo no participa de la muerte: la Magestad de un Dios reside allí toda entera; se lanza de los rayos del sagrado sol, y los ángeles que tienen el incensario derraman el perfume de los santos.

Los reyes cercan la cátedra evangélica adonde acaba de subir Guillermo. Berenguela, la desolada Berenguela, vestida de negro, postrada al pié de un altar separado, con su tierno infante en los brazos, ruega en nombre de la inocencia por el alma de su hienhechor, y pide á la casta Reina de las vírgenes tranquilidad para la afligida, para la destituida de consuelos, para aquella á quien ha sorprendido la tempestad y ha despedazado el corazón. Los cristianos con el rostro humillado hácia la tierra esperan en un santo recogimiento las palabras y la presencia de Dios; y mas lejos hácia la puerta de la iglesia los Musulmanes reunidos y apretados unos con otros, se admiran de lo que ven y se preguntan dónde están; pero se asombran mucho mas cuando el arzobispo de Tiro mandando levantar la cortina que separa á Matilde de la augusta asamblea, descubre á aquella tierna virgen, á la viuda de Malek-Adhel, á la hija de los reyes tendida sobre la ceniza junto al féretro de su señor, y cubierta con el paño funeral: ya no adorna su hermosa cabeza el oro de su cabello, y las rubias trenzas, esparcidas al rededor por el suelo, atestiguan que ya ha principiado la ceremonia de su muerte; al verla se parten todos los corazones, y arroyos de lágrimas riegan las mejillas de todos los circunstantes.

El arzobispo de Tiro alza las manos, y con voz magistral responde á aquellos dolores con estas palabras: «El Eterno reina; tierra regocíjate.» Dice, y ya las divinas esperanzas, descendidas del cielo con sus palabras, se apoderan de todas las almas y principian á desterrar las humanas tristezas. El arzobispo prosigue entonces con el Profeta, mostrando el féretro de Malek-Adhel:—Yo te he tomado por la mano para conducirte de las estremidades de la tierra; te he llamado de los parajes mas apartados; te he escogido; no temas ya nada, porque estoy ahora contigo.—Esta es, añade con gran vehemencia, esta es la suerte del príncipe que pocos dias hace que gemia en las cadenas del infierno; ¡y llorais! este es el milagro que Dios ha hecho por su pueblo y á vista de sus enemigos; ¡y llorais! Jamás, no, jamás ha mostrado á Israel una cosa tan grande: un príncipe impío nace repentinamente en el Oriente, y ya amenaza nuestro culto; semejante al rayo devora los fieles y sus ejércitos: en vano la Europa vomita contra él millares de soldados, porque el brazo de Malek-Adhel se levanta, y va á destruirlo todo: si hubieran pasado

algunos dias, el imperio de Cristo se hubiera eclipsado y hubieran prevalecido las puertas del infierno. Pero Dios ve vuestras miserias y las compadece; encadena ese brazo que el mundo entero no podia encadenar; habla, y el héroe es suyo. Esto es lo que ha hecho, lo que habeis visto, cristianos, ¡y llorais! y esa virgen, continua mostrando á Matilde, ¿por qué gime? ¿qué bienes ha pedido á Dios que no la haya concedido? ¿hubiera querido vivir sin pruebas para morir sin méritos á los ojos de su criador? ¡Oh virgen, bienaventurada virgen! ¿qué suerte hubo jamás tan dichosa como la tuya? En vano los hombres y sus intrigas, el mundo y sus tentaciones se han conjurado contra tí, porque la religion ha tenido mas fuerza para sostenerte que ellos para rendirte. El infierno mismo se ha unido á ellos, y derramando en tu corazón la ponzoña del amor, ha querido sepultarte en sus abismos entregándote á un iníel; pero ayudada de Dios has vencido al infierno, y de la ponzoña que habia preparado para perderte has sacado gérmenes de salud para el héroe á quien amabas. Ahora, Matilde, ¿por qué lloras? si no lloras de gratitud á ese Dios que durante diez y seis años de paz y de retiro se complació en instruirte en su ley para llevarte á su gloria; á ese Dios que al cabo de un año solo de aflicción, término tan corto que no es nada ni aun á los ojos de los hombres, y que ya ha pasado por tí, te conduce á este sitio triunfante de todos los peligros de que te ha salvado, y victoriosa de todos los lazos que ha deshecho para que pases; á ese Dios, que satisfecho de tu docilidad en escucharle, de tu sumisión á sus órdenes, te abre la puerta, te recibe en su seno, y mucho antes del término de tu carrera, y en la edad todavía de los errores, te asegura la palma inmortal con que corona la frente de los justos. ¡Oh Matilde! ¿de qué te lamentas? ¿no sabes lo que te aguarda? Por pruebas de pocos dias, aflicciones de algunas horas y miserias que pasan, ¿no sabes lo que Dios te ha prometido? escucha, y de las bóvedas de este templo, del centro de ese altar, de lo interior de esas tumbas, ¿no oyes todas esas voces que se levantan y gritan: *¡La eternidad! ¡La eternidad!*

La virgen alza la cabeza, y mostrando otra vez al mundo aquel rostro maravilloso, que no debia volver á ver jamás, tiende la mano hácia la tumba de su esposo, y dice:—Y por la conversion de este hombre, cuál es el premio que Dios ha prometido?

A estas palabras acaba de descender todo entero el inmortal ejército de los santos, las harpas de oro de los querubines se han estremecido, y los coros de los ángeles resuenan por todos los ámbitos de la iglesia, y repiten mezclándose á la voz de los hombres: *¡La eternidad! ¡La eternidad!*

No, ya no es criatura mortal aquella virgen que se levanta de repente de en medio de las sombras de la muerte en que estaba sepultada; tiene la vista inflamada, el rostro radiante, y una especie de regocijo divino brilla en toda su persona, porque sus ojos han visto la Beatitud infinita: al otro lado de todos los cielos se la ha aparecido el esposo por quien llora, reclinado en el seno del Eterno, y ya no llora; con voz estrepitosa exclama:—¡Gloria, gloria suprema! ¡venturas indecibles!

Vuelve á caer, porque la celeste vision ha desaparecido; pero su impresion permanece en su corazón para siempre: y ahora, mundo, ofrécela tus pompas, tus regocijos, tus amores, y hasta la felicidad que ha deseado durante tanto tiempo, y te despreciará. No tienes bastantes riquezas para incitarla, y ya no la conmueven tus bienes precederos, porque Dios acaba de concederla la fruición anticipada de los que la esperan; y que han merecido sus sacrificios y su virtud. En este momento supremo parece que en aquel templo augusto se siente por todas partes la presencia de Dios: sí en todas partes está, aun en el cora-

zon de los Musulmanes; jamás habían visto sus ojos ni escuchado sus oídos lo que acababan de ver y escuchar. Las palabras de Guillermo, los rayos de gloria y felicidad que salen de los ojos de la virgen, el rumor celestial que suena en los aires, los cristianos que se atreven á llamar á Dios en su compañía, y aquella caridad divina que consiente en descender á ellos; todo admira, asombra y subyuga á los infieles: fuera de sí, oprimidos é impelidos por una mano invisible, se precipitan por medio de los cristianos arrojando grandes gritos, y postrándose al rededor del púlpito de Guillermo, bajan su frente hasta la tierra repitiendo:—¡Padre! ¡oh padre! nosotros creemos.

¡Y ahora! ¿quién preguntará cuál es la dicha del justo? Mirad en el corazón de Guillermo, en aquel corazón consumido de caridad, y que experimenta el júbilo que procede del amor de Dios en tantos corazones como hermanos hay que le disfrutan: su rostro se cubre de ardientes lágrimas, y con voz conmovida, con voz que espresa toda su alma, exclama, sacando un crucifijo del pecho, y levantándole por cima de su cabeza: Este es, mortales, este es, cristianos, el que ha descendido á la tierra á convertir el día de la muerte en día de triunfo.

Los Musulmanes repiten en la misma actitud:—¡Padre! ¡oh padre! nosotros adoramos:

Ya no hay mas que un solo pueblo, no hay mas que un solo corazón; los cristianos abrazan á sus hermanos, y despues se postran y adoran.

¡Cenizas de Malek-Adhel! despertad, continua el arzobispo; noble héroe, sacude el polvo en que duermes; levántate y ven á asistir á tu victoria mas admirable; del seno de la muerte has hablado á su corazón; porque las voces que salen de lo interior de los sepulcros son las que mejor persuaden. ¡Padre de tu pueblo! tú le abres el cielo, y su salud es el precio de tu sangre. ¡Oh Cristo; conservad por vuestro nombre á los que acabais de dársele, á fin de que no sean sino una cosa con él; y que allí donde está vayan ellos tambien para contemplar la gloria que vos le habeis reservado.

El arzobispo descendiendo del púlpito, y bendice á sus nuevos hijos; pero antes de conferirles el bautismo va á consumir el sacrificio de la virgen. Aquella tierra hermosa se levanta, se viste el grosero sayal de las hijas del Carmelo; pronuncia con voz satisfecha el voto que la separa para siempre del mundo, y despues, tendiendo la mano hácia los neófitos que fueron súbditos de Malek-Adhel:—Adios hermanos míos, les dice, nosotros le volveremos á encontrar.

Baja los ojos agitada al aspecto de Ricardo, de aquel rey, de aquel hermano á quien no ha de volver á ver jamás, y enjuga algunas lágrimas al pasar por delante de Berenguela. Todos los ojos estaban fijos en ella: objeto de admiracion y de enternecimiento, mucho mas que de compasion, en ella todo era grande, elevado y sublime, como la religion en que descansa y la fe que la sostiene. Da algunos pasos atrás, se acerca á la última cortina, la alza Guillermo y ex-

clama:—Ved aquí una hija de Elias, que se prepara hoy á subir en el carro de su padre.

Dice; la virgen se inclina y desaparece: el mundo, del cual huye para siempre, admirado de sus últimas miradas y de los divinos acentos que suenan detrás del velo que la oculta, pregunta si acaba de entrar en el cielo, y si ha principiado para ella la eternidad que la habían prometido.

CONCLUSION.

Un año entero pasó, y durante este tiempo jamás salió de los labios de la virgen la menor queja, ni aun la esperiméntó su corazón. Postrada ante los altares bendecia á Dios, porque no la había concedido su destino como su imprudencia había deseado durante tanto tiempo.—¡Ay, decía! ¿cuál hubiera sido mi suerte si unida á Malek-Adhel le hubiera visto vacilar en la fe, seducido por su hermano! Siempre combatido entre una nueva religion y una antigua amistad; mal cristiano ó mal hermano, y sin poder ejercer una virtud sin que otra virtud se quejase, ¿cuántas tentaciones nos hubieran asaltado! ¿cuántas veces hubiéramos caído! Tal vez ahora, víctimas del pecado, espiaríamos en eternas lágrimas nuestros placeres de un día, en lugar de que nos pagarán con bienes eternos nuestros fugitivos dolores. En este instante en los alcázares celestiales goza mi esposo de las inefables delicias, me mira, se sonríe, me espera, me desea... ¡Oh Dios mío! todavia hay un deseo, junto á vos.

Pero este clamor, en el cual el amor se mezclaba todavia, se templó con el tiempo, y la idea de Malek-Adhel se circundó de tanta religion y pureza, que se confundió muy pronto en su alma con la de Dios mismo. El sepulcro de su esposo, que visitaba todos los días, solo la presentaba motivos de bendiciones; allí oraba, y ya no derramaba lágrimas, y conocia en fin que nuestras penas mas bien que nuestros regocijos, son hijas de la misericordia de Dios, porque estos nos vuelven á nosotros mismos, y aquellas nos conducen á él.

Un día, sin embargo, desde lo alto de una de las torres del monasterio percibió en el inmenso mar un navío que partia para Europa, y navegaba á toda vela hácia Occidente, y al punto conoció el Leopardo de Inglaterra, las armas de su patria y el pabellon real con sus flámulas y sus gallardetes rojos. Ricardo, Berenguela, todos sus parientes y amigos se alejaban para siempre; bogaban á otro hemisferio, y ella se quedaba sola en el Oriente sin familia; sin amigos... A esta idea vuelve á mirar el navío, cuyos colores se habían disipado, y ya no aparecian las velas sino como un punto negro en el horizonte. A breve rato desapareció enteramente, y entonces el corazón de la virgen se oprimió y sintió un pesar; pero volvió á alzar los ojos al cielo, los fijó otra vez sobre las cenizas de su esposo, y aquel pesar fue el postrero de su vida.

FIN.

que se habian propuesto... de los M... para... de los M... para...

de los M... para... de los M... para... de los M... para...

CONCLUSION

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

CAPITULO I. 3

CAP. II. 5

CAP. III. 7

CAP. IV. 11

CAP. V. 14

CAP. VI. 17

CAP. VII. 21

CAP. VIII. 23

CAP. IX. 26

CAP. X. 28

CAP. XI. 30

CAP. XII. 34

CAP. XIII. 38

CAP. XIV. 41

CAP. XV. 43

CAP. XVI Y XVII. 45

CAP. XVIII. 48

CAP. XIX. 50

CAP. XX. 54

CAP. XXI. 56

CAP. XXII. 60

CAP. XXIII. 62

CAP. XXIV. 65

CAP. XXV. 66

CAP. XXVI. 68

CAP. XXVII. 71

CAP. XXVIII. 73

CAP. XXIX. 75

CAP. XXX. 78

CAP. XXXI. 80

CAP. XXXII. 83

CAP. XXXIII. 84

CAP. XXXIV. 86

CAP. XXXV. 89

CAP. XXXVI. 92

CAP. XXXVII. 93

CAP. XXXVIII. 96

CAP. XXXIX. 99

CAP. XL. 102

CAP. XLI. 104

CAP. XLII. 106

CAP. XLIII. 109

CAP. XLIV. 112

CAP. XLV. 115

CAP. XLVI. 118

CAP. XLVII. 120

CAP. XLVIII. 123

CAP. XLIX. 125

CAP. L. 128

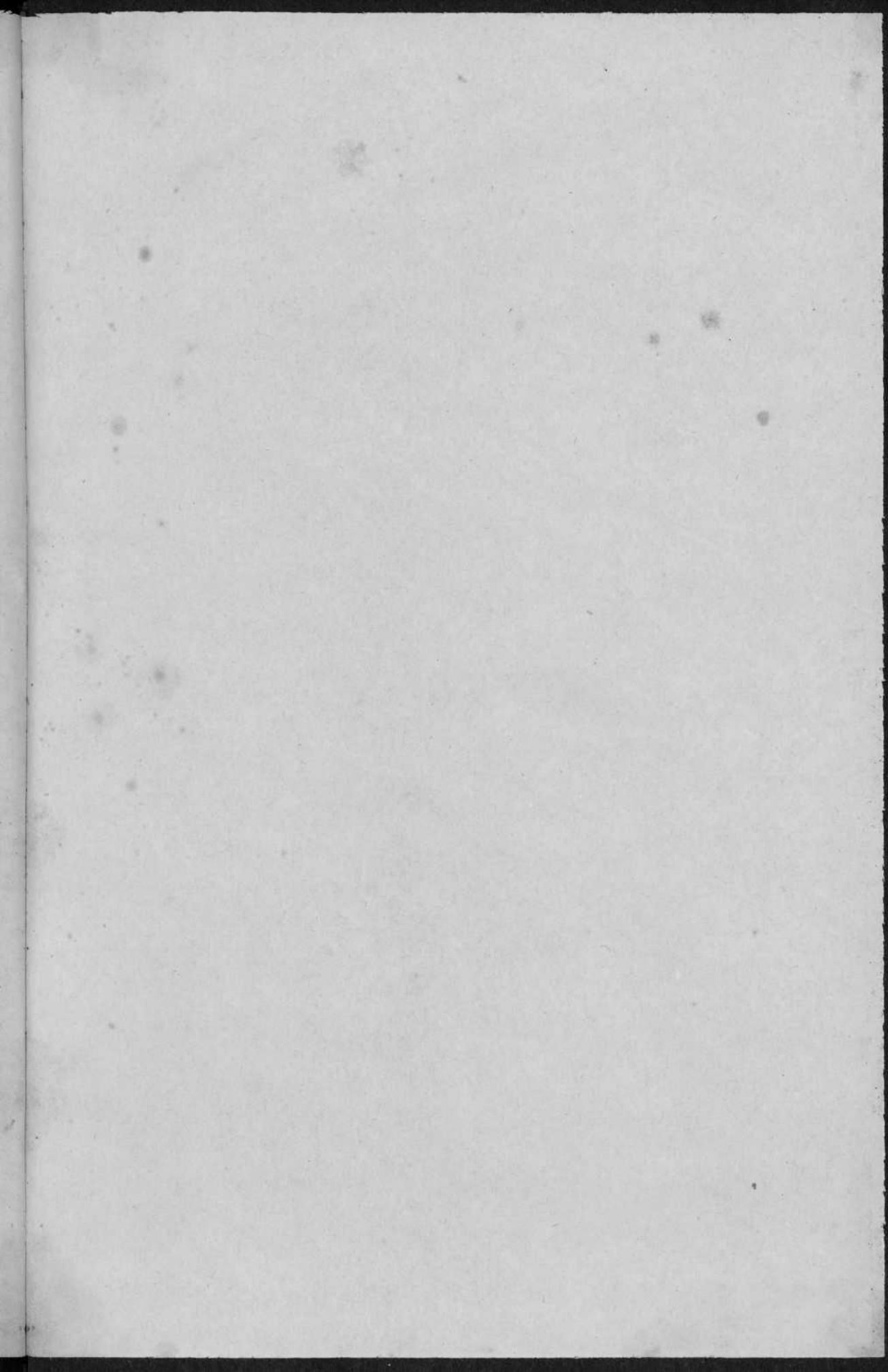
CAP. LI. 129

CAP. LII. 132

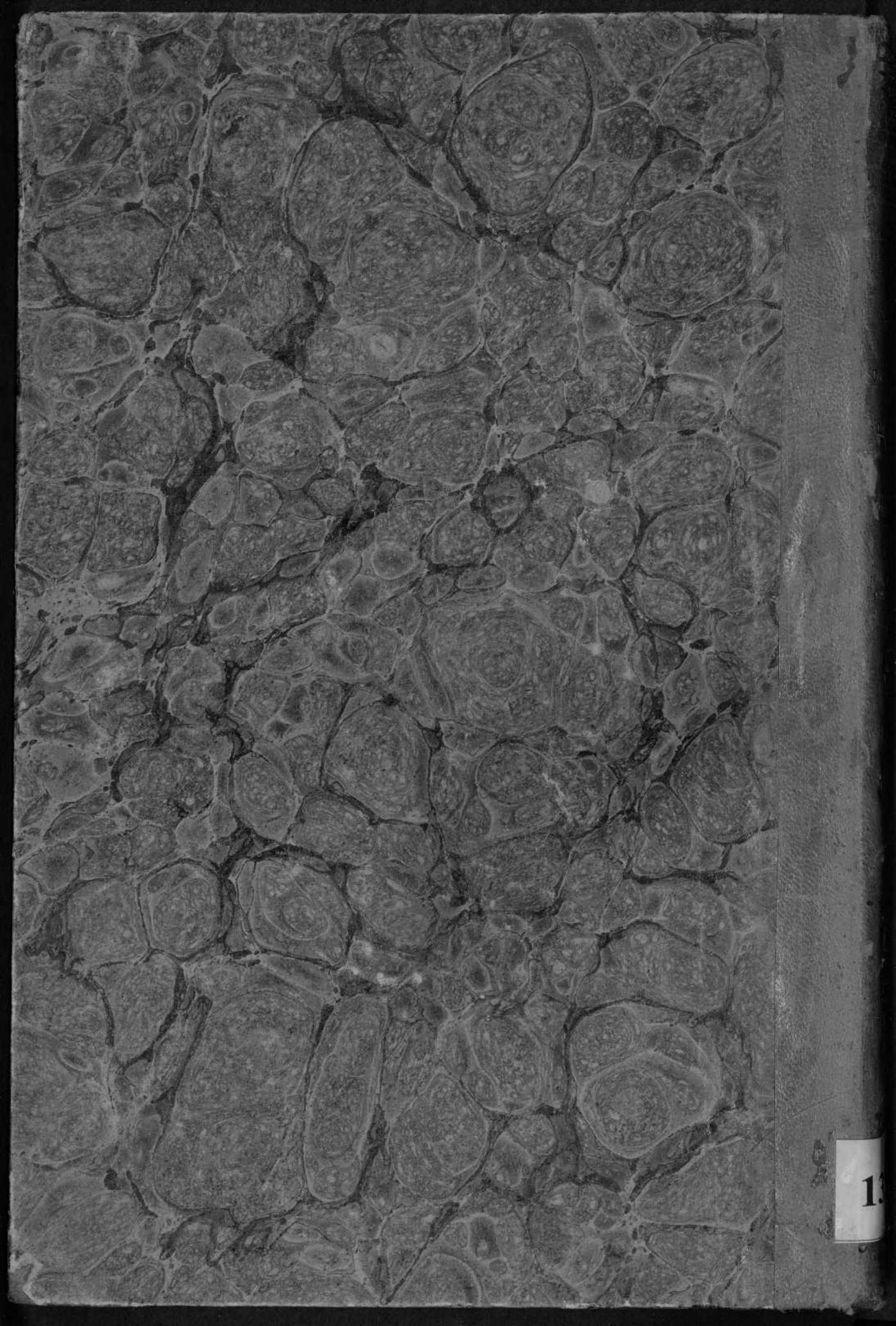
CAP. LIII. 136

CONCLUSION. 139









13



D. ALVARO

DE LUENA



MAHEDE

O LAS

RUZADAS



13.978